

ANALES DE LA UNIVERSIDAD

República Oriental del Uruguay

ANALES

DE

LA UNIVERSIDAD

AÑO XV—Tomo XIX



MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA ESCUELA NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS

1909

ANALES DE LA UNIVERSIDAD

AÑO XV

MONTEVIDEO.—1908

TOMO XIX.—N.º 84

Moral para intelectuales

(Conferencias de clase: del curso de Moral de 1908, en la Universidad de Montevideo)

Entre los libros de moral *posibles*, hace falta uno, que yo intentaría escribir con el mejor deseo; se titularía: «Moral para intelectuales», porque, en efecto, para las personas que han de dedicarse á una profesión intelectual ó que simplemente están destinadas á hacer una vida intelectual, la moral toma un muy especial carácter; lo toma, principalmente, por dos razones: primero, porque en esas profesiones ó en ese género de vida surgen naturalmente, como en todos los demás, problemas propios; y segundo, porque el crecimiento de la inteligencia complica extraordinariamente toda la moral: no sólo crea nuevos problemas, sino que complica sobre manera la solución de los corrientes.

Las ideas directrices del libro serían fundamentalmente éstas: en primer lugar, enumerar y tomar en cuenta esos problemas especiales que crea la vida intelectual. Además, si ese libro estuviera destinado á tener un objeto práctico, creo que, antes que á crear moral, debería tender á aclararla.

Efectivamente, los que discuten sobre la eficacia de la enseñanza de la moral suelen no tener en cuenta que esta enseñanza puede tener dos objetos, y que, según se proponga uno ú otro, puede ser, ó muy poco eficaz, ó, al contrario, sumamente eficaz y útil.

Difícilmente la enseñanza puede crear, propiamente crear, sentimientos morales; pero en cambio puede —además, naturalmente de aumentarlos y robustecerlos en algo— puede, sobre todo, enseñarnos á hacer un mejor uso de los que ya existen en nosotros; justamente con esta distinción se relaciona un equívoco que existe á menudo en las obras ó en las conversaciones sobre moral, cuando se habla de deberes difíciles, ó, en general, de dificultades morales.

Quando se dice que un deber es difícil, puede hablarse en dos sentidos: en uno de ellos, decir que un deber es difícil, significa que, para cumplirlo, se necesita una energía moral ó sentimientos morales de una intensidad poco común; en otros casos, dificultad

de un deber, significa, no falta de fuerza para cumplirlo, sino dificultad para verlo, para distinguirlo, para comprenderlo, para establecerlo claramente.

Dar la vida por la verdad ó por una causa noble y elevada, es, por ejemplo, un deber claro : cualquiera lo ve ; pocos, sin embargo, son capaces de cumplirlo. Esta es la dificultad del primer caso.

En cambio, hay otros deberes oscuros que son los que se relacionan con los *problemas* morales. El deber puede ser, en tal caso, muy fácil de cumplir, una vez que lo hemos visto ; la dificultad puede residir justamente en verlo, en fijarlo con claridad, en saber cuál es.

La obra que yo echo de menos se propondría, sobre todo, utilizar los sentimientos morales ya existentes ; esto es, aclarar la moral ; facilitarla, en nuestro segundo sentido.

Finalmente, esa obra sería muy concreta, sería sacada de la vida y hecha para la vida ; estaría llena de hechos y sería siempre aplicable á hechos.

Me ha tentado hacer para ustedes un pequeño esbozo, absolutamente rudimentario, de lo que podría ser tal libro, resumido en unos apuntes de clase ; pero, naturalmente, en semejante forma, nuestros fines sólo podrán cumplirse de una manera muy insuficiente ; y, sobre todo, en cuanto á la tercera de nuestras ideas directrices, no podemos aplicarla. Creo que mis conferencias serían sumamente interesantes si yo pudiera citarles los casos concretos en que se apoya lo que voy á procurar enseñar ; pero vivimos en un medio pequeño : esos casos concretos, los casos reales de que yo he sacado esta enseñanza, son verdad, están encarnados en seres reales á los cuales hasta podrían ustedes reconocer.

Tendremos, pues, que suprimir los ejemplos, que suprimir los casos concretos, y nuestras conferencias se volverán forzosamente abstractas é incoloras.

Sentado todo lo cual, entro en materia.

El primer punto de que se ocuparía nuestro libro, sería el deber de cultura en los estudiantes. El estudiante es la materia de que ha de formarse el intelectual ; debe ser trabajada desde el principio, y aquí habría muchos puntos que tratar ; señalaré dos ó tres de los más importantes.

El deber de cultura en los estudiantes se obscurece y se complica, sobre todo, por la acción fatal y forzosa que ejercen sobre la manera de estudiar, y sobre las mismas mentes juveniles, ciertos pro-

cedimientos de constatación y de control, de que el Estado, al organizar la enseñanza, no puede prescindir.

Los procedimientos de constatación del saber, llámense exámenes propiamente dichos ó realícense en cualquier otra forma de las usuales, unos en mayor grado, otros en menor grado, tienden á producir un efecto estrechante y basta, desde cierto punto de vista y por paradójal que esto les parezca por el momento, también inmoral.

Especialísimamente los exámenes comunes, producen un doble mal, de orden intelectual y de orden moral.

En lo intelectual, producen una psicología peculiar; describirla será describir á ustedes lo que todos conocen, (pero lo que, tal vez por conocerlo demasiado, por tenerlo demasiado cerca, por tenerlo adentro, no hayan podido quizá observar bien).

Una observación muy vulgar que yo he hecho desde estudiante es la siguiente: ¿Se han fijado ustedes en la terminología de que habitualmente se sirve el estudiante para hablar de las asignaturas que cursa? Mi observación es que esos términos parecen querer significar invariablemente, algo que va de adentro á afuera; son, se me ocurre decir, todos términos centrífugos, nunca centripetos. Un estudiante pregunta á otro: ¿Qué das este año? ó ¿qué «sueñas»? ó ¿qué «largas» este año?; todos los términos son análogos. Las palabras que emplean nunca se refieren á algo que entre; se refieren invariablemente á algo que sale.

Esta terminología se relaciona con un hecho de significación muy profunda, psicológica y pedagógicamente: se relaciona con la inmensa diferencia que existe entre estudiar para saber y estudiar para mostrar que se sabe.

Se trata de dos cosas completamente diferentes en cualquier momento de la enseñanza; el que estudia en la segunda forma, está obsesionado con la idea de que ese saber, que en ese momento absorbe, ha de echarlo afuera; de que tiene que mostrarlo, que exhibirlo, que probarlo. Como consecuencia, la preocupación de recordar predomina, en mayor ó menor grado, sobre la preocupación de entender. Se produce entonces una artificialización de la cultura y una superficialización de la cultura.

Pero el mal no es solamente de este orden: he dicho también que estos procedimientos de constatación (y no entro aquí á discutir si son ó no una necesidad, si pueden ó no ser suplidos, cuestión que no es de este momento); tales procedimientos de constatación tienden hasta á crear una moral especial; son como

la guerra: el estado de guerra tiene su moral propia; el asesinato, el engaño, una inmensa cantidad de actos que en la moral propiamente dicha, ó sea en la moral de la paz, son actos reprobables, en la guerra pasan á ser actos disculpables y hasta actos laudables; del mismo modo, y conservando los grados, los exámenes tienen también una moral especial, y, dicho sea de paso, ni quiero yo condenar demasiado á los que la aplican: lo que debemos constatar es simplemente que se trata casi de una necesidad.

Se exige á la memoria un esfuerzo antinatural; los programas crecen indefinidamente, y se multiplican las materias á programar, y el espíritu se defiende; sencillamente, *se defiende*: se crea hábitos y facilidades especiales, prácticas útiles de defensa y no hay que condenar eso con demasiada severidad. Creo que no habrá uno solo de nosotros que, juzgándose con un criterio moral un poco delicado, no tenga algo que reprocharse, por lo menos en el sentido de haberse procurado sobre un punto cualquiera, ó sobre muchos, una erudición un poco ficticia destinada á simular el saber ante una mesa examinadora ó ante un profesor que toma notas de clase [poco importa la forma de control, ó de haberse preocupado más, por ejemplo, de las cuestiones que pregunta habitualmente tal ó cual examinador que de las cuestiones importantes; ó simplemente haber estudiado sólo las cuestiones que están en el programa de examen, aunque no tengan valor, en perjuicio de las cuestiones que, no estando incluidas en el programa, tienen un valor inmenso. ¿Quién no ha hecho algo de esto, y hasta cosas moralmente menos disculpables? Recuerdo aquí empezarian los casos concretos, pero, como he dicho, tengo que suprimirlos, recuerdo, sin embargo, que, cuando yo era estudiante, existía un programa de literatura, formidable, que nos exigía realmente un esfuerzo mayor que el que puede pedirse á una memoria normal. Perdidos en el programa, pero preguntables, figuraban una inmensa cantidad de autores imposibles, escritores de quinto orden, turcos, griegos modernos, etc., venezolanos, colombianos, de Centro América... Y bien: recuerdo que los estudiantes se habían preparado una lista de obras *posibles* de esos autores; por ejemplo, consideraban más ó menos natural que un poeta del Sur de América hubiera hecho una oda á los Andes, á la batalla de Ayacucho ó á San Martín; que otro poeta del Norte, hubiera cantado al Amazonas ó á Bolívar; el programa era enorme, y la psicología de la clase correspondía á la que se expresa con ese adagio vulgar: «en la guerra como en la guerra»...

Pues bien: como consecuencia de esta situación especial, nace para el estudiante todo un deber; y, al procurar aclararlo para ustedes, no voy á hacerlo con un criterio excesivamente teórico, no les voy á exigir lo imposible, no les voy a decir, por ejemplo: «Prescindan ustedes en absoluto del programa, de los gustos ó de las preferencias de los examinadores; estudien lo que deban estudiar sea cual sea la nota que se expongan á obtener, sean aprobados ó reprobados.» Yo no llegaré hasta ahí: no soy un teórico. Pero quiero aconsejarles como el primer deber del estudiante, desde el punto de vista de la *moral de la cultura*, una *conciliación* entre las *necesidades* del examen y el *deber* de cultura en un sentido mucho más amplio y elevado.

He aquí, justamente, algunos de aquellos deberes que no son difíciles porque falten las fuerzas; estos lo son sólo porque el estudiante, generalmente, no los ve ó viene á comprenderlos cuando es tarde ya. Generalmente, el estudiante no se da cuenta de que se ha formado una psicología inferior y no completamente moral. Lo que hay que hacer es crearse otro estado de espíritu: llenar los programas, cumplir con los exámenes, asegurarse la aprobación; pero (y este es el deber fundamental) no creer jamás que cuando se ha hecho eso, se ha cumplido, ni desde el punto de vista intelectual, ni desde el punto de vista moral.

El deber que voy á recomendarles pertenece á la familia de los deberes no sólo fáciles, sino agradables. La vida del estudiante es infinitamente más grata para el que, además de preocuparse de estudiar en superficie, se preocupa de estudiar también en profundidad.

Entendámonos: no se puede estudiar todo en profundidad; dentro de las exigencias de la enseñanza actual, profundizarlo todo es imposible; pero, además de abarcar una superficie vasta, se puede ahondar aquí y allá, y este es el primer consejo.

Todo estudiante, ya en su bachillerato, en los estudios preparatorios, debe profundizar *algunos* temas; poco importa cuáles: esto realmente es secundario; que se tome un punto de historia ó de literatura ó de filosofía ó de ciencia; que se estudie á Artigas, ó el silogismo, ó las costumbres de los diversos pueblos, ó la teoría atómica ó la constitución física del Sol, en realidad esto es secundario: lo fundamental son los hábitos que se adquieran profundizando un punto cualquiera.

En la enseñanza alemana (tan defectuosa, entre paréntesis, desde algunos puntos de vista) existe un mérito que yo quisiera poner

bien de relieve. Sientan algunos pedagogos de ese país (y ello se practica á menudo) que un estudiante ha de haber llegado, por lo menos en alguna cuestión, tan á fondo como es posible ir, para que, al terminar una carrera, una preparación cualquiera, pueda decirse: «hay un punto, tal punto, sobre el cual sé todo lo que se puede saber.» Poco importa que sea un punto de detalle.

Recuerdo haber leído hace poco una anécdota sumamente sugestiva, acerca de un profesor de biología norteamericano que fué á perfeccionar sus estudios en Alemania. Tratábase de un profesor de vuelo, hasta autor de más de una obra. Ingresó en el laboratorio del profesor Ludwig, y pidió trabajo; contestóle éste que esperara algunos días, pues deseaba preparar una tarea para él. Trascurrido el plazo, nuestro profesor fué notificado de que debía emprender determinadas investigaciones sobre cierto pequenísimo músculo de la rana. — La impresión del profesor americano fué la que ustedes pueden imaginarse: de rebelión, al principio; pero se resolvió, dada la situación en que se encontraba, á iniciar ese estudio, que, por lo demás, creyó terminar muy brevemente.

Después de algunos días de investigaciones, empezó á parecerle que sus conocimientos fisiológicos é histológicos tenían algunos claros: procuró llenarlos; se encontró con que su técnica experimental era un poco imperfecta: procuró perfeccionarla; los aparatos existentes no satisfacían todas las necesidades de sus investigaciones: procuró inventar otros ó mejorar los conocidos; el hecho es que, después de varios meses, el estudio de aquel músculo de la rana se había agrandado tanto, que necesitó nuestro profesor estudiar de nuevo su fisiología, su histología, su física, su química y alguna ciencia más; y pasado un año, estaba aún entregado de lleno á la investigación, que ahora, por lo demás, le interesaba extraordinariamente.

En realidad, todas las cuestiones—salvo algunas demasiado pueriles—se ponen en ese estado cuando se las ahonda.

Mi primer consejo, pues, mi primer consejo práctico, sería el de que cada estudiante (sin necesidad de ir precisamente tan á fondo como en el ejemplo), por lo menos, ya en el curso de su bachillerato, tomara algunas cuestiones—algunas pocas cuestiones, sin ambición de ningún género—y procurara *ahondarlas*. Como les digo, el tema, el asunto, es punto completamente secundario: depende de las preferencias de cada uno; lo que importa es la educación del espíritu en todos sentidos, intelectual y moral, que así se adquiere.

El segundo consejo, que se relaciona también con ese estrecha-

miento de la mente que producen los exámenes, y con la manera de combatirlo, se refiere á la elección de las lecturas.

En un estudio pedagógico que no puedo resumirles aquí (1), he procurado demostrar que la pedagogía puede considerarse informada ó polarizada por dos grandes ideas directrices, que yo he llamado «idea directriz del escalonamiento» é «idea directriz de la penetración». El significado de estos términos es el siguiente: para enseñar, puede procurarse ir presentando á la mente del que aprende, materia preparada especialmente para ser estudiada, cuya dificultad, cuya intensidad, se iría acreciendo poco á poco, á medida que la fuerza asimilativa del espíritu crece también. El segundo procedimiento consiste en presentar al espíritu, no materia que haya sufrido una preparación pedagógica especial, sino materia natural, que el espíritu penetra como puede, sin más restricción que la de que no sea totalmente inasimilable.

Por ejemplo: si yo quiero formar el oído musical de un niño, puedo componer cantos escolares sumamente sencillos y presentárselos; un año después, le presentaré cantos escolares algo menos fáciles; al año siguiente intensificaré un poco más, y así sucesivamente; ó bien puedo tomar música, verdadera música, con la simple precaución de que no sea completamente incomprensible, presentarla al espíritu, y dejar á éste, diremos así, *que se arregle*.

Á primera vista, parece que el primer procedimiento es el único razonable y sensato, y que el segundo es absurdo. Sin embargo, si observamos mejor los hechos, por una parte, y si, por otra parte, razonamos bien, nos encontramos con que dista mucho de ser así, y que el mejor procedimiento es, no el segundo, es cierto, pero no el primero tampoco, exclusivamente, sino la combinación de los dos.

Empecemos por la primera enseñanza que recibe el niño. ¿Cómo aprende á hablar? ¿Acaso vamos nosotros presentando al niño una á una las palabras? ¿Acaso se las presentamos en orden de dificultad creciente? No es así, salvo con algunas pocas palabras excepcionales. El niño aprende á hablar oyendo hablar y entendiendo lo que puede. Alguien ha dicho que aprende el sentido de las palabras «por insuflación»; efectivamente, el niño oye hablar y va poniendo poco á poco sentido á lo que oye. Más adelante, se observa lo mismo: las lecturas que aprovechan, por

(1) *Dos ideas directrices pedagógicas y sus consecuencias*, en los Anales de Instrucción Primaria. (Y en mi obra IDEAS Y OBSERVACIONES.)

ejemplo, no son única y exclusivamente las lecturas de obras preparadas especialmente para niños. Repasen ustedes la historia de su infancia. ¿Eran acaso los libros de cuentos para niños, los únicos que les interesaban? ¿Alguna vez no cayó en poder una novela, no escrita para niños sino para hombres, que ustedes no entendían totalmente, de la cual les escapaba una buena parte, y que, sin embargo, les interesaba, tal vez, más que sus cuentos infantiles? ¿Quién no olvidó por «Los Tres Mosqueteros», sus «Simples lecturas» de cualquier cosa, ó sus «Cuentos Morales»?

Y es que sucede con el espíritu lo mismo que con el cuerpo. Parece que del mismo modo que es preciso para la salud del organismo que la comida que ingerimos tenga una parte inasimilable, también, espiritualmente, la demasiada facilidad para asimilar, el hecho de que todo esté preparado, de que todo sea digestible, debilita, ó por lo menos, no fortifica bastante la mente.

Pues bien: la enseñanza por obras preparadas especialmente para el fin didáctico — trátase de la niñez, trátase de la juventud — constituye un régimen incompleto y debilitante, tan incompleto y debilitante como el que, en lo fisiológico, podría constituir el de alimentar á una persona exclusivamente con peptonas y sustancias preparadas de manera que fueran totalmente digestibles

Lo parcialmente inteligible es un fermento intelectual de primer orden, del cual no se puede prescindir. Entre tanto, el estudiante, mientras sólo se preocupe de cumplir con las exigencias de sus programas, de sus lecciones y de sus exámenes, está reducido á la asimilación de esa materia peptonizada; quiero decir ésto: que, al estudiante, como tal, no se le exige más lectura que la de textos. Llamaremos *textos* á los libros hechos expresamente para enseñar, esto es, para ser asimilados por mentes infantiles ó juveniles; y diremos que los libros se dividen en dos clases: los textos y los libros propiamente dichos — llamando libros propiamente dichos á los que no han sido hechos con fin didáctico.

Un segundo deber del estudiante es, pues, no limitar sus lecturas al círculo de los textos, sino leer algunos *libros*, en el sentido especial que estamos dando á esta palabra.

Hago notar, de paso, que esta necesidad se hace cada vez mayor. Efectivamente, la materia que se enseña tiende á crecer indefinidamente. No entro á averiguar si este hecho es fatal, si puede evitarse, si debe evitarse; es sencillamente un hecho; lo constato. Pues bien: á medida que la enseñanza crece en superficie, tiene forzosa-

mente que tender á decrecer en profundidad ⁽¹⁾, puesto que las capacidades humanas no son indefinidas. En el tiempo en que, tratándose, por ejemplo, del bachillerato, las materias forzosas eran ocho ó diez, los estudiantes podían profundizar mejor que ahora en la misma enseñanza de clase. De modo que cada vez se siente más la necesidad de completar esa materia preparada de las clases, yendo á ponerse en contacto con los grandes espíritus.

Inspirado por estas ideas, presenté hace algún tiempo en el Consejo Universitario un proyecto cuya aplicación juzgo que hubiera sido de excelentes resultados para los estudiantes. Propuse que la Universidad adquiriera una gran cantidad de ejemplares de una lista de obras, y que esos libros fueran prestados á los estudiantes anualmente. Había yo formado una lista de cinco libros para cada año, libros de distinta índole y de distinta profundidad, según el año de que se tratara. La Universidad los prestaba oficialmente á cada estudiante, y la enseñanza así concebida y practicada comprendía, pues, dos partes: la enseñanza por textos y la lectura en libros.

Ese proyecto, si bien fué sancionado, y está teóricamente vigente, no se aplicó nunca; pero yo podría dar á ustedes un consejo substitutivo, y si lo siguieran, lo que no les sería penoso en ninguna forma, mis explicaciones, sin perjuicio de las consecuencias remotas que pueden tener y que no pueden preverse ni medirse, habrían producido por lo menos una consecuencia práctica é inmediata, que, para mí, sería de un valor inapreciable.

La única dificultad que puede presentar la lectura de libros, depende de que son, á veces, caros.

Mi consejo práctico, entonces, sería simplemente el siguiente: todos ustedes, ó algunos, veinte ó treinta, *ahora mismo*—entienden bien: *hoy!* formarían una sociedad *ad-hoc* destinada á adquirir treinta obras que les voy á indicar en seguida. Cada uno contribuiría con el precio de un libro, y se formaría una biblioteca: la Biblioteca de la Clase de 2.º año de Filosofía del año 1908. Los libros pasarían de mano en mano, y ustedes podrían perfectamente, en un par de años, con todo reposo, sin apuro de ninguna clase, leérselos todos.

En cuanto á la lista, guárdense de creer que responde á ese fin (que se han propuesto algunos autores, siguiendo á Sir John

(1) Aquí hay complicaciones: esa aserción simplista es falsa en parte; pero, al tender á un límite extremo, se va acercando á la verdad.

Lubbock : de enumerar las cuarenta, las cincuenta ó las cien mejores obras del mundo. Es ese, por mil razones, un propósito absurdo, tan imposible que conduce aún á las personas más cultas á dar respuestas ingenuas y hasta completamente ininteligentes. No se trata en manera alguna de eso. Se trata de una lista un poco especial, dada por un profesor de Filosofía á alumnos de Filosofía, aunque no tampoco con un criterio demasiado especialista : con exclusión, en general, de las obras puramente literarias (1, y teniendo en cuenta, á veces, el valor educativo de la obra, y otras veces, al contrario, su valor instructivo, — lista que, por lo demás, se podría mejorar considerablemente si yo meditara unos cuantos días; pero conviene, en estos países, hacer las cosas no del todo bien á condición de hacerlas (2).

Supongamos, entonces, que treinta de ustedes se reúnen y hacen pedir la siguiente biblioteca, formada de treinta obras :

Guyau—«La irreligión del porvenir»—«El arte desde el punto de vista sociológico»—«La moral inglesa contemporánea»—«Los problemas de la estética contemporánea»—«Esbozo de una moral sin obligación ni sanción» — «La educación y la herencia».

Fouillée—«Historia de la Filosofía»—«La reforma de la enseñanza por la Filosofía» — «La Moral».

Hoffdings—«La moral»,—«Historia de la Filosofía moderna» — «Los filósofos contemporáneos».

William James. — «Principios de psicología» — «La experiencia religiosa».

Valery Rodot. — «Vida de Pasteur».

Stuart Mill. — «Estudios sobre la religión» — «Lógica».

Bergson. — «La evolución creadora».

Paul de Saint Victor. — «Hombres y dioses».

Anatole France. — «El jardín de Epicuro» — «La Critique Littéraire».

«*Los Evangelios*».

Piccard. — «La ciencia moderna y su estado actual».

Fayot. — «Educación de la voluntad».

Montaigne. — «Ensayos».

Groussac. — «Del Plata al Niágara».

Nietzsche. — «La gaya ciencia» (ó alguna de las otras obras escritas en forma de aforismos).

(1) Porque el programa de Literatura hace obligatoria su lectura.

(2) «Las cosas, hay que hacerlas; hacerlas mal, pero hacerlas».—(*Sarmiento*.)

Rendán. — «Vida de Jesús».

Rodó. — «Ariel».

Diderot. — «Obras escogidas».

Treinta obras buenas; ya les he dicho que sería absurdo procurar hacer una lista de las treinta obras mejores; son sencillamente, por diversos conceptos y en diversos grados, treinta obras buenas. Se reúnen, pues, ustedes, inmediatamente, y hacen su pedido. Las obras llegan dentro de dos ó tres meses, y en uno ó dos años puede cada estudiante haberlas leído.

Podrían, quizá, en la lectura, prescindir de alguna que fuera demasiado especial, esto es, de algunas de las que se refieren especialmente á nuestra asignatura. Naturalmente, no á todos ustedes interesará en grado igual la Filosofía. Aquellos á quienes interese poco, podrían, por ejemplo, leer una sola «Historia de la Filosofía» y no dos, — en este caso deberían elegir la de Hoffdings; leer un solo tratado de Psicología, por ejemplo: el de William James; — leer una sola obra sobre lógica, — no hay ninguna comparable á la de Stuart Mill; pero todos deberían leer las otras obras, esto es, las que tienen un carácter más general, las obras sobre religión, las obras generales sobre ciencia, etc.

Finalmente, un tercer consejo práctico, esencialmente práctico también, y que se relaciona con la moral de la cultura en los estudiantes, sería el de formarse, ya también, inmediatamente, desde mañana mismo, un hábito, que sería el más indispensable á los intelectuales de los países sudamericanos y cuya adquisición sólida, aunque fuera por algunos de ellos solamente, creo que modificaría de una manera ostensible, radical, las manifestaciones de nuestra cultura. Me refiero al hábito de dedicar una parte de nuestro tiempo, aunque sea una hora ó una media hora diaria, á algo — sea lo que sea — en el orden intelectual, que no se refiera á nuestros fines prácticos inmediatos. Quiero decir, que un estudiante sudamericano, como un abogado sudamericano ó un médico sudamericano cualquiera, en estos países en que apenas existe la alta cultura, necesita indispensablemente, como deber intelectual, dedicar, aunque sea esa media hora diaria, á algo que no sean los exámenes que tiene que rendir, los pleitos que tiene que defender; á algo que no sea su vida profesional inmediatamente utilitaria.

Ese hábito lo necesitarán ustedes más adelante, pero ya no podrán adquirirlo. No sé cuántos habrá que lo tengan en estos países; pero los que lo posean, son la excepción. Entre tanto, si nuestros hombres de inteligencia lo hubieran adquirido; si lo hubieran

hecho carne, si él estuviera en su espíritu y en su cuerpo como una necesidad fisiológica, las manifestaciones de la cultura sudamericana serían absolutamente diferentes, como procuraré demostrarlo en estas mismas lecciones. Lo que nos falta no es inteligencia, ni aún capacidad de trabajo, sino algo diferente, que no se puede adquirir sino sobre la base de hábitos semejantes al que preconizo.

Los anteriores consejos sobre moral y práctica de la cultura durante la vida estudiantil, conducen, ó conducirían si fueran aplicados algún día, á modificar más ó menos nuestro medio desde el mismo punto de la cultura.

Una descripción tal como yo no puedo hacerla aquí, esto es, con ejemplos imposibles, por las razones que ya les expuse, daría una impresión de la mayor tristeza.

Ante todo, ¿han observado ustedes lo que ocurre con nuestros jóvenes que van á cursar estudios á Europa y vuelven después? El fenómeno es curiosísimo y tan patente que tiene que haber preocupado á todos.

En el medio europeo, nuestros estudiantes se distinguen, ó desempeñan siempre, por lo menos, un papel honorable; y no me refiero solamente á los dotados de una capacidad intelectual extraordinaria, no: lo verdaderamente digno de atención es que aún muchos de los que entre nosotros son mediocres, son distinguidos allá.

Vuelven, esos estudiantes, con su carrera hecha. Se les ve *chispear*, diremos, durante algún tiempo. Después, *se apagan*.

Entendámonos, sobre lo que quiero significar cuando digo que se apagan: profesionalmente, serán distinguidísimos; pero nada más que profesionalmente.

Hay una gran cantidad de jóvenes sudamericanos que aún en la edad en que su cultura tiene que ser forzosamente deficiente, han realizado en Europa trabajos originales; originales en mayor ó menor grado, modestos si se quiere, pero trabajos, en todo caso, que representan un esfuerzo propio y la voluntad de hacer obra personal.

Cuando regresan, algunos de ellos, durante algún tiempo, un año ó dos años á lo más, siguen todavía aspirando á alguna observación propia, á algun descubrimiento; pero casi siempre, acaban por quedar reducidos de hecho puramente á la actividad profesional. El médico seguirá siendo un médico distinguidísimo, tal vez;

pero no será más que médico profesional: sólo por excepción, por inmensa, por rarísima excepción, procurará hacer observaciones, ver algo por su cuenta, descubrir algún sintoma, algún tratamiento; que en Europa intentó con menos cultura, con menos conocimientos, aquí no lo intenta ya. Y esto es aplicable á todas las otras profesiones.

La causa es tan evidente como triste: deficiencias de nuestro medio, que ustedes conocen de sobra: todo falta aquí. Falta, en primera línea, el estímulo; la producción de una obra original, la publicación de un trabajo que represente esfuerzo, dedicación, que sea el resultado de la profundización de un asunto, no agita más nuestro medio que una manifestación cualquiera de cultura puramente banal, un trabajo sin originalidad ninguna ó un simple resumen de ideas extranjeras. En realidad, lo que hay aquí para el productor intelectual, para el que con más ó menos celo emprende el trabajo personal, no es siquiera hostilidad — digo *siquiera*, porque la hostilidad puede ser todavía una forma de estímulo, y, á veces, no de las más eficaces: hay, simplemente, la indiferencia absoluta. Un libro cae en este país como una piedra en el agua: un minuto después, se ha hundido: toda huella se borra. Por lo demás, no se dispone ni de libros, ni de útiles, ni de cuanto es necesario á la labor. Es difícil encontrar obras originales; el que las necesita, debe procurárselas personalmente, lo cual muy á menudo es imposible. El *utillage* de nuestros laboratorios es de orden más bien pedagógico, destinado á la enseñanza, ó simplemente de museo; poco apropiado á la investigación personal.

Por lo demás, falta también tiempo y concentración, debido á que cada uno de nosotros, ó por hábito ó por necesidad, reparte su actividad en una cantidad inmensa de direcciones, y se dispersa. A tal punto estamos connaturalizados con esto, que á nadie llama la atención el hecho de que los profesores de la Universidad estén colocados en una situación tal, que no puedan, en ningún caso, hacer una profesión de su carrera, y que deban, salvo el caso de contar con medios de fortuna, tomar la cátedra únicamente como un incidente de su vida.

Debido á estas condiciones, falta, entre el productor y el medio, esa *ósmosis* continua que asegura la madurez y la calidad cumplida de la producción. El productor en nuestros medios podría compararse á un árbol trasplantado á un clima ingrato, cuyos frutos no llegarán nunca á la madurez plena; cuando más, podrán mostrar la buena calidad del árbol.

Así, toda investigación original y propia, en estos medios, es, á mi juicio, entonces, una forma de heroísmo. Creo que el que llega á producir aquí, en cualquier orden de actividad original, algo simplemente mediano, vale más intelectualmente y muchísimo más moralmente, desde el punto de vista de la voluntad, sobre todo, que un notable productor europeo.

Pero, hechas todas estas constataciones, que son tristemente ciertísimas, me será permitido hacer notar á ustedes que, á mi juicio, aún descontado el efecto de tantas y tan lamentables causas, *no hacemos aquí cuanto podríamos y cuanto debiéramos*; y justamente á la modificación de tal estado de cosas, que tiene su parte de costumbre si tiene su parte de fatalidad, tienden estas lecciones sobre la moral de la cultura.

No hay que exagerar, en efecto, ni sugestionarse. Es cierto, por ejemplo, que los medios materiales de producción faltan aquí, ó poco menos; pero tampoco conviene acostumbrarse á encontrar en ello una disculpa sin reservas. Inmensa cantidad de los grandes descubrimientos se han hecho en condiciones materiales pobrísimas; en el orden científico, por ejemplo, hay grandes experimentadores que han revolucionado la ciencia, á quienes faltaba todo ó casi todo, y que han debido suplir con su ingeniosidad esas deficiencias materiales. Los grandes experimentadores franceses que en una época científica memorable, renovaron todas las ciencias experimentales, se encontraban justamente en esas condiciones. Pasteur, en un célebre artículo titulado «El presupuesto de la ciencia», describió las condiciones en que trabajaron aquellos grandes maestros: Claudio Bernard, por ejemplo, en una especie de cueva, en un hueco de escalera lleno de nitro, lo cual le produjo una enfermedad que le costó la vida; sin aparatos, salvo unos cuantos imperfectísimos que desdeñaría hoy un estudiante de fisiología, y creando sin embargo, una ciencia nueva, pues tal es la fisiología moderna después de sus descubrimientos. Más: es casi *la regla* que los grandes descubridores no hayan dispuesto de aparatos muy complicados ó muy caros; más bien los aparatos de esta naturaleza se adaptan á las demostraciones, á la explicación pedagógica, ó, sobre todo, á las comprobaciones; los aparatos de descubrimientos son muy á menudo sencillos.

Con respecto á los libros, muchas veces ha pasado algo análogo; naturalmente, sería absurdo disminuir el valor de las lecturas; pero eso no quiere decir que sea imposible, ni siquiera difícil en muchos casos, llevar á término trabajos de verdadera originalidad, en semejantes condiciones.

En realidad, lo principal que falta entre nosotros, — y he aquí el punto importantísimo sobre el cual quiero insistir fundamentalmente en estas lecciones — *no es de orden material*.

Un médico sudamericano puede tener tantos enfermos ó más enfermos que un médico europeo. Un médico sudamericano, sin embargo, no descubre — no hablo de las excepciones, que son rarísimas — el tratamiento de una enfermedad, ni un síntoma nuevo, ni una nueva manera de hacer una operación. ¿Por qué? ¿Le faltan los elementos materiales?... No. ¿Le faltan los conocimientos?... Tampoco. ¿Le falta la inteligencia?... Tampoco, todavía.

Un físico sudamericano podrá haber tenido en la mano tanta veces un tubo de Crookes, como un físico alemán; podrá saber tanto como un físico alemán, y creo que tiene bastantes probabilidades de ser más inteligente; pero ninguna de descubrir los rayos Roëngen. ¿Qué le falta á ese físico nuestro ó á ese médico nuestro?... Es algo de orden psicológico: es simplemente el sentimiento de que *podría* descubrir algo, y el deseo y la voluntad de buscarlo: Sólo eso.

Yo creo que el promedio intelectual de nuestros profesores no es inferior al de un país europeo; y hasta los conocimientos á veces no son inferiores tampoco. Lo que nos afecta es *un estado de espíritu* especial, que en parte deriva del hábito, en parte derivará, si ustedes quieren, de la modestia; pero, sobre todo, deriva de una especie de sugestión inconsciente de nuestra incapacidad: estamos en un estado de espíritu en que no procuramos ni ver ni hablar por nuestra cuenta; estamos pasivos, estamos receptivos. Un médico lee un tratamiento de revista, y lo aplica; lo aplica diez, veinte años. Algún día llega una revista europea en la que se explica que aquel tratamiento era malo, que lo era por tal ó cual razón, y nuestro médico dice: «Es cierto; yo había visto esto.» ¡Cuántas veces ocurre el hecho!) «Yo había visto esto»... Y lo había visto, justamente como el médico europeo; quizá lo había visto antes; pero lo había visto *en otro estado de espíritu*; lo había visto en un estado de espíritu *pasivo*. No había creído nunca que él tuviera la capacidad, ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones; ni que él fuera capaz de modificar una cosa recibida.

De igual manera el físico uruguayo, el químico uruguayo (debo decir, en realidad, sudamericano) que maneja los aparatos ó las substancias de su laboratorio, los maneja en ese estado de espíritu pasivo; los maneja con la sugestión anticipada, tan intensa que ni siquiera se le ocurre otra cosa; con la sugestión anticipada, digo,

de que su única misión es constatar con esos aparatos lo que otros han observado, y enseñarlo; nada más.

Tanto desde el punto de vista intelectual como desde todos los otros, seríamos capaces, no, naturalmente, de hacer innovaciones ó descubrimientos en la misma proporción que los experimentadores ó investigadores europeos, ¡pues todas aquellas razones ó factores desfavorables que enumeré, existen, y producen su funesto efecto; pero, por lo menos, tengo la convicción íntima, bien cierta, de que seríamos capaces de hacer muchísimo más de lo que hacemos, y de empezar, por lo menos, á tener personalidad intelectual y científica, con sólo *cambiar de psicología*;—y á eso irían encaminadas mis lecciones. Es ya el estudiante, les decía el otro día, el que debe, sin perjuicio de la extensión superficial de cultura que le imponen sus programas y sus ocupaciones escolares, detenerse á profundizar aunque sean dos ó tres puntos en sus años de estudios. Pues bien: una vez terminada la carrera, se trata simplemente de seguir ejercitando esos hábitos y de seguir llevando adelante esas prácticas, en el estado de espíritu que hemos descrito como posible.

También hay exageración sobre la falta de tiempo. Que nuestras condiciones de trabajo intelectual son inferiores á las del investigador europeo, cuya existencia puede generalmente consagrarse fácilmente á una sola cosa, es bien cierto; pero, ¿á quién entre nosotros faltará una hora diaria ó media hora diaria para consagrarla á un trabajo ó á una investigación de un orden cualquiera que no esté subordinada á nuestra profesión material? Empecemos por ser, con nosotros mismos, lo bastante sinceros.

Por lo demás, una gran cantidad de productores europeos han escrito obras importantísimas en condiciones semejantes ó menos holgadas, quizá, que las nuestras. Desde el punto de vista del tiempo, por ejemplo, podría citar, y bastaría un caso solo, á Stuart Mill, cuya magistral «Lógica», obra tan profunda, tan seria, tan intensa, y que requiere, aun solamente para comprenderla, una tan honda meditación, fué pensada casi totalmente en los momentos de que el autor disponía para dirigirse de su casa al empleo que desempeñaba en la Compañía de Indias, y para regresar á aquélla.

Si los estudiantes, preparados, pues, por ciertos hábitos, por las prácticas aconsejadas, se formaran una voluntad firme de hacer *dos cosas* más adelante, cuando tengan una carrera, una profesión práctica, es posible que en algún tiempo, y quizá mucho menos difícilmente de lo que el hábito ó la sugestión pasiva nos hace imaginar, nuestro medio intelectual se modificara.

El primero de esos hábitos sería el de mantener siempre esa hora diaria consagrada á un trabajo original, cualquiera que fuese. Y el segundo sería el de continuar, después de adquirir un título profesional cualquiera, las lecturas, ó, cuando menos, las reflexiones sobre algún punto que no se relacionara directamente ó solamente con la práctica utilitaria de la profesión.

Creo que de todos los fenómenos intelectuales tristes que ocurren entre nosotros, el más triste de todos sea ese abandono que hacen nuestros profesionales (los de orden intelectual), una vez que su carrera está adquirida, de toda lectura y de toda reflexión que no conduzca á resultados prácticos inmediatos. No es tan reducida la cantidad de estudiantes de preparatorios ó de derecho que, mientras son estudiantes, encuentran tiempo y afición para ocuparse de otras cosas que no sean sus exámenes y sus textos; pero es brevísima, (á tal punto que con unos cuantos nombres, si correspondiera citarlos aquí, yo la agotaría) la lista de las personas en quienes esas aficiones no han muerto una vez que iniciaron su vida profesional.

Como les digo, pues, lo que hay entre nosotros (agregado indudablemente á los males de orden material ó social de que he hablado), lo que nos afecta principalmente, es un mal de orden psicológico, y que es remediable, que se remediaría con la voluntad y con la conciencia clara de unas cuantas personas que supieran ejercitarlas

Naturalmente, para creer en cuanto yo les digo, para sentir al respecto un poco de entusiasmo, y para practicarlo, se necesita tener el espíritu suficientemente independiente para libertarse de ciertos paralogismos ó confusiones que flotan en este momento, y constituyen los síntomas de una especie de epidemia intelectual.

La cultura, en el sentido amplio en que la he preconizado, tiene entre nosotros, y en muchos países que se encuentran ó nó en las mismas condiciones del nuestro, unos extraños enemigos.

Se sabe á qué movimiento intelectual me refiero.

Hace pocos años ha surgido una tendencia, sanísima y digna del mayor elogio en lo que tiene de positiva; pero profundamente funesta y absurda en lo que tiene de negativa.

Los hombres intelectuales se han dado cuenta del valor de la práctica, de la industria, del comercio, de las profesiones manua-

les; pero, como sucede casi siempre en la historia del pensamiento, no se ha podido emprender el elogio de una cosa sin al mismo tiempo combatir ó denigrar algo que no era contradictorio, sino complementario de ella.

De manera que casi todos (y son bastantes) los que hoy escriben ó declaman en favor de las profesiones manuales é industriales, creen que no pueden hacerlo sin deprimir al mismo tiempo á la alta cultura.

Entre tanto, ese estado de espíritu no sólo es rebajante, sino que, como ya he procurado demostrarlo en esta clase, hasta se encierra en un círculo vicioso. La industria, la práctica, en el sentido que aquí se les da, viven justamente de la cultura teórica. Si los declamadores de que me ocupo conocieran un poco mejor esos medios europeos que se señalan justamente por el desarrollo colosal y admirable de su industria y de sus descubrimientos de orden práctico, comprobarían fácilmente que toda esa práctica se alimenta de la cultura teórica, que la industria y la práctica son, digámoslo así, parásitos de la ciencia, que no pueden vivir por sí mismas, y que si á la ciencia y á la cultura teórica les falta fuerza, decaen inmediatamente y se debilitan todas esas otras manifestaciones prácticas del pensamiento y de la actividad humana.

Hace poco leía una descripción de ciertas grandes fábricas ó establecimientos industriales de Alemania, y recuerdo, entre otros hechos muy significativos, el siguiente: en las tintorerías y curtidurías alemanas, el número de químicos que trabajaban á sueldo de la empresa, era mayor que el número de técnicos; no solamente *se permite existir* á esos teóricos, sino que, en aquellos países, que son la encarnación de la industria práctica, el número de teóricos es mayor que el número de técnicos. Aun dentro de una fábrica, el número de «teóricos» dedicados á investigar, era más crecido que el número de «hombres prácticos» que se dedicaban á la producción propiamente dicha. Y es que, efectivamente, la cultura teórica, la alta cultura, es como el curso superior de los ríos, cuyas márgenes pueden ser, quizá, infecundas, pero que alimentan el curso inferior cuyas márgenes fertilizan naciones enteras (1).

(1) Si, cuando dictaba estas lecciones, hubiera conocido el discurso de Ramón y Cajal á los estudiantes españoles (impreso en una edición privada por el señor Lloria), habría sustituido esta indicación y varias de las anteriores por las correspondientes de aquel discurso, no sólo por la autoridad de su autor, sino porque, en la forma misma, les ha dado concisión y fuerza mucho mayores, el ilustre sabio con quien he tenido la honra de coincidir.

Una excepción aparente podría señalarse: los Estados Unidos, país que durante mucho tiempo se ha señalado por su inmensa actividad de orden práctico, sin que ella fuera acompañada de una actividad paralela en el orden de la cultura teórica; pero justamente este ejemplo de los Estados Unidos nos muestra que una nación puede ser *tributaria* de otras, no solamente desde el punto de vista político, sino desde otros puntos de vista más importantes todavía. Ciertamente es que la actividad práctica adquirió un desarrollo monstruoso y admirable en los Estados Unidos; pero, lo repito, este ejemplo nos muestra la naturaleza, como acabo de llamarla, *parasitaria* de la actividad práctica. La de los Estados Unidos mantenía á ese país, hasta hace muy poco tiempo, como tributario de Europa,—como tributario, en un sentido mucho más amplio y mucho más importante que el político. Los Estados Unidos aplicaban y utilizaban la electricidad europea, el vapor europeo, el magnetismo europeo; y justamente aquel país lo ha comprendido, y ha iniciado en los últimos años un movimiento, un esfuerzo sin igual, en todos sentidos, de voluntad, de dinero, para conquistar su independencia, esta segunda independencia, más valiosa todavía que la primera. Si en estos momentos hay en Estados Unidos algo que sea una idea nacional, es el deseo, la voluntad firmísima, de conquistar una cultura propia; se trata de una segunda revolución norteamericana, en la cual es de esperar que tendrán tanto éxito como en la otra, y que es más decisiva que la otra.

Quisiera ahora especializarme un poco en la moral de las distintas profesiones intelectuales. Me dirijo á quienes serán mañana abogados, médicos, periodistas, funcionarios, políticos, y, por consiguiente, unas cuantas indicaciones, advertencias ó consejos relativos á estas manifestaciones de la actividad intelectual, desde el punto de vista moral, sobre todo, no holgarían.

Tendré que limitarme, sin embargo, á algunas brevísimas indicaciones, porque la razón que me limita en estas conferencias es aquí más fuerte que en cualquier otro caso. Lo que yo les diga tiene que valer muy poco sin ejemplos, y justamente, los ejemplos, no puedo ponerlos: vivimos en un medio demasiado chico para eso.

Sin embargo, no quiero dejar de hacer algunas indicaciones.

Efectivamente, cada una de estas profesiones tiene, como dijo originalísimamente Diderot, sus *idiotismos*.

En el más célebre de sus diálogos, «El sobrino de Rameau», uno de los interlocutores hace notar que en cada profesión se crea una moral especial, que representa algo así como excepciones dentro de la moral general. Compara el hecho á lo que ocurre con las gramáticas; sin perjuicio de ciertas reglas comunes á todos los idiomas, cada gramática tiene las suyas: son los idiotismos; y, dice Diderot: Cada profesión tiene sus idiotismos morales.

Después se ha hecho algún estudio especial de ese orden; es notabilísima, por ejemplo, la monografía de Spencer sobre la moral del comercio. Nosotros nos concretaremos únicamente á las profesiones de índole especialmente intelectual; pero no quiero entrar en esta parte de mis conferencias sin hacer antes una digresión, que tal vez no lo sea tanto como pueda parecer.

Estas profesiones intelectuales, especialmente las profesiones que llamamos liberales—y especialísimamente, dentro de ellas, las de abogado y de médico—han sido objeto y son todavía objeto en en nuestros medios, de una hostilidad que es una de las tantas manifestaciones del fenómeno intelectual de que les hablaba hace un momento, esto es, de una especie de epidemia de odio hacia la alta cultura. Todo el mundo habla ó escribe hoy contra las profesiones liberales: es una costumbre: se considera una especie de obligación. Es de moda satirizar á los que persiguen títulos, á los padres que los desean para sus hijos, y difícilmente nos libramos por una semana entera de algun artículo de diario ó de algun folleto ó discurso al respecto. Indudablemente, la tendencia queda un poco en la superficie; los mismos que hablan ó escriben en tal sentido, son generalmente los primeros en estimular á sus propios hijos á seguir esas carreras; pero de todos modos, y por superficial que sea, el fenómeno es interesante y merece atención. En la misma Universidad, hace poco, se dió oficialmente una conferencia á los bachilleres, con el objeto de disuadirlos de seguir las profesiones de médico y de abogado, y convertirlos en veterinarios y agrónomos. En general, responde esta tendencia, como casi siempre, á un movimiento europeo que se ha propagado en nuestro país (certainas obras, como por ejemplo, la conocidísima de Desmolin: *À quoi tient...*, pueden citarse como representativas en este sentido); pero, cualquier cosa que haya que pensar de este movimiento intelectual en Europa, sea ó no motivado allá, un hecho me parece indudable, y es que, *aquí*, es absurdo y funesto; y voy á procurar explicar por qué razones.

En los medios europeos, hay lo que podríamos llamar «cultura

ambiente»; la cultura, allá, flota, se encuentra en el medio, se absorbe; se absorbe en las conversaciones, en las lecturas, hasta en las vidrieras y en los *affiches*; de manera que sería perfectamente posible que un empleado ó una costurera francesa pudieran tener más cultura general que un médico ó que un abogado uruguayo, que sólo se dedicara á ser médico ó abogado. Aquí, entre tanto, y salvo rarisimas excepciones, que se refieren á personas dotadas de una voluntad especial, puede decirse que la cultura se absorbe casi únicamente en la Universidad.

Las condiciones de ambos medios son, pues, completamente diferentes. Podrían compararse los medios europeos, desde este punto de vista, á los animales que tienen dos clases de respiración: una cutánea, general, y otra especializada en órganos adecuados. En un medio europeo hay órganos especiales de cultura: las Universidades; pero hay, además, cultura general ambiente, que se absorbe allí hasta inconsciente é involuntariamente, por una especie de respiración cutánea; si falta la cultura de los órganos especiales, queda esa cultura general. En nuestro medio, entre tanto, la respiración cutánea falta, la cultura se respira únicamente por sus órganos especiales, se absorbe por las Universidades; el que no la absorba por las Universidades (salvo, como digo, rarisimas excepciones), no la adquirirá.

Quiere decir, pues, que los que inconscientemente han procurado aplicar esas ideas europeas á los medios sudamericanos, no han observado los hechos; creyéndose, como se creen, profundamente prácticos, son inmensamente teóricos. Prescinden en absoluto de la realidad; no ven que las profesiones liberales entre nosotros, en nuestro medio,—tal es como están realmente constituidas, tales como son—tienen una misión indirecta que es infinitamente más importante que su misión directa: no han sabido ver que una Universidad sudamericana es algo mucho más importante que una fábrica de médicos ó de abogados; no han sabido ver que una Universidad sudamericana es el órgano respiratorio de la cultura, el único, sin el cual, nuestras sociedades perecerían desde el punto de vista intelectual; no han sabido ver que aquí las Universidades tienen que hacerlo todo: nuestro sabios—por poco sabios que sean—nuestros políticos, nuestros estadistas. Por eso (y séame permitida una digresión de digresión) la tendencia pedagógica que debe orientar nuestra enseñanza, debe inspirarse, sobre todo, en el punto de vista educativo y de cultura general, nunca prematuramente especializada.

Tomemos un problema cualquiera. ¿Debe haber, por ejemplo, un bachillerato especial para médicos y un bachillerato especial para abogados? Es un problema bien práctico, que se agita continuamente. ¿Cuán común es oír decir y sostener que, al fin y al cabo, el abogado no necesita sino muy poca química, si es que alguna necesita, y que el médico no necesita ninguna literatura!

Aun desde el punto de vista profesional, esta creencia es absolutamente falsa. Efectivamente, los estudios de cultura general, preparando y desarrollando las facultades intelectuales, hacen al sujeto pedagógico infinitamente más capaz de asimilarse sus propios conocimientos especiales, que una educación puramente especialista; pero, aun cuando esto no fuera verdad, debemos tener en cuenta que, entre nosotros, el abogado y el médico son fatalmente mucho más que abogados y médicos, y que si algo hay que echar de menos aquí, es, justamente, que la generalización de la cultura todavía no haya ido bastante lejos. Un médico uruguayo, por ejemplo, será diputado, será ministro; entre tanto, tal como está organizada hoy nuestra enseñanza secundaria, un médico uruguayo es un hombre que *puede no conocer la Constitución de la República*. Efectivamente, si no ha cursado la enseñanza pública primaria (como puede perfectamente haber ocurrido), después, en nuestra enseñanza secundaria, no existe instrucción cívica, no existe enseñanza ni de Derecho Constitucional ni de Economía Política ni de ninguna ciencia social, ni rudimentariamente; y la misma Constitución del país en que vivimos puede ser desconocida para esos profesionales.

Sea cual sea, pues, la solución que esta cuestión pueda tener en un medio europeo, en el nuestro tiene una solución necesaria, en el sentido de la generalización de la cultura. El sofisma que se comete, generalmente, á este respecto, es el mismo que se cometería si se tratara de formar, por ejemplo, un profesional destinado á ejecutar un trabajo corporal que debiera realizarse solamente con un brazo. Supongamos que existiera una profesión cuyo ejercicio requiriera mover únicamente el brazo derecho. Podríamos razonar así: desde el momento en que los hombres que se preparan para esa profesión, sólo han de mover el brazo de derecho, vamos á reducir, tomándolos desde pequeños, su actividad á la ejercitación del brazo derecho; que no muevan el brazo izquierdo, ni las piernas; que no hagan otra cosa que mover el brazo derecho. ¿Qué sucedería? Desde luego, que formaríamos un monstruo. Pero es que hasta un ser semejante sería el menos apropiado para desempeñar

su misma profesión, porque ese brazo derecho nunca podría ser bastante fuerte sobre un cuerpo débil. Entre tanto, si nosotros redujéramos en algo el ejercicio del brazo derecho, pero ejercitáramos el brazo izquierdo, las piernas y el cuerpo en general, formaríamos un cuerpo mucho más fuerte y normal, sobre el cual se asentaría y se alimentaría un brazo derecho más fuerte que aquel cultivado especialmente; esto, aun en el caso de que no se le hubiera dado ejercitación demasiado especializada.

Más todavía: si se nos obligara á establecer una especialización, casi más aceptable sería este otro razonamiento: «Puesto que, una vez que entre al ejercicio de su profesión, este hombre no ha de mover sino el brazo derecho, enseñémosle antes, y mientras haya tiempo, á ejercitar les demás miembros que nunca después volverá á ejercitar». Y por eso yo aseguro que si debiera resolver el problema de la organización del bachillerato en el sentido de especializarlo, creería menos absurda una especialización al revés; quiero decir: creería menos funesto obligar al futuro abogado á estudiar más ciencia, justamente porque nunca más estudiaría ciencia; obligar al futuro médico á familiarizarse más con la enseñanza cívica, con los estudios literarios, etc., justamente porque una vez que él entre al aprendizaje profesional propiamente dicho, nunca jamás volverá á estar en contacto con aquellas disciplinas.

Una segunda observación, á propósito de las profesiones liberales, se refiere á un hecho que ha escapado también á todos sus detractores, por la misma razón, á saber: porque se han limitado á reproducir ideas europeas sin observar directamente nuestro medio.

Las profesiones liberales tienen entre nosotros UNA MUY CARACTERIZADA Y PROFUNDA SIGNIFICACIÓN DEMOCRÁTICA, lo cual ruego que observen bien. No hay absolutamente ninguna otra profesión, sea la que sea, comercio, industria, la que ustedes quieran, que permita como aquéllas al que está dotado de talento y voluntad, elevarse legítimamente en menos tiempo, sin apoyo de ningún género, sin protectores, sin amigos, sin recomendaciones, sin padres y sin herencias. Es hermosísimo, indudablemente, ser estanciero, pero á condición de heredar la estancia. Bueno es ser comerciante ó ser industrial; pero si ustedes observan la manera cómo se forman los comerciantes y los industriales, notarán que, para triunfar en cualquiera de estas carreras, el que está reducido absolutamente al solo esfuerzo, podrá sin duda triunfar, pero tiene *gran desventaja* con respecto al que tiene padres, herencia, relaciones ó protectores.

Entre tanto, un joven que carezca en absoluto de medios de for-

tuna, de nombre, de protectores; humilde, desconocido, sin familia, dotado simplemente de talento y voluntad, puede en muy pocos años, por medio de las profesiones liberales, ascender, en nuestros medios, de la más humilde hasta la más alta capa social.

Naturalmente, esto ocurre en todos los órdenes de actividades; pero *con más dificultad*. Este es el punto importantísimo sobre el cual quiero insistir. No se trata de afirmaciones ni de teorías. Es *el hecho*, que la cantidad de los que fracasan en el comercio, aún teniendo aptitudes, es muy grande; que lo mismo sucede en la industria, que lo mismo sucede en todas esas otras manifestaciones que se consideran prácticas, entre nosotros. Ignoro lo que sucede en los medios europeos ó en el medio norteamericano: en este último, probablemente, las cosas ocurren de manera muy distinta; pero justamente por eso se impone siempre que observar el medio propio.

Imaginense, en nuestro medio, dos jóvenes que se dediquen á trabajos de campo, y represéntense ustedes la inmensa diferencia que existe entre el hijo de un estanciero y el hijo de uno de sus peones. No niego, no, que el segundo pueda llegar al éxito, pero á condición de que sea un hombre excepcional; y, todavía de que la suerte lo acompañe. En todo caso, ¿con qué dificultades luchará! Dificultades que no existen para el otro, que tiene su carrera hecha. Entre tanto, el hijo de ese humilde peón, dentro de la Universidad, en competencia con el hijo de un notable abogado ó de un notable médico, ó de una persona influyente ó poderosa, lo adelantará *con la mayor facilidad*, y triunfará sobre él, si tiene condiciones para ello.

Veo todavía en las profesiones liberales, tal como se ejercen entre nosotros, y al contrario de lo que creen los declamadores, un orden de actividad que es quizá aquel en que un hombre necesita menos de los demás, y sería fácil probarlo, á pesar de que es costumbre, sugestión, hábito, decir todo lo contrario.

Hasta desde el punto de vista puramente social, esa significación democrática de las profesiones liberales, entre nosotros, se manifiesta manteniendo, diremos, una especie de ósmosis continua de las clases, é impidiendo la formación de aristocracias en el mal sentido del término, sean aristocracias de nombre, sean aristocracias de dinero, menos dignas todavía.

Nuestra sociedad, inferior á las europeas en tantas fases, les es bien superior desde este punto de vista especial; sin duda, hay rudimentos, comienzos, esbozos de la formación de esas aristocracias de orden inferior; pero apenas sensibles. Pues bien:

son justamente las profesiones liberales las que mantienen entre nosotros esa continua ósmosis, ese continuo ascenso de las clases reputadas inferiores á las clases reputadas elevadas; y el ascenso, por esas profesiones, se produce con tanta facilidad que, repito, no se necesita siquiera la vida de una generación; bastan unos cuantos años: los de carrera de un estudiante.

Como he dicho, aquí más que en ninguna otra parte, la falta forzosa de ejemplos concretos debe quitar casi todo el valor práctico á nuestras observaciones. Procuraré, sin embargo, que tengan alguno estas simples sugerencias sobre moral de las profesiones intelectuales.

MORAL DE ABOGADOS

Sería un problema interesante el de saber si existen ó no profesiones que encierren una especie de inmoralidad intrínseca; quiero decir, profesiones tales que, siendo necesario socialmente y aun moralmente que algunos las ejerzan, no puedan, sin embargo, ser ejercidas con arreglo á una moralidad absoluta.

No sé si teóricamente la profesión de abogado se encuentra en esas condiciones; no sé si la sociedad podría organizarse de tal manera, que la profesión de abogado fuera en todos los casos prácticos compatible con la moralidad absoluta. La verdad es que, de hecho, en el estado actual de las cosas, hay en el ejercicio de esa profesión dificultades morales sumamente serias, algunas de solución muy difícil, y con respecto á las cuales conviene por eso mismo estar prevenido.

Examinemos las cosas tales como pasan *de hecho*. Un hombre es nombrado defensor de oficio, abogado de un banco ó de una casa de comercio, fiscal del crimen, etc.; naturalmente, ese hombre no está teóricamente obligado á encontrar que todos los presos que corresponden á su turno son inocentes; á encontrar que su banco ó su casa de comercio tiene siempre razón en los incidentes ó litigios que se susciten; ni menos, en el caso del fiscal, á pedir para todos los detenidos una pena severa, ni aún á acusar á todos; pero es indudable que, si prescindimos de esta faz teórica del asunto, y si observamos los hechos, encontramos algo que es por lo menos inquietante ó digno de preocupar desde el punto de la moralidad

de esta profesión, á saber: que en un asunto criminal hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que el defensor oficial encuentre, si no que el prevenido es inocente, por lo menos que es menos culpable de lo que el fiscal por su parte juzga; que, en los litigios, el banco ó la casa de comercio que debe defender nuestro abogado, tienen para él completa razón ó, por lo menos, tienen más razón de la que un criterio imparcial puede atribuirles. Esta no es naturalmente una regla invariable; pero ustedes saben perfectamente que es una tendencia.

Ahora bien: ante este hecho surge una de esas respuestas ó soluciones fáciles con que los hombres resuelven generalmente sus problemas morales, precisamente porque esas soluciones casi no ahondan más abajo del plano de las palabras: «Basta, se dirá, ser absolutamente sincero y absolutamente imparcial. Cada vez que el defensor de oficio encuentre que su prevenido es culpable, lo dirá muy sinceramente y no se atribuirá más misión que la de impedir que, al prevenido en cuestión, se le aplique más pena de la que justamente le corresponde; el fiscal hará algo análogo, aunque en sentido inverso: no acusará sino cuando crea que deba acusar, y no pedirá más pena que la que realmente á su juicio proceda; el abogado del banco ó de la casa de comercio, no defenderá los litigios injustos, y en el caso de que quiera obligársele á ello, renunciará su cargo».

Todo esto, efectivamente, es muy sencillo; sin embargo, y ya que se va á tratar para ustedes de problemas prácticos, reales, vivientes, conviene acostumbrarse á no considerarlos ya de antemano, como tan simples; precisamente para resolverlos mejor, conviene darse cuenta de todas las dificultades y complicaciones que la práctica ofrece á este respecto.

La realidad, hoy por hoy, es tal, que, casi invariablemente, los defensores piden para sus defendidos menos pena de la que corresponde, cuando piden alguna; que de hecho y prácticamente los fiscales extreman la severidad, etc., etc. Pues bien: supongamos que en un caso práctico, concreto, yo, defensor de un preso, por ejemplo, animado de la más absoluta sinceridad, lo defiendo de una manera completamente justa; me presento al tribunal haciendo notar cuáles son las faltas ó los delitos que mi defendido ha cometido; cuáles son las que falsamente se le atribuyen; en una palabra, pidiendo justamente lo que debo pedir para él. Resulta que muchísimas veces en la práctica, y dada la costumbre que tienen los jueces de ponerse en un término medio entre el acusador y el defensor,

yo obtengo para mi prevenido una pena mayor de la que le corresponde en justicia. Este caso no es todavía tan común como el que puede ocurrir en otros asuntos corrientes. Supongamos, por ejemplo, el caso del prevenido que me confiesa su delito; pero me lo confiesa á mí como defensor, exigiéndome que no lo declare yo ante la justicia. No existen pruebas legales contra el prevenido, ¿cuál es mi deber? Renunciar la defensa, posiblemente. Pero, si todos los abogados cumplieran, entonces, con su deber, ¿cómo sería defendido el preso? Si, al contrario, confieso yo el delito como defensor, soy objeto de recriminaciones que deben producirme, por lo menos, cierta preocupación. Hay ya, entonces, algo de dudoso aquí....

Supongamos, todavía, casos más comunes y, sin embargo, aún más delicados. Sin necesidad de ejercer ningún cargo, los abogados deben continuamente defender á las partes que demandan sus servicios, en asuntos que son casi siempre complicados: es raro que en un asunto jurídico, algo complejo por lo menos, haya una parte que tenga toda, absolutamente toda la razón: es muy común, por ejemplo, que ciertas disposiciones legales favorezcan á una de las partes, y que otras disposiciones legales favorezcan á la otra.

Si, en el estado actual de las cosas y dentro de la psicología actual del foro, yo presentara un escrito en el cual dijera algo semejante á esto: «Señor Juez: la parte que yo defiende tiene á su favor tales y cuales artículos legales; en cambio, debo hacer notar al señor Juez que estos otros artículos están contra ella; cierto es que en pro de la interpretación que favorece á mi parte podrían citarse á tales ó cuales autores: en cambio, estos otros autores, en tal página de tales libros, le son contrarios; es difícil, pues, saber si mi parte tiene razón ó no. Á mi me parece que los argumentos favorables son más fuertes que los argumentos contrarios; no tengo, sin embargo, una seguridad absoluta; el señor Juez resolverá».... La moral ideal dictaría un escrito análogo. No deja de ser, sin embargo, inquietante el pensar en el resultado probable. Desde luego, el abogado que tal hiciera, se atraería de parte de su cliente grandes recriminaciones. Quizá le hiciera un mal inmenso, pues, acostumbrados como están los jueces á ver defender las causas con una convicción absoluta, muchos de ellos no dejarían, aun sin darse cuenta de ello, de atribuir la debilidad de la convicción expresada en este caso, á la falta de seguridad ó á la falta misma de razón.

Además, y para acabar de complicar los hechos y la doctrina, surge una teoría que es muy corriente y que es enseñada á la

mayor parte de los Abogados. Héla aquí: «La verdadera misión del abogado, se dice, es defender, ó acusar en su caso; no debe preocuparse de los argumentos contrarios á su parte, puesto que justamente la sociedad está organizada de tal manera que la parte contraria tiene también un defensor y éste se encargará de aquella tarea. Una entidad superior, el Juez, es la encargada de elegir entre esos argumentos».

Por consiguiente, el abogado no debe tener escrúpulo, según esta teoría (que, como les digo, es bastante corriente), al poner de relieve en cuanto sea posible y aun al exagerar el derecho de su parte, en procurar ocultar, confundir el derecho que pueda tener la parte contraria; justamente porque existe esa entidad superior cuya misión es elegir argumentos, conservando los buenos y destarando los malos.

Llamo la atención de ustedes sobre lo siguiente: si esta teoría fuera verdadera y legítima, la profesión de Abogado sería justamente una de esas profesiones que tendrían lo que yo he llamado una inmoralidad intrínseca: esto es, profesiones de tal naturaleza, que, si bien la sociedad las necesita, no pueden, sin embargo, ejercerse dentro de los dictados de una moral ideal, y necesitan para su ejercicio una cierta dosis de inmoralidad. «Una cierta dosis»...; pero en la práctica lo que empieza así no se sabe dónde termina...

Peligrosa doctrina, en efecto! He aquí, por ejemplo, un caso que se presenta mucho: cierta clase de litigios ó de asuntos forenses, admiten lo que se llama la prueba testimonial, la prueba por la afirmación de los hombres. Esta prueba testimonial tuvo un gran valor en otros tiempos, cuando las costumbres ó ciertos hábitos de moralidad eran otros. Se decía entonces, en el derecho tradicional: «Los testigos priman sobre los papeles». — Hoy no sólo los papeles priman sobre los testigos, sino que la prueba testimonial está absolutamente desacreditada, y con la más completa razón. Ahora bien: sucede muy á menudo en la práctica, que debe ventilarse un asunto apelando á la prueba testimonial, y los abogados nos encontramos, bastante corrientemente, en esta situación que para algunos puede ser un problema moral: el que apoya su derecho sobre la verdad, difícilmente encuentra testigos verdaderos: no es común que haya personas que se hayan encontrado presentes justamente en el momento necesario, que hayan visto lo que es necesario ver, que lo recuerden, y que estén dispuestas á declararlo. Entre tanto, el que apoya un pretendido derecho sobre hechos falsos, tiene, para presentar la

prueba testimonial, todas las facilidades, porque justamente adapta los testigos á su argumentación. Muy á menudo se pregunta á los abogados ó son consultados por las partes que se apoyan en la verdad, sobre si tal vez no les sería lícito obtener declaraciones de testigos que declaren la verdad; pero que sean, sin embargo, testigos falsos. Esto es: si es lícito combatir por medio de una mentira que venga á apoyar la verdad, la mentira del contrario que viene á apoyar la mentira; y, como les digo, esta clase de problemas prácticos se van planteando con toda clase de gradaciones, de manera que, una vez que se ha entrado por la coria de que el abogado puede salirse de la moral absoluta y defender á su parte como mejor pueda, para que el juez elija entre las pruebas, —una vez, digo, que se ha entrado en esta teoría, sigue la inmoralidad una gradación creciente, y es imposible encontrar un criterio fijo, claro, para detenerse en un momento dado.

Por mi parte, soy de los que creen que la doctrina es falsa y mala; más: que justamente es el mayor peligro para los futuros profesionales (que, á menudo, son instruidos con tanto cuidado en la parte puramente intelectual de su profesión, y que, á menudo también, son instruidos con tan poco cuidado, si es que lo son alguna vez, sobre su parte moral) esa teoría, cuyos deplorables efectos son tales (debido á los sofismas *de grado*) que debe condenársela en absoluto.

Hecho interesante: hay como un *sustitutivo* de esa teoría, resultante de un estado psicológico muy curioso que se produce en el abogado, y es la tendencia natural y muy humana á convencerse *sinceramente*: tendencia que, aún dentro de la buena fe y de la buena intención, entre ciertos límites, hace explicable, sin recurrir á la inmoralidad, el exceso ilegítimo de convicción; pero aún de esta misma tendencia psicológica tenemos que cuidarnos mucho, porque nos arrastra ya en ciertos casos á una especie de inmoralidad subconsciente. — Sin embargo, sería yo insincero si les dijera que creo que con mi fórmula, que es simplemente aplicar al ejercicio de la profesión la moral más clara y absoluta que se pueda, se resuelven todas las dificultades; no sé si la profesión puede ejercerse siempre en esos casos...

De todos modos, —y este es el consejo práctico y sobre el cual deseo insistir,—para resolver todos esos problemas de la mejor manera posible, el abogado debe cuidarse de dos estados de espíritu; y les pido que sobre este punto presten toda atención. Los dos

estados de espíritu peligrosos y malos, que tienden, tanto el uno como el otro, á desmoralizar en sentidos diferentes y por vías distintas esta profesión, son los siguientes (noten que se trata de dos estados de espíritu antitéticos en sí mismos, y que, sin embargo, tienden á coincidir en sus efectos): el uno, un concepto demasiado optimista del valor de la profesión; el otro, un concepto demasiado pesimista.

Los abogados se acostumbran á veces, ó son acostumbrados por sus libros ó por sus profesores, á repetir con demasiada facilidad que la profesión de abogado es un ministerio augusto, una misión nobilísima y elevadísima: defender el derecho, asistir al que no tiene defensa...; y se hacen declamaciones que son muy hermosas pero que dan por resultado, y esto es lo importante, *ocultar* al mismo que las repite ó que las admira demasiado, todas las grandes dificultades de orden moral que existen en el ejercicio de la profesión.

Se produce, entonces, aquel fenómeno que hemos estudiado en clase como el causante de una inmensa parte de la inmoralidad ó de la debilidad moral que se observa en las distintas manifestaciones de la actividad humana, á saber: la *separación entre la moral verbal y la moral práctica*.

El ejercicio de esta profesión está lleno de dificultades morales que no siempre se pueden resolver del todo. Acabo de decirles, y me sería facilísimo probarlo con infinitos ejemplos, que hay casos en que se plantean al abogado problemas tales, que *toda* solución que adopte tiene algo de mala moralmente. Rechazar la defensa de un preso porque él nos confiesa que es criminal, dejándolo tal vez sin defensa, es una solución dolorosa; aceptarla, y defender á base de mentira, es más doloroso, todavía; muy malo es lo último, pero eso no quiere decir que lo primero, esto es, dejar sin defensa á un hombre que, por otros, quizá podrá ser mal defendido, sea absolutamente bueno. Aconsejar, y llegado el caso, ordenar á un cliente que se abstenga de presentar testigos falsos en favor de un hecho que nos consta absolutamente que es verdadero, y, por consiguiente, aconsejarle ú ordenarle que pierda su pleito, en el cual, sin embargo, tiene razón, es la solución mejor moralmente; mejor, en el sentido de que es menos mala que aconsejarle presentar testigos falsos; sin embargo, no es, ni con mucho, una solución ideal. Tal vez lo mejor fuera mandar el asunto á otro abogado; pero esto mismo parece indicar la inmoralidad intrínseca...

Se trata de una profesión que nos plantea continuamente casos difíciles y dolorosos, en que no hay una solución completamente buena, en que se trata simplemente de elegir la menor mala de todas. Pues bien: *si nos formamos una concepción, un estado de espíritu demasiado optimista con respecto al valor de la profesión, sólo podemos hacerlo á expensas de esa separación entre la moral teórica y la moral práctica* de que les hablaba; sólo separando la teoría de la práctica, puede no ser afectada la primera por todos esos hechos complicados y difíciles, y por los juicios y sentimientos que ellos suscitan. Justamente, debido á este estado de espíritu, de la manera más inconsciente, muchos profesionales son llevados á prácticas inmorales; más: á un estado de espíritu, diré, de inmoralidad permanente.

Y el otro estado de espíritu, antitético, que conduce á los mismos resultados, pero todavía, naturalmente, en mucho mayor grado, es uno de aflojamiento ó de abandono, que se traducirá en esta fórmula: «Puesto que no se puede ser completamente, absolutamente moral, siempre y en todos los casos, en el ejercicio de esta profesión, no nos preocupemos de la moralidad». Naturalmente, nadie se dice esto de una manera expresa ¿nadie? ¿Quién sabe! tal vez yo exagero: puede ser que alguno lo diga, y hasta lo enseñe; pero, por lo menos, ese estado de espíritu es sumamente común, y en cuanto á él no hay necesidad de describir cómo y por qué conduce á la inmoralidad profesional.

¿Cuál es la verdadera solución, ó la solución menos mala? Es cuestión psicológica siempre: es formarse *un estado de espíritu bien sincero*, quiero decir, no ocultarse todas estas dificultades y miles de otras del mismo orden; saber de antemano que, sin perjuicio de lo que pudiera ser el ejercicio de la profesión de abogado bajo una organización social ideal y con hombres hechos de otra manera, psicológica y moralmente, que los actuales, esta profesión tiene efectivamente un poco de esa inmoralidad intrínseca de que hablábamos, en el sentido de que no es posible, en muchísimos casos, llegar á soluciones morales perfecta ó completamente puras; pero justamente de este estado de espíritu sincero, de una observación y de una atención que deben ser tanto mayores cuanto mayores y más comunes y más delicadas son las dificultades, debemos sacar la tendencia á acercar nuestras soluciones prácticas, lo más posible, á esa moralidad ideal, que en ciertos casos no se puede realizar del todo.

Hay otras muchas influencias perjudiciales que hay que acos-

tunbrarse á evitar. Tienden también los estudios jurídicos á hacer espíritus formalistas y á sacarlos de la realidad; á formar mentalidades acostumbradas á dar una importancia inmensa á las cuestiones de palabras, á las fórmulas, á las abstracciones, á las deducciones. Sobre esto no les podría hacer, así, en abstracto, una descripción: se trata de una psicología que ustedes tendrán que conocer prácticamente. Otra característica del estado mental que tan fácilmente se produce en los abogados, consiste en un respeto excesivo á las fórmulas hechas, á las prescripciones de los Códigos, como si no fueran dictadas por hombres. Supongamos este caso, que á mi me llamaba mucho la atención cuando era estudiante de Derecho: aparecen dos artículos de un Código que están en contradicción, y el comentarista procura explicar esos artículos. Recuerdo cuán á menudo me impresionaba lo siguiente: el comentarista procuraba forzar de una manera violentísima el sentido de los términos ó inventar sistemas diferentes para explicar la contradicción: «Primer sistema: que tal artículo se aplica á tal caso y tal artículo á tal otro; segundo sistema: que tal artículo debe aplicarse en tales condiciones...», pero lo único que no se le ocurría nunca al comentarista—y de eso podría citarles casos prácticos, sólo que alargarian mucho la lección—el único «sistema» que no se le ocurría nunca al comentarista era sencillamente que el legislador se hubiera contradicho; esa hipótesis no cabía: habíase él puesto en un estado de espíritu tan especial, que partía algo así como de la infalibilidad de los autores de las leyes, ó, más bien dicho, había olvidado que las leyes tienen autores, y que los autores pueden contradecirse ó escribir confusamente ó incompletamente ó antigramaticalmente, lo mismo que cualquier hombre.

Con mayor razón tiene también proyecciones y alcances morales el evitar el estado de espíritu esencialmente conservador, exageradamente conservador, que tiende á producir, en los espíritus que no se defienden bien, el estudio de las leyes. Como con mucha razón lo ha dicho Anatole France, espanta pensar que en una época como la actual, muchos siglos después, y tras tantos progresos morales y de todo otro orden, nuestras presentes relaciones sociales están regidas por disposiciones que provienen, unas, de la época romana, la más dura de cuantas existieran, y otras, de la época bizantina, la más corrompida de cuantas hayan existido; que las bases de nuestras leyes sean, por ejemplo, una recapitulación hecha bajo los juriscultos que florecieron en la época de la emperatriz Teodora. Y es bien cierto: recuerdo que un día, en una lección

dada en esta misma clase, recurri á una imagen que ahora voy á repetir. Hay ramas del conocimiento humano que eliminan mal; podría decirse que el Derecho está afectado de artrismo; que, del mismo modo que hay personas en que las sustancias de transformación regresiva, que deben eliminarse del organismo, no se eliminan bien, é impiden el movimiento, la agilidad, é incrustan los tejidos, hay también ramas del saber que eliminan mal, y que están, en cualquier momento en que se las tome, completamente cargadas, incrustadas de elementos que debieran haber sido eliminados. Es posible, naturalmente, que esto suceda en todas; pero sucede en algunas en un grado infinitamente mayor.

Justamente esta comparación se me ocurrió en una clase en que, debiendo leerles algunas sentencias del Presidente Magnaud, notables por el espíritu de humanidad y de piedad que las había inspirado, noté de pronto que, posiblemente, la lectura de ellas no iba á llamarles la atención en manera alguna, puesto que ustedes iban á ver en esas sentencias nada más que la cantidad normal y no exagerada de humanidad y de piedad que se encuentra en el espíritu de cualquier hombre. «¿Qué tienen, pues, de particular?» se iban á preguntar; y necesité entonces describirles cuál es el estado de espíritu en los medios legales y juristas, la psicología especial de esos medios, en los cuales los sentimientos normales de piedad, de compasión, de indulgencia, en una época como la nuestra, realmente detonan y parecen completamente revolucionarios cuando aparecen precedidos de la palabra «Considerando».—No debe, pues, descuidar el profesional, ni ya, desde el principio, el estudiante de Derecho, el mantenimiento de *atención continua* contra esa tendencia.

Otro estado de espíritu que suele encontrarse muy á menudo en los profesionales, y contra el cual creo también importante ponerlos en guardia... porque, y lo repito, con estas conferencias no pretendo crear moralidad, esto es, despertar sentimientos morales que no existan; lo que sí descarta, y lo que es muy útil en todos los casos, es procurar que se emplee bien la moralidad que se tenga, esto es, que por desatención, por tradición, por costumbre, por inconsciencia ó por otra razón análoga, no se deje de notar la inmoralidad ó la debilidad moral de ciertos estados. Justamente por esto no se entienden los que discuten sobre la utilidad de la enseñanza de la moral. «No tiene ninguna», dicen muchos escritores; y, aunque algo exagerados, tienen cierta razón si se trata de la moral ó de los sentimientos morales que la enseñanza pueda crear; pero en cambio la enseñan-

za moral es utilísima y produce generalmente efectos positivos y fáciles cuando se trata simplemente de aprovechar bien los sentimientos morales que se tienen.... Pues bien, otro estado de espíritu, decía, que se observa muy á menudo en los profesionales, aún en los de mejor buena fe, aún en los mejor hechos moralmente, á veces, es el siguiente: el contentarse completamente con la razón legal. Tratemos de describir el tipo. En un asunto jurídico, sea de orden civil, sea de orden penal ó de cualquier naturaleza, se presume ó se sospecha, ó más aún, puede sacarse de un estudio del expediente hasta la convicción moral de que cierto acto ha sido irregular ó inmoral ó delictuoso; pero desde el punto de vista jurídico, no hay prueba de ello; desde el punto de vista jurídico, esto es, apreciando la prueba, el hecho delictuoso ó inmoral no debe ser admitido. En este caso hay muchos hombres de alma bien hecha, simplemente desatentos moralmente, porque no encuentran otra palabra, que se satisfacen del todo, que no tienen, por ejemplo, escrúpulo en defender al autor de ese acto inmoral y hasta delictuoso, del cual no resulte ninguna prueba jurídica, pero con respecto al cual un espíritu desapasionado y sincero se forma una convicción moral completamente desfavorable. No digo, naturalmente, que todos los que proceden en tal forma sean sinceros, pero hay muchos que lo son, y justamente es ese uno de los estados de espíritu de que hay que defenderse. ¿Cómo? Eso se hace en cada cada caso. Yo les indico simplemente el peligro, que, una vez señalado, es muy fácil de evitar. Los ejemplos prácticos, ya los encontrarán ustedes en abundancia.

Y esta cuestión lleva á otra, que es una de las más discutidas, á propósito de las leyes, á saber: la solución que debe darse á esos conflictos en que hay contradicción entre lo legal y lo moral.

Hay leyes que no son acertadas; y, dentro de este caso muy general de las leyes malas, hay el caso especial de las leyes inmorales, sean las leyes inmorales en general ó sean las leyes que, buenas en general, resultan inmorales ó crueles ó inhumanas aplicadas á cierto caso particular.

Los tratados de Derecho despachan muy fácilmente este problema. Las leyes, nos dicen, deben cumplirse siempre; de otra manera, si cada hombre se otorga el derecho de cumplir ó no cumplir las leyes según que en cada caso le parezcan morales ó inmorales, humanas ó inhumanas, sobreviene el caos, y, por cada caso en que se acierte, habrá centenares de casos en que no se acierte. El deber es, pues, muy sencillo: consiste en cumplir la ley, sin perjuicio de hacer cuanto sea posible porque ella sea derogada.

No es imposible que esta sea la solución justa; pero, aunque lo sea total ó parcialmente, es bueno no acostumbrarse á creerla muy simple, esto es, no acostumbrarse á adoptarla ligeramente sin haberse detenido un momento á pesar, intelectualmente y afectivamente, cuanto pueda alegarse en contrario.

Recuerdo, entre los muchos escritos en que este problema ha sido analizado, uno de los célebres diálogos de Diderot: «Conversación de un padre con sus hijos...» en el cual se plantean y discuten, por interlocutores que sostienen soluciones contrarias, varios problemas de este orden. Uno de ellos es el siguiente: El padre de Diderot habia sido nombrado, en cierto caso, ejecutor testamentario de un vecino; cuando éste murió, concurrieron al lugar del fallecimiento los herederos presuntos, á saber, todos sus parientes, que se encontraban sumergidos en la más absoluta miseria, y se instalaron en la casa esperando que se repartiera entre ellos la herencia. Entre tanto, revolviendo papeles, Diderot padre encontró un testamento antiquísimo, fechado muchos años atrás, probablemente olvidado, colocado entre papeles sin importancia alguna, que casi seguramente el testador no habia roto por descuido, y por el cual legaba toda su fortuna á un comerciante que estaba con él en malas relaciones, que era riquísimo y que no necesitaba de ese dinero absolutamente para nada. La cuestión que se planteaba era la de saber si el ejecutor testamentario debió cumplir ese testamento ó si debió prescindir de él, destruyendo, por ejemplo, el documento.

El anciano cuenta que él lo ejecutó: describe cuánto sufrió, por el dolor de todos aquellos miserables privados de su única esperanza, y expresa que se encuentra satisfecho de su acción, si bien algunas veces ha sentido dudas y escrúpulos. Se produce entonces una discusión interesantísima, que yo no puedo resumirles, en la cual están bien expuestos los argumentos de sentimiento y de razonamiento en favor de una y otra doctrina, y en la cual Diderot, el filósofo, es el encargado de sostener la doctrina contraria, á saber, que su padre, debia haber prescindido de un requisito legal que, *en ese* caso, resultaba absolutamente cruel y sin sentido, y haberse atendido á razones de humanidad y aún á razones de moralidad, y hasta de legalidad, tal vez, más elevadas que las que se desprendían de una fórmula escrita del Código.

Este problema se encuentra en el caso en que se hallan, según he explicado en esta clase, casi todos los *problemas de hacer*, esto es, los que se proponen á la acción humana. Por una parte, su

solución puede ser más bien de grado; por otra parte, y sobre todo, ustedes saben que, en esa clase de problemas, cada una de las soluciones propuestas puede ofrecer ventajas é inconvenientes; que es tendencia paralogística de los hombres el creerse obligados á encontrar una solución que sólo tenga ventajas y no inconvenientes, y, por consiguiente (y esto es lo importante), á negar los inconvenientes de las soluciones que, por sus ventajas, adoptan. Todo esto, con la representación de los estados de espíritu á que conduce el no darse cuenta de ello, debe tenerse muy presente al discutir el problema del cumplimiento de la ley, y de la intervención más ó menos grande que el criterio y los sentimientos personales puedan tener en su aplicación.

Ustedes saben que en general, en el medio jurídico, los sentimientos hacia los jueces ó individuos que algunas veces modifican las leyes ó se apartan de ellas, son bastante hostiles. El Presidente Magnaud, por ejemplo, algunas de cuyas sentencias se han leído en esta clase, suele, no precisamente violar la ley (cosa que hace en casos muy excepcionales); pero interpretarla, indudablemente, con cierta elasticidad, á veces con bastante elasticidad, y con un criterio demasiado libre. Las sentencias, en general, han provocado alarma é indignación. A este respecto conviene hacer notar un hecho que no deja de ser curioso.

En realidad no podría encontrarse un país ni, en cada país, un medio cualquiera, dentro de los jurídicos ó legales: por ejemplo, el medio penal ó el medio civil, en el cual no existan muchas leyes que se violen: que se violen á sabiendas de todos, con el consentimiento de todos, y como cosa muy natural.

Por ejemplo, si mañana, cuando ustedes sean abogados, procuran, como nos ha sucedido á todos cuando éramos inexpertos, partir, en la dirección de los asuntos, del principio de que los jueces van á aplicar absolutamente todas las formalidades de los códigos, se encontrarán con algo que al principio les llamará bastante la atención; á saber, que se les enterará por los actuarios de los juzgados ó por los simples empleados, de que tal disposición ó tal otra «no se aplica»; por ejemplo, de que, si bien el código dice que los inventarios de las sucesiones deben hacerse personalmente por el alguacil trasladándose al lugar en que están los bienes, en la práctica esa disposición «no se aplica»: el abogado ó el procurador lleva al juzgado los títulos y una lista de bienes, la cual se copia allí; y, por el estilo descubrirán, en numerosísimos casos, que tal ó cual formalidad, tal ó cual prescripción, no se aplica tampoco, que ha caído en

desuso. Otras veces los enterarán, como cosa muy natural, de que en tal juzgado se aplica la disposición, pero no en tal otro, etc.

Ahora bien: en general, los profesionales no se asustan mucho ni poco de esto; pero ponen el grito en el cielo cuando se tuerce, por poco que sea, la ley, con un fin de humanidad; entonces parece que el mundo ha de venirse abajo. Si, en sentencias como las de que hablo, no se viola precisamente la ley, pero se flexibiliza un poco el criterio, *ad hominis miseri salutem*, entonces parece que se tratara de algo mucho más grave que cuando, por simple comodidad ó por mera costumbre, se violan, como en todas partes del mundo se violan, leyes vigentes.

Con todo, á tal punto estoy yo lejos de creer que son infundadas las críticas contra la doctrina de la libertad en este sentido, que, por mi parte, al determinar esa conciliación que debe establecerse casi siempre entre los extremos, me pongo mucho más cerca de los que creen que la ley debe cumplirse en todos los casos, que de los que creen que puede violarse *ad libitum*, según la disposición, opinión, creencia ó sentimiento del que ha de cumplirla. Pero lo que es verdaderamente importante, es lo siguiente: Con respecto á la ley —tomando la palabra *ley* en el sentido más general, entendiendo por ley todas las disposiciones civiles, penales; todo lo que restringe, todo lo que prescribe, todo lo que ordena; todo lo que da reglas y normas; todo lo que impide,— caben dos actitudes psicológicas, que tienen una significación moral, y, sobre todo, resutados prácticos de orden moral.

Primera actitud: considerar la ley como una entidad augusta, profundamente respetable en si misma; y, segunda actitud, considerar la ley, considerar todo ese conjunto de prohibiciones, de restricciones, de trabas á la libertad humana, como un mal más ó menos necesario.

Las consecuencias de la actitud que se elija son sumamente importantes. El que se ponga en estado de espíritu de sentir la ley como algo extremadamente respetable, generalmente está en un grave peligro desde el punto de vista moral.

La otra actitud, la de considerar la ley como un mal menos malo que la ausencia de leyes, como un mal más ó menos necesario, es infinitamente más humana y más fecunda en consecuencias verdaderamente morales.

Tomemos como ejemplo el derecho penal. Las leyes que imponen castigos, las que causan la mayor suma posible de dolores, son naturalmente los mejores ejemplos que podemos elegir en este caso.

El primer estado de espíritu conduce generalmente, de hecho, á la crueldad, y á una psicología retrógrada, conservadora, cerrada completamente, por un lado, á todas las innovaciones sociales, y por otro lado, á los más elementales sentimientos de piedad.

No hay psicología más triste que la psicología habitual de los hombres que, por una causa ó por otra (sea por razón de su cargo ú otra análoga, y salvo naturalmente una inmensa cantidad de excepciones respetabilísimas), se encuentran en contacto con las personas que han de sufrir los dolores que imponen las leyes, y tienen el poder de aplicar esos dolores y privaciones.

Como nadie, absolutamente como nadie, León Tolstoy ha descrito ese estado de espíritu; y, entre otras, su obra «Resurrección» debe ser leída, creo que por todos los hombres, pero, en todo caso, por todos los futuros abogados, por todos los que puedan ser jueces, que puedan ser fiscales, que puedan tener que ver con criminales, con delincuentes y, en general, con desgraciados. La indiferencia con que ciertos hombres *manejan el destino de otros*, el estado de espíritu *distraído, casi inconsciente*, con que ciertos hombres imponen á otros el dolor, está allí descrito de un modo que yo no podría ponderar.

Por lo demás, no se necesita recurrir á las novelas: cuando uno de nosotros es nombrado jurado, por ejemplo, y se encuentra en contacto con algún juez de esa clase, de los que hacen bromas llamando «hotel» á la penitenciaría, ó cosas análogas y que ni siquiera se sienten obligados, por una especie de pudor, á fingir, ya que no lo sienten, un estado de espíritu *serio* para cumplir esa misión terrible de imponer dolor, sentimos cuán lejos se halla todavía la humanidad de un estado en que los sentimientos morales y humanitarios pueden no ser heridos continuamente. Cree Tolstoy, y una buena parte de razón debe tener en ello, que el mal depende, sobre todo, de dos cosas: primera, de que la justicia está organizada de una manera tal que los hombres no tienen relaciones directas, de persona á persona: el juez, por ejemplo, no conoce al criminal; no tiene con él relaciones directas: las tiene por intermedio de expedientes, de narraciones de otras personas, etc.; y en segundo lugar, esa psicología especial depende de que las cosas están asimismo organizadas en la justicia, de manera que nadie siente la responsabilidad como personal; ni el juez que cumple la ley, ni el carcelero que obedece á su superior, etc.

Pero, si les recomiendo la obra de Tolstoy, no lo hago en manera alguna porque yo crea inatacables, ni mucho menos, sus doctrinas.

Tolstoy comete (como no habia de cometerlo el literato, cuando los hombres de ciencia, que tendrian obligación de ser más lógicos, lo cometen en el mismo grado, aunque en sentido opuesto generalmente), ese error ó paralogismo de sentirse inclinado, como inconscientemente obligado, á ocultar los inconvenientes de la solución que prefiere y á ver únicamente los de la solución que rechaza.

Cree Tolstoy, sin dejar por esto de execrar el mal, que las penas no sólo no lo remedian sino que lo agravan; que nuestras cárceles están organizadas de tal manera que convierten en habitual lo incidental é intensifican el mal natural: algo así como estufas de crimen. Posiblemente en una buena parte de lo que afirma ha de tener mucha razón; pero padece la ilusión de que si no existieran las leyes, de que si no existieran los gobiernos y de que si no existieran, en el caso especial, las instituciones penales, los códigos, los castigos, las cárceles ó lo que pueda sustituirlas, el crimen tenderia á disminuir, casi á desaparecer.

Dicho sea de paso, no son sólo literatos los que han sentido entusiasmo por estas doctrinas; hay hombres de ciencia que las profesan bastante parecidas. Ferri, justamente, que acaba de visitarnos, ha sostenido siempre la inutilidad absoluta de las penas; y, como ustedes lo saben, ha defendido una doctrina, llamada de los *substitutivos penales*, los cuales no serían otra cosa que medios preventivos destinados á suplir á los medios represivos; cree que la pena en ningun caso ha ejemplarizado ó ha impedido el crimen; el fundamento para impedirlo sería tender, por medio de la educación y de muchísimos otros procedimientos de orden preventivo, á que no nazca el delito.

De los medios que propone, algunos serian, indudablemente, eficaces (sin que esto quiera decir que sean todos originales: muchos de ellos, por ejemplo, podrían encontrarse en Bentham). Otros tienen un carácter menos serio: así, cuando nuestro autor, para obtener la supresión del delito de contrabando, propone la supresión de los derechos de aduana, su solución parece indudablemente un poco inocente.

Por mi parte, creo que tanto los razonamientos como las observaciones en que se basan, ya los literatos como Tolstoy, ya los hombres de ciencia como Ferri, para creer que la pena es ineficaz, no son muy concluyentes.

Su manera de razonar es la siguiente: «Las penas existen, los castigos se aplican, se aprisiona, hasta se mata, y, sin embargo, el crimen sigue existiendo; por consiguiente, la pena no influye

sobre el crimen». Se comprende que este es un paralogismo. Habría que resolver (sea por el raciocinio, sea por la experimentación, si fuera posible, que sería la verdadera manera de resolver la cuestión) qué sucedería si no hubiera absolutamente penas; puesto que sería posible que el crimen en ese caso se multiplicara. Aun en el caso de que sean solamente algunos hombres los que estén destinados á ser criminales, esos mismos hombres, sin penas, es posible que repitiesen indefinidamente sus crímenes; la pena, lo impide.

En resumen, nuestra actitud hacia las leyes penales, como hacia todas las leyes, no creo yo que pueda ser la actitud amárquica; pero —y esto es lo que considero verdaderamente importante— lo que esos autores nos enseñan, debemos aprenderlo y *sentirlo*, no para llegar á la conclusión á que ellos llegan, esto es, á la conclusión de que las leyes deben suprimirse, de que las leyes son un mal que debe eliminarse; pero si para llegar á esta otra conclusión ó á este otro *estado de espíritu*—que es el que nos hace verdaderamente humanos y morales—á saber: que las leyes tienen inconvenientes enormes, que producen dolores enormes, y que, por consiguiente, debemos considerarlas y sentirlas, no como algo augusto y respetable, sino como algo que debemos sufrir. Y, ¿qué diferencia hay—podría preguntarse—entre las consecuencias prácticas de esta actitud y las consecuencias prácticas de la actitud opuesta?... Una diferencia inmensa: que aquel para quien la ley se presenta como algo augusto, respetable, como un monumento de sabiduría y de humanidad, se volverá fatalmente un espíritu á la vez duro y rutinario: en lo intelectual, encadenado por fórmulas antiguas, por instituciones seculares, muchas veces atávicas; en lo moral, algo así como anestésico, como insensible para el dolor y para el mal.

El que ha sabido sentir á Tolstoy ó á Anatole France, á propósito de las instituciones penales, aun cuando no llegue á las consecuencias á que llega el primero, que creo falsas, aun cuando no desee, ni preconice la supresión de las leyes, aun en ese caso, sabrá aplicarlas con un criterio más humano, sabrá introducir en su aplicación, para templarlas, para humanizarlas, toda una categoría de sentimientos del orden más elevado, que desaparecen ó que se embotan en el espíritu del que se pone en la otra actitud.

Estas indicaciones resultan para ustedes, seguramente, pálidas, por demasiado abstractas; como tantas veces he repetido, he tenido que suprimir los ejemplos prácticos, únicos que darian color á cuanto quiero explicarles; pero si alguna memoria llegaran á conservar de ellas, más adelante, cuando se encuentren en contacto con la

realidad, descubrirán quizá que tenían más alcance del que en estos momentos han podido ver en ellas. Sobre todo, no son puramente teóricas. Esa inconsciencia ó descuido moral, se observa en muchísimos profesionales; justamente, no hay hecho más fácil de observar, y al mismo tiempo más doloroso, que la existencia de una inmensa cantidad de hombres honrados que son abogados inmorales: existen, tratan con nosotros todos los días, y, á primera vista, para el que no conozca lo complicado que es el espíritu humano y lo rara que es la consecuencia absoluta de las almas, ese hecho puede parecer completamente desconcertante, y, sin embargo, es el más común.

MORAL Y, MÁS ESPECIALMENTE, LÓGICA DE MÉDICOS

La moral de los médicos es al mismo tiempo mucho más difícil y mucho más fácil que la de los abogados; mucho más difícil, en el sentido de que los deberes que requiere importan sacrificios mayores y su realización cuesta infinitamente más; mucho más fácil, en cambio, porque es infinitamente más clara, porque en ella no existen, sino en mínima parte, las dudas morales, las complicaciones de los deberes. Es, sin duda, una ventaja de esta profesión, desde el punto de vista moral, no tener, como la otra, ese fondo irreductible ó casi irreductible de inmoralidad intrínseca, imposible, ó, por lo menos, muy difícil de eliminar en el estado social presente.

Tiene igualmente, desde el punto de vista moral, otras ventajas: una de ellas, inapreciable, resulta de que unos médicos con relación á otros no son, como los abogados, rivales, sino colaboradores. Dos abogados que se encuentran en el mismo asunto, tienen por misión contradecirse, destruir el uno la obra del otro; dos médicos, diez ó veinte, tienen la misma misión: curar al enfermo. Esto tiene un alcance incalculable.

Es inapreciable también esta otra ventaja: la de no estar subordinada su obra á otros hombres, la de no depender, por ejemplo, del grado de inteligencia ó del grado de moralidad que pueda tener un juez. No hay un hecho más triste que el de que un hombre que puede ser menos moral ó menos inteligente que otro, haya de decidir de la razón que éste pueda tener. El médico, en cambio, es juzgado por la Naturaleza, por la realidad; si una curación posible no se realiza, el médico podrá creer que no acertó, pero en ningún caso puede suponer, como en el caso del abogado, que tenía razón y que no ha podido obtenerla por actos humanos.

Es igualmente otra condición de igual valor para desarrollar el trabajo en condiciones morales, el hecho de que este trabajo sea muy independiente, como lo es en la profesión médica; por más que se puede señalar también, y se ha señalado, un inconveniente paralelo á esta ventaja, á saber: que ese aislamiento en que los médicos se ejercitan hace más dura y más despiadada la lucha por la existencia. Pero, en resumen, cabe decir que la profesión de médico —y siempre que sea dada una gran capacidad de sacrificio— puede ejercerse en condiciones morales ideales ó casi ideales, *desde el punto de vista de la claridad de los deberes*.

Cierto es que existe la inmoralidad de hecho, y á veces aterradora; pero no forzosa, ni siquiera difícil de evitar, como la del abogado. De la inmoralidad de hecho, una gran parte depende de falta real de moralidad, y, de la de esa especie, ustedes saben que en el plan de esta conferencias no me propongo tratar. Por lo demás, esa inmoralidad profesional es mucho mayor en los medios enropeos que en los nuestros, donde es excepcional y mucho menos intensa. En los medios europeos reviste, sobre todo, dos formas extremas que son antitéticas; una, es la de hacer simplemente de la carrera, de la profesión, un medio de vida, un oficio, absolutamente sin idealidad ni sensibilidad ni entusiasmo; y la otra, la contraria, es desviarse de tal manera hacia la cultura pura, que no sólo se pierda absolutamente de vista la realidad, el bien á hacerse, el fin á obtener, sino que llegue á contrariárselos. Es el caso, por ejemplo, de los médicos que, lo que es algo frecuente en aquellos medios, realizan experimentos peligrosos y no justificados, sobre personas, ó, simplemente, acaban por no pensar en la aplicación real de sus conocimientos. Por ejemplo: habrá tipos de médicos de hospital que prescindan por completo de la curación ó de la muerte del enfermo, que vean en el diagnóstico su única misión, ó que en él encuentren su unico interés. Hace poco Octavio Mirbeau, en la reseña de una visita á los hospitales franceses, narraba que, como la cosa más natural del mundo, ciertos médicos y practicantes se detenían en el diagnóstico, dando todo por concluido una vez que éste había sido formulado; y que cuando él, algo asombrado ante aquel estado de espíritu, preguntaba á algunos cómo se curaba la enfermedad, le respondían, como por una consigna, que eso no tenía importancia. Son estados de espíritu que, por el momento, no nos corresponde estudiar á nosotros; nacen con la gran cultura: son los malos aspectos de ese bien inapreciable.

Pero, lo que aquí nos interesaría, es la otra clase de inmoralidad,

esto es, esas formas de inmoralidad que no corresponden á falta real de moralidad en el sujeto, sino á descuido, á inconciencia en una ú otra faz. esto es, aquellas formas de inmoralidad contra las cuales conviene estar en guardia, porque, á consecuencia de ellas, no se desarrolla toda la moralidad que realmente se tiene. Desde este punto de vista, convendría, sobre todo, insistir sobre un hecho muy interesante que ocurre en la profesión médica desde el punto de vista moral, y que es, simplemente, la intensificación extraordinaria de todos los deberes comunes.

Así, para todo el mundo, es un deber, por ejemplo, la instrucción; pero este deber se intensifica excepcionalmente para el médico; un procedimiento que el médico desconozca, por no estar al día, por haber omitido la lectura de un libro ó de una revista importante, se traduce en resultados que no son puramente teóricos sino de orden práctico y de alcance invalorable. La puntualidad, la exactitud en los detalles, todos estos deberes comunes, para el médico se intensifican de una manera inmensa, indescriptible... Pero yo me voy á concretar, porque no puedo extenderme mucho, á una sola faz de esta cuestión, á saber, la relativa á los que podrían llamarse *deberes lógicos* de los médicos; voy á hacerles un pequeño extracto de un trabajo más extenso, que resumiré para estas lecciones y que he titulado «Lógica de los médicos».

Bien saben ustedes que los médicos han sido, sobre todo en la literatura, y también en las conversaciones vulgares, objeto de toda clase de burlas, de sátiras, en su mayor parte injustificadas, ingratas, y algunas simplemente estúpidas; pero valdría la pena averiguar si no hay en el fondo algo que pueda, no justificar, en manera alguna, pero sí explicar, aunque sea en una mínima parte, esa actitud tan general.

Mi inmenso respeto por esa profesión y por muchísimas personas que la ejercen, no me impide creer que hay una especie de mentalidad, común en muchos médicos y de la cual sólo se libran los mejores, que *tiende* á producirse, que es algo así como una mentalidad profesional, y que conviene justamente estudiar para saber corregirla y prevenirla; y hasta creo que esa mentalidad especial tenga un cierto carácter atávico y provenga de la época en que la medicina era una especie de ciencia oculta. La característica, el esquema de esa mentalidad de los médicos inferiores (de la cual, como les digo, se libran los superiores, á consecuencia de su propia superioridad), sería la siguiente: no ser todo lo experimentalistas y observadores que podrían y deberían ser en el es-

tado actual de su ciencia: conceder al razonamiento puro un papel más grande del que deberían concederle; no distinguir cual deberían, aquellos conocimientos que se basan en la observación y en la experimentación, de aquellos otros que se basan en el puro razonamiento; y, como complemento de todo esto, un dogmatismo excesivo y una cierta falta de modestia científica.

Repito que lo que pretendo describir es un esquema de la mentalidad de los médicos inferiores: pero justamente creo que si yo supiera hacer bien esta descripción, no podría hacer una obra más útil y, al mismo tiempo más verdaderamente respetuosa.

Tomemos algún caso muy sencillo que puede servirnos para empezar á comprender el estado de espíritu y la clase de hechos que quiero describir.

Hasta hace muy poco tiempo, todas las obras de medicina, invariablemente (me refiero á las que trataban el punto especial de la alimentación), decían que el tomate debe ser prohibido á los artríticos y á otras clases de enfermos, por contener una gran cantidad de ácido oxálico. Un día se le ocurrió á alguien analizar el tomate; resultó, parece, que sólo tenía huellas, indicios, vestigios de ácido oxálico; y en los libros nuevos se da este hecho por comprobado.

Resulta que el tomate nunca había sido analizado, ó lo había sido mal. Que algún libro, sea el que fuera, enseñó por primera vez que tenía una gran cantidad de ácido oxálico, y todos los libros siguieron escribiendo lo mismo y enseñando lo mismo.

Ahora bien: puedo asegurarles — porque es un trabajo que he hecho en parte — que, si se coleccionan hechos de este género, se nota que su cantidad es *demasiado grande*. Entendámonos sobre lo que quiero decir con la expresión «demasiado grande». Absolutamente en todas las ciencias pasa lo mismo; en Física, en Química, en cualquier ciencia, la que ustedes elijan, los hechos de este orden ocurren con frecuencia: es una debilidad humana, sencillamente, la de no observar; pero lo que llama la atención en la medicina es lo siguiente: que la cantidad de hechos de este orden que se afirman de una manera dogmática, con absoluta seguridad, sin tener ninguna prueba experimental, es demasiado crecida para el estado actual de los conocimientos.

Otros hechos: muchísimas veces los tratamientos de las enfermedades, las prescripciones dietéticas (regímenes recomendados, por ejemplo) se basan en *simples razonamientos*: algunos de éstos, excesivamente simplistas; otros, parecerán mucho mejores; pero en esa

mentalidad de los médicos (los no superiores), lo que se observa es: primero, tendencia á creer con tanta convicción en esos tratamientos ó prescripciones como si estuvieran comprobados por la experimentación, y, segundo, la tendencia á no distinguir dentro de sus propios conocimientos, esto es, dentro de la medicina que saben, los hechos que se basan puramente en el raciocinio de los que se basan en la observación y la experimentación.

Supongamos un tratamiento; por ejemplo, el de la tuberculosis por la creosota. Pueden suponerse dos bases para tener fe en ese tratamiento; uno, es partir de un raciocinio: «la creosota es antiséptica, como lo prueban tales hechos; se elimina por los pulmones, como lo prueban tales otros hechos; luego, un antiséptico que se elimina por los pulmones, *debe* destruir un microbio que reside allí». El otro procedimiento, sería el experimental: administrar creosota á los enfermos y ver lo que ocurre.

Pues bien: lo que se observa es que los médicos tienen tendencia (me refiero siempre á los no superiores) á creer en los tratamientos cuya base es el raciocinio, *con una fe del mismo grado y de la misma clase* que en los otros cuya base es experimental; á no distinguir claramente entre los conocimientos de una especie y los de la otra, entre los que tienen base de raciocinio y los que tienen base de observación y de experimentación, y á contentarse muchas veces con el simple raciocinio prescindiendo de la observación y algunas veces hasta yendo contra la observación. Justamente, debido á ésto, los conocimientos médicos son más inseguros de lo que deberían ser sin esos factores.

Indudablemente, los conocimientos médicos son, en general, precarios todavía; se sabe muy poco, debido á la inmensa complicación de los fenómenos; pero aún teniéndolo muy en cuenta, cualquiera siente que esos cambios tan bruscos, ese crédito y descrédito de los remedios y de los tratamientos, que á veces, en el espacio de meses, pasan de ser panaceas á ser absurdos, que todo ello, repito, debe tener alguna causa superpuesta á la simple deficiencia de los conocimientos; y, efectivamente, es así: depende de la falta de hábitos experimentales ó de la debilidad de los hábitos experimentales.

Recuerdo este caso: cuando yo era estudiante, algunos compañeros míos, estudiantes de medicina, se reunían para repasar sus lecciones, y una noche tuve ocasión de preguntarles qué remedio era uno que les veía tomar á veces; me dijeron que, para combatir el insomnio que les había ocasionado el abuso de los estudios, tomaban *trional*, «un hipnótico recién descubierto, que tenía sobre

los demás hasta entonces conocidos la ventaja de ser completamente inocuo ».

Ahora bien: este hecho se relaciona con algo muy interesante que se observa á veces en la medicina, á saber, la facilidad de afirmación, no ya sobre hechos que no se han observado, sino algo más todavía, sobre hechos, á veces, que *no pueden haberse observado*.

De un hipnótico « recién descubierto » ¿cómo puede saberse que es inocuo, que no produce daño alguno? Hay contradicción en los términos; cuando más, habrán podido observarse los efectos próximos, no los efectos remotos. Para saber que un hipnótico es completamente inocuo, que no produce daño alguno, sería necesario observar muy lejos, sería necesario observar, no solamente lo que ocurre, en el organismo del que lo toma, días después, meses después, sino hasta años después; en realidad, sería necesario llegar hasta la muerte de una persona que ha tomado con frecuencia esas sustancias; en una palabra, se trata de una observación complicadísima, y, sobre todo, larguísima. ¿Cómo puede, entonces, hacerse una afirmación de este orden (los estudiantes la habían tomado de una revista médica)? Justamente, debido á esa debilidad de la tendencia experimental, que constituye la mentalidad profesional, salvo en los superiores.

El resultado es que para los médicos *de ese tipo* (tendencia contra la cual lucha más ó menos la personalidad y la inteligencia de cada uno), la medicina se vuelve algo así como un solo block de creencias: « *la medicina* »; un block de creencias, *todas las cuales tienen la misma fuerza*.

Quiero decir, en otros términos, que *la tendencia* (de la que unos se libran y otros no, en mayor ó menor grado), es á *no graduar la creencia*, ó á no graduarla suficientemente: no distinguir bien lo que saben experimentalmente de lo que saben por puro raciocinio; y, dentro de lo que saben experimentalmente, no distinguir bien lo que se basa en experiencias más completas de lo que se basa en experiencias menos completas; y, dentro de lo que saben por raciocinio, no distinguir bien entre lo que se basa en razonamientos aceptables y lo que se basa en razonamientos menos aceptables, y lo que se basa en razonamientos absurdos.

Pero aquí podría hacerse una objeción que, justamente, me ha sido formulada por dos ó tres médicos amigos á quienes he resumido algunas observaciones de esta clase.

En la práctica, se dirá (y, seguramente, ya lo estaban pensando ustedes), el médico no puede cerciorarse experimentalmente de

todo. En primer lugar, no puede experimentarlo todo por sí: no puede exigirse, por ejemplo, que cada médico analice por sí mismo el tomate; podría analizar esa substancia, sin duda; pero es que existen centenares de substancias, y cada una de ellas tendría que ser analizada. Si se agrega que ésta es simplemente una de las tantas ramas de la medicina aplicada, resulta que cada médico tendría que analizar cada remedio, verificar personalmente cada precepto, etc., lo que es imposible. Y, en segundo lugar, aun cuando se trate no sólo de la experiencia propia, sino de la experiencia ajena, no siempre se puede empezar por experimentar; más aún: hasta habría en ello una especie de círculo vicioso. Para que un médico se decida á dar creosota á un tuberculoso, conviene, en la mayor parte de los casos, que haya hecho un razonamiento antes; que se haya dicho, por ejemplo: «la creosota es antiséptica y se elimina por los pulmones»; después experimentará, pero no es posible esperar en todos los casos á la experimentación, justamente porque entonces no se haría nunca nada.

Esta objeción implica incomprensión del asunto.

Efectivamente: lo que puede y debe exigirse, no es que el médico experimente personalmente el efecto de todos los tratamientos, de todos los preceptos curativos, etc., ni siquiera que busque la experiencia en los casos en que todavía no pueda existir, ni que la busque completa en los casos en que todavía no pueda ser completa; *sino esta otra cosa, muy diferente: que sepa proporcionar su creencia á la base de hechos en que se apoya; que cuando una de sus creencias se basa únicamente en el raciocinio, por bueno que éste parezca, no le preste todavía fe absoluta: que siempre desconfíe de lo que se basa en el raciocinio puro.*

No tendrán más remedio que proceder por raciocinio allí donde no puedan proceder por experiencia propia ó ajena; pero esa es otra cuestión; cuando procedan por raciocinio, deben *saberlo y sentirlo*, y, por consiguiente, no deben tener entonces en lo que hacen ó en lo que aconsejan ó en lo que mandan, una fe absoluta y dogmática, sino simplemente una fe relativa, sujeta siempre á correcciones.

Sea el mismo ejemplo de la creosota. Se hace un razonamiento que parece bueno: «la creosota es antiséptica: mata microbios; se elimina por los pulmones; es de esperar que haga bien al tuberculoso.» Basados en un razonamiento de este género, los médicos pueden muy bien dar creosota; pero deben darla *en cierto estado de espíritu*; esto es: sabiendo que, por bueno que parezca el raciocinio, el tratamiento puede fallar, puede ser inocuo, y hasta puede

ser perjudicial, porque en el razonamiento no se habrá tenido todo en cuenta. No debe convencerse de la bondad de ese remedio con la misma fuerza con que se convence de la de otro remedio que ha sido verdaderamente experimentado, y, á propósito del cual, la creencia en sus efectos se basa, no en un razonamiento, sino en la constatación de los resultados que él produjo en tales ó cuales casos, que deben ser siempre muchos, bien variados y bien observados.

Otro caso: cuando se trata de procedimientos curativos, preventivos, etc., que al razonamiento y á la experiencia se presentan como dotados de ventajas é inconvenientes. Sea, por ejemplo, la vacuna. Ustedes saben cuánto se discute al respecto. Parece evidente que la vacuna previene la viruela, lo que representa un bien inmenso; por otra parte, se sostiene que ofrece en ciertos casos algún peligro más ó menos bien estudiado, y al respecto se han acumulado muchos argumentos; puede servirnos de ejemplo, entre otros, un artículo de Spencer publicado en su penúltima obra «Hechos y Comentarios», en el cual hace notar cuán lejanos, á veces, y cuán misteriosos son los efectos de la presencia ó de la introducción en el organismo de ciertas substancias, efectos que escapan á todo razonamiento; ejemplo: los pigmentos: ¿por qué los gatos de ojos azules son sordos? ¿por qué los cerdos de cierto color contraen ciertas enfermedades, y, los de otro color, no? Nadie lo sabe; pero es un hecho. Ahora bien: si se piensa, dice Spencer, en los efectos considerables y á veces lejanos, remotos, misteriosos, inexplicables, que puede tener la introducción en el organismo de una substancia extraña, naturalmente se experimentará cierto temor ante el uso de los sueros, vacunas, etc.

Todo pesado, parece evidente, todavía, que los bienes resultan más grandes que los males, y, por consiguiente, los médicos deben vacunar; pero deben vacunar *en cierto estado de espíritu* especial; esto es, sabiendo que esos peligros podrían existir; pensando en ellos, no para abstenerse, pero sí para tenerlos siempre presentes.

Entonces, vendría una segunda objeción: «si al fin y cabo se ha de vacunar; si se ha de administrar creosota; si, en una palabra, se ha de hacer lo que se basa simplemente en el razonamiento, ó en observaciones incompletas, ó en lo que tiene más ventajas que inconvenientes; si se ha de proceder del mismo modo ¿qué importa que sea en un estado de espíritu ó en otro?... Es una cosa completamente secundaria: la acción será la misma... » Pero, justamente, aquí estamos en el centro de la cuestión.

El estado de espíritu en que se proceda, es fundamental; porque

el que proceda en el estado de espíritu que yo recomendé, está siempre alerta, pronto para observar todo hecho que pueda ser contrario á la teoría; pronto para modificar sus juicios ó sus creencias; pronto para recibir cualquier novedad; en tanto que el que receta, opera ó procede en cualquier sentido estando en el estado de espíritu dogmático, no modifica nunca más su creencia, ó la modifica con una inmensa dificultad.

Cuando se procede con esa sensación de infalibilidad que es tan común en los médicos de la clase inferior, en los que no son verdaderos sabios (y, á veces y en algunos casos, en los verdaderos sabios, por descuido ó por hábito profesional); cuando se procede en ese estado de espíritu, hasta la misma observación personal escapa, y no produce ningún efecto sobre esa sensación de infalibilidad teórica.

Cada vez que se descubre que cierto tratamiento, que durante mucho tiempo ha primado, ha sido clásico, ha sido recomendado y ha sido considerado como indiscutible; cada vez que se descubre que alguno de esos tratamientos es malo, como sucede tan á menudo, hay siempre una inmensa cantidad de médicos que dicen: «Es cierto: yo había visto algo de esto; es verdad, yo había notado...»; pero lo había notado bajo la sensación de infalibilidad; lo notaba sin notarlo; — es una cuestión de psicología —; lo notaba como oímos nosotros el ruido de ese tren que pasa en este momento por la calle, ó como ustedes en este momento sienten la sensación de la ropa que los toca; lo notaba sin darse cuenta de ello; y ¿por qué?... justamente por la sensación de infalibilidad, por la tendencia al dogmatismo profesional.

¿Quién no ha recogido ejemplos de todo ello? Tal vez ustedes tengan edad suficiente para recordar cuáles eran las creencias profesadas por los médicos, casi universalmente, hace 15 ó 20 años, sobre la alimentación.

En aquellos tiempos, lo único que alimentaba eran las sustancias albuminosas: la carne, los huevos, la leche; la verdura no alimentaba. Bien: los médicos tenían el perfecto derecho de equivocarse en ese caso y en miles de otros casos, como se equivocan los físicos, los químicos y todos los hombres de ciencia; hasta los astrónomos y los matemáticos. Por consiguiente, *lo que nos llama la atención no es el error; pero sí el estado de espíritu en que se profesaba el error*; la falta de base científica de la creencia, la falta de observación, y, sin embargo, el grado de convicción que existía con respecto á ella. Y recuerdo este caso, que cito como típico entre

centenares que tengo recogidos: se le pregunta á un médico si el arroz alimenta; respuesta: «ponérselo en el estómago es lo mismo que ponérselo en el bolsillo». (Se darán cuenta de que la anécdota debe ser anterior á la guerra ruso-japonesa.)

Por consiguiente, habiéndome propuesto en estas conferencias dar á ustedes algunos consejos prácticos y utilizables, pido á aquellos de los presentes que van á ser médicos, que, como recuerdo mío, retengan este consejo:

Por cada procedimiento que aprendan, para cada regla que los libros les enseñen, preguntarse qué clase de base tiene: si la base es experimental, ó si es puramente teórica ó de razonamiento. Si es experimental, qué valor lógico tiene; y lo mismo si es de razonamiento, pero con el aditamento de que, mientras la base sea de razonamiento puro, por excelente que parezca lógicamente, nunca la fe que le presten ha de ser absoluta.

Aparece una afirmación; ustedes empiezan por preguntarse: «ante todo, lo que se afirma ¿pudo ser observado?» Esto es preliminar: cuestión previa; porque, efectivamente, muchas veces se hacen y se creen afirmaciones que no sólo no se han observado, sino que no se han podido observar. Es el caso ya citado: «se acaba de descubrir un hipnótico, el trional, que es completamente inocuo, que no produce daño alguno»; *se acaba de descubrir*: la enunciación misma del descubrimiento nos muestra que el hecho no ha podido ser observado; no sólo que no se ha observado, sino que no ha podido serlo. Descubierta la substancia recientemente, lo más que podrá haberse observado, serán sus efectos próximos; los remotos, de ningún modo. Y, errores de este género, se han cometido muchos. Otro ejemplo: el *modo de creer* en la inocuidad de la operación de extirpar el cuerpo tiroides, hasta que la experiencia mostró el efecto fatal. Tal es, pues, la primera pregunta que ustedes se harán: «el hecho ¿pudo ser observado?».

Ahora, si pudo ser observado «¿fué observado bien?». «¿Quién lo observó, cuándo, dónde, en qué condiciones?». — Esta es la segunda pregunta.

Abran ustedes un libro: «El tomate debe prohibirse en tales ó cuales casos, porque tiene mucho ácido oxálico». Tiene ácido oxálico... Esto ¿pudo haberse observado?... Sí. Bien: ¿quién lo observó? ¿quién analizó el tomate?...

No les pido que ustedes lo analicen personalmente; es imposible. Y tampoco les pido, porque sería también imposible, que en todos

los casos den con la observación original; en muchísimos casos, no se puede.

De manera que ustedes no tendrán más remedio que, siguiendo la autoridad del autor del libro ó del maestro que les aconseje, prohibir el tomate. Está bien: no hay más remedio que proceder así; pero deben hacerlo *sabiendo que no tienen derecho á tener en esa creencia una fe dogmática*, una fe absoluta, y, por consiguiente, manteniéndose prontos y dispuestos en todo momento para observar todo hecho que pueda ser contrario á esa creencia, ó para recoger cualquier observación ajena en tal sentido.

Ahora, el otro caso: el hecho no ha sido observado; se basa únicamente en el razonamiento. El mismo ejemplo nos sirve también para este segundo caso: «Se debe prohibir el tomate á los artríticos, calculosos, etc., porque, como tiene ácido oxálico (suponemos que lo tiene) tiende á formar cálculos, y ciertos cálculos contienen ácido oxálico». Es un raciocinio, y *parece* bueno; pero, por el momento, no es más que un raciocinio. «¿Fué administrado á artríticos, á enfermos propensos á cálculos biliares? ¿Quién lo administró? ¿Cuándo; en qué condiciones? ¿Qué resultado produjo? ¿Cómo se observó? ¿Cómo se constató la observación?»

¿No se encuentran las observaciones? Bien: lo seguiremos prohibiendo, si nos parece; pero *sabiendo* perfectamente, *teniendo siempre presente* que esta prohibición que hacemos no se basa en ningún dato experimental; que se basa en un raciocinio, que es falible (y ustedes saben, sobre todo, que en nada es tan falible el raciocinio puro como en las cuestiones biológicas); y en ese estado de espíritu deberemos quedar mientras no haya otra base para la creencia.

No les digo que no procedan: no tendrán más remedio que proceder; pero han de saber sentir en todo momento cuál es la base de su creencia.

Ábrase uno de esos libros relativos, por ejemplo, al régimen alimenticio. Veremos largas listas: en tal enfermedad, «permitir tales comidas»; «prohibir tales otras»... Como ejercicio, les recomiendo tomar una lista de esta clase, hacerse á sí mismos, y procurar contestarse las preguntas que les recomendé.

Ahora, repito que es absolutamente imposible exigir que ustedes den con la prueba experimental que autoriza la prohibición ó la permisión de cada uno de esos alimentos; pero, cuando no den con ella, el deber lógico es quedar con respecto á ese caso en el

estado de espíritu plástico, y abierto y no definitivo, que hemos preconizado.

Si esta regla se observara—y no la observan ciertos prácticos más bien por descuido, por falta de atención y, sobre todo, por cierta mentalidad profesional que, como les digo, *relève* de las ciencias ocultas,—no ocurrirían ciertos hechos *innecesarios*, ni tampoco serían posibles esas burlas, á veces absurdas, estúpidas é injustísimas, pero que, como les digo, tienen á veces algún pequeño fondo de verdad: («apúrese á tomarlo mientras cure», etc., etc.) Muchísimas cosas *evitables* no sucederían, y la medicina sería una ciencia como las otras, en la cual se cometerían errores como en las otras ciencias, sencillamente; los médicos se equivocarían muchas veces, como los físicos, como los químicos; mucho más frecuentemente, sin duda, puesto que se trata de una ciencia infinitamente más compleja; pero esos errores no estarían complicados con esta mentalidad especial y con sus consecuencias, que pueden ser funestas en la práctica. Tanto más —y esta es una digresión importante para nuestro asunto—cuanto que en la gran mayoría de los casos, aun en los más sencillos, la observación médica puede ser la más difícil de todas.

Tomemos un ejemplo bien simple: una persona se resfría, contrae una ligera bronquitis; tose, guarda cama, y su médico le ordena, ó simplemente se administra el mismo paciente, un remedio cualquiera de los más sencillos: por ejemplo, se pone tintura de iodo en la espalda, ó se da vahos de mentol, ó se aplica un vulgar parche poroso. El resfrío sigue su curso: nuestro enfermo tose cuatro ó cinco días; después, la tos se va aliviando; á los ocho ó diez días se levanta el paciente, y está curado. ¿Qué efecto hizo el iodo? ó ¿qué efecto hizo el mentol?

Aquí tenemos un caso que parece la cosa más simple del mundo, y, sin embargo, noten ustedes, lógicamente hablando, á rigor de lógica, cuán difícil es esa observación!

Naturalmente, yo puedo hacer *razonamientos*; puedo decirme: «el iodo, que produce efectos revulsivos, llevará la sangre de tal parte á tal otra...»; pero no es eso: la *observación* ¿qué ha probado?... La bronquitis se curó en diez días... Bien: si no se hubiera aplicado iodo, ¿qué hubiera sucedido? ¿Se habría curado en doce días? Puede ser. También puede ser que se hubiera curado en los mismos diez días; también puede ser que se hubiera curado en ocho; no lo sabemos bien. El efecto, el resultado, la curación, que indudablemente se hubiera producido sola, salvo complicaciones ex-

cepcionales, ¿ocurrió (total ó parcialmente) á consecuencia del remedio? con independencia del remedio? á pesar del remedio? Es difícil saber esto. Se necesita una inmensa cantidad de observaciones, y seguirlas muy bien, con todo rigor experimental; y, en cuántos casos esta observación falta! en cuántos casos la aplicación del procedimiento curativo es simplemente tradicional, y á base de puro raciocinio!

Otro ejemplo sencillísimo y vulgar: los «tónicos»: Una persona está débil, sin fuerzas, un poco anémica; se le receta un *tónico*, que hace algunos años hubiera sido un vino cualquiera, y que ahora será malta, ó un licor arsenical, ó lo que ustedes quieran. Bien: A los dos ó tres meses, esa persona está más fuerte. ¿Fue por el tónico? Noten que no es tan fácil saberlo: puede ser que si no lo hubiera tomado, nuestro sujeto hubiera tardado cuatro ó cinco meses en reponerse, ó no se hubiera repuesto nunca... ó tal vez se hubiera repuesto antes; el efecto es de difícilísima *observación*. Esta es, naturalmente, *posible*; pero infinitamente difícil. Procuren recordar algún caso en que ustedes hayan tomado los tales tónicos, y analicen si su médico pudo siempre *observar* los efectos...

Y lo mismo pasa con la otra causa fundamental de la dificultad de las observaciones médicas, que se relacionan con los *efectos remotos*. A los diez, á los quince, á los veinte años de haber introducido en el organismo sustancias extrañas, por ejemplo, podrían sentirse los efectos buenos ó malos. Ahora bien: esto, en la práctica, es difícilísimo de *observar*.

Por todas esas razones, la creencia del médico debe tener justamente un carácter psicológico contrario al que reviste en la práctica, esto es, *en vez de ser más dogmática que en las otras ciencias, debe serlo menos*; y es ese el aspecto que reviste en el verdadero médico, y á eso es á lo que llegan, dicho sea de paso, los que verdaderamente valen; pero tienen que llegar á ello venciendo costumbres, hábitos, sugerencias y ejemplos, siendo así que si estas advertencias (mejor hechas, naturalmente, con mejor erudición y con mayor poder de convicción) les hubieran sido inculcadas oportunamente, no hubieran necesitado de ese inmenso trabajo personal de autosuperiorización.

Supongamos, pues, que, para seguir el consejo que yo les doy y que les he pedido que retengan como un recuerdo mío, se encuentran ustedes ante un caso práctico, — y tomemos uno bien reciente: Hasta hace poco, cuando se creía necesario prohibir en cierto casos,

por razones de enfermedad ó de diatesis, la alimentación cárnea, lo primero que se prohibía era siempre la carne roja. «No coma usted carne roja: no coma más que carne blanca». No sé bien en qué razonamientos se basaba la prohibición, ni nos interesa en este momento. Pero resulta que, en una obra publicada hace pocos años por una eminencia en estas cuestiones (Gautier), se nos dice lo siguiente: de lo que hay que preocuparse, cuando se trata, por ejemplo, de artríticos, de arterio-esclerosos, de todas esas enfermedades ó diatesis en que hay que evitar la producción de toxinas, porque no se elimina bien, no es del color de la carne; las carnes más peligrosas, son las carnes de animales jóvenes, porque están en formación y contienen una gran cantidad de nucleínas, las cuales, al descomponerse, ponen en libertad productos tóxicos. Y como, dentro de la clasificación de *carnes blancas*, entraban justamente las carnes de muchos animales jóvenes (la carne de ternero es blanca; la de vaca es roja), la regla era en general perjudicial: justamente la carne de ternero, por ser de animal joven, contiene nucleínas en gran cantidad, y es la más peligrosa; mucho menos peligrosa es la carne de vaca.

Supónganse, pues, ustedes, que son médicos, y que se encuentran con esta novedad científica. Efectivamente, el raciocinio en que se basa parece bueno. ¿Cuál es, en este caso, en la práctica, la actitud de *una parte* de los médicos? Prestarle fe absoluta. Pues, bien: si ustedes recuerdan mi consejo, se dirán lo siguiente: «Efectivamente, el *raciocinio* de Gautier, me parece bastante aceptable; si es efectivamente cierto que la carne de animales jóvenes tiene nucleínas (y aquí, de paso, ustedes se cercioran ó buscan la base de esta afirmación experimental); si es efectivamente cierto que estas nucleínas dan lugar á la producción de substancias tóxicas, ptomainas, etc., que el organismo deberá eliminar, efectivamente debe ser peligrosa en estos casos; pero, por el momento, no se trata nada más que de un razonamiento. No encuentro experiencia —lo que debe ser bien difícil de encontrar, y llevará mucho tiempo— que nos muestre el caso de centenares de arterio-esclerosos, por ejemplo, que no coman más que carne de animales jóvenes, y de otros centenares de arterio-esclerosos que no coman más que carne de animales viejos, *cæteris paribus*, y de cuya comparación resulte claramente que los últimos se encuentran en un estado mejor que los primeros. Pues, mientras yo no encuentre esto, mi creencia es de base puramente racional. Entonces, voy á aplicar el precepto; en la ignorancia relativa en que me hallo, me parece tener más probabilidades

•

de acertar, aplicándolo; de manera que voy á prohibir á mis enfermos arterio-esclerosos, artríticos, etc., la carne de animales jóvenes; pero no en estado de espíritu ni con actitud de infalibilidad, ni pronunciando frases como aquella de «ponerse el arroz en el bolsillo», frases de que algunos médicos tienen el secreto; no: voy, simplemente, á ensayar la prohibición, pero permaneciendo bien receptivo, abierto, pronto para toda objeción que me venga; y, sobre todo, estaré muy atento á los resultados prácticos. Se trata de un conocimiento que se basa en un raciocinio, que *parece* muy bueno, pero yo lo tomo con beneficio de inventario, precisamente porque no tengo más base que la racional».

Otro caso. Ustedes conocen, probablemente, la interesantísima discusión que tuvo lugar hace muy pocos años sobre los efectos del alcohol, con motivo de las célebres experiencias de Atwater y Benedick. Se había discutido mucho por médicos y fisiologistas sobre si el alcohol es ó no un alimento, á saber, sobre si el alcohol, al consumirse en el organismo, produce energía, de manera que la supresión de una cantidad de alcohol no compensada por la adición de algunas otras sustancias, represente una pérdida para el organismo, y que la adición de una cantidad de alcohol represente una adición de energía. De las experiencias en cuestión resultó que una cierta cantidad de alcohol era efectivamente un alimento, en el sentido en que nosotros acabamos de definirlo. Como consecuencia de estas experiencias, hay ya bastantes médicos que sostienen que el alcohol no debe ser prohibido sino más allá de ciertos límites; y fijan *la cantidad de gramos de alcohol* que una persona puede tomar sin peligro, relacionándola con el peso del cuerpo.

Este caso es más complicado. A primera vista, parece que se basa en datos experimentales, y efectivamente es así, sin duda, en cierto sentido; las experiencias en cuestión han demostrado, parece, que una cierta cantidad de alcohol produce energía, que es un alimento. En un calorímetro delicadísimo, que era nada menos que un pequeño departamento cerrado dentro del cual el sujeto podía trabajar, hacer ejercicio, etc., y en el cual se medía continuamente la temperatura y se analizaba el aire que entraba, el que salía, todas las evacuaciones del sujeto, etc., se pudo comprobar el hecho. Aquí se trata ya de una base experimental; pero ustedes todavía se dicen: «Es una observación: ¿qué prueba? prueba una sola cosa, suponiendo que esté bien hecha, á saber: que el alcohol produce energía. ¿Autoriza esta observación sola á permitir el alcohol? Induda-

blemente no, porque la experiencia sólo se ha concretado á uno de los efectos del alcohol, ó, mejor dicho, sólo hemos estudiado la ingestión del alcohol desde cierto punto de vista, á saber el de si se transforma ó no, total ó parcialmente, en energía. Aunque se transforme, este es el resultado terminal de una reacción química. ¿Qué pasa entre tanto? No lo sabemos. Por consiguiente, ¿cuál es el efecto sobre el organismo? No lo sabemos. ¿Sufre el hígado, sufren las arterias por ese proceso de transformación del alcohol, aunque acabe por transformarse en energía? No lo sabemos bien. Por consiguiente, he aquí, no ya, como antes, un precepto que no tiene base experimental, sino un precepto que, teniendo base experimental, rebasa la experiencia, la sobrepasa, y, por consiguiente, deja de ser experimental en gran parte».

Con este criterio, y con este procedimiento que en realidad es muy sencillo—es una simple cuestión de hábito—ustedes, á mi juicio, estarían *bien defendidos*.

Por lo demás, no sólo existe en los médicos una cierta tendencia profesional á tomar los raciocinios por experiencias, sino que es muy común (será inútil que haga á cada momento la salvedad de que me refiero á los médicos comunes, no á los más distinguidos) que esos mismos raciocinios sean demasiado malos, aún como tales raciocinios.

Voy á mostrarles un ejemplo, sintiendo solamente que la falta de tiempo me impida analizar una gran cantidad de naturaleza parecida.

Abrimos este libro (1): un libro de medicina común, ni bueno ni malo, de esos que constituyen la producción corriente. Dedicar un capítulo al vegetarianismo, y, después de definirlo, escribe lo siguiente: «No tenemos que hacer aquí el proceso del vegetarianismo: nos limitaremos á considerar que, á nuestras células albuminosas, importa dar albuminoides de la misma naturaleza, si queremos regenerarlas y reparar sus pérdidas de substancia. En estas condiciones, la carne parece ser indispensable á nuestra nutrición.» Después de este razonamiento, están en el deber de caer fulminados los caballos, las vacas, los conejos, y, en general, todos los animales que no coman carne.

El razonamiento ya es, en sí, completamente absurdo. Es infantil suponer que cada substancia del cuerpo deba formarse con substancias análogas: que la carne se forme con carne, por ejem-

(1) *Traité de l'astritisme*, por Grandmaison.

plo. Hasta la experiencia enseña otra cosa; enseña, no sólo que ciertas sustancias se forman á expensas de otras muy diferentes de ellas, sino que algunas se forman más fácilmente á expensas de otras sustancias diferentes; por ejemplo: las grasas se forman, en opinión de muchos, tal vez más fácilmente á expensas de los hidratos de carbono que de las grasas mismas. El razonamiento es, pues, absurdo é infantil: pero ni siquiera se trata de eso. Aun prescindiendo del examen mismo del razonamiento como razonamiento, aun prescindiendo del examen lógico, ¿cómo puede este autor, un escritor que parece serio é igual á todos los demás, enunciar un razonamiento que lleva directa, clarísima y evidetisimamente á la consecuencia de que no pueden vivir más animales que los carnívoros; y seguir después con la mayor tranquilidad razonando y escribiendo, dando por juzgado y condenado al vegetarianismo con ese razonamiento solo! Si un astrónomo, después de un razonamiento, aunque sea matemático, llega á la consecuencia de que la tierra es más grande que el sol ó de que la tierra no tiene satélites, inmediatamente se detiene, y, por inatacable lógicamente que el razonamiento le parezca, se puede apostar ciento contra uno á que dirá que se ha equivocado. ¿Por qué eso no sucede en nuestro caso y en centenares y millares de casos que yo les podría citar? ¿Por qué, cuando menos, el número de casos entre los médicos es infinitamente mayor que entre astrónomos ó físicos? Por cierta mentalidad profesional. Y esa mentalidad profesional, ¿de qué viene? Tarde la explicaría quizá por la ley de imitación y de hábito. Pero, sea cual fuere su origen, puede dominarse, puede corregirse perfectamente; basta darse cuenta de ella: es *descuido lógico*.

Les repito nuevamente, y á riesgo de ser cansado, que esa mentalidad profesional es un poco esquemática; que, en la práctica, los que valen se van independizando de ella con el estudio y la experiencia, y que, en los temperamentos superiores, no tiene ninguna influencia; pero, al ponerlos en guardia, creo prestarles un gran servicio.

Y ahora, podrían preguntarse: «¿qué fué de la moral de los médicos? ¿por qué se nos habla de lógica y no de moral?» Por una razón muy sencilla: la moral propiamente dicha de los médicos, les dije al principio, es clarísima: difícil, pero clara. Que el médico debe consagrar todo su tiempo á sus enfermos; privarse, por ellos, de descanso, de sueño, de placeres; que debe ser caritativo y benéfico, y no hacer de su profesión un simple oficio... Todo esto

es sumamente difícil, por el esfuerzo que requiere, pero es también sumamente claro.

Pero lo que yo quería hacerles notar es que, á los médicos, todo se les vuelve moral; que la lógica de los médicos, por consiguiente, es moral de los médicos: también la lógica se les vuelve moral. Y que las consecuencias de las fallas lógicas que hemos indicado se producen continuamente, con proyecciones prácticas que deseaba ayudarles á prevenir.

MORAL DE PERIODISTAS

Paso á hablar brevemente de la moral de los periodistas.

A propósito de la moral de los abogados, planteábamos la cuestión de si existirán ó no ciertas profesiones que lleven en sí una especie de inmoralidad intrínseca ó inseparable de la profesión misma, y decíamos que la cuestión podía efectivamente discutirse con respecto á la profesión de abogado, quedando siempre bien entendido que esa inmoralidad intrínseca representa simplemente la parte mala de algo bueno ó necesario, y que el admitirla no significa admitir que la profesión es mala, sino simplemente saber, en un estado de espíritu sincero, reconocer cuándo existe ese mal inseparable del bien.

Era, esta cuestión, discutible con respecto á los abogados; también es discutible con relación al periodismo. Y mi sinceridad me obliga casi á decirles que, aquí, yo creo que esa inmoralidad intrínseca existe, y que no es posible suprimirla del todo.

La prensa es un bien, un inmenso bien, es todo lo que se dice y hasta todo lo que se declama sobre ella; es apostolado, sacerdocio, cuarto poder y todo lo demás; es todo eso, — sinceramente; — pero los bienes que la hacen tal no pueden separarse de ciertos males. Razón de más para estudiarlos, para prevenirnos contra esa especie de inmoralidad intrínseca, con el objeto de saber si es posible evitarla, y, si no, atenuarla hasta donde nos sea posible.

Ante todo, y si bien se piensa, la prensa es realmente una cosa formidable: la impresión que se siente ante ella, si tratamos de librarnos de la costumbre, casi no puede ser otra que de terror. Existe en mecánica un aparato que se llama, justamente, *prensa*, también: la prensa hidráulica, por medio de la cual, como nos enseñan los tratados de física, un niño puede realizar trabajos colosales, puede levantar moles, puede triturarlas; pues bien, en la

otra prensa, sucede absolutamente lo mismo: un niño, también, puede, por ejemplo, levantar reputaciones, hacerlas pedazos, con la mayor facilidad y hasta con la misma inconsciencia del niño que moviera la prensa hidráulica. Por eso no encuentro otros términos que *espanto* ó *terror* ante esa desproporción colosal entre la causa y el efecto.

Supongamos dos de ustedes, iguales en inteligencia, iguales en saber, iguales en todo; pero el uno escribe en un diario y, el otro, no. Los dos opinan sobre una misma cuestión: política, filosófica, científica, económica, lo que ustedes quieran. La opinión de uno de ellos produce efectos en un radio limitadísimo; en su casa, en las conversaciones que pueda tener en la calle con cinco ó seis amigos, y nada más; entre tanto, la opinión del otro, que es *igual*, puede, al otro día, traduciéndose por medio de un artículo, impresionar á todo el país; puede llevar la convicción, hacer creer en un hecho, tal vez falso, á millones de personas; puede destruir una reputación para siempre; puede hacer al honor, á la felicidad de uno ó de muchos seres, un mal irreparable; sin embargo, la fuerza era la misma.

Realmente, cuando se piensa, esto causa espanto. Por consiguiente, la moral de la prensa es una moral delicadísima. El que dispone de un poder semejante, se encuentra en una situación especial y contrae deberes que se diferencian de los otros deberes en que tienen una intensidad también formidable, ó que debería entenderse como tal; y entre tanto, como les decía, hay en la prensa, á mi juicio, una causa de inmoralidad intrínseca, inevitable, que puede descomponerse en dos: en lo relativo á los hechos, la obligación de afirmar sin información bastante; y, en lo relativo á la doctrina, la obligación de opinar sobre todos los asuntos.

La obligación, digo, de informar sobre los hechos sin base suficiente. Esto es inevitable, y es grave. Enseñamos, ya para el caso limitado y menos grave de las conversaciones privadas, á nuestros hijos, á nuestros alumnos, que deben guardarse bien de hacer una afirmación antes de tener sus pruebas; que antes, por ejemplo, de atribuir á una persona un acto que pueda afectar su reputación ó su tranquilidad, busquen todas las pruebas necesarias. Entre tanto, la prensa está organizada de una manera tal, que la afirmación debe venir siempre, casi fatalmente, antes que la prueba, ó, en todo caso, nunca puede esperar la prueba lógicamente rigurosa, ni aún aceptable.

Hace pocos días leíamos en un diario un suelto por el cual se

atribuía á un célebre poeta una estafa. El suelto, dicho sea de paso, se titulaba «* * * estafador», lo cual indica simplemente la ligereza, que, sino fuera ligereza, sería inmoralidad, del que había puesto el título, ya que del telegrama resultaba que el distinguido poeta — cuyo nombre suprimimos, para no incurrir en la misma falta — estaba simplemente acusado de ese delito de estafa. Pero comparen ustedes la *obligación* del periodista — esta es la cuestión de inmoralidad intrínseca — con la que la buena moral exigiría. Mientras no exista una prueba absoluta de un hecho de ese género, es deber nuestro no admitirlo, y, mucho más, no propagarlo. La violación de este deber, hasta tiene nombre en moral: se llama *murmuración* cuando el hecho es verdadero, *calumnia* cuando no es verdadero, — y enseñamos á nuestros hijos, por ejemplo, ó á los niños á quienes nos toca educar, que deben guardarse bien de propagar hechos de ese género no probados, y ni siquiera los probados cuando no sea necesario. Y entre tanto, el periodista está obligado, una vez que un hombre es acusado, por ejemplo, del delito de estafa ó de cualquier otro, está, ó se considera obligado, á hacerlo saber inmediatamente á unos cuantos millones de personas.

Es cierto que será la misma prensa, y por eso sus males son menores que sus bienes, la que se encargará mañana de publicar las pruebas de la inocencia, en el caso de que éstas puedan obtenerse; pero no es eso lo que hubiera exigido la moralidad absoluta: la moralidad absoluta habría exigido guardarse de hacer el mal sin pruebas, y aún de hacerlo inútilmente si la prueba existiera. Por lo demás, esa misma reparación, ese otro suelto que se publicará dentro de dos ó tres meses ó de dos ó tres años y que se titulará «*** inocente», podrá, ó no, llegar á las manos de todos los lectores que leyeron el primero.

Recuerdo sentencias judiciales, de las que podría dar lectura, por las cuales, periodistas acusados justamente por el delito de difamación, fueron absueltos por el juez en virtud de que la prensa es una institución de tal naturaleza, que está obligada á propalar noticias, aunque sean contrarias al honor de las personas, aún sin tener la prueba completa, ni mucho menos; y con ese criterio, efectivamente, se juzgan los delitos de prensa, para la cual hay, y *tiene que haber*, una legislación especialmente benigna y amplia en casos tales. Hablando de este poder inmenso de los medios de información moderna, decía, en una correspondencia, Max Nordau, que los hombres, en estas

épocas, tienen que adquirir, y acabarán por adquirir en virtud de la selección natural, una facultad nueva: del mismo modo que los cangrejos tienen la facultad (autotomía) de desprenderse de sus patas cuando son cogidos por ellas, y seguir viviendo, así el hombre moderno tiene que ser capaz, cuando llegue el caso, de desprenderse de su reputación y seguir viviendo sin ella.

Y en cuanto á la segunda faz, ó sea á esa obligación que tiene el periodista de opinar sobre todo, realmente es también monstruosa. La costumbre nos impide ver muchas cosas; tratemos de librarnos por un momento de ese estado habitual, que nos hace no percibir la enormidad ó anomalía de ciertos hechos, y pensemos lo siguiente: cada uno de nosotros, por instruido, por inteligente, por perspicaz que sea, nunca puede tener una opinión clara y definida sino sobre un número muy limitado de asuntos; por cada cuestión, sea cual sea su orden, económico, político, etc., en que estamos seguros de algo, hay diez cuestiones por lo menos en las cuales, lejos de poder ilustrar la opinión de alguien, sentimos la necesidad de que la nuestra sea ilustrada. Entre tanto, existe una institución que puede ponernos en la obligación de opinar todas las mañanas sobre un asunto, y, por consiguiente, de opinar sobre todos los asuntos, con el fin de ilustrar á los demás y de imponer nuestro juicio. Todo esto se hace en la práctica con una gran naturalidad, sencillamente porque estamos acostumbrados á ello. Y los efectos son considerables, debido á que todos conservamos (no ya las masas, sino aún los hombres de cierta ilustración) un poco de esa psicología del niño, para el cual lo impreso es respetable. No lo confesaremos, y hasta no lo sabremos tal vez: En teoría, todos admitimos aquella definición de Musset: « Un diario es un joven que dice su opinión » (1); pero eso ocurre en teoría; en la práctica, á unos más y á otros menos, lo impreso nos produce casi fatalmente una impresión de respeto, que la misma doctrina no nos produciría en otra forma.

Recuerdo un pequeño caso personal. Cierta joven escritor había publicado más de un libro, que yo había leído, encontrando, indudablemente, mucho que objetar, mucho que combatir, pero siempre poniéndome más bien *por debajo* del libro, como me pongo yo generalmente cuando leo y juzgo. Pero resultó que, un día, me tocó examinar en la Universidad á ese mismo joven, quién debió escribir sobre al-

(1) *Lettres de Dupuy et Colomet.*

guno de los tópicos que había tratado en sus obras. Resultó algo parecido; pero, allí, en el examen, en el manuscrito de un estudiante, aquello me parecía, y era en efecto, completamente infantil, inocente. Clasifiqué, y di algún *bueno*, algún *regular*, no sé bien; entre tanto, eran las mismas cosas. Si ese trabajo del examen se hubiera publicado como un artículo, la actitud de espíritu en que yo lo hubiera analizado hubiera sido, lo temo, algo distinta: no digo que lo hubiera encontrado bueno; pero, repito, la actitud de espíritu hubiera sido diferente: me hubiera parecido, aquello, cosa más seria y más digna de consideración.

Pues bien: si eso nos pasa á los que tenemos alguna cultura y alguna costumbre de criticar cosas impresas, ¿qué no pasará con las masas? No hay más que observar. Y, por lo demás, aun prescindiendo de estos efectos ejercidos sobre los demás, quedan siempre los hábitos forzosos de ligereza que debe tender á producir esa práctica ó esa obligación de opinar sobre todas las cuestiones, *en la misma persona* que está sometida á tal ejercicio.

Cuando se ha tenido la suficiente inteligencia y sobre todo la suficiente sinceridad para comprender esa especie de inmoralidad intrínseca de la prensa, hay que evitar cierta actitud extrema, en que se cae fácilmente, á saber: concluir que lo que tiene inconvenientes es malo.

Los inconvenientes de la prensa, esa inmoralidad intrínseca, en parte irredutible, están mucho más que compensados con sus ventajas, por la grandeza y por la utilidad de su misión.

Por consiguiente, sería absurda la conclusión extrema de que la prensa es un mal. Pero es también peligroso el estado de espíritu opuesto, una especie de declamación, que nos conduce á no ver los males, cayendo en lo que hemos descrito como *descuido moral*; quiero decir que los que no saben ver y sentir esos inconvenientes, no atienden á la manera de repararlos, y aún se dejan llevar, sin notarlo, á una especie de subinmoralidad habitual.

Hay, pues, que ser bien conscientes de los males que les he señalado, y de otros conexos, con el objeto de poder corregirlos en lo posible.

Los dos principales son, hemos dicho: en cuanto á las cuestiones de hecho, la deficiencia forzosa de información; y, en cuanto á las cuestiones de doctrina, la obligación de formar opinión sobre todos los asuntos.

Pues bien: si esto no se puede suprimir en absoluto, puede paliarse, y la regla de conducta es muy sencilla. Damos por irre-

mediable, que la prensa tenga que afirmar hechos sin la información tranquila, metódica, que se requeriría en rigor. Como lo ha dicho muy bien un moralista, para afirmar un hecho que pueda dañar, por ejemplo, á la reputación ó al bienestar de una persona, se necesitaria, por lo menos, y con mayor razón, la información documentada exigible para afirmar un hecho científico. Muy lejos de ello estamos; pero puede perfectamente atenuarse el mal con algo que debería ser la regla de la prensa, y que, de hecho, es la excepción; á saber: una extremada facilidad y una extremada amplitud y lealtad para las rectificaciones.

Lo que les digo es elemental, sencillo, en teoría. En la práctica, el estado de espíritu que les recomiendo, y que debería ser norma de conducta del periodista, es bastante raro.

Cuando un diario ha dado una noticia ó ha dado cierta forma á una noticia, se cree obligado á mantenerla; hasta existe una serie de términos despectivos para el diario que rectifica, que reconoce su error: eso se llama «*una plancha*», ó cosas análogas.

Por regla generalísima, el que envía una rectificación á la prensa, tiene nueve probabilidades en diez de ver al otro día, arriba de su carta (si es que obtiene la publicación), un título por el estilo del siguiente: «Rectificación que no rectifica», ó esta variante «Rectificación que ratifica».... Es casi fatal.

Yo quisiera poder recordar una colección de hechos de mi vida de funcionario, y narrarles anécdotas por docenas; pero no elegiré ninguna extrema: tomaré simplemente uno ó dos casos sencillos, que me servirán para insistir después sobre lo que yo deseo que noten, esto es, sobre el estado de espíritu común del periodista en estos casos, que no es propiamente un caso de inmoralidad consciente, sino más bien de descuido ó de desatención, como lo dejo bien explicado.

Recuerdo un caso en que cierto diario había atacado muy severamente á la Dirección de Instrucción Pública, — corporación de que yo formo parte. Se hacían allí gran cantidad de cargos, los cuales (lo que no sucede siempre) eran concretos y de hecho, de modo que su rectificación ó ratificación era sumamente fácil: se trataba, por ejemplo, de inversión de fondos, y esa inversión de fondos estaba perfectamente, claramente documentada por expedientes de contaduría.

Publiqué, entonces, yo una carta en la cual hacía saber al director del diario, que iba á permanecer todo el día siguiente en la

contaduría de la corporación, donde estaba dispuesto á mostrarle todos los expedientes, y le pedía viniera á examinarlos, por cuanto de ellos, afirmaba yo, resultaba la falsedad de las informaciones.

Con la mayor inocencia preparé todos los expedientes, y permaneci en la oficina todo aquel día. Absolutamente nadie apareció. Y, al día siguiente, los cargos continuaron sobre la misma base.

Segundo caso: cuando yo era Decano de Enseñanza Secundaria en la Universidad, un periódico — y se trataba precisamente de un periódico estudiantil — me dirigió ataques; se trataba también de hechos. Llamé á uno de los directores del periódico y le expliqué cuáles habían sido las causas (no propias para escritas, porque eran personales); que habían dado lugar á mi actitud; y, terminada la explicación, pregunté al estudiante redactor: «En mi lugar, ¿que hubiera hecho usted?»; la respuesta fué esta: «En todo, salvo en tal detalle, lo mismo que usted hizo». — Esperé, entonces, el número próximo del periódico: no dijo nada...

Tercer caso: hace poco se atacaba otra vez á la Dirección de Instrucción Pública por no haber ubicado las escuelas de reciente creación, en vista de lo cual se ordenó la publicación, en un diario, de un mapa, en el que estaba figurada la ubicación de esas escuelas. El diario que había hecho los cargos, continuó repitiéndolos; pero, cosa interesantísima: ¿saben cómo se titulaba el suelto en que se repetía el ataque?... se titulaba así: «¿Dónde están esas escuelas?» Justamente era lo que decía el mapa: «Dónde están esas escuelas»; pero en el suelto se razonaba de la manera siguiente: «Los vecinos del pueblo tal se quejan de no tener escuela; por consiguiente, las escuelas de reciente creación no están ubicadas.... etc.».

Ahora bien: dejemos por el momento este último caso, que, á primera vista, podría parecer algo fuerte. Vamos á los dos primeros.

Lo que tienen de particular — y es sobre esto sobre lo que deseo llamar la atención de ustedes, — es que yo conozco á los autores de los sueltos, y son dos personas dignas de estima. Su actitud no tendría nada de particular si se tratara de personas moralmente ligeras ó inferiores; pero, no: son personas muy estimables. ¿Cómo obraron así?... Debido á un estado de espíritu especial, que es más ó menos *profesional*, y que, salvo á aquellos que son, moralmente, ¿cómo les diré?... atentos; esto es, los que se vigilan, juzgan todo lo que hacen, y lo pesan, y lo sienten, desde el punto de vista moral, salvo á los que están en ese estado de espíritu — se contagia.

Bien saben que con estas conferencias yo he procurado, ante todo, enseñarles que hay dos clases de inmoralidades: las que se cometen por falta de moralidad—y esas no tienen fácil remedio, pedagógico por lo menos,—y las que se cometen por descuido.

Ahora bien: esta clase de inmoralidad habitual de la prensa, esto es, el no ofrecer una facilidad amplia y una lealtad abierta para las rectificaciones, es justamente un caso de descuido moral; descuido que se respira en ese medio, que se contagia y que es necesario combatir.

Tengo la seguridad de que con un simple aviso, la mayor parte de las personas que cometen en la prensa estas pequeñas inmoralidades—que á veces no son tan pequeñas por los inmensos efectos que producen,—tengo la seguridad, decía, de que con un simple aviso, dándose cuenta simplemente de que hay aquí algo que vigilar, esas personas procederían de una manera muy distinta.—Esto, en cuanto á la información.

Ahora, en cuanto á la parte de doctrina, esa especie de obligación realmente absurda, cuando se piensa en ella, en que un hombre puede encontrarse por razones de profesión, de opinar sobre todas las cuestiones (siendo así que un hombre sincero é ilustrado sólo puede opinar, sobre todo con la intención de imponer ó propagar su opinión, con respecto á un número muy reducido, limitadísimo, de ellas), esa especie de obligación que tiene algo de antinatural, puede, sin embargo, paliarse también, con una gran lealtad.

En los diarios debería suceder.... lo que debería suceder con las personas, y no sucede ni con las personas ni con los diarios; á saber, que, en las discusiones, personas y diarios se convencieran á veces. Hay cosas que nos parecen sumamente naturales, y que sólo merced á casualidades psicológicas, nos hieren de repente como absurdas é inconcebibles. Ustedes que leen diarios desde hace una inmensa cantidad de años, ¿podrían citar muchos casos en que, después de un cambio de editoriales, apareciera en alguno algo parecido á ésto: «hemos sido convencidos por tal y cual razón del adversario, ó hemos modificado nuestra opinión en tal sentido, ó la atenuamos, ó la completamos de tal ó cual manera»?... y, sin embargo, sería tan fácil hacer un diario de ese carácter... Hasta como negocio podría ser recomendado. Yo creo que el público, ó una parte considerable del público, por lo menos, iría á buscar en un diario de ese género una especie de descanso y de apoyo....

Naturalmente, una de las causas que hacen más difícil la realización de este ideal, es que, por regla general, hay diarios que están ya de antemano embanderados en una causa y condenados á opinar de una manera que puede preverse por anticipado. (Entre paréntesis, esta actitud puede en rigor ser perfectamente sincera, y lo es en ciertos casos, tratándose, por ejemplo, de un diario religioso, del órgano de un partido político, aún de un diario que defiende ó ataca á un gobierno determinado; es claro que, como ese partido religioso ó político ó ese gobierno, están inspirados, en su actuación general, por ideas determinadas, cabe, en rigor, una actitud de ese género; pero, aun en esos casos, lo que falta generalmente es la energía que se necesita para apartarse de esa regla cuando aparecen ciertos detalles en los cuales la opinión sincera del periodista discrepa de la línea trazada). De modo que los diarios no son tan peligrosos para los directores mismos como para los jóvenes que ingresan en ellos. Y, en general, esto no ocurre únicamente con los de la clase antes descrita. Justamente uno de los grandes inconvenientes que tiene la prensa para la juventud, está en que no se puede empezar desde el principio por mandar, por dirigir; en que el noviciado, en que se adquiere la mentalidad profesional, cuando el espíritu es más plástico todavía, es justamente la época en que hay que someter la opinión y la pluma á las opiniones ajenas. El reporter, el sueltista, tienen que opinar como el Director.

Es esta la razón por la cual, muy sinceramente, yo no deseo que los jóvenes á quienes quiero, *se formen* en la prensa, sin perjuicio de que puedan ingresar en ella ya después de formados, ya con el carácter y la inteligencia hecha; y digo «la inteligencia» porque el peligro (naturalmente, y esto no tengo nunca necesidad de decirlo: de él se salvan los que están excepcionalmente bien dotados) el peligro, decía, no es de orden puramente moral: es también de orden intelectual en cierto sentido.

Leía hace poco el resumen de una opinión de Anatole France, muy favorable á la formación de las inteligencias en la prensa. Los escritores, decía, que han sido periodistas, adquieren una agilidad, una facilidad de que, por regla general, quedan privados los otros; son más fuertes, al mismo tiempo; más pronto....—Ignoro hasta que punto tendrá razón, *en Europa*. La observación sincera de nuestro medio me ha mostrado, y debo decirlo, puesto que el único mérito de estas conferencias es la sinceridad, que la prensa ha matado aquí una inmensa cantidad de escritores. Veamos de que modo y por qué proceso.

El joven que escribe para los diarios, adquiere, y en poco tiempo, una facilidad que generalmente le resulta engañosa; siente que su capacidad para el trabajo ha aumentado. Efectivamente, no era capaz antes, tal vez, de escribir dos ó tres párrafos en una hora; después de algún tiempo de ejercicio en la prensa, es capaz de escribir en ese tiempo media columna, tal vez una columna, con facilidad, con corrección, y, muy á menudo, con brillo. Siente entonces la sensación de que es más capaz que antes para el trabajo; y en cierto sentido, naturalmente, lo es; pero esta mayor facilidad tiene generalmente una compensación muy triste; á medida que se va adquiriendo la capacidad para el trabajo fácil, se va perdiendo la disposición, y al fin hasta la misma aptitud, para el trabajo concentrado, fuerte, difícil; tanto el estilo, como el mismo pensamiento, se van acostumbrando á la falta de resistencia. Ahora bien, eso es justamente un mal sudamericano; por eso decía que, sean cuales sean los hechos en los medios europeos, en nuestros medios (aquí, como en todo, hay que observar directamente) tenemos ya demasiada tendencia á ese estado de espíritu; y, por consiguiente, lo que no es peligroso allá, tal vez aquí puede serlo; y es, á mi juicio, lo que la experiencia demuestra. Si me fuera dado hacer una comparación, les diría que el buen vino no se puede preparar en recipientes abiertos; en estos se produce, es cierto, un vino suave y alegre, para el consumo corriente; pero el de fondo, concentrado y fuerte, ese tiene que fermentar y condensarse en recipientes cerrados, con la resistencia y con el tiempo.

Pues bien, con nuestra cosecha intelectual, sucede que casi toda se gasta en esa preparación fácil para el consumo inmediato. Pero no hay reserva; y creo que la prensa tiene bastante culpa.

Las inteligencias jóvenes, salvadas siempre las excepciones, tienen aquí tendencia á la producción fácil. No sólo las jóvenes: algunas conozco que ya estaban hechas, y á las cuales, sin embargo, esa tarea diaria de la prensa, que obliga á la producción fácil, ligera, sin esfuerzo, les ha quitado la capacidad de concentración. Si mis afirmaciones resultaran violentas, yo no podría demostrarlas aquí, donde sería triste y modesto nombrar á tantos «que hubieran sido y que no fueron»...

Naturalmente, me hubiera sido sumamente fácil arreglar todo esto más ó menos inteligentemente, y demostrar á ustedes que hay medios de combatir con facilidad el mal; pero hubiera sido poco sincero. Lo que si creo, es que el periodista podría hacer una especie de separación (y este va á ser mi consejo práctico): ha-

cer una especie de separación entre su personalidad de periodista y su personalidad intelectual propiamente dicha: reservarse una ó dos horas diarias para un trabajo difícil, para concentrar, para corregir, para pulir, para ahondar, para condensar, en resumen; pero debo declararles que esta tarea es más difícil cuando el trabajo que constituye nuestra profesión es del mismo género, esto es, del género intelectual. Ustedes oirán decir muy á menudo que es inexplicable como algunas personas pueden, por ejemplo, ser poetas y ganarse la vida en un empleo administrativo infimo é ininteligente, ó sumando números en un Banco. Pues bien, hay aquí un error; mientras más diferente es el trabajo profesional inconveniente del intelectual propiamente dicho, menos lo perjudica; justamente, el del trabajo de la prensa está en que se parece mucho al trabajo intelectual. Ser empleado de Banco ó auxiliar de oficina, y autor de libros, es más fácil; y más fácil sería todavía ser carpintero, desempeñar un trabajo manual cualquiera, y reservarnos entonces nuestra inteligencia completamente libre para el trabajo intelectual intenso.

MORAL DE FUNCIONARIOS, Y ALGUNAS GENERALIDADES SOBRE MORAL DE LA VIDA PÚBLICA

Este tema es tan vasto que no podré sino ir tocando de paso algunos asuntos, dando sugerencias aisladas. Valdría la pena, por ejemplo (pero sería extensísimo por la gran cantidad de casos, que nunca son iguales) discutir un poco un problema que, para generaciones anteriores, fué aquí el problema vital de la moral de la vida pública, á saber, si se debe ó no servir á los gobiernos inmorales. En las épocas de gobiernos tiránicos, oprobiosos, este problema fué capital, y la generación de nuestros padres debió discutirlo y resolverlo.

Había entonces dos teorías extremas: los representantes de una de ellas, sostenían el radicalismo abstencionista absoluto; los representantes de la otra teoría extrema, preconizaban lo que entonces se llamaba el *posibilismo*, término que creo de importación española, y que significaba buscar y obtener todo lo que fuera posible en beneficio general. Dicho sea de paso, las dos tendencias, como sucede siempre, estaban representadas, parcialmente á lo menos, por personas de la mayor sinceridad; y por consiguiente, desde este punto de vista, eran ambas respetables.

Ahora bien: yo no entraré propiamente á resolver, ni soy capaz de resolver con claridad el problema. Pero convendría hacer notar algo con respecto á las dos soluciones: con respecto á esa primera solución extrema que consiste en negar todo servicio cuando los gobiernos ó en general las autoridades (porque el problema puede plantearse también dentro de una autoridad especial) son considerados oprobiosos por el ciudadano, debe notarse que, si se la acepta (declaro y confieso que, por temperamento, simpatizo con ella), sólo debe reservársela para esas circunstancias extremas en que un ciudadano puede sentirse obligado ó autorizado á una revolución, porque efectivamente esta doctrina es justamente *de orden revolucionario*: consiste en negar nuestros servicios al país. Hay aquí un paralogismo, en muchos, que consiste en creer que se sirve á los gobiernos: en realidad, se sirve al país, y al país debe servirsele, siempre que, por una parte, no esté el ciudadano obligado á hacer ninguna inmoralidad ni grande ni pequeña, y siempre que, por otra parte, esos servicios no contribuyan indirectamente á prestigiar el gobierno que se crea oprobioso. Quiero decir, simplemente, que esta solución, sumamente respetable, es para situaciones extremas; pero hay, les decía, un paralogismo ó sofisma aquí, que consiste, como casi todos, en no detenerse en el grado justo; por eso alguno de esos hombres sinceros á que me refiero, no sólo en los casos extremos sino también en otros casos que distaban mucho de ser extremos, se aislaron en absoluto, se hicieron inútiles. Y el paralogismo estaba aquí: en creer que el ciudadano que acepta un cargo, aun no estando de completo acuerdo con las opiniones ni con las tendencias de los gobiernos ó autoridades superiores, tiene una especie de responsabilidad por actos ajenos, y en creer que no es también radical, y de un radicalismo sumamente difícil y sumamente alto, el servir en esos casos los cargos (naturalmente: los suponemos obtenidos en condiciones absolutamente dignas y puras: lo demás, no se discute) con la más absoluta independencia de criterio, de opinión y de ocasión. El paralogismo venía de que en la práctica, muchos de los que adoptaban ó simulaban adoptar este último temperamento, no eran sinceros, ó carecían de la energía y de la alta moralidad que se necesita para esa solución, que es, indudablemente, la más difícil, de manera que entraban en transacciones ó se comprometían en debilidades; pero, y salvo esos casos extremos en que, como les digo, la abstención es un caso de revolución, una especie de revolución negativa, parece que la actitud más alta, por lo menos, la que importa mayor sacrificio, consiste en

ocupar los cargos, pero desempeñarlos con una independencia absoluta, quiero decir, según el criterio moral é intelectual del funcionario mismo, afrontando cualquier consecuencia y aceptando cualquier peligro. Por eso habría que entenderse, y es un hecho que da lugar á muchas discusiones, sobre la *moral de las renunciaciones*. Por regla general, renunciar un cargo cuando el ciudadano que lo desempeña no se encuentra de acuerdo con las tendencias del superior, es considerado un acto muy elevado; efectivamente, lo es en muchísimos casos; pero hay ciertas confusiones sobre lo que ofende y lo que no ofende, sobre lo que deshonra y sobre lo que no deshonra en casos tales. Voy á ponerlos en guardia contra la siguiente confusión: Supongamos dos autoridades, una inferior y otra superior; la inferior tiene, por ejemplo, la facultad de proponer un empleado; la superior tiene la facultad de aceptarlo ó de no aceptarlo. Muchos hombres sinceros é inteligentes entienden así las cosas: el superior desea que sea nombrada determinada persona; llama al inferior y le dice «Deseo que proponga usted á tal persona»; el inferior responde que habría otra que merecería el puesto con mayor título, por tales y cuales razones; el superior insiste; entonces el inferior cede y hace la propuesta. En este caso, el hecho muy á menudo no se siente como deshonoroso, hay hasta tendencia á sentir que el superior ha contemplado al inferior, no ha querido desairarlo ni ofenderlo y le ha facilitado la solución, dándole ocasión para que formule la propuesta á gusto del superior. En cambio, cuando el inferior propone independientemente la persona que ha de desempeñar el cargo y el superior no la acepta y nombra á otra, entonces se entiende que el inferior ha sido desairado, y esto se interpreta, por ejemplo, como un caso de renuncia. El caso que les ejemplifico con nombramientos, se presenta idéntico con relación á proyectos, á ideas directrices, etc. El funcionario dependiente eleva un proyecto, propone una medida cualquiera; el superior la rechaza, rechaza una, dos, tres...; ese hecho se considera ofensivo, y por esa clase de resoluciones se suele renunciar. En cambio, no se considera ofensivo que el superior pida al inferior que se abstenga de elevar cierto proyecto, porque le desagrada, ó que modifique sus propias ideas para presentarlas adaptadas á las ideas del superior. Justamente, hay aquí confusión y subversión; lo que se reputa ofensivo, no lo es, y lo que no se reputa ofensivo, lo es realmente. Cada funcionario no es ni debe ser responsable más que de sus propios actos y de sus propias ideas. Si otro funcionario superior tiene ideas diferentes y dicta medi-

das ó hace nombramientos con un criterio distinto, ello no es propiamente ofensivo, aunque pueda ser penoso; y esta causa, que es una de la causas más comunes de renuncia, no debe serlo: la responsabilidad del inferior queda salvada; su conciencia, también. Podrá sentir más ó menos tristeza ante la medida del superior, que él reputa mala; pero no ha sido ofendido. En cambio, lo que es ofensivo por parte del superior es pretender coartar la libertad de pensamiento ó de acción de los inferiores, dándoles esas soluciones hechas que generalmente se consideran muy aceptables y que hasta se piden y se agradecen por los inferiores, y que son profundamente inmorales; por ejemplo: llamar al inferior para pedirle que informe en cierto sentido, que manifieste ó que se abstenga de manifestar tal ó cual opinión; eso no debe hacerse ni tolerarse; y, en cambio, los errores y aun las inmoralidades que comete nuestro superior por sí, no tenemos porque imputárnoslas nosotros, ni considerarnos ofendidos ó rebajados por eso. Todo ello, naturalmente, sin perjuicio de ciertos casos especiales: el de la renuncia por convencerse de que nada útil se puede hacer en el cargo; el de la renuncia que puede dar por resultado que el superior vuelva sobre sus pasos, ó corrija á mejore su acción para lo sucesivo; y otros posibles, muy legítimos.

Otro caso que se presenta á menudo sobre moral de renunciaciones y de cargos, es aquel en que el inferior se reputa injustamente acusado ó injustamente agredido por el superior, y abandona el cargo; cuando no es una debilidad, es una inmoralidad. En esos casos procede, salvo excepciones muy especiales, mantenerse, al contrario, en lo justo, y procurar llevar la convicción al ánimo del superior; y, en el caso de que no fuera posible, mantener siempre las propias opiniones y la propia independencia, y sufrir las consecuencias.

Hay toda una serie de problemas sobre estas cuestiones, pero sólo voy á insistir un poco sobre aquellos á cuyo respecto se observan ciertas prácticas que pueden corregirse fácilmente con un poco de atención moral. Por ejemplo, les voy á hablar de algo que á ustedes, que no tienen experiencia en las cuestiones de administración, puede ser que les parezca un poco fútil, y que, sin embargo, tiene su importancia en la práctica. No se imaginan ustedes qué curiosos extravíos de criterio y de sentimiento existen por ahí, con respecto á los pedidos y promesas de votos y nombramientos. La mayor parte de los funcionarios, en la organización gerárquica, venimos á ser, directa ó indirectamente, dueños de los destinos de otros

hombres; todos nosotros, en mayor ó menor grado, distribuimos empleos ó influimos para la obtención de empleos. Pues bien; una inmensa cantidad de personas sinceras, casi estoy por decirles, el noventa por ciento de las personas sinceras y buenas que conozco, tienen, por descuido ó por desatención moral, el criterio de que un voto es una cosa que puede y que hasta debe prometerse, que se puede pedir, ofrecer ó comprometer de antemano.... De manera que cada vez que queda vacante un empleo, se procura que aquellos que deben darlo directa ó indirectamente, comprometan su voto; se les pide este compromiso, el cual, casi siempre, es otorgado. Entre paréntesis: solicitar el empleo, puede ser perfectamente legítimo, cuando se cree tener títulos para ello; pero lo que no es legítimo es solicitar ese compromiso anterior. Un compromiso de voto, por regla general, sea para personas, sea para resoluciones de cualquier orden, es fundamentalmente inmoral por la siguiente razón: Se trata, por ejemplo, de un nombramiento; comprometer un voto para un nombramiento que va á hacerse dentro de un año ó dentro de un mes ó mañana, es inmoral, porque es reconocer y declarar que aun cuando aparezca otro candidato con mejores títulos, yo no le daré mi voto. Y eso puede ocurrir siempre: Recuerdo un caso de una de las personas más honestas y honradas que conozco, que, habiendo prometido su voto para un cargo que él tenía el poder de llenar, vió aparecer después como candidato á uno infinitamente mejor, cuyas excelentes cualidades le constaban, y se vió obligado á combatir la candidatura de este nuevo candidato que él mismo reputaba mejor, á causa de su compromiso. El hecho es tan corriente, tan normal, que los mismos candidatos, cuando solicitan el voto, lo piden así: «Si no está comprometido, le pido que lo haga conmigo»; y la excusa del que ha de dar el empleo es también, casi invariablemente, la siguiente: «Ya me comprometí con tal otra persona».

Pues bien, es ésta una de esas prácticas de indole especial sobre las cuales yo quiero insistir en estas conferencias. Ustedes notarán que no procuro darles lecciones sobre hechos muy importantes generalmente; es que esos hechos muy importantes, dependen de la moral que se tenga; no seré yo quien pueda crearla; pero lo que hay es que la moralidad *que tienen* muchísimas personas les impediría caer en estas prácticas, que son inmorales y en las cuales se incurre muy generalmente por una especie de descuido ó de desatención.

El voto debe reservarse; deben examinarse todos los candidatos

posibles y, cuando llegue el momento de dar el voto, darlo entonces á quien mas lo merezca: A la persona que pida un voto, deben hacérsele tambien estas explicaciones.

Ahora, eso no quiere decir que no existan casos *excepcionales*, en que la promesa de voto ó el compromiso pueda ser legitimo y moral. Eso ocurre con casi todos los hechos clasificados, en general, de inmorales. Mentir es malo: lo que no quiere decir que, si un enfermo del corazón me pregunta de qué enfermedad padece, yo no deba, en ciertos casos al menos, ocultarle la verdad; es posible que en ese caso, y en otros de ese género, la mentira sea legitima. Malo es matar, pero si un asesino penetra en el cuarto en que duermen mis hijos y va á darles muerte, se la doy yo antes, si puedo. Del mismo modo, hay casos en que el compromiso del voto se hace aceptable moralmente. Este caso surge, más bien, en las corporaciones, y es cuando el compromiso de voto en favor de un candidato puede, por ejemplo, eliminar á otro francamente malo; ó en otras circunstancias análogas: cuando, por ejemplo, el resultado del nombramiento ha de ser dudoso, cuando se teme muy fundadamente un resultado malo, y se puede asegurar de esa manera un candidato bien aceptable. En una palabra, existen excepciones, pero esas excepciones han de ser bien fundadas y bien pesadas; fuera de eso, la práctica existente, que es la práctica de la gran mayoría de nuestros funcionarios, es profundamente viciosa.

Y, á propósito de nombramientos y de candidatos, aprovecho este momento para una pequeña digresión que se traducirá en un consejo. La vida del funcionario tiene bastantes sinsabores para que, por si alguno de ustedes llega á serlo un día, yo deje de aconsejarles una práctica que nos ocasiona á veces algunos de nuestros más nobles placeres.

La costumbre hace que los funcionarios nos habituemos á no tener en cuenta para los puestos, más que á los que los piden, sea á los que los piden directamente, sea á aquellos por los cuales piden otros, por medio de recomendaciones. Pues bien: no hay acto más elevado, más conveniente al mismo tiempo para el interés general, y que proporcione más gran placer, no sólo al que es objeto de él sino al que lo ejecuta, que hacer, siempre que sea posible, nombramientos teniendo en cuenta únicamente los títulos y méritos, *prescindiendo* de los pedidos. No es práctica corriente, pero es hermosísima. No se imaginan ustedes lo sano y moralizador que resulta que á una persona llena de méritos, llena de títulos, la cual, ó no se le ha ocurrido ó no ha tenido sea el valor

ó sea el atrevimiento necesario para pedir un cargo, le caiga de pronto, como un aerolito, un nombramiento merecido. Como les digo, no es práctica corriente : sólo algunos lo hacemos; pero es cosa hermosísima y sumamente recomendable.

Y ya que hablamos de los que piden puestos, hay también otra especie de costumbre ó práctica, muy humana indudablemente, pero que es también profundamente inmoral, y es la de no observar con respecto á esos postulantes la debida sinceridad. También la gran mayoría de los hombres que conozco, cuando son funcionarios y les piden cargos, observan en la práctica una actitud insincera; reciben, por ejemplo, á un candidato á quien saben que no han de nombrar, sea porque hay otro mejor, sea porque no reconocen á éste las aptitudes necesarias, ó por menos legítimas razones: no se lo dicen. «Lo tendré presente...» «Veremos más adelante...» «Hay muchos candidatos...» le contestan ambiguamente; hacen promesas vagas... A veces se va más adelante: Los funcionarios, por ejemplo, que forman parte de corporaciones, suelen dar á entender al candidato que, por lo que toca al que habla, la obtención del puesto sería muy fácil, pero que hay otras personas, colegas ó superiores del que habla, que obstaculizarán el nombramiento.

Es necesario acostumbrarse desde el principio á no contaminarse con estas indignidades: en cuanto ustedes ocupen el primer puesto que les toque desempeñar, por inferior que sea, será necesario que se acostumbren desde el principio á adquirir los más absolutos hábitos de sinceridad, en este sentido y en todos los otros (naturalmente, quien habla de nombramientos, habla de cualquier otro pedido).

Ahora, yo no quisiera organizarles una especie de mistificación y hacerles creer que de esta manera se harán muy simpáticos y muy queridos. Los hombres, desgraciadamente, están hechos de una manera tal, que esta actitud sincera casi siempre les resulta desagradable; y, muchísimos, por absurdo ó ilógico que parezca, guardan menos rencor al que los engaña en tales casos que al que les dice la verdad. Pero no se trata de simpatías: se trata, simplemente, de una especie de limpieza moral.

Con el mismo enviciamiento psicológico y moral se relaciona la cuestión de las recomendaciones, de personas y de asuntos — prácticas que constituyen en casi todos los países uno de los más grandes males administrativos.

Lo curioso es que el hecho es inicialmente bueno y legítimo.

Una recomendación, esto es, el pedido, dirigido á un funcionario, de que estudie un asunto en el cual el autor de la recomendación cree tener razón, ó cree que la tiene otra persona, ó juzga que debe resolverse de cierta manera en atención al interés general; ó dar constancia de los méritos efectivos de una persona, al efecto, por ejemplo, de que pueda obtener un cargo, ó un beneficio cualquiera de orden legítimo, — son hechos de orden muy natural, perfectamente explicables y justificables.

En la práctica, entre tanto, todo ello degenera en forma de dar pretexto á las mayores immoralidades; y las prácticas corrientes revelarían un profundo enviciamiento moral, si no fueran tal vez, muy frecuentemente, el resultado de un descuido, de una desatención de la especie de las que hemos insistido en describir.

Nuestras lecciones dejarían en este momento de ser abstractas y poco interesantes, y adquirirían seguramente un vivo colorido, si yo pudiera darles esta conferencia teniendo enfrente uno de los cajones de mi escritorio, en el cual me he entretenido en coleccionar todas las tarjetas y cartas de recomendación que he recibido en mis pocos años de funcionario.

Hay allí más papel que en el cajón de mi correspondencia particular; y lo que llamaría, sobre todo, la atención de ustedes, es la discordancia entre ciertas cosas que allí se piden, y las personas que lo piden.

Por ejemplo, ¿puede haber un acto más profundamente inmoral que una recomendación para un concurso? Sin embargo, ustedes encontrarían allí cartas de personas de una moralidad más que mediana, algunas hasta respetabilísimas, y que, sin embargo, en estado de descuido ó de desatención moral, dan cartas de ese género.

Imagínense ustedes lo que ello significa. Una carta de recomendación para un concurso, traducida en términos llanos y claros, quiere decir lo siguiente: Pido á usted que, aunque tal persona esté peor que sus rivales en el concurso, vote usted por ella».

Eso, dicho llanamente, sólo podría contestarse como se contesta una sangrienta ofensa. Entre tanto, con frases más ó menos indirectas, se escribe, se lee y se tolera continuamente.

Con respecto á recomendaciones de personas, ocurre algo peor, todavía (y aquí se trata de un mal de todos ó casi todos los países). A ustedes les sorprendería la clase de recomendaciones que se reciben. Sólo por el más increíble descuido moral ó la más triste debilidad pueden tantos hombres honrados y razonables, prescin-

diendo en absoluto de los intereses públicos, no teniendo en cuenta absolutamente para nada el cargo que se va á desempeñar, la cantidad de bien y la cantidad de mal que desde él puede hacerse, recomendar, como continuamente se hace, á personas absolutamente indignas, sea por su incompetencia, sea por sus condiciones de carácter. Pero tendría que mostrar á ustedes mis documentos, y la clase de firmas que tienen!

Otro hecho, que llega realmente hasta ser repulsivo, es el siguiente, que me ha ocurrido varias veces: recibimos á una persona que, con la mayor buena fe, nos trae una carta de otra, en la cual se recomienda al portador para un cargo; poco después encontramos al recomendante (ó este mismo nos busca): «Usted, nos dice, habrá recibido hoy una tarjeta mía. Eso no tiene valor: la di, por que me la pidieron; es un compromiso; pero ya sabe usted que no tengo el menor interés en ello. «Proceder así con la buena fe de una persona; enviar en esas condiciones á un hombre, generalmente á un desdichado que necesita un puesto para comer, es sencillamente una repugnante vileza.

Ahora bien: no es extraño que haya personas que cometan vilezas; pero lo que es extraño es que las cometan, por descuido moral, por desatención, debido á cierto estado psicológico, personas que no son viles, personas que valen moralmente....; prácticas, imitaciones, descuidos.... Es sobre esa clase de estados sobre lo que yo quiero llamar siempre la atención de ustedes.

Por lo demás, esas prácticas, esa psicología envenenada, hasta su lenguaje se han hecho. Dar puestos, por ejemplo, y todo lo demás, se llama *servir*: «El Ministro me sirvió, ó no me sirvió»; «El Director lo servirá»; «Un hombre que siempre sirve á los amigos».... ¡Desdichado lenguaje, tan usual cuando se habla de los que debieran ser intereses públicos!

Ustedes comprenden perfectamente que yo no pretendo crear moralidad: pero lo que creo que puede ser práctico, es enseñar á sacar partido de la moralidad que se tiene; — y estas cosas, simplemente, *hay que atenderlas*. Si yo tuviera la pretensión absurda de que mis discípulos de moral se caracterizaran por algo; si algún profesor, alguna vez, pudiera pretender que sus discípulos de moral pudiesen ser reconocidos como por una marca, en la vida; y si á mí se me otorgase ese don, he aquí cuál sería mi deseo: yo pediría que un discípulo mío se distinguiera por la continua atención moral hacia sí mismo: que se le viera siempre alerta, analizando todos sus actos, aún aquellos que parecen indiferentes

á primera vista, aun aquellos que se ejecutan rutinariamente, por hábito, por imitación, procurando así que su moralidad propia no se descuide, que los sentimientos no se emboten, que la inercia y la anestesia de la costumbre no predominen y no mecanicen nuestra conducta moral. El profesor que consiguiera eso, no crearía moral, sin duda; pero vendría á crearla prácticamente, de hecho, haciendo que la moralidad real, existente, diera todo lo que puede dar.

También se relaciona con la moral de los funcionarios, y debe ser igualmente objeto de esta atención moral extremada, la psicología especial del mando, de la autoridad.

Uno de los más grandes entre los paganos, Marco Aurelio: uno de los más grandes entre los hombres, pues alcanzó tan alta moral en el ejercicio del poder absoluto, escribía para sí mismo este consejo: «Cuida de no cesarizarte». *Cesarizarse* era adquirir esa psicología originada por el mando sin trabas y que hasta á los mejores envenena: no es necesario que yo la describa. El remedio contra ella sólo se obtiene merced á esfuerzos inmensos: oír todas las opiniones (aún las que parezcan más contrarias á las propias) y las objeciones de todo género; no sólo atender, sino tener la mayor consideración por los que nos las dirigen, teniendo en cuenta que les asiste una probabilidad mucho mayor de ser sinceros que á aquellos que en todo están de acuerdo con nosotros, puesto que, si dos cerebros no son geométricamente superponibles, debe ser un milagro el que dos inteligencias lo fueran; de manera que, en el caso en que todas las opiniones de un hombre coincidan absolutamente con las de otro hombre más poderoso, hay noventa probabilidades en cien de que se trate de un bajo adulator y no de un hombre sincero. La mayor facilidad para revocar los actos equivocados, y para recibir la convicción de que lo son; y desvanecer esa creencia vulgar de que el hombre que revoca ó modifica sus propios actos pierde algo de su grandeza ó de su autoridad. Justamente existe sobre esto uno de los más grandes paralogismos de la moral administrativa. Hay muchísimos funcionarios que, árbitros de destinos ó intereses, dispondrían tal vez de la suficiente moralidad y altura de sentimiento para reconocer los propios errores; pero entonces surge el paralogismo en cuestión: tienen miedo de «debilitar el principio de autoridad». Recuerdo un caso — era con motivo de una pena impuesta á un estudiante, pena que yo consideraba in-

justa — en que me tocó discutir en general esa cuestión, y algunos de mis contradictores manifestaron que mi argumentación los había convencido más ó menos en cuanto al hecho mismo; pero que la autoridad estaría perdida desde el momento en que ese error se reconociera; y fué inútil que yo procurara mostrarles que, tal vez, la verdadera autoridad no la adquiere un funcionario ó una corporación sino después que en algún caso, por lo menos, ha reconocido un error y lo ha revocado: que fatalmente el funcionario ha de equivocarse, no sólo por ser hombre, sino, sobre todo, por la naturaleza misma de esas relaciones administrativas, en que no hay generalmente, como tan bien lo hace notar Tolstoy, relaciones directas de hombre á hombre, en que es necesario juzgar por testimonios ó por papeles; y así, siendo los errores, fatales, frecuentes, casi diarios, — sólo en el caso de que haya facilidad para reconocer esos errores, para confesarlos claramente, sencillamente, y para revocarlos, — sólo en ese caso, los otros fallos, las otras resoluciones, pueden *tener autoridad*, porque sólo en ese caso, son tomadas como producto de una convicción sincera.

Pero podría parecerles que estos consejos sobre la psicología del mando son poco prácticos, por cuanto son bien pocas las personas que tienen probabilidades de llegar á los mandos superiores. Sería un grave error. La cesarización de que se guardaba Marco Aurelio, esa psicología especial que es uno de los males morales contra los cuales nuestra constitución mental nos deja más desarmados, cabe, como en los más altos cargos, en los más humildes: basta que algún otro ser, aun más humilde, esté por debajo de nosotros. Es un hecho psicológico que puede, por lo demás, observarse en la vida diaria. ¿Recuerdan ustedes el ejemplo de alguna de esas personas que, como sucede en tantas familias, están sometidas, sea por su situación humilde ó por otra razón cualquiera; dependen de todos, y son mal tratadas por todos? Y ¿han notado ustedes lo que sucede cuando alguna vez aparece otra persona más humilde todavía, á la cual la primera pueda dominar? Si son observadores de la naturaleza humana, saben á qué me refiero. Lo lógico, lo razonable, sería esperar que esa persona, víctima habitual, aleccionada por la desgracia y por las humillaciones que ha sufrido, fuera, por eso mismo, humana y dulce, una vez que le toca ejercer dominio. Pues, en la mayor parte de los casos, sucede lo contrario: ese ser sometido ó dominado, cuando domina á su vez, es generalmente cruel. ¿Lo han visto? Pues bien: debido á esa psicología, que es muy humana, — tanto como un emperador, un rey ó un presidente,

puede *cesarizarse* un empleado infimo: un oficial primero de oficina, para con los oficiales segundos; un conserje, con relación á los porteros que le deben obediencia. Sólo que la cesarización, en estos casos, reviste un carácter especial que la hace, si cabe, más triste.

La psicología que tiende, entonces, á formarse, es una especie de psicología invertida: debilidad hacia arriba; energía, dureza, para abajo.

Hay sobre esto varios tipos de funcionarios, y, en general, de hombres.

Los hay que son duros, rígidos con los inferiores; pero, para con los superiores, son también enérgicos y fuertes. Esas personas, cualquiera que sea el juicio que merezcan, tienen siempre mucho, ó algo por lo menos, de respetables.

Existen otros que son débiles para con los superiores, que carecen de energía; pero, por lo menos, con los inferiores, con los humildes, son humanos; y estas personas tienen todavía mucho ó algo de bueno.

El ideal es el hombre en quien la energía y la dignidad severa están vueltas, diremos, hacia arriba, mientras que, en cambio, su conducta con los humildes, con los desdichados, con los inferiores, se va impregnando cada vez de una mayor cantidad de piedad y consideración, sin perjuicio, naturalmente, de aquel grado de rigidez ó severidad que es necesaria por razones de interés general.

En cambio, el tipo inferior de todos, el que ustedes deben acostumbrarse á considerar como francamente despreciable, es el tipo «invertido» á que me refiero: el que tiene *la dureza para abajo y la debilidad para arriba*.

Un punto que se relaciona algo con el anterior: hay un modo, ó mejor, varios modos, de ser mal funcionario, teniendo, sin embargo, algunas ó muchas de las más importantes cualidades que se necesitan para ser un funcionario bueno. Uno de los casos, es el de ciertos funcionarios rectos, bien intencionados, enérgicos, y que, sin embargo, desnaturalizan su acción por emplear procedimientos de violencia. ¡Cuántas veces no se tiene que ver, en la práctica administrativa, con casos en que esta clase de procedimientos han echado á perder una causa buena, y quebrado la autoridad del superior en los momentos en que éste se encontraba empeñado en una obra de interés general! Se descubre, por ejemplo, ó se cree haber descubierto, una irregularidad de un funcionario inferior; se

inicia un sumario, una investigación; pero debido al prejuicio del superior, ó simplemente á su convicción sincera de que el inferior se encuentra en falta, hay una tendencia en muchos funcionarios á emplear procedimientos violentos, agresivos: privar al inferior de sus medios de defensa, ó negarle, por ejemplo, los recursos que entabla, la vista de las investigaciones que se hacen, y cuyo resultado parece serle desfavorable; á ofender antes de que los hechos estén claramente constatados; á ofender después, cuando en realidad la resolución debe limitarse á la separación ó al castigo; y, de esta manera, existen hombres bien dotados, que, sin embargo, ejercen en la administración una acción malsana, ó, en todo caso, mucho menos buena que la que deberían ejercer. Justamente en esos casos en que creemos tener serios motivos para pensar que otras personas que dependen de nosotros se encuentran en falta, es cuando debemos, primero, tener mayor cuidado con esos sentimientos que en nosotros pueden ser un prejuicio: y, segundo, ofrecer á ese inferior todos, absolutamente todos los medios de defensa, no negarle un solo recurso de los legítimos, tratarlo con las mayores consideraciones — puesto que no se trata todavía de un delincuente — y sólo una vez que la falta esté comprobada, y una vez comprobada en la forma debida, proceder.

Otro modo de ser mal funcionario teniendo excelentes condiciones para serlo bueno, es el que D'Amicis, en una obra notable ⁽¹⁾, ha descrito con esta imagen: Hay, dice él, funcionarios sumamente inteligentes, cultos, preparados, pero que «sobrepasan el propio oficio, como piezas mal apuntadas que mandan la bala más allá del blanco.» Esto es bastante común; tiene que serlo, humanamente, porque sólo por excepción habrá una persona que no crea tener aptitudes para hacer algo más importante que lo que hace. Muchos funcionarios que ocupan puestos modestos en sí, ó modestos en relación con la propia ambición ó con las propias aspiraciones — sean ó no legítimas éstas — viven en un plano superior á su cargo, descuidando los deberes de éste, que á ellos se les antojan tal vez demasiado poco elevados ó demasiado rutinarios. Esto ocurre en todas las esferas. El profesor que, enamorado de las investigaciones elevadísimas, descuida su clase y considera que la tarea de concurrir todos los días á hacer repetir una lección á sus discípulos es una tarea inferior, de maestro de escuela; el inspector de escuelas (era el ejemplo de d'Amicis) que, pensando en problemas pedagógicos generales, en

(1) *Il romanzo d'un maestro.*

descubrimientos ó proyectos propios, ó en algo análogo, no ve, no busca ó no corrige los hechos concretos, vulgares indudablemente, que ocurren ante él, y cuya corrección es la razón de su cargo....; todos estos son casos muy comunes. Sin perjuicio de mantener todas las aspiraciones legítimas, nuestros esfuerzos, sea cual sea la naturaleza de los cargos que desempeñemos, deben encuadrarse dentro de aquella gran fórmula en que Höfding resume su moral práctica: «entusiasmo para las cosas grandes y exactitud para las pequeñas». Así como la primera cualidad falta á muchas personas por inferioridad de espíritu, hay otras personas, dotadas de real superioridad de espíritu á veces, en las cuales, sin embargo, falta la segunda cualidad, y que por ello son funcionarios malos y á veces pésimos y funestos.

Otro estado de espíritu relacionado con el anterior — y éste no es necesario que yo lo describa — es el del funcionario que falta del mismo modo á esos deberes diarios y vulgares por tener su psicología continuamente puesta en cargos superiores: por el deseo, la esperanza ó la obsesión del ascenso, que hacen considerar el presente como *provisorio*.

Vamos á hablar ahora de otro punto que se relaciona también más ó menos directamente con la moral administrativa.

En toda administración existen siempre, ó casi siempre, funcionarios de muy desigual valor como tales; unos, estrictos cumplidores de sus deberes, y otros que los descuidan en mayor ó menor grado; presentándose comúnmente también algunos casos de faltas graves.

Ahora bien: existen *dos sistemas de administración*, dos modos de proceder en tales casos: Supongamos que un empleado, ó algunos, han cometido una falta; hay, digo, dos sistemas: uno de ellos es la investigación directa para la falta concreta de ese empleado, y el castigo directo y personal para el caso de que la falta resulte comprobada. El otro sistema consiste en enviar á todos los funcionarios, circulares, advertencias, prevenciones, y, á veces, amenazas. Supongamos, por ejemplo, el caso de un profesor de la Universidad que faltara á su clase; habria dos sistemas de administración: uno, castigar á ese profesor; el otro, enviar á todos los profesores una circular, recomendándoles la asistencia y amenazando con tal ó cual castigo para el caso de inasistencia.

Este último procedimiento, el de generalizar las observaciones,

puede admitirse, me parece, para aquellos en que la omisión es de orden más bien intelectual; pero me parece funesto para los casos de orden propiamente moral.

Cuando una reglamentación, por ejemplo, ha sido *mal comprendida*, entonces, no hay inconveniente alguno en pasar circulares generales, todas las que se quieran, explicando cómo debe interpretarse la disposición: los que la han comprendido mal, aprenderán entonces á entenderla; y, á los demás, la disposición interpretativa ni los desalienta ni los ofende. Pero cuando se trata de hechos de orden propiamente moral, cuando se trata de faltas ó de delitos, este sistema de las advertencias generales, y con mayor razón cuando contienen amenazas, es profundamente malo; indica, por una parte, debilidad en el superior, incapacidad ó falta de energía para llevar adelante la investigación, la represión; y al mismo tiempo, desalienta á todos los otros, por muchas razones: primera, porque notan esa misma debilidad; segunda, porque se sienten confundidos con los que desempeñan su cargo irregularmente; tercera, porque notan que, de desempeñarlo con regularidad, no les resulta prácticamente ningún efecto. He observado que, precisamente, la debilidad de los funcionarios superiores suele encontrarse en razón directa con la energía de estas circulares generales: mientras más terribles son los castigos con que se amenaza á todo el mundo, á buenos y malos, más incapaz suele ser el que así amenaza de aplicarlos en los casos concretos y especiales en que ellos proceden.

Indirectamente, se relaciona con esta cuestión otra que se plantea también á menudo en el orden administrativo, á saber: si los procedimientos preventivos deben predominar en la administración sobre los de orden represivo. Allí donde existe justamente debilidad para emplear las medidas de orden represivo en los casos concretos y particulares donde ellas son necesarias, existe, por las mismas razones que expliqué anteriormente, una gran tendencia á recargar á todos los funcionarios de trabas de todo género con el objeto de prevenir cualquier irregularidad posible: una inmensa cantidad de disposiciones para que nadie robe, para que nadie prevenga, para que nadie falte. Esta tendencia, por poco que se exagere, es mala; tiende á matar la iniciativa, tiende á matar el sentimiento de responsabilidad, tiende á igualar á todos los funcionarios, pero no subiendo su nivel, sino bajándolo.

Es esta una de las formas de esa psicología que se desarrolla generalmente en todo el que ocupa en la Administración cualquier

cargo, sobre todo un cargo superior, á saber: de cierta psicología absorbente, centralizadora, que en muchos casos es profundamente sincera.

Un hecho que observarán más adelante, y que les recomiendo estudien en la práctica, es el siguiente: si ustedes preguntan á un centenar de personas si son partidarias de la centralización ó de la descentralización, de dejar responsabilidad y atribuciones á los funcionarios inferiores ó de quitárselas, más de un noventa por ciento contestarán de buena fe que son descentralizadores. En la práctica, procederán en sentido inverso; y lo curioso es que muy amenudo son completamente sinceros.

Efectivamente, el superior sincero cree, naturalmente, como todo hombre sincero cree, que los que no opinan como él ó no resuelven como él las cosas, se encuentran en error. Es así como esa misma sinceridad lo conduce naturalmente á intervenir en todos los casos. Y es que los descentralizadores teóricos no se dan cuenta de que la descentralización sólo puede tener sentido cuando estamos dispuestos á tolerar que los inferiores procedan por sí *aún desacertadamente*, porque justamente esa libertad para proceder desacertadamente en algunos casos, es la que permite el nacimiento y la subsistencia del espíritu de iniciativa: la que lo desarrolla y lo educa, y la que, por consiguiente, producirá indirectamente una gran cantidad de actividad buena que vendrá á compensar con creces aquella actividad mala. Es, pues, éste, un paralogismo de orden más bien intelectual que moral,—les repito, los que caen en él son casi siempre sinceros,—y contra el cual tenemos que ponernos en guardia.

Otra forma de este paralogismo, que conduce á resultados análogos, es la siguiente confusión: confundir el *derecho* del superior á proceder por sí en un caso dado, con la *conveniencia* de hacerlo así.

Voy á explicarme. Supongamos que yo soy, por ejemplo, jefe de una oficina, y en una de sus dependencias—Tesorería, Contaduría, Secretaría—queda una vacante. Entonces, el jefe inmediato, que es inferior mío—Tesorero, por ejemplo—me propone una persona para el cargo; yo nombro otra; me observa el Tesorero que es á él á quien incumbe la responsabilidad de la marcha de esa oficina, por lo cual le hubiera correspondido nombrar á ese empleado; y yo tomo la ley, y la exhibo: «Aquí está mi atribución: es facultad mía nombrar á todos los empleados de esta repartición; si es facultad mía, la ejerzo». Con esto me satisfago, creo tal vez satisfacer á mi subordinado, y doy la cuestión por resuelta. No se me ha ocurrido que

yo no he probado más que mi *derecho* á proceder de un modo; que todavía me faltaría probar—y esto es lo importante—la conveniencia para el interés general de que yo proceda así,—porque, es claro, también ejerzo yo mi derecho aceptando la propuesta, también soy yo el que nombro; y lo que debe discutirse, entonces, es cuál sería *la mejor manera de ejercer yo mi derecho*.

Adviértoles que esta confusión es sumamente común. Discutiendo yo un día—imaginariamente—con un elevado funcionario á quien caracterizaba esa tendencia, en él bien sincera, se me ocurría una «parábola del centralizador»: Supongamos que, reflexionando sobre la economía de mi casa, me viene un día el temor de que mi cocinera pueda robarme; en consecuencia, tomo la siguiente disposición: en adelante, en lugar de entregarse á la cocinera un peso para las compras, dispongo que ella ha de ir primero al mercado, donde observará la calidad de todos los artículos, obtendrá una propuesta de tres vendedores para cada uno, someterá esa propuesta á mi esposa, la cual me elevará, al respecto, un informe escrito; fecho, yo dictaré resolución, y entonces mi cocinera volverá al mercado á hacer las compras autorizadas. Y reglamento las firmas necesarias, etc, etc.

Se me objeta que esa medida es perjudicial; y yo abro el Código Civil y muestro un artículo según el cual el marido es el administrador de todos los bienes del matrimonio; y pruebo, por consiguiente, que tengo pleno derecho á proceder así. Es claro que tengo *derecho*; pero, una vez que he probado que lo tengo, no he probado nada todavía: me faltaría probar que la medida es conveniente.

Entre tanto, ella se traducirá en los más desastrosos efectos: mi sirvienta empezará por perder en absoluto toda sensación de responsabilidad, y se volverá completamente pasiva; los vendedores del mercado, ante una persona que emplea procedimientos tan complicados, se pondrán en guardia, y, ó procurarán no venderle, ó procurarán compensar con un prudente recargo de precio, todos los inconvenientes que se les causa. Mientras pasa el tiempo necesario para todos esos informes, otros clientes más expeditivos se llevarán lo mejor. Por otra parte, mi mujer y yo nos volveremos probablemente idiotas empleando nuestra atención y nuestra inteligencia en esa clase de tarea; y hay que tener en cuenta que esa inteligencia y esa atención están reservadas para cosas más importantes; y finalmente, hasta es posible que la cocinera se arregle para robarme como antes, por pocas tentaciones de esa clase que puedan asaltarla.

Naturalmente, en estos siglos es más difícil convencer con parábo-

las; pero, á ustedes, los pongo en guardia contra este paralogismo, que es de orden intelectual puramente. Les repito: los que caen en él, son casi siempre personas completamente sinceras; lo que los lleva á proceder de esa manera, es una intención de las mejores. Pero se equivocan: matan la iniciativa, matan la personalidad, y ellos mismos se ven obligados á ocupar su atención y su inteligencia en cosas de orden completamente inferior que otros pueden hacer por ellos.

Sobre un punto, que quisiera, pero no puedo, tratar en estas conferencias detalladamente —sobre la moralidad política— me limitaré á algunas sugerencias de carácter muy general: el tema, ó se trata de una manera demasiado abstracta, ó, si se trata de una manera más concreta, se vuelve especialmente delicado é impropio de este lugar.

Un estudio de la cuestión empezaría, probablemente, por algunos consejos de orden generalísimo; haría notar, por ejemplo, que, desde este punto de vista, todo ciudadano tiene ante todo dos deberes: el primero, ocuparse de política; y el segundo, no ocuparse exclusivamente de política. Que la falta á uno cualquiera de ellos es de consecuencias funestas. El ciudadano á quien la política no interesa —en lo cual ven algunos, muy erróneamente, una especie de superioridad— es culpable de una clase de inmoralidad que no es necesario que yo les demuestre. Interesarse por los asuntos públicos, vivir en su país y en su momento, no elevarse tanto sobre su medio y sobre su momento histórico, que se deje de prestar todo servicio práctico y positivo, es un deber absolutamente elemental; en cambio, hay otro deber, importante también y recomendable, de no dejarse absorber demasiado por el momento presente, por el rincón de mundo en que se vive, y por cierta clase de actividades que difícilmente mantienen una psicología muy elevada. Ser *única-*mente político, achica, estrecha, inferioriza, sobre todo en los medios pequeños en que la política es todavía más volvo-vibrionesca que en los medios grandes. Aun desde el mismo punto de vista político y práctico, aquel que no haya dejado absorber toda su inteligencia y toda su energía por esas actividades, rendirá más, porque podrá hacer interferir, para guiar su conducta, con los ideales del momento y del lugar, otros ideales más altos ó más lejanos.

Y, naturalmente, de ese estado de espíritu que hay que evitar, constituye la forma más inferior y temible de todas, aquella que

consiste en vivir materialmente de la política. Todo es preferible á eso: Si en un curso de moral política hubiera que escribir y repetir un solo consejo, seguramente sería éste: procurar arreglar nuestra vida, no importa en qué forma, de manera tal que nuestra independencia pueda conservarse siempre; *que nuestra vida material no dependa de la política*. Cualquier cosa, un empleo inferior idiotizante, un trabajo manual cualquiera, de los más penosos, vale más que una situación semejante.

Después de esos consejos generales, vendría la parte más delicada de todas, á saber: resolver, ó tratar con la mayor buena fe y sinceridad posibles, con respecto á la política, el mismo problema que hemos tratado con respecto á ciertas profesiones especiales, á saber: el grado de inmoralidad intrínseca que pueda tener; y es un dilema realmente gravísimo el que á este respecto se plantea. Generalmente se admiten dos creencias que, si son ciertas las dos, plantean un dilema muy serio. La primera de estas creencias es la de que la actuación política exige á los hombres, si no forzosamente immoralidades mayores, por lo menos una cantidad de pequeñas transacciones, compromisos y componendas, flexibilidad, sinceridad y disimulo, y, en una palabra, en el mejor de los casos, una cantidad grande de immoralidades pequeñas; y entre tanto la otra creencia, tan generalmente admitida como la anterior, es la de que el que no actúa directamente en política, por ejemplo, desempeñando cargos públicos ó en manera análoga, es un ciudadano inútil: se aísla, se sustrae al movimiento, deja de prestar servicios, y, por consiguiente, su conducta es reprochable.

Resultaría de aquí una especie de dilema que, de un modo ó de otro, obligaría á no proceder bien. Después veremos hasta qué punto está bien planteado; pero es indudable que se nos presenta con un carácter especialmente grave. ¡Cuántas veces no oímos discutir cuestiones de este orden, cuando se trata, por ejemplo, de juzgar la conducta de ciertos hombres! Huyendo de todos esos pequeños—y á veces grandes—sacrificios de moralidad que la política parece imponer, se mantienen aislados; son elogiados por unos en virtud de la pureza de su vida, pero son censurados por otros: «Esos hombres, dicen los segundos, hubieran podido ser verdaderamente útiles. ¡Cuántas leyes hubieran podido hacer sancionar! á cuántos problemas administrativos, políticos ó económicos hubieran podido llevar, desde los cargos que no quisieron ejercer ó desde las situaciones espectables ó influyentes en que no quisieron colocarse, las luces de su talento, la contribución de su pre-

paración y de su esfuerzo! ¿No hubieran debido sacrificar la pequeña moral; no, naturalmente, en vista del éxito personal, pero sí en vista del interés común?

Lo más grave de nuestro problema, es que es problema de grados, de transiciones insensibles; de manera que, una vez entrados en una de las soluciones, no tenemos un criterio claro para detenernos en ningún momento. Puede perfectamente ponerse una gradación de ejemplos; tomemos tres ó cuatro. Sea este caso muy sencillo: un ciudadano, muy sinceramente, y como hay muchos, encuentra que, en el fondo, nuestros dos partidos tradicionales no tienen sentido, y no deberían perpetuarse; sin embargo, se le plantea nuestro problema, á saber, si él se aísla, si él se pone fuera de ellos, no podrá nunca ocupar ningún cargo público (ó tiene, por lo menos, una cantidad pequeñísima de probabilidades para obtenerlo), y, por consiguiente, no podrá prestar servicios al país. Aquí está el problema, en un caso en que la solución no es extremadamente violenta. Es cierto: la afiliación á un partido en esas condiciones, y por esos móviles solos, es un acto más ó menos insincero, representa algún sacrificio de veracidad ó de lógica; pero no hace todavía el efecto, propiamente, de una situación indigna.

Vamos un poco más adelante: en un caso dado, el callar alguna opinión, por ejemplo, puede hacer posible la obtención de alguno de esos cargos en que se pueden prestar servicios al país.... Se calla. Hemos avanzado un poco más, ó si ustedes quieren, hemos retrocedido un poco más; cuestión de grado: el argumento permanece siempre el mismo: se trata de prestar servicios; de otra manera, sin esa pequeña transacción, los servicios no podrán prestarse....

Voy más adelante todavía; no se trata ya de callar una censura: se trata, por ejemplo, de aplaudir allí donde sentimos que corresponde la censura. Aquí se trata de un acto menos moral, más condenable aún, pero sigue existiendo el argumento de siempre: se trata de prestar servicios al país, y, sin ese acto no los prestaremos.... Váyase más adelante, si cabe: lléguese al más abyecto servilismo, á la más baja adulación, y el argumento persiste siempre; y, realmente, el criterio claro para marcar un límite, no lo encontramos. Por esto, justamente, el problema es de difficilísima solución.

Yo no intentaré precisamente resolverlo, ni me siento capaz de ello, ni podría probablemente dejar de ser parcial en favor de la solución que prefiero y á la cual he sacrificado los éxitos materiales de mi vida. Pero hagamos algunas sugerencias al respecto.

Con respecto á esa conducta: á la que consiste en sacrificar

algo de la moral absoluta en homenaje al interés público, hay ante todo un criterio que puede servir para decirnos, por lo menos, cuándo esa actitud tiene algo de respetable, sea ó no equivocada. Es, desde luego, evidente, que algunas personas que la observan son perfectamente sinceras y perfectamente bien intencionadas. ¿Cuándo esa actitud es, por lo menos, respetable?... Sencillamente cuando el interés al cual se sacrifican ciertos principios morales, es real y efectivamente el interés público. Este es un criterio: La actitud podrá ó no ser equivocada, y, aun no siéndolo en principio, puede llegar á un grado en que se vuelva equivocada. Pero será siempre respetable cuando lo que la inspira es el interés público; y dejará de serlo, y se volverá absolutamente inferior y condenable, cuando es el interés personal. Esto es elementalísimo. Pero lo grave es que esto no puede discernirse bien ni por el público, ni á veces siquiera por el mismo sujeto moral.

Por mi parte, prefiero, y sólo puedo recomendar, la otra actitud; la aplicación, á la política, de la moral simple, clara y pura. Creo en los resultados remotos, invisibles ó difíciles de observar, de la conducta moral; creo que en la mayor parte de los casos en que el sacrificio de ciertos principios y reglas de conducta claras, se muestra como aparentemente provechoso, se trata de una ilusión: ilusión por considerar sólo efectos próximos: ilusión de miopía.

Respecto de la solución que rechazo, la respeto, he dicho, cuando es sincera, y se basa en el interés público; pero voy á insinuar á propósito de ella algunas reflexiones.

Primera, que, al fin y al cabo, no está absolutamente probado que para obtener esos cargos públicos — desde los cuales puede contribuirse en mayor ó menor grado al bien del país — sea siempre necesario sacrificar la moral.

La segunda reflexión es la siguiente: que, aun cuando eso estuviera probado, es una ilusión, frecuente, pero una verdadera ilusión, el creer que sólo puede servirse al país y al interés general desde los cargos públicos; el ciudadano que no los desempeña, ó que sólo los desempeña muy secundarios, puede prestar servicios tan importantes, y á veces más importantes, que los que se prestan desde allí.

La tercera reflexión se refiere á lo peligrosas y escurridizas que son todas esas cuestiones de grado. Hay cuestiones tales, problemas de tal naturaleza, que una vez que se ha admitido aunque sea el más mínimo deslizamiento en cierto sentido, por esas mismas transiciones insensibles que existen, nos falta el criterio para dete-

neros; y, por consiguiente, por sincera y respetable que pueda ser en ciertos casos esa misma actitud, es siempre una actitud peli-grosa.

En cuarto lugar, debemos tener en cuenta que existe un paralogoismo al cual todos, por excepción, estamos muy expuestos: se trata de una de las ilusiones más comunes: y es la de creer que somos personalmente muy indispensables al interés público. Generalmente es una ilusión, que sería ridícula, si no fuera triste. No hay tal vez uno de nosotros que no tenga, con respecto á los servicios que presta ó que es capaz de prestar, un concepto exagerado y falseado; y muy á menudo los hombres que para obtener ó para conservar un cargo se dejan llevar á deslices morales, se engañan á sí mismos, á veces muy sinceramente, con la idea de que obran «por la causa», por el interés público. Y difícilmente nos convenecemos todos de que la falta de nuestros servicios personales no alterará muy sensiblemente la marcha de un país ó de una sociedad. Este paralogismo tiende á falsear más todavía las conciencias en lo relativo á nuestro problema.

Y quinto, que, con respecto á estas cuestiones, viene siempre bien un recuerdo del «Cirano» de Rostand, en un diálogo con La Brette. Ríñelo éste porque exagera, en el sentido de la altivez y de la independencia; y la repuesta es la siguiente: «Y bien: si! exagero! Pero, por el ejemplo y por la moral, encuentro que es bueno exagerar asi». Y es cierto; esa exageración se necesita, ya que es tan inmenso el numero de ejemplos cuya dañosa influencia, por nuestra exageración, debemos contrarrestar; sólo que en nuestro caso, naturalmente, no se trata, como en el drama, de una exageración inspirada en el honor, ese sentimiento que tiene una buena parte de vanidad, de orgullo, y, en aquel ejemplo práctico, de fanfarronería, sino de esa otra exageración más alta, inspirada en los deberes y sentimientos de bondad y justicia.

Y por lo demás, ni siquiera es sólo el deber lo que recomienda soluciones de esta clase: la rectitud moral, no sé como explicar^{les}.... produce sentimientos que tienen que ver con los que se relacionan con la limpieza del cuerpo: no es sólo deber, no es sólo obligación: hay un placer especial, ahí: Si una persona necesita componerse, teñirse, pintarse, vestirse de maneras rebuscadas, ponerse cosas postizas, ¿no acabará por sufrir con todo eso, tan difícil, tan complicado, tan incómodo?—y la necesidad de un formidable baño se hace sentir para simplificar la vida. Y así, en moral, estas actitudes claras, sencillas, limpias, la sinceridad absoluta, la

austeridad simple y severa, no son sólo una cuestión de obligación: realmente, facilitan la vida.

Al principio, cuando recién se empieza á vivir, cuando el hombre, con algo todavía en su alma del niño mimado, desea demasiado ser querido y ser considerado y tener una reputación absolutamente inatacada, el que más ó el que menos entra y va más ó menos lejos en el camino de las transacciones, de las componendas morales; y lo que lo detiene y lo hace reaccionar, cuando reacciona, es muchas veces una necesidad de este orden: justamente una necesidad de limpieza moral, de sencillez y de claridad. La vida empieza á complicarse demasiado; hay que tener demasiado trabajo para agradar, para ser querido, para tener buena reputación, para conseguir éxitos; es como rizarse y pintarse, disfrazarse y teñirse; estrabajoso y *sucio*; y, entonces, romper con todo eso, ser *absolutamente* recto, *absolutamente* sincero, suprimir *toda* trasacción, *toda* componenda, *toda* inferioridad, es clarificar nuestra vida: una especie de limpieza. Deseo que sean los más posibles, entre ustedes, los que me entiendan en este momento, ó, más adelante, lleguen á entenderme.

Con la moral de los intelectuales y con la moral pública se relacionaría una disertación, en que quisiera extenderme (pero el tiempo me falta), sobre uno de los sentimientos que se complican más en el espíritu de los intelectuales: me refiero al patriotismo.

El patriotismo es uno de esos sentimientos complejos á propósito de los cuales, á medida que se analiza, se van planteando problemas de los más graves. No es de aquellos sentimientos que pueden llevarse hasta el extremo, en la seguridad de que todo lo que contienen es absolutamente puro y absolutamente bueno. El patriotismo, que, en lo que tiene de positivo, es bueno y puro (solidaridad, sociabilidad), en lo que tiene de negativo, en lo que tiene de exclusivo y hasta en lo que tiene de hostil, es malo. Entonces, á las personas que, tanto por su inteligencia como por su afectividad, se levantan sobre cierto punto de vista estrecho, y sienten más hondamente la solidaridad humana, este sentimiento se les complica al extremo. De aquí justamente que sea en personas muy bien intencionadas y muy inteligentes en quienes surjan teorías como, por ejemplo, la de que el patriotismo es un sentimiento retardatario, regresivo, primitivo y absorbente: ejemplos actuales en ciertos países europeos, y notablemente en Francia. Ya saben á

qué movimiento me refiero: nacido, en el espíritu de algunos, de las ideas socialistas; en otros, de sentimientos humanitarios, conmueve hoy á distintos países; hombres de gran valer llegan á combatir la noción de patria, no para el futuro sino aún para el presente; y hasta vemos casos tan extremos como el de un profesor francés destituido por haber enseñado en un discurso que la bandera patria era «*un haillon*», é invitado á escupirla. Otras veces se complica la cuestión del patriotismo con la del pacifismo. El pacifismo no reviste siempre el carácter puramente defensivo en que todos estamos de acuerdo para reputarlo bueno, sino que á veces va más adelante. Suponen ó sienten muchos que su amor á la paz debe llevarlos, al combatir la noción de patria, hasta á no preocuparse absolutamente de evitar la destrucción de ella, y aún á acelerar esa destrucción, si es el caso; de manera que ha podido decirse últimamente por un agitador francés (el que está dando su nombre al mismo movimiento) que el primer deber de los soldados llamados á servir en una guerra, es tirar contra sus propios oficiales.

Yo no puedo entrar á desarrollar este punto, pero les voy á presentar una imagen que creo que, si ustedes la meditan, les dará una solución aproximada, un poco fluctuante, sin duda, pero, en el fondo, bastante justa. Pensemos en la envoltura de las crisálidas. La crisálida está destinada á ser mariposa algún día; para ser preservada contra las influencias del medio exterior, contra las inclemencias del tiempo, contra la intemperie, necesita una envoltura. Yo creo que los sentimientos patrióticos son algo así como una envoltura preservadora de los sentimientos altruistas generales ó ultrafamiliares. Estamos hoy, todavía, hechos de tal manera (hablo de la mayoría) que nuestros sentimientos altruistas no pueden ser, por lo menos permanentemente, tan amplios que abarquen eficaz y prácticamente toda la humanidad; pueden hacerlo, sí, esporádicamente, incidentalmente y hasta cierto punto, y en eso somos ya infinitamente superiores á los antiguos; pero nos falta mucho todavía, aun para un ideal que reputemos realizable. Entonces, los sentimientos patrióticos, manteniendo aplicados esos sentimientos altruistas á una masa de hombres ya bastante considerable, los más semejantes á los nuestros, y sin representar, al fin y al cabo, un impedimento demasiado grande para el ensanchamiento de los sentimientos solidarios, constituyen una envoltura preservadora.

Pues bien: con respecto á esa envoltura preservadora, como con

respecto á la de las crisálidas, puede haber dos actitudes que yo reputo insensatas. La primera, sería creer que la envoltura está destinada á ser eterna. Y la segunda, sería esta otra: porque no va á ser eterna, pretender destruirla ya de inmediato. Esa segunda insensatez es la que á mi juicio cometen los antipatriotas de la especie sincera de que les hablo.

ALGUNAS SUGESTIONES SOBRE «EL CARÁCTER»

Si se tratara de definirlo, diríamos con mucha facilidad que es la disposición, ó el hábito, ó la práctica de ajustar siempre y en todos casos nuestra conducta á lo que creemos bueno y deseable.

No ya definirlo, sino reconocerlo en la práctica, es cosa bastante menos fácil.

Puede asegurarse que la mayoría de los hombres, generalmente, no reconocen el carácter, en el sentido en que lo hemos definido, y lo confunden muy fácilmente con otras manifestaciones ó variedades mentales.

Los primeros que son tomados por hombres de carácter, son los declamadores, esto es, los que hacen frases, ó los que toman actitudes, que son frases en acción, sin que corresponda todo ello al fondo mismo psicológico de su vida. Es un caso de sugestión vulgar, que á veces es hasta de auto-sugestión; muchas veces los declamadores, ellos mismos, acaban por tomarse por hombres dotados de carácter. El poder de la palabra es asustador, y tenía razón el Ajax de Sófocles cuando condensaba la experiencia de su vida en el temor á la palabra. Con palabras se puede hacer casi todo. A veces un mismo hecho, aún sin tergiversarlo en lo más mínimo, según las palabras con que se lo narre ó se lo califique, se nos presenta como de alcance ó mérito muy diferente; y ¡cuántas veces lo vemos, no en los grandes casos, sino simplemente en la vida ordinaria, por ejemplo, en la vida pública! Supónganse ustedes la noticia, dada por un diario, de que cierto funcionario que ha sido, por ejemplo, hostilizado en su puesto por sus superiores, no va á renunciar el cargo. Tomemos *el mismo* suelto, en el cual se anuncia que el funcionario en cuestión no va á renunciar; si yo precedo ó epílogo ese suelto con dos líneas en que diga: «El funcionario Tal no suelta el puesto, no se desprende del puesto ni á dos tirones» ó algo análogo, entonces mi suelto da la impresión de que ese funcionario es un hombre servil; si esas dos líneas son, por ejemplo, éstas: «El funcio-

nario en cuestión permanece firme en su puesto», entonces *el mismo* suelto, narrando *el mismo* hecho, dará la impresión de referirse á un hombre enérgico. Pues bien: hay muchos hombres que, debido simplemente á la declamación con que revisten sus palabras ó sus actos, pasan engañosamente por hombres de carácter, y empiezan á menudo por engañarse á si mismos.

La segunda variedad humana que da fácilmente la ilusión del carácter, la constituyen *los violentos*. Para el examen del público, para el juicio de la mayor parte de los hombres, los violentos son hombres de carácter, siendo así que justamente el tipo supremo del débil, es el violento, esto es, el que no tiene la fuerza necesaria para ser dueño ni de si mismo, cuanto más de los otros hombres ó de los acontecimientos: es el que depende de sus pasiones, es el que no puede reflexionar, es el que no puede ni siquiera ponerse en la situación mental necesaria para ser justo, para ser recto.

Un tercer tipo de hombres confundidos erróneamente también con los de carácter, son los obstinados, aquellos en que el *entêtement* hace las veces de carácter en la práctica, pero viene á ser lo contrario del carácter. Y, por razones parecidas, son á menudo tomados por hombres de carácter los simplistas y los estrechos de espíritu, esto es, aquellos que, por no tener la amplitud necesaria de inteligencia y de comprensión para apreciar la complicación de las cuestiones ó para resolver los hechos y los problemas con un criterio rico y elevado, guardan en su vida esas actitudes sencillísimas que se pueden reducir á muy simples fórmulas. Supongamos el caso más común: un hombre hace oposición al gobierno, y hace oposición siempre, en todas los casos; todo lo que haga el gobierno es malo; todo lo ve y le resulta y le parece malo, y todo lo califica de malo; ese, para el pueblo, es un hombre de carácter. Si, en cambio, ese hombre, aunque el gobierno sea malo en general, y él lo haya dicho; si, en un cierto caso particular, encuentra un acto bueno, y lo ve bueno, y lo califica de bueno, generalmente ese hombre, ante la opinión pública, baja: no es un hombre «*de una pieza*». Lo que hay es, sencillamente, que su actitud no puede resumirse con una fórmula verbal simplista, porque su criterio es amplio y su moral también.

En cuanto al *verdadero* carácter, suele presentarse en dos variedades—hablo aquí por esquemas:—unido á una inteligencia estrecha, ó unido á una inteligencia bien amplia. En el primer caso, el hombre de carácter es indudablemente más feliz: no ve las

complicaciones de su actitud, no siente dudas, resuelve todas las cosas sencillamente. Posiblemente, á este tipo han pertenecido muchísimos de los grandes caracteres de la historia, sobre todo de esos hombres de acción que no fueron más que hombres de acción, en el fondo, poco complicados. Tal vez á este tipo pertenezca también el hombre de carácter tal como suelen describirlo ciertas ficciones optimistas (por ejemplo: los tratados de moral demasiado sencillos) que nos explican el cumplimiento del deber en los hombres de carácter como un acto, que, no sólo no suscita ninguna duda, sino que se realiza en todos los casos de una manera casi maquinal. Poco á poco, y por este tipo que nos parece tan respetable, se llega, sin embargo, á una variedad de hombres de carácter que casi sería inferior: especie de inconscientes. Yo afirmo, al contrario de lo que se enseña ó se dice generalmente, que el hombre que no sufre en ningún caso al cumplir su deber, es generalmente, en la práctica, un anestésico afectivo; si yo, por ejemplo, jefe de familia, de quien depende el bienestar de muchas otras personas, ejecuto una acción honrada, perjudicial para mí, casi sin darme cuenta de ello, cumpliendo mi deber y sacrificando ese bienestar propio y ajeno de la manera más sencilla del mundo, tal vez yo tenga algo de anestésico.

Ahora, la forma más elevada del carácter, existe allí donde éste aparece unido, soldado, con una inteligencia superior. Lo curioso es que esta forma de carácter es la que más difícilmente es reconocida. ¿Por qué? Por razones muy sencillas: Para esa inteligencia elevada, los problemas dejan de ser claros y precisos; y, entonces, dejan de tener las soluciones completamente hechas, no digo todos los problemas, pero muchos de los que se presentan en la vida: en moral, hay problemas claros, pero hay también problemas oscuros. De manera que una de las manifestaciones de esos hombres de carácter del tipo elevado, es, muchas veces, la duda. Ciertos problemas morales, en que intervienen, por ejemplo, móviles diferentes, verbigracia, el respeto á la ley, y la piedad, no son problemas claros; más: generalmente hay que resolverlos, en cierto modo, por grados. En esos casos, la acción del hombre de carácter y de amplia inteligencia, mirada *desde afuera*, *no parece tan clara* como cuando el hombre de carácter tiene una inteligencia estrecha. ¿Comprenden? No se ve una raya; no es un trazo rígido, su acción; sino que se ve un poco de oscilación; indudablemente está la dirección general, se ve de dónde parte, y á dónde va, y, si se pudiera analizar toda la psicología de este hom-

bre, se vería su esfuerzo inmenso por adaptar con toda la precisión posible su conducta á su moral; pero es que en él intervienen móviles distintos.

Una imagen podría expresar tal vez esto mejor que una descripción. Si se pudiera trazar el surco que la conducta de un hombre deja sobre los acontecimientos, el hombre de carácter del tipo superior no dejaría precisamente una línea recta, rígida, como la de una máquina: dejaría, sí, una línea de dirección general firmísima, con puntos de partida y puntos de llegada claros, pero con ciertas oscilaciones, debidas á la duda y á la piedad.

También á este hombre de carácter del tipo superior, le está reservado el remordimiento; está continuamente obseso, entristecido, *problemizado* en su vida; porque, debido á ese deseo, nunca contentado, de pureza y de superioridad moral, no tiene nunca la seguridad de haber resuelto claramente los problemas.

Como les digo, el hombre de carácter de esa especie es muy á menudo desconocido; no se lo puede *formular*, no se puede encontrar una fórmula verbal, simple, que dé razón de lo que es, de lo que piensa, de lo que siente y de lo que hace; parece á veces que se trata de un hombre débil, contradictorio. Sea nuestro ejemplo anterior: ese opositor al gobierno, que, en un momento dado encuentra bueno un acto de un mal gobierno, y lo declara, generalmente está perdido ante la opinión, tal vez más perdido que los que hayan defendido siempre al gobierno; se lo encuentra indeciso, se lo encuentra vacilante; y, efectivamente, mirada *desde afuera*, su conducta puede confundirse perfectamente con la de un individuo moralmente débil.

Y todavía hay que tener en cuenta que el carácter, generalmente, no se revela más especialmente en ciertos grandes actos, en ciertos grandes «gestos» más ó menos trágicos, los cuales muy á menudo suelen corresponder á ese valor que se desarrolla en el animal acorralado. Los actos de carácter que hacen impresión sobre las masas, son, por ejemplo, la renuncia insultante de un funcionario ostigado, la oposición política permanente, absoluta, de un hombre que tal vez se vea reducido á esa actitud. Entre tanto, otros actos de carácter, más hondos, más profundos, y más fuertes, más firmes, no se ven, por su misma naturaleza: esos casos, tan comunes en la vida, de sacrificar, por ejemplo, una amistad provechosa ó malquistarnos con un individuo del cual va á depender tal vez nuestro bienestar ó nuestro éxito, por un acto de franqueza ó independencia, quizá á propósito de una simple pequeñez — pequeñez,

no moralmente, sino desde el punto de vista práctico; el hacer de las pequeñas cuestiones, cuestiones grandes, porque lo son desde el punto de vista moral; un funcionario, por ejemplo, que resiste una imposición para el nombramiento de un escribiente con la misma energía, y efectos funestos para él, que si resistiera en una cuestión espectable, en que, á lo menos, podría obtener popularidad ó aplausos. Toda esa clase de pequeños hechos: nuestro caso de antes, del ciudadano que, por un simple escrúpulo de sinceridad, se abstiene de ingresar á uno de los partidos de un país, si los encuentra ilógicos, sacrificando así, sin el menor aparato, el éxito material de toda su vida. Las *verdaderas* renunciaciones á candidaturas ó posiciones, que se hacen casi siempre de antemano y privadamente, no autorizando ciertos trabajos, no aceptando cualquier compromiso..... El sacrificio inmenso y amargo del que se resigna á servir un puesto bajo la autoridad superior de un hombre inepto ó malo, ó compartiendo responsabilidades (por ejemplo: en una corporación) con hombres de esa especie, de manera que ante el juicio público, que no discierne responsabilidades, él, personalmente, sufrirá en su propio crédito. Todo eso, generalmente, no se ve: ó no se ve el acto, ó no se aprecia su alcance; y, por todas estas razones, los hombres de carácter del tipo más elevado tienden á no ser reconocidos ó á no ser bien reconocidos. Más: cuando esa necesidad de pureza moral se lleva hasta los detalles, la impresión que se hace sobre los demás hombres es, muy á menudo, una impresión desfavorable, no porque los hombres tiendan á juzgar desfavorablemente la moral, sino porque generalmente creen ver otros móviles en lo que, explicado por las solas razones de moralidad, les parecería excesivo é inverosímil. Esas actitudes firmes, rígidas, relativas á hechos que pasan vulgarmente por pequeñeces ó por insignificancias, casi nunca son atribuidas á razones de orden puramente moral; el que procede así, es generalmente tomado por un obstinado, por un caprichoso, por un orgulloso ó simplemente por un loco.

Por lo demás, los ejemplos de carácter que se me han ocurrido hasta ahora preferentemente, esto es, los que se relacionan, sobre todo, con la actitud que puede asumirse para con los poderosos, no son, en nuestra época social, ni los únicos importantes ni los únicos necesarios. En las épocas democráticas, sobre todo, hay una forma de carácter que es tal vez la más rara y la más difícil de todas, y es aquella que se relaciona con nuestra independencia personal con respecto á las masas, y de la cual es un caso

particular la independencia personal en sus relaciones con la reputación. Ustedes conocen seguramente esos estudios de psicología de las masas, iniciados tan magistralmente por Taine en su juicio (sin duda muy exagerado, y falseado por su misma exageración, pero que contiene un fondo de verdad apreciable) con respecto á la psicología de la revolución francesa; estudios que, en nuestro tiempos, han sido llevados adelante por muchos autores. No se trata, naturalmente, de hechos nuevos. Cuando los romanos expresaban su celebre aforismo *Senatores viri boni, senatus autem magna bestia*, tenían ya el sentimiento de esa inferiorización del hombre cuando se reúne en masas, cuando procede colectivamente; pero el estudio científicamente realizado de esos estados corresponde á la época moderna. La conclusión de estos estudios es que la reunión de los hombres no da, en manera alguna, una resultante igual á la suma de sus cualidades; la resultante es siempre más baja, ó tiende á serlo. Pues bien: en la época moderna, la organización actual exige una de las formas á la vez más raras y más necesarias de carácter: es la que consiste en conservar la independencia personal contra las influencias de las masas, de las turbas, del público, de la gente, de la opinión, de todo lo que es colectivo: conservar *la persona*. Realmente es imposible ponderar los efectos empequeñecedores y rebajantes que el *amasamiento* — diremos — ó el arrebataimiento, pueden producir sobre los hombres; aún los más elevados están expuestos. Y dicho sea de paso, se trata de un sentimiento — el de la independencia personal contra lo colectivo — que debe cultivarse desde el principio, desde la infancia, con mayor razón desde la adolescencia, pues desde el principio ya ejerce sus efectos el mal, y ellos obran fácilmente en los espíritus jóvenes. Al citarles el siguiente hecho, no tengo más propósito que el de presentarles un ejemplo que los impresione: Cuando yo era Decano en la Sección de Enseñanza Secundaria, tuve ocasión, ú obligación, de disgustar á los estudiantes, oponiéndome á uno de esos pedidos de prórroga de exámenes, que son tan comunes. Fui, naturalmente, objeto de insultos y ofensas de todo género; y, finalmente, un grupo de estudiantes pasó por mi casa, en momentos en que no había en ella más que mi madre, en el balcón, y arrojaron piedras.

Y bien: tengo la seguridad absoluta de que ninguno de los jóvenes que formaban parte de aquel grupo, absolutamente ninguno, tenía, personalmente, ni la bajeza de sentimientos ni la cobardía que se necesita para ejecutar un acto de esa naturaleza. ¿Qué era,

entonces? Sólo la influencia absolutamente deletérea que produce la colectivización, el arrebatañamiento; todos los hombres, salvo los muy selectos, sufren por esta influencia; y la historia nos muestra casos en que la humanidad ha descendido, de ese modo, por debajo del nivel de la bestia.

Una forma, pues, del carácter, la más difícil de todas, y sobre todo aquella que deberá ser por nuestra parte objeto del mayor cuidado, de una atención más continua, es ésta; y dentro de ella, la que se relaciona con la reputación: la resignación, la conformidad; no diré el placer, en manera alguna; pero el saber soportar, el sufrir que nuestra reputación, que el concepto de los hombres sobre nosotros, padezca en cualquier grado, antes de desviarnos del cumplimiento de nuestro deber. Teóricamente, así formulada como máxima, parece, ésta, la cosa más sencilla del mundo; sentida y hecha, es la más difícil de todas. Y, sin embargo, son situaciones en que nos encontramos muy á menudo en la vida. En la vida pública, sea en la vida política, sea en la vida del funcionario, es menester (ó, si no, no entrar en ella) estar absolutamente preparado para soportar la impopularidad y para afrontarla en todo momento en homenaje al deber. Son las situaciones más comunes del funcionario. En realidad, lo que un funcionario hace, piensa y siente, dentro de esa máquina complicadísima que es la Administración, cuya acción es la resultante de tantas fuerzas y de tantas voluntades; lo que es, lo que piensa y lo que siente el funcionario,—nadie lo sabe. El que es miembro, por ejemplo, de una corporación que toma resoluciones contrarias á su opinión personal ó que no coinciden completamente con ella, tiene que ser juzgado por esas resoluciones; nunca se sabrá cuál fué su parte personal, lo que él discutió, lo que él sostuvo, lo que él combatió, las opiniones que dejó en salvo: eso, no llega al público. Aún sin necesidad de ese caso particular, todo funcionario es un engranaje de una máquina, depende de otros; hasta los más elevados de todos, dependen de sus inferiores en la ejecución de las medidas que dictan.

Y, por lo demás, la reputación es caprichosa: se distribuye un poco al azar. Si no es exacto, naturalmente, decir que se distribuye en razón inversa de los méritos, es inexacto también decir que se distribuye en razón directa: tiene toda clase de caprichos. Los mismos actos, ejecutados por diferentes hombres, son juzgados, á veces, no se sabe por qué, de diferente manera. ¿No han visto ustedes, por ejemplo, cómo ciertos actos inmorales, en determinados hombres, son severamente juzgados, y cómo esos mismos

actos inmorales, en otros hombres, no son objeto de censura? ¿No han visto cómo la opinión elige á veces á un hombre, entre muchos culpables de las mismas faltas; á un funcionario que ha cometido actos de improbidad, á un político servil, — y lo hace *expiatorio*, y condensa en él todas las culpas, las propias y las ajenas, en tanto que otros individuos, reos absolutamente de los mismos delitos, pasibles de las mismas responsabilidades, no reciben sanción de opinión? ¿Han visto cómo, por otra parte, ciertos actos elevados y nobles de ciertas personas, son perfectamente comprendidos y perfectamente juzgados y hasta recompensados por la opinión; y cómo otros actos, absolutamente iguales, de otras personas, no lo son, y hasta son desnaturalizados y tergiversados, y atraen para sus autores la hostilidad, aún el odio...?

¡Extraña cuestión, la de las relaciones que existen entre la moralidad y el éxito! No se puede dar absolutamente ninguna regla: Las ficciones optimistas á que ya me he referido, los libros de moral, las historietas moralizadoras, enseñan á los niños, y á veces á los hombres, que la moralidad y el cumplimiento del deber son siempre reconocidos. Ni es exacto el hecho, ni el procedimiento está pedagógicamente libre de toda crítica. Si alguien tomara demasiado en serio esas enseñanzas, esa confianza en la sanción de opinión, más adelante, al recibir los desengaños tan frecuentes en la práctica, correría peligro de ceder, de aflojarse moralmente ante la falta de la recompensa en que se acostumbra á creer. Hay, pues, algo de *mistificación*, á este respecto, aunque la intención sea sumamente honrada. Ahora, naturalmente, sería más absurdo todavía irse á la doctrina opuesta: decir, como se afirma á veces vulgarmente, que las recompensas sociales, de opinión ó públicas, están en razón inversa de los méritos. En realidad, no se ve una regla clara; posiblemente, si alguna pudiera formularse — pero sumamente vaga, sumamente fluctuante — tal vez fuera ésta, que, entre paréntesis, es un poco amarga: Me parece evidente, ante todo, que una moralidad muy deficiente ó inferior, tiende á ser obstáculo para el éxito, y que, en este punto, y en este grado, las ficciones optimistas á que me he referido, tienen razón; me parece también que una moralidad mediana facilita el éxito: que, á medida que crece la moralidad, tiende á asegurarlo mejor, *hasta cierto grado*: que no cometer inmoralidades grandes, es una buena condición de éxito en la vida. Pero creo también, y esto es lo amargo, que cuando la moral pasa de cierto grado, cuando llega á hacerse demasiado severa, demasiado estricta, demasiado escrupulosa, empieza á ser un

obstáculo. Naturalmente, esto no quiere decir que sea un obstáculo absoluto ó decisivo; con una moralidad perfecta y rigurosa se imponen gran cantidad de personas; por lo demás, también con una moralidad deficientísima se imponen otras, sobre todo en el caso de que esa moralidad deficientísima esté unida á una inteligencia superior...).

Pero si todas estas fueran leyes, serían tan vagas, tan indecisas, que el número de excepciones casi igualaría al número de casos en que las leyes se cumplieran. No es, por consiguiente, en nombre del éxito, cómo puede predicarse la moral práctica; la recompensa no es ésa.

¿Cuál será entonces? ¿La «satisfacción del deber cumplido»?

—Sí; pero, entendámonos; porque *aquí hay también otra mistificación* que importa desvanecer; hay que saber en qué sentido ha de entenderse esa llamada satisfacción del cumplimiento del deber.

Para las ficciones optimistas, es satisfacción pura, tranquilidad absoluta, serenidad completa, puro placer; el hombre recto, ni sufre ni duda; su estado es de serenidad y beatitud. Eso es falso; es falso, y tiene que serlo. Para tomar un solo caso: ¿Cuántas veces el cumplimiento del deber no se traduce, no tiene fatalmente que traducirse, en sufrimientos ajenos? Sean los deberes más sencillos; el funcionario que debe destituir de su puesto á un inferior por una falta cometida; el legislador que debe tomar una medida que hará sufrir á muchos hombres.... no necesito seguir citando: continuamente el cumplimiento de nuestro deber se traduce en sufrimientos ajenos. Eso sólo bastaría para que lo que se llama la satisfacción del deber cumplido, no fuera una satisfacción tal como generalmente es descrita; sin contar con los sufrimientos de la duda, y de los remordimientos, que, como tantas veces lo hemos mostrado, tienden á hacerse más intensos á medida que la moralidad acrece; y sin contar con los sufrimientos personales, sencillamente, —y con que somos hombres...

Otra comparación es la que necesitamos aquí para que ustedes me comprendan bien. A los niños les gusta el dulce; el sabor más agradable para ellos, es el azúcar, la dulzura pura; después, cuando nuestro paladar se hace más formado y más viril, empieza á agradarnos un poco de agrio, de ardiente, de picante, y hasta de francamente amargo. Al ponderar la satisfacción del deber cumplido, podemos, pues, ser sinceros, como será sincero el hombre que diga á un niño que le gusta el limón ó el bitter; pero mentiría si dijera á ese niño que el limón ó el bitter tienen gusto á azúcar.

La mistificación á que me refiero, consiste, pues, en hacer azúcar de la satisfacción del deber cumplido. No: es acre, es ardiente, es amargo! Contiene, mezclada á inefable dulzura, una considerable proporción de dolor, de indignación, hasta de orgullo; y con todo eso, el alma superior y fuerte se compone el más estimulante y viril y magnifico de los placeres, que, una vez bien gustado, ya no se puede abandonar ni substituir por otro alguno.

TEÓRICOS Y PRÁCTICOS

La palabra *téorico* tiene generalmente, aplicada á los hombres, un sentido más ó menos despectivo; la palabra *práctico*, al contrario, suele tener un sentido más ó menos elogioso. Nada más interesante que entenderse sobre la significación de estos términos, sobre su aplicación exacta, y sobre los casos en que ese alcance favorable ó desfavorable que de hecho se les da, resulta justo, ó no.

Efectivamente, tanto el adjetivo *téorico* como el adjetivo *práctico*, aplicados á las personas, engloban muchos sentidos y muchas cosas diferentes.

Hay aquí un problema muy complicado y difícil; existen ideales, algunos de estos más próximos y otros más remotos, algunos más fácilmente realizables, otros menos fácilmente realizables; otros, tal vez, imposibles. De la *manera de tratar estos ideales*, resulta el giro más ó menos teórico ó práctico de un espíritu.

Si se tratan todos del mismo modo, absolutamente del mismo modo, con prescindencia de su mayor ó menor proximidad y de su mayor ó menor posibilidad de realización, indudablemente se es teórico. Teórico es, por ejemplo, el que procede partiendo del ideal de la absoluta fraternidad humana y prescindiendo (fué nuestro ejemplo de una de las últimas lecciones) de los hechos reales; por ejemplo, de la división de la humanidad en patrias, y de todos los sentimientos conexos. Al contrario, irá al extremo opuesto el que prescinda en absoluto de los ideales remotos y de los ideales difíciles. El que procede en esa forma, tanto desde el punto de vista del mérito como desde el punto de vista de la eficacia práctica, desciende seguramente á un grado más bajo que el de la animalidad, puesto que en el animal hay subordinación de conducta á los ideales remotos, sino consciente, por lo menos inconsciente; sino inteligente, por lo menos instintiva.

Esta existencia de dos extremos evitables, nos muestra que se

trata de uno de esos problemas de grados, tan frecuentes, y cuya dilucidación es tan difícil. Grandes son, en efecto, las complicaciones. En primer lugar, — y esta es una — perseguir los ideales remotos suele producir resultados á muy largo plazo, aunque de inmediato esa conducta sea estéril; no basta, por consiguiente, la irrealizabilidad relativa de un ideal para condenar la conducta que en él se basa; no basta tal vez su irrealizabilidad absoluta: hay hasta utopías que son útiles, aunque sea como *ideales atractivos ó aclarativos*. Otra complicación resulta de que el perseguir un ideal es á veces la mejor manera de obtener una parte de lo que se busca, aún cuando lo que se busca sea irrealizable en totalidad; y en cambio, en otros casos igualmente reales, el perseguir los ideales enteros y completos es la mejor manera de fracasar en la consecución de los ideales parciales. Y no puede darse al respecto ninguna regla general. El funcionario, por ejemplo, que pide fondos para realizar algún proyecto, á veces obtendrá mejor éxito pidiendo mucho, porque es la mejor manera de obtener algo de lo que pide; otras veces, al contrario, el pedir mucho puede llevarlo al fracaso completo. Tratándose de una reforma social, ocurre lo mismo: por ejemplo, supongamos un pueblo que desea un mejor sistema electoral: puede pedir un sistema perfecto, y tal vez esto le dé probabilidades, no de conseguir el sistema perfecto que pide, pero sí de conseguir un sistema, aunque imperfecto, mejor que el que posee en ese momento dado. En otros casos, al contrario, justamente el presentar proyectos moderados será la mejor manera, en la práctica, de obtener algún resultado positivo.

Esto, pues, no puede reducirse á reglas fijas; se siente, más bien, por una especie de instinto; y, por consiguiente, complica extraordinariamente el problema.

Veamos, sin embargo, algunas sugerencias sobre los teóricos de mala clase y los de buena clase, sobre los prácticos de mala clase y los de buena clase (porque, como les he dicho, las dos palabras engloban mentalidades y tendencias completamente diferentes y hasta, en muchas casos, antitéticas).

Lo que es ser teórico, indudablemente se comprendería mejor con casos concretos que con definiciones generales. Si á un hombre, por ejemplo, en un momento dado, se le ocurriera proponer la supresión de los partidos tradicionales de nuestro país en la siguiente forma: proponer que se unan todos los hombres buenos y que formen un partido que lucharía contra los hombres malos, para que de esa manera se resolvieran todos los antagonismos, ese hombre sería un teórico.

Cuando se propuso, para hacer cesar la revolución de Cuba, que las potencias sudamericanas dirigieran á España una nota pidiendo la libertad de Cuba en nombre de los principios, y prometiendo, en cambio, entre otras cosas, erigir una estatua á los reyes católicos en cada ciudad americana, quien concibió ese proyecto, por sincero que fuese, era indudablemente un teórico....

Si un funcionario, ó diputado, ha concebido un proyecto que, presentado en un momento propicio, podría pasar, y prescinde en absoluto de consideraciones de esa clase y lo lanza en un momento en que la psicología de los hombres le es completamente contraria, en que debe saberse, fatalmente, que el proyecto va ser rechazado; y de ese modo lo gasta y lo inutiliza y lo lleva al fracaso, ese hombre es un teórico — Y así podrían seguirse poniendo ejemplos; la única dificultad que habría para mí sería que los ejemplos que se me ocurren son tomados de la realidad, por lo cual sería delicado expresarlos. Saliendo, entonces, de este terreno, voy á describirles por esquemas algunos tipos de teóricos.

A una clase, pertenecería el ejemplo de nuestro último caso, esto es: aquellos que, para discutir proyectos, reformas, medidas, sólo tienen en cuenta la lógica; los que no tienen en cuenta para nada la psicología de los hombres; aquellos que, al presentárseles el problema de si se debe ó no pedir una reforma, ó proponerla ó sostenerla en un momento dado, no saben pensar sino desde el punto de vista de si la reforma es ó no aceptable lógicamente; pero, ó no entienden ó no sienten que hay que tener en cuenta también cómo piensan, cómo sienten las personas encargadas de juzgarla.

Otra clase de teóricos muy interesante: los que se contentan en absoluto con la satisfacción personal de su conducta: con opinar siempre y proceder siempre de acuerdo con lo que creen más lógico, razonable y bueno, pero con una indiferencia completa por los *resultados* de este proceder; por ejemplo, esos hombres que, una vez que han salvado su voto ó su opinión en una cuestión cualquiera, quedan ya por esto completamente satisfechos, y á los cuales la *realización* de su ideal no les importa absolutamente nada: el fracaso los deja del todo tranquilos, mientras ellos puedan razonar bien y dejar claramente salvada su opinión y su actitud; y á veces hasta subordinan la realización práctica de los ideales á esta especie de satisfacción personal puramente teórica y hasta un si es no es egoísta.

Otros tipos de teóricos, muy comunes, son los que proyectan—al

decir *proyectar* hablo en el más amplio sentido —partiendo de la absoluta bondad humana, ó formándose de la inteligencia humana un concepto sumamente elevado. En el primer caso, los que formulan proyectos, aconsejan medidas que serían buenas, que serían excelentes, si todos los hombres fueran morales, y que son pésimas sobre la tierra, en la realidad misma, donde la moralidad es tan deficiente; otros, los que formulan disposiciones, proyectos, leyes, sumamente delicados de comprender y de aplicar, excelentes en teoría, pero que no pueden ser aplicadas debido á las deficiencias de la inteligencia ó de la ejecutividad humana; de una y de otra cosa hay ejemplos entre los grandes autores de Constituciones, y como hay ejemplos grandes, hay ejemplos chicos. Siéyes, por ejemplo, era el tipo del teórico de esta familia; y hay otra inmensa cantidad de Siéyes pequeños, que figuran en todos los países, en todos los cargos.

Otros teóricos son ciertos razonadores que todo lo resuelven por el raciocinio, y carecen de lo que se llama vulgarmente buen sentido; generalmente pertenecen al tipo tan bien descrito por Paulhan en su notable obra «Espíritus lógicos y espíritus falsos»: parten muy á menudo de una idea, ó de una formulación verbal, que, dentro de ciertos límites, dentro de cierto grado, es verdadera; toman esa fórmula, la llevan adelante, llegan insensiblemente á la falsedad, y á veces, sin darse cuenta, acaban por encontrarse en pleno absurdo.

El raciocinio autoriza y facilita todo esto, porque, si bien es cierto que el sentido común es merecedor de todos los estigmas de que ha sido objeto, como retardatario del progreso, también es cierto que hay otra clase de sentido común que está por arriba del raciocinio; sin duda, hay un sentido común que es antilógico; pero hay también uno que podríamos llamar hiperlógico: Después que el espíritu sabe razonar y ver desde todos los puntos de vista, todavía hay un sentido, como una especie de *instinto lógico*, que guía, modera el raciocinio, que defiende contra él, si es el caso, y que es indispensable, porque en casi todos los problemas prácticos, en casi todas las cuestiones reales, hay problemas de grados; hay fórmulas que, verdaderas en cierto grado, van pasando después á ser falsas, siendo lo grave que no se sabe cuándo y en qué momento; y entonces, toda la combinación y la interferencia de los raciocinios debe ser controlada por este buen sentido hiperlógico, que falta en los teóricos de la especie á que me refiero.

Y no sería necesario buscar ejemplos en la vida; en los libros,

me he dedicado también á hacerlo: y hay obras de gran valor, que nos suministrarían, sin embargo, magníficos ejemplos. Yo he procurado demostrar, por ejemplo, en otros estudios, cómo, por ejemplo, Heriberto Spencer, en su obra «La educación», partiendo, tal vez, en todos los casos, de ideas justas, llega tal vez también en todos los casos, á extremos falseados (1).

Otro tipo de teóricos son aquellos á los cuales toda reforma ó todo proyecto les hace *hommelette soufflée*: se les agranda de una manera tan enorme, que pierde absolutamente toda practicabilidad. No pueden nunca pensar en una reforma limitada, concreta, y, por consiguiente, bien práctica. En cuanto la reforma aparece como posible, tienen que pasar á otras más grandes; de éstas, á otras mayores; de éstas, á otras infinitas, que, naturalmente, á medida que son más grandes y más amplias, tienen menos probabilidades de traducirse en realidad.

Y, de un tipo parecido, son los que esperan, para hacer las reformas pequeñas, á la realización de las grandes. Estos son teóricos de especie muy común. En un reglamento cualquiera, en una ley, en un código, descubro yo, por ejemplo, un artículo que está mal: propongo que se reforme. Reformar ese artículo es fácil, es sencillo y es claro: todo el mundo está de acuerdo; pero en cuanto yo propongo la reforma, surgen los teóricos de esta clase: «Sí, efectivamente: el artículo está mal; pero hay tal otro artículo que también es muy malo; igualmente hay otro allí cerca que es pésimo; en realidad, lo que habría que reformar es todo el título del Código... Y, ya que se reforma el título del Código, ¿por qué no hemos de reformar todo el Código? Está lleno de defectos: vamos á hacer otro más perfecto, más completo... Y al fin y al cabo, no es el único Código que está mal: es toda la legislación de la República...» etc. Por un lado, se agranda el problema; por otro, los teóricos de la clase que describo, esperan, subordinan á la general, la reforma parcial; y no se realiza nada. El sentido práctico de ciertos pueblos sajones, ha sido justamente formulado por un escritor en tres reglas, una de las cuales representa la condenación de los teóricos de este género. Todo el progreso inglés, ha dicho un tratadista de Derecho administrativo, puede condensarse en las siguientes tres reglas: primera, no preocuparse de la simetría; segunda, no corregir las anomalías por la simple razón de que son anomalías, esto es, sin que sean observados males prácticos que se deriven

(1) «La exageración y el simplismo en Pedagogía».

de ellas; y tercera — y esta es la de aplicación aquí — no llevar nunca una reforma concreta más allá del mal concreto que se quiere remediar... Ahora, entre paréntesis, se puede caer en un extremo opuesto: La gran constructividad latina tiene también algo, ó mucho, de bueno, de loable, *hasta de práctico* en un sentido amplio; lo que hay es esto — y he aquí la fórmula de la conducta que les recomiendo: *se debe prestar toda la atención posible á las reformas grandes; pero sin subordinar á ellas la realización de las reformas chicas*. Así, habría dos actitudes viciosas. Se establece, por ejemplo, que el artículo 237 del Código de Procedimiento Civil es malo, y se persigue su reforma; eso no quiere decir que yo me cierre á los argumentos de los que tratan de probarme que todo el Código de Procedimiento Civil es malo; yo lo oigo; si podemos reformar todo el Código, lo reformamos; pero, *entre tanto*, hacemos lo posible por reformar el artículo 237. Eso es ser práctico, en el buen sentido; lo otro es ser teórico, en el mal sentido.

Y otros teóricos, de familia muy parecida, son los que no pueden contentarse con ninguna reforma que no sea perfecta, y que, en consecuencia, tampoco hacen nada. También yo discutía un día por parábolas con un teórico de esta especie. «Supongamos, le decía, un propietario en cuya casa se rompe un vidrio; el inquilino le pide la compostura; el propietario responde: «Efectivamente, el vidrio se ha roto, lo repondré; pero voy á esperar, porque me propongo cambiar los vidrios por otros de una clase mucho mejor.... Y la verdad es que también podría cambiar las puertas, que son muy viejas.... Y podría aprovechar ese cambio para hacer las paredes de nuevo; son ya vetustas».... Así se vá hasta lo infinito. Pues bien: no hay que pedir á ese propietario que abandone el proyecto de reforma general: pero sí que, *entretanto*, haga colocar el vidrio.

Y á uno de la segunda clase, yo le decía: «Usted me hace pensar en un sujeto á quien se le propusiera regalarle un reloj de oro con la llave de plata, y que empezara á hacer objeciones sobre la llave: «Esa llave de plata ¿no se podría hacer de oro?» — «Pero señor, es un regalo!» — «Sí, pero ¿no se podría hacer de oro.... — Conozco á muchos, de estos teóricos formidables, á veces distinguidísimos, pero que no pueden admitir nada, porque nada es perfecto....

La regla, pues, es muy sencilla, y la repito: preocuparse cuánto nos sea dado de las reformas grandes; pero, entre tanto, ir realizando las chicas en cuanto sea posible.

Pero el examen de lo que va envuelto en la palabra *práctico*, nos va á demostrar que, al mismo tiempo que á esos espíritus de clase más ó menos respetable, pero indudablemente perjudiciales, ó no muy beneficiosos al progreso humano; que al mismo tiempo que á esos espíritus, la palabra «teórico» resulta también englobar á los espíritus más nobles de la humanidad, y al mismo tiempo también á los espíritus mas *prácticos* en el amplio sentido del término. Efectivamente ¿quiénes son los hombres que son llamados ó que se llaman á sí mismos «*prácticos*»? Si tomamos la palabra en el buen sentido, *práctico* querría decir sencillamente no tratar del mismo modo todos los ideales, y saber resolver en cada caso aquel problema de grados tan complicado y difícil que planteamos; pero en la práctica, muy á menudo, en la inmensa mayoría de los casos, los hombres reputados prácticos son, en lo intelectual, simples miopes, y, en lo moral, simples desvergonzados ó bribones.

Esto último lo despacharemos en pocas palabras. El término *práctico* significa simplemente, para la inmensa mayoría de la gente, un hombre que sabe arreglar bien en la vida sus intereses materiales, lo que en sí mismo no sería condenable, y que sabe (y este es el complemento del significado: arreglar con preferencia esos intereses personales, antes y mejor que los otros. A veces sucede un hecho trágico: los hombres de esa especie se dirigen á los que valen tanto más que ellos, y les reprochan su «falta de sentido práctico»: creen que á esos otros hombres, á los que, por marchar mirando hacia arriba suelen no arreglar tan bien todo lo de abajo, creen que á esos otros hombres *les falta* un sentido que ellos tienen. «Es usted poco práctico», le dicen: «carece de sentido práctico. Ah! si usted tuviera sentido práctico, con las aptitudes que tiene!» etc. En realidad, no les *falta* nada: les sobra, si ustedes quieren; y, lo que les *sobra*, es el sentido moral. Y hasta bien pudiera ser que ese pretendido hombre que no es práctico, supiera hacer la cosas prácticas mucho mejor que los otros si le diera por ponerse á ello; puede ser que supiera medrar, y adular, y todo lo demás, con más habilidad infinitamente que los que *practicán* todo eso: lo que hay es que no es capaz de hacerlo, no porque le falte algo, sino *porque no le falta...*

Ahora, en lo intelectual, lo que se llama ser práctico, casi siempre, es sencillamente no ver más que de cerca, no ver sino los resultados inmediatos. Y, justamente por eso, la mayor parte de los grandes prácticos han sido siempre reputados teóricos: de los que

han obrado ó han pensado viendo de lejos, en el espacio ó en el tiempo, no hay uno que no haya sido tachado de teórico.

La palabra práctico, en esta época, es por lo demás una obsesión: todo tiene que ser práctico, ahora; pero se emplea la palabra, no en el sentido amplio y bueno, sino en un sentido estrechísimo. Ser práctico quiere decir, sencillamente, por una parte, ocuparse sólo de lo material; por otra parte, ocuparse sólo de lo inmediato; y, en este sentido, incomoda el término en todo: incomoda en moral; incomoda en sociología; incomoda en pedagogía, donde ha dado lugar á las mayores exageraciones y á las mayores estrecheces. Sobre este punto no necesito insistir de nuevo, porque es asunto ya por nosotros muy tratado.

Dentro de esos pretendidos prácticos,—miopes, ó indigentes, moralmente,—figuran, en uno de los planos menos elevados, ciertos hombres que son reputados hábiles, «vivos», como se dice vulgarmente, por la sola razón de que son tortuosos, de que son complicados, y hechos de una manera tal que no pueden jamás ir de un punto á otro por la línea recta, aún en esos casos en que la línea recta es el camino más corto y más fácil, lo que también suele ocurrir en cuestiones sociales, como en geometría... Si ustedes examinan, en la vida, en la realidad, la conducta de esos hombres y el resultado de ella, se encuentran generalmente con que, aun desde el punto de vista práctico, son completamente inferiores; con que esa acción tortuosa casi nunca deja nada, á veces ni para ellos mismos. Tanto desde el punto de vista altruista y general, como á veces desde el mismo punto de vista egoísta, esa pretendida habilidad, el «sentido práctico» de esa clase, suele ser infecundo: es la falta de sencillez, de simplicidad: uno de los estigmas del espíritu mal hecho.

Ahora, un hecho muy notable es que muchas veces los teóricos se toman por prácticos en la realidad; de ahí una inmensa cantidad de discusiones en que la clasificación está invertida: en que los que se creen prácticos son los teóricos, y en que los que son tomados por teóricos son los verdaderos prácticos. Les pondré algunos ejemplos.

Tomemos una discusión cualquiera, de esas que oímos en la vida real. Por ejemplo, muy á menudo oigo yo discutir, y tengo que discutir, sobre si la provisión de los cargos, especialmente los cargos de enseñanza primaria, por concurso, es buena ó mala; y los teóricos que se creen prácticos, dicen esto: «Teóricamente, el concurso es bueno, porque es la manera de hacer ver mejor las aptitudes de cada candidato; pero en la práctica, resulta que, por tales

y cuales razones... (aquí se enumeran las razones; por ejemplo: que en los concursos predomina la memoria; que muchos se atemorizan, etc.)... en la práctica, es malo; y lo mejor es elegir simplemente los candidatos que tengan más títulos». Justamente, aquí está lo teórico. Los partidarios de los concursos no admiten en manera alguna que el concurso sea teóricamente bueno: teóricamente, es malísimo, por docenas de razones bien fáciles de demostrar; pero en la práctica es la única manera de evitar que las recomendaciones, las camaraderías, las vinculaciones de todo género, las influencias ó las imposiciones de los poderosos, resuelvan todas las cuestiones sobre provisión de puestos. De manera que los verdaderos prácticos son esos que son tenidos por teóricos, y los verdaderamente teóricos son los que se creen prácticos (porque son los que no cuentan con la debilidad moral de los hombres).

Pues bien, lo que es verdad en estos ejemplos vulgares, es verdad en una inmensa cantidad de casos de más transcendencia. Aquellos de ustedes, por ejemplo, que cursen Derecho, estudiarán dentro de muy poco tiempo ciertas grandes cuestiones sociales, por ejemplo, la discusión entre proteccionistas y librecambistas, y otras, como la discusión entre individualistas y socialistas de Estado.... *Libre cambio* quiere decir simplemente la libertad de comercio entendida en un sentido amplio, esto es, entendida no solamente dentro de cada país, sino de país á país. *Proteccionismo* quiere decir, esquemáticamente, proteger las industrias nacionales obstaculizando la entrada de los productos de la industria extranjera. Por ejemplo: para que en este país pueda desarrollarse la industria de los tejidos ó de la fabricación de dulces, se impone un fuerte derecho á los tejidos extranjeros ó al dulce extranjero. Pues bien: invariablemente, fatalmente, les enseñarán á ustedes que los librecambistas *tienen razón en teoría*, pero que su doctrina *no es práctica*; que, en cambio, el sistema proteccionista, defectuoso tal vez en teoría, es el único sistema práctico; y que lo más notablemente práctico es cierta doctrina que se llama *proteccionismo racional*, que consiste en lo siguiente: cuando la industria se inicia, protegerla, con el objeto de que pueda desarrollarse; una vez desarrollada, dejarla en libertad, porque ya podrá soportar la competencia extranjera. Eso les dirán á ustedes todos los profesores *prácticos*, como así legislarán todos los legisladores prácticos; en cuanto á los librecambistas, son *teóricos*. Entre tanto, ignoro si se conoce el caso en el mundo; pero aquí, por lo menos, no se conoce ninguno, de que el Estado, después de haber impuesto un derecho á una industria ex-

tranjera para proteger las industrias nacionales, haya hecho después la liberación, una vez que la industria nacional ha progresado. *En la práctica*, las naciones y los hombres, el presupuesto, y las necesidades, y mil cosas, están hechos de una manera tal que eso no ocurre jamás.

Lo curioso es que, teóricamente, yo no veo argumento serio contra el proteccionismo racional; los proteccionistas, los que se creen prácticos, son, tal vez, los que tienen razón en teoría—puede ser—; pero justamente lo que les falta es *sentido práctico*; ellos no pueden *observar* que lo que sucede en la realidad *no es* que una vez que la industria nacional se ha desarrollado, se la deje en competencia con la extranjera, sino simplemente que, como el Estado busca siempre recursos, una vez que la industria nacional se ha desarrollado, el Estado va contra ella, y la impone; y si entonces sufre, y si la industria extranjera vuelve á predominar, allá va un nuevo impuesto sobre la industria extranjera... De manera que, en la práctica, lo que ha sucedido cada vez que en este país se han impuesto derechos protectores, es, por ejemplo, que se ha impedido la entrada al dulce extranjero bueno y barato para que se coma dulce nacional malo; que se ha impedido la entrada de los tejidos extranjeros baratos para que se usen tejidos nacionales menos buenos y más caros; y así indefinidamente.

De modo que todo está completamente invertido en una discusión de este género: los pretendidos teóricos, son los prácticos; los pretendidos prácticos, son los teóricos.

Cosas muy parecidas suceden con esa otra cuestión, todavía más general, sobre la ingerencia que debe tomar el Estado en las cuestiones económicas, ó relativas á los derechos individuales. No hay nada más obscuro que la discusión teórica; pueden darse muy buenos argumentos á favor de una y otra solución, esto es, tanto á favor de la solución que tiende á que la intervención del Estado sea lo más restringida posible, y á dejar, por consiguiente, á los individuos en completa libertad, como á favor de la otra teoría, que lleva al Estado á intervenir en todo, á ser industrial, á ser comerciante, á ser empresario, á ser absolutamente todo, á limitar, á restringir, á reglamentar todas las actividades. Pues bien: cuando ustedes concurren á la Facultad de Derecho, allí se les enseñará, invariablemente y fatalmente, que los individualistas son teóricos; que puede ser que tengan razón en teoría, pero en la práctica no; que en la práctica hay que admitir la intervención muy amplia del Estado. Pues bien: puede ser que sea lo contrario. Por lo menos,

en teoría, la cuestión es muy discutible; hay buenos argumentos de un lado y de otro. Pero la gran razón que hay en favor del individualismo, la gran razón que condena, hasta hoy al menos, la intervención excesiva del Estado, es justamente una razón de orden práctico, á saber: que, cuando interviene, de hecho, en la práctica, lo hace generalmente mal; y si los pretendidos prácticos que profesan aquella doctrina, observaran, en lugar de razonar; esto es: si fueran verdaderos prácticos, en lugar de ser teóricos, tendrían bien en cuenta ese hecho, aun cuando conservaran en teoría su doctrina.

(De paso, les señalo un parallogismo sumamente interesante: lo he visto ocurrir á menudo. Cuando existen hombres dotados de la suficiente elevación y fuerza moral para adaptar en lo posible su conducta al que juzgan su deber, muy á menudo aparecen otros que los censuran, y, que, como razones para que se aparten de esa conducta estricta y rigurosa, les dan las razones que podrían servir para disculpar á los que se han apartado. Efectivamente: como las reglas morales son muy penosas, puede caber en ciertos casos, puede admitirse cierta indulgencia para los que se apartan más ó menos de ellas; pero esas mismas razones que existen *para perdonar*, las dan muchísimas personas en la práctica, á aquellos que *han podido* realizar una conducta moral elevada, para procurar apartarlos de ella. Siento no disponer de tiempo para mostrarles ejemplos.)

¿Cuál sería entonces nuestra conclusión sobre estos puntos, en cuanto pueda haber una conclusión? La podría simbolizar con una imagen que más de una vez nos ha servido en clase: la imagen de un navegante. El teórico, en el mal sentido, sería un navegante que mantuviera constantemente fija su vista y recto su rumbo á la estrella polar, y que, desdenando el examen de los escollos de la ruta, se estrellara contra ellos. El práctico, en el mal sentido—tipo infinitamente menos respetable—sería aquel que sólo tuviera ojos para el camino que recorre, y que careciera en absoluto de rumbo: que supiera perfectamente evitar los escollos, aprovechando los vientos y las corrientes; pero que no supiera adonde va. Y el espíritu superior, el que sabría ser á la vez teórico y práctico en el buen sentido, sería el que mantuviera siempre fija su vista en la estrella polar que le marca su rumbo, y que supiera al mismo tiempo utilizar las circunstancias para hacer ese viaje lo más eficaz y lo más seguro posible.

PROGRESISTAS Y RETARDATARIOS

No entraré á mostrarles el papel que una y otra tendencia tienen en la evolución, y lo que de su buen equilibrio resulta. No todo, por ejemplo, ha de ser desprecio para las fuerzas conservadoras; ellas, en primer lugar, oponen á las fuerzas innovadoras ó revolucionarias una resistencia que debe considerarse como benéfica en cierto grado, por cuanto representa *un criterio*: justamente esa resistencia *pone á prueba*, en cierto sentido, á la novedad; si la novedad la vence, eso puede ser un criterio, un signo de que la novedad era buena; si no puede vencerla, será un criterio negativo. Además, y como inteligentísimamente lo ha hecho notar Anatole France, las instituciones viejas, las leyes antiguas, hasta los prejuicios vetustos, suelen tener una dulzura relativa, que falta á las instituciones y con mayor razón á los prejuicios nuevos: el uso les gasta las aristas, y los deja menos cortantes.... Comparemos, por ejemplo, los rigores atenuados de las viejas legislaciones seculares con los rigores de la legislación de la revolución francesa; y, sobre todo, la manera de cumplirse las unas y la otra. Por lo demás, naturalmente, la novedad no es por sí sola una garantía de bondad, ni mucho menos; y si es un sentimiento inferior el horror á lo nuevo, el entusiasmo sin discernimiento por lo nuevo puede ser también un sentimiento inferior y peligroso. A veces, hasta los cultores de lo nuevo son más serviles de espíritu, tal vez, que los cultores de lo antiguo. A propósito de ciertas escuelas artísticas (pero la comparación puede perfectamente servir para las cuestiones sociales y morales), fijándome en cómo existe una triste tendencia, cada vez que surge un procedimiento nuevo, una innovación literaria cualquiera, á imitarla de un modo desesperante, se me ocurría la siguiente comparación: supongamos una mujer que, en lugar de ponerse en el sombrero un pájaro, se pone algún animal extraño: un murciélago, por ejemplo; esa mujer, tendrá ó no gusto: no se le puede negar originalidad é independencia. Ahora, supongamos una segunda mujer que se pone un murciélago en el sombrero; ésta, no imita más que á una; y, sin embargo, noten ustedes que es infinitamente menos original, que es infinitamente todavía más servil de espíritu, más *plagiaria*, que la que se ponía el pájaro, á pesar de que ésta imitaba á millones de millones. Así, pues, en el amor por lo nuevo, puede haber, suele haber, un ser-

vilismo de espíritu igual y, á veces hasta mayor, que el que representa el amor por lo viejo.

Pero, descontado todo esto, después de lo cual no podré ser sospechado de prevención contra las fuerzas y tendencias conservadoras, considero muy necesario estudiar y hacer notar ciertos estados de espíritu que constituyen obstáculos gravísimos para el progreso social y personal.

Existe una ilusión que sufren la mayor parte de los hombres que se creen espíritus libres: no lo son, muchísimos, y creen serlo, y parecen serlo, porque resuelven en sentido liberal las cuestiones que la humanidad, de hecho, ó por lo menos de pensamiento, ya tiene resueltas; sin embargo, son terriblemente conservadores, retardatarios, inertes, con respecto á las cuestiones que no están resueltas todavía.

Un retrato psicológico: Un hombre se cree un espíritu libre, con la mayor sinceridad; entre la monarquía y la república, él es republicano; es partidario de la consagración de los derechos individuales en su mayor amplitud; enemigo de todo régimen autocrático, de toda restricción; es partidario de la libertad de la prensa, es partidario de la libertad de pensamiento, es partidario de la libertad de cultos; es enemigo de las restricciones á la libertad de comercio, etc. Pero, en todos los problemas *en lucha*, ese hombre es conservador: en todo lo que no está resuelto, en todo aquello en que hay verdadera oposición, en todo aquello, justamente, en que los espíritus libres hacen falta. En lo económico, es partidario decidido del orden social actual. Entre paréntesis: se puede ser muy sinceramente y por atendibles razones partidario decidido del orden social actual; pero á veces llegan los espíritus de la clase á que me refiero á verlo todo bueno. Todas, absolutamente todas las reivindicaciones obreras, todas las modificaciones propuestas en el régimen de la propiedad, en el régimen de la herencia: todo absolutamente lo que va contra el orden presente, los tiene en su contra. Nuestro hombre será, por ejemplo, anti-dreyfusista, ó mejor, anti-revisicnista en el asunto Dreyfus, en el momento en que el asunto se discute; algunos años más tarde, una vez que todos los espíritus que saben pensar y sentir han resuelto el problema, entonces será cuando él cambie; esto es, cuando ya no haga falta.

Debido á esa ilusión, se creen espíritus libres la mayor parte de los espíritus retardatarios; se creen liberales la mayor parte de los conservadores; y esa ilusión es en ellos perfectamente sincera, porque los problemas que ellos se ponen como ejemplo, son efectivamente problemas en que son liberales.

Ahora, ¿cómo se produce ese estado de espíritu, ó á causa de qué? Aquí vendría uno de los estudios psicológicos más interesantes que podrían hacerse: el estudio de una *anestesia* especial, intelectual y moral, para los absurdos y para los males que se respiran, que están en el ambiente, que son actuales, y en cuyo seno nos hemos acostumbrado á pensar y á sentir.

Nosotros nos preguntamos, por ejemplo, con respecto á los problemas pasados, cómo podían los hombres antiguos no sentir la crueldad ó el absurdo de ciertas instituciones: cómo podían no sentir la crueldad de la esclavitud, ó del tormento, ó de aquellas terribles penas establecidas para hechos que no constituyen delito, y aún para algunos que son lo contrario de un delito, por ejemplo, las restricciones á la libertad de pensar, á la libertad de cultos, etc. Entre tanto, estamos hechos de tal manera, que lo que hay de triste ó absurdo en nuestro estado social actual, tendemos á no sentirlo (entre paréntesis: independizo esta cuestión de la de saber si esos hechos son ó no necesarios: puede ser que sean irremediables; pero el estado de espíritu á que me refiero, es el de no darse cuenta de ellos; sobre todo, de no *sentirlos*).

Supónganse ustedes que algún profesor futuro, cumplida ya una profunda evolución social de la humanidad, explique á sus discípulos cómo estaba organizada la sociedad en nuestras épocas, y que les diga, por ejemplo: «En aquella época, nacían dos hombres: los dos se parecían, los dos tenían racionalidad, dos brazos, dos piernas, actitud bípeda, los mismos lóbulos en el cerebro, las mismas cavidades en el corazón; y uno, cuando nacía, recibía su vida asegurada: tenía dinero, á consecuencia de lo cual no tenía necesidad de trabajar, y evitaba una inmensa cantidad de penas, en tanto que el otro, que era completamente igual, no sólo sufría toda clase de penalidades y de trabajos, sino que ni siquiera tenía derecho á habitar en el planeta en que había nacido; si él, por ejemplo, iba á dormir en un pedazo de tierra, aparecía otro hombre que era propietario de ese pedazo de tierra, y lo expulsaba; y si iba á dormir en otro pedazo de tierra que era público, entonces lo encerraban porque era vago». Ustedes mismos, si se hubieran anestesiado y despertaran en aquella época, aún con el corazón como lo tienen, ¿no sentirían esto como un horror tan grande como los horrores de la antigüedad? (Repito que separo completamente la cuestión de saber si el horror es remediable). Supongamos que en una época futura se explique lo que era la vida sexual en la nuestra: la cantidad de hipocresía, de crímenes, de horro-

res, de crueldades, de injusticias que en ella estaba envuelta. Su-pongamos que se explica á los hombres futuros que en estas épocas, como en todas, dada la constitución biológica del hombre, una irregularidad sexual no acarreaba al varón absolutamente ningún inconveniente personal, en tanto que á la mujer le producía, además de dolores materiales, una incapacidad ó dificultad para el trabajo; inmensa responsabilidad, como ser, la alternativa entre trabajar para alimentar á un hijo, ó ser asesina; y que, entre tanto, en ese mismo siglo, cuando se producía esa irregularidad sexual, el hombre no era condenado por la sanción de opinión, y lo era terriblemente la mujer. ¿Creen ustedes que la impresión de horror sería menos grande que la que experimentamos nosotros ante las cosas antiguas?

Pero «*in eo vivimus, movemus et sumus*»; y, al respirar el absurdo ó el mal, nos creamos ese estado de anestesia especial. Es entonces cuando *hacemos teorías*, cuando procuramos *justificar* las cosas, cuando razonamos: y, con el razonamiento, se justifica todo y se prueba todo. Y no nos damos cuenta de que los progresos y los grandes cambios sociales nunca ó casi nunca se hacen á consecuencia de raciocinios, sino que lo que cambia es el *estado de espíritu*; algo mucho más hondo que el plano psicológico puramente intelectual. En otros tiempos se daban razones para justificar la esclavitud; y hoy se dan razones para justificar muchas instituciones actuales, que quizá sean poco menos atroces ella. Hoy, con respecto á las instituciones viejas que han desaparecido, encontramos inmediatamente el raciocinio que destruye aquellos raciocinios; ya encontrarán nuestros descendientes el raciocinio, que destruya los nuestros de hoy. Entretanto, los cambios sociales no se hacen principalmente por la argumentación, por la teoría: los hombres cambian de *estado de espíritu*. El tormento no desapareció el día en que los hombres se convencieron intelectualmente de que era malo; desapareció el día en que los hombres no lo pudieron soportar más, por causas de sentimiento, ó también por causas si se quiere de orden intelectual, pero más profundas que las que se condensan en fórmulas de discusión. Nos parece muy sencillo el que los antiguos hubieran podido con la mayor facilidad razonar sobre la esclavitud, y, á consecuencia de sus razonamientos, suprimirla. Y bien: las prácticas, que tenemos nosotros los hombres civilizados, de exterminar á los pueblos salvajes ó semisalvajes que ocupan la tierra que nuestra ambición nacional ó comercial necesita ¿son menos horrorosas? ¿Y hay un hombre hoy que no sea capaz de demos-

trar por el raciocinio que esas prácticas son malas? Y, sin embargo, ¿cambian esas prácticas por el raciocinio? En manera alguna: cambiarán el día en que la humanidad no pueda soportarlas más, debido á su perfeccionamiento moral.

Y, de aquí ¿qué consecuencia práctica se saca? La de que, al juzgar las instituciones sociales, al pensar sobre ellas, ó al tratar sobre ellas de cualquier modo, no debemos limitarnos á razonar al respecto, á hacer teorías, á hacer sistemas: á decir: «esto es individualismo», «esto es socialismo», «esto es tal ó cual cosa», á poner etiquetas; sino que hemos de esforzarnos en evitar, en combatir por todos los medios esa anestesia adaptiva lógico-moral ¿me entienden? Aun separando la cuestión de si los absurdos ó los horrores son corregibles, evitar que nos invada esa anestesia que nos impide sentirlos.

Y, al mismo tiempo, dos reglas prácticas:

Todas las cuestiones sociales son discutibles, y en todas cabe argumentar. En esos casos, tiendan ustedes á tener confianza en dos cosas: primera, en los sentimientos de humanidad y de simpatía, y, sobre todo, de piedad; y, segunda, en las soluciones de libertad. Por ejemplo; se discute sobre la pena de muerte: hay argumentos, argumentos teóricos, buenos, en favor, y argumentos teóricos, buenos, en contra; y estadísticas que parecen probatorias en favor, y estadísticas que parecen probatorias en contra. Mientras ustedes se mantengan en este terreno puramente lógico ó escolástico, podrán no resolver. Pues en esos casos, tengan confianza en los sentimientos de humanidad y de piedad. Hay una solución que se impone, que se impondrá tarde ó temprano: los hombres no pueden matar á otros hombres. Cuando sientan esto, dejen de argumentar ni de admitir que les argumenten: ¡no se mata!

Y el otro caso es cuando admiten, los problemas, dos soluciones, de las cuales una importa opresión y otra importa libertad. Cuestiones de esta *fórmula moral* (diremos): «permitir tal cosa ó prohibirla», cuestiones de este género, se vienen discutiendo desde la aurora de la humanidad; y en todos, absolutamente en todos los casos, hasta ahora, la discusión ha revestido los mismos aspectos, y ha tenido el mismo desenlace. Los enemigos de la fórmula de libertad, preveían catástrofes espantosas, desórdenes sociales de todo género, para el caso de que ésta fuera tolerada. Se discutía sobre la esclavitud humana: los estadistas y los filósofos decían que, de suprimirse la esclavitud, acaecerían profundos desórdenes sociales. Cuando se suprimió, los desórdenes sociales no vinieron;

al contrario. Pues bien: en todos los casos en que se han discutido cuestiones de libertad, ha sucedido algo análogo. La libertad de comercio: antes, toda clase de restricciones; los hombres no podían ni ejercer libremente la profesión que deseaban, ni conducir las mercaderías de un lugar á otro; y existía entonces un partido, el cual preveía, para el caso de que la libertad llegara á ser tolerada en esa materia, grandes desórdenes sociales. Cuando la libertad viene, resulta que esa libertad es beneficiosa. La libertad de la prensa, la libertad de cultos, la libertad de pensamiento, todas las libertades, han sido objeto de una discusión de este aspecto lógico y social: «Podrá ser bueno en teoría», se ha dicho; «pero, en cuanto se permita, ocurrirán desórdenes y males». Entre tanto, la práctica ha venido siempre á mostrar que la libertad era buena.

Pues bien: cuando en un problema *de la vida actual* se presentan dos soluciones, una de opresión, de prohibición, de imposición, y otra de libertad, tiendan á tener confianza en la última. Si oyen discutir, por ejemplo, sobre el divorcio, y unos emiten argumentos buenos en favor y otros fundan argumentos buenos en contra, y se argumenta hasta lo infinito, y todos parecen tener razón, y no saben ustedes qué opinar ni qué decidir, díganse que este es un problema de la misma fórmula, y que posiblemente los que, como consecuencia del ejercicio de una libertad cualquiera, prevén grandes males y desórdenes sociales, serán víctimas del mismo engaño de siempre, y desmentidos como siempre una vez que la libertad se otorgue.

¡Confianza en las soluciones de libertad y en las soluciones de piedad!

Y donde se produce muy á menudo una de las formas más comunes de esos estados de espíritu, inconscientemente retardatarios, es en las Universidades, en las instituciones de enseñanza, donde se estudia con libros, donde hay clases, programas, exposiciones, discusiones, exámenes.... Los ejercicios universitarios, y pedagógicos en general, exponer teorías, discutir, refutar teorías, resolver cuestiones, sostener tesis, producen dos efectos, ó, en todo caso, tienden á producir dos efectos (de los cuales se librará ó no el espíritu por su propia actividad, pero el peligro existe siempre): el primero, alejar de la realidad; y, el segundo, desnaturalizar las mismas teorías, alejando de los libros originales. De manera que muy fácilmente el estudiante, hasta el profesor, se acostumbra á resolver de la manera más sencilla y expeditiva los problemas sociales

ó morales, con teorías, fórmulas ó simples nombres: «Eso es individualismo», «eso es socialismo», «eso es bueno, porque está de acuerdo con Spencer»; «eso es verdadero, ó falso, porque es una manifestación socialista»... Entre tanto, los libros dan generalmente las cosas por mejor y más simplemente resueltas de lo que realmente debieran serlo; los profesores, igualmente, tienen sistemas, tienen doctrinas; en ellos, tal vez, serán el resultado de la vida misma, de la vida no puramente intelectual; pero todo eso pasa al estudiante como un producto puramente intelectualizado, sin sentimiento ni realidad; y la resultante es, además de esa impresión de falsa sencillez de las cosas, una especie de respeto beato por las instituciones existentes, á las cuales, como les he dicho, es muy fácil justificar por raciocinios, como es muy fácil combatirlas por raciocinios, como es muy fácil hacer todo lo que se quiera con raciocinio...

En las clases de Derecho, por ejemplo, se encuentran ustedes con obras como la «Economía Política» de Leroy Beaulieu, como «La Justicia» de Spencer, libros de gran valor, dicho sea de paso, pero viciados, y en grado sumo, por esa tendencia: tienen, por un lado, un sistema; por otro, una especie de optimismo inconsciente que los lleva, ó á resolver con demasiada facilidad, ó á despreciar ó á dejar de lado por simples raciocinios todo lo que no cuadra bien dentro del sistema. Con algún ejemplo concreto creo que explicaré mejor los *estados de espíritu* á que me refiero; les citaré dos hechos. Para que los comprendan, necesito hacer una brevísima digresión con respecto á uno de los más grandes problemas sociales.

Saben ustedes que existen dos grandes tendencias que esquemáticamente se denominan el socialismo y el individualismo. El individualismo es la doctrina que preconiza una repartición de beneficios «natural», proporcionada á los méritos del individuo, de modo que el que vale más, recibe más; el que tiene más actividad, más energía, más inteligencia, el que está dotado de una superioridad cualquiera, recibe las consecuencias naturales de sus actos. Tal es, justamente, la «fórmula de la justicia» de Spencer: que cada uno reciba «las consecuencias naturales de sus actos»: proporción entre las aptitudes y los beneficios.

Tiende, por ejemplo, el individualismo, á dejar á los hombres la mayor libertad, y á suprimir ó á atenuar en lo posible todo lo que sea restricción ó intervención artificial en los fenómenos sociales; entre esta intervención artificial, el individualismo coloca en primera línea la intervención del Estado.

La teoría opuesta, el socialismo, considera en primera línea no al individuo sino á la sociedad; en la práctica, tiende sobre todo á recurrir al Estado para intervenir más ó menos artificialmente en el arreglo natural (ó tenido por natural) de las cosas: á dictar, por ejemplo, leyes, disposiciones que tiendan á producir una repartición de los beneficios diferente, y, según los socialistas, mejor que la que tiende á producirse dejando los fenómenos librados á sí mismos.

De estas dos grandes tendencias, cada una tiene una faz que es notablemente simpática y una faz que es notablemente antipática. La tendencia individualista tiene de profundamente simpático su respeto por la libertad; es tendencia enemiga de restricciones, de intervenciones de todo género. Y tiene de antipático cierta dureza, cierta falta de piedad para los que, en esa lucha por la existencia, sea por falta de méritos ó sea por otras circunstancias cualesquiera, son vencidos. Adolece de una especie de optimismo que no siempre se mantiene en un grado justo ó defendible; y obras como, por ejemplo, las que les he citado, continuamente y en todas sus páginas—ustedes las conocerán más adelante—tienden sin duda á presentar atenuados los males sociales y á exagerar la eficacia de los remedios naturales. El socialismo, al contrario, tiene de simpático, para cualquier alma bien hecha, el ser profundamente humano, el satisfacer ó el procurar satisfacer (bien ó mal prácticamente, poco importa) los sentimientos de solidaridad, los sentimientos de humanidad, la compasión; y en cambio tiene de profundamente antipática esa intervención continua de la autoridad, recurso que aparece como necesario para obtener una repartición diferente de la que naturalmente tiende á producirse. En la práctica, el socialismo parece tender fatalmente á la tiranía; el Estado se impone, prohíbe, ordena, dicta leyes, llena de restricciones la vida de los hombres, distribuye los beneficios, por ejemplo, apoderándose de ellos y repartiéndolos después con un criterio diferente...

Ahora bien: un alma sincera siente, como sentía el gran Stuart Mill, lo que hay de bueno y de elevado en las dos tendencias, y cree como él que tal vez los hombres no han logrado todavía sacar todo el partido posible de las dos ideas: que posiblemente es realizable una síntesis de ellas, aun cuando todavía no se haya encontrado la manera de hacerla de un modo satisfactorio; y, para el caso de que esa síntesis no fuera realizable, por lo menos esa alma se mantiene en un estado de sinceridad consigo misma y admite lo que

hay de bueno en las dos tendencias opuestas. Pero el que cae en ese otro estado que podemos llamar *academismo*, adquiere una tendencia inevitable á resolver las cuestiones sociales con la mayor facilidad; esto lo inhabilita, no sólo para sentir, sino hasta para pensar de nueva manera todos esos grandes problemas. Por ejemplo, no sería extraño que lo que se llama *individualismo*, lo que hasta ahora se defiende con el nombre de individualismo, no fuera tal individualismo; dentro del «individualismo», ha sido englobada, por ejemplo, la institución de la herencia; como caso de la herencia, la de la propiedad territorial. Pues bien: cuando dos hombres nacen iguales, y uno de ellos recibe la fortuna de su padre, ¿recibe ese hombre «las consecuencias naturales de sus propios actos»? Un espíritu que esté en estado sencillo y sincero, responde: «No: no recibe las consecuencias naturales de sus propios actos: recibe las consecuencias de los actos de otros». Y es que podría ser que hubiera una tercera doctrina, que podríamos llamar *familismo*: que *cada familia* reciba las consecuencias naturales de los actos de sus miembros; y que este sistema, y no el verdaderamente individualista, fuera el representado por nuestras instituciones actuales. Y ello no tendría nada de extraño, si se tiene en cuenta que nuestras instituciones actuales — propiedad territorial, herencia, etc. — que es lo que el individualismo tiende á defender, nos vienen del derecho romano, que era esencialmente familista. — Estas cosas puede tal vez pensarlas ó sentir las un espíritu libre, pero no las piensa, no las siente un espíritu academizado. Y aquí vienen mis dos ejemplos: Recuerdo que un día, en una mesa examinadora de Derecho, y habiéndome expuesto un estudiante la teoría de Spencer, llegó á justificar muy fácilmente la herencia con la fórmula de la justicia individualista. Efectivamente, *si se empieza á razonar por los padres*, la herencia queda claramente justificada: cada persona recibe las consecuencias naturales de sus actos, y, una vez que ha acumulado esas consecuencias, en la forma de dinero, por ejemplo, es perfectamente dueña de disponer de esa fortuna, destruyéndola, dándola, ó como sea su voluntad... Pero si, en vez de empezar á razonar por los padres, empezamos por los hijos, entonces resulta algo formidable! Empiecen ustedes á razonar por los hijos: nacen dos hombres, y, al nacer, el que vale más, quizá, recibe las consecuencias naturales de los actos de su padre, que fué, por ejemplo, malo ó inepto, y que lo privó de todo; otro, el que vale menos tal vez, recibe las consecuencias naturales de los actos *de otro ú otros individuos* (no hay «indivi-

dualismo», por consiguiente): de los actos de su padre ú otros ascendientes; y queda toda esa generación, diremos, desarreglada: cada uno ha recibido consecuencias que no son las naturales de sus propios actos. Después se produce la lucha, y tiende á producirse la adaptación de las consecuencias á los actos; una vez que ya está á punto de producirse, los individuos son viejos: mueren, y entonces la nueva generación empieza otra vez, nuevamente desarreglada, la repartición desde el punto de vista verdaderamente individualista.... Hago, pues, esa objeción al estudiante, que, naturalmente, no me puede contestar:—eso no se contesta;—y entonces un distinguido examinador, que estaba á mi lado, me dice: «No hay nada más fácil que responder á su objeción: fíjese usted en que *quien ejerce el derecho* no es el que recibe el legado, sino el que lega». Y se acabó: queda contestado! Traten ustedes de ir á fondo en este momento; se trata, no de teorías, ni de palabras, ni de sistemas: se trata de hechos, brutales; se trata de algo que será evitable ó inevitable, no sé, pero que es espantoso. El hecho de que un ser nazca igual á todos los demás seres, y no pueda ni habitar en su planeta, es un hecho que debe hacernos *sentir*; y, lo que debe hacernos sentir, es horror. Pues el estado á que me refiero, el que quiero llamar academismo, consiste en estar impermeable á toda esa clase de sentimientos, debido á raciocinios fáciles; el que está en ese estado, no siente, no puede sentir, porque en cuanto le viene una cuestión de éstas, hace una fórmula: «No: el que ejerce el derecho no es el niño, es el padre». Ya está de acuerdo con «la teoría del derecho», de acuerdo con Spencer, de acuerdo con «la fórmula con la justicia»; está de acuerdo con los sistemas que se aprenden, que se discuten, que se resumen...

Otro caso. Conversando con un distinguido estudiante sobre estas cosas, y entreteniéndome yo en hacerle unos cuantos juegos de raciocinio para oponer á los que él hacía y á los que le habían enseñado como oficiales, acaba por decirme: «Al fin y al cabo, con la repartición de la propiedad, muestran las estadísticas que ya tal vez los que nacen con propiedad territorial pueden pasar del 50 %; si fuera así, ¿le parece, doctor, que valdría la pena modificar el orden social actual?» Indudablemente, al 50 % á que toca nacer con herencia, no le parecerá que vale la pena; pero ese estudiante, debido al estado académico, estaba absolutamente inhabilitado para representarse, para sentir la situación del otro 50 %. Lo que se pierde es, en primer lugar, el sentido de la realidad; y, en segundo lugar, como no conocemos por los libros más que la teoría

del autor del libro, como las demás no las conocemos sino por resúmenes, generalmente *arreglados*, aunque sea inconscientemente, para que el autor del libro las pueda «refutar» bien, no es sólo la realidad lo que perdemos de vista, sino que ni siquiera nos accionan esas otras teorías que podrían contrabalancear la primera y ponernos en un estado de espíritu más amplio.

Explicándoles en lecciones anteriores las teorías biológicas de un filósofo eminente, Bergson, les indicaba cómo, en su opinión, algunas especies de animales se crearon, en los comienzos de la evolución, ciertas ventajas, rodéandose de una cubierta dura: pero fué á expensas de todo progreso futuro. Pues bien: estos estados académicos ó puramente intelectualistas, en el mal sentido, crean, indudablemente, una especie de anestesia, que puede representar ciertas facilidades pasajeras de adaptación, pero que nos inhabilita para ulteriores progresos.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA DE LA CONCIENCIA MORAL

Haciendo «moral para intelectuales», sería necesario describir (no tengo tiempo para ello), la psicología de la conciencia moral. Hay un hecho sobre el cual he insistido ya varias veces en estas clases: cuando, en las personas ó en los libros, la moral toma un carácter demasiado riguroso, demasiado exigente, enormemente severo, duro y sistematizado, es, generalmente, porque se ha separado de la vida. Si se observa la moral verbal ó la moral ideológica de los diversos hombres, tiende á ocurrirsenos una comparación con un concurso de globos: los habrá que se eleven muchísimo; pero algunos suben con la barquilla y los otros suben dejándola en el suelo: los últimos irán muy probablemente más alto, pero es porque no levantan peso: los otros subirán más trabajosamente: infinitamente más; pero, naturalmente, el premio ha de darse á los que suban más, *con la barquilla*.

Pues bien; los hombres (esquemáticamente) se dividen en dos clases: los que suben con el peso y los que suben sin él; esto es: aquellos en los cuales la moral verbal é ideológica sube *levantando la conducta*, y otros que se levantan ideológicamente y verbalmente dejando la conducta por el suelo. El alma tiende en esa forma á dividirse, á partirse en dos: y el esfuerzo á que debemos dedicar nosotros más atención, es el de procurar siempre que nues-

tra moral, en cuanto pretenda reducirse á fórmulas, á preceptos, á juicios, á consejos, á reglas de conducta, no se aparte nunca de la realidad.

Muchísimos hombres pertenecen á ese tipo dividido; más: hasta esa psicología tiene un lenguaje especial: el lenguaje declamador. La mayor parte de los discursos en que se habla de la felicidad del deber cumplido, en que se estigmatizan las faltas, las debilidades, en términos demasiado altisonantes y declamadores, son simplemente un resultado de esa separación; esos discursos no tienen que ver generalmente con la vida del que los hace, aunque sea sincero — después veremos por qué —; y más triste es todavía que la mayor parte de los libros que se dan á la juventud tengan algo de ese espíritu. Muchas veces les hice notar que nuestro texto de clase, por ejemplo, que no es ni más ni menos bueno que la mayor parte de los textos de clase, estaba afectado de ese vicio. Cada vez que nuestro autor nos decía que *la única razón* que hay para amar la vida, es que ella nos permite hacer bien á los demás, y nada más que eso; cada vez que nos ofrecía sus categorías de deberes geométricos, y nos decía que en todos, absolutamente en todos los casos, los deberes sociales deben primar sobre los individuales, esa moral no *mordía* en los espíritus — ¿recuerdan ustedes como lo hacíamos notar? — Es que estaba separada de la realidad (1). Lo más interesante es que en la vida real, cuando los hombres verdaderamente sinceros, los que se levantan con barquilla, se encuentran con los otros, les toca generalmente una especie de papel humillante: á esos otros no les cuesta absolutamente nada resolver impecablemente los problemas, justamente porque sus soluciones no tienen que ver con su conducta. De manera que el hombre sincero, que confiesa las dificultades que experimenta para ser moral, que confiesa quizá tales ó cuales actos en que debió ceder, que muestra cierta indulgencia en sus juicios para los culpables, sobre todo cuando son desgraciados, contrasta — y, superficialmente, de una manera desfavorable — con la moral terrible ó imponente de aquel á quien moralizar no le cuesta nada porque moraliza con las palabras, ó cuando más con la inteligencia.

Ahora bien: no sería lo más grave que la moral ideológica ó verbal estuviera separada de la moral real, afectiva, orgánica y práctica, si se limitara á esto: á estar separada, á ir por otro lado; pero lo que hay es justamente que, en estos casos de separación, de des-

(1) En la clase se había hecho un análisis del texto oficial (Boirac) en ese sentido.

integración psicológica y moral, diremos, la moral verdadera *no tiene nada que la levante, no tiene nada que la excite ni que la problemice*, y, por consiguiente, tiende á caer cada vez más á medida que se va levantando el globo. Creo, por ejemplo, que sea esta una de las varias y complejas razones por las cuales, en la práctica, y á igualdad de cultura, las personas que profesan religiones positivas dan un promedio moral algo inferior; en todo caso, no puede ser ajeno á la explicación, ese carácter geometrizado que tiene la moral en las religiones positivas.

Al darles yo, tal vez como el consejo más importante, el de guardarse de ese *estado*, de esa separación psicológica, á ustedes tal vez les parezca consejo sumamente sencillo de aplicar: y la ilusión debe venir de lo siguiente: «Esos «separados», me dirán ustedes; esos que tienen la moral por un lado y la conducta por otro, son sencillamente hipócritas, hombres insinceros: que un hombre predique una cosa y haga otra, es sencillamente un caso vulgar de hipocresía.» Pues bien: no es así; no es así en muchos casos; no es así, tal vez, en casi todos los casos: la mayor parte de los hombres que están en ese estado, son sinceros ó casi sinceros.

Justamente, una de las mayores inferioridades de la literatura folletinesca, y aún de otra literatura más elevada que no es tan folletinesca, es lo torpemente que han hecho la psicología de la conciencia moral. Los traidores de los dramas y de las novelas se dan á sí mismos su fórmula: tal vez no se llamen traidores; pero saben perfectamente que son malos, que odian el bien; lo expresan, salvo que lo disimulen conscientemente; exclaman «¡oh rabia!» cada vez que ocurre alguna cosa buena; explican cómo gozan con la sangre, cómo disfrutan con el mal; y esto, aún en alta literatura: aquel Gubetta de la «*Lucrecia Borgia*» de Victor Hugo, que se define á sí mismo diciendo que, así como un abismo es lo contrario de una montaña, él es lo contrario de un hombre honrado; más alto todavía, el Yago de Shakespeare, son personajes falsos de esta especie. Sin duda, hay malos conscientes, y los habrá entre los de todo género y grado: entre los grandes malvados ó entre los simples bribones. Existen: el tipo del hipócrita, es real; *pero no es el más común*. En la mayoría de los casos, tal vez, los malos *son sinceros*. Porque la lógica nos engaña, aquí. Nosotros tendemos á creer al hombre más consecuente de lo que realmente es. Hay segregaciones de personalidad, intelectualmente y moralmente; diversas sistematizaciones de ideas ó de sentimientos están á veces completa ó casi completamente separadas. Y hay todos los grados posibles, en estos

casos, entre la sinceridad y la insinceridad. ¿Recuerdan ustedes, en su niñez, cuando han tenido que defenderse de alguna acusación, por ejemplo cuando los acusaban de alguna mentira, y realmente habían mentido, pero lo negaban; cuando los acusaban de haber comido un dulce, y ustedes lo negaban, indignados? Pues bien: si ustedes saben observar, y si recuerdan su estado de espíritu en tales casos ¿creen que aquella indignación era completamente hipócrita? Pues tenía mucho de sincera! No ocurrirá ello siempre, en esos casos; pero si en muchos; y, á veces, la sinceridad es completa: á veces la persona que se enfurece cuando se le reprocha un acto que ha cometido, es completamente sincera: está, sencillamente, *dividida*. Una sirvienta que ha sustraído un objeto cualquiera, y que es acusada, se indigna porque le llaman ladrona. ¿Creen ustedes que es hipócrita siempre? Muchas veces es sincera, muchas veces está verdaderamente indignada, y se cree ofendida con injusticia.

Lo mismo en el caso de las personas que se indignan cuando observan en otras, faltas que ellas mismas cometen: las que «ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio»; esas personas, muy á menudo, son sinceras. Es ejemplo de una psicología muy real aquella adúltera de Eça de Queirós, que, mientras acude á la cita de su amante, se hace reflexiones despreciativas sobre la mala conducta de otras mujeres con quienes se cruza: no siempre la que procede así es hipócrita; muchas veces es sincera... Por lo demás, uno de los estudios psicológicos más curiosos es el de la sinceridad.

Entre los estados extremos, entre la sinceridad absoluta y entre la absoluta hipocresía—estado, este último, *más literario que real*—hay todos los estados intermedios posibles. Les recomiendo, por ejemplo, aquellas consideraciones de Renán sobre Jesús, cuando procura defenderlo de la acusación posible de impostura, por haberse llamado ó dejado llamar *Hijo de Dios*, como si fuera forzoso ó creer ó no creer, como si no hubiera, entre las disyuntivas de ese dilema, una serie de grados intermedios, muy difíciles de explicar lógicamente, pero que comprende psicológicamente todo el que haya hecho—hasta sobre sí mismo—una buena observación psicológica. Estados intermedios son, también, esos que describe, por ejemplo, Daudet, cuando habla de la tendencia de los franceses del mediodía á decir mentiras sin saber que las dicen, entusiasmándose con sus propias palabras, no propiamente creyendo que dicen la verdad, pero tampoco sabiendo que mienten. Más: cualquiera de nosotros—y será raro que á alguno de ustedes no le pase este fenómeno—cuando narramos un cuento, ¿no es

cierto que tendemos muchas veces, unos más y otros menos, á completarlo un poco, á arreglarlo, de manera que venga á quedar más interesante, ó más gracioso, ó más extraño, ó más sorprendente, el hecho, de lo que realmente fué? ¿Habrá alguno que esté libre de ese pequeño pecado? Puede ser que ninguno; á mi, por ejemplo, me sucede ello á menudo. Pues bien: cuando lo hacemos, ¿creen que nosotros somos hipócritas ó embusteros? A veces lo hacemos con la más absoluta inconsciencia; no diré que estemos completamente persuadidos de la verdad, pero tampoco sentimos la mentira. La sensación de la falsedad está en lo subconsciente, como el tic-tac de un reloj para la persona que lo oye sin saber que lo oye, como el contacto de la ropa para ustedes en este momento: antes de que yo les llamara la atención, lo sentían, pero no sabían que lo sentían. *Darse cuenta* de estos estados, es, pues, utilísimo. Repito, una vez más, que yo no vengo á crear moral, sino, más bien, á darles consejos que he creído útiles y buenos para que saquen de su moral todo el partido que puedan. Ahora bien: estudien esos estados que conducen á la división del espíritu, á que se vaya por un lado la moral teórica y por otro lado la moral real; y, por una atención continua, podrán así sacar un rendimiento mucho mayor á su moral.

Tendría aquí que detenerme — pero debo concluir — sobre algunos de los más interesantes problemas de la moral: de los más interesantes, justamente, para los intelectuales, y que no puedo tratar. Estaría aquí en su lugar, por ejemplo, aquel problema (que, por lo demás, dilucidamos ampliamente en clase), de si los individuos deben proponerse un tipo moral único, ó de si caben y hasta deben existir tipos morales diferentes; y tendría que desarrollar é ilustrar con razonamientos y con ejemplos la conclusión á que llegamos, á saber: que, probablemente, existe una especie de minimum que representa un núcleo de sentimientos, probablemente creciente con el progreso, y del cual ninguna persona debe estar privada; y que, más allá de ese núcleo, es permitida y es tal vez deseable la especialización, ó las diferencias individuales, mejor dicho, desde el momento en que no es exigible que cada uno lleve todos los sentimientos y todas las tendencias morales hasta un grado absolutamente extremo y heroico. Con motivo de estas diferencias morales, pasaríamos entonces, en nuestro curso, si dispusiéramos del tiempo necesario, á hablar de otro vasto problema: lo

que debe ser la «tolerancia». Mostraríamos los diversos sentidos que se dan á este término; las cosas buenas y las cosas malas que se engloban en su significación; mostraríamos cómo, en cierto sentido, la tolerancia es el más noble de los sentimientos; á saber: en el sentido de procurar comprender en cuanto sea posible las ideas, los sentimientos y los actos ajenos, respetando aún aquellos actos, sentimientos é ideas que no podemos comprender ó compartir, siempre que no tengamos motivo para que ellos nos parezcan francamente malos; no tender á imponernos indebidamente ni en los juicios ni en el sentimiento ni en la acción; procurar siempre comprender ese fondo de verdad y ese fondo de bondad de las cosas falsas y de las cosas malas, cuyo desconocimiento es la gran flaqueza de la humanidad, según la hermosa máxima de un gran filósofo, que, en la práctica, no la seguía demasiado....; y al mismo tiempo mostraríamos cómo, también bajo este nombre de tolerancia, suelen presentarse la debilidad, la falta de energía, la flojedad moral; y cómo cierta clase de paralogismos relacionados con la tolerancia, nos lleva á menudo á atenuar y á veces hasta á suprimir nuestra acción en el sentido de lo que creemos bueno. Y llegaríamos tal vez á una fórmula un poco imprecisa y vaga, pero quizá la menos vaga posible; á saber: respetando y procurando comprender y sentir todas las ideas y sentimientos que no son nuestros, no atenuar, sin embargo, en lo más mínimo nuestra acción y nuestra propaganda propias en el sentido de lo que creemos bueno y verdadero. Mostraríamos ejemplos de la tolerancia en el buen y mal sentido. Estudiaríamos el significado de ciertos términos de común uso, y que se relacionan justamente con estos problemas de la tolerancia; hablaríamos, por ejemplo, de lo que es ser un espíritu libre, un *libre pensador*; de lo que es ser «liberal», de la inmensa cantidad de sentidos que se dan, por ejemplo, á un término como éste; tal vez, hasta viéramos cierto ilogismo en esto de *darse un nombre* los hombres que tienen el espíritu libre, que no tienen un impedimento en la inteligencia, que pueden usarla libremente, que no son inválidos de ella; y, por exceso de liberalismo, podría parecer extraño á algunos llamarse liberales, como á los hombres sanos llamarse no cojos, no mancos... Meditaríamos sobre lo que debe pensarse de esos espíritus religiosos ó anti-religiosos que luchan en un plano inferior, por la ironía, por el insulto, etc.; se nos ocurriría tal vez esta imagen, con respecto á cierto liberalismo grueso y en plano inferior: una fuente de agua, que en otro tiempo fué viva y fecundante (la religión), se secó después y se convirtió en una laguna de agua muerta, que, por consiguiente, se hizo malsana;

hubo que desecarla; los ingenieros, (los filósofos, los hombres de ciencia...) están empeñados en el trabajo; y, entre tanto, otros hombres están en la orilla viendo cómo el agua, esa agua fatalmente destinada á bajar, viendo cómo esa agua se levanta ó se baja un poco, debido á la acción del viento ó á la agitación superficial, y se espantan ó se regocijan ante esas pequeñas oscilaciones de nivel que nada significan; entre tanto, esa agua, que en otro tiempo fué viva y fecundante, y que ahora es muerta, tiende fatalmente á desecarse: que suba ó baje imperceptiblemente en un momento dado, son simples detalles... Pero seguramente se nos complicará la cuestión, y nos preguntariamos si esos hombres que luchan, diremos, en el plano inferior (y naturalmente, yo he puesto la imagen dentro de mis ideas: el problema podría plantearse dentro de las opuestas) nos preguntariamos, decía, si esos hombres que luchan en el plano inferior, no serán tal vez necesarios: si el progreso efectivo podría realizarse por la sola acción de los espíritus superiores, que, en los planos superiores, discuten teóricamente, á esa altura á donde no pueden seguirlos las masas... Dejo á la meditación de ustedes este problema, ya que carecemos de tiempo y debo terminar hoy estas conferencias.

ACTITUD HACIA LOS SISTEMAS, Y ACTITUD MORAL EN GENERAL

¿Será mi objeto, y, en general, será deseable; será necesario ó inevitable, ó simplemente útil, para que pueda sacar cada uno de ustedes el mayor rendimiento de su moral, adoptar alguna escuela ó sistema? Por mi parte, no lo creo, al menos en el sentido habitual que se da á los términos. Justamente todo mi esfuerzo en esta clase, en que he puesto, por lo menos, tanto amor, ha tendido á mostrar que lo importante no es llegar á una escuela, sino á un *estado de espíritu*.

En general, la tendencia á sistematizar demasiado en moral, falsea ó estrecha; todos los sistemas han conducido y tienden á conducir á puntos de vista exclusivos. Por ejemplo: el hombre es un ser en parte social en sus sentimientos, en parte antisocial ó individualista. Existen sistemas de moral—la gran mayoría—que no han visto más que la primera clase de sentimientos, ó que, por lo menos, han creído que la moral no debería basarse sino sobre la primera clase de sentimientos: ya tenemos el sistema falseando ó estrechando la realidad. Otros no han visto más que los sentimientos

puramente individuales, y ha resultado un falseamiento de la moral igual ó probablemente mayor que el primero.

Los más grandes pensadores caen en estas unilateralidades: Comparando, por ejemplo, el sistema de Guyau con el sistema de Nietzsche, hemos mostrado que los dos son exclusivistas. Uno y otro se basan, como ya lo explicamos, en el mismo principio, esto es, en la expansión de la vida, en la tendencia de la vida á hacerse cada vez más fuerte, cada vez más rica y cada vez más compleja. Ahora bien: para Guyau, esa expansión de la vida en un ser, es favorable siempre á los demás seres. (Aquí viene la comparación magnífica de la madre que lacta á su hijo: al mismo tiempo que la madre se libra de una sustancia formada en ella por exceso de vitalidad, y que á ella le sería inútil ó perjudicial, otro ser aprovecha esa sustancia y se alimenta con ella; del mismo modo, cuando nosotros hacemos el bien, dice Guyau, no nos restamos nada, no perdemos nada, no nos privamos de nada: los otros ganan, sin que perdamos nosotros.)

Entre tanto, Nietzsche considera la vida individual como fundamentalmente agresiva ú hostil para los demás individuos: la expansión de la vida de un individuo es, por consiguiente, limitativa de la vida de los demás.

Seguramente, los dos pensadores se han equivocado. Si el caso de la madre que lacta á su hijo es un caso fisiológico, el caso del animal que devora á otro y se alimenta con él es también un caso fisiológico. Guyau hace uso de la primera imagen: Nietzsche podrá hacer uso de la segunda; pero, debido al espíritu de sistema, los dos grandes pensadores no han visto más que un aspecto de la realidad.

Ahora bien: son justamente estas sistematizaciones las que nos cristalizan el espíritu; las que nos quitan la movilidad, la plasticidad que caracteriza la vida y la progresividad intelectual y moral.

Una de las cosas que no se entienden por los que procuran sistematizar de una manera absoluta la moral, es que los problemas morales pertenecen á esa categoría de los *problemas de acción*, que difieren por ciertos conceptos de los *problemas de existencia*. Les expliqué en lecciones anteriores que hay ciertos problemas, los problemas de existencia ó los problemas de ser, que consisten en saber cómo son las cosas, problemas que son susceptibles, por lo menos teóricamente, de una solución perfecta (sin perjuicio de las deficiencias de nuestra inteligencia ó de las fórmulas verbales); pero los otros problemas, los problemas de hacer (ó los problemas de ideal, que son de la misma categoría, puesto que se reducen,

sino á saber lo que debemos hacer, á saber lo que sería deseable que sucediera: en uno y otro caso, problemas sobre lo que debería ser, no sobre lo que es), estos otros problemas, digo, pueden no ser, y muy á menudo no son, ni aún idealmente, susceptibles de una solución perfecta. Les explicaba que los hombres tienen tendencia á buscar, sin embargo, soluciones perfectas, como si en todos los casos fuera posible encontrarlas; que si, por ejemplo, un hombre que proyecta hacer un viaje á Chile se pregunta si debe hacerlo por mar ó por tierra, se le ocurrirán ventajas é inconvenientes para cada solución. «—Si hago el viaje por mar, gozaré de ciertos paisajes, de las comodidades del vapor, etc.; en cambio, el viaje será más peligroso, tendré que temer los efectos del mareo, etc. Si hago el viaje por tierra, habrá otras clases de peligros: el frío de la Cordillera, las penalidades debidas á lo trabajoso del viaje, á la mala comida, etc.; y en cambio, también otras ventajas, como, por ejemplo, la belleza del camino, la mayor seguridad.» Pues bien: en un problema de esta clase, la única solución á que se puede llegar (y es el sentido que aquí admite la palabra *solución*), es ésta: «hacer el viaje de tal manera, tiene tales ventajas y tales inconvenientes; hacer el viaje de tal otra manera, tiene tales ventajas y tales inconvenientes.» Pero los hombres procuran persuadirse, debido á un paralogismo muy común, de que una de las soluciones no ha de tener más que ventajas y la otra nada más que inconvenientes,—y la mayor parte de los problemas de hacer ó de ideal se falsean así.

Pues bien: los problemas morales y sociales, en la práctica, son justamente problemas de este orden. Tomemos, por ejemplo, el problema del individualismo y del socialismo. Dejar obrar á la evolución despiadadamente, como lo preconiza el individualismo, es una solución que tiene ciertas ventajas y ciertos inconvenientes. La intervención artificial del Estado, ó de cualquier otra autoridad, será una solución que podrá tener también ventajas é inconvenientes; para resolver este problema social y moral, el espíritu de sistema nos conduce á no ver más que los inconvenientes de alguna de las dos soluciones y las ventajas de la otra; y á negar las ventajas de la primera y los inconvenientes de la segunda; y nos paralizamos intelectualmente, y, lo que es más grave, moralmente; nos anestesiarnos, y dejamos de sentir todo lo que haya de deplorable y sensible en la solución que nos haya parecido buena.

Sea ahora un problema moral cualquiera; el de las relaciones con los animales: ó el hombre mantiene su supremacía sobre los anima-

les, haciéndolos sufrir, utilizándolos para su servicio, para su alimentación, lo que tiene ventajas, pero, indudablemente, es, para una moral amplia, una inmoralidad, — ó bien el hombre renuncia á su supremacía, y, entonces, la humanidad misma sufre, y esto también, por otro lado, es inmoral. ¿Cómo se resuelve? No entremos en la cuestión; demos por bien resuelto el problema tal como está resuelto; pero, por lo menos — y esto es lo importante — no seamos hipócritas; no procuremos convencernos, como lo hacen, por ejemplo, los tratados de moral y los padres y los maestros cuando enseñan á los niños, de que si bien no es permitido, en general, hacer sufrir á los animales, es perfectamente bueno y moralísimo hacerlos sufrir cuando nos conviene á nosotros. Por lo menos, *dejemos el sentimiento vivo, aunque tengamos que sacrificarlo*; no lo anesteemos por medio de reflexiones más ó menos farisaicas.

Pero de todos modos, y aunque no sea inevitable escoger un sistema, digamos á grandes líneas lo que sinceramente nos parece que se puede pensar de los principales.

Son tres los grandes grupos: los sistemas morales religiosos (tomando la palabra religión en el sentido estrecho; esto es, religiones positivas, ó sean las que creen conocer y tener la fórmula que define las potencias superiores y sus relaciones con los seres humanos), los sistemas metafísicos, y los sistemas positivos.

En conferencias y estudios anteriores, he procurado poner de manifiesto los bienes y los males prácticos de los sistemas religiosos (á propósito, sobre todo, de las cuestiones que suscita esa nueva teoría, el pragmatismo, que, á mi juicio, ha hecho al respecto una apreciación falseada ⁽¹⁾). El único punto sobre el cual insistiré aquí, sin pretensión absolutamente de infalibilidad, pero cumpliendo simplemente el deber de ser sincero, expresando sin restricción lo que pienso y siento, es el siguiente:

Ante todo, debemos tener en cuenta que las religiones positivas se hicieron en épocas en que la psicología y la moral humanas eran inferiores á lo que son hoy; siendo así, podemos estudiar el efecto actual de las religiones, primero, sobre aquellos espíritus que, por su sencillez ó atraso intelectual se encuentran todavía, diremos, en un periodo correspondiente á aquellos periodos atrasados, y segundo (y esto sería lo interesante en conferencias de moral para intelectuales) el efecto ó las manifestaciones de la religión en los espíritus superiores.

(1) Cuestión tratada en mis estudios «Conocimiento y acción» y «En los márgenes de L'Expérience Religieuse» de W. James, y «Exposición y crítica del Pragmatismo».

Con respecto al primer punto, diré muy poco; naturalmente, me limitaré á señalar al desprecio de ustedes esa teoría (profesada por tantos hombres que se creen superiores) de que la religión debe ser simplemente «un freno» para los espíritus incultos. Es inmensa la cantidad de personas que se consideran á si mismas lo suficientemente elevadas para prescindir de las religiones positivas; pero no al *humanum pecus*, á la masa: el rebaño necesita religión para no ser inmoral... ó tal vez para no ser peligroso. Esta es sencillamente una teoría baja y despreciable. Ella suele revestir, sin embargo, una forma más sutil: Un Renán, por ejemplo, que, él personalmente, no cree en la divinidad de Cristo; pero que afirma, sin embargo, que la creencia en la divinidad de Cristo será eterna (eterna, no ya sólo en el sentido refinado en que él toma á veces la palabra divino, llamando divino á un producto humano idealizado, sino también en el otro sentido grosero), Renán, decia, viene á profesar, siempre en un plano muy elevado, algo que no deja de parecerse á la teoría del «freno»; es, por lo menos, un aristocratismo no simpático: dividir la humanidad en dos porciones; la primera, yo, ó los pocos pensadores que puedan llegar al plano elevadísimo á donde yo llego; y, después, siempre el *humanum pecus*....

En realidad, y con respecto á los efectos de la religión sobre las masas, sobre el pueblo ignorante, es posible que exageren bastante, por un lado, los que creen que la religión es un freno, esto es, que puede servir de valla contra instintos ó tendencias inferiores que de otra manera se traducirían en actos; y, por otra parte, que exageren también, más ó menos, los que creen que las religiones positivas tienden á mantener al pueblo en la degradación y en la inferioridad moral. En realidad, si yo he podido observar bien (y sin perjuicio de que en ciertos casos, naturalmente, ocurra lo uno ó lo otro), lo que se produce de hecho, más bien, con respecto á las masas, es una especie de fenómeno de separación psicológica de la especie de las que ya hemos descrito. Lo más común es que los hombres vulgares, que no tienen, por una parte, instrucción, y por otra parte, esa delicadeza moral que muy á menudo la suple con creces, las personas de psicología inferior, digo, generalmente tienen la religión por un lado y la moral práctica, buena ó mala, por el otro, sin que la religión, me parece, les haga ni mucho bien ni mucho mal. Creo que ese sea el caso más común. Naturalmente que si encaramos la cuestión desde un punto de vista lógico, nos parece que no puede ser así; nos parece, por ejemplo, que creer en una vida futura, creer en los castigos, creer en las recompensas que han de premiar al bien,

en los dolores que han de castigar al mal, deba mantener á los hombres en la buena conducta. No es eso lo que se ve en la mayoría de los casos. ¿Por qué? Porque los espíritus están divididos.

Aquí tendría que citar muchos ejemplos: sea uno de mi experiencia personal. Cuando se criaba el primero de mis hijos, obligáronme los médicos á tomarle nodriza; cedi, porque entonces no tenía mucha experiencia, y el niño de esa nodriza fué puesto, como sucede generalmente en esos tristes casos, en casa de una familia que, por una cantidad de dinero, se encargaba de cuidarlo. Un día supe que ese niño estaba enfermo; acudí en seguida, y me encontré con que se trataba de una gastroenteritis gravísima, ya de bastantes días de fecha, y que había sido completamente descuidada, de tal manera que aquellas personas — era un matrimonio — no sólo no habían consultado al médico, sino, ni siquiera, al boticario de la esquina; no se habían tomado, en una palabra, el menor trabajo, y hasta ni habían sentido la necesidad de avisar á la madre: el niño había llegado á estar, como estaba, moribundo, por sola culpa de aquellas personas.

Lo hice sacar de allí y llevar á otra parte; llamé médico, se hizo, en una palabra, cuanto fué humanamente posible, pero ya era tarde, y el niño murió. Ahora bien: muerto el niño aparecieron en la nueva casa la mujer y el hombre culpables de su muerte; y aparecieron ¿saben ustedes á qué? á producir un escándalo porque la madre lo iba á enterrar sin bautizarlo. En esas personas, dotadas de la indiferencia moral y de la crueldad pasiva más espantosas, ¿había realmente hipocresía? A mi juicio, no. Si la experiencia me ha enseñado algo, es que esos estados son sinceros; lo que ocurre es que las almas se dividen: y, en las masas, la religión es sencillamente una serie de fórmulas, de ritos, de prácticas: algunas creencias puramente verbales, groseras, deformadas, que andan por la superficie del espíritu; y no me parece que tiendan á producir efectos demasiado hondos ni en el sentido del mal, ni en el sentido del bien.

Pero lo que nos importa á nosotros, sobre todo, es estudiar la religión en los intelectuales, ó sea las formas superiores de las religiones positivas — las formas *llamadas* superiores: veamos si realmente lo son.

En los intelectuales que permanecen afiliados á las religiones positivas, toman éstas casi siempre un carácter más amplio, más comprensivo, más complicado también, más racional: digamos, en el sentido extenso del término, más liberal; es cuando se entienden las cosas más ampliamente, cuando se *interpretan*. Estos estados de

espíritu individuales, han llegado á tomar forma general, diremos oficial, en ciertas religiones reputadas más elevadas: el protestantismo, por ejemplo, que admite el libre examen; y también, dentro del catolicismo, lo que se llama hoy el *modernismo*.

Pues bien: yo considero que, tanto intelectualmente como *moralmente*, las formas de la religión, tales como se manifiestan en los espíritus simples, son mucho más inocuas, mucho menos peligrosas que éstas llamadas formas superiores. La forma en que la religión puede ser prácticamente mejor, es cuando consiste en una fe simple, absolutamente sencilla, sin complicaciones, ni intelectuales, ni morales. Seres de ese género, en una época hipercivilizada, no son comunes. Recuerdo un caso concreto. Se trata de una persona —una anciana— que había sufrido en su vida, entre varias tribulaciones, un inmenso dolor, uno de los más grandes dolores que puedan imaginarse: fué un caso en que otro cualquiera hubiera perdido toda esperanza. Esta persona creía en la Virgen; pero creía en la Virgen con la fe sencilla con que creemos nosotros en el mundo exterior: creía en la Virgen como yo creo en la existencia de ustedes, por ejemplo, ó de estos objetos que toco y que veo. Y cuando, más adelante, aquella situación, por una eventualidad tan inesperada que pareció un milagro, se hubo resuelto felizmente para ella, narraba sus diálogos con la Virgen con la misma sencillez con que yo podría contar el diálogo que he tenido con un amigo mío; y hablaba así: «Porque yo le decía á María auxiliadora...» «y yo entonces le decía: dame fuerzas, María auxiliadora...»; todo en esa forma, simple, sencilla. Bien: La religión, en esa forma ¿puede mantenerse en un espíritu cargado con todas las ideas y con todos los sentimientos que la cultura ha hecho nacer, y ser compatible con ellos? Probablemente, no. De todos modos, creo que las formas de religión llamadas superiores, esto es, esas *adaptaciones* y conciliaciones que los hombres procuran hacer entre las religiones de los tiempos primitivos, sencillos é ignorantes, y la psicología más científica, y también más avanzada moralmente, de épocas superiores, creo que esos estados producen un gran mal psicológico.

Voy á procurar explicarme. Supongamos que yo abro la Biblia sin creerla un libro de origen divino, creyéndola simplemente un monumento de sabiduría y elevación moral considerables para la época en que fué producido, atrasado con respecto á épocas ulteriores; *en este estado de espíritu*, yo puedo leerla y experimentar un gran respeto. Supongamos ahora una persona tan culta como yo,

que abra la Biblia creyéndola de origen divino: veamos qué le ocurrirá en lo intelectual y en lo moral.

En lo intelectual: Toma, por ejemplo, el Génesis: « Dios creó la tierra en seis días; el primer día hizo la luz; después, el segundo día, hizo el sol y las estrellas. » — Aparece en seguida la objeción vulgar: « ¿ Cómo la luz antes que el sol y las estrellas? » Pues bien: ¿ cuál es el estado de espíritu de esa persona culta? Inmediatamente tiene que hacerse sofismas, tiene que razonar, tiene que retorcerse el espíritu, tiene que hacer juegos malabares intelectualmente para procurar explicar lo que es inexplicable; mientras el espíritu libre no será dañado en ninguna forma por la ingenua explicación primitiva, el que la crea divina tiene que torcular y falsear su razón: « los días no eran días, sino periodos geológicos; la luz aquella no era la luz del sol, sino la luz difusa: ahora los sabios han descubierto que el éter debe emitir una especie de luz... » Inmediatamente vienen todos estos ejercicios mentales dañosísimos que quitan á la inteligencia su rectitud.

Ahora, en lo moral, que es donde el hecho es más grave. Abro yo la Biblia por un pasaje, por ejemplo, como la historia de Abraham. Abraham, cuando penetraba en un país extranjero, ordenaba á su mujer, Sara, que, ocultando su carácter de esposa, dijera que era su hermana: con motivo de esto, los reyes de esos países tomaban á Sara como concubina, á consecuencia de lo cual enriquecían á Abraham colmándolo de « bueyes, asnos y camellos ».

Si leemos esto con el espíritu libre, no nos hará más daño que la narración de cualquier otro acto inmoral; pero supongamos que lo lee una persona que está obligada — porque antes ha encerrado su espíritu dentro de una religión, dentro de una convicción determinada — una persona que está *obligada* á encontrar eso bueno; por lo menos, á atenuarlo, á disculparlo. ¿ *Qué clase de torturas no tendrá que imponer á su conciencia?* Y cuando, más adelante, unas líneas después, se entere de que Jehová, al conocer esos hechos, se irritó, pero no contra Abraham, sino contra los reyes que por error habían recibido á Sara, y que les aplicó toda clase de castigos hasta que la devolvieron, mientras Abraham siguió honrado por ese Dios: cuando vea más adelante, en el curso de ese libro, cómo toda la predominancia de la historia de Israel se debe al fraude de Rebeca en la bendición de Jacob por Isaac, y se sienta *obligado* á creer que esa mentira, ese engaño, fué, con aprobación divina, la base de la predominancia del pueblo de Israel, ¿ qué clase de torturas no tendrá que imponer á sus sentimientos; hasta qué punto no necesitará *echarse á perder el alma!*

Y tal es la moral que producen las religiones positivas una vez que los espíritus pasan de cierto grado de cultura y de cierta elevación efectiva. Se trata de una gimnástica peligrosísima; esa clase de ejercicios *no puede hacerse impunemente*. Por eso un pensador tan elevado como Guyau ha podido sostener — y su argumentación impresiona bien — que hasta es posible que el protestantismo no sea, como es tan corriente creer, una religión superior al catolicismo, como educadora; y efectivamente, noten — y esto es interesantísimo — noten *la actitud diferente de las dos religiones hacia el absurdo*. La católica, podría decirse que recomienda tragarse el absurdo de una vez y sin sentir su gusto, como los niños los remedios; la tendencia católica, esquemáticamente, está representada por aquella frase de uno de los Padres de la Iglesia: «Creo, aunque es imposible; creo, porque es absurdo». Pero, una vez que está en el absurdo, como no examina, como no reflexiona, como justamente impone por regla el no examinar ese absurdo, no procurar conciliarlo con la razón, no procurar que el absurdo deje de parecer absurdo, por eso mismo, *el resto de la inteligencia* puede quedar intacto. ¿Comprenden? Entre tanto, en las religiones de libre examen, es necesario probar que el absurdo no es absurdo; no creer el absurdo porque lo es, ó aunque lo sea, sino *probar, y probarse, que no lo es*, y aquí viene la gimnástica intelectual y moral más peligrosa de todas. Lo mismo con respecto al modernismo: el catolicismo tiende hoy á complicarse; empiezan á entrar en él las interpretaciones, las conciliaciones. Pues bien: creo que expresaré aceptablemente mi pensamiento así: Si hay una religión gruesa, y estados religiosos más finos, el religioso grueso sería una mentalidad atrasada y el religioso fino sería una mentalidad extraviada. Supónganse ustedes un tren que marcha hacia un rumbo determinado, que recién empieza á marchar, pero está en la vía; otro tren ha avanzado más, pero descarrilado, ¿cuál tiene más probabilidades y más posibilidades de llegar? Muy probablemente el primero. Pues bien: lo que á mi me parece es, como les he dicho, que la mentalidad, extraviada, á mi juicio, que representa el encerrar dentro de las fórmulas estrechas de una religión positiva todos los sentimientos y las ideas de un espíritu amplio, culto y sobre todo elevado moralmente, esto es, el obligarlo de antemano á encontrar buenas aún las cosas malas, á encontrar lógicas aún las cosas absurdas, creo, digo, que estos estados de espíritu, cuando son refinados, son peores que cuando son gruesos; cuando son evolucionados, complejos, son peores que cuando son primitivos y simples: dan menos esperanza.

Tengan presente que el ideal del hombre debe ser sentir, no ya sólo por el razonamiento, sino por algo más delicado aún, por una especie de instinto, lo bueno y lo verdadero; hacer, diremos, que nuestra alma sea como un aparato sensible, que sienta y revele lo bueno y lo verdadero como un delicado receptor. Pues bien: con esa clase de ejercicios, el espíritu tiende á embotarse; pierde su sensibilidad para lo verdadero y lo bueno.

Hablaba de la faz mala de las religiones de libre examen; esta facilidad para dividirse, para buscar soluciones, componendas, arreglos intelectuales y morales, es á tal punto un hecho psicológico, que yo creo sinceramente que, si existieran razas, y si fuera sensato hacer paralelos entre las razas, y si tuviera sentido hablar de razas latinas y sajonas y preguntarse cuál de ellas es superior, yo creo, al contrario de esas ideas que flotan hoy, que hay una cualidad que hace á nuestra raza claramente superior á las razas sajonas, y creo que esa cualidad sea justamente *la mayor resistencia que nosotros oponemos á esos estados de espíritu que resultan de arreglos intelectuales y morales*, á esas divisiones psicológicas, á esas inconsecuencias de sentimiento y de inteligencia. Esa *facilidad* de los miembros de una nación como la inglesa, por ejemplo, de ser, como ciudadanos de su propia patria, respetuosos del derecho hasta el extremo, y, en la política internacional... fué Spencer el que los llamó filibusteros; esa *facilidad* de una nación como la alemana para conciliar su idealismo artístico con su psicología y su régimen de disciplina militar y de opresión brutal, — eso es lo que no tenemos los latinos, para superioridad y honra nuestra. Es tal vez por eso por lo que nuestra historia es más agitada, más angustiada, sobre todo más contraproducente; es por eso por lo que los pueblos latinos pueden llegar hasta el suicidio político, ó, tan á menudo, «frustran la libertad» y el progreso; pero la causa es una superioridad de alma: y la Francia, por ejemplo, no podrá concebir la libertad encerrada en sus fronteras: necesita ofrecerla, hasta imponerla, ó perderla para sí. Ahora bien: esta psicología dividida de los pueblos sajones, los caracteriza en lo político, en lo social y en lo religioso. ¿Será una causa de su religión? ¿Será un efecto? ¿Serán, una y otra, efectos de una causa común? No sé: pero creo que existe el parentesco psicológico.

Dejemos esta digresión. Pasando ahora á las otras clases de sistemas: entre los metafísicos y los positivos, la comparación es muy fácil.

La moral metafísica tiene un carácter riguroso, claro, preciso;

pero, en cambio, sus bases son débiles y conjeturales; los sistemas positivos son mucho mejor cimentados, se basan sobre hechos; en cambio, nunca han alcanzado ni podrán probablemente alcanzar el rigor absoluto y el carácter definido de los metafísicos; ¿qué vale el rigor de los sistemas metafísicos, (hablo de *sistemas*), si la solidez de los cimientos de esos magníficos edificios es una ilusión?... Y es que la metafísica, — esto es, la manifestación más elevada y más noble de la actividad del pensamiento y del sentimiento humanos, — ha cometido el error de tomarse por lo que no es; de tomarse por una descripción ó por una explicación precisa.

En el conocimiento humano hay planos cada vez más profundos: nuestra vista puede penetrar más ó menos hondo en esos planos; pero, naturalmente, mientras más hondo penetra, más confuso ve. Si representáramos esos planos por una masa de agua, diríamos que es fácil describir y reproducir claramente lo que ocurre en la superficie del agua, y que, entre tanto, allá en lo hondo, ya no se ve: se entrevé, se percibe de una manera confusa, vaga; son sombras que pasan. Si nosotros procuráramos describir lo que pasa allá en el fondo, *con la misma claridad y con la misma precisión* que lo que pasa en la superficie, *daríamos por fuerza una descripción falsa*.

Entre tanto, la metafísica debe contribuir ampliamente para la moral ideológica y para la moral afectiva; pero *no tanto con teorías y con definiciones*, sino con sugerencias y con la inmensa visión de las posibilidades.

En cuanto á los sistemas de moral positivos, creo que de ellos quedará mucho: el papel asignado á la expansión de la vida; el papel asignado al mismo principio del placer; pero, naturalmente, con las modificaciones que impone un punto de vista más amplio: dando cabida, por ejemplo — que es lo que los moralistas positivos no supieron — á los ideales dolorosos, como posibilidades de un progreso mayor; también esa noción, que quedará, probablemente, como una de las partes sólidas, tal vez pocas, del inmenso pero deleznable edificio levantado por el gran constructivo Spencer: esa noción de las relaciones naturales entre ciertos actos y sus consecuencias favorables ó desfavorables para el progreso y el bienestar humanos: esa relación natural, con los caracteres de una ley; todas esas, serán, creo, piedras del edificio; pero el gran error de los sistemas positivos ha sido el no ser más que positivos: el procurar, con lo que es positivo, esto es, con lo que sabemos, *cerrar sistema*, — en lo cual se han equivocado, como se equivocaría el matemático que teniendo ciertos elementos de la solución de un problema, y care-

ciendo de otros, quisiera darlo por resuelto con los elementos que tiene. Las soluciones serán totalmente falsas. Lo que debería hacer, sería dejar abierto el problema, y, entre tanto, dar simplemente una aproximación.

Les decía un día que los diversos sistemas de moral han caído en un error parecido al que podrían cometer hombres que se propusieran construir un edificio absolutamente perfecto, incorruptible y eterno. Partiendo de ese concepto, todo edificio real sería después incompleto y malo; no sería «*el edificio*».

Pues bien: justamente todos los sistemas han hecho algo semejante, al pretender fundar la moral: *La Moral, con mayúscula*; esto es, una moral que sería perfecta, que no daría cabida á ningún conflicto ni á ninguna duda, ni á ninguna objeción, ni á ninguna dificultad; que no sería nunca ni dudosa, ni incierta, ni incompleta; «y entonces, se dirían nuestros arquitectos: hay un modo de que el edificio tenga ese carácter perfecto é incorruptible; sería suspenderlo del cielo». — Efectivamente, habría ese modo, pero es imposible: si alguno creyó verlo, fué espejismo.

Ahora, la solución de los sistemas positivos es edificar la casa sobre el suelo deleznable y corruptible, con materiales delezna- bles y corruptibles. Han hecho bien; pero, si la casa no se puede suspender del cielo, debe, y esto es lo que olvidan, debe *tener vistas al cielo*; y ellos *cierran por arriba*: cierran la moral á todas las posibilidades y á todas las esperanzas que hace posibles, que caben en la ignorancia humana, que caben en lo desconocido, sea ó no incognoscible.

La casa podrá ser del estilo que se prefiera: podrá predominar en ella el estilo griego, el estilo romano ó el estilo gótico, pero hay por lo menos, formas de arquitectura que no deberán aplicarse; por ejemplo, la de las Pirámides de Egipto: cerradas por arriba, no pueden construirse más que tumbas!

De esos sistemas positivos abiertos, se podría ver el cielo, adivinar, suponer, concebir ó fantasear según los casos; se trataría simplemente de no cerrarlos.

Y la moral de cada uno, más bien que un sistema, debería ser *un estado vivo*.

Desgraciadamente, uno tiene que hacérsela, porque no hay libros así, libros de moral en que se explicara, al fin y al cabo, con sinceridad, cuál es la situación del hombre y cuál puede y debe ser, por consiguiente, la actitud del hombre.

Vivimos sobre un planeta cuyo origen y cuyos destinos no co-

nocemos, en un trozo limitado del universo que conocemos mal y más allá del cual no conocemos nada. Algunos hechos están á nuestro alcance; y, para los actos humanos, pueden proponerse diversos móviles. Esos móviles no son siempre contradictorios ni exclusivos unos de otros: la consecución del placer personal, es un móvil; la consecución del bienestar social, es un móvil; facilitar el progreso humano, es un móvil; la expansión de la vida, es un móvil; y, todavía, todo lo que ignoramos, representa esperanzas para algunos, posibilidades simplemente para otros, las que también deben ser tomadas en cuenta entre los otros móviles, que pueden agregarles algo, y que, de todos modos, en ningún caso les son opuestos.

Nuestra moral debe contener todo eso; debe resultar de la combinación de todo eso, y á veces hasta de la interferencia, de la lucha ¿por qué no? de todo eso; hasta nuestra duda, hasta nuestra ignorancia deben formar parte de nuestra moral. Es un estado oscilante, es cierto: no se puede reducir á fórmulas, justamente como todo lo vivo. Es el único estado que admite el progreso en lo psicológico y en lo social; y, por lo demás, es el único estado que representa una sinceridad absoluta: sinceridad para con los demás y para con nosotros mismos; para con nuestra inteligencia y para con nuestros sentimientos; para con toda nuestra alma: para con nuestras creencias y para con nuestra ignorancia y nuestras dudas; — hasta para con nuestras esperanzas.

DE LAS NULIDADES EN GENERAL

De las nulidades en general

TESIS

POR EL DOCTOR JUAN JOSÉ AMÉZAGA
(Calificada de sobresaliente por unanimidad)

INTRODUCCIÓN

1. Concepto de la nulidad—Definición de Martinho Garcés.— 2. Definición de Larombière—Crítica.— 3. Merlin.— 4. Las nulidades y las sanciones penales de las leyes civiles — Opinión de Hugueney — Los grandes juristas contemporáneos—Crítica.— 5. Las nulidades constituyen un recurso extremo al que sólo debe acudir por necesidad.— 6. Clasificaciones.

1. Nulidad, dice el tratadista brasileño Martinho Garcés, es la violación ó no cumplimiento, de cualquier solemnidad esencial á la forma interna ó externa del acto jurídico. Si este trabajo fuera de índole exclusivamente teórica, no vacilaríamos un momento en aceptar la definición que transcribimos; pero, como nos proponemos estudiar una parte de nuestra legislación positiva, no podemos aceptarla sin reservas. Nuestro Código Civil, como casi todos los Códigos modernos, admite dos categorías de nulidades completamente diversas, una de las cuales que participa á la vez de los caracteres de los actos nulos y de los caracteres de los actos válidos,—no encontraría acomodo en el concepto que forma de la nulidad la definición del tratadista brasileño. En efecto, la ausencia de elementos esenciales á la forma interna ó externa del acto jurídico debe traer aparejada la inexistencia del mismo; si éste existiera, aquellos elementos no serían de su *esencia*. Tal vez el mismo tratadista brasileño se sorprenda al ver cómo son interpretadas sus palabras; pero ellas implican indudablemente el rechazo de la teoría que podríamos llamar del *dualismo de la nulidad*. Todas las nulidades serían *absolutas*.

2. Larombière dice que «nulidad es la no validez de un acto que contraviene á las disposiciones de la ley, ya sea imperativa ó prohibitiva». La definición es inexacta ó incompleta. Es inexacta porque no toda contravención á los mandatos de la ley produce nulidad. Sería incompleta si se restringiera á la contravención de las leyes de orden público, porque en este caso sólo se comprenderían las nulidades absolutas.

3. La mayoría de los autores no definen la nulidad en general, prefiriendo dar definiciones particulares de las distintas especies de nulidades.

Otros indican los diversos sentidos en que suele emplearse el vocablo nulidad. Merlin, por ejemplo, dice que nulidad designa á la vez el estado de un acto nulo y conocido como no existente,—y el vicio que impide á ese acto producir su efecto.

Podríamos seguir analizando y discutiendo definiciones, pero es inútil el hacerlo, desde que lo dicho basta y sobra para formar un concepto, aunque vago, del tema que nos proponemos tratar.

4. Es muy general entre los los autores franceses é italianos considerar la nulidad una sanción penal, que aplica la ley civil. Un individuo persigue un fin ilícito; el legislador por medio de la nulidad le prohíbe llegar á él. «¿La nulidad desempeña el papel de una pena?—Un filósofo que no ve en la pena sino un medio de defensa, responderá afirmativamente. Un jurista distinguirá. La pena es una reacción; la nulidad, en principio, no reacciona; luego no es una pena». Hay, sin embargo, casos en que se convertirá en una verdadera pena; son hipótesis excepcionales, es verdad, pero esto no impide que se presenten, y que operando una síntesis de todas ellas, dice Hugueney, nos formemos la ilusión de haber obtenido un pequeño cristal de pena privada»⁽¹⁾. Son poco convincentes las

(1) HUGUENEY.—*L'idée de peine privée en droit contemporain*, pág. 158.

razones que se aducen para hacer de la nulidad una institución semi-civil y semi-penal.— Tal vez, en algunas disposiciones de nuestra ley civil, se encuentren vestigios ó reminiscencias de las antiguas penas privadas,— pero de esto no puede inferirse una conclusión de carácter tan general, que extienda á todas las nulidades, esos pequeños cristales que sólo acompañan á la menor parte de las disposiciones dictadas sobre esta materia.

El movimiento jurídico contemporáneo, parecía que siguiendo la ley de la evolución, se dirigía á completar el paso de la homogeneidad incoherente é indefinida de las leyes de los pueblos primitivos, en que las disposiciones civiles y penales se confunden con las de orden constitucional,— á la heterogeneidad coherente y definida de los Códigos modernos, en los cuales las leyes que rigen las distintas funciones del organismo social, se agrupan en cuerpos separados é independientes, procediéndose también dentro de la legislación, á hacer efectivos los principios de la división del trabajo y de la especialización de las funciones. *La ley civil no aplica penas*, se dice, dando á este principio la autoridad de un axioma.

Los grandes juristas han iniciado la reacción. La ley civil aplica penas; éstas son de distinta naturaleza y oscilan entre las indemnizaciones y restituciones puramente civiles y las sanciones propias de un Código penal. No son, propiamente hablando, ni disposiciones civiles, ni disposiciones penales. Constituyen una zona intermediaria, poco estudiada todavía y que está destinada á provocar ardientes polémicas. Es una obligación empezar á reunir materiales para su estudio.

Tales son las conclusiones de los grandes juristas, que á nosotros sólo nos interesan en cuanto puedan tener relación con las nulidades. Poca influencia tendrán sobre ellas en general por más que puedan te-

nerla sobre algunas nulidades en particular. No se ajusta el concepto de pena á la nulidad. Un acto es nulo cuando ha fracasado su constitución, cuando no ha podido llegar á la existencia por no haberse cumplido con los requisitos que las leyes imponen para ello. En este caso, no puede decirse que la no existencia sea una pena, como no lo es el fracaso de la construcción de un puente por no haber seguido los principios que las leyes científicas indican para realizarla. Sería un absurdo decir que el derrumbamiento de un puente es una pena, y es exactamente lo mismo decir, en los casos generales, que la inexistencia de un acto jurídico, ó su derrumbamiento, si se quiere, es una sanción penal.

Para justificar la institución de la nulidad no es necesario atribuirle carácter penal. Su origen está en la naturaleza misma de las cosas. Son la garantía de la libertad de obligarse y de la observancia de las leyes de orden público y de interés general; son un *remedium juris* destinado á proteger la existencia del individuo y la conservación de la sociedad.

5. Siendo la nulidad un acto legítimo del legislador, como acabamos de demostrarlo, no cabe duda de que debe ser un medio extremo, al que sólo puede acudir en caso de absoluta necesidad, porque si bien no es completamente exacto el viejo proverbio, —«*las nulidades son odiosas*»,— es incuestionable que su abuso podría producir gravísimos é irreparables perjuicios, destruyendo muchas veces vínculos jurídicos contra la voluntad de las partes interesadas. Como observa Laurent, «cuando se trata de pronunciar la nulidad de un acto contrario á la ley, el legislador debe pesar el mal que resulta de la inobservancia, y el mal que produce la anulación; si mantiene el acto, aunque la ley haya sido violada, compromete su autoridad; las leyes impotentes no son respetadas, y sin

el respeto de la ley no hay sociedad. Pero también, si el legislador anulara todo acto que contuviera la menor irregularidad, iría demasiado lejos; es en interés de la sociedad que anula; ahora bien, el interés de la sociedad no exige ese lujo de nulidades, porque á fuerza de asegurar la autoridad de la ley, se la haría realmente odiosa, puesto que los ciudadanos se verían turbados en sus derechos á cada instante; y esta turbación puede constituir un mal más grande que la inobservancia de la ley. Todas las disposiciones de la ley no tienen la misma importancia. Hay algunas que no pueden violarse, porque hay un interés capital en cuestión. Por el contrario, hay otras que prescriben formalidades, útiles sin duda, pero de interés secundario» (1).

6.— Muchas divisiones y clasificaciones de las nulidades se encuentran en los libros que tratan de esta materia. Indicaremos algunas con objeto de precisar el significado de los términos.

Se han dividido las nulidades, en nulidades de *orden público* y nulidades de *derecho privado*. Las primeras tienen principalmente por fin el interés general, mientras que las segundas el interés de los particulares.

Se distinguen las nulidades de *pleno derecho*, de las nulidades *por vía de acción*, fundándose, en que unas han sido formalmente pronunciadas por la ley ó son consecuencia de un vicio tan grave que no ha permitido la existencia del acto jurídico, mientras que otras no han sido declaradas por el legislador debido á que son consecuencia de circunstancias de hecho que debe apreciar y resolver el juez.

Una clasificación de importancia es la que se basa en la forma en que la ley ha establecido la nulidad. Puede haberlo hecho expresamente y entonces la nuli-

(1) LAURENT.--*Principes de droit civil français*, I, 812.

dad se denomina *textual* ó *literal*, y puede haberlo hecho implícitamente con el fin de asegurar la autoridad de la ley contra los actos realizados despreciando sus disposiciones. Estas nulidades se denominan *virtuales*.

Nuestro Código divide las nulidades en *absolutas* y *relativas*.

Volveremos sobre este tema en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO I

TEORÍA DE LAS NULIDADES ⁽¹⁾

SUMARIO: — 7. La doctrina de la nulidad.—8. El derecho *formulario* romano.—9. Las nulidades relativas como «*excepción*».— 10. La restitución *in integrum*.— Las dos especies de nulidades.— 11. La legislación francesa heredó esta institución romana.— 12. Las *lettres de rescision*.— 13. La prescripción de diez años.— 14. Abolición de las *lettres* de rescisión como consecuencia de la separación de los poderes.—15. Desaparece la razón pero no la institución.—Se invoca la autoridad de Pothier para crear dos clases de nulidades.— 16. Fundamento científico de la distinción.— 17. Continúa.— 18. Continúa.— 19. Sólo hay nulidad absoluta.— Doctrina de Pescatore. — Monismo de la nulidad.— 20. Continúa.— 21. Las nulidades llamadas relativas y los vicios del consentimiento.— 22. Las otras nulidades llamadas relativas.— Crítica.— 23. Discusión general— La nulidad relativa es obra del juez; la absoluta, obra de la ley. — Crítica. — 24. Desde el punto de vista de la ratificación hay diferencia entre las nulidades absolutas y las relativas.— Refutación.— 25. Continúa.— 26. Continúa.— 27. La prescripción de la acción de nulidad no autoriza tampoco la existencia de la llamadas nulidades relativas.— 28. La repetición de lo pagado y las nulidades relativas.— Crítica.— 29. El *monismo* de la nulidad.— 30. Nulidades manifiestas y latentes.— 31. La nulidad no es modo de extinguir las obligaciones.— 32. Continúa.— Conclusión.

7. Podemos decir con Giorgi que para explicar cómo y porqué las nulidades se encuentran entre los modos de extinguir las obligaciones hay que pedir mucho á la historia y poco á la ciencia.

En efecto, si pretendemos explicarnos los fundamentos científicos de las disposiciones que sobre esta materia se encuentran en casi todos los códigos, se nos presentarán dificultades tan graves, inconvenientes é inconsecuencias de tal naturaleza, que nos veremos obligados á abandonar una empresa tan atrevida, sin haber conseguido ningún resultado práctico. Pero si bien no es posible justificar ante la lógica y ante la razón un conjunto de disposiciones tan inco-

(1) Las ideas fundamentales expuestas en este capítulo, fueron brillantemente expuestas por primera vez entre nosotros por el ilustrado catedrático de tercer año de Derecho Civil doctor Duvimioso Terra.

herente y tan contradictorio como el que presentan las legislaciones modernas, es muy fácil explicar su origen histórico, observar su desarrollo paulatino á través del tiempo y ver aparecer ese conjunto, en apariencia moderno, como el resultado de las modificaciones impuestas por el desenvolvimiento evolutivo de los organismos sociales á las antiguas leyes y prácticas romanas.

Algunos autores creen encontrar el único origen de la teoría moderna de las nulidades en el Código Francés, sostenida por el primer cónsul y por los eminentes jurisconsultos que realizaban la tarea de redacción. Esto no es exacto. El germen de las disposiciones del Código Napoleón existe en el derecho romano, se desarrolla en el caos de las legislaciones anteriores á la revolución, dando lugar á que Pothier y los demás jurisconsultos de la época sentaran con claridad los principios que aún se invocan en materia de nulidad y que sirvieron de fundamento á las mismas disposiciones del Código Francés.

Al examinar la teoría corriente de las nulidades conviene hacerlo desde un doble punto de vista. Primero estudiarla en sus distintas fases evolutivas, y luego proceder á su crítica científica, sentando las conclusiones que se armonicen mejor con las justas exigencias de nuestra época. La historia nos facilitará el examen científico, y hasta puede decirse que forma parte de él.

8. En el antiguo derecho de la ciudad romana, mientras ejerció su imperio soberano el sistema llamado formulario, el dominio de la *forma*, de la *solemidad* fué absoluto. Se rechazaba por completo todo elemento intencional, toda influencia de la declaración de voluntad para mantener en su plenitud la tiranía del elemento objetivo representado por las fórmulas sacramentales.

No se podía entrar á averiguar la espontaneidad del

consentimiento, ni importaba á la validez del contrato que se hubiera consentido en él mediando violencia, dolo ó error. Lo único que interesaba era saber si se habían llenado los requisitos de forma que las leyes prescribían. Faltar á ellos, implicaba la no existencia del acto ó contrato que se pretendía realizar; cumplirlos, significaba dar á éstos validez estable y definitiva. El acto ó contrato inexistente no podía subsanarse por ningún medio: *quæ ab initio inutilis fuit constitutio ex post facto convallescere non potest*.

El acto jurídico durante este período se *concentraba*, como diría Ihering, en su forma. Se llenaba ésta, era todo; se faltaba á ella, era nada. Todo ó nada, existencia ó nulidad, tales son las consecuencias del rigorismo del sistema formulario.

9. Las exigencias absurdas y exageradas del *jus civile* ponían muy á menudo al derecho en pugna con la justicia y con la equidad, es decir, con sus mismos fundamentos. El progreso de la cultura romana, el aumento de las transacciones y el desarrollo del comercio, obligaban á reaccionar, y la reacción se produjo, aunque de un modo original.

El pretor tuvo, en la transformación que se operó, una intervención decisiva por más que es forzoso reconocer que el *jus civile*, si bien muy débilmente, la favoreció, atemperando en algunas de sus disposiciones (lex cincia) el excesivo rigorismo que lo caracterizaba.

El pretor estaba obligado á reconocer la existencia de un acto que era válido ante el *jus civile*; pero, como concesión á la equidad, introdujo una *excepción*: «En la fórmula *in jus concepta*, el juez debía atenerse á los principios que regían el *jus civile*; pero el pretor, que transmitía la fórmula al juez, podía insertar expresamente como condición negativa de condena- ción, algunos hechos ineficaces ante el derecho civil, pero eficacísimos ante la equidad en las prácticas de la vida, tales como el error en que uno de los con-

trayentes hubiere incurrido por sí ó por obra de una *maquinatio* ó *fraus* de la contraparte, la violencia, etc. (1).

La excepción es, pues, el primer medio de que se valieron los pretores para amortiguar los rigorismos del *jus civile*, pero no tiene valor sino como medio de defensa contra una acción entablada para obtener la ejecución de un acto ó contrato válido. Hacía falta una acción, porque la excepción aunque al fin y al cabo, conduce á la no eficacia del acto ó contrato, constituye más bien el lado *pasivo*, como muy propiamente se ha dicho, y no el *activo* de la declaración de nulidad.

10. Era necesario perfeccionar la reforma que se iniciaba y se dió un nuevo paso cuando el pretor empezó á conceder la restitución *in integrum*, contra los actos que fueron celebrados y luego ejecutados, siendo contrarios á los principios de la equidad (2).

Un acto ó contrato viciado por violencia, dolo ó error, era válido, pero el pretor concedía la restitución *in integrum*, diciendo: « Verdaderamente estos contratos son válidos según la ley y yo no tengo la potestad de derogarla, haciendo una nueva; pero, como no puedo resignarme á dar ejecución á este contrato viciado concedo la restitución *in integrum*. El proceder del pretor justifica el aforismo: *contractus jure civile valet sed rescinditur auctoritate prætoris*.

En un principio era dueño el magistrado de un omnímodo poder de apreciación de las causas de anulación ó rescisión en cada caso particular. Pero, más tarde, el mismo pretor puso un límite á sus atribuciones, fijando, con carácter general, en el edicto que dictaba, las causas de nulidad que serían admitidas. Estas causas, por regla general, eran *internas* ó *externas*, según que afectaran á la parte que Molitor llama

(1) EISELE, página 35.

(2) Se discute entre los romanistas si era una concesión del pretor ó un *derecho*. Pero, si es un derecho no emana seguramente del *jus civile*.

visceral del acto ó contrato, ó que tuvieran su origen en un elemento exterior ó independiente del acto ó contrato mismo, como la lesión. Entre otras, las causas de nulidad que admitían eran: *menor edad, violencia, error, dolo, capitis diminutio mínima, ausencia*, etc. El plazo para alegar la nulidad era de un año, que empezaba á correr desde el momento en que cesaba la causa eficiente de la anulación. El plazo se extendió á cuatro años en el nuevo derecho de Justiniano.

En el derecho nuevo, ya se introduce la diferencia entre la inexistencia y la nulidad. La primera que tiene por causa un contrato que nunca nació, de tal suerte que la sentencia que dicta el juez es simplemente *declarativa* de la inexistencia y no *atributiva* de la misma. He aquí una diferencia fundamental con el derecho fundado en la equidad. En este derecho el contrato es válido y la sentencia es *atributiva* de nulidad. El acto ó contrato aunque válido, no produce efectos, porque la sentencia del juez se lo impide.

11. Esta institución pasó al antiguo derecho francés en el que las costumbres nacionales, y, sobre todo, las invasiones de los bárbaros, le hicieron sufrir algunas transformaciones. La legislación de la antigua Francia era una fusión de dos legislaciones, la romana y la nacional, que regían simultáneamente.

Había lugar á una acción de nulidad que se introducía directamente ante los jueces cuando se violaban las ordenanzas y costumbres que constituían el derecho nacional y que iban acompañadas de esa sanción. Pero, si sólo se violaban los principios del derecho romano, la obligación era anulable por motivo de equidad, siempre que se obtuviera del soberano, es decir, de la cancillería del rey, la autorización ó permiso correspondiente por medio de las llamadas *cartas de rescisión*. Entre otras, las causas que daban lugar á que se expidieran las cartas de rescisión eran: el

error, el dolo, la violencia, la lesión, etc. Era la misma institución romana con un cambio de funcionario; un pretor sustituido por un rey... Los jurisconsultos, enemigos natos del feudalismo, imaginaron las cartas de rescisión para sustraer las demandas de nulidad más frecuentes de la jurisdicción de los señores; el juez que autorizaba la rescisión, autorizaba al mismo tiempo á los jueces reales para pronunciar la nulidad. Era un medio de extender la jurisdicción de los parlamentos y de restringir la de los señores. Se sabe que la lucha de la monarquía con el feudalismo se terminó con la victoria de los reyes que se convirtieron en soberanos absolutos. Desde entonces las cartas de rescisión no tenían razón de ser, y, por consiguiente, la diferencia entre las acciones de rescisión y las acciones de nulidad era de pura forma (1).

Se ve, por lo que antecede, cómo aparecieron en el derecho francés las cartas de rescisión. Según todas las probabilidades los señores feudales, dueños de vidas y haciendas, se apoderaron de los privilegios de los pretores, privilegios que luego pasaron á manos de la corona, tomando la forma de *lettres de rescisión*, la que tal vez ya tenían en alguna de los jurisdicciones parciales de los señores.

12. A fin de dar una idea de lo que eran las *lettres de rescisión*, transcribimos á continuación una de las fórmulas usadas. «Louis... a notre sénéchal de la Marche, ou son lieutenant général á Guéret. De la part de N... il nous a été exposé (aquí la exposición de los hechos)... A ces causes, voulant souvenir á nous sujets, suivant l'exigence des cas, nous vous accordons que, les parties dûment assignées pardevant vous, s'il vous appert de ce que dessus, et notamment que par l'acte dont il s'agit l'exposant sort lésé d'autre mortié et d'autres choses, tant que suffire doive; vous,

(1) LAURENT. — *Principes de droit civile français*, tomo XVIII, § 526.

en ce cas, sans avoir égard audit acte dudit pour 1.^o janvier 1766, que nous ne voulons nuire ni préjudicier à l'exposant, et dont, autant que besoin est et sera nous l'avons relevé et relevons par les presentes, remettez les parties en tel et semblable état qu'elles étaient auparavant le dit acte; car tel est notre plaisir. — Donne à Paris en la chancellerie de notre palais et sous le scel d'icelle le 12 mars 1768. Par le Conseil — (la firma) » (1).

13. — Luis XII, por medio de su ordenanza de Lyon, de 1510, vino á completar las diferencias que existían entre las nulidades declaradas por el derecho patrio y las rescisiones que se obtenían por medio de las autorizaciones reales, estableciendo la prescripción de diez años para las últimas.

14. La Revolución destruyó todas las antiguas prerrogativas de los reyes, y entre tantas cayó la de las cartas de rescisión que fué abolida por la ley de 7 de Septiembre de 1790, la que dispuso que, tanto las demandas de rescisión como las de nulidad debían entablarse directamente ante los tribunales. Aceptado el principio de la división de los poderes como fundamento de la nueva organización constitucional, todas las atribuciones de carácter judicial que usurpaba el poder ejecutivo debían ser restituídas á los jueces.

15. Estaba tan arraigada en los espíritus la idea de que existían dos categorías de nulidades, era tan enérgica la influencia del derecho romano, y, á pesar de la violenta reacción, se respetaba tanto la autoridad del derecho consuetudinario, que aun suprimidas las diferencias entre el *jus civile* y el *jus gentium*, y abolidas las prerrogativas reales en materia de justicia, nadie se resignaba á suprimir por completo las nulidades que se concedían por razones de equidad, nacidas bajo el amparo de aquellas instituciones ya desaparecidas.

1) LAROMBIÈRE.—*Théorie des obligations*, tomo V, página 280.

Debía haber dos clases de nulidades, y obedeciendo á este propósito, se invocó la autoridad de Pothier para crear las llamadas nulidades *relativas*, sin tener en cuenta que el eminente jurisconsulto escribía bajo el imperio de un régimen ya abolido para siempre. «..... Ese contrato, dice Pothier, no es absolutamente nulo, porque un consentimiento, aunque viciado, no deja de ser un consentimiento; pero ese contrato es vicioso, y la parte que ha sido sorprendida puede, en el término de diez años, tomando carta de rescisión, hacerlo rescindir.» Las palabras de Pothier indican bien que escribía estando en vigencia el procedimiento de las cartas de rescisión. Pero eso no importa. Los autores del Código Napoleón lo siguen lo mismo. Desde ese momento tenemos creadas en el derecho moderno nulidades *absolutas* y nulidades *relativas*.

El Código francés dice en su artículo 1117: «*La convención contratada por error, dolo ó violencia no es nula de pleno derecho; dá lugar únicamente á una acción de nulidad en los casos y de la manera explicada en la Sección 7.^a del capítulo 5.^o del presente título*». La sección á que se refiere este artículo lleva por epígrafe: «*De la acción de nulidad ó de rescisión de las convenciones*».

Interesa conocer los motivos de esta disposición. Bigot Preameneu dice, que, aunque el consentimiento esté viciado por error dolo ó violencia, es indudable que el contrato existe en virtud de un consentimiento aparente y que tiene vigor como si fuera legítimo, hasta que se hayan probado las excepciones por quien las opone. El acto no es nulo por derecho, sino que es declarado nulo por el juez.

Del Código francés pasó la disposición que nos ocupa sin alteración substancial, á casi todas las legislaciones del universo, y aparece también en el Nuevo Código italiano que admite obligaciones sin valor, distintas de las inexistentes.

Los autores del Código italiano no tuvieron la independencia suficiente para separarse por completo de la legislación que les había servido de modelo; y, si bien sentían que tanto el pueblo como la ciencia, pedían una legislación mejor, esto no se hacía, según Pisanelli, porque las circunstancias no permitían una obra más profunda y radical que la que se contenía en el proyecto.

16. Hasta aquí la exposición histórica; es tiempo de pasar á la parte doctrinaria. La casi totalidad de los autores siguiendo la corriente de los Códigos tratan de establecer diferencias entre las nulidades *absolutas* y las *relativas*, poniendo de manifiesto los fundamentos jurídicos en que reposan.

Así, Dunod dice, refiriéndose á las nulidades absolutas: « La prohibición está hecha en la ley, teniendo en cuenta el interés público; que el primero y el principal objeto de toda ley es el bienestar de la sociedad, la conservación de las cosas y de los derechos que pertenecen á la comunidad; el mantenimiento de las buenas costumbres y el respeto por las cosas que están fuera de comercio por el derecho natural de gentes ó civil. La nulidad que resulte de la violación de una prohibición de esa naturaleza es absoluta, porque la ley resistirá continuamente al acto que ella misma prohíbe, que ha reducido á un simple hecho que no puede ser autorizado ni confirmado y que no produce ningún derecho, ninguna acción y ninguna excepción. Esta nulidad puede ser objetada por cualquier interesado y aún por el juez de oficio ».

Sobre las nulidades relativas dice el mismo autor: « Aunque el fin de la ley sea siempre el interés público, y de la sociedad, este punto de vista está á menudo lejano y la ley considera entonces en primer lugar, en su prohibición, en la nulidad que ella pronuncia, el interés de los particulares: *primaris spectat utilitatem privatam et secundaris publicam*. Son los

particulares que aprovechan de su disposición; y su prohibición produce una nulidad que se llama relativa porque no puede interesar sino á aquél en cuyo interés ha sido establecida. Es por esto que sólo él puede prevalerse de ella y proponerla, y, si otros lo hicieran, podría alegarse contra ellos que se fundaban en intereses ajenos».

17. Se ve cuál es la tendencia de la doctrina moderna. Hay dos clases de nulidades. Las primeras, llamadas nulidades absolutas, ó refiriéndose á los actos y contratos, inexistencias, son aquellas que no reúnen las condiciones requeridas para existir. Las segundas, llamadas nulidades relativas, son aquellas que afectan á un contrato que existe, que no es sólo una apariencia, que es una realidad, pero una realidad viciosa, imperfecta, cuya existencia reconoce la ley mientras la nulidad no haya sido pronunciada.

Este es el fundamento general en que reposa la doctrina de los Códigos modernos.

18. Marcadé y Mourlon hacen notar las diferencias que separan los contratos nulos de los anulables. Los primeros son aquellos que no habiendo nacido no tienen más que la apariencia de realidad; los segundos reúnen todas las condiciones necesarias para la existencia, pero tienen vicios, que si bien no impiden que provisoriamente sean válidos, pueden causar su anulación si ella es demandada. «El contrato nulo no tiene ninguna existencia; no ha podido formarse: es la nada, un simple hecho destituido de todo efecto civil. Nadie puede invocarlo, ni á nadie puede oponerse. Nada, ni el tiempo ni la voluntad expresa de las partes, puede darle la fuerza de una convención obligatoria; no se ratifica la nada. Nada es hoy y nada será siempre». «El contrato anulable no tiene solamente como el anterior, la apariencia de contrato, — sino que lo es en realidad. Es un contrato vicioso, imperfecto sin duda; pero al fin existe y la ley lo reconoce».

Laurent dice que es necesario no confundir las obligaciones nulas con las obligaciones inexistentes. Las primeras dan lugar solamente á una acción para que sea declarada la nulidad. En cuanto á los actos inexistentes no se puede lógicamente exigir la anulación, porque no se pide la anulación de la nada. Si á mí se me exige el cumplimiento de un contrato en que no he consentido, tengo, sin duda alguna, el derecho de rechazar tal pretensión; pero no pediré al juez su anulación, porque ese contrato no existe por falta de consentimiento. Pediría al juez que declarase que no ha existido nunca. Y el juez no anulará, sino que declarará que no reúne todas las condiciones requeridas para su existencia, y, que, en consecuencia, no puede producir ningún efecto.

19. De todo lo que antecede resulta que tiene razón el ilustre Pescatore, cuando dice que, según las doctrinas antiguas y modernas, hay actos absolutamente válidos, actos absolutamente nulos, y actos que no son, en un sentido absoluto, ni válidos, ni nulos; no son válidos, porque son anulables; no son nulos, porque provisoriamente producen sus efectos, y sólo dejan de ser válidos por la sentencia del juez que los anula. Rechazamos esta doctrina. «Todo acto jurídico tiene su fin y debe reunir todas las condiciones declaradas necesarias por su naturaleza ó por la ley, para que, produciendo los efectos á que está destinado, llene y cumpla las necesidades que han provocado su nacimiento. ¿Se han cumplido todas esas condiciones?—El acto es válido, perfectamente válido. ¿Faltan en todo ó en parte?—Entonces el efecto no se produce, la obligación no nace; la *nulidad* del acto que se quería producir y no se produjo, por falta de una cualquiera de las condiciones, de las que se requería un concurso completo, es siempre una *nulidad absoluta* (1).

PESCATORE.—*Filosofia e dottrina giuridiche*, tomo I, pág. 227.

La división que se hace de los elementos constitutivos de los contratos, fundándose en que unos son indispensables para la existencia del contrato, y cuya falta trae aparejada la inexistencia, la nulidad absoluta, y en que otros sólo son necesarios para su validez, de tal suerte, que su no concurrencia sólo produce una nulidad relativa, no está fundada, como vulgarmente se pretende, en la naturaleza de las cosas. La misión del legislador no es la de establecer divisiones y clasificaciones artificiales, sino la de establecer las condiciones que debe reunir un acto jurídico para ser capaz de producir efectos. El no cumplimiento de esas condiciones impide que la obligación exista; el acto es nulo de una manera absoluta. El legislador no puede prestar su apoyo á un acto que no ha nacido, porque sus disposiciones no han querido dejarlo nacer. No han podido establecer condiciones superfluas que no importa que no se cumplan.

Si las ha establecido, deben cumplirse; si no se cumplen, el acto no nace, la obligación no existe, el derecho se cristaliza. No caben términos medios; no hay actos enfermos, y, desaparecidas las nulidades por razones de equidad, debe plantearse nuevamente el dilema del antiguo derecho romano: *inexistencia ó validez; todo ó nada*. El *dualismo* de la nulidad no concibe.

20. La doctrina de Pescatore no es original. Antes que él se habían pronunciado en contra de las pretendidas nulidades relativas, varios autores alemanes, por considerarlas consecuencias de un concepto anticientífico y antijurídico de la nulidad.

Schlossmann hacía notar, en 1874, la contradicción que implicaba el considerar, por un lado, válida una declaración de voluntad, y por otro, autorizar una acción tendiente á producir su nulidad. ¿No es esto deshacer con una mano lo que la otra construye? — Si á un acto ó negocio jurídico se le declara capaz de

producir efectos es porque reúne todos los requisitos esenciales de la constitución de su organismo. Si no reúne estos requisitos, no ha debido nacer, no puede existir. Inexistencia ó perfección. Términos medios no se conciben.

En el derecho romano las exigencias del *jus civile* crearon una situación especialísima que no hay motivos para hacerla perdurar. Las legislaciones modernas no deben establecer requisitos inútiles, pero los que sean necesarios deben ser rigurosamente cumplidos, so pena de nulidad. Volvemos á repetirlo: la ley no debe ni puede establecer requisitos superfluos. Los que establezca deben cumplirse, porque son indispensables para el nacimiento del acto ó contrato.

21. Pasemos á examinar las nulidades relativas. Su examen será provechoso, porque demostrará de un modo evidente que no hay motivo jurídico ni razón científica de ninguna especie que justifique su existencia. Empecemos por los actos y contratos que adolecen de nulidad relativa debido á los vicios del consentimiento.

¿Hay diferencia entre un no consentimiento y un consentimiento obtenido por violencia, dolo ó error? — ¿Puede decirse que se ha consentido cuando ha mediado una fuerza física irresistible ó un temor grandísimo y razonable? — ¿Hay consentimiento en un contrato cuando se ha creído consentir en otro distinto? — ¿Hay acaso consentimiento cuando se obtiene el asentimiento de una persona por maquinaciones insidiosas que la han sorprendido en su buena fe? — Indudablemente no se concibe consentimiento en tales casos. Nadie sostendrá lo contrario. Pues bien; si no hay consentimiento, no hay acuerdo de voluntades; y si no hay acuerdo de voluntades, no hay contrato. De modo, pues, que las pretendidas nulidades relativas de los vicios del consentimiento, son, en realidad, nulidades absolutas, desde que un consentimiento enfermo

no se concibe. Hay consentimiento ó no lo hay. En el primer caso, el contrato existe; en el segundo, no ha podido existir por faltar el acuerdo de voluntades indispensable para ello.

La historia podría ayudarnos, también en este caso, para averiguar cuál ha sido el origen de los pretendidos vicios del consentimiento.

Es conocida la influencia que en Roma tuvo una doctrina profesada por una escuela filosófica de héroes, el estoicismo, influencia que se observa en la legislación y en los jurisconsultos cuando adoptan las divisas: *qui vi aut errore consentit, tamen consentit, et si coactus voluit, tamen voluit*, deducidas ambas de una máxima muy á menudo repetida por Epicteto: «no seas ni ladrón ni tirano de tu voluntad». El error, el dolo y la violencia no impiden la formación del contrato. Quien, ante ellos cede, robando ó esclavizando su voluntad, demuestra inferioridad moral y debe recibir el castigo que merece por su cobardía ante el peligro ó por su candidez infantil.

La violencia, según la filosofía estoica, sea como dolor físico ó como dolor moral, no es capaz de suprimir, de extinguir la fuerza de la voluntad que debe existir en el hombre libre. Ser libre es ser virtuoso, y no lo es quien se deja someter por influencias exteriores. «—¿No tienes nada, no eres dueño de nada? — Yo no sé. —¿Se te puede forzar á aprobar lo que « es falso? — No. —¿Puede obligársete á querer lo que « no quieres? — Se puede, porque amenazándome con « la muerte ó la prisión, se me obliga á querer. — Pero « si, despreciaras la muerte ó la prisión ¿te inquietarías por esas amenazas? — No. —¿Despreciar la « muerte está en tu poder? — Sí. —Entonces tu voluntad « se ha libertado (1)». Hay en nosotros un poder que podemos dominar de un modo absoluto. Si lo some-

(1) *Entretiens*, VI, 51, citado por GUYAU.

temos á influencias extrañas, si cedemos á la violencia es porque queremos. Esto nos basta para darnos cuenta de los principios filosóficos que en aquella época dominaban; la ley era consecuente con ellos.

La lógica de los estoicos se unía estrechamente á su moral. Es necesario no equivocarse nunca, dice Epicteto. Equivocarse, incurrir en un error es una falta y quien la comete debe sufrir las consecuencias con calma y serenidad, desde que sólo recibe el castigo merecido de su culpa. Pensar al azar, dar asentimiento indiferentemente á tales ó cuales ideas, es perder la dignidad y la libertad, sirviendo de juguete de las cosas. Nuestra voluntad y nuestra inteligencia deben estar sobre todas las cosas. Proceder de otra manera es faltar al deber.

Pero los principios del estoicismo no progresaron. El esfuerzo que tuvo que hacer la humanidad para producir esa secta, al decir de Montesquieu, la agotó completamente. Los héroes no abundan en los últimos tiempos de Roma, y las leyes hechas para héroes deben ser modificadas. Entonces se dice todavía con los antiguos principios: consentimiento hay; pero se agrega: tiene un vicio, que probándose será causa de rescisión del acto ó contrato.

El estoico cumple con los preceptos de una moral de héroes, dice Giorgi, y ante su conciencia tal vez parezca justo que el que tuvo la debilidad de consentir sufra las consecuencias de su debilidad, pero «la conciencia de todo hombre de buen sentido se revela y siente toda la injusticia del riguroso sofisma». El jurista prudente entiende que la ley no puede exigir un esfuerzo de virtud sobrehumana, porque no se puede exigir que el hombre se resigne ante la injusticia como se resigna, dice Guyau, ante la pesantez de la piedra ó la ligereza de la llama. La ley debe tener en cuenta que, el temor ó el error, obrando sobre la conciencia del hombre, priva al consentimiento

de la espontaneidad necesaria para que pueda jurídicamente considerarse como manifestación de la voluntad de la persona que lo dá. Un consentimiento sin espontaneidad é inconsciente es un no consentimiento.

En resumen, los estoicos decían: «nadie debe quejarse de sus males, sino sufrirlos, demostrando fortaleza ante el dolor. Se engañó: sufra en silencio y resignado las consecuencias, y de esa manera el dolor no será un mal. Se dejó engañar: sufra también las consecuencias de su imprevisión. Fué víctima de la violencia, porque no tuvo valor para resistir: su cobardía merece como castigo que se le obligue á cumplir el contrato». Esta doctrina no era para hombres. No era humana. Por eso se introducen en el derecho civil los vicios del consentimiento.

En realidad, no hay tales vicios, sino ausencia, falta absoluta de consentimiento desde que éste carece de espontaneidad. Quien consiente en un contrato creyendo consentir en otro, no consiente. Quien carece de libertad, tampoco puede consentir.

No hay, en consecuencia, nulidades relativas que provengan de los vicios del consentimiento; sólo hay la nulidad absoluta que apareja la falta de consentimiento.

22. Pasemos á las otras nulidades relativas, es decir, á las que vician los actos y contratos de los menores, de los interdictos, y de las mujeres casadas.

La ley por diversos motivos ha declarado incapaces á ciertas y determinadas personas. Dar efectos jurídico á los actos y contratos por ellas celebrados, sólo se puede concebir, si se supone un legislador capaz de borrar con el codo lo que ha escrito con la mano. Los actos y contratos de los incapaces son nulos, y nulos absolutamente, desde que se trata de actos y contratos realizados contra las disposiciones de la ley.

Debemos prevenir una objeción. Si los actos y contratos de los incapaces, se dirá, son nulos absoluta-

mente, su nulidad debe poderse alegar por cualquier interesado, por el Ministerio Público, y aún ser declarada de oficio por el Juez,—y sucede precisamente, todo lo contrario, no puede ser alegada sino por aquel en cuyo beneficio ha sido establecida y no puede declararse ni á instancia del Ministerio Público ni de oficio por el juez.—La respuesta es sencilla. El mismo Pescatore se encarga de anticipar y de refutar este argumento por medio de un ejemplo.—Un mayor de edad promete vender á un menor, y éste, sin la asistencia de un tutor, promete comprar. La obligación contraída por el mayor es perfectamente válida; el menor, incapaz de obligarse civilmente por sí solo, permanece libre de toda obligación; no ha contraído ninguna obligación de comprar la cosa; pero, sin embargo, él y su tutor pueden exigir la cosa ofreciendo el precio convenido; tienen por el acto realizado la facultad de obligar al que prometió la venta. En este estado de cosas, «todo es definitivo, no hay nada provisorio». Será un contrato obligatorio para una de las partes en virtud de su propia voluntad libremente declarada, y simplemente facultativo para la otra cuya voluntad no está jurídicamente constatada. Por otra parte, quien contrata con un menor sabe de antemano que el compromiso no será legalmente exigible. En el contrato se contiene implícitamente una cláusula que establece su cumplimiento facultativo para la parte del incapaz. No hay ninguna nulidad relativa. Hay una obligación absolutamente válida para una de las partes, y libertad absoluta también para la otra. Nulidad relativa, nunca. «Toda validez y toda nulidad son, dice Pescatore, validez y nulidad absolutas». (1)

No hay, pues, ninguna diferencia de naturaleza, ningún principio lógico ni científico que justifique la

1) PESCATORE. — *Filosofia e dottrine giuridiche*, tomo I, pág. 229.

dualidad que corrientemente se admite en materia de nulidades. Entre las llamadas nulidades relativas y las absolutas no hay ninguna diferencia fundamental que permita separarlas. Pero, se preguntará ¿el dualismo de las nulidades no encontrará su fundamento en las diversas consecuencias producidas por las mismas? Vamos á demostrar que los efectos de las nulidades son siempre los mismos, y que, del punto de vista de las consecuencias, no hay tampoco razones que autoricen la existencia de las pretendidas nulidades relativas.

23. Algunos autores notables han sostenido que las nulidades absolutas son obra de la Ley, mientras que las nulidades relativas son obra del Juez. Los intérpretes del Código Francés invocan para sostener esta diferencia la historia fidedigna de su sanción. No desconocemos la importancia que pueden tener para el intérprete esos antecedentes, pero muy á menudo se pretende refutar toda crítica y defender científicamente las disposiciones de la ley basándose en ellos. — Se cuenta que los hechiceros de los negros del Senegal ofrecen á la veneración del pueblo cestos vacíos en los cuales aseguran que están encerrados poderosos fetiches. En realidad, no contienen nada, pero los negros los contemplan con temor religioso y rinden á sus poseedores honores divinos. De un modo parecido proceden algunos autores modernos, cuando encuentran alguna disposición de difícil justificación. Acuden á la autoridad de los autores del Código Francés, y aceptan como evidente lo que éstos digan, aunque no digan nada. Los pensamientos, algunas veces vacíos, de los miembros de la Comisión Legislativa ó del orador de Gobierno representan los cestos vacíos de los brujos del Senegal.

Las nulidades, aunque pese á los autores que sostienen lo contrario, son siempre obra de la ley. En efecto, cuando se solicita la declaración de nulidad de

un contrato celebrado por un incapaz ¿qué poder se invocará, en qué se fundará el pedido de anulación? En el poder de la ley indudablemente, que declara no válida la obligación, y *obliga*, entiéndase bien, *obliga* al Juez una vez requerido á pronunciar la nulidad.

24. Disipado el sueño de la nulidad *ex-officio judicis* en contraposición á la nulidad *ministerio legis*, veamos si existen otras diferencias entre las nulidades absolutas y las relativas.

Las nulidades relativas son susceptibles de confirmación. Ahora bien, no se confirma lo que no existe. Es necesaria la existencia, para que sea posible la confirmación: *quod nullus est confirmari nequit*. Pescatore se encarga de hacer desaparecer la pretendida diferencia. «Se admite vulgarmente esta tesis: Los actos nulos de nulidad absoluta no pueden validarse con ningún acto confirmatorio; al contrario, pueden ser confirmados ó ratificados los actos que son simplemente anulables, porque aunque encierren un vicio, un germen de nulidad, son provisoriamente válidos. Rechazo este principio, y propongo en su lugar el siguiente:

«Todo acto nulo que no produzca el efecto que se quería por obstáculo de la ley, porque le faltaba una cualquiera de las condiciones de su esencia natural ó legal, se puede repetir; si esto se hace nuevamente en las mismas condiciones de hecho para que resurja el mismo obstáculo de la ley, el acto se repite inútilmente, siendo acusable siempre por la misma nulidad; si en nuevas condiciones se repite el acuerdo, pueden nacer hasta algunos efectos retroactivos que *tienen su origen en la nueva voluntad legalmente manifestada* por quien puede libremente disponer de sus cosas (1).

(1) PESCATORE. — *Filosofía e dottrine giuridiche*, tomo I, fig. 229.

Un interdicto ó una mujer casada vende por su cuenta un inmueble; la venta es nula absolutamente. Si lo vende de nuevo, la nulidad persiste, y podemos suponer que la venta se repita cincuenta ó cien veces en las mismas condiciones, pero siempre la nulidad persistirá. Pero, supongamos que la interdicción es revocada, que el matrimonio se disuelve, y entonces el uno y la otra adquieren la capacidad de disponer; y, del fundo vendido *nulamente* y que jurídicamente les pertenece, dice Pescatore, pueden disponer libremente de una de las tres maneras siguientes: 1.º A favor de un tercero ajeno al primer contrato; 2.º á favor de la misma persona á quien durante la incapacidad habían vendido, y entonces ésta adquiere el dominio desde el día de la celebración del nuevo contrato; 3.º á favor de la misma persona como confirmación, es decir, estipulando efecto retroactivo hasta cierto día, que podrá ser el de la celebración del contrato nulo, si así lo desean las partes. El propietario del fundo, que ahora tiene su pleno dominio y disposición, dice á la otra parte: «tomad el fundo cuyo dominio os confiero desde el día en que celebramos aquel contrato aparente». Este es el sentido, dice Pescatore, del acto confirmatorio y nada se opone á semejante estipulación por la cual una parte no hace más que disponer de sus derechos.

25. La doctrina vulgar intepreta de distinta manera los actos confirmatorios. Encuentra en ellos una renuncia á la acción de nulidad contra una obligación jurídicamente válida, pero que encierra en estado de latencia la causa generadora de su extinción.

No deja de ser curiosa la situación en que se colocan los sostenedores de las nulidades relativas. Justifican la existencia de las nulidades relativas por la confirmación, y la necesidad de la confirmación por las nulidades relativas. La nulidad no es absoluta, dicen, porque el contrato puede confirmarse, y el contrato

puede confirmarse porque la nulidad no es absoluta. ¿No es esto un círculo vicioso?

Ni las nulidades absolutas, ni las relativas pueden confirmarse, si por confirmar se entiende ratificar lo nulo. «El principio, como dice Pescatore, es uno y único, y se aplica sin distinción; y es por esto que tratándose de incapacidad civil (causa de simple nulidad potencial, á estar á lo sostenido por la escuela común) el interdicto (durante la interdicción, se entiende) intentaría en vano cualquier acto confirmatorio. Por otra parte, que la anulación de los contratos consentidos por persona civilmente incapaz, ocurra por efecto de la sentencia y que antes de ésta los contratos tengan existencia civil, como pretenden los sostenedores de la doctrina común, sólo se podría comprender, si la ley hubiere abandonado la anulación al arbitrio indefinido del Juez: pero la ley coloca la incapacidad civil de contratar y la nulidad del contrato consentido por un incapaz, como causa y efecto indivisibles; la nulidad existe necesariamente por causa de incapacidad; por lo tanto, preexiste *como la incapacidad misma* á la sentencia del Juez, el cual no la crea, sino que declara procedente su existencia. Luego, volvemos á decirlo, el acto confirmatorio crea el derecho que antes no existía y al crearlo lo hace porque ha cesado el impedimento que al acto precedente había quitado su eficacia». (1)

El acto confirmatorio, así entendido, se extiende á las nulidades absolutas y les es perfectamente aplicable. No se subsana lo nulo porque eso es imposible. Pero, por medio de un nuevo contrato con efecto retroactivo, puede obtenerse el mismo resultado que se hubiera obtenido por medio del contrato inexistente, si hubiera nacido llenando los requisitos de la ley. Un pacto sobre una sucesión futura es absoluta-

(1) PESCATORE. — *Filosofia e dottrine giuridiche*, tomo I, pág. 232.

mente nulo, pero nada impide, después del fallecimiento del causante, realizarlo de nuevo con un objeto perfectamente lícito y darle, si se quiere, efecto retroactivo.

26. La ley admite la ratificación tácita, se insistirá, y ésta no constituye un nuevo acto, sino la ejecución voluntaria del anterior, que, aunque viciado, puede producir efectos subsanándose por ese medio. Concedemos que no haya diferencia entre la nulidad absoluta y relativa desde el punto de vista de la ratificación expresa, pero no se nos negará que difieren desde el punto de vista de la ratificación tácita. Lo que no existe no puede subsanarse por la ejecución voluntaria. Deben existir contratos simplemente viciosos, para que sea posible una ratificación tácita.

Contrariamente á lo que se pretende, creemos que tampoco la ratificación tácita autoriza la existencia de las nulidades relativas. La ejecución voluntaria, esto es, la ejecución libre y concientemente realizada es la que tiene por sí misma energías suficientes para hacer nacer un acto ó negocio jurídico que antes no existía. La única diferencia que hay entre este acto ó negocio jurídico y los que ordinariamente se producen, es que la ley, como dice Pescatore, se contenta con formas más generales. Si al hacerlo la ley es consecuente ó inconsecuente, luego lo veremos. Pero el hecho es que la obligación nace, el contrato existe desde el momento en que se ejecuta voluntariamente. La diferencia entre la confirmación tácita y la expresa es muy pequeña y no es ni puede ser de naturaleza, sino de forma. La intención de confirmar existe en las dos. Confirmar es hacer un contrato nuevo con efecto retroactivo. Sólo hay en el caso de confirmación tácita, lo que Pescatore llama una dispensa de formalidades, y puede discutirse si la ley ha sido consecuente al establecerla.

27. Pasemos á la prescripción. Las nulidades re-

lativas pueden subsanarse por un lapso de tiempo de cuatro años, mientras que las absolutas no pueden subsanarse por un lapso menor de treinta años. Esta diferencia está en la ley, se dirá, y nadie puede desconocerla.

Cuando un acto es inexistente no puede hablarse de prescripción. Puede decirse de ellos, con el príncipe de los jurisconsultos holandeses, con Grocio, que el curso del tiempo no les da ninguna eficacia. Como dice Laurent, el tiempo que acaba por cubrir los vicios de un acto extinguiendo las acciones contra él, no tiene ninguna influencia sobre el acto nulo (en el sentido de inexistente); la nada permanece siendo nada y no hay prescripción que pueda validarla (1). Cuarenta, cincuenta, cien años no pueden por sí solos tener la virtud de crear algo de la nada: *ex nihilo nihil*.

Estas últimas trincheras de los partidarios de la doctrina de las dos especies de nulidades son más fáciles de tomar que las primeras. Hemos visto que el acto confirmatorio es, en realidad, el acto creador de la obligación, y que la declaración de voluntad que él implica, puede hacerse expresa ó tácitamente. Pues bien, la ley presume la confirmación cuando se deja pasar, sin utilizarlo, el término por el que se prescribe la acción de nulidad. La prescripción de la acción de nulidad se funda en una presunción de confirmación. Pero, se preguntará.—¿Por qué ese término es diferente en las dos clases de nulidades?—Si sólo hay una categoría de nulidades ¿á qué vienen dos términos distintos?—La respuesta es sencilla. La nulidad es una y única, pero puede estar de manifiesto ó puede estar oculta. Esto podrá justificar ciertas diferencias de procedimiento, y también ciertas diferencias en cuanto al tiempo de entablar la acción. Pero no crea dos categorías distintas de nulidades.

(1) LAURENT.—*Principes de droit civil français*, tomo XV, pág. 451.

La ley tiene el derecho de fijar un plazo para intentar la acción de nulidad, y al hacerlo se dirige á los indebidamente vinculados, diciéndoles: «Tú, que contrataste mediando dolo, error, ó violencia, ó siendo menor, tienes cuatro años para hacer constar esas circunstancias, exigiendo la declaración de nulidad, y te advierto que deberás hacerlo dentro de ese plazo, pues no es posible mantener en incertidumbre perpetua todos los derechos, desde que de *un modo manifiesto*, ninguno de ellos lleva el signo de sus vicios; tú, joven, que contrataste siendo menor, observa lo que hiciste, y entiende que manifiestas aprobación si no pides la nulidad; tú, ayer interdicto, tú ayer mujer casada, manifestad si ahora deseáis mantener el contrato, y la ley os anuncia que no pudiendo subsistir esta incertidumbre interpretará el silencio como una prueba nueva é inequívoca de aprobación».

28. Aun á riesgo de que se nos critique por insistir demasiado en esta cuestión, vamos á estudiar una última diferencia invocada por los partidarios del sistema híbrido que criticamos.

Lo pagado á causa de una obligación absolutamente nula, dicen, se puede repetir, mientras que lo pagado á causa de una obligación relativamente nula no se puede repetir.

Es necesario hacer notar que el argumento falla por su base, pues no es aplicable el principio que se asienta, ni á todas las nulidades absolutas ni tampoco á todas las relativas. En efecto, lo pagado indebidamente á causa de una obligación que tiene en su origen un vicio de error, dolo ó violencia, se puede repetir siempre que el pago no haya producido una nueva obligación á título de acto confirmatorio; sin embargo, aunque pueda repetirse lo pagado, no se colocan estos vicios como nulidades absolutas.

Tampoco puede sostenerse que sea atributo esencial de las nulidades absolutas, el permitir la repeti-

ción de lo pagado. Son nulidades absolutas, según casi todos los autores, y según nuestra ley también, las que provienen de objeto y causas ilícitas. Pues bien: ambas dan nacimiento á una obligación natural que impide la repitición de lo pagado indebidamente en su virtud.

29. A la teoría, que podremos llamar *dualismo de la nulidad*, sustituimos el *monismo de la nulidad*. Ser ó no ser. No hay términos medios. Los actos y contratos nulos, lo son todos de un modo absoluto. El moderno Código Civil alemán ha seguido esta última doctrina, estableciendo en sus artículos 139 y siguientes, que un acto jurídico nulo se considera como inexistente; que la ratificación se considera como un acto nuevo, y que la acción de nulidad se inicia mediante una declaración de voluntad hecha por quien invoca la nulidad y notificada á la otra parte.

30. ¿No debe existir ninguna diferencia entre las nulidades?— ¿Son todas iguales? Un atento examen justifica una diferencia, pero no de FONDO; no de NATURALEZA, sino de PROCEDIMIENTO. Hay nulidades— por ejemplo, la de un contrato celebrado por una persona en nombre de otra á quien legalmente no representa, la de un contrato en que falta el objeto, ó que tiene objeto ilícito, la de un contrato con causa ilícita ó sin causa, que se notan á simple vista, que el Juez puede descubrir al primer examen sin necesidad de que le sean demostradas. Estas nulidades son nulidades MANIFIESTAS, y debe el Juez poder declararlas de oficio. Hay otras nulidades, que no aparecen á simple vista *aunque fundamentalmente vicien el contrato tanto como las otras*, como, por ejemplo, las que provienen del error, del dolo ó de la violencia. *Fundamentalmente*, volvemos á repetirlo, son tan nulidades como cualesquiera de las otras; pero, NO APARECEN DE MANIFIESTO, no se encuentran rastros ni vestigios de ellas que permitan al Juez declararlas de

oficio. Sólo la parte *las conoce intimamente, y sólo á ella interesa su declaración*. No apareciendo de manifiesto, la prueba será de su cargo. La nulidad en este caso no es manifiesta, es LATENTE.

El Código Civil argentino adopta esta clasificación; pero lo hace con muy poco tino, porque, reproduciendo la división de las nulidades en absolutas y relativas, malogra las ventajas que se podrían obtener, formando el capítulo de nulidad con un conjunto de disposiciones de no fácil armonización, frente al cual el intérprete se encuentra muchas veces confuso, y el Juez perplejo.

31. Cuando he descubierto los principios, decía Montesquieu, todo lo que resta viene corriendo hacia mí. Si no hay más nulidad que la absoluta, es evidente que no puede ser considerada como un modo de extinción de las obligaciones. La nada no se extingue, porque si se extinguiera, dejaría de ser nada. En consecuencia, es incorrecto colocar en un cuerpo de leyes á las nulidades al lado de la paga, de la compensación, etc., porque estas últimas suponen necesariamente la existencia de una obligación.

32. En nuestros días, aun entre los que admiten el dualismo de la nulidad, se nota una tendencia enérgica en el sentido de separar las nulidades del título de la extinción de las obligaciones. Aun cuando se admita la existencia de nulidades relativas, una vez declaradas éstas, se supone por una ficción legal, que nunca existió el acto ó contrato anulado. Los efectos de la declaración de nulidad se retrotraen al día de la celebración del acto ó contrato. Por lo tanto, no se extingue una obligación emanada de ellos, sino que se invalida el acto ó contrato mismo, impidiendo que se formen vínculos jurídicos.

«...Si se observa el artículo 1234 ⁽¹⁾, dice Bufnoir,

(1) 1421 de nuestro Código Civil.

se verá que la ley enumera las acciones de nulidad ó rescisión entre los modos de extinción de las obligaciones. Esta idea no es perfectamente exacta. Si nos atuviéramos al texto en su letra, concluiríamos que la obligación anulada ó rescindida, debería ser considerada como si hubiera existido y luego como si se extinguiera. Ahora bien; esto sería falso: la obligación debe considerarse como si nunca hubiera existido.

Sin duda mientras no se demanda la nulidad, el acto existe; y hemos deducido importantes consecuencias sobre todo á propósito de la prescripción. Pero la nulidad una vez pronunciada hace que se considere el acto como si nunca hubiera existido. He ahí el principio ». (1)

Las anteriores palabras de uno de los más reputados maestros de fines del siglo XIX, señalan el error en que ha incurrido nuestro Código Civil, y, en general, todos los Códigos que han seguido al francés; y, al mismo tiempo sirven para darnos una idea de la complejidad arbitraria de nuestro sistema de nulidades á base de ficciones legales, en una materia en que la ley sólo debería poner de manifiesto su majestuosa autoridad, haciendo respetar todos los actos y contratos ajustados á sus disposiciones, y negando con severidad la existencia á los realizados á despecho y en burla de sus preceptos.

Baudry Lacantinerie reconoce también que « la nulidad ó rescisión tiene por resultado, no extinguir una obligación realmente existente, sino, lo que es muy distinto, hacer que no exista obligación... Desde este punto de vista la redacción del artículo 1234 (1421 nuestro) resulta probablemente de una confusión producida por el recuerdo de la restitución *in integrum*. Esta medida de protección que es el origen de la *anulabilidad* tenía por efecto suprimir obligaciones consideradas como válidas.

(1) BUFNOIR. — *Propriété et contrat*, 1900, pág. 695.

Podemos completar una afirmación que con un ilustre tratadista italiano, hicimos al comenzar este capítulo. En esta materia hay que pedir no ya mucho, sino *todo* á la historia y nada á la ciencia. (1)

(1) La reacción se ha producido. El Código alemán la ha iniciado. Muchos otros Códigos, aunque tímidamente, la comenzaron también separando del título de «la extinción de las obligaciones» la declaración de nulidad. Entre otros, podríamos citar el argentino, el español y el portugués.

CAPÍTULO II

DE LAS NULIDADES EN EL DERECHO ACTUAL Y DE LAS NULIDADES ABSOLUTAS

SECCIÓN I

DE LAS NULIDADES EN GENERAL

SUMARIO: —33. La ley positiva. —34. Las condiciones esenciales naturales y accidentales — Disposiciones de nuestro Código Civil. —35. La ley inglesa. —36. El Código español. —37. Italia, Países Bajos, Chile, Rusia. —38. Las condiciones esenciales tienen todas, la misma importancia para la validez del contrato. —39. Dificultades para la clasificación. —40. La clasificación tripartita de las nulidades — Opinión de Planiol. —41. Crítica. —42. La nulidad del matrimonio — Justificación en este caso especial de la clasificación tripartita. —43. Nuestra opinión. —44. Opinión de Cannada Bartoli — Inconvenientes. —45. Consecuencias de la clasificación de las nulidades.

33. Hemos concluido dentro del campo de la doctrina pura, con las consideraciones hechas en el capítulo que precede, y, en consecuencia, abandonaremos las disertaciones especulativas de ciencia jurídica, para concretarnos á la interpretación de la ley y de las doctrinas que le sirven de fundamento.

Tendremos en esta segunda parte, como en la primera, la ingrata tarea de hacer la crítica de los errores; pero, tendremos también la tarea satisfactoria de defender las disposiciones de nuestro codificador, contra críticas severas que injustamente le han sido dirigidas.

34. Tres cosas hay que distinguir en todo contrato, dice Pothier: 1.º Las cosas que son de la esencia del contrato; 2.º Las cosas que son solamente de su naturaleza; 3.º Las cosas puramente accidentales.

«Las cosas que son de la *esencia* del contrato son

aquellas sin las cuales el contrato no puede subsistir». La falta de uno de estos requisitos impide la formación de un contrato, como la falta de consentimiento, por ejemplo, ó da lugar á que se forme un contrato de naturaleza distinta de aquel que se intentaba crear, como, por ejemplo, en el contrato de compraventa, en el que la falta de un precio en dinero, que se sustituye por una cosa cualquiera, da nacimiento á un contrato de distinta naturaleza: á una permuta.

Las cosas que son solamente de la naturaleza del contrato, son aquellas que, sin ser de su esencia, forman parte del mismo, aun cuando las partes contratantes no las hayan establecido expresamente. Tal sería el saneamiento por evicción en el contrato de compraventa.

Finalmente, las cosas accidentales son las que sin ser de la esencia, ni de la naturaleza del contrato, han sido establecidas por la voluntad de los contratantes.

No vamos á seguir á Pothier en cada uno de los contratos en particular para determinar especialmente las cosas que son esenciales, naturales ó accidentales. Nos concretaremos, por ahora, á las cosas esenciales á la generalidad de los contratos sin entrar á determinar cuáles puedan ser esenciales á cada uno en particular.

El artículo 1235 de nuestro Código Civil dice: «Para la validez de los contratos son esenciales los cuatro requisitos siguientes: 1.º Consentimiento de partes; 2.º Capacidad legal de la parte que se obliga; 3.º Un objeto lícito y suficientemente determinado que sirva de objeto de la obligación; 4.º que sea lícita la causa inmediata de la obligación. Esto se entenderá sin perjuicio de la solemnidad requerida por la ley en ciertos contratos». Este artículo no difiere en lo fundamental del 1108 del Código Napoleón, que dice: «Cuatro condiciones son esenciales para la validez de una convención: el consentimiento de la parte que

se obliga; su capacidad de contratar; un objeto cierto que forme la materia del compromiso; una causa lícita en la obligación. Como se ve, sólo pequeñas diferencias existen entre ambos artículos, y las cuestiones que promueven son las mismas más ó menos modificadas por la influencia de disposiciones divergentes, en ambas legislaciones. Y, ya que tenemos delante los dos artículos, conviene hacer notar que nuestra disposición es superior á la francesa. En efecto, el artículo de nuestro Código Civil dice que es requisito esencial para la validez de los contratos el consentimiento de las partes, mientras que el concordante del Código francés dice el consentimiento de la *parte que se obliga*.

Esto es incorrecto. Aún en los contratos llamados unilaterales es necesario el consentimiento de ambas partes, y no basta el consentimiento de la parte que se obliga. En el contrato de donación no basta el consentimiento del donante; es necesario que concurrá también el donatario, con su consentimiento, á la formación del contrato. (1)

En breve hemos de volver sobre este artículo para determinar si las cuatro condiciones en él establecidas tienen la misma importancia para la creación del contrato.

35. En la legislación inglesa se exigen también cuatro requisitos para la validez de los contratos: 1.º Consentimiento de las partes; 2.º Su capacidad; 3.º Un objeto lícito; 4.º Una consideración válida. La *consideration* es lo que llamamos causa. Puede ser *simply good* (simplemente buena ó meritoria) ó *valid* (válida). Es *simply good* la que proviene de la sangre, de la afección entre parientes. La válida consiste en algún interés, derecho, provecho ó beneficio adquirido por una de las partes, ó por el

(1) Código Civil, artículo 1587.

contrario, en una interdicción, perjuicio, pérdida ó responsabilidad, impuestas á la otra. La *consideration* debe ser *real, legal, presente ó futura*, pero no pasada.

36. El Código Civil español ha establecido con gran claridad los elementos esenciales para la validez de los contratos, determinando, al hacerlo, su eficacia. En el artículo 1261 dice: «No hay contrato sino cuando concurren los requisitos siguientes: 1.º) Consentimiento de los contratantes; 2.º) Objeto cierto que sea materia del contrato; 3.º) Causa de la obligación que se establezca. Estos tres requisitos son indispensables para la existencia del contrato. Sin ellos, no hay contrato. Pero además el Código español establece ciertos requisitos que se exigen para la validez de los contratos y cuya falta de cumplimiento autoriza una acción de anulación.

37. Italia y los Países Bajos han seguido las huellas del Código Napoleon. El Código italiano difiere, sin embargo, en que altera el orden establecido por el Código francés en la enunciación de las condiciones exigidas para la validez de los contratos. Pero tal cuestión no nos interesa; en lo que, para nosotros es esencial, dichas legislaciones no difieren.

Chile, la Argentina, Colombia, Rusia en su digesto (Svod) bastante deficiente en materia de obligaciones, siguen la misma senda, estableciendo los mismos requisitos exigidos por el Código francés.

38. La mayor parte de las legislaciones del mundo han seguido el mismo procedimiento: establecer ciertos requisitos como esenciales para la validez de los contratos. Es incuestionable que estos requisitos son de carácter general. Pero, ¿son todos igualmente obligatorios? ¿Concurren todos con igual eficacia á la formación del contrato? En una palabra, ¿de qué manera y en qué grado concurre cada uno de ellos á la formación del contrato? ¿Los contratos que violan

leyes prohibitivas ó imperativas de orden público se asimilan á los contratos que no reúnen los requisitos esenciales para su validez ó se forma con ellos una categoría independiente? ¿La violación de las disposiciones mencionadas y la falta de los requisitos indicados, producen el mismo efecto, aparejan una nulidad de la misma naturaleza, ó dan lugar á distintos vicios, y á distintas especies de nulidades?

Tales son las cuestiones que se van á estudiar en las páginas que siguen. Nos damos cuenta de las dificultades y excusamos decir que no pretendemos resolverlas.

39. No existe un acuerdo unánime entre los autores que siguen la doctrina corrientemente admitida de las diferentes clases de nulidades sobre la denominación que debe darse á cada una de esas clases, ni sobre *su número*, ni sobre sus consecuencias. Ese resultado era de esperarse. Fundada la doctrina en una base poco sólida no ha sido posible obviar todas las dificultades que lógicamente debían producirse, pues cuando se parte de principios inciertos y equívocos es difícil que se llegue á conclusiones uniformes. La seguridad de los razonamientos reposa en la estabilidad de los principios.

No entraremos á resolver las cuestiones relacionadas con la diversidad de denominaciones que se han atribuido á las diferentes clases de nulidades. Lo dicho en el capítulo anterior y algunas ideas complementarias del presente, nos parece que bastan para el objeto que nos proponemos; pero, una cuestión difícil y de suma importancia, es la relativa á la extensión que debe tener cada una de las categorías de nulidades, pues de ella depende el número de agrupaciones ó de clases á formarse. Para la mayor parte de los autores no hay más nulidades que las absolutas y las relativas; pero algunos ilustres representantes de la moderna ciencia jurídica pretenden es-

tablecer una tercer categoría, clasificando los actos inválidos en actos inexistentes, actos radicalmente nulos (distintos de los primeros) y actos anulables.

40. Entendemos por actos y contratos **INEXISTENTES** aquellos que gozan de una existencia aparente, pero que no han podido llegar á tener existencia legal, ya por faltarles alguno de los requisitos esenciales para ello, ya por haberse realizado violando una ley prohibitiva ó imperativa fundada en motivos de orden público.

Son **ANULABLES** los actos y contratos que reuniendo todos los requisitos esenciales para su validez, encierran un vicio que puede, si se invoca por quien tiene derecho, producir la nulidad.

Definidas en la forma que precede las dos categorías de actos inválidos, queda excluida (fuera del caso de nulidad de matrimonio de que luego nos ocuparemos) toda tercer categoría de nulidades que se intentara formar, porque dentro de la generalidad de los términos de las definiciones que hemos aceptado, están comprendidos todos los actos que carecen ó que puedan carecer de validez.

Sin embargo, algunos autores restringiendo la categoría de los actos inexistentes, forman, á expensas de éstos, una nueva clase, que llaman de los actos **RADICALMENTE NULOS**, dándonos, en consecuencia, una clasificación tripartita de las nulidades. Actos **INEXISTENTES** serían para ellos, los que no reúnen las condiciones esenciales para su formación, y cuya falta impide el nacimiento de la relación jurídica; y actos **RADICALMENTE NULOS** serían los que reuniendo las condiciones esenciales para su formación, son ineficaces porque así lo ha dispuesto la ley. Tendrían existencia, pero la ley les negaría su protección.

La falta de consentimiento, de objeto y de causa aparejarían la inexistencia, pero la falta de solemnidad sólo sería una causa de nulidad « porque se

concibe la realización de esos actos, sin necesidad de las formas solemnes». Después de establecer semejante distinción, agregan: «Sin embargo, como la distinción de la inexistencia y de la nulidad absoluta es puramente teórica, puesto que esta última consiste precisamente en reducir un acto realmente concluido al estado de ineficacia jurídica que resultaría de su no realización, se puede seguir la opinión común y decir que un acto solemne desprovisto de las solemnidades requeridas, es inexistente». (1)

Estas últimas palabras demuestran de un modo evidente la poca seguridad que tiene el distinguido jurista francés, en la solidez de la clasificación que acaba de establecer.

41. Cuando se hace una clasificación debe tenerse siempre presente que antes de clasificar es necesario definir, determinar cuál va á ser el contenido de cada grupo, y el ilustre profesor Planiol forma dos categorías sobre la base de estas dos generalizaciones: *hay contratos que son nulos porque les falta alguno de los elementos esenciales para su formación; hay contratos que lo son porque la voluntad de la ley los declara nulos de plano derecho.*

Ahora bien; ¿no es posible reunir estas dos categorías en una misma fórmula?

¿Existen entre ellas diferencias de tal importancia que autoricen la creación de dos clases separadas é independientes? ¿No tendrán entre sí no sólo los mismos caracteres genéricos sino también los mismos caracteres específicos? Parece indudable que no sólo son comunes los caracteres genéricos, sino que también lo son los caracteres específicos. Si la ley declara algunos actos radicalmente nulos, sin valor, esos actos no pueden tener existencia. No puede suponerse que la ley admita por un momento su validez para decla-

(1) PLANIOL. — I, § 349.

rarlos nulos inmediatamente; lo lógico y lo natural es que los desconozca como actos válidos desde el momento de su nacimiento. Además ¿no es la voluntad de la ley que declara nulos los contratos no consentidos, los sin objeto ó los sin causa? Es la misma voluntad de la ley lo que produce la nulidad en todos los casos. ¿Para qué, pues, hacer una diferencia radical, sustancial, si al fin y al cabo *todas* las nulidades son obra de la voluntad de la ley?

Hay, es cierto, entre unas y otras ciertas diferencias, pero también las hay entre la nulidad que vicia los actos de un menor y la que vicia los de una mujer casada. ¿Restringiremos, subdividiremos por eso las nulidades relativas? De ninguna manera, porque las peculiaridades de los caracteres individuales no pueden tener la virtud de hacer desaparecer las semejanzas genéricas y específicas.

Si los actos nulos de pleno derecho debieran ser distinguidos de los actos inexistentes, sería necesario admitir, como parece hacerlo Planiol, que se forman no obstante la prohibición legal, pero que un instante después de su formación son plenamente aniquilados.

¿Es posible que esta concepción tan complicada sea la del legislador cuando hubiera sido tan simple para él poner un obstáculo á la formación del acto? (1)

Por otra parte, Planiol incurre en una grave inconsecuencia cuando dice: «estos son actos *existentes*, pero á los cuales la ley *no reconoce la existencia*». ¿En qué quedamos? ¿Son existentes ó son inexistentes? ¿Es posible una acción de nulidad contra actos cuya *existencia* no está reconocida por la ley? (2)

No hay motivo para establecer una categoría de actos radicalmente nulos, distinta de la de los actos

(1) BAUDRY LACANTINERIE — BARDE, *Des Obligations*, tomo III, parte, I pág. 259.

(2) BAUDRY LACANTINERIE — BARDE, obra citada, pág. 259.

inexistentes, aumentada con una clasificación tripartita, la confusión, ya bastante grande, en materia de nulidad. La pretendida clase de los actos radicalmente nulos se funda exclusivamente en una diferencia de palabras y no obedece á ningún criterio científico, ni á ninguna disposición del derecho positivo (1).

42. Hay materias en que puede tener cabida esta triple clasificación, de tal suerte que habría inexistencia, nulidad absoluta y nulidad relativa, por ejemplo, en el matrimonio, como lo vamos á ver enseguida; pero, como doctrina con carácter general debe rechazarse sin vacilación. (2)

En materia de matrimonio, creemos que la clasificación que correspondería sería la siguiente:

Matrimonios	{	Válidos.
		Inexistentes.
		Nulos absolutamente.
		Nulos relativamente.

Las nulidades serían, pues, de tres clases. Beudant, en el matrimonio, admite una clasificación tripartita de las nulidades que coincide con la anterior. Divide las nulidades en *sustanciales, absolutas y relativas*. Hay nulidad sustancial, cuando falta alguna de las condiciones llamadas sustanciales porque son de la esencia misma del acto, y sin las cuales el acto no concibe. Tales son, en materia de matrimonio, la falta de consentimiento, la no intervención del oficial del Estado Civil y la identidad de sexos. En la clasificación que hemos dado más arriba se incluirían estos matrimonios entre los inexistentes. Lo que caracteriza estas nulidades es que siendo la consecuencia de la naturaleza de las cosas se imponen aún en el si-

(1) GIORGI. — *Teoria delle obbligazioni*, tomo VIII, § 142.

(2) BUENOIR. — *Propriété et contrat*, pág. 648.

lencio de la ley; la ley las supone forzosamente en razón de su necesidad. ⁽¹⁾

Las nulidades absolutas y relativas resultarían de la violación de principios en cuya observancia estarían interesados el orden público ó el interés privado simplemente.

No siendo nuestro objeto, por el momento, el estudio de la nulidad del matrimonio, damos por terminadas con las consideraciones expuestas, las investigaciones que el estudio de los sistemas de clasificación de nulidades nos obligó á efectuar.

43. Por las razones que anteceden, aceptamos la clasificación de las nulidades que podríamos llamar *bipartita*, dando á cada una de las categorías la extensión que le hemos asignado en el párrafo 40. Con ello creemos haber salvado una de las graves dificultades que promueve la materia que estudiamos, realizando el ideal de utilizar vocablos de significación precisa, evitando así todos los inconvenientes que apareja el empleo de términos equívocos. *Nulidades absolutas* serán las que vician los contratos llamados inexistentes; *nulidades relativas* serán las que vician los llamados anulables.

44. Dice Cannada Bartoli, que «no se puede aceptar este lenguaje de actos jurídicos *inexistentes* y actos jurídicos *nulos*: porque se expresaría de dos maneras la misma idea, y no se evitaría la confusión censurada en la ley (se refiere al Código italiano).»

La palabra *nulo* y la palabra *inexistente* expresan el mismo pensamiento: el no ser. No es exacto llamar nulos los actos existentes, que son solamente rescindibles. El acto jurídico al que falta alguno de los requisitos esenciales para su existencia es nulo ó inexistente, y las dos palabras expresan la misma idea porque lo mismo da decir *nulo* un objeto, como decir

(1) BRUDANT. — *Curs de droit civil français*, tomo I, § 276.

que *no existe*. Aquellos actos que tienen una existencia incompleta y viciosa pueden ser *rescindidos*, pero, no se llamarán propiamente nulos, porque *nulos* no son. En conclusión, el acto jurídico que existe, pero no válidamente, no es nulo; puede solamente ser anulado, está sujeto á rescisión: he ahí todo». (1)

Las observaciones de Cannada no difieren fundamentalmente de las que dejamos anteriormente apuntadas, desde que en lo esencial coincide con ellas, aunque adopte distinta terminología. Tiene un inconveniente, la confusión que reina entre los autores con respecto al vocablo *rescindible*, y que examinaremos en otro lugar. (2)

Dentro de nuestra legislación la clasificación adoptada tiene la ventaja de que se ajusta exactamente á las expresiones de la ley, y, si bien es cierto, que ésta no suele emplear la palabra inexistente, no es menos cierto tampoco que virtualmente la admite, como tendremos ocasión de demostrarlo al tratar de las nulidades absolutas. (3)

45. La distinción de las nulidades absolutas de las relativas, tiene gran importancia en todas las legislaciones que han seguido más ó menos fielmente los rumbos trazados por el Código francés.

Indicaremos brevemente sus principales consecuencias.

1.º Consecuencias que emanan de la personas que pueden hacer declarar la nulidad. De ellas nos ocuparemos al final de este capítulo y en el capítulo siguiente.

2.º Consecuencias que emanan de la ratificación, la que es inaplicable á las nulidades absolutas. En detalle se encontrará en el capítulo V.

(1) CANNADA BARTOLI. — *La ratifica*, riguardo alla inesistenza e alla rescindibilità degli atti giuridici, § 34.

(2) Véase *infra*, capítulo III, sección I.

(3) » » » » » » » »

3.º Consecuencias que produce el transcurso del tiempo sobre los actos inexistentes sobre los simplemente anulables, ó sea la prescripción en ambas especies de nulidades. (1)

4.º La anulación debe ser solicitada y la nulidad debe ser *declarada por una sentencia*; la inexistencia *no se declara: se reconoce*.

5.º El contrato anulable produce efectos mientras no se declara la nulidad; el inexistente, no puede producirlos.

Esto basta para darnos cuenta de la importancia que tiene la clasificación de las nulidades, en absolutas y relativas, *bajo el imperio de las actuales legislaciones*. Hemos de volver en breve sobre este tema, no ya desde un punto de vista general, sino estudiando cada una de las consecuencias en particular.

(1) Véase capítulo VI.

SECCIÓN II

DE LAS NULIDADES ABSOLUTAS

SUMARIO:—46. Crítica de la opinión que entiende que toda nulidad absoluta es de orden público y que toda nulidad relativa es de interés privado—Se incurrir en un sofisma de conversión.—47. Nulidad absoluta es lo mismo que inexistencia—Concepto—Di Crecenzo, Marcadé, Cannada Bartoli.—48. Críticas injustas al Código Civil—Deber del intérprete—Cimbali.—49. Disposiciones de nuestros Códigos.—50. El artículo 1534 del Código Civil—¿No hay en nuestra legislación más nulidades absolutas que las del artículo 1534?—¿La falta de consentimiento, de objeto y de causa dan lugar solamente á una acción de anulación?—51. Tres soluciones.—52. PRIMER SISTEMA: Todo vicio no comprendido en el artículo 1534, aunque provenga de la falta de consentimiento, objeto ó causa, sólo da lugar á una nulidad relativa.—53. Crítica—54. Continúa.—55. SEGUNDO SISTEMA: Opinión de Fabres—Nuestra ley.—56. Crítica—57. TERCER SISTEMA: Nulidades absolutas que provienen del no cumplimiento de requisitos sustanciales de carácter general; opiniones de Beudant y Bufnoir.—58. La letra de la ley no es desfavorable á esta última interpretación.—59. Objeciones.—60. Refutación.—61. Continúa.—62. Clasificación de los vicios que producen nulidades absolutas.—63. § 1.º ELEMENTO SUBJETIVO: LA CAPACIDAD—Opinión de Cimbali.—64. Las excepciones á la capacidad de constatar—Quiénes son incapaces—Superioridad de nuestro Código sobre el Francés.—65. a) Los *impúberes*.—66. b) Los *dementes*—Cuestiones que se suscitan.—66. bis. Las disposiciones del Código chileno y las del nuestro respecto de la nulidad de los actos y contratos del demente—¿Los actos ó contratos anteriores al decreto de interdicción, aun siendo celebrados por una persona incapaz por hallarse en estado de locura en ese momento, sólo son anulables?—¿Qué alcance tiene el inciso 2.º del artículo 391 del Código Civil?—¿Limita esta disposición, las disposiciones de los artículos 1534 y 1253?—67. PRIMER SISTEMA: Nulo y anulable son dos cosas distintas—El artículo 391, empleando esas dos palabras, establece una nulidad absoluta para los actos y contratos del interdicto posteriores al decreto de interdicción y una nulidad relativa para los actos y contratos del demente anteriores á dicho decreto—Defensa que de este sistema hacen los doctores Vázquez Varela y Perdomo.—68. Crítica—Este sistema es contrario á la letra de la ley.—69. Es contrario también al espíritu de la ley.—70. Citas erróneas de Giorgi—Este autor es un adversario declarado del sistema que criticamos—Prueba.—71. Continúa la crítica.—72. Conclusión.—73. SEGUNDO SISTEMA: Los actos y contratos del demente están siempre viciados de nulidad absoluta, sean anteriores ó posteriores al decreto de interdicción—La ley, con la palabra *anularse*, ha querido decir en el artículo 391 que la locura no se presume y que debe ser probada.—74. Crítica.—75. TERCER SISTEMA: Correcta interpretación de la ley—En el Código no hay ninguna contradicción—El artículo 391 establece un período sospechoso.—76. Continúa—Opinión de Marcadé.—77. Continúa.—78. Opinión de Laurent.—79. La doctrina italiana—Pisanelli—Ferrarini—Cimbali—Giorgi.—80. Conclusión.—81. La prueba de la incapacidad.—82. Cuestiones planteadas por Cimbali.—83. Concluye la incapacidad por motivos de

demencia.— 84. c) Los sordomudos — Razón de la incapacidad.— 85. Conclusión — § 2. ELEMENTO OBJETIVO.— 86. Consideraciones generales.— 87. Contrato inexistente por falta de objeto. Referencia.— 88. Un acto ó contrato hecho contra una disposición legal de carácter prohibitivo es nulo absolutamente — Opinión de Fabres.— 89. El artículo 8 de nuestro Código Civil — Los fundamentos — Opinión del doctor Vázquez Varela.— 90. Refutación de la doctrina sostenida por el doctor Vázquez Varela — Doctrina de Giorgi.— 91. La letra de la ley demuestra que toda violación de una ley de carácter prohibitivo vicia de nulidad absoluta el contrato ó acto que se realiza.— 92. El artículo 1262 confirma esta interpretación.— 93. Un contrato que viola una ley imperativa de orden público es nulo absolutamente.— 94. Conclusión — § 3. ELEMENTO METAFÍSICO: LA CAUSA.— 95. Un contrato sin causa es un contrato inexistente — § 4. ELEMENTO PRODUCTIVO: — EL CONSENTIMIENTO.— 96. Sin consentimiento no hay contrato.— 97. El consentimiento no puede ser unilateral, aunque lo sea el contrato — El Código Civil alemán admite la existencia de vínculos jurídicos unilaterales — Opinión de Saleilles.— 98. Los vicios del consentimiento sólo dan lugar á una acción de nulidad — § 5. ELEMENTO FORMAL: LA SOLEMNIDAD.— 99. Los elementos de forma son indispensables para la existencia del contrato.— 100. La solemnidad en los tiempos antiguos y modernos — Las dos fórmulas: la *forma por la forma* y la *forma por la substancia*.— 101. Doctrinas de Suárez y de Romagnoni.— 102. El Código francés — El Código prusiano y el Código Federal suizo de las obligaciones — Nuestra ley.— 103. La falta de cumplimiento de las solemnidades produce nulidad absoluta — Opinión de Wächter — Nuestro Código — Conclusión.

46. Algunos autores creen que nulidad absoluta y nulidad fundada en motivos de orden público, son una misma cosa, y que también son una misma cosa, nulidad relativa y nulidad de interés privado. Según ellos, la nulidad absoluta sólo debe establecerse en los casos de violación de disposiciones de orden público, y la nulidad relativa para los vicios que sólo interesen á los particulares. Esta diversidad de sanciones se explicaría teniendo en cuenta que si se estableciera nulidad absoluta en los casos de infracción de disposiciones de interés privado, se incurriría en el absurdo de permitir, por un lado, la renuncia de las mismas, y en imponer, por otro, la nulidad del contrato; y si se estableciera la nulidad relativa por violación de disposiciones de orden público, se haría depender el cumplimiento de estas disposiciones, de la voluntad de las partes, las que por la confirmación, ó por el transcurso de un corto período de tiempo, realizarían un acto contra la voluntad del legislador.

Quienes se expresan como antecede, se han dejado arrollar por las dificultades de la materia, y partiendo de la premisa *exacta* de que todas las nulidades relativas son de interés privado, —porque pueden confirmarse,—concluyen que todas las nulidades absolutas son de orden público. El razonamiento es *á contrario*, y encierra un paralogismo. *Es cierto que toda nulidad relativa es de interés privado, pero es falso que toda nulidad de interés privado sea relativa.* El paralogismo está precisamente aquí. Se ha creído que siendo todas las nulidades relativas de interés privado, todas las de interés privado deben ser relativas, y esto es falso, porque hay nulidades de interés privado que son absolutas. La falta de consentimiento es tan de interés privado, como lo son sus vicios. Más aún: si cabe, es más de interés privado, porque puede no mediar delito alguno, mientras que en los casos de violencia ó de dolo probablemente existirá un delito castigado por el Código Penal. Luego, puede haber nulidades absolutas que no estén fundadas en motivos de orden público, sino en motivos de interés privado, como las relativas.

Debemos hacer una salvedad. Al hablar de nulidades de interés privado, sean absolutas ó relativas, lo hacemos con ciertas restricciones, porque en toda declaración de nulidad *intervienen siempre en mayor ó menor escala motivos de orden público.*

47. Lo nulo, dice Cannada Bartoli, es la negación del ser. Así como el conocimiento de la existencia de una cosa hace pensar en su no existencia, así también el conocimiento del derecho y de sus instituciones nos hace concebir su no existencia. El concepto de la nulidad absoluta ó de la inexistencia es un concepto negativo. Nulidad absoluta es la misma cosa que inexistencia. Nulo es ya por si solo el no ser, y nulo absolutamente es el no ser, es la nada, es la inexistencia. Nuestro Código, empleando los

vocablos nulidad absoluta, en realidad acepta la teoría de los actos inexistentes. Algo nulo absolutamente que exista, no se concibe. Como, dice Cannada, el concepto que de lo nulo absolutamente debe formarse el jurista, corresponde al concepto que de la nada debe formarse el filósofo.

Este concepto de la nulidad absoluta, no es nuevo, ni mucho menos. El acto nulo absolutamente, dice De Crecenzio, tiene solamente apariencia, no existe jurídicamente. Es necesario, dice Marcadé, distinguir el acto absolutamente nulo, es decir, *sin existencia legal*, del acto nulo en el sentido *impropio* de esta palabra, es decir, sometido á una causa que puede hacerlo anular. (1)

48. Se han hecho críticas severas á nuestro legislador. No hay nada más injusto que los ataques violentos que se han dirigido contra nuestro Código Civil, porque tal vez ha incurrido en pequeñas omisiones, al tratar una de las materias más difíciles del derecho por su heterogeneidad y por los múltiples intereses que exigían garantías y respeto. No es cierto lo que afirma el distinguido ex catedrático de derecho civil doctor don Juan P. Castro, cuando dice que el intérprete, frente al artículo 1534, se ve obligado á hacer prodigios de gimnástica jurídica para resolver las múltiples cuestiones que se encuentran sin solución en la ley,—y entendemos que, por el contrario,—debe alabarse la claridad con que nuestra ley ha dividido las nulidades en dos categorías, perfectamente separables, y si en la práctica pueden presentarse algunas dificultades, ellas son de las inherentes á toda disposición legal, que no se dicta para los casos particulares, dificultades, tal vez, agravadas por la complicada doctrina que domina en materia de nulidad.

(1) MARCADÉ. — *Explication théorique et pratique du Code Napoleon*, IX, § 871.

No podemos estar tampoco de acuerdo con el doctor Castro, cuando afirma que hubiera sido deseable que nuestro legislador hubiera seguido en materia de nulidades á la legislación francesa, porque si bien existen en ésta vacíos y dificultades, ellos han sido llenados y resueltos por la doctrina y la jurisprudencia, de manera que actualmente existe en Francia y en los países que han adoptado su legislación, conformidad de opiniones sobre los puntos capitales que con la nulidad tienen relación.

No podemos aceptar esta opinión, porque entendemos que el legislador patrio, siguiendo en esta parte al Código chileno, y teniendo presentes las observaciones de los críticos más autorizados del Código Napoleón, dió un gran paso hacia adelante, resolviendo con reglas claras y de fácil aplicación, las cuestiones que más abstrusas se presentaban dentro del caos contradictorio del Código Francés. Hemos sido severos al hacer la crítica general de la doctrina de la ley, y es forzoso que hagamos justicia poniendo de relieve los méritos que encierran sus disposiciones, y si en ellas existen vacíos y deficiencias, — por cierto en un número pequeñísimo si se consideran las que tiene el Código francés, — corresponde á nuestra jurisprudencia y á nuestra doctrina suplir las deficiencias de la ley, como las suplieron (no del todo) en Francia la doctrina y jurisprudencia francesas. La obra presenta al intérprete y á los jueces uruguayos, menos dificultades, pues cuentan para realizarla con disposiciones más claras, más precisas y más armónicas que las del Código francés. Es necesario que conquistemos la independencia jurídica, ya que tenemos la independencia política. Aquella servirá para afianzar la última, y para aumentar los laureles nacionales. El malogrado profesor Cimbali decía que era necesario no permanecer, en el campo de la producción intelectual, vasallos de

otras naciones civilizadas (1). Es un deber completar nuestras leyes, y no lamentar no haber seguido las ajenas, mucho más imperfectas que las nuestras.

49. Lo primero que debe hacerse notar porque evita ulteriores dificultades, es que para nuestro Código sólo hay una única categoría de nulidades absolutas, y que nulidad absoluta é inexistencia son términos sinónimos. Es cierto que el legislador ha dicho en algunas partes, tal cosa será de ningún valor, tal cosa no producirá efectos de ninguna especie, tal cosa será nula de derecho, ó simplemente nula sin indicar especie de nulidad, -- pero todas esas disposiciones vienen á ser aclaradas por la del artículo 1534 del Código Civil y por las de los artículos siguientes, que, de un modo expreso y terminante, establecen que toda nulidad debe ser absoluta ó relativa, excluyendo, en consecuencia, cualquier interpretación contraria que de aceptarse violaría el principio de que «el contexto de la ley servirá para ilustrar el sentido de cada una de sus partes, de manera que haya entre todas ellas la debida correspondencia y armonía». (2)

50. Por lo tanto, sólo hay dentro de la ley dos especies de nulidades, absolutas y relativas, cuyos límites han sido cuidadosamente señalados en el artículo 1534 del Código Civil que conviene tenerlo presente porque ocupará muchas de las páginas que siguen. Dice la disposición citada: «*La nulidad producida por un objeto ó causa ilícita, la producida por la omisión de algún requisito ó formalidad que las leyes prescriben para el valor de ciertos actos ó contratos en consideración á su naturaleza, y no á la calidad ó estado de las personas que en ellos intervienen, son NULIDADES ABSOLUTAS*».

(1) CIMBALI. — *Prolusione* letta il 25 de Gennaio 1887, en Messina. *Le obbligazione civile, complemento e funzione della vita sociale*, LXIX,

(2) *Código Civil*, artículo 20.

«Hay, asimismo, nulidad absoluta en los actos y contratos de personas ABSOLUTAMENTE INCAPACES».

«Cualquiera otra especie de vicio sólo produce NULIDAD RELATIVA y da derecho á la anulación del acto ó contrato». (1)

De manera que, según el artículo transcripto, habrá nulidad absoluta en los tres casos siguientes: 1.º Cuando hay un objeto ó causa ilícita; 2.º Cuando falta algún requisito ó formalidad de los que las leyes prescriben para el valor del acto ó contrato en *atención á su naturaleza*, y no á la calidad ó estado de las personas que en ellos intervienen; 3.º Cuando ha ejecutado el acto ó celebrado el contrato un absolutamente incapaz.

Fuera de estos tres casos, todo vicio sólo produce nulidad *relativa*.

La pregunta que forzosamente se formula al terminar la lectura del artículo, y con mayor razón después de hacer un ligero análisis, es la siguiente: ¿No hay en nuestra legislación más nulidades absolutas que las establecidas expresamente en el artículo 1534 del Código Civil? ¿La falta de consentimiento, la falta de objeto y la falta de causa, son vicios que sólo aparejan nulidad relativa, ó por el contrario, dan lugar á nulidades absolutas, aunque no estén establecidas en el artículo 1534?

51. Tres sistemas se presentan para resolver la dificultad. Según el primero, la falta de consentimiento, de objeto ó de causa, sólo da lugar á una nulidad relativa; según el segundo, propuesto por un distinguido jurisconsulto chileno, la falta de dichos requisitos produciría nulidad absoluta, pues dicho autor, descartado el consentimiento,—sin el cual no se concibe un contrato,—asimila la falta de objeto y de causa, al objeto y causa ilícita; finalmente,

(1) Concuerda con el artículo 1682 del Código Civil de Chile.

según el tercero, la nulidad sería absoluta, aun cuando el artículo 1534 haya guardado silencio al respecto, porque de hacerlo hubiera incurrido en un pleonismo, repitiendo lo que estaba ya establecido en la letra, y, sobre todo, en el espíritu de la ley.

52. PRIMER SISTEMA.— Nuestro legislador, dicen los defensores del primer sistema, siguiendo al chileno, trató de llenar las lagunas del Código francés, y es forzoso convenir que lo hizo con escaso acierto.

La ausencia en el Código Napoleón de disposiciones concretas que establezcan la diferencia entre la nulidad absoluta y la relativa, ha sido suplida por la jurisprudencia y la doctrina, mientras que nuestra disposición, que intentó establecer la diferencia, pone sobre el tapete estos difficilísimos problemas: ¿es absoluta ó relativa la nulidad producida por la falta absoluta de causa? ¿qué es la ocasionada por la falta de objeto? — ¿la ausencia de consentimiento á qué especie de nulidad da lugar? ¿y el contrato celebrado por un pretendido mandatario?

En vano se recurre para resolver estos problemas al artículo 1235 que establece los requisitos esenciales para la validez de los contratos, pues disponer que en falta de aquéllos éstos no son válidos, equivale á declarar que serán nulos, pero no que serán *absolutamente nulos*.

Inútilmente se invoca la alusión que el artículo 1534 hace á los requisitos ó formalidades que las leyes prescriben para el valor de *ciertos* actos ó contratos: 1.º porque la palabra *ciertos* demuestra que no ha podido el legislador aludir en su cláusula á los requisitos del artículo 1235, que son esenciales para la validez de *todos* los contratos sin excepción; 2.º porque si á aquellos requisitos esenciales aludiera, no se explicaría la referencia especial en el artículo 1534 al objeto y á la causa lícita, enumerados ambos en el 1235; 3.º porque tampoco tendrían explicación las

palabras «así mismo» del inciso 2.º (artículo 1534), pues la incapacidad absoluta estaría ya comprendida en la omisión de un requisito indispensable para la validez de los contratos en general. (1)

No habiendo, pues, en la ley ninguna disposición que declare *absolutamente nulos* los contratos que adolezcan de los vicios apuntados, no hay duda de ninguna especie, de que sólo producen nulidad relativa en virtud del inciso final del artículo 1534 que dice: «*Cualquier otra especie de vicio produce nulidad relativa y da derecho á la anulación del acto ó contrato*».

Más aún. El espíritu de la ley no ha podido ser otro. En efecto, ha establecido intencionalmente la nulidad absoluta para los casos en que haya objeto ó causa ilícita, ó incapacidad absoluta, casos que estaban ya comprendidos entre los demás requisitos exigidos para la validez de los contratos, y el silencio del legislador, respecto de los demás requisitos de carácter general, demuestra de un modo terminante que no fué por olvido, sino por deliberada y reflexiva voluntad que no los incluyó.

53. Este primer sistema es tan absurdo que casi estamos por decir que llega á lo inconcebible. En todo lo que contienen los párrafos anteriores, sólo hay, en nuestra opinión, una verdad: la referente á que el artículo 1534 no ha podido referirse á los requisitos generales exigidos para la validez de los contratos en el 1235, porque al decir «la nulidad producida por la omisión de algún requisito ó formalidad que las leyes prescriben para el valor de *ciertos* actos ó contratos»,—empleando la palabra *ciertos*, demuestra que no se ha referido á los requisitos de carácter general, porque ellos se exigen para la validez no *de ciertos*, sino de *todos* los contratos en general.

(1) CASTRO.—*Sobre nulidad*. (Revista de Derecho y Jurisprudencia, I, pág. 7.)

Hemos dicho que la tesis expuesta era absurda, y creemos que no merece otro nombre la opinión que ante una dificultad ó, á lo sumo, ante una oscuridad ó una deficiencia de la ley, si se quiere, sostiene vacilante que el objeto y causa ilícitos — que al fin y al cabo son objeto y causa — aparejan la nulidad absoluta del contrato que los contiene, mientras que la falta completa, la falta absoluta de objeto y causa sólo aparejan nulidad relativa, haciendo de este modo incurrir al legislador en la más flagrante de las contradicciones.

Merece el nombre de absurda la doctrina que pretende sostener que la falta de consentimiento sólo apareja nulidad relativa del contrato, y que un contrato que no ha sido consentido puede ser confirmado por quien no lo celebró. Es absurdo, es ilógico sostener que el legislador que declara la nulidad absoluta de un contrato celebrado por un incapaz absolutamente, *porque no ha podido consentir*, — no considere igualmente viciado de nulidad absoluta, el contrato celebrado sin la intervención, sin el conocimiento, sin el consentimiento de uno de los que aparecen interviniendo en él. Si es nulo absolutamente el contrato celebrado por un impúber porque no consintió, es igualmente nulo de la misma manera, el que aparece realizado por una persona que no ha tenido, ni tiene conocimiento de él.

Sin consentimiento, sin objeto, sin causa, no hay acuerdo de voluntades; si no hay acuerdo de voluntades, no hay contrato; y si no hay contrato, no hay obligación.

No se debe olvidar que el Código Civil en su artículo 1421, inciso 7.º, ha dicho: «Los modos de extinguir las obligaciones son:... 7.º La anulación ó declaración de nulidad». Debe recordarse también que el artículo 1534, fuente de la dificultad, se encuentra incluido en el capítulo VII del título III, y que éste

trata *exclusivamente* de los modos de extinguir las obligaciones, y que aquél se ocupa *también exclusivamente* «de la anulación ó declaración de nulidad», por cuanto el artículo 1533, el primero del capítulo mencionado, dice que «*los contratos y obligaciones consiguientes que adolecen del vicio de nulidad relativa se EXTINGUEN por la declaración judicial de esa nulidad*». Ahora bien, mal puede extinguirse una obligación por adolecer del vicio de falta de consentimiento, de objeto ó de causa, porque esa obligación no existe, y lo que no existe no se extingue.

Esta es la razón que ha mediado para que la ley no mencione en el artículo 1534, como nulidades absolutas las que provienen de la falta de requisitos que nos ocupan. La ley no se ocupa de todas las nulidades absolutas en el artículo citado, porque sería inoportuno hacerlo cuando está estudiando los modos de extinguir las obligaciones. Un contrato sin consentimiento es la nada; ahora bien, la nada no se extingue.

La ley estableció en el artículo 1235, una vez por todas, los requisitos esenciales para la validez de los contratos. Si falta alguno de esos requisitos no hay contrato, y, por lo tanto, no hay obligación que extinguir. Las nulidades absolutas no son ni pueden ser materia dentro del título de la extinción de las obligaciones.

54. Pero, se dirá. Es cierto, pero la ley se ocupó de algunas nulidades absolutas, y desde que se ocupó de algunas, bien pudo ocuparse de todas, pues tan incongruente es una cosa, como la otra. El Código estableció en los incisos 2, 3 y 4 del artículo 1235, la capacidad, el objeto lícito, y la causa lícita, como requisitos esenciales para la validez de los contratos, y, sin embargo, ha establecido nuevamente, en el artículo 1534, á riesgo de ser tachado de redundante,

claras y terminantes disposiciones, para que se consideren nulos absolutamente los contratos que adolezcan de tales vicios, y si no lo ha hecho con los demás, es porque no ha querido considerarlos como nulidades absolutas.

Estas observaciones no nos parecen exactas. El legislador no ha mencionado la falta de consentimiento, de objeto y de causa, volvemos á repetirlo, porque ha considerado inútil manifestarlo, después de haber establecido que son requisitos esenciales para la validez de los contratos. Decir que son esenciales para la validez de los contratos, es decir que son de su esencia, de su naturaleza íntima, de tal suerte que su falta aparea la falta del contrato, dentro de la ley, como fuera de ella. Puede explicarse fácilmente la mención que hace de la incapacidad absoluta y del objeto y causa ilícita si se tiene en cuenta que el legislador puede haber creído que sus disposiciones á este respecto darían lugar á dudas, por no ser suficientemente precisas y terminantes, y puede haber temido las hesitaciones de la doctrina, indudablemente posibles, al determinar si el requisito esencial para la existencia del contrato era el objeto lícito ó simplemente el objeto.

Puede igualmente explicarse, ya que no puede justificarse, la inclusión del artículo 1534, en este capítulo dentro del título de la extinción de las obligaciones, si se considera que tal vez era el lugar más apropiado, para hacer incidentalmente la aclaración, ya que no se quería formar capítulo aparte, para las disposiciones que contiene, de suyo redundantes, desde que puede sostenerse que se encuentra legislada la materia en otras disposiciones de la ley. Por otra parte, hay en el artículo 1534 una regla de carácter general de importantísimas proyecciones, que debía encontrarse junto á las disposiciones de las nulidades relativas, para deslindarlas de un modo pre-

ciso de las absolutas. Se aprovechó esta circunstancia para hacer la aclaración. Eso es todo.

55. SEGUNDO SISTEMA.— El distinguido jurisconsulto chileno José Clemente Fabres, es el sostenedor del segundo de los sistemas de interpretación del artículo 1534. Este sistema cuenta entre nosotros con entusiastas sostenedores, lo que nos obligará á detenernos en su exposición y en su crítica. Al hacerlo seguiremos la norma de conducta que nos hemos trazado: exponer de un modo completo el sistema antes de hacer su crítica. De esta manera no seremos parciales, y la misión, siempre desagradable, de hacer notar los errores ó los defectos de las opiniones ajenas, quedará compensada en la misión agradable de interpretar y completar esas mismas opiniones. En definitiva, coincidimos con la opinión del ilustre tratadista chileno; las premisas son diferentes, pero la conclusión es la misma.

Vamos á transcribir las páginas del doctor Fabres, sin hacer en ellas otras alteraciones que las necesarias para aclarar algunas de las ideas por él emitidas.

«El objeto de un contrato, ó de un acto, dice el doctor Fabres, ó, lo que es más propio, el objeto de una obligación, es la materia sobre que recae; así vemos, en el artículo 1460 (1): «Objeto es la cosa ó cosas que se trata de dar, hacer ó no hacer. El artículo 1682 (2) no consigna expresamente como causa de nulidad la falta de objeto ó la falta de causa; dice sólo que lo es el objeto ó causa ilícita, pero no por esto es menos cierto que la falta de objeto ó de causa impide absolutamente la existencia de la obligación, y es, por consiguiente, nulidad absoluta. Este es un requisito común á toda obligación, no es pe-

(1) 1256-1219 del Código Civil Uruguayo.

(2) 1534 " " " "

culiar á un acto ó contrato determinado en consideración á su naturaleza y no podemos, por consiguiente, colocarlo en el segundo miembro de la clasificación que hemos hecho».

«Y no se diga que es ociosa esta cuestión, en razón de que sin objeto y sin causa no puede haber obligación; porque lo mismo debe decirse del consentimiento y, sin embargo, la ley ha cuidado de decir que la incapacidad absoluta es motivo de nulidad, no obstante que á nadie puede ocurrírsele que un niño de tres años sea capaz de obligarse. Si la nulidad absoluta impide la existencia de la obligación, es lo mismo la obligación nula que la obligación que no existe. No se diga tampoco para salvar la dificultad, que no se concibe obligación sin objeto, dejándola en pie con tal que fuese indeterminado: la obligación de entregar un animal ó de hacer un acto favorable, que podría cumplirse con un insecto ó con un saludo, es tan ridícula y nula como la que carece de objeto completamente; ó, si se quiere, hay tanta carencia de obligación en este segundo caso como en el primero. Es sinónimo en jurisprudencia la falta de objeto y la falta de objeto determinado, como es sinónimo el objeto ilícito determinado y el objeto ilícito indeterminado. Que no pueda haber obligación sin objeto ó sin causa es una prueba fehaciente de que es capítulo de nulidad absoluta, porque cabalmente la naturaleza de esta especie de nulidad consiste en impedir la existencia ó el valor de la obligación».

«Pero si queremos ver con mayor evidencia que la falta de objeto produce nulidad, nos bastará observar que la ley coloca en la misma línea al hecho imposible que al ilícito: en el artículo 1461, inciso 3.º, se dice: «Si el objeto es un hecho, es necesario que sea física y moralmente posible. Es físicamente imposible lo que contrario á la naturaleza, y moralmen-

te imposible, el prohibido por las leyes ó contrario á las buenas costumbres ó al orden público (1); «y el 1903: «Si el modo es por su naturaleza imposible ó inductivo á hecho ilegal ó inmoral ó concebido en términos ininteligibles, no valdrá la disposición»; y el 1475: «La condición potestativa debe ser física y moralmente posible. Es *fisicamente* imposible la que es contraria á las leyes de la naturaleza física; y *moralmente* imposible la que consiste en un hecho *prohibido* por las leyes, ó es opuesta á las buenas costumbres ó al orden público» (2). — Lo mismo se repite en el artículo 1480».

«El hecho imposible no solamente no existe, pero ni puede existir; es la falta de objeto más radical y absoluta y, sin embargo, dice la ley que es lo mismo que el hecho ilícito; ambos producen igual efecto, ó bien ambos impiden igualmente la existencia de la obligación. Y para alejar hasta la más remota duda acerca de la identidad entre la falta de objeto y el objeto ilícito, la ley queriendo expresar que un objeto es ilícito, se contenta con decir que no puede ser objeto, como sucede con el derecho de heredar á una persona viva (artículo 1463) (3). Por último el artículo 1814 (4) pondrá término á la discusión con la autoridad del legislador: «La venta de una cosa que al tiempo de perfeccionarse el contrato se supone existente y no existe, no produce efecto alguno», lo que no es otra cosa que repetir en distintos términos la misma proposición que venimos sosteniendo: la falta de objeto hace que el contrato no produzca efecto alguno; y que ésta es una de las fórmulas de que se vale la ley para designar la nulidad absoluta, no tardaremos en comprobarlo».

(1) Código Civil Uruguayo, artículo 1253.

(2) » » » » 1382.

(3) » » » » 1259.

(4) » » » » 1646.

«No nos falta entonces más que saber por qué la ley no consignó expresamente en el artículo 1682 ⁽¹⁾ la falta de objeto como causa de nulidad, así como lo hizo con el objeto ilícito. Pero la solución es fácil y satisfactoria. Si por una parte nos había asimilado la falta de objeto al objeto ilícito, *por otra creyó tan superflua la expresión de la pena para aquél caso como condenar á muerte al suicida*. Le bastaba decir que el objeto ilícito no era objeto ó carecía de existencia legal y que por esta razón viciaba el acto ó contrato: podríamos decir: *idem est non facere, quod facere contra legem*; y como se dice en la Instituta: *is qui in fraudem creditorum manumittit nihil agit; quia Lex Elia Sentia impedit libertatem*».

«Igual cosa podemos decir respecto de la causa; pero aquí la ley fué todavía, si es posible, más explícita. «No puede haber obligación sin una causa real y lícita (artículo 1467) ⁽²⁾. El símil en la naturaleza, en los efectos y en la pena no podía expresarse con más energía. Cuando dice, pues, la ley que el objeto ó causa ilícita producen nulidad absoluta, es porque les ha negado la existencia, y colocado en la misma situación que la falta de ser; y repetir que esta causa de ser produce nulidad absoluta, habría sido un pleonismo tan inútil, como decir que un impúber no puede habilitarse de edad después de haber dicho que no pueden serlo los menores de 21 años».

Respecto de la causa, nuestra legislación ha sido más explícita aún que la chilena. El artículo 1262 del Código Civil dice que «*la obligación, y por consiguiente, el contrato que se funda en una causa falsa ó ilícita no puede tener efecto alguno*». Por

(1) Código Civil Uruguayo, artículo 1534

(2) » » » » » 1262.

lo tanto, un contrato que tenga causa falsa, es nulo absolutamente porque carece de causa. El motivo de la nulidad no es la falsedad de la causa, porque si bajo la causa aparente ó falsa existiera una verdadera, el contrato es válido (artículo 1263). El verdadero motivo de la nulidad es la ausencia de causa, la falta de causa, que se disimula con una causa falsa.

56. El jurisconsulto chileno ha rodeado la dificultad, ha estado al borde de la resolución, pero no la ha resuelto. Varias veces parece aproximarse á la verdadera solución, pero no afronta de lleno la cuestión. Parece que tuviera cierta timidez ó que en el momento decisivo le faltara el empuje necesario para romper el nudo de la dificultad.

Toda su argumentación tiende á demostrar que si la causa y el objeto ilícitos producen nulidad absoluta, es porque la ley las considera como falta de causa y de objeto.

Conceptúa resuelto el problema de la nulidad que produce la falta de consentimiento, porque la ley establece la nulidad absoluta para los contratos celebrados por los absolutamente incapaces,—olvidando que la incapacidad absoluta constituye solamente uno de los casos de ausencia de consentimiento, y que quedan los demás casos posibles por resolver, *desde que no puede pretenderse en una legislación de excepción, como es la de nulidades, —extender el alcance de una disposición específica al extremo de convertirla en disposición genérica, —sin estar autorizados por motivos jurídicamente suficientes.*

La disposición del título de la compraventa que cita Fabres como decisiva en su favor, no tiene la virtud de convencer al menos exigente. Es cierto que la venta de cosa que al tiempo de perfeccionarse el contrato no existe, *no produce ningún efecto*, como dice el Código chileno, ó es *nula*, como dice nuestro

Código; pero siempre cabe la pregunta: ¿es nulidad absoluta ó relativa? Dentro de nuestro Código no puede invocarse la letra terminante de la ley, pues ésta se ha limitado á decir que el contrato de compraventa es nulo, quedando por averiguar, todavía, de qué modo lo es. Pero aun cuando nuestra ley dijera, como el Código chileno, «que la venta de una cosa que al tiempo de perfeccionarse el contrato se supone existente y no existe, no produce efecto alguno», — esas palabras de la ley, tomadas aisladamente, no nos autorizarían á inferir que la nulidad es absoluta, ó que, por el contrario, es relativa. No sería más terminante esa disposición que la del artículo 350 del Código Civil uruguayo, que dice: «Las enajenaciones y gravámenes hechos contra lo que disponen los artículos anteriores (los artículos anteriores hablan de autorización judicial para la venta de bienes del pupilo, que ésta debe hacerse en pública subasta, etc.), SERÁN DE NINGÚN VALOR, y, sin embargo, á pesar de los términos categóricos de la ley, la nulidad no es absoluta, sino que es relativa, como lo veremos más adelante.

57. TERCER SISTEMA.— El artículo 1534 debe, en nuestra opinión, ser interpretado de un modo amplio, sin encastillarse en la letra de la ley. A ésta no debemos suponerla absurda y contradictoria, sino, por el contrario, consecuente, lógica, y existiendo entre todas sus partes la debida correspondencia y armonía. Ya hemos determinado cuál es la interpretación que surge de su espíritu, y casi estamos por decir, de su letra, al hacer la crítica de los sistemas anteriores. La ley no debe, ni puede ocuparse de lo que según su propio mandato no existe, por no haber reunido las condiciones esenciales para existir. Si la ley no se ha ocupado especialmente en el artículo 1534 de la falta de consentimiento, de objeto y de causa ha sido porque, como dice el doctor Fa-

bres, consideró tan superflua la pena para aquellos casos, como condenar á muerte al suicida.

En todo acto ó negocio jurídico hay ciertas condiciones substanciales, *que son de su esencia*, y cuya falta hace imposible el nacimiento del acto ó negocio que se pretende formar. No son necesarias para que el negocio jurídico no se concluya, disposiciones terminantes y expresas de la ley. Tales disposiciones están implícitamente contenidas en el conjunto de principios que gobiernan los cuerpos de leyes, y surgen forzosamente de su espíritu, manifestándose con toda claridad y eficacia, cuando se contemplan, en sus múltiples vinculaciones, todos los artículos de la ley. Esto lo dice Beudant, refiriéndose á la nulidad que producen la falta de consentimiento, la no intervención del Oficial del Estado Civil y la identidad de sexo, en el matrimonio. «Lo que caracteriza estas nulidades, dice, y lo que les vale su clasificación (de substanciales) es que están implícitamente contenidas por la naturaleza misma del acto, de tal modo que SE SUPONEN AÚN EN EL SILENCIO DE LA LEY. De hecho, esas tres nulidades no están establecidas en el capítulo IV; pero las condiciones substanciales tampoco están, salvo el consentimiento en el capítulo I; es porque están, unas y otras, *sobreentendidas* y el silencio, respect o de ambas, se explica de la misma manera: LO QUE ES SUBSTANCIAL ESTÁ SIEMPRE NATURALMENTE SOBREENTENDIDO». (1)

«En la categoría de los contratos inexistentes, dice Bufnoir, conviene colocar aquellos que no reúnen los elementos naturales que, fuera de toda disposición positiva de la ley, son esenciales por definición misma á la formación de la convención». (2)

Hay casos en que la inexistencia surge de la

(1) BEUDANT. — Obra citada, tomo I, página 335.

(2) BUFNOIR. — *Propriété et contrat*, página 467.

misma naturaleza de las cosas. La ley no ha debido ni podido ocuparse de ella. Sería superfluo que impidiendo el nacimiento de un acto ó contrato, porque no ha reunido las condiciones esenciales para existir, se ocupara luego de anularlo. Pero ¿de anular qué cosa? Donde nada existe, nada hay que anular. En los casos que nos ocupan, el legislador ha considerado superflua y contradictoria toda declaración de nulidad. *Superflua* porque, no habiendo reconocido la existencia de una relación jurídica por carecer de los elementos esenciales para ello, el anularla, como dice Fabres, sería lo mismo que condenar á muerte al suicida. *Contradictoria*, porque ocupándose la ley de los modos de extinguir las obligaciones, es decir, lo que se reconoce existente, no ha podido ocuparse de la nada, porque lo que carece de existencia no puede extinguirse.

Es cierto que no existe ninguna disposición que categóricamente declare la inexistencia, la nulidad absoluta de los actos y contratos á que venimos refiriéndonos, pero no es menos cierto tampoco que no es lógico ni razonable exigir al legislador una declaración de que la nada no tiene existencia. Hay ciertas nulidades, como dice Beudant, que se imponen aún en el silencio de la ley, porque emanan de la naturaleza de las cosas.

Sin acuerdo de voluntades no se concibe la existencia de un contrato; y, sin consentimiento de las partes, no puede existir tal acuerdo. Es absurdo, es contradictorio hablar de contratos no consentidos. Sin consentimiento no se concibe el contrato. Eso no necesita decirlo la ley. Es una verdad que se impone como esta otra: sin una persona que contrate con otra no hay contrato. Si no hay contratantes ¿puede haber contrato? Nadie dudará en responder negativamente, y, sin embargo, no hay ley que declare esa inexistencia. Ahora bien, un con-

trato no consentido ¿por quién ha sido celebrado? Por nadie. Por una sola parte, á lo sumo. Falta, pues, el contratante. ¿Hay necesidad de una declaración de inexistencia de parte de la ley? Sería absurdo, sería contradictorio, sería contrario á todas las reglas de la lógica y del buen sentido, el exigirlo.

Vamos al objeto y á la causa. Sin algo sobre que se contrata, sin algo sobre que recae el acuerdo de voluntades, y sin un motivo ó un móvil que impulse á éstas, no se concibe la existencia del contrato. Para que exista acuerdo de voluntades, es necesario que exista sobre alguna cosa. Un acuerdo de voluntades indeterminado, sobre nada, no se concibe. Sin objeto no puede haber acuerdo de voluntades. no puede haber consentimiento, y acabamos de ver que sin consentimiento nó puede existir el contrato.

En el orden jurídico las cosas pasan de la misma manera que en el psíquico y en el físico. Como en estos últimos, la inexistencia es el efecto de la no concurrencia de las energías que debían dar nacimiento al acto ó negocio jurídico.

Respecto de la causa, ya hemos visto que nuestro Código es más explícito (1). Cuando la causa es falsa, el contrato no puede producir ningún efecto, no existe. Causa falsa es falta de causa, según se desprende de los artículos 1262 y 1263.

Si existe causa verdadera, bajo la causa falsa ó aparente, el contrato existirá; pero si no existe más causa que la aparente, el contrato no podrá producir ningún efecto. Luego, la ausencia de causa produce nulidad absoluta. En los contratos sinalagmáticos, lo que es causa para una de las partes, es objeto para la otra. ¿Sería lógico que el contrato existiera para una de las partes y para la otra no?

(1) Véase *supra*, § 54.

58. Dijimos que la interpretación que defendemos, casi surge de la letra de la ley. No hemos querido valernos de sutilezas que, tal vez, tenderían á desprestigiar nuestra tesis, y por eso hemos prescindido de la letra de la ley al exponer nuestra opinión. Pero, como estamos seguros de que se invocará, *sutilizando*, porque de otro modo no es posible, contra nosotros, la letra de la ley, devolvemos sutilezas contra sutilezas, demostrando que la letra de la ley nos es en un todo favorable.

Debemos hacer constar que lo que sigue á continuación, en nada refuerza, ni debilita la tesis que hemos sostenido, tal cual ha sido expuesta en el párrafo anterior. Se funda en la naturaleza misma de las cosas, y la ley no ha podido desconocerla.

El Código Civil, en su artículo 1235, establece que «para la validez de los contratos, son esenciales los cuatro requisitos siguientes: 1.º Consentimiento de partes; 2.º Capacidad legal de la parte que se obliga; 3.º Un objeto lícito y suficientemente determinado que sirva de objeto á la obligación; 4.º Que sea lícita la causa inmediata de la obligación. Esto se entenderá, sin perjuicio de la solemnidad requerida por la ley en ciertos contratos». La ley empieza, pues, por establecer cuáles son los requisitos esenciales para la validez de los contratos, esto es, requisitos de su esencia, de su naturaleza íntima sin los cuales dejarían de ser lo que son. No se concibe la existencia de una cosa, si carece de las propiedades que son imprescindibles para ser esa cosa. No se concibe tampoco que la ley haya declarado requisitos esenciales, tales ó cuales, y que admita, luego, la existencia de la institución verificada sin respetar esos requisitos. La causa del nacimiento de un contrato es compleja; está constituida por la reunión de los requisitos de carácter esencial establecidos en la ley. Faltando ellos, falta su

efecto, el contrato. Pretender lo contrario, es establecer una excepción al principio de causalidad. Los principios de carácter universal, dice Cimbali, deben aplicarse en las ciencias jurídicas, como en las demás; de lo contrario, perderían el derecho á denominarse ciencias.

59. Tres objeciones se levantan contra esta interpretación. En primer lugar se invoca la autoridad, bajo todos conceptos respetable, de Marcadé, y se dice: Este artículo 1235, nos indica las condiciones esenciales, los elementos indispensables, sí, pero, *no para la existencia* de un contrato, *sino para su validez*. Se ha criticado equivocadamente, dice Marcadé, la palabra *esenciales* empleada por nuestro artículo y por la rúbrica de la sección. Las condiciones exigidas, se ha dicho, no son todas esenciales, porque, á pesar de la incapacidad de una parte, el contrato existiría. Tanto existiría que la otra parte no podría hacer nada para atacarlo. Sin duda, contesta Marcadé, la capacidad no es esencial para la FORMACIÓN del contrato, pero lo es para su VALIDEZ; y es de las condiciones *esenciales para la validez* de las que habla nuestra rúbrica y el texto de nuestro artículo». (1)

En segundo lugar, se dice que el Código establece en su artículo 1235, entre las condiciones esenciales para la validez de los contratos, la capacidad de la parte que se obliga, y la falta de este requisito no trae aparejada la inexistencia del contrato, fuera del caso de incapacidad absoluta (artículo 1534), y en este caso el contrato es inexistente, no por falta de capacidad, sino por falta de consentimiento. En consecuencia, no todas las condiciones son esenciales para la existencia del contrato. Hay una, por lo pronto, que sólo lo es para su validez. ¿Por qué han

(1) MARCADÉ.—Obra citada, IV, § 394,

de ser las otras tres condiciones esenciales para la existencia del contrato, si la ley no lo dice?

En tercer lugar, se invoca una objeción que ya hemos tenido ocasión de examinar. El artículo 1534, se dice, ha determinado en su triple regla sobre nulidades absolutas, los casos de inexistencia, completando, de esta manera, el artículo 1235.

60. Se argumenta en la primera de las objeciones apuntadas, diciendo que se trata de condiciones exigidas no para la existencia sino para la validez de los contratos. Son de la esencia de la *validez* del contrato, pero no de la esencia del contrato. Quien quiera chicanear encuentra aquí materia apropiada. En efecto, las palabras *valor* y *validez* no tienen en nuestro idioma jurídico una significación precisa y determinada, y dentro de la misma ley encontramos requisitos exigidos para la existencia de un contrato, que son llamados requisitos para su valor. Sin ir más lejos, en el mismo artículo 1534 dice el Código Civil que aparejan nulidad absoluta «la omisión de los requisitos ó formalidades que las leyes prescriben para el *valor* de ciertos actos ó contratos en consideración á su naturaleza». De manera que hay requisitos establecidos para el valor de los contratos, que si se omiten producen la inexistencia de los mismos. La ley los establece para el valor de ciertos contratos, y, en realidad, los establece para su existencia.

Se invoca la autoridad de Marcadé, pero se calla que Marcadé dice que «la capacidad y ciertas cualidades en el consentimiento son condiciones esenciales solamente á la *validez* de la obligación; *pero, que la existencia de consentimiento, de objeto y de causa son condiciones esenciales á su FORMACIÓN misma.*» (1)

(1) MARCADÉ.—Obra citada, IV, § F. 459.

Volvemos á repetirlo. Nuestra tesis no se funda en esta clase de argumentos: se funda en la naturaleza de las cosas. Ahora sólo nos proponemos demostrar que la letra de la ley no nos es contraria, y que, puliéndola, ajustando de diversas maneras sus complicados engranajes, puede servir tan eficazmente para sostener nuestra doctrina como para sostener cualquiera de las otras.

61. A la segunda de las objeciones formuladas, podríamos responder de una manera completamente opuesta á Marcadé. Las condiciones del artículo 1235, diríamos, están todas establecidas para la existencia del contrato, desde que son de su esencia. Valor y existencia son la misma cosa en la ley, si no en todos los casos en que la ley emplea esa palabra, en muchos de ellos. La capacidad también es esencial para la existencia, pues quien es completamente incapaz no puede celebrar contratos. En cuanto á la incapacidad relativa se encuentra en el mismo caso que un objeto indeterminado, pero susceptible de ser determinado, ó de un objeto que no existe, pero que se espera que exista. El consentimiento en el caso de incapacidad relativa, se espera que exista; por eso la nulidad es relativa, pero, la capacidad como el objeto es requisito esencial para la existencia del contrato.

No puede replicarse diciendo que la incapacidad absoluta constituye un vicio que apareja la inexistencia, no como incapacidad, sino como falta de consentimiento, pues en el mismo caso se encuentra el objeto, pues su falta no es sino la falta de consentimiento. Si no ha habido objeto no ha habido materia para un acuerdo de voluntades; si no ha existido acuerdo de voluntades, no ha existido consentimiento. Las partes no han tenido en qué consentir. De modo, pues, que si la incapacidad absoluta se reduce á una falta de consentimiento, lo mismo pasa con la falta de ob-

jeto, ¿se dirá por eso que el objeto no es requisito esencial para la existencia y si sólo para la validez?—Dudamos que haya quien se atreva á sostenerlo.

62. Corresponde entrar á estudiar en particular cada una de las nulidades absolutas. Hemos visto que reconocen por origen la violación ó la omisión de algún requisito ó formalidad prescripto por la ley como esencial para la constancia del acto ó contrato que se pretende realizar.

Estudiaremos los vicios que pueden acompañar á los actos y contratos, privándoles de alguno de sus elementos constitutivos. Estos son cinco:

1.º Un elemento subjetivo: capacidad de las partes para manifestar su voluntad.

2.º Un elemento objetivo. Un objeto, una cosa ó servicio que sirva de objeto de la relación de derecho, creada, modificada ó extinguida.

3.º Un elemento metafísico: causa.

4.º Un elemento productivo: consentimiento.

5.º Un elemento formal, establecido *ad solemnitatem* por la ley para ciertos actos ó contratos.

§ 1. — ELEMENTO SUBJETIVO: LA CAPACIDAD

63. Un contrato, siendo necesariamente la consecuencia de un acuerdo de voluntades, supone siempre un elemento subjetivo: las personas que con sus consentimientos forman ese contrato. *Personas*, hemos dicho, porque una sola persona podrá ejecutar actos capaces de producir efectos jurídicos, pero no *contratos*; para la existencia del contrato es necesario el acuerdo de voluntades, lo que supone por lo menos dos personas concurriendo á su formación.

Capacidad, en general, es sinónimo de aptitud, de

condiciones para alguna cosa determinada; capacidad, refiriéndose al hombre, es la aptitud para la vida individual y social que, como ser racional, le corresponde. Capacidad, en el dominio de la ciencia del derecho, puede ser objeto de dos significaciones: capacidad jurídica propiamente dicha, ó de derecho, y capacidad de obrar. La primera se refiere al conjunto de condiciones indispensables para ser sujeto de derechos y obligaciones; la segunda se refiere á la posibilidad de ejercitar y de disponer por sí mismo de esos derechos y obligaciones, de los que indudablemente disfruta. Capacidad jurídica ó de derecho tienen todas las personas físicas, sin distinción, y las morales legalmente reconocidas; capacidad de obrar no la tienen todas las personas que poseen la jurídica, porque esta última sufre diversas limitaciones establecidas en la ley, obedeciendo á motivos y razones diferentes.

La capacidad de contratar es una especie de la capacidad de obrar (1). La primera es la especie; la segunda, el género.

La capacidad constituye el elemento *personal* del contrato.

Hemos dicho que las personas pueden ser físicas ó morales, y que ambas tienen capacidad jurídica y capacidad de obrar con arreglo á las disposiciones de la ley. Sin embargo, no debe confundirse la capacidad de contratar de las personas físicas con la de las personas jurídicas ó morales. «Las primeras son, por regla general, capaces de ejecutar cualquier acto jurídico, salvo los casos de excepción taxativamente fijados en la ley; las segundas, aunque tengan actitudes especiales, no poseen *ipso jure* la capacidad de ejecutar válidamente todos los actos jurídicos, en general, sino sólo aquellos relacionados con el fin á

(1) CIMBALI. — *Della capacità di contrattare*, § 64.

que están destinadas, dentro de la esfera precisamente asignada, y bajo las condiciones que la ley misma prescribe directamente». (1)

64. Nuestro código se ocupa, dentro de la capacidad natural ó de las personas físicas, de dos clases de excepciones: de la incapacidad natural propiamente dicha, ó incapacidad absoluta que entraña la imposibilidad de consentir, y de la incapacidad legal ó jurídica, que no entraña esa imposibilidad, de tal suerte que los actos realizados con ese defecto pueden tener valor en ciertas circunstancias y bajo ciertos respectos determinados por las leyes (2). No nos ocuparemos por el momento de ésta última, pues ella sólo da lugar á una nulidad relativa.

Nulidad *absoluta* existe en los actos y contratos de los absolutamente incapaces, según lo dispone el inciso 2.º del artículo 1534, consecuente con las disposiciones de los artículos 1252 y siguientes del Código Civil.

Quiénes son absolutamente incapaces lo dice el artículo 1253 del Código Civil. Lo son los impúberes, los dementes y los sordomudos que no pueden darse á entender por escrito. Nuevamente, podemos hacer notar aquí una superioridad de nuestro Código sobre su modelo, el Código Napoleón. Este ha establecido genéricamente cuáles son las incapacidades de contratar, sin distinguir los absolutamente incapaces de los que sólo lo son relativamente. En su artículo 1124 establece que son incapaces los menores, los interdictos y las mujeres casadas en los casos determinados por la ley, equiparando la mujer casada y el menor adulto al interdicto, y colocando á todos los menores sin distinción bajo el mismo régimen, lo que provoca de parte de Marcadé, una interpretación que tiende á

(1) CIMBALLI. — *Della capacità di contrattare*, § 46.

(2) *Código Civil*, artículo 1264.

extender el alcance de las palabras, *en los casos determinados por la ley*, que se refieren á las mujeres casadas, á los interdictos y á los menores, interpretación que, por otra parte, no tiene la virtud de resolver todas las dificultades que se presentan ⁽¹⁾. Nada dice el Código francés del demente no interdicto. El Código italiano ha seguido la senda trazada por el francés. Nuestra disposición aunque, tal vez no sea completa, es indudablemente muy superior. Conviene hacer constar las buenas cualidades, ya que muy á menudo nos vemos obligados á poner de manifiesto las malas.

Siguiendo el orden establecido por la ley al tratar de las incapacidades naturales, comenzaremos nuestro estudio, en particular, por la incapacidad de los impúberes.

65 a) Los impúberes.—(Artículo 1253 del Código Civil)—La psicología forense, dice Giorgi, ha distinguido en el hombre varios períodos de desarrollo. Coloca en primer término la infancia, comprendiendo los primeros siete años de la vida, y caracterizada por el escaso desarrollo físico é intelectual; en segundo término, el período en que el menor es llamado *impúber*, en el que tiene ya más de siete años, pero que carece, ó se presume por la ley que carece, de las funciones genitales; en tercer término se coloca al menor ya púber, pero que no ha llegado aún á la mayoría de edad, necesaria para que se presuma que el hombre se encuentra en la plenitud de su desarrollo físico, moral é intelectual.

Nuestra legislación ha simplificado la psicología forense, reduciendo á dos los períodos en que puede dividirse el desarrollo del hombre. El límite de la división se encuentra en la pubertad (14 años, según el artículo 93, inciso 1.º, del Código Civil). Si

(1) MARCADÉ. — Obra citada, IV, § 444.

se trata de un impúber, el contrato será nulo absolutamente, por ser un incapaz comprendido en el inciso 1.º del artículo 1252 el que lo celebró. Nuestra legislación tiene, pues, una psicología propia. Es indudable que hay una gran diferencia entre la capacidad que manifiesta un niño de doce á trece años y la que demuestra uno de tres ó cuatro. Si las cosas se encararan desde este punto de vista, nuestra psicología legal no respondería á las exigencias de la ciencia. Pero, si se considera la capacidad que puede tener para consentir en los actos y contratos de la vida civil, de un menor de catorce años,—cualquiera se da cuenta, de que fuera de casos de excepcional precocidad, para los cuales no se legisla, no se encuentra un menor de esa edad en condiciones de prestar su asentimiento á negocios cuyas proyecciones ignora, porque no están sus relaciones psíquicas perfectamente adaptadas á las relaciones externas, y, en consecuencia, la correspondencia de relaciones que caracteriza la vida no está ni suficientemente especializada, ni diversificada, ni extendida en el espacio y en el tiempo, condiciones imprescindibles en la vida superorgánica, para calcular la naturaleza y la extensión de los actos que se ejecutan.

Planteada así la cuestión, su solución no es dudosa. El impúber no puede consentir en un contrato, como no puede hacerlo el menor de siete años que es más incapaz que él, sin encontrarse en condiciones de positiva inferioridad respecto de la persona con quien contrata. El contrato, en consecuencia, no puede ser reconocido por la ley; he ahí la nulidad absoluta plenamente justificada.

66. Los dementes.—La ley declara, á los dementes, absolutamente incapaces. Conviene hacer notar la palabra *dementes*; no está empleada en su significación científica y precisa, sino en sentido genérico, como

sinónimo de locura, ó de alteración de las facultades mentales. *Demente* es, en nuestra legislación, el loco, el que tiene alteradas ó atrofiadas sus facultades mentales. Esto nos basta. No hay para qué estudiar aquí las diversas formas de enajenación mental, ni hacer su clasificación: son tareas de la psiquiatría y no de la ciencia jurídica.

Bajo un triple aspecto, según Cimbali, se presenta al legislador el problema de la incapacidad proveniente de la alteración de las facultades mentales:

1.º Es menester examinar, si conviene establecer la absoluta incapacidad de contratar de las personas, que en el instante de la formación del contrato se encuentran en estado total de privación de las facultades mentales, sea de un modo permanente ó sea de un modo transitivo, y esto, haciendo abstracción de la causa de que deriva dicha privación;

2.º En segundo lugar, ocurre determinar cuál debe ser el grado de incapacidad jurídica de la persona que, en el momento en que se concluye el contrato, no se encuentra en estado completo de locura, pero que está sujeta á una ligera ó parcial alteración mental;

3.º Corresponde, en fin, determinar si el individuo, habitualmente loco, debe en los momentos de aparente sanidad ó normalidad de las funciones mentales, considerarse capaz de contratar.

Es conveniente que el legislador resuelva los tres problemas que plantea el ilustre profesor de Messina; pero es también de gran interés que el legislador resuelva previamente si debe ajustarse el triple criterio establecido en los artículos precedentes, sin distinguir el loco interdicto, del loco que ha contratado sin que prexistiera un decreto de interdicción. Cimbali reconoce que el Código italiano no se encuentra á la altura de las exigencias de la doctrina y de la ciencia, por cuanto encierra un vacío altamente deplorable, fuente cotidiana de incertidumbres y á

veces de arbitrarias decisiones ⁽¹⁾. Más adelante tendremos ocasión de ver cómo nuestro Código se ha desenvuelto en esta parte. Por lo que toca á la cuestión planteada previamente, nuestro legislador, teniendo en cuenta los defectos del Código Napoleón, y las observaciones que hacían los críticos, trató de resolverla, y lo hizo indudablemente de un modo satisfactorio.

El Código francés, en su artículo 1124, establece que son incapaces de contratar los interdictos, guardando silencio respecto de los dementes no interdictos. Aubry y Ran,—fundándose en este silencio y en los artículos 503 y 504 que permiten solamente, en ciertos y determinados casos, la anulación de los actos anteriores á la interdicción,—pretendieron que no podía tenerse en cuenta la enajenación mental, como vicio fundamental de los contratos, si no iba acompañada de interdicción. La doctrina no tuvo éxito, pues, como dice Giorgi, el error se descubre fácilmente. Depende de un paralogismo por el cual se confunde la incapacidad legal con la natural. «El silencio del legislador no significa nada, porque no hay poder humano, por autorizado que sea, que pueda considerarse superior á la naturaleza: y como por la ley de la naturaleza, sin inteligencia y sin voluntad no hay consentimiento, y el contrato es figura jurídica que nace del consentimiento, se desprende que faltando la capacidad de consentir, falta la capacidad de contratar». ⁽²⁾

Las palabras anteriores de Giorgi, además de ser una refutación á la doctrina de Aubry y Ran, sirven para hacer notar cómo el autorizado intérprete del Código italiano, entiende, como lo hemos sostenido en párrafos anteriores, que por encima de todas las leyes están supliendo los vacíos y los silencios de la ley, las leyes de la naturaleza.

(1) CIMBALI. — Obra citada, § 56.

(2) GIORGI. — Ob. cit., III, § 61.

La dificultad nace en la ley francesa y en la italiana, de los defectos de que adolecen las disposiciones que están en ellas destinadas á regir la capacidad. El artículo 1534 de nuestro Código, calificado con injusticia de defectuoso en sumo grado, que obliga al intérprete á prodigios de gimnástica jurídica, ha salvado una vez más otra de las serias dificultades del Código Napoleón.

Es cierto que la jurisprudencia francesa ha resuelto la dificultad, pero lo ha hecho no sin hesitaciones y sin que autores de la autoridad de Aubry y Ran hayan sostenido la tesis contraria á la que, en definitiva, ha predominado. «No se debe hesitar en declarar nulas las convenciones que hayan sido consentidas por una persona privada, sea habitualmente ó sea momentáneamente, de sus facultades mentales, y, el artículo 901 (Cód. Nap.) no es más que la aplicación especial á las donaciones de un principio general, á saber, que para contratar ó hacer un acto jurídico cualquiera es necesario estar sano de espíritu.» (1)

66^{bis}. Nuestro Código ha distinguido perfectamente las incapacidades naturales á las que denomina *absolutas*, de las incapacidades legales. Sin embargo, se ha creído encontrar en nuestro Código como en el chileno, cuyas disposiciones son muy parecidas, una grave dificultad que inmediatamente vamos á examinar.

En el Código chileno se presentó la dificultad á causa de que por una disposición de dicho Código se declaran absolutamente incapaces á los dementes, y por otra se declaran *nulos* los actos del interdicto posteriores á la interdicción y *VALIDOS* los actos del mismo anteriores á la interdicción, á menos de *probarse que el que los ejecutó ó celebró*

(1) Toulouse, 21 de Enero de 1885. — *Pandectes françaises*, Obl. II, § 7547.

estaba entonces demente. Era, pues, el caso de preguntarse si el demente no interdicto era ó no era capaz; si la ley no habría incurrido en una contradicción declarándolo por un lado incapaz y reconociendo por otro su capacidad al declarar válidos sus actos. Los actos son válidos, dice, si no se prueba la demencia en el momento de verificarlos. Y si se prueba ¿qué nulidad producen?—¿Son absolutamente incapaces?—¿La nulidad será absoluta no obstante ser, por regla general, válidos sus actos?

Nuestro Código Civil sigue en apariencia las disposiciones del Código chileno, pero variando los términos en una forma que en APARIENCIA TAMBIÉN complican más la cuestión que suscita aquel Código extranjero. En efecto, nuestro Código, en su artículo 391, dice que «*son nulos de derecho*, los actos y contratos del demandado por incapaz, posteriores á la interdicción provisoria ó definitiva de que se habla en el artículo precedente. *Los anteriores* PODRÁN SER ANULADOS, cuando la causa de la interdicción existía públicamente en la época en que esos actos ó contratos fueron hechos». Los anteriores á la interdicción dice la ley, *podrán ser anulados*, mientras que los posteriores son *nulos de derecho*. ¿Significa esto, que para el legislador los actos posteriores son los únicos nulos absolutamente, mientras que los actos anteriores á la interdicción sólo lo son relativamente, aún siendo actos de una persona que la misma ley ha declarado absolutamente incapaz, por estar demente?—¿Limita el artículo 391 el alcance de los artículos 1534 y 1253 que declaran nulos absolutamente los actos y contratos de las personas en absoluto incapaces, incluyendo entre éstos á los dementes?—¿El demente no interdicto es incapaz absolutamente como lo declara el artículo 1253 y en consecuencia el 1534, ó no lo es, en virtud del inciso 2.º del 391?

Tales son las cuestiones que, á primera vista y *en apariencia* serias, se presentan al intérprete. Pero, *en realidad*, nuestro Código ha seguido una senda *nueva* que no es la del Código chileno, y los términos que ha empleado son tan perfectamente claros y precisos, que resuelven de un modo evidente las dificultades suscitadas en las demás legislaciones, y que no tienen razón de ser en la nuestra. Sólo por no haber meditado y estudiado el sistema seguido por el Código, se han podido emitir, con una ligereza imperdonable, críticas severas á sus redactores, fundándose en doctrinas exóticas á cuya luz han descubierto contradicciones, que no existen, entre las disposiciones que rigen la incapacidad.

Esta es la opinión que defenderemos. Pero, como hasta hoy sólo han merecido los honores de la impresión las doctrinas adversas, creemos que es un deber hacer su exposición y su crítica.

67. PRIMER SISTEMA. — Con arreglo á las disposiciones de nuestro Código Civil la cuestión no puede ser dudosa. Incapaz absolutamente es el demente interdicto. El demente no interdicto no lo es. Basta leer el artículo 391 del Código Civil para darse cuenta de que, dadas nuestras leyes, no es posible otra solución. «Son nulos de derecho los actos y contratos del demandado por incapaz, posteriores á la interdicción provisoria ó definitiva de que se habla en el artículo precedente. Los anteriores podrán ser anulados, cuando la causa de la interdicción existía públicamente en la época en que esos actos ó contratos fueron hechos». — Poner en un mismo artículo las palabras *nulo de derecho* y *anulable*, que quieren decir cosas tan distintas, y darles los mismos efectos considerando los actos del demente, sean anteriores ó posteriores al decreto de interdicción de actos de un absolutamente incapaz y, por consiguiente, nulos de derecho todos, tanto unos

como otros, sería suponer que el legislador emplea las palabras «sin justipreciarlas y no hay por qué admitirlo».

«Nulo y anulable son dos cosas completamente distintas; lo que es nulo no puede ser anulado, puesto que no existe, y no puede anularse lo que es nulo desde que sería anular la nada.

«El artículo 592 viene también en nuestro apoyo no permitiendo que los actos de la persona muerta, puedan atacarse por causa de demencia, á no ser que ésta resulte de los mismos actos ó que se hayan consumado éstos después de intentada la demanda de incapacidad.

«Si relacionamos ahora estos artículos con el que establece las incapacidades absolutas y con el que declara las nulidades, tendremos que sólo pueden considerarse nulos de pleno derecho los actos ó contratos celebrados por un demente bajo interdicción. (1)

«Por fortuna con arreglo al artículo 391 de nuestro Código Civil, todas esas dudas y cuestiones á que puede dar lugar la disposición del Código chileno están eliminadas... El Código no reputa absolutamente nulos sino los actos del incapaz *que está bajo interdicción*... Los actos de aquellos que no se hallen bajo interdicción sólo serán *anulables*, esto es, *nulos relativamente*». (2)

Citan en su favor (!!!) la opinión de Giorgi, transcribiendo un retazo, un fragmento de la doctrina del ilustre maestro, sin darse cuenta de que Giorgi es precisamente en Italia el paladín de la doctrina que sostiene la tesis opuesta. Pero en el deseo de no destruir la unidad de exposición que de este sistema hacen sus autores, vamos á transcribir también esos párrafos truncos en que creen encontrar un fundamento

(1) VÁZQUEZ VARELA. — *La nulidad*, pág. 34.

(2) PERDOMO. — *De la anulación ó declaración de nulidad*, pág. 21.

para su doctrina. «Se presenta aquí por incidencia, habla Giorgi, la cuestión sobre la naturaleza de la acción de nulidad de que se habla en los artículos 336 y 337 del Código Civil.

«El uno permite la anulación cuando la causa de interdicción existía al tiempo de hacerse el acto y era conocida del otro contrayente. El segundo prohíbe que, después de la muerte de un individuo, se impugnen por enfermedad de la mente sus actos, cuando no ha estado bajo interdicción, siempre que no se hubiese propuesto esto antes de la muerte, ó la prueba de la enfermedad resulte del mismo acto impugnado.

«¿Estas facultades y prohibiciones alcanzan hasta el tercero interesado en impugnar el contrato?

«Es necesario precisar la naturaleza de la acción establecida en los artículos 336 y 337. Porque si el legislador ha entendido referirse á la acción de nulidad y rescisión, de la cual tratamos, no hay duda de que las disposiciones anotadas no alcanzan al tercero, que no puede intentar esta misma acción.

«Si al contrario resultase que los artículos 336 y 337 se refieren á la nulidad absoluta, en una palabra, á la inexistencia de la obligación por falta total del consentimiento, evidentemente la disposición alcanzaría al tercero, dado que puede impugnarse por cualquiera la inexistencia de una obligación».

«Pero nosotros hemos dicho en otra parte qué acción es la que surge de los artículos 336 y 337. Es la nulidad y rescisión, que no puede llevarse á cabo, sino por el incapaz, sus herederos ó causa habientes. Lo hemos demostrado, puede decirse, con el consentimiento unánime de la doctrina» (1).

Concluyen citando en su favor varios artículos del

(1) GIORGI, obra citada, VIII, § 7...; VÁZQUEZ VARELA, obra citada, pág. 35; PERPOMO, obra citada, pág. 22.

Código argentino. Citar en este caso el Código argentino vale tanto como citar las leyes persas, turcas ó marroquíes. Sin embargo, á fin de exponer el sistema en la misma forma que lo hacen sus sostenedores, vamos á citar dichas disposiciones. Dice dicho Código: «Son nulos los actos de las personas absolutamente incapaces por su dependencia de una representación necesaria».

En el artículo 54 pone como tales á los impúberes, los dementes y los sordo-mudos que no saben darse á entender por escrito; y con arreglo al artículo 140 «ninguna persona será habida por demente, para los efectos que en este Código se determinan, sin que la demencia sea previamente verificada y declarada por juez competente».

De donde sacamos que sólo producen nulidad absoluta los actos efectuados durante la incapacidad declarada, deducción que nos confirma el artículo 1045, que dice: «Son anulables los actos jurídicos, cuando sus agentes obraren con una incapacidad accidental, como si por cualquier causa se hallaren fuera de su razón, etc. (1)»

68. El sistema que acabamos de exponer no es otro que el de Aubry y Ran,—enterrado ya por la doctrina y jurisprudencia francesa⁽²⁾,—y que ahora se pretende resucitar entre nosotros. La tentativa no puede tener éxito. A ello se oponen la letra de la ley, su espíritu y los principios de la ciencia. Con tales obstáculos no se puede progresar; se buscarán componendas, pero no se hará una verdadera interpretación de la voluntad del legislador.

Hemos dicho que la doctrina expuesta es contraria á la letra de la ley. En efecto, el artículo 1534 declaró la nulidad absoluta de los actos y contratos de los abso-

(1) VÁZQUEZ VARELA. — Obra citada, pág. 36.

(2) V. *supra*, § 66.

lutamente incapaces, y el artículo 1253 determinó quiénes son los absolutamente incapaces, incluyendo expresamente entre ellos á los dementes, sin hacer *distinción de ninguna especie respecto de ellos*, lo que pudo hacer, ya que lo hacía con los menores y con los sordomudos, de los cuales sólo declaró absolutamente incapaces á los impúberes, y á los sordomudos que no supieran darse á entender por escrito. Bien pudo decir el «demente interdicto», pero no lo dijo. El Código estableció, pues, *genéricamente* que los dementes son absolutamente incapaces, *sin distinguir el demente interdicto del no interdicto*, ni los actos del demente posteriores al decreto de interdicción de los anteriores.

Pero, hay más. El mismo artículo 1253, en su inciso 2.º, dice que los actos de los absolutamente incapaces, no sólo no crean obligaciones civiles, sino que «*no producen ni aún obligaciones naturales*»; y entre los absolutamente incapaces, ese mismo artículo coloca á los dementes.

Pero, se contestará: «El Código se contradice, y es necesario armonizar sus diversas disposiciones y eso sólo se consigue limitando el alcance del artículo 1253, estableciendo que sólo se refiere á los dementes interdictos, quedando los no interdictos, y los actos anteriores al decreto de interdicción regidos por el inciso 2.º del artículo 391».

Replicamos: 1.º) Es inexacto que haya contradicción en la ley. Por el contrario, existe entre todas las disposiciones que rigen la materia de incapacidad, la *más perfecta correspondencia y armonía*; 2.º) No se interpreta, y menos se armoniza, la ley sacrificando algunas de sus disposiciones. Esto no es armonizar, no es interpretar. Es sencillamente dejar sin efecto expresas declaraciones de voluntad que ha hecho el legislador, y esto sólo puede hacerlo el intérprete cuando no hay ninguna interpretación posible en la

que todas las disposiciones categóricas y terminantes de la ley produzcan sus efectos.

El error capital de esta doctrina está en creer que el Código se contradice. Sus defensores no se han dado cuenta de que los artículos 1534 y 1253 se refieren á una cosa y el inciso 2.º del 391 á *otra completamente distinta*.

La doctrina que criticamos es, pues, contraria á la letra de la ley. Sacrifica una de sus disposiciones, sin necesidad, porque entre ellas reina la más perfecta armonía, como luego se verá.

69. Es contraria también á su espíritu. En el Código francés, guía habitual del nuestro, cuando se trata de la incapacidad, se declara *incapaz* al *interdicto*. Ahora bien, nuestro codificador sustituyó la palabra *interdicto*, por la palabra *demente*. El legislador francés no se ocupó de las incapacidades naturales; el nuestro sí, y las denominó «incapacidades absolutas», colocando entre ellas, la del *demente*. No puede decirse que todo esto ha sido casual. Nadie puede, al interpretar la ley, dejar de descubrir aquí un elemento *intencional*, que pone de manifiesto su espíritu. El legislador se propuso evitar y resolver las dificultades que se presentaban á los intérpretes del Código francés. Declaró la nulidad absoluta de los contratos celebrados por absolutamente incapaces, entre los cuales incluyó no sólo al *demente interdicto* sino al *demente no interdicto*, dándose cuenta exacta de que tratándose de la capacidad de contratar, tan imposible es, psicológicamente, atribuírsela al uno como al otro, desde que la posición jurídica de sometimiento á la potestad ajena en nada modifica el funcionamiento de su mecanismo psíquico. El legislador, al hacer esa sustitución, lo hizo con sumo cuidado, poniéndola en la armonía más completa con todas las demás disposiciones que dictó, incluso la del artículo 391, y que se encuentran diseminadas en diversos puntos de nuestro Digesto civil.

La ley no ha podido establecer un absurdo, y absurdo sería, ante la lógica y la razón, considerar al loco capaz de consentir y, por consiguiente, capaz de contratar. Es ir contra todo principio científico pretender lo contrario.

Insistirán, diciendo que *nulo* y *anulable* son dos cosas bien distintas, y á ellas se refiere la ley que emplea las palabras en su verdadero sentido. Ya lo sabemos; pero también sabemos y lo repetimos que el artículo 391 y el 1253 son dos cosas distintas, y que el *anulable* del 391 no se refiere, *ni nada tiene que ver*, con el *nulo* absolutamente de los artículos 1534 y 1253.

Y no se invoque el artículo 392 del Código Civil en favor de tal doctrina, porque tampoco tiene nada que ver con ella. Esa disposición obedece á principios excepcionales, como puede verse por las opiniones que de dos grandes comentaristas transcribimos, prefiriéndolos sobre muchos otros por su autoridad y competencia universalmente reconocida, y uno de los cuales, Marcadé, fué siempre consultado por nuestro codificador.

Habla Marcadé: «En el caso del artículo 504 (392 nuestro) la ley niega á los herederos de aquel cuya interdicción no ha sido pronunciada, ni provocada, el derecho de hacer anular sus actos, aún por falta de razón en el momento en que los ha hecho, y esto para castigar á los herederos por no haber provocado la interdicción. Lo que la ley desea es la interdicción de los individuos privados de razón, como un beneficio para los mismos y como un medio de evitar una multitud de contestaciones; la persona privada de su razón debe ser interdicta, y es á sus parientes, á sus más próximos parientes, sobre todo, á quienes el deber se impone».

«Los herederos, dice Laurent, han obrado con cierta negligencia. Si podían pedir la interdicción en vida

del supuesto incapaz, ¿por qué esperaron á la muerte de éste para entablar la acción? En este orden de ideas, la disposición que examinamos sería una especie de pena. En efecto, provocar la interdicción de un pariente no es sólo un derecho, es también un deber, puesto que la curaduría interesa sobre todo al incapaz. Este motivo es verdadero, pero no es el único.

La ley permite á los herederos gestionar la nulidad, aún cuando no hayan provocado la interdicción, en el caso de que la prueba de la denuncia resulte del acto atacado; lo que implica que la dificultad de la prueba es una de las razones que han determinado al legislador. En definitiva, los dos motivos que se acaban de indicar son los que han concurrido para no admitir la acción de los herederos sino con ciertas condiciones; es preciso, pues, tener presente el uno y el otro para la aplicación del artículo». (1)

El artículo 392 es un artículo excepcional, que tiene sus motivos buenos ó malos,—no tenemos por qué entrar á averiguarlo,—*excepcionales también*. Ninguna conclusión de carácter general que influya sobre la cuestión que estudiamos, puede inferirse de él.

70. Pero lo que realmente llama la atención es que se invoque en favor de este sistema á Giorgi, al mismo Giorgi que ha sido acusado de mirar á esa misma doctrina con demasiado desprecio. (2)

La doctrina de Giorgi sobre la incapacidad es la doctrina predominante entre los autores franceses é italianos, y que distingue dos clases de incapacidades: la incapacidad natural y la incapacidad legal. De la primera no se ha ocupado la ley (la ley italiana y la francesa, se entiende) porque no era su misión detenerse á estudiar la nada, y nada es el consenti-

(1) LAURENT. — V, pág. 321. — Conforme GUILLOT, I, pág. 491.

(2) CANNADA BARTOLI. — *La ratifica*, § 407. — Véase supra, § 66.

miento que pueda prestar un absolutamente incapaz. Nada es el consentimiento de un loco, y nada es el contrato que él realiza. Esta es la doctrina de Giorgi, y *ésta es la doctrina de nuestra ley*.

La opinión de Giorgi sobre este importante problema jurídico, no se encuentra perdida en el párrafo 159 del tomo VIII, como parecen haberlo creído los defensores del sistema que criticamos. Giorgi ha dedicado á la doctrina de la incapacidad natural un sitio preferente en el tomo III, cuando trata de los requisitos esenciales para la validez de los contratos, y en el tomo IV, cuando se ocupa «de los efectos y vicios de los contratos» y especialmente cuando trata de «los defectos y vicios de la capacidad de contratar.»

El ilustre tratadista italiano llega aún, en ausencia de una disposición que declare al demente absolutamente incapaz, á la conclusión de que tal incapacidad debe ser declarada, lo mismo que la inexistencia del acto ó contrato por él celebrado, y ésto existiendo en el Código Civil italiano las disposiciones de los artículos 336 y 337 iguales á los de nuestros 391 y 392.

Vamos á transcribir algunos párrafos de Giorgi. Ello servirá además para poner de manifiesto las opiniones del ilustre tratadista, como comentario de las disposiciones de nuestro Código Civil.

«Postulado fundamental, dice, de la capacidad de contratar, según las leyes de la naturaleza, es que donde falta en hábito ó en acto la inteligencia ó la libertad, falta también aptitud para consentir y, en consecuencia, la capacidad natural de contratar. Nadie ciertamente exigirá su demostración. Pero no se puede observar, sin maravillarse, el silencio de nuestra legislación con respecto á esa incapacidad, y que se ocupe solamente de dictar reglas sobre la capacidad legal, sin buscar ni aún indirectamente el necesario concurso antecedente de la capacidad natural.

Y esta maravilla crece cuando se leen los artículos 336 y 1105 (1) del Código Civil, los cuales prohíben que se retrotraiga la incapacidad derivante de la interdicción, aún cuando la enfermedad mental preexistiese, si no concurren algunos extremos requeridos en los mismos artículos. Finalmente se agrega el artículo 1105 (2), donde se dice que «cualquier persona puede contratar, si no es declarada incapaz por la ley». Este silencio y esta disposición pueden hacer nacer una duda; será bueno detenerse un momento para aclararla.»

«Por lo que toca al silencio del legislador sobre la incapacidad natural, depende evidentemente de haber reputado casi imposible el caso de contrato concluido por un naturalmente incapaz. Equivocados ó con razón, nuestros legisladores han creído que cuando una persona se encuentra en estado de incapacidad natural de consentir, debe necesariamente ocurrir una de estas dos cosas: ó esta persona se encontrará en estado de incapacidad física de manifestar un consentimiento aparente, ó en el caso contrario, su imperfección natural se revelará con signos tan visibles, que no encontrará quién se preste á contratar con ella. Y ya que *quod raro evenit præterunt legislatores*, han pasado en silencio todo aquello que se relaciona con una hipótesis sumamente inverosímil. Buena ó mala, la razón es ésta.»

«En cuanto á los artículos 336, 337 y 1105 (3), ellos se refieren á la capacidad legal y *no tocan en lo más mínimo á la natural*. Aclarado una vez que el legislador no ha querido ocuparse de la incapacidad natural, está también demostrado que con los artículos citados no se ha tenido la intención de go-

(1) *Código Civil Uruguayo*, artículos 391 y 392.

(2) " " " " artículo 1252.

(3) 391, 392 y 1252 nuestros.

bernar otra cosa que la incapacidad legal. Y la diferencia es notable, porque son otros los hechos que dan lugar á la incapacidad natural, distintos de los que producen la legal». (1)

«... Los artículos 336 y 337, repetimos, que se refieren *exclusivamente* á la incapacidad legal. El primero atribuye al juez la facultad de retrotraer los efectos de la interdicción á los actos anteriores, cuando concurren las condiciones en el mismo artículo determinadas. El segundo prohíbe que, después de la muerte de un individuo, se anulen por enfermedad mental los actos por él concluidos precedentemente, excepto si en su vida fué promovida la interdicción ó si la enfermedad se trasluce clara en el acto. Pero ni uno ni otro artículo se ocupan de la incapacidad natural. Los artículos 336 y 337 se refieren únicamente á la incapacidad legal y dejan á los principios de la ciencia la tarea de gobernar la incapacidad natural: esta incapacidad, volvemos á repetirlo por última vez, sin el ministerio de la ley escrita, deriva de un defecto en el poder de consentir en virtud de los cánones inmutables y necesarios de la equidad natural. (2)

Finalmente adviértese que, al invocar la opinión de Giorgi, se transcribe el párrafo 259 del tomo VIII, pero incompleto, pues *suspenden la transcripción cuando Giorgi empieza á decir*: «El legislador no se ha ocupado (en los artículos 336 y 337) de la incapacidad natural de contratar, de la que deriva de la imposibilidad de consentir...» «Libres, pues, los herederos, causa habientes y terceros de impugnar el acto por falta absoluta de consentimiento. Pero, si para esta impugnación *no quedan sujetos á las condiciones requeridas en los artículos 336 y 337, ni á*

(1) Giorgi. — III, § 46.

(2) Giorgi. — Tomo IV, § 4

la breve prescripción quincenal tienen la más gravosa *tarea de una prueba bastante más difícil*. Más difícil por el grado del defecto mental, porque no deben probar solamente una enfermedad bastante para quitar la aptitud para el gobierno de sus asuntos, sino una enfermedad que quite el poder natural de consentir. Más difícil por el tiempo, porque no basta la falta de poder de consentir *habitual*, sino que debe caer sobre el tiempo preciso del acto». (1)

71. Una dificultad más se presenta á la doctrina que criticamos. Un demente, en un ataque de locura, celebra un contrato. No ha consentido, y se trata de una verdadera celada que le ha sido tendida por un tercero aprovechándose del tema favorito de su insanidad. El ataque de locura pasa en breve tiempo, y antes de que los parientes provoquen un decreto de interdicción, se encuentra el loco completamente sano. El caso es posible. No es una suposición gratuita el presentarlo. ¿Se podría pedir la nulidad de ese contrato? Nadie se atreverá á responder negativamente, pero para que pueda pedirse la nulidad es necesario que pueda pedirse la nulidad absoluta invocando los artículos 1534 y 1253,—porque el 391, inciso 2.º, no es aplicable, pues no habiendo interdicción no hay actos anteriores, ni posteriores á ella. ¿Se dará validez al contrato?—No es posible. ¿Se le declarará simplemente anulable? Tampoco es posible, porque no se encuadra en los términos del artículo 391, que establece las proyecciones que tiene sobre el pasado el decreto de interdicción. En el presente caso no ha habido decreto de interdicción; luego no pueden existir tampoco sus proyecciones.

¿Qué hacer? Desde luego, no es posible declarar su validez. Hay para declarar su nulidad disposiciones terminantes de la ley. Es un incapaz absoluta-

(1) GIORGI. -- VIII, § 159.

mente, según el artículo 1253, y sus actos, según el artículo 1534, adolecen del vicio de nulidad absoluta. Se le declarará, por lo tanto, *nulo*, y *nulo absolutamente*.

Resulta, pues, que los actos del demente que no ha sido interdicto son nulos absolutamente. Ahora bien, ¿qué diferencia hay entre los actos del demente que nunca ha sido interdicto y los actos del demente interdicto, pero ejecutados con anterioridad á la interdicción sí, pero ya en estado de locura? No hay ninguna. El sistema que criticamos sostiene la anulabilidad en el segundo caso, pero no nos explicamos cómo podrá justificar que la ley para resolver una misma cosa establezca disposiciones tan contrarias. La ley no puede tener dos criterios; la ley no puede ser contradictoria, por el gusto de ser contradictoria.

72. De todo lo expuesto inferimos que no se puede razonablemente sostener la tesis que criticamos. Giorgi nos ha puesto de manifiesto cuál es la tendencia de la doctrina. Sólo nos queda por probar que nuestro Código ha seguido esta tendencia, y la prueba será fácil. Pero antes debemos examinar otra doctrina, que aunque no es tan errónea como la que antecede, tiene en nuestro concepto un grave inconveniente: sacrifica el tenor bien claro y terminante de una disposición de la ley: el artículo 391.

73. SEGUNDO SISTEMA. — No lo hemos encontrado como el anterior, sostenido en ninguna obra. Sin embargo, se nos ha informado que ha sido sostenido ante nuestros Tribunales.

Los actos del demente, dicen sus sostenedores, son siempre nulos absolutamente, sean anteriores ó posteriores al decreto de interdicción. La única diferencia que existe entre unos y otros, es que mientras que la nulidad absoluta de los actos y contratos del demente interdicto se presume, sin admitir prueba en

contrario, los actos del demente no interdicte son nulos igualmente, pero como su nulidad no se presume, la declaración de la misma depende de un hecho que debe ser probado: la demencia en el momento de su celebración. Verificada esta circunstancia de hecho, la nulidad absoluta se impone.

Encontrando entre nuestro Código y el chileno una analogía que no existe, invocan la opinión de Fabres. «El artículo 1447, dice Fabres, divide la incapacidad en absoluta y relativa. Bien obvia es la razón filosófica de esta división para que nos detengamos en su análisis: en el absolutamente incapaz, falta el consentimiento, pero esta incapacidad no está fundada en la falta sino en la imposibilidad de su existencia; y si en el sordomudo hay ó puede haber consentimiento, la imposibilidad de expresarlo por escrito, único modo de asegurarse de su existencia, lo constituye en la misma incapacidad que al demente ó al impúber.

«¿ Los dementes son absolutamente incapaces aun que no se hallen bajo interdicción? El artículo 1447 no hace distinción alguna: son *absolutamente incapaces*, dice, *los dementes, los impúberes y los sordomudos que no pueden darse á entender por escrito*. Si no hubiera la otra disposición en el Código sobre esta materia, la afirmativa no ofrecería dificultad alguna. Pero los artículos 468 y 1005 estatuyen reglas en que se hace diferencia entre el demente sujeto á interdicción y el que no lo está, relativamente al valor de sus actos y contratos; y el artículo 497 declara inhábil al demente para toda tutela ó curaduría, expresando que lo es aún que *no esté bajo interdicción*; como el artículo 510 declara nulos los actos del tutor ó curador demente, *aunque no haya sido puesto en interdicción*. La explicación y concordancia de estos artículos nos resolverán la cuestión propuesta.

«En el artículo 465 se establecen des reglas: en el primer inciso se declaran todos los actos y con-

tratos del demente, posteriores al decreto de interdicción, sin excepción alguna, aunque *se alegue haberse ejecutado en un intervalo lúcido*: y en el inciso segundo se declaran válidos todos los actos y contratos anteriores á la interdicción *á menos de probarse que el que los ejercitó ó celebró estaba entonces demente*. Si este inciso hubiera dicho que eran válidos, los actos ó contratos del demente ejecutados ó celebrados sin previa interdicción en un momento lúcido, no habría ofrecido dificultad alguna, pero que ésta es la verdadera inteligencia sólo se deduce de la palabra *entonces* que acompaña á la de demente, y de la contraposición que hay entre los dos incisos... Los actos y contratos de la persona no sujeta á interdicción son nulos, si en el momento de ejecutarlos ó celebrarlos no estaba en intervalo lúcido, porque estaba *entonces* demente: tal es la significación de esa palabra en el referido inciso. Confirman esta interpretación, los otros artículos que se dejan citados.

«...Ahora vemos que al artículo 1447 le bastó decir que el demente es absolutamente incapaz, pues, según los artículos anteriores, debe tenerse por tal: 1.º al que se halla bajo interdicción, aunque tenga intervalos lúcidos, y al guardador, que podría sujetársele á interdicción por la misma causa; y 2.º al que no estando bajo interdicción, se halla en estado habitual de demencia con respecto á los actos ejecutados ó celebrados con enajenación actual de la mente». (1)

Las precedentes consideraciones del tratadista chileno, se dice, son completamente exactas. No es posible que el Código declare absolutamente incapaz, de un modo genérico, al demente, y, en consecuencia, sus actos radicalmente nulos,—y que á la vez lo declare incapaz á medias y sus actos simplemente

(1) FABRES. — *De la nulidad*, etc., cap. II, § 3.

anulables. El legislador no ha podido á la vez dictar dos disposiciones contradictorias.

Los actos y contratos del loco, ¿serán, entonces, todos ellos sin distinción, absolutamente nulos de la misma manera? Esta fué la pregunta que se formuló el legislador y la causa de la dificultad que nos ocupa. La respuesta no podía ser dudosa: los actos y contratos del loco, celebrados en estado de locura, son actos de un absolutamente incapaz, y, por lo tanto, están viciados de nulidad absoluta; pero un loco puede, antes de caer en estado de locura, antes del período de eclosión de esta enfermedad,—ó en un intervalo de lucidez ó de salud mental,—haberlo celebrado, y entonces el contrato ó el acto es perfectamente válido. De aquí la necesidad de establecer una diferencia entre el loco interdicto y el que no lo está. El loco interdicto, legalmente, siempre está loco; el loco no interdicto no está siempre legalmente loco: hay que probar que lo está. La ley no podría prestar su sanción á fraudes que se efectuarían en perjuicio de terceros de buena fe, los que se verían sorprendidos por la declaración de nulidad de un acto en que han intervenido y que se realizó cumpliendo todos los requisitos exigidos por la ley. De aquí que sea necesario probar para conseguir la nulidad de los actos y contratos del no interdicto, que la causa de nulidad existía públicamente en la época en que esos contratos fueron hechos, y una vez puesta de manifiesto esta circunstancia, la nulidad será declarada, y lo será como *nulidad absoluta*.

Es cierto que la ley ha empleado en el inciso 2.º del artículo 391 la palabra *anulados*, pero lo ha hecho no porque los actos ó contratos del demente sean *anulables*, sino porque la declaración de su nulidad absoluta exige que, previamente, sea puesta de manifiesto la causa que la produce. Ha empleado la palabra *anulados* en el sentido de que su nulidad de-

pende de una circunstancia probatoria. Producida la prueba el acto es nulo, y *nulo absolutamente*.

En consecuencia y resumiendo, según el doctor Fabres, son absolutamente incapaces:—1.º Los dementes interdictos; 2.º Los dementes no interdictos cuando la causa de interdicción existía públicamente en la época en que los actos ó contratos fueron celebrados.

Estas dos clases de vicios producen *nulidad absoluta*.

74. Este sistema no puede sostenerse seriamente. Como el anterior tiene un defecto capital: sacrifica una disposición expresa y terminante de la ley en aras de otras disposiciones de la misma ley. Que tal cosa se haga cuando es imposible armonizar la ley, pase; pero no la consideramos lícita cuando la ley es armonizable. Si la ley fuera realmente contradictoria, por esta doctrina nos decidiríamos, por cuanto si sacrifica una parte de la ley, respeta los principios de la lógica y de la ciencia. Pero la ley no es contradictoria, y no siéndolo, es obligación del intérprete dar á cada disposición el alcance que ha querido atribuirle la voluntad soberana del legislador. De otro modo no se interpretan las leyes: se hacen ó se reforman. Esta no es tarea del intérprete; es el mismo legislador el encargado de realizarla.

Esta doctrina se empeña en demostrar la *posibilidad* que hay de que el legislador queriendo establecer una cosa, haya establecido otra; la *posibilidad* de que la intención del legislador haya sido la contraria de la que ponen de manifiesto sus palabras. Pero la doctrina no pasa de ser una posibilidad, mas tan remota, tan inverosímil que casi estamos por decir, que es una *posibilidad relativamente imposible*: una simple posibilidad metafísica.

El Código es terminante contra ella. Los actos posteriores del decreto de interdicción son *nulos de*

derecho; los anteriores *podrán ser anulados*. Estas son las palabras de la ley, y no es lógico suponer que el legislador ha empleado términos contradictorios para expresar la misma cosa.

La opinión de Fabres es, sin duda alguna, muy respetable. Pero Fabres se ocupa de la ley chilena que es *distinta* de la nuestra. Nuestro Código ha seguido en su artículo 391 al Código francés, y no al chileno. El Código chileno declara *válidos* los actos del demente no interdicto, pero esos actos serán *nulos de derecho* si se prueba que fueron ejecutados en estado de locura. Nuestro Código declara *los actos anteriores al decreto de interdicción anulables* si se prueba que la causa de la interdicción, existía *públicamente en la época en que fueron celebrados*. Es el artículo 503 del Código Napoleón convertido en inciso 2.º del 391.

75. TERCER SISTEMA.—Este sistema encierra la verdadera interpretación de la voluntad de la ley. Tal vez esta profunda convicción que ponen de manifiesto las palabras anteriores, nos ha hecho apartar algo de la senda que nos proponíamos seguir, tratando las opiniones ajenas con menos deferencia de la que merecen.

Hemos dicho, y repetido varias veces, que no hay ninguna contradicción en la ley, que el artículo 391 contempla una situación especial que nada tiene que ver con lo que disponen los artículos 1534 y 1253. En efecto, nuestro Código, siguiendo la doctrina aceptada por todos los jurisconsultos franceses,—salvo rarísimas excepciones—estableció una doble categoría de incapacidades: la una llamada por los autores franceses incapacidad natural, y que nuestro Código denomina *absoluta* y la otra llamada incapacidad legal. Pues bien, de la primera se ocupan los artículos 1253 y 1534, y de la segunda los artículos 391 y 392. El Código francés y el italiano no se han ocupado de la

incapacidad natural, considerando, dicen los sostenedores de la existencia de tales incapacidades, que era superfluo ocuparse de una materia resuelta y decidida por el sentido común, y sometida, por otra parte, á las leyes ineludibles é invariables de la naturaleza. El que es incapaz naturalmente lo es en virtud de una ley fatal é inquebrantable, y es absurdo que la legislación civil establezca principios que forman parte necesariamente del orden natural de las cosas.

Nuestro Codificador se encontró con que ya había opinión hecha en la doctrina y jurisprudencia francesas, en el sentido de considerar inexistentes los actos del demente, aún en ausencia de una disposición legal que así los declarase. Se reconocían sin ley expresa, incapacidades naturales, que imposibilitaban á las personas á quienes afectaban, para manifestar su voluntad. Si aparecían ejecutando un acto ó celebrando un contrato, éste se declaraba de inmediato viciado de nulidad absoluta, inexistente. Tal ha sido la opinión predominante en la legislación francesa primero, y luego en la italiana,—y tal opinión ha predominado sin que existiese un texto, una disposición legal en que apoyarse. Aubry y Rau se opuso á la corriente uniforme y avasalladora; pero forzoso es reconocer que no tuvo éxito. Pues bien, tal doctrina de la incapacidad natural del demente y de la inexistencia de sus actos ha predominado existiendo en Francia el artículo 503 del Código de esa nación, idéntico al inciso 2.º de nuestro 391, que dice que *«los actos del demente anteriores á la interdicción PODRÁN SER ANULADOS siempre que la causa de la interdicción existiera notoriamente en la época en que fueron celebrados»*.

Pero el artículo 503 del Código francés, lo mismo que nuestro 391, no se puede oponer á que se declaren inexistentes los actos y contratos realizados en

estado de demencia, sean anteriores ó posteriores al decreto de interdicción. El artículo citado rige la incapacidad legal, se refiere al caso especial en que se ha declarado la interdicción y establece la nulidad absoluta para todos los actos que se realicen con posterioridad á tal declaración, aún cuando se realicen en momentos de lucidez; y declara *anulables* los actos anteriores, siempre que cuando fueron celebrados fuera público y notorio el estado de demencia, aún cuando *hayan sido celebrados también en un intervalo lúcido y, por lo tanto, perfectamente consentidos*. Esto está bien claro en la ley. No es necesario probar para que sea *anulado* un acto ó contrato, que en el *momento* de su celebración, quien lo consistió estaba en estado demencia, porque si se produjera esa prueba, el acto sería *nulo absolutamente por no haber sido consentido*. Para que los actos ó contratos sean *anulados* basta probar que la causa de interdicción existía públicamente en la ÉPOCA en que fueron hechos. El acto ó contrato puede haber sido perfectamente consentido en un momento de lucidez, pero si en esa ÉPOCA se conocía públicamente la demencia, el acto debe ser ANULADO. El decreto de interdicción se dicta cuando ya existe el estado de demencia, y el legislador supone que con anterioridad, hay una ÉPOCA un PERÍODO SOSPECHOSO, de insania, ó próximo á la insania, que siendo notorio, basta para que todos los actos y contratos realizados dentro de él, sean anulados.

El decreto de interdicción se proyecta, pues, hacia el pasado, siempre que el estado de incapacidad fuera notorio, anulando todos los actos y contratos celebrados en ese período de tiempo, sin entrar á averiguar, si han sido ó no han sido consentidos, es decir, si han sido celebrados en un momento de locura ó en un momento de salud mental. En un caso como en el otro, el acto ó contrato puede anularse, es anu-

lable. En consecuencia, el artículo 391 está destinado á regir el estado especialísimo que crea el decreto de interdicción que, como el *auto declaratorio de la quiebra, proyecta sus consecuencias hacia el pasado*. Es un artículo que se ocupa de la incapacidad legal de contratar y no de la incapacidad natural ó absoluta: *no tiene nada* que ver con esta última que se rige por el artículo 1253, y su complemento necesario: el 1534. Haya ó no haya decreto de interdicción, el demente es un absolutamente incapaz, y sus actos son siempre nulos absolutamente, son inexistentes. La única diferencia será la siguiente: Si la interdicción ha sido delarada, se presume permanente el estado de demencia, y quien quiera ampararse de la nulidad, no tendrá que producir más prueba que la declaración de interdicción. Si la interdicción no ha sido declarada ó *lo ha sido con posterioridad* al acto ó contrato que se trata de invalidar,—si él fué celebrado en estado de demencia, lo fué por un absolutamente incapaz, que *no pudo consentir*, y, por lo tanto, es nulo de derecho, absolutamente nulo, inexistente. Pero el estado de demencia no se presume. Habrá, pues, que *probar que cuando se realizó el acto ó contrato, quien lo realizó se encontraba en estado de demencia, en el momento preciso de su realización, no bastando la prueba de que se encontraba en ese estado en aquella época*.—Esta prueba será difícil, pero producida queda de manifiesto la incapacidad absoluta de una de las partes y corresponde declarar la inexistencia del acto ó contrato.

76. Nuestro Código ha copiado el artículo 503 del Código Napoleón en su artículo 391, inciso 2.º, y lo ha copiado concientemente [separándose del Código chileno al cual tomó sus disposiciones sobre incapacidad absoluta y relativa. Al hacerlo, lo hizo con el propósito de ajustarse al comentario que siempre tuvo presente, al apartarse del Código Napoleón,

como al aceptar sus principios y sus disposiciones: á Marcadé. Este autor viene á corroborar la tesis que sustentamos, haciendo notar que el artículo 503 ⁽¹⁾ del Código francés, no se refiere á la incapacidad natural, sino á la incapacidad legal, y mejor dicho, á las proyecciones que tiene la declaración de incapacidad, sobre *todos* los actos y contratos anteriores á esa declaración.

Dice Marcadé: «Por derecho común, un acto puede en cualquier época que sea, ser declarado nulo, no existente, en presencia de la falta de razón de aquél que lo ha consentido, pero es necesario entender bien, que el demandante pruebe la ausencia de razón en el momento preciso en que el acto ha ocurrido. Ahora bien, el artículo 503 permite no proclamar la no existencia del acto, sino *anularlo* (dentro del lapso de tiempo del artículo 1304) por el solo hecho de que el estado habitual de imbecilidad ó de demencia era públicamente conocido en el momento en que el acto se hizo. Se podría, luego, llegar á anular un acto, que en realidad, había sido contratado, en un momento de lucidez y en plena inteligencia: el motivo de esta disposición excepcional y tan severa contra los terceros, es el que merece pocas consideraciones quien trata con un hombre en estado habitual de locura, y que hay graves presunciones de que se ha abusado de su triste situación. Por lo demás el artículo no dice que el acto *será* anulado, sino que *podrá* serlo; si, luego, el contratante probara que ha obrado de buena fe, y que no conocía el estado habitual de la otra parte, y que en el momento del acto, esa parte estaba en el goce verdadero de su razón, el acto deberá ser mantenido».

77. El inciso 2.º del artículo 391 (503 del Código francés) no impide, como se acaba de ver, en la opi-

(1) 391—2.º—Código Civil Uruguayo

nión autorizada de Marcadé, que se declaren inexistentes los actos y contratos del demente, siempre que se pruebe la ausencia de razón en el momento preciso en que el acto ha ocurrido. Y para sostener esta opinión Marcadé no puede apoyarse en un artículo expreso de la ley, porque el artículo 1124 que establece las incapacidades de contratar, dice que son *incapaces* los *interdictos*, y no los *dementes*, que son absolutamente incapaces según la expresión de nuestra ley.

Como se ve, nuestro codificador ha sustituido la palabra *interdicto* de la ley francesa por la palabra *demente*, *intencionalmente*, obedeciendo á las exigencias de la ciencia, y probablemente con objeto de disipar todas las dudas y todas las discrepancias que, aunque queden reducidas á una mínima expresión, siempre son perjudiciales. Quiso suprimir las tendencias de los sectarios de Aubry y Rau en nuestra doctrina y en nuestra jurisprudencia. Tal fué su propósito. Fué claro y terminante al expresarse, estableciendo dos situaciones, perfectamente distintas y perfectamente definidas en sus disposiciones.

Pues bien; á pesar de todo, se ha pretendido encontrar suma contradicción en la ley, y para armonizar sus disposiciones se ha creído indispensable sacrificar algunas de ellas. Pero, en realidad, no hay contradicción; no hay nada que armonizar; está todo armonizado. El legislador procedió en esta parte con sumo cuidado.

Legisló por una parte la incapacidad del demente, interdicto ó no interdicto, y la declaró de un modo genérico absoluta. Por otra parte, legisló determinando los efectos que produce el decreto de interdicción, que recaen principalmente sobre los actos del demente posteriores á ese decreto, pero que también alcanzan á los anteriores que se han realizado durante el período sospechoso en que la demencia era notoriamente conocida.

¿Dónde está la contradicción?—¿Qué hay que armonizar?—No hay contradicción y, por lo tanto, no hay nada que armonizar. Todas las disposiciones de la ley son perfectamente armónicas, y es digna de encomio la claridad y seguridad con que la ley ha resuelto las dificultades de la materia.

78. Esta interpretación que damos al artículo 391 es la general. Laurent entiende las cosas de la misma manera. «Según el derecho común, dice, y no habiendo interdicción, los actos hechos por una persona que se pretende alienada, pueden ser atacados por insanidad de espíritu; en efecto, quien no está en su salud mental no puede consentir, y sin consentimiento, no hay contrato. ¿Pero qué debería probar el que ataca el acto?—Que en el momento en que el contrato ha sido celebrado, una de las partes estaba en estado de demencia, y, por lo tanto, incapaz de consentir. Si produjese esta prueba el acto sería más que nulo, sería no existente, porque el consentimiento es uno de los elementos requeridos para la existencia de los contratos. El artículo 503 deroga estos principios; permite anular los actos anteriores á la interdicción sin que el demandante esté obligado á probar la demencia del alienado en el momento del contrato; bastará que pruebe que la causa de interdicción existía notoriamente en la época en que el acto ha sido hecho. Esta prueba de la notoriedad es más fácil que la demencia en un momento preciso. En ese sentido hay una especie de retroactividad, unida al juicio que pronuncia la interdicción». (1)

Como se ve, según Laurent, el artículo 391 se refiere á las proyecciones del decreto de interdicción, que se extiende hacia el pasado, debido á que, como dice Lomónaco, es sólo *declarativo* de incapacidad, y no *productivo* de la misma.

(1) LAURENT, —*Principes de droit civile français*, V, § 313.

79. Volvemos á repetirlo. Los autores franceses y los italianos llegan á esta conclusión, sin tener un artículo expreso en que apoyarse. De aquí que haya opiniones adversas á la predominante, pero que por eso no han dejado de hacerse sentir. Así, Ferrarini sostiene que el estado de salud mental es la regla general y la presunción, mientras que el estado de enfermedad es una desviación de las normas generales, que para ser jurídicamente considerada exige una especial disposición... Faltando la *interdicción*, la enfermedad mental no tendría ningún apoyo objetivo directo, á no ser que los mismos actos revelaran la perturbación intelectual. (1)

Estas dudas no tienen razón de ser en nuestra legislación, en la que se encuentra un *apoyo objetivo* en una disposición *expresamente* dictada para resolver la cuestión.

Es un deber poner bien de relieve la claridad de vistas de nuestro codificador, que resolvió una cuestión que años después había de dejar subsistente el Código italiano, obligando á Giorgi, para apoyar su doctrina, á acudir á los principios de la razón y al espíritu de la ley que resulta de una manifestación de Pisanelli, en el sentido de que los actos del demente son inexistentes por falta de consentimiento.

Pero el hecho es que se carece de un texto legal en que apoyarse, lo que ha provocado ciertas hesitaciones en la doctrina, negándose algunos reputados maestros á aceptar sin beneficio de inventario la doctrina corrientemente admitida.

«La palabra de Pisanelli, dice Cimbali, merece sin duda el respeto y las consideraciones más grandes, y tiene una autoridad ciertamente incontestable entre los intérpretes del Código Civil italiano. Pero la palabra de Pisanelli, por autorizada y decisiva que sea,

(1) FERRARINI.— *Capacità legale de agire* (en la «Revista Italiana», XV).

no puede ni debe confundirse con la palabra de la misma ley, cuya autoridad, una vez promulgada, se hace *objetiva é impersonal*, y se hace independiente y superior á la individual de las personas que concurrieron á su formación. Y la palabra de la ley está en el conjunto de las disposiciones que la componen y en la conexión de las mismas. La ley tiene vida, autoridad y acción propia». ⁽¹⁾ «La doctrina común de los escritores parte de la *falsa suposición* de que en las legislaciones modernas hay un divorcio entre la incapacidad natural y la incapacidad legal de contratar». ⁽²⁾

Como se ve, es por la falta de una disposición *expresa* que declare al demente incapaz por naturaleza, que se producen estas hesitaciones en la doctrina. Los defensores de las incapacidades naturales invocan la disposición del artículo 806, inciso 3.º, que existe en aquellas legislaciones, y que establece que son incapaces para testar «*los que, sin hallarse bajo interdicción, no gozaren actualmente del libre uso de su razón, por demencia, ebriedad y otra causa*», y hacen notar que, siendo la ley más rigurosa aún para admitir la capacidad de contratar, no pudo aquí observar la regla inversa, declarando al demente incapaz para testar y capaz para contratar.

En nuestra ley todas estas dificultades han desaparecido: ha dado á los artículos 391 y 392 la interpretación y el alcance que se encuentra en Marcadé. Este autor, según puede comprobarse por las notas del doctor Narvaja, ha sido el que se tuvo presente al redactar el capítulo de nulidad.

80. Para concluir, tomemos en cuenta una de las objeciones de Aubry y Rau, para hacer notar hasta dónde llegó la previsión de nuestro legislador.

(1) CIMBALL. — Obra citada, § 68 y 69.

(2) CIMBALL. — Obra citada, § 93.

Admitida la inexistencia del negocio jurídico del loco, dicen, por lógica consecuencia, la acción de nulidad debe concederse á todas *las partes interesadas*, haya ó no haya interdicción. Por lo tanto, el otro contrayente perfectamente capaz, llamado á la ejecución del contrato, podría eximirse, alegando el defecto de falta de salud mental en la otra parte.

Nuestro legislador se propuso evitar esta dificultad, y he aquí el origen de una disposición de nuestra ley; el artículo 1535, que establece quienes pueden provocar la declaración de la nulidad absoluta, y en el que se establece que pueden provocarla todos los interesados *excepto el que ha ejecutado el acto ó celebrado el contrato, sabiendo ó debiendo saber el vicio que lo invalidaba*. Quien contrata con una persona, *debe saber* con quien contrata, debe cerciorarse de su estado y no podrá pedir la nulidad absoluta del contrato, si sabría el vicio que lo invalidaba.

Es tiempo de hacer justicia al codificador que supo adelantarse sobre los demás códigos de su época⁽¹⁾, estableciendo con claridad una doctrina que defienden hoy los más reputados autores y que ha obtenido el concurso de la jurisprudencia de los países que marchan á la cabeza del movimiento jurídico.

81. En cuanto á la prueba de la demencia, la opinión de Giorgi es exacta. Es necesario dejar esta materia al prudente arbitrio del Juez. El se encargará de determinar lo que debe entenderse por demencia en el momento preciso de la realización del acto. Él, asimismo, resolverá si un conjunto de pruebas puede demostrar la persistencia de la locura, supliendo la prueba difícilísima, imposible muchas veces, de la locura en el instante de la celebración del acto ó contrato. Pero, en el uso de estas facultades, debe proceder con mucho tino y prudencia.

(1) Es muy superior al Chileno, que modificó con poco tino el artículo 503 del Código francés, sin darse cuenta de su alcance verdadero.

82. Cimbali cree que en materia de capacidad de contratar por alteraciones mentales, una buena legislación debe resolver, después de un meditado estudio, los problemas que más arriba se han planteado. La larga disertación que se hace en las páginas anteriores, demuestra que, si bien nuestra ley no es un ideal completo de perfección, ha resuelto de un modo satisfactorio los tres problemas que se presentan.

83. Terminaremos con la incapacidad de los dementes, justificando la extensión que hemos dado á la parte relativa á la interpretación de los artículos 391, 392, 1534 y 1253. Tal vez se diga que nos hemos detenido en examinar una hipótesis imposible. Esto no es exacto. La hipótesis examinada es posible y se ha presentado muchas veces. Por otra parte, en el mundo ninguna extravagancia humana, como dice Giorgi, es verdaderamente imposible. Y si el caso ocurre, como ha ocurrido, es necesario resolverlo. Lo hemos encontrado mal resuelto y el trabajo ha sido doble: criticar primero, y construir después.

84. c) Los SORDOMUDOS.—Son absolutamente incapaces, según nuestro artículo 1253, los sordomudos que *no pueden darse á entender por escrito*. Un sordomudo que no sabe darse á entender por escrito, puede serlo, ó bien por idiotismo ó imbecilidad, ó bien por ignorancia.

En ambos casos procede la declaración de incapacidad absoluta; y así lo entendió el legislador, declarando genéricamente incapaz al sordomudo que no sabe darse á entender por escrito, sin entrar á averiguar la causa de la incapacidad.

No es necesario demostrar la procedencia de la declaración de incapacidad absoluta, del sordomudo idiota ó imbecil. Son casos comprendidos en el anterior, en la demencia. No hay consentimiento.

En cuanto al sordomudo ignorante, que no sabe leer y escribir, es indudable que no puede manifestar

su consentimiento. Por señas mal puede darse cuenta de lo que se le propone, y, por señas, mal puede expresar su aceptación.

Hay además una razón de ciencia psicológica: el papel importantísimo que desempeña la palabra en la formación de nuestras ideas generales y abstractas.

El sordomudo no puede consentir: consiente sin darse cuenta de las proyecciones de su consentimiento. Proceden, en consecuencia, la declaración de la incapacidad absoluta, y de la inexistencia de los actos ó contratos que verifique.

85. Tales son las incapacidades absolutas establecidas en la ley. Además de ellas hay otras que no nos proponemos por el momento investigar. Siempre que, una causa orgánica, momentánea ó permanente, prive del uso de razón, hay también incapacidad absoluta, momentánea ó permanente.

§ 2 — ELEMENTO OBJETIVO: EL OBJETO

86. No se puede concebir la existencia de un acto ó de un negocio jurídico, ó de un acuerdo de voluntades, sin un objeto determinado sobre que recaigan, ese acto, ese negocio jurídico, ese acuerdo de voluntades. Como dice Cannada, una declaración de voluntad no puede ser abstracta, en el aire, debe tener necesariamente un objeto. ⁽¹⁾

87. Un acto ó contrato sin objeto jurídicamente determinado, ya hemos visto que es *inexistente*. ⁽²⁾

88. Un acto ó contrato hecho contra una *disposición* legal de carácter prohibitivo es nulo absolutamente. No es esta ciertamente la solución á que han llegado los comentaristas de esta parte de nuestro Código

(1) CANNADA BARTOLI. — *La ratifica*, '§ 44.

(2) Véase *supra*, § 57.

Civil, pero aún á riesgo de encontrarnos solos, creemos que es perfectamente aplicable en nuestra ley, la doctrina valientemente sostenida dentro del Código chileno por el doctor Clemente Fabres.

Según este jurisconsulto, «toda ley manda, por que es precepto obligatorio; pero manda de tres diferentes maneras: ó manda hacer algo y se llama imperativa; ó manda que no se haga algo y se llama prohibitiva; ó manda que se tolere y se respete lo que ella permite y se llama permisiva. Las obligaciones que nos impone son, por consiguiente, de acción, de omisión y de tolerancia.»

«La naturaleza y origen de esta división, aunque á primera vista se encuentre en el modo ó forma con que establece la ley un precepto, el provecho que de ella reporta la ciencia debe buscarse *en los diversos efectos que producen estas tres clases de leyes y su infracción*, ó bien en la diversa fuerza obligatoria que ellas encierran. Así, la ley prohibitiva obliga siempre y no puede renunciarse el derecho correlativo á la obligación que ella establece. El artículo 10 nos dice: Los actos que prohíbe la ley son nulos y de ningún valor; salvo en cuanto designe expresamente otro efecto que el de nulidad para el caso de contravención.

«Esta clase de leyes forma una de las ramas ó secciones de la nulidad absoluta: su fuerza es indeclinable; la obligación que impone no queda á la merced de la persona ó personas, á quienes compete el derecho correlativo. Podrán éstas abstenerse de hacer uso del derecho; pero no por ésto será menos cierto, eficaz y duradero. No es impropio decir que la ley prohibitiva es la más poderosa.»

«En la imperativa ley hay que distinguir: ó el acto prescripto dice relación al orden público ó á las buenas costumbres, como en el matrimonio, estado civil, testamento, sucesión hereditaria, etc., ó sólo mira el

interés privado. En el primer caso su fuerza es igual á la de las leyes prohibitivas, porque el derecho correlativo no es patrimonio individual, sino de la comunidad; y aunque uno ó más interesados pueden abstenerse de ejercerlo, no puede, sin embargo, ser destruido por su voluntad... En el segundo caso la fuerza de la ley imperativa queda entregada á la voluntad ó árbitro del interesado; su infracción destruye el derecho que ella crea, uno se hace valer en cierto espacio de tiempo ó si se renuncia expresamente. Podríamos decir que la ley imperativa dictada en el interés privado, no es infringida cuando el dueño del derecho lo renuncia. Pero esta segunda clase de leyes imperativas tienen también su limitación, y es cuando la ley ha prohibido su renuncia (artículo 12); en este caso la existencia de la ley prohibitiva nos conmina con la nulidad.»

«Si en las leyes prohibitivas encontramos franco y expedito el elemento que constituye la nulidad absoluta, no sucede lo mismo en las imperativas, donde el discernimiento del interés público y del individual ó privado podría ofrecer graves dificultades y embarazos en la aplicación, si nuestro Código no nos hubiese dado reglas precisas y completas para dirigirnos con acierto en su determinación.»

«Las leyes permisivas confieren directamente una facultad en protección del interés individual. La obligación que imponen consiste en no impedir el ejercicio de esa facultad y en respetar las consecuencias naturales y legítimas que nacen de ese ejercicio. Así las leyes que permiten testar y pescar, obligan á tolerar y á no impedir el ejercicio de estas facultades y á respetar las disposiciones testamentarias y el derecho de propiedad que nace de la ocupación.... Establecida la naturaleza de las leyes permisivas, réstanos ver su influencia en la materia objeto de esta disertación. Aunque, como lo hemos dicho, ellas

tienen por objeto, en general, garantizar el interés privado, la ley ha prohibido en muchos casos su renuncia, en consideración al interés público, cuya línea de separación no es fácil fijar con exactitud en la controversia académica, hasta que la misma ley se encarga de dictárnosla como un precepto. Podemos, pues, decir que cada cual puede abstenerse libre y válidamente del ejercicio de toda ley permisiva, pero que sería *nula la obligación en que se tratase de menoscabar ó destruir en lo futuro el ejercicio del derecho que ella confiere*, cuando nos encontramos con una prohibición, como sucede en el artículo 100, que nos prohíbe coartarnos la facultad de testar ó renunciar á ella, pero no nos impone la obligación de testar».

89. Nuestro Código, siguiendo una doctrina que, tal vez, no sea la más aceptable, la de Merlín, ha considerado que toda disposición de la ley establecida en forma prohibitiva es de orden público, mientras que las disposiciones imperativas ó permisivas, pueden ser de orden público ó de interés privado. Esta doctrina no es en la actualidad muy aceptada, considerando que la forma en que se enuncie una disposición de la ley no puede dar á la disposición misma carácter de orden público, como parecen sostenerlo los que defienden la existencia de leyes prohibitivas, distintas por naturaleza, de las demás ⁽¹⁾. Pero el hecho es que nuestro Código la ha adoptado siguiendo á Merlín, quien se fundaba en una constitución de Teodosio y Valentiniano: «Queremos, dicen, que todo pacto, toda convención, todo contrato hecho entre aquellos á quienes la ley prohíbe hacerlo, sean considerados como no ocurridos, de suerte que basta al legislador haber prohibido lo que no quiere que se

(1) LAURENT, *Principes de droit civile français*, § 60 y siguientes.

BEUDANT, *Cours de droit civile*, tomo-Introducción, 123.

haga, y todo lo demás se sigue de la intención de la ley, como si hubiera sido expresamente ordenado; es decir, que todo lo que se ha hecho contra la prohibición de la ley, sea no solamente inútil, sino considerado como no ocurrido, aunque el legislador se haya limitado á prohibirlo, y no haya declarado que lo prohíbe so pena de nulidad. Y si se ha hecho ó se hace cualquier cosa, sea á consecuencia ó sea con motivo de lo que se ha hecho en desprecio de la prohibición de la ley, nosotros queremos que se le mire igualmente como nulo y de ningún efecto. Según esta regla por la cual aniquilamos todo lo que es contrario á las leyes prohibitivas, es cierto que no se debe ni admitir siquiera una estipulación de esa naturaleza, ni dar un mandato de esa especie, ni dar lugar al juramento que tendería á subsanar la nulidad del uno ó del otro».

En este fundamento reposa el artículo 8 de nuestro Código Civil que dice: «Que no surtirá efecto la renuncia especial de las leyes prohibitivas; lo hecho contra éstas será nulo, si en las mismas no se dispone lo contrario». El doctor Vázquez Varela entiende que esta disposición no implica que toda violación de una ley prohibitiva esté viciada de nulidad absoluta, porque nuestra ley no la ha comprendido en el artículo 1534 que establece las causas de nulidad absoluta. «Se explica, dice, que el doctor Fabres sostenga la opinión de que la infracción de la ley prohibitiva apareja nulidad absoluta, dada la disposición del Código chileno á que hace referencia». Tenemos el artículo 1534 que declara la nulidad absoluta de los contratos que tengan un objeto ilícito, pero no tenemos disposición alguna que establezca que constituye objeto ilícito, toda violación de las leyes prohibitivas. «Sólo existe un artículo que establece lo siguiente: «Hay un objeto ilícito en todo lo que contraviene al Derecho Público Oriental»; y se sabe que

por derecho público no se entiende sino el conjunto de leyes que reglan las relaciones entre gobernantes y gobernados, esto es, el Derecho Constitucional y el Administrativo». En consecuencia no habrá objeto ilícito en lo que contravenga al derecho privado y á las prohibiciones de la ley civil. ⁽¹⁾

90. Conceptuamos inexactas las anteriores apreciaciones del doctor Vázquez Varela. En primer lugar, hay un error en su argumentación. Se parte de la base de que el Código Civil ha dicho que *es objeto ilícito* todo lo que contraviene el Derecho Público Oriental. Esto no es cierto. El Código Civil *no ha definido de ese modo el objeto ilícito*, sino que *se ha limitado á establecer* que en ello hay *un objeto ilícito*. Esto no quiere decir que sea el *único*; será *uno de tantos*. De modo, pues, que además de ese objeto ilícito puede haber otros, y esos otros pueden provenir de la violación de ciertas disposiciones del derecho privado.

En segundo lugar, la ley ha establecido también que tiene un objeto ilícito la convención celebrada en desprecio de sus disposiciones prohibitivas. Basta leer el artículo 1258 del Código Civil para darse cuenta de esta verdad. Según dicho artículo, los hechos «son física ó moralmente imposibles.» «*Moralmente imposible es el hecho prohibido por la ley, ó contrario á las buenas costumbres ó al orden público*». Ahora bien; ser moralmente imposible y ser ilícito son una sola y misma cosa.

Es cierto que Giorgi distingue lo imposible jurídicamente de lo ilícito; pero, en nuestra opinión, en el Código Civil no es posible hacer una demarcación precisa que los separe. Giorgi dice que, tanto lo *ilícito* como lo *imposible jurídico* son dos formas de contradecir la ley; *son dos formas de contradicción entre*

(1) VÁZQUEZ VARELA.—Obra citada, § 18.

las cuales existe una diferencia que nace de la índole diversa de las leyes. Las leyes no son solamente *prohibitivas* ó *preceptivas*, sino que también suelen ser *declarativas*. Las primeras se dirigen á la voluntad del hombre y son para él otras tantas órdenes autorizadas. Las declarativas no se dirigen á la voluntad del hombre, sino más bien á su *inteligencia*, para indicarle cuáles son las condiciones necesarias para que una figura jurídica sea válida, cuáles son las condiciones esenciales de éstas ó de aquellas instituciones.

De aquí que las leyes de esta última especie no puedan ser eficazmente violadas; el hombre puede conocer y estudiar las leyes declarativas, pero no violarlas ni modificarlas; si lo intenta, hace obra vana: su violación es *imposible jurídicamente*.

Pero las *preceptivas* y las *prohibitivas*, siendo órdenes que se dan á la voluntad humana, pueden no ser cumplidas. De aquí que, para que se cumplan, es necesaria la sanción de la nulidad, pues de lo contrario se dará al hombre la facultad de hacer caso omiso de lo que dispone la ley. Esto sería *ilícito*.⁽¹⁾

No nos interesa averiguar el grado de exactitud de esta doctrina. Hemos hecho la transcripción anterior, para hacer ver que Giorgi que admite lo *imposible jurídico*, *no incluye dentro de él, la violación de las leyes prohibitivas*. La violación de estas leyes y la de las *preceptivas* constituye lo *ilícito*, es decir, es un *objeto ilícito* un cualquier acto ó negocio jurídico.

En el Código alemán, el objeto físico ó moralmente imposible es asimilado al objeto ilícito, y tanto uno como otro son causas de nulidad.⁽²⁾

Nuestro Código ha asimilado la imposibilidad moral á lo ilícito,—y para él todo objeto moralmente

(1) GIORGI. — III, § 311.

(2) SALEILLES. — *Essai d'une théorie générale de l'obligation d'après le code civil allemand*, § 146.

imposible es un objeto ilícito. En consecuencia, toda violación de una ley prohibitiva es causa de nulidad absoluta.

91. De los mismos términos del artículo 8 del Código Civil se desprende que la nulidad es absoluta. En efecto, dice dicho artículo que *«la renuncia general de las leyes no surtirá efecto. Tampoco surtirá efecto la renuncia especial de las leyes prohibitivas; lo hecho contra éstas será nulo, si en las mismas no se dispone lo contrario»*. Se observa en este artículo un especial interés en recalcar la nulidad de lo hecho contra las leyes prohibitivas. Se dice que su renuncia *no producirá efecto*, y para reforzar la afirmación se agrega que lo hecho contra ellas *será nulo*. Nulidad que no produzca ningún efecto, es la nulidad absoluta.

Por otra parte, dicho artículo dice que la renuncia general de las leyes no surtirá efecto, y que tampoco lo surtirá la renuncia especial de las leyes prohibitivas. No puede ser materia de dudas la nulidad que produce la renuncia general de las leyes, en una convención: es una nulidad absoluta. Pues bien, la ley diciendo *tampoco* y empleando las mismas palabras *no surtirá efecto*, —equipara la renuncia general de las leyes á la renuncia especial de las leyes prohibitivas.

92. El artículo 1262 dice que la causa es ilícita cuando es prohibida por la ley. Ahora bien, es sabido que en los contratos bilaterales ó sinalagmáticos lo que es causa para una de las partes es objeto para la otra (1). Si lo hecho contra una ley prohibitiva no constituyera un objeto ilícito, se incurriría en la inconsecuencia de que una misma cosa sería ilícita,

(1) Esto puede no ser completamente exacto. Pero, si se considera únicamente el ser prohibida por la ley, aunque la prestación se tome bajo distintos aspectos, en el objeto y en la causa, este diverso modo de considerarla no puede influir sobre su carácter de lícita ó de ilícita,

para una de las partes, para la que sirviera de causa, y lícita para la otra, para la que sirviera de objeto. ¿Puede interpretarse la ley haciéndola incurrir en tales contradicciones?

93. Queda otra cuestión. Un acto ó contrato que tenga por objeto un hecho ó prestación contrario á una ley imperativa, ¿es nulo? Y si lo es ¿de qué modo? Hay que distinguir. Existen ciertas leyes imperativas que no son de orden público, y en cuyo cumplimiento no están interesadas las buenas costumbres. La violación de estas leyes no vicia de nulidad los actos y contratos, porque no hay nulidad sin ley que la establezca.

Pero, si se trata de un contrato celebrado contra una ley imperativa en cuya observancia están interesados el orden público y las buenas costumbres, es indudable que no puede ser válido. Desde luego se opone á su perfecta validez la disposición del artículo 11 del Código Civil. Pero lo esencial en el caso, es que habría un *objeto ilícito*, en un contrato de esa naturaleza, pues el artículo 1258 establece que es moralmente imposible el hecho contrario á las buenas costumbres y al orden público, y con mayor razón lo será el contrario á las leyes que reconozcan tales fundamentos.

Sin embargo, dada la latitud que puede tener la expresión de leyes imperativas contrarias al orden público y á las buenas costumbres, es forzoso reconocer que, en muchos casos la regla que exponemos tendrá que ser forzosamente limitada por el mismo artículo 1534. Las medidas que se toman estableciendo ciertos requisitos, para los actos y contratos en protección de los menores, por ejemplo, son indudablemente de orden público, de orden social, y sólo dan lugar á nulidad relativa porque el artículo 1534 tiene una regla limitativa por la que la omisión de alguna formalidad ó requisito establecido no en atención á

la naturaleza de ciertos actos y contratos, sino en atención á la capacidad ó estado de las personas que en ellos intervienen, son nulidades relativas.

94. No siendo el objeto de este trabajo el estudio en particular de cada uno de los requisitos esenciales para la validez de los contratos, termina con los anteriores consideraciones la parte relativa al elemento objetivo de los mismos.

§ 3.—ELEMENTO METAFÍSICO: LA CAUSA

95. No es oportunidad de entrar á examinar si la causa es elemento indispensable para la validez de los contratos, ó no lo es. Está en la ley, y esto basta.

Un contrato sin causa, es un contrato inexistente. ⁽¹⁾ Lo mismo ocurre en un contrato que tenga una causa ilícita. Respecto de la causa ilícita no puede surgir la duda que surgió cuando nos ocupamos del objeto ilícito. La ley se ha preocupado de definir con precisión cuando hay causa ilícita. La hay cuando es prohibida por la ley ó contraria á las buenas costumbres ó al orden público, ó cuando se promete alguna cosa, por una parte á la otra para que cumpla con el deber que le impone de antemano la ley ó la moral ⁽²⁾. El artículo 1534 confirma lo dispuesto por el 1262, que dice que el contrato sin causa ó con causa ilícita no puede tener efecto alguno, declarando la nulidad absoluta del contrato.

Probablemente, se notará cierta vaguedad en la definición de la causa ilícita, pero tal vaguedad era inevitable, pues forzosamente debían comprenderse una infinidad de casos de muy diversa naturaleza. No tenemos espacio para estudiar los casos diversos de causa ilícita.

(1) Véase *supra*, § 57.

(2) *Código Civil*, artículo 2262, incisos 2.º y 4.º.

§ 4.—ELEMENTO PRODUCTIVO: EL CONSENTIMIENTO

96. La pluralidad de personas, dice Cimbali, que constituyen los sujetos, y la existencia de la materia que forma el objeto representan los factores estáticos, los factores potenciales del contrato; pero, para que del estado meramente potencial, se pase al estado actual, es necesario el concurso de un tercer factor que constituirá el elemento dinámico ó productivo del contrato. Este es el *consentimiento*, que sacando á los sujetos del estado de inactividad, los hace coincidir y concordar en un objeto determinado.

Lógica consecuencia de lo que antecede es que sin consentimiento no hay contrato. Potencialmente, desde que existe un sujeto dotado de voluntad podrá haber un número tan ilimitado, como variadas pueden ser las determinaciones volitivas. Pero, realmente, actualmente, como se dice en metafísica, no se concibe la existencia de un contrato, sin acuerdo de voluntades. Un contrato sin consentimiento, es nulo absolutamente, es inexistente. (1)

97. El consentimiento no es ni puede ser un acto jurídico unilateral, pero, como dice Giorgi, es preciso no confundir la causa con el efecto. Aún cuando el contrato obligue á una sola de las partes el consentimiento que lo genera debe ser bilateral; nadie está obligado á aceptar donaciones, ni mandatos, y para que lo esté, es necesario que de algún modo se haga alguna manifestación de voluntad.

Sin embargo, el Código Civil alemán ha derogado, en parte al menos, tales principios y admite la posibilidad de que se creen vínculos jurídicos,—no propiamente contratos, como con error se ha dicho,—

(1) Véase *supra*, § 57.

sin que haya necesidad de que concurren, para formarlos, los consentimientos de las dos partes á quienes ligan.

La voluntad, dice Saleilles, es el agente principal destinado á formar el negocio jurídico; pero, por regla general, no hay compromiso verdadero susceptible de producir un vínculo de derecho y, por consiguiente, de dar una acción á otro, si no ha habido acuerdo de voluntades; para comprometerse es necesario ser dos: uno que prometa y otro que acepte la promesa; en otros términos, el *contrato* es la fuente normal de la obligación. Pero hay que tener en cuenta que la oferta, desde que se hace, vale como expresión de la voluntad del que la hace; más aún, «es una voluntad que está ligada á sí misma, en el sentido de que no puede ser revocada», pues el solicitante se obliga á mantener su oferta durante un período normal (1).

La teoría es nueva, al menos en apariencia, pues, en realidad, es una antigua doctrina que se encuentra en algunos textos romanos y que ha sido desarrollada por varios jurisconsultos alemanes, aunque restringiéndola á ciertos casos especiales. De haberse hecho una aplicación general de tal doctrina, se hubiera transformado radicalmente la teoría de las obligaciones y, en consecuencia, la de las nulidades. El consentimiento no sería indispensable y habría posibilidad de exigir el cumplimiento de una relación jurídica en que no hubiera intervenido.

A tales extremos nadie llega. La doctrina del Código alemán está lejos de presentarse con un carácter general. Se trata de tres ó cuatro casos excepcionales, en los cuales no hay consentimientos *coexistentes*, pero hay dos determinaciones de voluntad, independientes la una de la otra, separadas

(1) SALEILLES, Obra citada, § 138.

en el tiempo, pero que, unidas, son capaces de producir relaciones de derecho. En tales casos, si bien hay vínculo de derecho, no hay propiamente contrato. Es una nueva fuente de las obligaciones que se presenta con carácter *sui generis*.

98. Sin consentimiento no hay contrato. Los vicios del consentimiento no impiden, dentro de la teoría de la nulidad dominante, la formación del contrato, el que podrá ser anulado mediante la acción correspondiente.

§ 5 — ELEMENTO FORMAL: LA SOLEMNIDAD

99. La forma, la solemnidad es también un requisito esencial para la existencia de ciertos actos y contratos. La ley en algunos casos impone, como medio de expresión de la voluntad de las partes, una forma determinada. El no ajustarse á ella implica la no expresión del consentimiento, tal como lo exige la ley. Sin ella no hay verdadero consentimiento y, por lo tanto, no hay contrato. La forma, como dice Cannada Bartoli, es, pues, parte orgánica del acto ó del negocio jurídico (1).

Esta parte de nuestro Código ha sido muy meditada por el legislador y encierra, como vamos á verlo en seguida, disposiciones muy acertadas.

100. En el derecho rudimentario de los pueblos primitivos la forma de los actos y contratos desempeña un papel importantísimo. A la tiranía política se agrega una nueva tiranía, tan absoluta como aquélla y tal vez más incómoda,—la tiranía jurídica,—que sobrepone, en todo y por todo, la forma á la sustancia de los actos y contratos. Poco á poco se van limitando las exigencias del formalismo y en la le-

(1) Obra citada, § 54.

gislación romana moderna ya se nota el triunfo de la tendencia liberal, que tiende á someter sus exigencias á los intereses legítimos de las partes. La forma sufre todo un proceso evolutivo: elemento independiente y absoluto, se convierte en elemento subordinado y relativo. Ya no se defenderá, ni se establecerá, ni producirá efectos *la forma por la forma*; en el derecho moderno se le sustituye por la *forma por la sustancia* que encierra. En adelante será un elemento de protección de la sustancia, — una garantía, un requisito de la existencia de ciertos actos y contratos, no será ya una ritualidad inútil, absurda y ridícula, — un obstáculo á la libertad de contratar y una protección de los leguleyos.

Si la forma como concepto jurídico, *subjetivamente*, ha sufrido el proceso evolutivo de que hablamos, también como elemento material, *objetivamente*, ha experimentado un proceso parecido. La nulidad no provendrá en adelante, de omisión de palabras sacramentales, ó de ciertos detalles de pantomimas como la de la balanza, etc. Todas estas solemnidades han sido reemplazadas por la escritura pública ó privada, según los casos, y que día á día ha ido conquistando las posiciones á las demás formalidades. La evolución en este sentido comenzó en el mismo derecho romano, y encontró un auxiliar poderosísimo en el derecho canónico, que negó á ciertas ritualidades la importancia excesiva que habían tenido bajo el imperio de las antiguas leyes, — y las limitó á dos fundamentales: la escritura y los testigos.

101. No se encuentra en los jurisconsultos antiguos una teoría completa sobre la forma de los actos y contratos y sobre sus efectos sobre la existencia y validez de los mismos.

Sin embargo, hay algunos notables por la precisión con que han tratado la materia, por más que son relativamente modernos. Entre ellos descuella Suárez.

Este autor distingue dos clases de formas: *sustanciales* y *accidentales*. Las primeras, si no se observan, dan lugar á la nulidad del acto ó contrato; las últimas, no.

Romagnosi, teniendo en cuenta estas distinciones, las completó científicamente, formando una teoría general de la forma de los actos y contratos. Distingue dos clases de formalidades: las *intrínsecas* ó *esenciales* y las *extrínsecas* ó *accidentales*. Las primeras son indispensables para el nacimiento del acto ó contrato; las segundas no lo son, y solamente pueden ser consideradas como garantías de diversa eficacia que tienden á asegurar los fines que motivan el acto ó contrato. La inobservancia de las primeras impide el nacimiento de éstos, los cuales, en consecuencia, deben conceptuarse *inexistentes* ó *nulos de un modo absoluto*,—mientras que la inobservancia de los segundos no produce la inexistencia ni la nulidad del acto que, aunque imperfecto, reúne las condiciones necesarias para existir.

102. La teoría de la *solemnidad por la solemnidad* debe ser proscripta, y proscripta para siempre de las legislaciones modernas. Esto no significa proscribir la teoría de la *solemnidad por la sustancia*. Las formas son necesarias en ciertos actos y contratos y sería insensato desterrarlas de la ley. En hora buena que se suprima todo aquello que Serafini llama la *poesía* del derecho, pero no se llegue á pretender suprimir las garantías de los derechos é intereses de las personas en las sociedades organizadas.

En el Código francés se operó una reacción violenta contra la tiranía de la forma, y se nota la ausencia casi completa de solemnidades, como condiciones esenciales para la validez de los contratos, exigiéndose en la mayoría de los casos un documento escrito pero *solo ad probationem* y no *ad solemnitatem*.

El Código prusiano y el Código Federal suizo de las obligaciones siguieron otro rumbo. Nuestro Código también se apartó en esta parte de su guía habitual, restituyendo al elemento *formal* su legítimo imperio. Estableció también reglas precisas que permitieran determinar con facilidad, los efectos que sobre las ulterioridades del acto ó contrato, produciría el no cumplimiento de las disposiciones que prescribían ciertas formalidades.

103. La falta de cumplimiento de las solemnidades esenciales produce nulidad absoluta. Esto lo enseñan todos los autores que han aceptado la teoría de las formas esenciales y accidentales. Sin embargo, en la doctrina se notan ciertas vacilaciones provenientes de la falta de una norma precisa. Según Wächter la inobservancia de las formas produce nulidad, *á menos* que ella fuera requerida *para ciertas partes ó bajo ciertos aspectos*, porque el negocio en tal caso, persiste válido bajo los *otros aspectos*; pero esta es una excepción á la regla general, y, por lo tanto, debe estar formalmente expresada en la ley; en la duda la inobservancia de la forma produce nulidad (1).

He aquí cómo, después de haber establecido que la inobservancia de las formalidades esenciales produce nulidad absoluta, se vacila al proceder á la aplicación de tal regla. Se dice que la violación de los requisitos ó formalidades produce nulidad absoluta, pero que no la producen si son solamente requeridos para *ciertas personas ó bajo ciertos aspectos*, lo que implica establecer que no todos los requisitos esenciales de la ley tienen la misma eficacia.

Estas dudas y vacilaciones de la doctrina y de la jurisprudencia, que se repiten en cada uno de los actos y contratos legislados por la ley, han sido disipadas por nuestro Código Civil, por medio de una norma de carácter general y de sencillísima aplica-

(1) PUNZI, *Nullità*, § 27; SERAFINI, *Nullità degli atto giuridici*, págs. 22 y 23.

ción, que permite en cada caso particular determinar de inmediato qué consecuencias produce la omisión de los requisitos ó formalidades de la ley.

El artículo 1534, aunque no contuviera más que esta disposición, podría justamente exigir los aplausos de la crítica, tan severa, como hemos visto, para con él. En dicho artículo se encuentra la disposición que determina que es *nulidad absoluta* «la producida por la omisión de algún requisito ó formalidad que las leyes prescriben para el valor de ciertos actos ó contratos, en consideración á su naturaleza y no á la calidad ó estado de las personas que en ellos intervienen». He aquí las enseñanzas de Wächter convertidas en ley, pero convertidas con una mayor claridad: un contrato en el que se han omitido formalidades establecidas, en atención á ciertas personas por su estado ó capacidad, es nulo ante ellas, pero permanece válido *bajo los demás aspectos*, como diría Wächter. Es con la ayuda de esta regla que se resuelven con gran facilidad, entre nosotros, las graves dificultades que se producen con la doctrina y jurisprudencia de otros países, cuando se trata de averiguar la eficacia que tienen los requisitos ó formalidades sobre los actos ó negocios jurídicos.

Nuestro legislador, después de haber establecido la norma general, ha empleado una dedicación especial en facilitar al intérprete su aplicación, para lo cual, en cada uno de los actos y contratos de que se ocupa, ha fijado con precisión los elementos indispensables para su validez.

Es digno de notarse que la distinción de Suárez y de Romagnosi, tan en boga en otros tiempos, tiende en nuestros días á desaparecer, y en nuestro Código ya se observa esa tendencia. El legislador no debe establecer requisitos inútiles. Todos deben ser esenciales y los que no puedan serlo deben desaparecer. Lo importante está después en determinar los efectos que lo esencial produce sobre el acto ó contrato, y eso lo ha hecho admirablemente nuestra ley.

SECCIÓN III

DE LA SITUACIÓN JURÍDICA CREADA POR LAS NULIDADES ABSOLUTAS

SUMARIO : — 104. La situación anormal creada por un contrato nulo absolutamente. — 105. La nulidad absoluta no necesita ser declarada — Opiniones de Solón y de Perrin. — Crítica — 106. Continúa. — 107. ¿ Quiénes pueden provocar la constatación de la inexistencia ? — El juez de oficio, cuando aparecen de manifiesto. — 108. Todos los que tengan interés, excepto el que ha celebrado el acto ó contrato sabiendo ó debiendo saber el vicio que lo invalidaba — Crítica — Opinión de Fabres. — 109. El Ministerio Público. — 110. Los terceros: su situación — 111. ¿ Puede ratificarse un contrato inexistente ? — El plazo de treinta años: su explicación — 112. Referencia.

104. En realidad, las nulidades absolutas, siendo la nada, no pueden crear ciertas ó determinadas situaciones jurídicas, ni pueden producir ningún efecto. Apareciendo de *manifiesto*, los jueces *deben, de oficio*, declararlas; y *pueden* declararlas también á petición de las personas que estén habilitadas para ello.

Claro está que no hay propiamente una situación jurídica. Pero, bajo este epígrafe, sólo nos proponemos tratar las diversas cuestiones que pueden ser engendradas por ese estado anormal. Los actos y contratos viciados de nulidad absoluta, no pueden producir efectos, pero de hecho crean una situación jurídica especialísima, en la que hay ciertas dificultades que resolver. De ellas nos vamos á ocupar.

105. La primera cuestión que surge es la relativa á saber si, para que exista la nulidad absoluta, es necesaria una previa declaración judicial, de oficio ó mediante una acción de parte interesada que tienda á obtener tal declaración. El artículo 1535 de nuestro Código Civil da lugar á que se susciten dudas al respecto, por cuanto dice que « la nulidad absoluta puede y debe *ser declarada*, » etc..., lo que hace pensar en una previa y especial declaración por parte del juez. Algunos autores entienden también que, sin de-

claración judicial, no hay nulidad, aún en el caso de que ésta sea absoluta. « Observad, dice Solón, que las nulidades de pleno derecho no producen su efecto, sino después de reconocidas en juicio, porque no pueden los particulares hacerse justicia por su mano; ellos no pueden obtenerla sino por intermedio de los magistrados especialmente encargados de administrarla y por esto mismo son considerados como los auxiliares de la ley: *tanquam legale auxilium* ». (1) Perrin se manifiesta en idéntico sentido, cuando sostiene que « es menester dirigirse al juez para que reconozca y pronuncie la nulidad. Esta última opinión es la única razonable. Ella no destruye la ficción legal, en virtud de la cual un acto nulo se reputa no haber existido jamás. Lo único que hace es subordinar el nacimiento de esta ficción á la comprobación previa de los vicios del acto atacado, y esto solo importa un homenaje al buen orden, que no permite que nadie se haga justicia á sí mismo ».

No consideramos exactas estas apreciaciones. La nada, para ser nada, no necesita ser declarada, ha dicho cien mil veces Laurent; con declaración ó sin ella será siempre la misma nada. Tal vez en algunos casos sea necesaria esta declaración, si la causa de nulidad no aparece de manifiesto, pero ella no será la *causa* de la inexistencia del acto, sino simplemente el *medio*, el *modo*, la *manera* de hacer cognoscible á todo el mundo esa inexistencia.

No podemos admitir que la prohibición de hacerse justicia por su mano signifique que sea indispensable una declaración de nulidad. La prohibición de hacerme yo mismo justicia, me impide tomar lo mío que tiene otra persona, aunque lo tenga en virtud de un título inexistente; pero, para pedir el auxilio de la justicia, no tengo que entablar acciones de nulidad,—lo que

(1) SOLÓN. — *Théorie sur la nullité*, tomo I, § 16.

sería absurdo, pues no hay nada que anular, —sino sencillamente pedir que se me restituya lo mío, porque he sido indebidamente despojado. El juez observará mi pedido; si, efectivamente, el acto ó contrato que se me opone es inexistente, el juez *no decretará su nulidad, que ya está por sí misma decretada*, sino que ordenará que se me devuelva lo mío, porque no hay título ni causa que haya menoscabado mis derechos.

El juez *no declara* la nulidad, la *reconoce*, y en virtud de este reconocimiento, ordena lo que sea pertinente.

En cuanto á la ficción legal de que habla Perrín, no son necesarias muchas palabras para hacer ver la confusión de que padece este autor. El acto nulo absolutamente no se reputa por ficción que no ha existido nunca, sino que, en realidad, no ha existido. No ha nacido por no reunir las condiciones indispensables para ello, y no es necesario acudir á ficciones legales para reputarlo inexistente. Es la nada, y, para serlo, no necesita de ficciones.

106. «Algunas veces, se dice, hay una apariencia de contrato, un acto con la firma de las partes contratantes; el que está obligado en virtud de ese acto no tiene más que un medio de ponerse al abrigo de la persecución del acreedor, y es demandar la nulidad, sea por vía de acción, sea por vía de excepción. —Sin duda, dice Laurent, el pretendido deudor si se ve perseguido debe oponerse, manifestando que no hay deuda; puede también tomar la iniciativa y entablar la acción correspondiente. Pero, ¿qué demandará? ¿Que el juez anule la convención?— No, no podrá formular su demanda en esos términos, porque lógicamente es imposible que el juez pronuncie la nulidad de un contrato, cuando legalmente no hay contrato; no se anula la nada. Todo lo que puede pedirse, y todo lo que el juez puede decidir, es que no ha existi-

do nunca convención. ¿Sè dirá que es una cuestión de palabras?—No, la diferencia es grande entre la nulidad pronunciada por el juez y el juicio por el cual se declara que no hay contrato. En el primer caso, la parte interesada debe proceder dentro de los diez años ⁽¹⁾, pues, de lo contrario, el contrato se hace válido por su silencio en virtud de una confirmación tácita, y no podrá después oponer la excepción de nulidad. Por el contrario, si no hay contrato, el pretendido deudor podrá siempre demandar por vía de acción ó de excepción, que el juez lo desligue del lazo aparente de una obligación que no existe; ninguna confirmación, ni expresa ni tácita, puede oponérsele, porque no se confirma la nada. ⁽²⁾

En consecuencia, de las convenciones inexistentes no se puede pedir la declaración de nulidad, porque la nada no se anula. Si la justicia interviene (y su intervención puede ser necesaria en caso de contestación), la misión del juez se reduce á constatar la inexistencia de la convención y á deducir sus consecuencias. «Si, por ejemplo, yo he participado en calidad de acreedor en una venta inexistente, de la que, sin embargo he pagado el precio, será necesario ocurrir á los tribunales para solucionar la cuestión. Pero el juez, al resolver sobre mi demanda, no tendrá que anular una venta que no existe; se limitará á constatar el hecho de su inexistencia jurídica, y á ordenar, en consecuencia, la restitución de la suma que indebidamente pagué». ⁽³⁾

107. ¿Quiénes pueden provocar la constatación de esa inexistencia? El artículo 1535 lo dice. El mismo juez puede de oficio declararla cuando aparece de *manifesto*. En este caso, la inexistencia es visible, es pal-

(1) Cuatro años, según nuestro Código Civil.

(2) LAURENT. — *Principes de droit civil français*, XV, § 465.

(3) *Pandectes françaises, Obligations*, § 6257.

pable, y sería absurdo que el juez tuviera que esperar los alegatos de las partes. Estas nulidades en que el juez interviene de oficio, son, por regla general, efecto de las leyes prohibitivas ó imperativas de orden público. Esto se explica. Los funcionarios encargados de la aplicación de la ley, están mejor habilitados para defenderlas, protegiéndolas contra todos los que intenten burlarse de sus disposiciones. (1)

108. Pueden pedir también una declaración que constate la inexistencia, todos aquellos que puedan tener interés. Sin embargo, el Código ha hecho una excepción, diciendo: *excepto el que ha ejecutado el acto ó celebrado el contrato, sabiendo, ó debiendo saber el vicio que lo invalidaba*, y al hacerlo ha dado lugar á serias dificultades. ¿Cómo evitar un conflicto entre la parte del artículo que prohíbe anular la nulidad al que sabía el vicio del acto que se realizaba, y la parte que obliga al juez á declararla de *oficio*, cuando aparece de manifiesto? ¿Qué le importa á la parte que se le niegue la acción de nulidad si el juez al declarar que no tiene derecho de alegar la nulidad se verá obligado á declararla? ¿Qué razones ha tenido el legislador para negar el derecho de alegar la nulidad á los que ejecutaron el acto ó celebraron el contrato sabiendo ó debiendo saber el vicio que lo invalidaba?

«Esta es la dificultad más grave que ofrece la materia de la nulidad absoluta, según las reglas de la nueva legislación, y su solución exige un análisis detenido para descubrir el propósito del legislador y todo su alcance.»

En el mismo artículo 1683 (2) se manda al juez que declare de oficio la nulidad absoluta, aún sin petición de parte, cuando aparece de manifiesto en el acto

(1) SOLÓN.—Obra citada, I, § 43.

(2) 1535 de nuestro Código Civil.

ó contrato; y éste es el primer precepto con que se da principio á dicho artículo. Si la infracción de las leyes prohibitivas ó de orden público, puede escapar en algún caso de la sanción, jamás puede ser esto obra del juez. La ley no podría en ningún caso excusar á su ejecutor de cualquiera omisión ó falta de diligencia para hacer cumplir la ley. Pero la obligación que este artículo impone al juez, puede hallarse en conflicto con la negativa del derecho de alegar la nulidad absoluta que se hace al que ejecutó el acto ó celebró el contrato, sabiendo ó debiendo saber el vicio que lo invalidaba. En este conflicto, ¿cesa la obligación del juez de declarar de oficio la nulidad, ó cesa la negativa de alegarla? Tal es la cuestión que presenta el artículo que nos ocupa.

Examinemos primero qué importa el derecho de alegar la nulidad. En su calidad de acción hemos sostenido antes que era completamente inútil. Si la nulidad no embaraza el ejercicio de mis derechos, no tengo para qué pedir su declaración previa: mis derechos no nacen de esta declaración. Del ejemplo del incapaz que nos ha servido de base en el ejemplo anterior, no podemos echar mano actualmente porque no ha sabido ó debido saber el vicio que invalidaba el contrato. Pero si una persona capaz vende un fundo en escritura privada y lo entrega, ha celebrado un contrato viciado de nulidad absoluta, sabiendo el vicio que lo invalidaba: esta persona no puede alegar la nulidad, se nos dice, según el artículo 1683 (1535 nuestro). En hora buena, dirá el vendedor, no hay cosa más cierta: pero no lo es menos que por ese contrato no he transferido yo el dominio y, por consiguiente, no lo he perdido. Yo ejercitaré mi acción reivindicatoria y no la acción de nulidad. ¿Cómo se defenderá el comprador? Alegando el contrato, cuya nulidad aparece de manifiesto. El vendedor dirá por su parte que el contrato es nulo, pero su acción no es la de nulidad, sino

la reivindicatoria; que el *reo en la excepción se hace actor*, y no teniendo título en qué fundarla, porque el juez debe desecharlo de oficio, no puede menos que darse cabida á su demanda.

Otro ejemplo: «Pedro firmó una escritura pública obligándose á pagar á Juan todos los años 300 pesos para que se abstuviese de jugar juegos prohibidos y de embriagarse, y pagó durante 20 años la cantidad estipulada. No quiso después cubrir dos anualidades y quería librarse de este compromiso. ¿Necesitaba entablar la acción de nulidad? Supóngase que Pedro demandara la nulidad del contrato, y que el juez no diese cabida á la acción porque el artículo 1535 no lo permite. ¿Qué perdía Pedro con esto? ¿Si Juan demandase las anualidades vencidas, el juez condenaría á Pedro á pagarlas, y haría ejecutar un contrato nulo contra la expresa prohibición de la ley?»

«En ambos casos declararí el juez la nulidad de oficio, como se lo manda la ley, y, declarándola, no le daría efecto alguno al contrato.... En ambos casos se hubiera alegado la nulidad como excepción, en ninguno como acción; y no es necesario alegarla como excepción, porque el juez la suple de oficio, ni como acción, porque no embaraza el ejercicio de los derechos que nos competen y que no sufrieron detrimento por el contrato nulo».... «Ya tenemos bastantes antecedentes para fijar con precisión el sentido y alcance de la prohibición que impone el artículo 1535 al que ejecutó el acto ó celebró el contrato para alegar la nulidad cuando sabia el vicio que lo invalidaba. Esta prohibición no tiene lugar sino cuando el vicio no aparece de manifiesto en el acto ó contrato. Es inútil, repetimos, alegar la nulidad si el juez debe declararla de oficio; pero si el juez no puede ni debe declararla de oficio es importante tal alegación. El artículo 1535 dice que el juez puede y debe declararla, pero sólo cuando aparece de mani-

fiesto en el acto ó contrato, luego no debe ni puede hacerlo, á petición del que no puede alegarla cuando no aparece de manifiesto. ¿Qué vicio puede quedar oculto ó no aparecer de manifiesto en el acto ó contrato? Tres son las causas que producen nulidad absoluta: objeto y causa ilícita, falta de formalidad ó requisito peculiar é incapacidad absoluta. Los requisitos peculiares y la incapacidad absoluta deben aparecer de manifiesto; sólo el objeto y causa ilícita pueden quedar ocultos; de manera que sólo á estos últimos puede referirse la prohibición que se hace de alegar la nulidad al que ejecutó el acto ó celebró el contrato con conocimiento real ó presunto del vicio. Tal sería un documento otorgado por una deuda contraída en juegos prohibidos, en que no se expresase la causa del crédito. El juez no deberá declarar de oficio esta nulidad, porque no aparece de manifiesto, ni podría alegarla el deudor porque lo otorgó con conocimiento del vicio que lo invalidaba.»

Convenimos con Fabres en que la disposición del Código no tiene consecuencias prácticas de ninguna especie en los casos en que la nulidad absoluta aparece de manifiesto, pero no consideramos acertada una disposición que contradice los principios fundamentales de que ha partido el legislador. Si las nulidades absolutas son la nada, ¿cómo se explica que esa nada pueda producir efectos? El origen histórico de esta disposición está probablemente en Aubry y Ran. (1)

Pero, si ese caso como los de objeto y causa ilícita exigían normas especiales, éstas debieron establecerse como tales normas especiales y no con carácter general. El dualismo de la nulidad ha impuesto en cierto modo la solución, que ha dado la ley á esta cuestión; en su cuenta debe también imputarse este defecto de la ley que lo ha seguido.

(1) V. *supra*, § 80.

109. Es parte interesada en la declaración de las nulidades absolutas, el Ministerio Público, como defensor de la moral y del orden público. De aquí, que las nulidades absolutas puedan ser declaradas á su pedido.

Declaradas es un término impropio. Sin embargo, lo hemos empleado y lo empleamos en el sentido de *constatar*, cuando nos referimos á las nulidades absolutas. La ley también creemos que varias veces la emplea en este sentido. Hacemos la salvedad porque, á causa de cierta *equivocidad* de ese término, podrán tal vez interpretarse mal nuestras palabras.

110. Lo que hemos dicho respecto de las partes, se aplica también respecto de los terceros. Estos no tendrán que intentar una acción de nulidad contra un contrato ó un acto viciado de nulidad absoluta. Entablarán directamente la acción reivindicatoria y procederán como si el acto ó contrato no existiesen, desde que en nada pueden menoscabar sus derechos. La nada es nada, tanto entre las partes como respecto de los terceros. La acción de nulidad no les es necesaria. Entablarán las acciones que tiendan á defender los derechos que les competan, sin consideración alguna al acto ó contrato inexistente.

111. La nulidad absoluta no puede subsanarse ni por la ratificación de las partes, ni por un lapso de tiempo que no pase de treinta años. ⁽¹⁾

Que no pueda ratificarse lo inexistente es lógico y natural, pero que pueda subsanarse la nada por un lapso de tiempo mayor de treinta años, dejando de ser nada, es algo que no se concibe. ¿En virtud de qué arte mágica un contrato inexistente deja de serlo pasados treinta años y se convierte en un contrato obligatorio? La nada es siempre nada; pero, pasados treinta años, la prescripción se consuma, y aún en

(1) *Código Civil*, artículo 1535.

ausencia de todo título y de buena fe, puede oponerse á quien intente una acción reivindicatoria. No se fundará, quien rechace esta acción en el contrato inexistente, sino en el período de tiempo que ha transcurrido. Esto en cuanto á los casos en que se haya consumado una prescripción adquisitiva. En cuanto á los demás casos, será pura y simplemente la aplicación del principio de que el tiempo sana todos los títulos y extingue todas las obligaciones y acciones. No se puede, sin menoscabo del orden público, dejar eternamente pendientes, como espada de Damocles, amenazas de nulidad. De ahí la prescripción legal. (1)

112. La nada no puede producir ningún efecto. Habrá, pues, que deshacer todo lo que haya podido realizarse bajo el estado anormal que crea un acto ó negocio jurídico inexistente. Hay que reponer las cosas al estado en que se encontrarían si no se hubiera realizado el acto ó contrato.

Las reglas para las restituciones las estableceremos más adelante, no por razones de método científico, sino por motivos de facilidad de exposición.

(1) LAURENT. -- XV, § 465.

CAPÍTULO III

DE LA NATURALEZA DE LAS NULIDADES RELATIVAS Y DE LAS CONDICIONES NECESARIAS PARA ENTABLAR LA ACCIÓN DE ANULACIÓN

SECCIÓN I

DE LA NATURALEZA DE LAS NULIDADES RELATIVAS

SUMARIO : — 113. Las nulidades relativas. — 114. Diferencia entre resolución y nulidad relativa. — 115. Diferencia entre nulidad relativa y revocación. — 116. Nulidad relativa y rescisión — Robles Pozo y el Código español. — 117. El Código francés y el italiano — Opiniones de Toullier, de Baudry Lacantinerie, de Cannada Bartoli y de Marcadé. — 118. Resumen.

113. Ya hemos estudiado en el capítulo I la naturaleza de la nulidad relativa y su razón de existir. No insistiremos. Sólo recordaremos que, dentro de la teoría dominante, el acto ó contrato relativamente nulo, existe, porque reúne las condiciones indispensables para ello, pero encierra en estado de latencia un germen vicioso que, desarrollándose, puede llegar hasta destruir por completo la relación jurídica á que afecta.

114. Importa distinguir la nulidad relativa de la resolución. La primera es un vicio que anula el contrato desde su comienzo, extinguiendo todo lo que pueda ser consecuencia de tal relación jurídica. La segunda se opera en virtud del cumplimiento estricto de la misma relación. Al operarse la resolución, se cumple una cláusula expresa del contrato, ó una cláusula tácita que está implícitamente contenida, en todos los contratos sinalagmáticos para el caso en que una de

las partes no cumpla su obligación (1). La nulidad es un vicio de origen; la resolución supone un origen perfecto; la primera suprime el vínculo jurídico; la segunda es su cumplimiento.

115. Tampoco debe confundirse la nulidad relativa con la revocación; la primera reconoce un origen vicioso, que afecta la obligación en sí misma; la segunda no tiene vicio intrínseco ninguno: en apariencia es perfectamente válida, pero media fraude en perjuicio de terceros, lo que autoriza el ejercicio de la acción llamada *revocatoria* ó *pauliana*. (Código Civil, artículo 1270).

La obligación en este último caso no deja de producir efectos, sino después de entablada la acción correspondiente por el tercero ó terceros perjudicados.

116. Hasta aquí, ninguna cuestión. Pero, lo que ha dado lugar á que se susciten graves cuestiones es el saber si existe un límite de separación entre la nulidad relativa y la rescisión, y la determinación de ese límite. ¿La acción de rescisión es distinta de la acción de anulación? ¿Qué diferencias existen entre ambas?

El Código Civil español ha establecido en capítulos separados, las reglas jurídicas que rigen la rescisión de los contratos, y las que rigen la nulidad de los mismos, procurando mantener entre ellas la más completa separación. *Rescindir*, en la nueva legislación española, vale tanto como *suprimir*, *cortar*, *concluir*, *terminar* los efectos de un acto ó contrato. Esto supone la existencia y validez del mismo. Quitárselas, y por ese medio suprimir sus efectos, es *rescindir*. Tal es el concepto que se tiene de la rescisión completamente distinto del que implica la nulidad, que en la legislación española supone un vicio, pero que no está solamente en estado de latencia sino que vive, im-

(1) Código Civil, artículo 1405.

pidiendo que se *perfeccione*, que exista completamente el acto ó contrato. Robles Pozo hace notar que antiguamente, se confundía *rescisión* con *nulidad*, «porque á la postre se asemejan en la insubsistencia, como el ciego de nacimiento y el ciego por lesión, que ambos carecen del beneficio de la luz por la subsistencia y privación del sentido de la vista; pero así como no es igual para ambos el no haber visto jamás, y el haber visto y no ver, tampoco es igual, haciendo aplicación del símil, el haber nacido un acto á la luz de la existencia jurídica, y el no haber respirado siquiera el aliento de la vida, ni afectar más condiciones que la de una informe gestación, que es en lo que consiste la nulidad». (1)

En la teoría del Código español, que tiene, fuera de toda duda, el mérito de fijar con claridad los conceptos de las diversas modalidades que pueden presentar, en su ineficacia las relaciones jurídicas,—la rescisión se distingue clara y perfectamente de la nulidad. Son dos cosas distintas. La nulidad supone un vicio de origen, y la rescisión no lo supone.

No son extraños por completo á nuestro Código, semejantes conceptos de la nulidad y de la rescisión, pues, aunque con menos seguridad que en el Código español, ya se nota en nuestra ley una tendencia en ese sentido, y en nuestro artículo 1270 se lee que «los acreedores podrán pedir, á nombre propio, que se *rescindan* ó *revoquen* las enajenaciones otorgadas por el deudor, con fraude y en perjuicio de ellos». Uno de los casos de rescisión que presenta el Código español es éste, y se nota inmediatamente la tendencia del legislador cuando se observa que suprimió por completo la palabra «rescisión» en el capítulo de la nulidad y que empleó en el artículo citado, la misma palabra como sinónimo de «revocación» al legislar una

(1) ROBLES POZO.—*El Código Civil Español y su jurisprudencia*, tomo II, pág. 507.

materia completamente diferente. Con todo, creemos que nuestro Código obedeció á un propósito distinto del que anima al Código Español. Nuestro legislador no confundió nulidad relativa con rescisión. La primera reconoce un origen vicioso; la segunda no sólo no reconoce un origen vicioso, sino que admite como base una obligación perfecta, tan perfecta que es necesario una declaración de voluntad de la misma persona que lo creó, para que deje de producir sus efectos. De la rescisión se ocupa nuestro Código en su artículo 1268 que dice: «Las partes pueden por mutuo consentimiento extinguir las obligaciones creadas por los contratos». Es cierto que hay en esta materia algo de vago, de indeterminado, ó más bien dicho de falta de precisión, que confunde al intérprete. El Código español es más preciso al determinar las deferencias, pero el nuestro es más lógico y más científico. El Código español comprende en la rescisión fenómenos jurídicos de muy diversa naturaleza, que dan á su clasificación un carácter arbitrario.

Entendida la acción de rescisión en el sentido en que la emplea el Código español, ó en el sentido en que lo hace el nuestro, no hay duda alguna de que se diferencia de un modo radical de la acción de anulación. Pero, como vamos á verlo inmediatamente, se ha pretendido establecer diferencias de otro orden entre la acción de rescisión y la acción de nulidad, partiendo de conceptos completamente distintos de los que dominan en la teoría de la legislación española contemporánea y de los de nuestro Código Civil.

117. Ya hemos tenido ocasión de ver que en el antiguo derecho francés se distinguían dos clases de acciones: la acción de *nulidad* y la acción de *rescisión*. La primera nacía cuando se violaban las disposiciones del derecho positivo sancionadas con nulidad, y se intentaba directamente ante los tribunales; la segunda se fundaba en la violación de los principios

de la equidad, y no se podía intentar, sin haber obtenido previamente las *lettres* de rescisión que otorgaba la cancillería real (1). Estas dos acciones ¿son distintas todavía? ¿Conservan su razón de ser en las legislaciones contemporáneas?

Bajo el imperio del Código Napoleón se han suscitado, con este motivo, ardientes disputas. Entienden algunos autores, como Toullier, que la acción de nulidad sería la que tiende á constatar la inexistencia de la obligación, nula de pleno derecho y que nunca nació, como en el caso de incapacidad; y la acción de rescisión es la que tiende á destruir una obligación que produce efectos. Pero, mientras por una parte afirma esto, por otra pone la obligación nula de pleno derecho, en oposición de la acción de nulidad ó de rescisión. ¿En qué quedamos? Las diferencias que creía encontrar Toullier, no existen en realidad. (2)

Si se tienen en cuenta los antecedentes legislativos, es fácil comprender que la acción de rescisión ha desaparecido en la legislación francesa moderna.

En efecto, por la ley de 7 de Septiembre de 1790 se abolieron las cartas de rescisión. Pero quedaba todavía una diferencia entre ambas acciones: la prescripción treintenal en la de nulidad y la decenal en la de rescisión. El Código Napoleón colocando bajo los mismos principios y bajo la misma prescripción, ambas acciones, emplea indistintamente los términos, *nulidad* y *rescisión*. Pero á la vez que se confundían las dos acciones genéricamente, surgía entre ellas una diferencia, si se tomaba la acción de rescisión, no en un sentido lato, ni un sentido genérico, sino en un sentido estricto, en un sentido específico. Y en este último sentido *acción de rescisión significa acción de rescisión por lesión*. Hay una diferencia específica

(1) Véase *supra*, § 11.

(2) LAROMBIERE. — *Théorie des obligations*, V, pág. 285.

con la acción de nulidad. que tomada genéricamente la comprende. Hay lo que Baudry Lacantinierie llama una diferencia de *causa*, pero sustancialmente son la misma acción.

En el mismo sentido se pronuncian reputados autores italianos estableciendo que no hay diferencia entre la acción de nulidad y la acción de rescisión. Hay una diferencia sí, pero es entre la acción de nulidad ó rescisión por falta de validez y la acción de nulidad ó rescisión por lesión.

«Llámase rescindibilidad, dice Cannada, el derecho de hacer anular (rescindir) los actos ó los negocios jurídicos viciosos. La acción por la cual se hace valer este derecho, llámase acción de rescisión, la cual, como ya advertimos, comprende, tanto la rescisión derivada de la invalidez del acto jurídico, como la rescisión por lesión; de aquí la doble especie de acción: de *rescisión por no validez* y de *rescisión por lesión*....» (1) «En el lenguaje por nosotros adoptado no hay que rebuscar ninguna diferencia entre la acción de nulidad y la acción de rescisión, porque aquella que todos llaman acción de nulidad nosotros la llamamos acción de rescisión, y ambas valen lo mismo. La diferencia está toda entre la rescisión por *falta de validez* y la rescisión por *lesión*, porque ésta y aquella tienen origen, naturaleza y consecuencias diversas». (2)

Nuestro legislador ha suprimido la rescisión por lesión. Habrá tenido razones buenas ó malas para hacerlo; esto no nos importa. Suprimida la acción de nulidad ó rescisión, como diría Cannada, por lesión, quedaba solamente la acción por falta de validez, que nuestro legislador, en el deseo de cortar dudas, la llama sensatamente acción de nulidad ó de anulación,

(1) CANNADA. — Obra citada, § 90.

(2) CANNADA. — Obra citada, § 130.

prefiriendo estos términos de significación precisa, sobre el equívoco rescisión.

«Actualmente, diga lo que quiera Toullier (cuyas ideas son aquí muy inexactas), estas dos acciones se encuentran reunidas y confundidas en una sola que, sea cual fuera la causa que la motive, se intenta siempre de la misma manera, y se encuentra siempre sometida á la misma prescripción, y ambas tienden siempre al mismo fin, al aniquilamiento de la obligación». (1)

118. El acto ó contrato viciado de nulidad relativa existe como válido, y produce efectos. Puede rescindirse y desaparecer, pero esto mismo prueba su existencia, porque no se hace desaparecer la nada. Extinguir la nada es un absurdo. El vicio que infecta los actos y contratos anulables, puede desarrollarse y llegar hasta extinguirlos, pero puede también ser extirpado por dos remedios eficaces para la salud del contrato: la ratificación y la prescripción de cuatro años. (2)

(1) MARCADÉ.—Obra citada, IV, § 872.

(2) Conforme FABRES, pág. 453.

SECCIÓN II

DE LAS CONDICIONES NECESARIAS PARA ENTABLAR LA ACCIÓN
DE ANULACIÓN

SUMARIO:—119. Tres son las condiciones necesarias para que pueda prosperar la acción de nulidad.—120. *a) 1.ª Condición*: Una obligación viciosa.—121. Los vicios del consentimiento.—122. Los incapaces.—123. La restitución *in integrum*—Razones de su no existencia en las legislaciones contemporáneas.—124. ¿Hay acción de nulidad de menor á menor?—125. Las incapacidades especiales.—126. La regla del artículo 1534—Baudry Lacantinerie—Bufnoir—La jurisprudencia.—127. La nulidad de venta de menores sin venia judicial da lugar á una nulidad relativa—Opinión del doctor Juan Pedro Castro.—128. *b) 2.ª Condición*: Que la nulidad sea pedida por aquel de los contrayentes que tiene derecho de prevalerse de ella.—129. Las leyes extranjeras—La doctrina y la jurisprudencia.—130. La nulidad relativa puede ser alegada por los herederos y cesionarios.—131. El artículo 1537—Su explicación.—132. Continúa.—133. *c) 3.ª Condición*: La acción debe entablarse antes de que haya sido ratificada la obligación, y dentro del plazo establecido para ello en nuestra ley, es decir, dentro de los cuatro años.

119. Tres son las condiciones esenciales para entablar la acción de anulación: una obligación viciosa; que la acción se entable por la persona que tiene derecho para ello; y, por último, que sea entablada en tiempo, y sin que haya previamente mediado confirmación.

120. a) 1.ª Condición—Una obligación viciosa.—Es necesario que se trate de una obligación viciosa, pero de ninguna manera de una obligación inexistente. En este último caso no habría lugar á una acción de nulidad, porque es absurdo pedir la nulidad de la nada. Se anulan las obligaciones jurídicamente existentes, porque reúnen todos los requisitos esenciales para existir, pero que encierran vicios, que aunque en estado de latencia, pueden desarrollarse, produciendo la nulidad. La obligación no debe ser nula desde su nacimiento; debe ser válida, aunque encierre en sí el germen que luego dará lugar á su anulación. Sin embargo, es preciso notar que no todo vicio puede dar lugar á una

acción de nulidad. El vicio para que tenga tales consecuencias debe provenir de haberse violado alguna disposición importante de la ley, porque de otro modo no se podría otorgar la acción de nulidad, medida gravísima, que sólo puede establecer la ley en casos extremos como todo remedio que es á la vez infalible y peligroso. Deben, pues, existir causas poderosas que justifiquen una acción que, como la nulidad, tiende á destruir actos y contratos existentes á los ojos de la ley.

121. Entre los vicios que pueden dar lugar á una acción de nulidad están los vicios del consentimiento. No tenemos porque entrar á estudiarlos en detalle, pues ese estudio no entra ni en la índole, ni en los límites que nos hemos propuesto dar á este trabajo. En otro lugar se han examinado las razones que se han tenido para legislar especialmente esta materia, haciendo que los vicios del consentimiento sólo den lugar á una nulidad relativa.

Es conveniente no olvidar que vicio del consentimiento no es lo mismo que ausencia de consentimiento. El individuo que á pesar de las violencias físicas ó morales no cede, pero á quien, entre varios, forzándole la cabeza, obligan á efectuar un movimiento afirmativo, no ha dado un consentimiento viciado, sino que *no ha consentido*. Lo mismo en el caso de error. Es necesario distinguir el *error obstáculo del error nulidad*. El primero, destruyendo un elemento esencial para la existencia del contrato, da lugar á una nulidad *absoluta*, mientras que el segundo viciando simplemente el consentimiento, da lugar á una nulidad relativa. ⁽¹⁾

Si los vicios del consentimiento fueran recíprocos, es decir, comunes á las dos partes, ambas podrán entablar la acción de nulidad, pero no por eso el contrato sería inexistente, sino simplemente vicioso aunque lo fuera doblemente. El que hubiera vicios

(1) GIORGI. — Obra citada, VII, § 152.

de parte de ambos contratantes, no impide que se reunieran las condiciones esenciales para su existencia.

122. Otra de las causas que simplemente invalidan los contratos, es la incapacidad. Pero, debe entenderse que no es la incapacidad absoluta que implica la inexistencia, sino la incapacidad relativa, esto es, la de los menores púberes, de las mujeres casadas, etc., la que tiene la virtud de autorizar una acción de anulación.

No es nuestro objeto, tampoco, estudiar la incapacidad relativa en sus detalles; poco nos detendremos en ella.

Respecto de los menores se trata de una acción que la ley les reconoce á fin de autorizarlos al llegar á su mayoría de edad para provocar la nulidad de todos los actos y contratos que ejecutaron ó celebraron siendo menores.

En cuanto á los interdictos, los actos posteriores al decreto de interdicción son *nulos de derecho* ⁽¹⁾, de modo que la ley los reputa inexistentes, pero los anteriores los declara simplemente anulables, aun cuando hayan sido verificados en un intervalo de lucidez, siempre que la causa de la interdicción existiera públicamente en la época en que fueron realizados. Si se probara la demencia en el momento de su celebración el acto ó contrato será inexistente, y no simplemente anulable.⁽¹⁾

Las mujeres casadas, en virtud de su incapacidad, gozan también del beneficio de la acción de nulidad.

123. Esta acción de anulación es el único privilegio de que gozan los menores, dentro de nuestra legislación, pues ha sido abolida la prerrogativa de la restitución *in integrum* de que gozaban bajo el imperio de las antiguas leyes españolas, y no se ha reemplazado en nuestra ley, como en otras extran-

(1) Véase *supra*, § 66 y siguientes.

teras, por la rescisión por lesión, beneficio de que gozan los menores en casi todos los países del mundo civilizado.

Nuestro legislador ha creído que, por razones de justicia y por razones de utilidad para el interés bien entendido de los menores, era conveniente abolir ese pretendido privilegio. Las razones de justicia que se tuvieron en cuenta para hacerlo, consistían en que no se veía por qué los menores habían de estar en mejores condiciones que los demás contratantes, violando la igualdad que debe existir entre las partes. La ley toma precauciones para proteger á los menores. De ahí un gran número de disposiciones preventivas para que los menores no queden desamparados. Establecidas estas garantías, conceder la restitución ó la rescisión por lesión á los menores, era otorgar privilegios odiosos é inútiles, desde que en todos los negocios estarían siempre seguros de ganar, pues si perdían gozaban del favor de la rescisión.

La utilidad ó conveniencia del mismo menor exigía la supresión de esas pretendidas garantías. Con ellas sólo se conseguía que los terceros se abstuvieran de contratar con los menores, temiendo las acciones posibles de restitución ó de rescisión que aquéllos luego podrían intentar, pues éstas se concedían aún respecto de los actos que ante la ley estaban perfectamente celebrados. Los menores se veían, pues, en condiciones sumamente desfavorables, en un medio en que nadie deseaba entrar en relaciones civiles con ellos. Las transacciones son indispensables en la vida económica contemporánea. El interés bien entendido de los menores exigía que no se les excluyera del mercado de la libre concurrencia, y lo que en primer término concurría á su exclusión, eran los seudo privilegios de que gozaban. La ley, con sus medidas de protección, los perjudicaba.

El menor no es, pues, *restituido*, sino protegido. Se

le protege por ciertas medidas preventivas, y una vez realizadas éstas, no tiene el menor á su mayoría de edad privilegio de ninguna especie. Contra los actos y contratos realizados contra ó sin atender á las disposiciones de la ley, se le protege *tamquam minor, non tamquam læsus*. Si se falta á las medidas preventivas se le protege como menor con la nulidad, pero sin atender al provecho ó perjuicio que haya sacado de los actos ó contratos que se impugnan.

Estos son los motivos que impulsaron á nuestro codificador á establecer que «*los actos y contratos de los incapaces en que no se ha faltado á las formalidades y requisitos necesarios, no podrán declararse nulos ni ser atacados sino por las causas de que gozarían de este beneficio las personas que administran libremente sus bienes*». (1)

(1) *Código Civil*, artículo 1538.—He aquí un nuevo mérito de nuestro Código Civil que no ha sido debidamente apreciado. Para dar una idea de la confusión que domina en esta materia, transcribiremos una parte de la relación con que Pisaneli acompaña al Senado su proyecto de Código Civil. «Entre las cuestiones que se levantan en materia de acción de nulidad ó rescisión, según el Código francés, imitado por el Código italiano, aquella que más ha dividido y divide la doctrina y la jurisprudencia es la relativa á saber si el menor puede impugnar siempre sus obligaciones por incapacidad (*tamquam minor*) ó solamente por causa de lesión (*tamquam læsus*). Se han propuesto á este respecto cuatro sistemas.

«Según el primero, la rescisión por causa de lesión se concede al menor independientemente de la nulidad que deriva de la regla general que declara á los menores incapaces de contratar. Por lo tanto, siempre que un menor no emancipado haya contratado é mismo, ó el menor emancipado haya contratado sin la requerida asistencia del curador, el acto será anulable como hecho por persona incapaz. Por el contrario, si el acto se ha cumplido regularmente por el representante legítimo del menor, no emancipado ó del menor emancipado con la asistencia del curador no podrá hacerse cuestión de nulidad; pero, el menor podrá obtener una restitución extraordinaria por lesión (restitución *in integrum*) cuando el contrato le sea perjudicial.» Este sistema lo siguió el proyecto Acevedo.

«En el segundo sistema, la rescisión que se concede al menor por causa de lesión, no sería otra cosa que la nulidad que deriva de su incapacidad, y la acción de rescisión no se aplicaría sino respecto de los actos ejecutados por el menor no siendo capaz. Pero, los actos regularmente efectuados por el legítimo representante del menor ó por éste con la asistencia de su curador, no se pueden impugnar por lesión sino en los casos en que puedan por tal causa ser impugnados los contratos de los mayores de edad.

Estos dos sistemas tienen, sin embargo, un punto de contacto, por cuanto reconocen que hay nulidad de los actos que estando sometidos á formas especiales, se han

125. Los actos y contratos de las personas afectadas por alguna de las incapacidades que la ley llama *especiales* (artículo 1255 del Código Civil) son anulables siempre que los actos ó contratos celebrados no tengan un objeto ó causa ilícita, los que probablemente serán los más y en tal caso serán nulos abso-

ejecutado sin observarlas; ahora bien, observándose dichas formas no se admite contra esos actos la acción de nulidad.

« El tercer sistema, separándose en este punto de los dos precedentes, es más desfavorable para el menor. La acción de rescisión por lesión sería el único medio de que dispondría el menor, tanto contra los actos no sujetos á formas especiales, como contra los actos sujetos á tales formas, aun cuando éstas no se hubieran observado. Cualquiera ve la confusión de principios que este sistema introduce en la doctrina y el absurdo de sus consecuencias. ¿ Por qué el legislador habría tomado tantas precauciones, habría establecido tantas formalidades para determinádos contratos, si su observación fuese para él insignificante ?

« El cuarto sistema, admitiendo la rescisión para los actos hechos regularmente por el tutor, ó con la asistencia del curador, propone como término medio ó como una transacción entre los dos primeros sistemas, no admitir más que la rescisión por lesión, y no la nulidad relativa por causa de incapacidad, contra los actos hechos por el menor mismo, ó sin la requerida asistencia del curador. Pero no se puede suponer lógicamente que el legislador haya puesto sobre la misma línea los actos regularmente cumplidos por el representante del menor ó por éste con la asistencia del curador, y aquellos que el menor hizo por si solo, ó sin la debida asistencia del curador ».

« Puestos, por lo tanto, estos dos últimos sistemas á un lado, la doctrina y la jurisprudencia se encontró generalmente dividida entre los dos primeros ».

« Uno de ellos concede demasiado al menor. Después de haber reconocido que los menores pueden impugnar los actos ejecutados por ellos, ultrapasando su capacidad, admite que se puedan rescindir por causa de lesión los actos ejecutados por su representante ó por ellos con la asistencia de un curador. Esto es extender demasiado la protección. Cuando el acto está hecho regularmente por una persona capaz, que tal es la condición jurídica del representante y del menor asistido del curador, no se deben admitir otros medios para impugnarlo sino aquellos que la ley concede á las personas que son plenamente capaces de contratar. Tendrá á salvo el menor la acción por resarcimiento de daños contra su representante ó curador que ha cumplido ó autorizado un acto que lesiona sus intereses, pero los terceros deben quedar extraños á esta cuestión ». Hemos hecho con verdadera satisfacción la transcripción de las palabras de Pisanelli que subrayamos porque parecen las mismas del artículo 1538 de nuestro Código Civil.

« El segundo sistema concede muy poco á los menores, dando lugar en la aplicación de la ley á una incoherencia de principios que no debe admitirse. Se quiere que el menor no pueda impugnar los actos ejecutados por si solo, á pesar de su incapacidad, sino por causa de lesión. Así « impone al menor la carga de la prueba del daño causado ». Esta prueba no es siempre fácil, de donde el menor se ve envuelto en un juicio de éxito dudoso, que puede serle contrario. Pero, hay más. La ley declara al menor incapaz de contratar, sino por medio de su representante, y, emancipado, con la asistencia de un curador. ¿ Cómo conciliar este principio establecido por la ley con la consecuencia que el menor no puede impugnar los actos cumplidos por si solo, sino por causa de lesión ?

lutamente. Tales serán los hechos contra disposiciones legales de carácter prohibitivo. ⁽¹⁾

126. Por último, habrá también nulidad relativa, cuando se hubiere omitido algún *requisito ó formalidad de los que las leyes prescriben para el valor de ciertos actos ó contratos en atención á la calidad ó estado de las personas que en ellos intervienen*. Tal cosa dice el artículo 1534, y tal es el dictado de los maestros de la ciencia jurídica contemporánea, lo que nos permite, una vez más hacer notar la claridad de vistas de nuestro legislador cuando estableció las reglas generales sobre nulidad. En efecto, Baudry Lacantinerie coloca entre los vicios de las obligaciones que dan lugar á la acción de nulidad, *los fundados en la violación de las formas especialmente prescriptas para ciertos actos en el interés de los menores ó de los interdictos*. Es necesario distinguirlos con cuidado de las formalidades exigidas como solemnidad, para ciertos contratos y cuya ausencia entraña la inexistencia de los mismos. Las formalidades que nos ocupan tienen otro carácter: son medidas de protección, de garantía eficaz de los intereses de los menores y de los interdictos. Su inobservancia no produce inexistencia sino *anulabilidad*. « Es cierto que en este caso el Código no pronuncia la nulidad textual... Pero la nulidad se desprende virtualmente de la prohibición de la ley y del fin que se ha propuesto prescribiendo las solemnidades ». ⁽²⁾

(1) V. *supra*, 886 y siguientes.

(2) BAUDRY LACANTINERIE. — *Obligations*, III, 1.^a parte, § 1940. — Hemos citado á Baudry por haber aparecido últimamente el volumen III de su tratado de las Obligaciones, y ser, por consiguiente, el último autor que ha tratado la cuestión. Pero, con anterioridad ya muchos otros se habían pronunciado en ese sentido y también la jurisprudencia había dado la suprema sanción á la doctrina expresamente contenido en nuestro Código Civil. *Pandectes françaises*, de Rivière y Weis, dice: « La ley en el interés de los menores y de los interdictos ha sometido ciertos actos jurídicos á formalidades especiales. Es por esto, que la venta de un inmueble perteneciente á un menor no puede ser consentida sin la autorización del consejo de familia y

Nuestro Código ha procedido, pues, acertadamente. Más aún: la jurisprudencia francesa ha decidido de un modo constante que el incumplimiento de las formas prescriptas en el interés de los menores y de los interdictos da lugar á una acción de nulidad, y no á una acción de rescisión por lesión; ha decidido también que la nulidad no es más que relativa y que no puede ser alegada más que por aquellos en cuyo interés se ha establecido; pero para llegar á estas conclusiones han tenido que esforzarse mucho, los autores y los jueces, haciendo,—aquí sí puede decirse,—prodigios de gimnástica jurídica. (1)

Nuestro Código con sus reglas sencillas y precisas ha resuelto definitivamente la cuestión. Se trata de una nulidad relativa y como tal sólo puede ser alegada por las personas á quienes la ley autoriza para hacerlo.

la autorización del Tribunal. Estas formas y los actos que deben acompañarlos están indicados por los artículos 457 á 467... Estas formas *deben ser distinguidas cuidadosamente de las formalidades que son exigidas para la formación de ciertos contratos y cuya inexistencia entraña la nulidad del acto jurídico. Tienen otro carácter y su objeto es garantizar de una manera más eficaz los intereses de las personas incapaces. Constituyen una condición complementaria de su incapacidad.* La inobservancia de esas formas tiene luego únicamente por consecuencia hacer la convención anulable y no inexistente. El Código, es verdad, no pronuncia expresamente, en este caso la nulidad del acto cumplido sin las formalidades legales; se limita á decir que *no se puede vender, transigir, etc., sin observar esas formalidades.* Pero la nulidad resulta implícitamente de la prohibición de la ley y del fin que ella se propone dictando esas solemnidades». (Cap. 1, 25 de Agosto de 1807, 25 de Marzo de 1861; Aubry y Rau, IV, § 334; Laurent, XVI, § 35; Baudry Lacantinerie, *Précis*, § 45).

«Es necesario tener en cuenta, dice Bufnoir, que puede haber formas prescriptas *no ad solemnitatem*, sino únicamente para la protección de un incapaz. Así, un menor emancipado ha vendido su inmueble sin las formalidades prescriptas; aquí la nulidad se reduce, en realidad, á una nulidad por incapacidad. Es necesario, luego, *distinguir bien* las formas prescriptas *ad solemnitatem* de las prescriptas para la protección de un incapaz. (Bufnoir, *Propriété et contrat*, pág. 65). «En el interés de los menores, dice Hue, la ley ha sometido ciertos actos jurídicos á formalidades especiales. Estas formalidades constituyen simplemente una *condición complementaria* de la capacidad de los interesados. Por consecuencia su inobservancia no apareja la inexistencia del acto, sino solamente la anulación... y esta nulidad puramente relativa no puede ser invocada sino por aquellos en cuyo interés ha sido establecida». (Huc, *Código Civil*, VIII, § 208). He aquí los autores más modernos subsanando como ley los vacíos del Código Napoleón.

(1) *Pandectes*, § 6284 y siguientes.

127. La omisión del requisito de la venia judicial en una venta ó transacción sobre bienes raíces de menores celebrada por su tutor, ¿produce nulidad absoluta ó relativa?

El doctor Castro ha resuelto perfectamente la cuestión. «El artículo 1539 del Código Civil—dice—establece terminantemente que la omisión de los requisitos ó formalidades que las leyes prescriben para el valor de ciertos actos ó contratos, produce nulidad absoluta cuando esos requisitos hayan sido establecidos en atención á la naturaleza del contrato y no al estado de las personas que en aquellos intervienen; ahora bien, *si uno mayor de edad puede vender sus bienes raíces, puede transar sobre ellos sin requerir venia judicial, es indudable que ésta no se exige en atención á la naturaleza del contrato y si al estado de incapacidad de quien lo otorga....* He considerado siempre indudable que la omisión del requisito de la venia judicial, en una venta ó transacción sobre bienes raíces de menores, celebrada por el tutor, apareja tan sólo nulidad relativa.... No creo que constituya un argumento fuerte contra lo que sostengo, la circunstancia de que el legislador en el artículo 380 haya dicho que los contratos celebrados con violación de requisitos, entre los cuales se encuentra la venia, *serán de ningún valor*; ésta es una expresión equivalente á la palabra *nulos*, el mismo concepto expresado por medio de una perífrasis. Ahora bien, decir «nulos» no es decir «absolutamente nulos» (1).

128. b) 2.^a CONDICIÓN—*Que la nulidad sea pedida por aquel de los contrayentes que tiene derecho de prevalecerse de ella.*—Como dice Solón, el derecho de pedir la declaración de nulidad constituye un verdadero privilegio. Cuando una obligación carece de existencia jurídica, toda parte interesada y el Ministerio

(1) *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, tomo I, N.º 1.

Público pueden pedir que se proclame la nulidad y aún el mismo juez puede, de oficio, proclamarla. Cuando, por el contrario, la obligación es simplemente anulable, no puede pedirse la nulidad sino por aquellas personas «*en cuyo beneficio la han establecido las leyes*» (1), como, por ejemplo, por el contrayente incapaz ó por el que prestó lo que tan inexactamente se llama un consentimiento viciado. Todos los autores convienen en que la incapacidad y los vicios del consentimiento son medios de anulación sancionados en provecho exclusivo del incapaz ó de la víctima de la violencia, del dolo ó del error. Puede decirse, por lo tanto, que la acción de nulidad constituye un verdadero privilegio. (2)

129. La falta de reglas precisas, que determinen la separación de las nulidades absolutas de las relativas, y que realicen la demarcación de los límites entre las nulidades relativas y las rescisiones, ha dado lugar á que se susciten, en la doctrina y jurisprudencia de otros países, toda clase de dudas y de vacilaciones, cuando se trata de establecer quién es el que tiene el derecho de entablar la acción de declaración de nulidad. Algunos, como Aubry y Rau, despreciando la distinción entre nulidades absolutas y relativas, por considerar imposible edificar con éxito una doctrina sobre bases tan poco sólidas,—tratan de averiguar si es posible la confirmación para saber quiénes tienen derecho á la acción. Esta opinión es errónea y exagerada por cuanto carece de principios fundamentales y de lógica jurídica, pero el hecho es que ella existe sostenida por autores de nota. Massé y Vergé entienden que la ley ha dejado á la inteligencia y prudencia del magistrado la decisión de cuándo se trata de una nulidad absoluta y cuándo de

(1) *Código Civil*, artículo 1536.

(2) Solón.—*Théorie de la nullité*, I, § 428.

una relativa. Demolombe, vacilando entre las varias teorías, acepta luego una en la que se nota la mayor promiscuidad de criterios y que constituye la prueba más evidente de las dificultades casi insuperables que en esta materia presenta el Código Napoleón. Y basta de opiniones, porque se podría seguir hasta el infinito. No habiendo dentro del Código Napoleón, ni dentro del italiano, una división precisa y clara entre las nulidades absolutas y las relativas, á cada paso se presenta esta cuestión: ¿La nulidad es absoluta?—¿La nulidad es relativa?—Si es absoluta, todo interesado puede provocar su proclamación; si es relativa, sólo el privilegiado puede provocarla.

Dentro de nuestra legislación no pueden tener cabida las chicanas, ni la diversidad de teorías que, con evidente perjuicio para la justicia y con indiscutible desprestigio para la ciencia jurídica, crean las legislaciones de algunos de los países más adelantados del mundo civilizado.

Nuestra ley ha simplificado considerablemente la teoría de las nulidades. Ha establecido en reglas casi perfectas,—máxime si se tienen en cuenta dificultades de la materia—una división nítida y precisa de las nulidades, y luego ha separado completamente las unas de las otras, estableciendo en diversas disposiciones las normas jurídicas que deben gobernarlas. Podrán presentarse algunos casos difíciles que hagan vacilar al intérprete, pero esos casos son los menos, mejor dicho, son muy pocos, y pueden ser resueltos con relativa facilidad si se tienen en cuenta las dificultades que ofrecen para resolverlos, las legislaciones de otros países.

130. Los herederos y cesionarios representan al causante: aquéllos, en todos los derechos y obligaciones que no se extinguen por la muerte, y éstos, en los derechos que les ha transmitido el cedente. Por lo tanto, tienen derecho de pedir la nulidad. Á pesar

de no existir una disposición terminante al respecto en el Código francés, y sólo respecto de los herederos en el italiano, no se han suscitado cuestiones sobre este punto, debido probablemente á la uniformidad de la doctrina. Nuestro Código ha querido ser explícito, y en su artículo 1536 dice que pueden alegar la nulidad relativa, los herederos y cesionarios.

131. Una excepción establece el Código á los principios anteriores, en el artículo 1537, donde dice que «si de parte del incapaz ha habido dolo, para inducir al acto ó contrato, ni él ni sus herederos ó cesionarios podrán alegar la nulidad».

Se ha dado como fundamento de esta disposición el que el beneficio de la anulación se concede en razón de una presunción legal de incapacidad, presunción que debe desaparecer cuando el incapaz se demuestra, no sólo apto para no dejarse engañar, sino también hábil para engañar á los demás. Una objeción se levanta inmediatamente contra este fundamento. ¿Por qué entonces no se decreta la capacidad de ese menor para sus actos subsiguientes? ¿No ha demostrado ya tener capacidad para ello?

Las objeciones no hacen imposible el complemento de la explicación. En realidad, el artículo está fundado en el principio romano *«la malicia suple la edad»*, pero la suple solamente en el acto realizado. El menor ha demostrado ser de superioridad intelectual con respecto á la persona á quien engañó, pero esto no quiere decir que no pueda ser engañado por otro contratante más hábil. La presunción legal desaparece con respecto al engañado, pero no con respecto á los demás.

132. «Con todo, agrega el artículo 1537, la aserción de mayor edad ó de no existir la causa de incapacidad, no inhabilitará al incapaz para obtener el pronunciamiento de nulidad». Este inciso está íntimamente ligado al anterior y puede decirse que es su consecuencia.

La ley entiende por declaración de mayoría ó de no existir incapacidad, una aserción hecha sin intención fraudulenta. Supone que ha sido impuesta al menor por el tercero que contrata con él, y que trata por ese medio de evitar la acción de nulidad. Bigot Préameneu se expresa sobre este tema: «Se ha querido proscribir un medio empleado para poner obstáculos á la anulación; cuando se pedía ésta, se oponía la declaración de mayoría hecha por los menores. La ley presume que esa declaración, cuya falsedad puede fácilmente ser verificada en los registros del Estado Civil, ha sido exigida por el acreedor para obtener una excepción contra la demanda de nulidad ó rescisión; y la ley no ha querido que semejante declaración pueda ser opuesta». (1)

133. c) 3.ª CONDICIÓN— *La acción debe entablarse antes de que haya sido ratificada la obligación, y dentro del plazo establecido para ello en nuestra ley, es decir, dentro de los cuatro años.*

Más adelante al tratar de los actos confirmatorios y de la prescripción de la acción de nulidad, tendremos oportunidad de extendernos sobre este elemento que por ahora nos limitamos á indicar.

(1) Conforme CANNADA, § 135, 136, 137.

CAPÍTULO IV

DE LOS EFECTOS DE LA DECLARACIÓN DE NULIDAD

SECCIÓN I

ENTRE LAS PARTES

SUMARIO:—134. El principio.—135. Efectos anteriores á la ejecución.—136. El artículo 1539.—137. Las reglas que rigen las restituciones—El derecho francés—Opiniones de Bufnoir y de Laurent.—138. Opiniones sobre el mismo tema de Planiol y de Baudry Lacantinerie—Nuestro Código: sus ventajas.—139. ¿Qué reglas deben regir las restituciones que deban hacerse mediando un contrato existente?—140. Continúa.—141. El artículo 1540 inciso 2.º.—142. La prueba de provecho obtenido por el incapaz corresponde á quien lo alega.—143. ¿Cuál es el momento para determinar si el incapaz ha sacado provecho?—Sistemas de Demolombe y de Pothier—El sistema transaccional de nuestro Código—Opinión de Lomónaco.—144. Restituciones de incapaz á incapaz.—145. El artículo 1539.—146. Fundamentos.

134. El principio que rige los efectos de la declaración de nulidad es la consecuencia lógica de la acción que motiva esa declaración. La obligación anulada se reputa no haber existido, y, por lo tanto, debe procurarse destruir todo lo que á la sombra del acto ó contrato vicioso haya podido edificarse. Todos los efectos de la anulación tienden á reponer las cosas en el estado en que se encontraban, antes de la formación del vínculo jurídico que se invalida. Este es un principio de carácter general destinado á tener aplicación no sólo en lo relativo á los efectos entre las partes, sino también en las cuestiones que puedan promoverse respecto de los terceros.

135. La declaración judicial de nulidad puede tener lugar antes de que el contrato haya producido sus efectos, y, por lo tanto, no mediando ejecución

ni siquiera parcial, los efectos de la sentencia serán puramente *pasivos*. Creará una excepción perentoria y dilatoria á la vez (cosa juzgada) contra toda tentativa de ejecución.

136. «La nulidad pronunciada por sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, da á las partes derecho para ser repuestas al mismo estado en que se hallarían sino hubiese existido el acto ó contrato nulo» (1). La anulación se establece para impedir que un contrato vicioso ante la ley, pueda ser invocado para obligar á la persona anormalmente vinculada á ejecutar las prestaciones que él le impone. La obligación anulada se reputa que nunca existió. Todo el mundo está de acuerdo en esto. Justo es, pues, que si se comprueban los vicios alegados tengan los contrayentes el derecho de ser repuestos, en cuanto humanamente sea posible, en sus derechos desconocidos ó por lo menos alterados. Siendo la anulación el remedio del mal, para que sea eficaz, es necesario darle efecto retroactivo.

Muchos autores (Giorgi, Mourlon, etc.) hacen notar la semejanza que existe entre esta consecuencia de la anulación y la de la condición resolutoria. Pero no hay que exagerar las semejanzas porque entre ambas existen también radicales diferencias: la anulación es efecto de la ley, y la condición resolutoria de la voluntad de las partes. (2)

137. Las partes tienen, pues, derecho para ser repuestas en el mismo estado en que se hallarían si no hubiera existido el acto ó contrato nulo. Sin embargo, queda por averiguar por qué medios y bajo el imperio de qué reglas debe procederse para llegar á ese fin.

Nuestro Código se ha preocupado de dictar normas

(1) *Código Civil*, artículo 1539.

(2) Véase *supra*, § 114.

al respecto, pero antes de examinarlas conviene dirigir una ojeada sobre la doctrina y la jurisprudencia de otros países.

En Francia no hay ningún texto legal que determine los efectos de la declaración de nulidad, lo que ha dado lugar á que los intérpretes hayan emitido soluciones encontradas. Todos están de acuerdo al sentar el principio general de que las cosas hay que colocarlas en la situación en que se encontrarían si el contrato no hubiera existido; pero en las aplicaciones del principio el silencio del Código Napoleón no deja de suscitar dificultades de no fácil solución.

El principio general de que las cosas deben restablecerse al estado en que se encontrarían si no hubiera existido el contrato, ¿se extiende á los frutos de las cosas y á los intereses de los capitales, y habrá, en consecuencia, que restituirlos? ¿Los hará suyos el poseedor de buena fe?

Algunos autores entienden que no debe vacilarse y que es forzoso extender el principio general de la restitución á los frutos de las cosas y á los intereses de los capitales. Se ha querido, dicen, buscar atenuaciones al principio, pretendiendo restringirlo, pero las tentativas tienen que resultar infructuosas, porque no se avienen con la letra de la ley. Así, uno de los más distinguidos civilistas del siglo XIX, G. Bufnoir, en sus lecciones en la Universidad de París, decía: «Por ejemplo, ha habido violencia practicada por un tercero en una venta á realizarse é ignorada por aquél que debía aprovechar. Este último, el acreedor, sufre la nulidad y debe restituir la cosa. Admitamos que sea un mueble: ¿deberá restituir igualmente los frutos? La negativa es á menudo admitida sin discusión por muchos autores. La fundan sobre el artículo 549 del Código Civil. El acreedor, en nuestra hipótesis, guardaría los frutos porque es de buena fe.—No creo que el artículo 549 baste para admitir esa solución, y he

aquí por qué: el artículo 549 es una excepción á un principio general, á saber, que los frutos deben pertenecer al propietario **de una** cosa y en el caso propuesto el **propietario**, en virtud del efecto retroactivo, **es** quien demanda el inmueble. Hay sin duda una excepción á la regla escrita en el artículo 549; ¿pero esta excepción es admitida para aquel caso? — **importa mucho precisarlo; es cuando se trata** de un tercero que intenta la reivindicación. El artículo 549 no rige las relaciones que se establecen entre dos personas que han contratado; supone el propietario que intenta la acción real. Tal es su dominio bien preciso. Ahora bien, las excepciones deben ser restringidas á los casos para los que han sido establecidas. La tradición demuestra igualmente que es la aplicación estricta del artículo 549. La consecuencia sería luego que no habría que hacer excepción al principio general de la atribución de los frutos al propietario en el caso de que se ejercite la acción de nulidad; porque no se trata de determinar las consecuencias de la posesión, sino las relaciones entre dos personas que han contratado.

«Por otra parte, hay otro texto que podría invocarse con mas autoridad, el artículo 1378⁽¹⁾; para el caso de pago indebido, este artículo obliga á quien ha recibido de *mala fe* lo indebido á restituir los frutos é intereses; *á contrario*, el poseedor de buena fe los guarda. Ahora bien ¿no se dice que el que está obligado á restituir en virtud de la anulación del contrato está en idéntica situación al que ha recibido lo indebido? Debe restituir porque ha recibido indebidamente. Este argumento puede parecer decisivo. Y, sin embargo, si así fuera esto nos entrañaría consecuencias inaceptables. Creo, por mi parte, que sería muy peligroso comprometerse en este orden de ideas, porque

(1) Código Civil Oriental, artículo 1290.

no es solamente desde el punto de vista de los frutos que el que ha recibido indebidamente es favorecido, si ha estado de buena fe. Es del mismo punto de vista del capital que se establecen en su provecho en semejante caso, atenuaciones á la obligación de restituir; testigo el artículo 1380, del cual resulta que, si se ha enajenado la cosa, no se debe más que el precio que se ha recibido en lugar de una completa y proporcionada indemnización. Toda esta serie de consecuencias debe ponernos en guardia contra la asimilación que se habría tentado hacer entre las dos hipótesis»

«Y, en efecto, cuando se reflexiona, se ve que la situación está lejos de ser la misma en ambos casos.... Creo, en consecuencia, que, por regla general, no hay que tener en cuenta la buena fe de aquel contra quien el contrato se anula. Los frutos siguen la suerte de la cosa; es el principio que queda intacto». (1)

Laurent se pronuncia en el mismo sentido, sosteniendo que la restitución de los frutos, según la regla de la posesión de buena ó de mala fe, no tienen nada que ver con la anulación de un contrato; sólo podrá aplicarse cuando el propietario reclama la cosa de un tercero poseedor. (2)

138. Á pesar de tan autorizadas opiniones, esta tesis está lejos de ser aceptada por la jurisprudencia francesa.

El ilustrado profesor Planiol sienta el principio contrario, sosteniendo que la posesión de buena ó de mala fe, debe ser tenida en cuenta al determinar los efectos de la anulación, pero lo sienta lacónicamente sin expresar las fundamentos.

Baudry Lacantinerie es más explícito, pues se ocupa de refutar los argumentos hechos por Bufnoir, Huc,

(1) BUFNOIR. — *Obra citada*, pág. 698, 699 y 700.

(2) LAURENT. — *Obra citada*, XIX, § 64; HUC, IV, § 122.

Laurent, etc.: «Cuando la anulación ó la rescisión se efectúa contra un contrato traslativo de propiedad, se presenta la cuestión de saber, si el demandado, suponiéndolo de buena fe, puede, en virtud de los artículos 549 y 550, conservar los frutos por él percibidos desde la entrega de la cosa hasta la demanda. La afirmativa nos parece fundada. Se hace una objeción: La hipótesis de que se trata no es la prevista por los artículos citados. Ellos preven el caso en que el propietario ejerce una acción de reivindicación contra un tercer poseedor. Ahora bien: en nuestra hipótesis es una acción de nulidad ó de rescisión que se ejerce y el juicio á que da lugar esa acción tiene por efecto extinguir retroactivamente la posesión. El demandado no podría, por lo tanto, conservar los frutos en calidad de poseedor de buena fe. En nuestra opinión esta objeción no tiene razón de ser. La acción de nulidad ó de rescisión, cuando sirve para atacar un contrato traslativo de propiedad, tiene por corolario esencial la acción de reivindicación.... En cuanto al efecto retroactivo es una ficción. No puede tener influencia sobre la posesión considerada como hecho, y, por consecuencia, no puede impedir que desde la entrega de la cosa hasta la demanda, el contrato haya servido de sostén á la buena fe del adquiriente». (1)

Las consideraciones que preceden, constituyen la defensa más legítima que puede hacerse del principio de la no restitución de los frutos é intereses, en los casos en que haya mediado una posesión de buena fe.

Nuestro Código, siguiendo probablemente las indicaciones de Demolombe, estableció en su artículo 1540 que «en las restituciones mutuas que hayan de hacerse los contratantes en virtud de la sentencia, cada cual es responsable de la pérdida de las especies ó de su dete-

(1) BAUDRY LACANTINERIE-BARDE. — *Des Obligations*, III, parte I, § 1969.

rioro, de los intereses y frutos, y del abono de las mejoras necesarias, útiles ó voluptuarias, tomándose en consideración los casos fortuitos y la posesión de buena ó mala fe de las partes, según las reglas generales», lo que significa terminar con las dudas que pueden suscitarse en presencia de los preceptos poco precisos del Código Napoleón. Tiene nuestra disposición, además de las razones que da Baudriy en defensa de la aplicabilidad de las reglas de la posesión de buena ó mala fe en la restituciones por causa de nulidad, la ventaja de que tiende á cimentar la uniformidad del criterio de la ley, sometiendo todas sus disposiciones al principio que ha fijado como norma de carácter general.

Es indiscutible que encierra grandes ventajas la disposición de nuestro Código, pues evita una infinidad de cuestiones, estableciendo que todo lo relativo á pérdida ó deterioro de la cosa, ó á sus frutos ó intereses, ó á las mejoras de cualquier clase que se hayan realizado, ó á la posesión de buena ó mala fe se resolverán por las reglas generales.

139. Dada la claridad de nuestra disposición podrán parecer inútiles las transcripciones que hemos hecho de varios reputados autores. Al hacerlo hemos tenido en cuenta una dificultad que podría suscitarse. El artículo del Código Civil arriba citado, dice que esas reglas generales se aplicarán, en los restituciones que hayan de hacerse las contratantes en *virtud de la sentencia*, de modo que su alcance parece limitado á las nulidades relativas, que son las que emanan de la declaración judicial.

¿Qué reglas deben regir las restituciones que deban de hacerse en el caso de un contrato inexistente? He aquí, planteada, aunque en distinto terreno, la cuestión que discuten los tratadistas franceses.

El Código Civil se ocupa en este capítulo de la anulación como modo de extinguir las obligaciones, y no

se extingue lo que no existe. Excepcionalmente, se ocupa de las nulidades absolutas, pero su objeto está determinado por el artículo 1533 que dice: «Los contratos y obligaciones consiguientes que adolecen del vicio de una *nulidad relativa se extinguen por la declaración JUDICIAL de esa nulidad*». De modo que, al decir luego, en el artículo 1540, *en virtud de la sentencia, se ha referido á las nulidades relativas, pues las absolutas no se extinguen en virtud de ninguna sentencia según la ley*; y no se extinguen tampoco, porque no existen.

Sin embargo, bajo ese estado anormal creado por un contrato inexistente, bajo ese fantasma ó esa ilusión, pueden las partes ejecutar una pretendida obligación viciada de nulidad absoluta ó comenzar simplemente su ejecución. Desde que se trata de la nada, habrá que destruir todos sus efectos, pero es necesario un criterio á que ajustar las restituciones que deben hacerse. ¿Se debe adoptar el mismo criterio establecido para las nulidades relativas? — Opinamos que sí. A pesar de que el artículo 1540 se refiere, como todos los demás del capítulo con excepción del 1534 y 1535, á las nulidades relativas, creemos que sus disposiciones deben extenderse á las nulidades absolutas.

Desde luego, puede hacerse un argumento por analogía, lo que es perfectamente correcto en este caso, porque no se trata de razonar por analogía suponiendo que lo que es verdad de una nulidad relativa, lo es también de una nulidad absoluta, lo que implicaría un paralogismo, — sino que se trata de razonar aplicando los principios que rigen las nulidades relativas *declaradas* á las nulidades absolutas. Ahora bien, entre una nulidad relativa *declarada* y una nulidad absoluta habrá diferencias de *origen*, pero no de *naturaleza*.

La declaración de la nulidad relativa hace retrotraer sus efectos hasta el día del nacimiento del acto ó

contrato, el que se supone que nunca existió. El germen morbosos de la anulabilidad se desarrolla extinguiendo por completo, lo que en un momento se tuvo esperanza de hacer vivir. Siempre existe una diferencia de origen entre una nulidad relativa declarada y una absoluta, pero, forzosamente es reconocer que las analogías tienen la virtud de hacer imperceptibles las diferencias. Ni una ni otra necesitan ya acción para producir sus efectos; ni una ni otra son confirmables; tampoco les es aplicable la prescripción de cuatro años á ninguna de las dos; puede alegarlas cualquier interesado.

¿Cuáles son las diferencias? Son diferencias puramente de *origen* que no justificaría que se cambiaran las reglas que deben regir las restituciones en las nulidades absolutas.

140. Pero en esas diferencias de *origen*, se dirá, está precisamente lo importante. Las nulidades absolutas no pueden producir ningún efecto, y si se aplican las mismas reglas de las nulidades relativas lo producirán respecto de los frutos y de los intereses. — Contestamos. — No es cierto. El contrato ó acto absolutamente nulo no produce ningún efecto, absolutamente ninguno. Los efectos los produce un HECHO, LA POSESIÓN, cuyo origen no nos importa averiguar, sino para saber si es de buena ó de mala fe. Es ese *hecho*, y no el contrato inexistente el que produce consecuencias jurídicas.

Por otra parte, como dice Baudry Lacantinerie, al provocar yo, la proclamación de una nulidad absoluta, lo haré entablando la acción reivindicatoria correspondiente. ¿Cómo prescindir de las reglas que la rigen? Y entre esas reglas, está precisamente las de percepción y restitución de frutos en los casos de posesión de buena ó de mala fe.

141. Dice el artículo 1540 inciso 2.º: «Con todo, si la declaración de nulidad recae sobre un contrato celebrado con una persona incapaz, sin los

requisitos legales, el que contrató con ella no puede pedir que se le restituya ó reembolse lo que pagó en virtud del contrato, sino en cuanto probase haberse hecho más rica la persona incapaz. Se entenderá haberse hecho ésta más rica, en cuanto las cosas pagadas ó las adquiridas por medio de ellas le hubieren sido necesarias, y faltando esta circunstancia en cuanto las cosas subsistan y se quiera retenerlas». Bigot Préameneu justifica esta disposición diciendo que sería vano que á los menores, á los interdictos y á las mujeres casadas, se les concediese la acción de nulidad de los compromisos contraídos, si el reembolso de lo que á consecuencia de esos compromisos, hubiese sido pagado á los incapaces, pudiera ser exigido. Las razones de Bigot Préameneu son decisivas. La ley se propone protegerlos é impedir que sean lesionados. Ahora bien: serían lesionados si debieran reembolsar lo que han recibido y que, á consecuencia de su incapacidad, han disipado. Para evitar la injusticia que esto entrañaría, no deben ser obligados sino al reembolso de aquello de que real y positivamente se han aprovechado. Si la justicia exige que no se les obligue á reembolsar lo que han recibido y malgastado, esa misma justicia exige también que devuelvan aquello de que han sacado provecho, porque nadie debe enriquecerse á expensas de otro.

142. La prueba del provecho realizado por el incapaz corresponde á la parte que con él contrató. La ley supone que lo que el menor recibió fué malgastado, pues no lo considera apto para el buen manejo de sus negocios. Es una presunción legal que admite prueba en contrario, y tal prueba debe producirse por quien pretende ir contra aquélla.

143. Cuál es el momento—se preguntan los autores—para determinar si el incapaz ha sacado provecho: el de la celebración del contrato y del empleo que hace el incapaz de lo que recibe en virtud de él, ó el

momento en que la acción debe ser intentada, es decir, el de la demanda? Las soluciones completamente opuestas, se presentan sostenidas por notables autores. Demolombe sólo tiene en cuenta el momento de la celebración del contrato sin preocuparse de los acontecimientos posteriores que hayan mermado ó destruido el beneficio. Pothier, por el contrario, sostiene que el que contrató con el incapaz debe probar que éste se enriqueció con el contrato, y que el provecho subsiste aún en el momento de la demanda.

La doctrina de Demolombe no nos parece acertada. Tiene indudablemente en contra la tradición, y cuando en materia de derecho se trata de innovar, es necesario hacerlo teniendo sólidos y positivos fundamentos. No nos parece que Demolombe los tenga en su favor. Admitir su tesis sería privar al menor de las garantías que le acuerda la ley al prohibirle contraer deudas. Si la ley permitiera al que contrató un préstamo, por ejemplo, recobrar del menor, lo que en virtud del contrato le entregó, resultaría que el menor se habría obligado, contrayendo una deuda.

La doctrina de Pothier puede conducir también á graves injusticias, como en el caso en que se ha entregado al menor algo que le era imprescindible, que necesitaba urgentemente, que se consumió por el uso y que no existe, en consecuencia, en su patrimonio en el momento de entablar la demanda. Por esto, no se desvanece el provecho obtenido. Sostener lo contrario, sería contraproducente, y colocaría al menor en una situación desventajosísima en los momentos críticos, pues nadie querría entenderse con él. La ley no ha podido sostener semejante cosa, y por eso nos parece justa y equitativa la disposición de nuestro Código, que manifiesta cuándo es que se considera al menor como enriquecido, aprovechando lo que hay de verdad en las opiniones de los autores citados y rechazando lo que en ellos existe de exclusivo y ra-

dical. «Se entenderá, dice nuestro Código, haberse hecho el menor más rico cuando las cosas pagadas ó las adquiridas por medio de ellos, le *hubieran sido necesarias*, y faltando esta circunstancia en cuanto las cosas *subsistan* y se quiera retenerlas». Es la doctrina de Pothier atemperada.

Subsiste la útil versión, dice Lomónaco, cuando se justifique que el dinero suministrado, fué empleado para satisfacer una deuda, ó para proveer urgentes necesidades de la persona contra la cual se exige la restitución. A este respecto hacía notar el Supremo Colegio de Nápoles: Para probar la versión útil no es necesario justificar siempre que el dinero pagado por el deudor se haya empleado por el acreedor en negocios fructíferos, adquisición de rentas, de inmuebles ó de muebles, porque lo útil se obtiene no sólo con la colocación proficua de los capitales, sino también en la satisfacción de las deudas ó de las necesidades urgentes, para las cuales se habría debido ciertamente gastarse una suma, ó proporcionársela construyendo obligaciones. Cuando como en este caso se ha probado que en el momento en que se haga un débito al menor emancipado, éste se encuentra en la imperiosa necesidad de proveer á los gastos de un matrimonio que no admite dilación por motivos de honor, que se verifica pocos días después del pago, no hay quien no vea demostrada la urgente necesidad, y surge límpida la justificación de la versión útil. (1)

144. Las restituciones deben hacerse aún cuando se trate de relaciones de incapaz á incapaz, aplicando siempre las reglas anteriores. (2)

145. Todos los artículos que nos ocupan se refieren á las nulidades relativas. No puede suponerse que

(1) LOMÓNACO. — *Delle obbligazioni*, II, § 185, lám. Nápoles, 1.º de Junio de 1886.

(2) BAUDRY LACANTINERIE. — *Obligations*, III, 1.ª parte, § 1976.

el Código se ocupe de las nulidades absolutas, que son la nada, cuando trata de los modos de extinguir las obligaciones. Una disposición legal ha dado lugar á dudas. Es la referente á la imposibilidad que hay para la ley en que la autoridad judicial entre á colocar las cosas en su primitivo estado en los casos de nulidad por lo ilícito del objeto ó de la causa (1). Es indudable que siendo estas nulidades, para la ley, absolutas, no es el artículo 1539 el lugar más apropiado para ocuparse de ellas, que bien merecían por lo menos, un artículo separado á continuación del 1535, es decir, á continuación de los que se ocupan de las nulidades absolutas. La disposición que nos ocupa en donde está colocada, es un injerto de nulidad absoluta dentro de las disposiciones de las nulidades relativas.

146. Dejando de lado la cuestión de forma, y pasando á la de fondo, cabe preguntar, si es lógica la disposición de la referencia, si ella no implica una flagrante violación de los principios establecidos por el legislador, de que las nulidades absolutas siendo la nada, no pueden producir efectos. No hay que olvidar que se trata de una nulidad especialísima, de causa y objeto ilícitos, y si la ley ha negado la acción para el cumplimiento de un contrato que adolezca de estos vicios ha sido teniendo presente razones de moral y de orden público, que no permiten que para ejecutar un contrato se altere la tranquilidad general y se ofenda á las buenas costumbres, causando un escándalo más peligroso para la sociedad que la ineficacia de una obligación. Pues bien, para demostrar que lo que se ha entregado se ha hecho en virtud de un contrato que tiene esos vicios, sería necesario entrar á probar éstos, y es lógico que si la ley quiso prohibir el escándalo en el primer caso, también lo quisiera impedir y lo impida en el segundo.

(1) *Código Civil*, artículo 1539.

SECCIÓN II

RESPECTO DE TERCEROS

SUMARIO:—147. Los derechos de terceros.—148. Doctrina de Marcadé—La nulidad cuya causa original es el dolo no puede hacerse valer contra terceros.—149. Crítica.—150. La acción de nulidad no puede establecerse directamente contra los terceros.—151. Aplicación de las reglas sobre posesión de buena y de mala fe.—152. Conclusión.

147. *Terceros* son, en lo que con nuestra materia se relaciona, todas aquellas personas que han adquirido, de las partes contratantes, un derecho sujeto á las restituciones que produce la declaración de nulidad, ó en otros términos, todos aquellos, cuyos derechos derivan por transmisión á título particular del acto ó contrato impugnado. ⁽¹⁾

El principio que rige los efectos de la declaración de nulidad, en virtud del cual el acto anulado se reputa que nunca ha existido, obliga á dictar reglas que determinen, precisándola, la situación en que deben ser colocados los terceros.

Plantear la cuestión equivale á resolverla. Un tercero ha contratado, adquiriendo de una de las partes derechos sujetos á una acción de nulidad. Promovida la acción, la nulidad es declarada. ¿En qué situación queda ese tercero y los demás que hayan contratado en las mismas condiciones? ¿Tiene efectos contra ellos la declaración de nulidad? Hay un principio de derecho que resuelve definitivamente la cuestión: nadie puede dar más de lo que tiene. Ese tercero ó esos terceros no han podido adquirir de una de las partes contratantes otra cosa que lo que esa parte

(1) BAUDRY LACANTINERIE.—*Obligations*, III, 1.^a parte, § 1981.

BURNOIR.—*Propriété et contrat*, página 701.

poseía. ¿Qué poseía? Un derecho viciado por un germen capaz de producir la nulidad. Pues bien: fué ese derecho viciado, morbosó, lo que adquirieron los terceros. Nada más natural, en consecuencia, que el que se vean sometidos á los efectos de la nulidad que se declara. *Resoluto jure dantis, resolvitur jus accipientis*. Es una consecuencia lógica del principio que rige los efectos de la anulación: el acto anulado se reputa no haber existido nunca; luego, se reputa que las partes contratantes nunca tuvieron ningún derecho; y, si ningún derecho tenían, ningún derecho han podido transferir ni conceder. El artículo 1539, inciso 2.º del Código Civil, no hace, pues, otra cosa que desarrollar lo que virtualmente ya estaba comprendido en el conjunto de las demás disposiciones.

148. Según Marcadé, la nulidad, en el caso de que su causa original sea el dolo, no puede oponerse á los terceros que han adquirido de buena fe derechos de la parte contra quien se dirige la acción de anulación. El dolo, por sí mismo, no tiene, para Marcadé, la virtud de viciar el consentimiento ni de anularlo. En ciertos casos será la causa determinante de un *error—obstáculo* ó de un *error—nulidad*; pero, entonces, la ausencia de consentimiento ó su vicio es debida al error única y exclusivamente, y no al dolo.

«Es evidente, en primer término, que las maniobras fraudulentas de que puedo ser objeto no afectan, por sí mismas, en nada mi consentimiento; en efecto, si á pesar de todas las maniobras empleadas para equivocarme ésto no hubiera ocurrido, no podría quejarme. No es, luego, precisamente el dolo sino el error resultante del dolo lo que es preciso considerar aquí. Ahora bien, de estas tres cosas una: ó bien el error producido será por naturaleza bastante para destruir el consentimiento, y entonces no habrá contrato; ó bien será de naturaleza suficiente para viciar el consentimiento y hacer anular el contrato formado,

y entonces ese caso será el del artículo 1110 (el del error) y no el del 1116 (el del dolo); ó bien, en fin, el error no recaerá más que sobre circunstancias indiferentes á la validez de la convención (por ejemplo, sobre las cualidades simplemente accidentales de la cosa) y es éste el único caso para el cual nuestro artículo puede ser hecho. En consecuencia, las reglas especiales al dolo no han sido hechas más que para el caso en que el consentimiento no es ni destruído ni suficientemente viciado, y en que el contrato se encuentra, desde luego, en principio, plenamente válido.

«Pero si el error proveniente del dolo (y que no es bastante grave para caer bajo la aplicación del artículo 1110, del error) no da lugar á una convención viciosa, no es menos verdadero que ella causa un trastorno á la parte equivocada, puesto que se supone que, sin ese error, la parte no hubiera querido formalizar el contrato. Ahora bien, toda persona que causa un daño por su falta está obligada á repararlo, y la persona que con un dolo me ha conducido á contratar, me debe los daños y perjuicios, es decir, una reparación proporcionada al trastorno que me ha causado.»

.
...«Esta diferencia entre el dolo y el error ó la violencia entraña una consecuencia importante en los contratos traslativos de propiedad de bienes inmuebles. En efecto, quien no obtiene un inmueble sino por un contrato viciado por violencia ó error, no teniendo más que una propiedad revocable absolutamente, no puede transmitir más que derechos afectados del mismo vicio; de manera que los adquirientes estarán sometidos á la acción de nulidad á que estaba sometido el mismo. En el caso de dolo, al contrario, el autor del dolo convirtiéndose en pleno propietario del inmueble, y no estando obligado á restituirlo,

más que por efecto de su *obligación personal*, de reparar el trastorno que ha causado, es claro que sus adquirentes, los cuales, entiéndase bien, no le suceden en sus obligaciones personales, no deberán esa restitución y no estarán sometidos á la acción de nulidad». (1)

149. La doctrina de Marcadé, á pesar del respeto que bajo todos conceptos nos merece su autorizada opinión, no la creemos fundada. El artículo 1243 es bien terminante, y declara vicioso el consentimiento en tres casos: los de violencia, los de error y los de dolo. Pero, claro está que si el dolo no ha sido la causa determinante del contrato, no ha podido darse el consentimiento en su virtud, y por lo tanto, *no hay consentimiento viciado y no hay nulidad, ni entre las partes, ni respecto de terceros*, en virtud de la disposición que dice que «*para que el dolo pueda ser un medio de nulidad es preciso que haya dado causa al contrato*». Si no le ha dado, no hay efecto de nulidad, ni entre las partes, ni respecto de terceros, porque no hay motivos que autoricen la acción de nulidad; pero si el dolo hubiera dado causa al contrato, *habría motivos de nulidad* y su declaración produciría efectos lo mismo respecto de las partes contratantes que respecto de terceros.

La ley coloca en la misma condición los tres vicios del consentimiento, y *todos ellos son capaces de motivar una declaración de nulidad capaz de producir efectos contra terceros*. La ley no distingue, y nadie tiene el derecho de distinguir. Y, no se alegue que el dolo es preciso que haya dado *causa* al contrato para producir nulidad, porque en la misma condición están la violencia y el error; si estos últimos factores no han impedido un consentimiento libre, lo que es difícil pero no imposible, no habrán dado *causa* al contrato, y, en consecuencia, no procederá la acción de nulidad.

(1) MARCADÉ.—Ob. citada, IV, § 418 y 419.

La doctrina de Marcadé no es nueva. Ya había sido defendida en el derecho romano por la casi totalidad de los jurisconsultos de aquella época. Pero los textos de la ley romana no son los nuestros. Por eso la doctrina de Marcadé no ha prosperado y se encuentra aislada. ⁽¹⁾

150. El beneficiado por la acción de nulidad no puede entablarla directamente contra el tercero. No tiene acción real de ninguna especie, mientras no se declare la nulidad; en tanto sólo tiene acción personal. Su derecho nace de la acción de nulidad y la acción de nulidad nace de un contrato en que el tercero no ha intervenido. El demandante, por lo tanto, antes de entablar la acción reivindicatoria contra el tercero, debe obtener una declaración judicial de nulidad que le conceda el derecho de perseguir á los terceros poseedores. ⁽²⁾

Para que la sentencia que se dicte declarando la nulidad, tenga efectos contra los terceros y los oblique á las restituciones, es necesario citarlos para que salgan al pleito y para obtener contra ellos una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada. ⁽³⁾

151. Podría parecer que las reglas relativas á la posesión de buena ó mala fe, en cuanto á la percepción de los frutos é intereses, no tienen aplicación respecto de los terceros, pues el artículo 1540 dice que regirán esas reglas en las *restituciones mutuas que hayan de hacerse los contratantes*. A pesar de los términos del precepto legal, opinamos que esas reglas son extensivas á los terceros contra los cuales habrá que dirigir acción reivindicatoria, y en esta acción debe tenerse en cuenta al efectuar las restituciones, la posesión de buena ó de mala fe.

En cuanto á los riesgos, aumentos ó deterioros habrá que estar igualmente á las reglas generales.

(1) LAURENT, XIX, § 76; BUFNOIR, Ob. cit., pág. 701.

(2) *Código Civil*, artículo 1539.

(3) DURANTON, XII, § 566; LAURENT, 19, § 73.

152. La acción de anulación no puede ser dirigida contra los terceros por la misma parte que transmitió á éstos sus derechos, porque tal transmisión implica confirmación ó intención de renunciar á la acción de nulidad.

Pero puede presentarse el caso en que una de las partes haya cedido ciertos derechos á un tercero ignorando el vicio que invalidaba el contrato. En tal caso el tercero gozará de todos los privilegios del poseedor de buena fe.

CAPÍTULO V

DE LA CONFIRMACIÓN

SECCIÓN I

CONCEPTO Y NATURALEZA

SUMARIO:—153. Definición de la confirmación ó ratificación Su naturaleza.—154. Origen histórico.—155. Diferencia de la confirmación y de la novación.—156. Diferencia de la confirmación y de la transacción.—157. Diferencia de la renuncia y de la confirmación.—158. Diferencia del reconocimiento y de la confirmación.—159. Diferencia entre la confirmación y la ratificación—Opinión de Laurent.—160. Crítica.—161. Discusión general—Opinión de Solón.—162. Continúa.—163. ¿La confirmación es un acto unilateral?—164. Continúa—Solución.

153. Es uno de los caracteres distintivos de las nulidades relativas, dentro de la doctrina generalmente admitida, el que éstas son susceptibles de confirmación ó ratificación, á diferencia de las absolutas, que, siendo la nada no pueden servir de fundamento á ningún acto jurídico de valor. «La confirmación es el acto por el cual se borran ó se remedian los vicios existentes en una obligación, de modo de hacerla inatacable en adelante por vía de rescisión ó nulidad.» (1)

Si el acto llamado confirmatorio tuviera por objeto dar al primer acto un efecto más ó menos extenso ó diferente del que estaba destinado á producir, si no hubiese adolecido del vicio de nulidad, no sería, en realidad, un acto confirmatorio sino un contrato nuevo.

«La fuente del derecho de las partes está única-

(1) LAROMBIÈRE. — VI, pág. 303.

mente en el primer acto, pero es por el acto confirmatorio que ese acto se hace irrevocable; el primero lo hace nacer; el segundo le da la fuerza y la acción. De aquí resulta que el acto ratificado y el acto de ratificación, son dos actos correlativos, dos hechos ligados el uno al otro y que por su conjunción forman el título. No es posible separarlos; porque sin el primero, el segundo no tiene objeto y no puede concebirse; y sin el segundo, el primero carece de fuerza.

154. El origen histórico de la confirmación tenemos que buscarlo en el procedimiento romano. Cuando se seguía un juicio por medio de procurador, era indispensable la aprobación del poderdante á lo hecho por el procurador. Sin esa aprobación la contraparte no tenía acción contra él; tenía solamente acción contra la fianza que obligatoriamente debía constituir quien asumía la defensa de otro, para el caso en que éste no reconociese lo hecho en su nombre, pero nunca se daba acción directa contra el poderdante porque con éste no existía vínculo alguno de derecho. De aquí la necesidad de la confirmación para que se pudiera ir contra él. Del procedimiento pasa la institución al derecho civil dando nacimiento al mandato, y luego se extiende como medio de sanear la nulidad de los actos jurídicos, independizándose y creando una institución de derecho completamente nueva.

155. *Confirmatio nihil dat novi*. Luego, confirmación y novación son dos cosas distintas. «La novación, según el artículo 1499 del Código Civil, es la sustitución de una nueva obligación, á la antigua que queda extinguida». Hay, pues, una sustitución que no la hay en la confirmación. En ésta no sólo no se sustituye y extingue la antigua obligación, sino que se le da la vida y el sustento necesarios para combatir y extinguir los vicios de que padece. Que haya entre ambas cierta analogía, como dice Laurent, no significa que se confundan haciendo imposible su separación.

156. La confirmación difiere de la transacción, en que ésta tiene por objeto poner fin á un proceso ó prevenirlo, y supone de parte de las partes un abandono recíproco de derechos ó de pretensiones, mientras que la confirmación tiene únicamente por objeto dar fuerza á una convención anterior, y emana de una sola de las partes que renuncia á su derecho de intentar la acción de nulidad, sin estipular nada en su provecho, pues si algo estipulase en este sentido, se trataría de un nuevo contrato, y no de la ratificación del anterior. (1)

157. La persona que confirma una obligación renuncia al derecho que la ley le acuerda de pedir la declaración de nulidad. La confirmación disipa el vicio, y el derecho de pedir la anulación, desaparece. Como dice Laurent, «la esencia de la confirmación la constituye la renuncia al derecho de exigir la nulidad». Pero esto no quiere decir que toda renuncia sea una confirmación. Como dice Zachærie, todo acto ratificado supone una renuncia, pero no toda renuncia constituye ratificación.

158. Según Larombière, la confirmación difiere del reconocimiento en que este último no importa ó no supone el deseo de reparar los defectos que hacen anulable el acto reconocido. Yo puedo reconocer un acto que ejecuté siendo menor de edad, y no confirmarlo. El reconocimiento, concierne, dice Laurent, exclusivamente á la prueba de la obligación, mientras que la confirmación se refiere á actos que pueden ser probados por instrumento público y que no por eso dejan de ser nulos. (2)

159. Laurent, critica que el Código Napoleón y los autores empleen la palabra *ratificación* como sinónimo de *confirmación*, porque la palabra *ratifica-*

(1) DALLOZ, artículo 4469; LACHANCE y MASSÉ ET VERGÉ, II, pág. 483.

(2) LAURENT, XVIII, § 561; AUBRY y RAU, IV, pág. 261.

ción tiene sentido propio. Ratificamos, dice Laurent, aquello que un tercero, sin mandato, ha hecho en nombre nuestro, ó lo que un mandatario hace más allá de los límites de su mandato (1). Esta ratificación del artículo 2050 no tiene nada de común en la opinión de Laurent, con la confirmación de un acto nulo. «La ratificación, dice Laurent, es un mandato dado después que el hecho se ha cumplido; es un consentimiento que interviene después de la consumación del acto, mientras que regularmente interviene tal consentimiento antes de que el acto haya ocurrido. El acto nulo, por el contrario, es un acto consentido por las partes interesadas; hay una convención, pero está viciada, sea porque el consentimiento está viciado, sea por cualquier otra causa. La confirmación tiene por objeto reparar el vicio, por renuncia á la acción de nulidad; mientras que la ratificación no contiene ninguna renuncia, es un consentimiento dado por aquel que no había consentido.»

¿Por qué los autores del Código se sirven de dos expresiones que indican ideas tan diferentes, para espresar la idea de confirmación? Las dos expresiones se encuentran á veces juntas en el Código francés, dice Laurent. «El acto de confirmación ó ratificación» (art. 1338). Esta redundancia que no está en los hábitos del legislador, debe tener, según el autor nombrado, alguna explicación, y esa explicación la da la exposición de motivos. En el antiguo derecho se distinguían la confirmación y la ratificación cuando se trataba de actos nulos que se querían aprobar. Esta distinción ha parecido inútil, dice el orador de gobierno. En efecto, es lo mismo que digan las partes que confirman ó que ratifican. Pero á pesar de todo, para Laurent los términos son confusos; él no se explica cómo dos cosas tan distintas como la aprobación de

(1) *Código Civil*, 2050.

un hecho de un tercero y la renuncia á pedir la anulación de uno propio, se han de designar con los mismos términos, pudiendo emplear uno de ellos, ratificación, para el primer caso, y el otro, confirmación, para el segundo. Pero cabe preguntar ¿Qué diferencia hay entre confirmación y ratificación? El que aprueba lo hecho por el mandatario fuera de los límites de su mandato, ó el que aprueba lo hecho por un tercero sin su autorización, *confirma*; en el primer caso confirma las extralimitaciones del mandatario y da valor por tal confirmación á lo hecho por éste; y en el segundo caso el que aprueba lo hecho por un tercero, sin su consentimiento, confirma lo hecho por el tercero. No vemos por qué se ha de excluir de este caso la palabra confirmación, cuando se trata de verdaderas confirmaciones. Se dirá, que la ley emplea la palabra ratificación. Perfectamente; pero eso no impide que haya otra palabra en el lenguaje que le sea perfectamente aplicable.

160. En las fuentes del derecho romano ratificar y confirmar son exactamente lo mismo. Y esto era lo exacto y lo acertado.

No aceptamos la opinión de Laurent aunque sea profesada por numerosísimos y autorizados escritores. (1)

«Si las necesidades de distinguir la ratificación de la confirmación se reducen á que la confirmación se refiere á un acto ejecutado por nosotros y la ratificación á un acto concluído por otro en nuestro interés, corresponde repetir en el derecho moderno, lo mismo que Polignani dice en el derecho romano de la opinión de Windscheind: «las notas características que se ven en la una se encuentran exactamente en la

(1) WINDSCHEIND, I, § 186; ZACHARIE, § 339; AUBRY Y RAU, IV, 297-337; TROPLONG, *Des hypothèques*, 496, y *du mandat*, § 600; MOURLON, II, 836; MARCADÉ, artículo 1338; DURANTON, VII, § 6; BIAPONI, IV, 401; PACIFICI-MAZZONI, § 138.

otra. No se deben hacer distinciones donde esencialmente no existen.» (1)

161. El empeño de los autores franceses en distinguir la confirmación del artículo 1338 (1544 nuestro) de la del 1998 (2050 nuestro) es algo que no nos explicamos. Una de dos. O se quiere decir que la primera no es ratificación sino confirmación, y eso es absurdo, porque confirmación y ratificación son la misma cosa; ó se quiere decir que son cosas distintas la ratificación de que habla el primer artículo y la ratificación de que habla el segundo, y entonces es pura y simplemente una perogrullada, pues nadie puede pretender establecer similitud entre dos casos en que hay por medio esta importante diferencia: en el uno hay un vínculo de derecho, viciado sí, pero lo hay; en el otro no existe ninguna relación jurídica.

Estas ideas las encontramos claramente expresadas en la obra clásica de Solón, y nos extraña que los autores hayan podido hacer una cuestión de fondo de lo que es exclusivamente una cuestión de palabras.

«La ratificación en general, dice Solón, puede ser definida como el consentimiento que nosotros damos para aprobar lo que otra persona ha hecho en nombre nuestro, sin orden y sin mandato de nuestra parte, ó para confirmar lo que nosotros mismos hemos hecho ó que ha sido hecho por quien nos representa y que, en razón de alguna defectuosidad en la forma ó de algún vicio de fondo, se encuentra en el caso de ser anulado ó rescindido.

«Lo que hace que en derecho se reconozcan dos especies de ratificación.

«La primera, ó sea aquella por la cual nosotros aprobamos lo que un tercero ha hecho en nuestro nombre, sin nuestra orden y sin nuestro mandato.

(1) CANNADA BARTOLI, § 10; conforme GIORGI, VIII.

«La segunda, ó sea aquella por la cual nosotros renunciarnos á prevalernos de las imperfecciones de las convenciones consentidas por nosotros ó por aquellos que nos representan.

«La primera de estas dos ratificaciones se rige por las disposiciones del Extracto 13, libro 3.º del Código Civil, artículos 1998 y siguientes (2050, Mandato nuestro). Está sometida á reglas que no tienen ninguna relación con las que rigen la ratificación de los actos nulos. (Corte de Casación, 26 de Diciembre de 1815, Sirey). No entra en nuestra misión examinar sus condiciones y su carácter.

«No debemos ocuparnos aquí más que de la segunda especie de ratificación, es decir, de la que tiene por objeto remediar los vicios de las convenciones y la irregularidad de los actos en su forma.»

He aquí que nada menos que Solón habla de dos especies de ratificación y emplea los términos ratificación y confirmación, como sinónimos.

162. La sinonimia de los términos no quiere decir que las dos cosas sean idénticas. Son diferentes y se rigen por distintas reglas, pero ambos son indiferentemente confirmaciones ó ratificaciones.

163. ¿La confirmación es un acto unilateral para la validez del cual basta el consentimiento de la parte que renuncia, ó es menester que concurre el consentimiento de todas las partes contratantes? Es indudable, como dice Laurent, que el consentimiento de la parte que tiene derecho á la acción de nulidad basta, desde que la ejecución voluntaria de la obligación implica confirmación tácita y es obra de una sola de las partes (artículo 1544, inciso 3.º). Si la confirmación fuera un contrato nuevo sería necesario el consentimiento de las dos partes, pero como es simplemente la *vivificación* del contrato antiguo, es inútil que consientan la parte ó partes que no tenían derecho á entablar la acción de nulidad. Respecto de

ellas el contrato era proyecto; habían consentido, y no tenía ningún vicio. Su consentimiento está dado y subsiste; lo único que falta es el consentimiento de la parte que tiene en su favor la acción de nulidad. Ella es la única que debe ratificar para subsanar el contrato.

164. Se ha objetado que en la remisión de la deuda, que es también una renuncia, el consentimiento del acreedor no basta, pues es necesario también el consentimiento del deudor. La respuesta es fácil. La remisión es un modo de extinguir las obligaciones, y para disolverlas como para crearlas, es necesario el consentimiento de las dos partes. Si el acreedor tiene el derecho de hacer una donación no exigiendo lo que se le debe, el deudor tiene el derecho de no aceptarla. La ratificación tiene, precisamente, el objeto contrario: en vez de extinguir concluye, perfecciona la obligación.

Por lo demás, la opinión de Zachærie está aislada, y su objeción no ha progresado.

SECCIÓN II

ELEMENTO SUBJETIVO DE LA CONFIRMACIÓN

SUMARIO: — 133. Primera condición. — 165. Capacidad de obligarse y capacidad de disponer. — 167. Segunda condición—Conocimiento del vicio de la obligación. — 168. La intención de ratificar—Examen crítico. — 169. Cesación del vicio. — 170. El artículo 1545 del Código Civil. — 171. La función del Ministerio Público.

165. 1.^a CONDICIÓN — I.—El primer elemento esencial para la validez de la confirmación, desde el punto de vista del sugeto que confirma, es la capacidad. Si la confirmación consiste en aprobar y reconocer un acto jurídico, debe exigirse para poderlo confirmar, la misma capacidad jurídica que para poderlo celebrar. De no ser así, fácilmente se burlarían las disposiciones de la ley. Con efectuar la confirmación del acto celebrado violando los preceptos del derecho positivo, inmediatamente después de concluido este acto, se harían imposibles las acciones de nulidad. Los menores dispondrían de sus bienes, los menores ratificarían sus actos nulos y los menores se burlarían de la ley.

166. II.—No basta que sea capaz de obligarse; es necesario que sea capaz de disponer. El menor habilitado en virtud del artículo 278 del Código Civil y el emancipado, en virtud del artículo 261 del mismo Código, no tienen la libre disposición de sus bienes, aún cuando puedan contraer ciertas obligaciones. Si el acto que se confirma está dentro de la capacidad que la ley le acuerda como emancipado ó habilitado, la confirmación será válida, pero si excede de esos límites, es indudable que carece de valor. Si la obligación es de más de mil pesos, ó si se trata de venta ó hipoteca de bienes raíces, ó de una donación, ó de fondos y rentas públicas, ó de acciones de compa-

ñas comerciales é industriales, ó transacciones, ó, finalmente, de compromisos arbitrales, no puede tener valor dicha confirmación. ⁽¹⁾

«La ratificación, dice Solón, ó en otros términos, el acto de despojarse del derecho de pedir la nulidad, es una verdadera enajenación, y, como tal, no puede ser válidamente consentida, sino por quien puede enajenar.»

167. 2.^a CONDICIÓN — La confirmación es una renuncia á la acción de nulidad. De aquí se infiere que *la persona que confirma debe conocer el vicio que invalida la obligación* ⁽²⁾. Como dice Laurent, es evidente que aquel que no conoce el vicio que anula la obligación no puede tener la intención de repararlo, lo que quiere decir que no puede confirmar.

Este principio es de suma importancia, sobre todo en la confirmación tácita que resulta de la ejecución voluntaria del acto viciado. Es necesario probar no sólo la ejecución, sin violencia, sin error, sino también que esa ejecución ha sido consciente y deliberada, que se ha verificado con intención de confirmar. El acto de la ejecución no prueba por sí solo ese propósito. Es necesario, por lo tanto, que ese propósito resulte de los antecedentes de la ejecución, ó de algún acto concomitante ó posterior á ella. Creemos, como Laurent, que sería absurdo argumentar que no estando esta condición en la ley no es atribución del intérprete establecerla. Pero, como el mismo autor lo hace notar, la condición no la establece el intérprete, desde que se infiere de la naturaleza de la misma institución. No se puede renunciar un derecho cuya existencia se ignora. Para poder renunciar es menester saber qué cosa se renuncia. ⁽³⁾

(1) *Código Civil*, artículo 1595; LAURENT, XVIII, § 606.

(2) AUBRY Y RAU.—I, V, § 337.

(3) LAURENT.—XVIII, § 607.

168. El artículo 1338 del Código francés establece un nuevo elemento subjetivo de la confirmación cuando dice que para que ella sea válida, es necesario que se señale el motivo de la acción de rescisión y «la intención de reparar el vicio sobre el cual esa acción está fundada.»

«No basta el conocimiento del vicio, dice Cannada Bartoli, es además necesaria la declaración de quererlo reparar; si ésta falta, el acto de ratificación no existe. Esta condición es fecunda en muchas consecuencias prácticas; en realidad, dado el caso en que más de un vicio invalide un negocio jurídico, la renuncia á invocar uno de ellos, no impide pedir la rescisión por los otros. Si, por ejemplo, una mujer casada concluye un negocio jurídico, sin la autorización del marido, prestando un consentimiento viciado de error ó de violencia, su acto de ratificación debe contener la declaración de que entiende reparar conjuntamente con el defecto de autorización el vicio proveniente de error ó de violencia; si se enuncia el primero y se calla la intención de corregir el segundo, el negocio jurídico continúa enfermo, anulable, hasta que el tiempo ó una nueva ratificación no venga á subsanar esta segunda causa de invalidez.» (1)

Nuestra ley ha guardado silencio á este respecto, y creemos que ha hecho bien. Por regla general, toda ratificación supone la intención de confirmar, pero no es necesario que este elemento puramente psicológico sea establecido en la ley. Quien conociendo el vicio de un contrato lo ratifica, manifiesta intención de reparar el vicio que sobre él recaía. Y con esto basta.

No es necesario tampoco enunciar todos los vicios: basta *conocerlos*. Si se confirma, se confirma el acto ó contrato por entero, se manifiesta el deseo de ha-

(1) CANNADA BARTOLI. — § 166.

cerlo valer, subsanando todos los vicios que se conocen, aunque no se enuncien expresamente.

La ratificación tácita es, para Laurent, ejecución voluntaria, con intención de renunciar á la acción de nulidad. (1)

Pero los términos de la ley no pueden ser tomados en el sentido que les da Laurent, sino en el que les da Larombière (2). Esta interpretación nos parece más acertada, más de acuerdo con el uso natural y obvio de las palabras. Por otra parte, si alguien sabiendo que una obligación es anulable, la ejecuta libremente, sin mediar ningún vicio, nos importa poco que haya tenido ó no intención de renunciar á la anulación. El hecho positivo é indubitado es que teniendo conocimiento del vicio, la ejecuta, la confirma. Es indudable que en esa confirmación, en esa ejecución, va contenida implícitamente la voluntad de renunciar á la acción de nulidad, pero esto no es suficiente para erigirla en requisito indispensable para la validez de la ratificación. Establecer este requisito sería dejar un semillero de cuestiones que el intérprete y la ley deben á todo trance evitar. ¿Qué en la mayor parte de los casos, por no decir en todos, esa intención resulta de la misma confirmación? Convenido. Pero no vemos por qué un hecho tan subjetivo, tan personal, que escapa ó puede escapar á la investigación de la ley, del juez, y de todos los semejantes, ha de ser elevado á la categoría de requisito indispensable para la validez de la ratificación.

169. Si el acto ó contrato adolece de alguno de los vicios del consentimiento, es necesario que en el momento de la ratificación el vicio haya cesado. «Mientras que la violencia dura, dice Laurent, no puede confirmarse el acto viciado por la violencia, porque la violencia que anula el acto, anularía también la confirmación».

(1) LAURENT. — XVIII, § 608.

(2) SAROMBIÈRE. — Obra citada, artículo 1338, núm. 41.

Respecto de la violencia tenemos un texto legal que autoriza esta conclusión: el de la prescripción de la acción de nulidad, que establece que la prescripción sólo comienza á correr cuando la violencia ha cesado. Ahora bien, la prescripción de la acción de nulidad, en cierto modo, es una presunción de confirmación. Si la violencia vicia esta presunción de ratificación, con mayor razón debe viciar la ratificación que se obtiene expresamente en su virtud. Esto es de razón natural.

En cuanto al error y al dolo es de suponerse que si vician el contrato también deben viciar la confirmación. Por otra parte, hemos establecido que es condición indispensable de la ratificación el conocimiento del vicio que invalida la obligación. Mientras estamos en error, ó mientras somos víctimas del dolo, carecemos de ese conocimiento indispensable para ratificar. De lo contrario, ratificaríamos sin saber qué renunciábamos, y no pueden ser válidas esas renunciaciones en que se ignora lo que se renuncia.

Es cierto que, por una inconsecuencia de la ley, la presunción de ratificación se opera, aún mientras persisten esos vicios, en virtud de la disposición que establece que la prescripción de la acción de nulidad corre desde el día de la celebración del contrato en los casos de dolo y de error. Pero esto está lejos de ser decisivo, pues la ley, al establecer esa disposición, lo ha hecho impulsada por razones de carácter económico y social, razones que no justifican por cierto la inconsecuencia de la ley.

170. Con respecto á los incapaces, menores, interdictos, mujeres casadas, hay un texto legal que impide toda cuestión: es el artículo 1545, que dice que ni la ratificación expresa, ni la tácita valdrán si el que ratifica no es capaz de contratar. Nuestro Código supera aquí también al Código francés, que sólo ha hecho referencia á los menores, dejando subsistente

la duda sobre los casos en que hayan intervenido mujeres casadas, interdictos, menores emancipados, etc.

171. Los magistrados que desempeñan las funciones de Ministerio Público no pueden subsanar por renuncia de la acción ó por confirmación las nulidades que están facultados para provocar, según las disposiciones de la ley; porque como esas nulidades son de orden público, su renuncia sería contraria á la disposición del artículo 11 del Código Civil, según el cual, no se pueden derogar por convenios particulares las leyes que interesan al orden público ó á las buenas costumbres. La única facultad que tienen los magistrados, al decir de Solón, es la de cerrar los ojos sobre ciertas infracciones, cuya reparación podría ser más dañina que útil; es dejar subsistir ciertos actos cuya anulación causaría más inconvenientes que su conservación. Dentro de nuestra ley es muy difícil, mejor dicho, imposible, que pueda suscitarse cuestión alguna á este respecto. Las únicas nulidades suceptibles de ser ratificadas son las relativas, y éstas no pueden ser alegadas por el Ministerio Público. De modo que el consejo de Solón no cabe entre nosotros. Hacemos notar esto, porque demuestra una vez más la simplicidad y seguridad del sistema de nuestro Código.

SECCIÓN III

ELEMENTO OBJETIVO DE LA CONFIRMACIÓN

SUMARIO 172. — El elemento objetivo. — 173. Fundamentos. — 174. Opinión de Toullier. — 175. Crítica. — 176. Continúa. — 177. ¿ Las obligaciones naturales pueden confirmarse ? — Doctrina. — 178. Continúa — Crítica de la doctrina de las obligaciones naturales. — 179. Continúa. — 180. Continúa. — 181. Opinión de Segovia — Crítica. — 182. Continúa la crítica de la doctrina de las obligaciones naturales. — 183. Continúa. — 184. Conclusión. — 185. La falta de consentimiento — La venta de bienes dotales. — 186. La falta de objeto y de causa — Opiniones de Larombière, Toullier y Laurent. — 187. Objeto y causa ilícitos.

172. El elemento objetivo de la confirmación tiene que ser forzosamente una obligación ó un acto jurídico. Este puede ser válido, y entonces aquella es perfectamente inútil, pues nada, absolutamente nada, agregará á lo establecido en la obligación primitiva. Puede ser también un acto ó contrato inexistente, viciado por una nulidad absoluta, y entonces la ratificación es innecesaria é ineficaz, pues el Código Civil, en su artículo 1535, ha declarado que esas nulidades no son subsanables por la ratificación de las partes. El Código ha sido consecuente con su sistema. Todos los autores, unánimemente, declaran que lo inexistente, la nada, no puede confirmarse. Si no está establecida la confirmación ni para los actos válidos, ni para los nulos absolutamente, debe estarlo para esa tercer categoría llamada de los actos anulables, ó nulos relativamente. Estos actos tienen existencia, pero viciosa, y el germen morbosos que encierran, puede desarrollarse y producir la extinción por la acción de nulidad, como puede también ser combatido por la terapéutica de la confirmación.

Tales son los principios que acepta el artículo 1536 de nuestro Código cuando establece que las nulidades relativas pueden ser subsanadas por la ratifica-

ción de las partes. Es á ellas solamente que son aplicables las reglas que sobre confirmación se han dado y las que se van á dar.

173. Este artículo de la ley está fundado en la naturaleza de las cosas. Es el resultado necesario de la definición. La ratificación supone, dentro de la economía de la ley, una relación íntima y forzosa con un acto anterior, que por sí solo no basta para establecer relaciones de derecho estables, permanentes y duraderas, pero que encierra cierta fuerza ó poder susceptible de ser completado. La relación de derecho confirmada tendrá entonces dos fuerzas concurrentes: la fuerza enfermiza, si se quiere, del acto, completada por la fuerza vivificante de la confirmación. Esto lo decía Jaubert, en su relación. «Una idea simple y verdadera, decía, es que no se pueden confirmar ni ratificar de ninguna manera esas pretendidas convenciones á las que la ley jamás ha reconocido existencia». Es necesario, pues, que el acto anterior encierre algún poder ó alguna fuerza; de lo contrario no hay confirmación.

174. Cuando se discutió el proyecto de Código Napoleón, la redacción del artículo primitivo dió lugar á una modificación que pone en evidencia, cuál fué la intención del legislador, y, por lo tanto, cuál es el espíritu de la ley por él dictada. Decía el proyecto que en la confirmación ó ratificación de un acto *radicalmente nulo*, se debían llenar tales y cuales formalidades. El Tribunado hizo estas observaciones sobre las palabras *radicalmente nulas*: «Nada más vago que estas palabras. Esta expresión será una fuente de arbitrariedad y de incertidumbre; por lo tanto, no puede encontrar acomodo en el Código. Este necesita una disposición concebida de manera que la línea de demarcación esté bien claramente trazada, entre las nulidades irreparables y las que se pueden reparar. Es el único medio de prevenir los incon-

venientes; hay un artículo en el Código, que dice que los compromisos contraídos por los impúberes no son obligatorios en ningún caso. De esta disposición resulta que la nulidad que vicia el acto que el impúber ha suscripto, es absoluta é irreparable. No hay duda que los compromisos contraídos mediando una causa ilícita deben ser colocados en la misma categoría; el vicio que llevan consigo no puede ser subsanado».

Sin embargo, Toullier dice: «¿No hay más que una disputa de palabras, contra la cual hay que ponerse en guardia; porque ¿qué se entiende por una convención que no existe á los ojos de la ley?— Es aquella, sin duda, cuya nulidad es tal que no tiene necesidad de ser propuesta, ni por vía de acción, ni de excepción, en una palabra, es una convención que no existe. Por ejemplo: Capis, diciendo obrar en mi nombre, vende mi casa por 30.000 francos, sin mandato, sin orden de mi parte: es evidente que esa convención es nula; no existe á los ojos de la ley. Si el pretendido adquiriente se dirige contra mí para obligarme á recibir el precio, y á entregarle mi casa, yo no tengo necesidad de presentarme pidiendo la nulidad del contrato. Si dejo de defenderme, el juez no podrá condenarme fundado en el contrato, porque la ley no le reconoce existencia respecto á mí. Sin embargo, es cierto que ese contrato puede ser ratificado; puede serlo expresa ó tácitamente (artículo 1998). Esta ratificación tiene efecto retroactivo, aún frente á mí; *mandato æquiparatur*, se retrotrae al tiempo del contrato ratificado; es únicamente respecto de terceros perjudicados que la ratificación dejaría de tener efecto retroactivo. ¿Qué significa, luego, esta proposición que no se puede de ninguna manera confirmar pretendidas convenciones de las que nunca la ley ha reconocido la existencia?» (1)

(1) TOULLIER. — VIII, § 518.

Merlín había sostenido que no podían confirmarse pretendidas convenciones, á las que la ley negaba la existencia, y, por lo tanto, que los contratos inexistentes no eran susceptibles de ser confirmados. Sin embargo, la crítica enérgica y sofística de Toullier, le hizo cambiar de opinión.

175. Toullier y, arrastrado por él, Merlín, han incurrido en una confusión lamentable, pero de la que en gran parte es responsable el cuerpo de leyes que dichos autores interpretan.

Dentro de nuestra ley, á pesar de que hay quien ha creído preferible la francesa, no es posible que se padezca de esa confusión. La línea que separa las dos especies de ratificaciones, una de las causas de la confusión de Toullier, es bien clara, y la demarcación de límites entre las nulidades absolutas y las relativas, otra de las causas del error de Toullier, es igualmente clara y precisa. Agréguese á esto las disposiciones de los artículos 1535 y 1536, que dicen que las nulidades absolutas no son confirmables y que las relativas lo son, y se verá como dentro de nuestra ley no ha podido tener cabida la opinión errónea de Toullier.

176. Consideramos muy sensatas las siguientes consideraciones de Arndts-Serafini, que transcribimos porque son la mejor defensa del sistema de nuestro Código: «La confirmación verdadera y propia, esto es, con efecto retroactivo, se aplica á los actos anulables, pero no á los afectados de nulidad absoluta ó inexistencia, porque lo que no existe no es susceptible de confirmación. Y esto que impropriamente se dice confirmación de actos radicalmente nulos, no es una confirmación sino un acto nuevo que, reuniendo todas las condiciones exigidas por la ley, producirá sus efectos, pero sin tener fuerza retroactiva. Así, por ejemplo, si un impúber hace testamento y llegado á la edad legal declara confirmarlo, tal declaración por

sí sola no subsana el testamento que era y es nulo. Es cierto que, si haciendo esta declaración observa todas las condiciones prescriptas en la ley para la confección de un testamento, tendremos un testamento válido, cuyo contenido podrá ser la reproducción del primero, pero, en realidad, es un testamento nuevo, y no el antiguo confirmado. No es esto una cuestión de palabras, pues tiene importantes consecuencias prácticas.

177. *¿Las obligaciones naturales pueden ser confirmadas?* Marcadé dice que sí; Laurent dice que no, y le reprocha á Marcadé que después de haber tratado duramente á Toullier por haber desconocido una distinción que la ciencia moderna ha establecido definitivamente, olvide su teoría y admita que la confirmación de una obligación natural es válida aunque ésta carezca de existencia civil y no sea reconocida por la ley que le niega toda acción (1). Indudablemente, dentro de los principios de la ciencia jurídica actual, la opinión de Laurent es la consecuente, la lógica, y la de Marcadé la errónea. En efecto, la confirmación consiste en subsanar una obligación civilmente existente, aunque viciosa, y es indudable que una obligación natural no tiene existencia civil; y si no la tiene no se puede confirmar. Confirmar una obligación natural, convirtiéndola en obligación civil, válida, sólo puede hacerse transformando el acto *confirmativo* en acto *creativo* de relaciones jurídicas. La característica de la confirmación de las obligaciones anulables es que su valor posterior es perfecto, gracias á la eficacia de dos fuerzas concurrentes. En las obligaciones naturales no hay fuerza civil de ninguna especie; en consecuencia, si se convierten en obligaciones civiles, no es por concurrencia de su fuerza con fuerzas nuevas, sino por obra de estas nuevas fuerzas que le dan todo su valor.

(1) LAURENT. — XVIII, § 569.

Segovia, contra Velez, dice que las obligaciones naturales, siendo inexistentes, desde el punto de vista civil, no pueden ser confirmadas: *Quod non est confirmare nequit.* (1)

178. Hasta aquí la opinión doctrinaria dentro de la doctrina dominante. Vamos á la parte legal de la cuestión.

Nuestro Código es algo raro en materia de obligaciones naturales. Esta es una institución ya muerta y que debió desaparecer junto con el *jus civile*. No es nuestro objeto entrar al estudio de este difícil tema que exigiría un espacio, por lo menos tan grande, como el que pensamos dedicar á todo este trabajo. Nuestro objeto es únicamente el resolver si las obligaciones naturales pueden confirmarse. La enumeración que de ellas hace nuestro Código nos facilitará la tarea.

Nuestro Código entiende por obligaciones naturales aquellas que «procediendo de la sola equidad no confieren acción para exigir su cumplimiento; pero que cumplidas autorizan para retener lo que se ha dado ó pagado en razón de ellas.»

A continuación de esta pseudo definición nuestro Código hace una enumeración de los casos en que existen obligaciones naturales, enumeración que se hace notar, por su heterogeneidad, por su inconsecuencia con otras disposiciones de la ley, y por las verdades de Pero Grullo que contiene.

Comencemos el análisis. En primer término, establece la ley que son obligaciones naturales «las contraídas por personas que, teniendo suficiente juicio y discernimiento, son, sin embargo, incapaces de obligarse según las leyes: como la mujer casada, en los casos en que le es necesaria la autorización del marido, y los menores púberes no habilitados de edad.»

(1) SEGOVIA. — Artículo 515, nota 333.

He aquí el primer tipo de obligación natural que nos ofrece nuestra ley. ¿Hay realmente una obligación natural?—No lo creemos. Hay pura y simplemente una obligación civil anulable, que producirá todos sus efectos si es confirmada. Ahora bien; la confirmación puede ser expresa ó tácita. Será tácita, si se ejecuta voluntariamente, y lo pagado no se podrá repetir, porque habiendo sido confirmada tácitamente, la que era obligación anulable es obligación civil perfecta, y produce todos sus efectos. No se podrá, pues, repetir lo pagado, porque lo fué á causa de una obligación civil perfecta. Quien se opusiera á la repetición de lo pagado invocaría el artículo 1544, inciso 3.º, y no el inciso 2.º del 1415 y el 1919. Más aún. La disposición del capítulo de las nulidades, es decir, la del artículo 1544, es más amplia, más favorable á la existencia del contrato que la del que se ocupa de las obligaciones naturales. En efecto, como veremos, un pago parcial importa una renuncia total á la acción de nulidad, pues la confirmación se hace de toda la obligación y no de una sola parte de ella. De modo que si un menor llega á la mayoría y ejecuta parcialmente la obligación contraída cuando era menor, tácitamente ratifica esa obligación, haciendo de ella una obligación perfectamente válida. Pero, en el capítulo de las obligaciones naturales encontramos una disposición contradictoria: la del artículo 1418, que dice que la ejecución parcial de una obligación no le da carácter de obligación civil, ni el acreedor puede reclamar el pago de lo restante de la obligación.

El Código, al establecer esta disposición, parece olvidar que la ejecución voluntaria parcial importa ratificación, y que la ratificación hecha por el menor ya mayor, de la obligación contraída cuando era menor, importa un saneamiento de la obligación, que civilmente es perfecta. Y si es perfecta, debería poderse exigir su cumplimiento.

La ley es, pues, contradictoria. Mucho se hubiera ganado si no hubiera más disposición que la del artículo 1544. Se habría ganado desde el punto de vista de la claridad de la ley, y se hubiera ganado igualmente del punto de vista de la ciencia.

179. La ley es contradictoria. Esto no basta. Hay que armonizarla. Una componenda se encontraría diciendo que la disposición de las nulidades es especial para las obligaciones que pueden ratificarse, y en virtud de que la ley especial deroga la general, aplicaríamos las disposiciones del capítulo de la nulidad, á aquellas obligaciones que, como la de los menores, pueden ratificarse tácitamente por la ejecución voluntaria,—y la disposición del artículo 1418 que dice que un pago parcial no autoriza al acreedor á reclamar el pago de lo restante de la obligación, la aplicaríamos á las obligaciones naturales que no son ratificables,—como, por ejemplo, las deudas de juego, cuyo pago parcial no autorizaría un pago total.

Segovia dice que las disposiciones del capítulo de las nulidades se aplican á obligaciones civiles viciosas, pero que pueden subsistir, por confirmación ó prescripción, y las del capítulo de las obligaciones naturales á los casos en que habiendo sido judicialmente declarada la nulidad, una de las partes paga ó cumple su obligación. Mientras no se declara la nulidad hay obligación civil anulable; después de declarada la nulidad hay obligación natural.

Esta componenda de Segovia, á pesar de ser una componenda, porque estamos seguros que el legislador, al establecer sus disposiciones, ni pensó en ella, ni se dió cuenta de la contradicción en que incurría, nos parece más aceptable que la anterior. Por lo menos, con ella no se sacrifica ninguna disposición de la ley.

El pago parcial hecho antes de la sentencia ó, mejor dicho, antes de iniciar el juicio de declaración

de nulidad, si se hace en las condiciones legales, surte los efectos de ratificación y tiene la virtud de subsanar el acto ó contrato vicioso. Subsanado éste, puede exigirse el pago del resto que aún se debe.

Obtenida una sentencia declaratoria de la nulidad, el pago es un acto libérrimo de quien lo hace, y como no puede tener la virtud de crear obligación de ninguna especie—pues la obligación primitiva, después de la sentencia, se reputa que no ha existido nunca—no pueden exigirse nuevos pagos porque no hay vínculo jurídico que autorice tales exigencias.

De cualquier modo que sea, nos interesa hacer constar que la primera de las obligaciones naturales que establece nuestro Código no tiene razón de ser: sólo es una fuente de dificultades. Esta es su única virtud.

180. Pasemos á la segunda, ó lo que es lo mismo al inciso 2.º del artículo 1417. Es menos feliz que el primero, porque es, si cabe, más contradictorio, y lo que es peor, no es fácilmente armonizable. Dice que son obligaciones naturales *«las que proceden de actos ó instrumentos nulos por falta de alguna solemnidad que la ley exige para su validez»*. Esta es una nueva especie de obligación natural, y, por lo tanto, debe producir los mismos efectos de las demás, establecidos en el artículo 1419, según el cual, cuando se paga voluntariamente lo que se debe por una obligación natural *«por el que tenía capacidad para hacerlo, no se puede reclamar lo pagado»*.

Pues bien; el artículo 1534 del Código Civil dice que *«la omisión de algún requisito ó formalidad que las leyes prescriben para el valor de ciertos actos ó contratos en atención á su naturaleza, y no á la calidad ó estado de las personas que en ellos intervienen, son nulidades absolutas»*. Según hemos visto, las nulidades absolutas tienen por efecto principal *el restituir las cosas al mismo estado en que se encontrarían*

sino hubiese existido el acto ó contrato nulo, con tal que la nulidad no sea por lo ilícito de la causa ó del objeto del contrato, en cuyo caso no puede repetirse lo que se ha pagado á sabiendas.

He aquí una nueva contradicción. Se trata de un contrato para el cual la ley exige ciertos requisitos ó solemnidades que no se han cumplido. Tratándose de una nulidad absoluta, se reconoce la falta de valor por una sentencia que pasa en autoridad de cosa juzgada, se ordena que las cosas vuelvan á colocarse como estarían si no hubiese existido esa tentativa de contrato, conforme lo dispone el artículo 1539, y se ordenan las restituciones tendientes á ese fin. Pero, he aquí, que cuando esto nos parece la cosa más sencilla del mundo, y perfectamente clara en la ley, *olvidamos que otros artículos*, el 1415, 1416, inciso 2.º, y 1419, *disponen precisamente lo contrario*.

¿Faltan algunas de las solemnidades que la ley exige para la validez de los contratos?—No nace obligación civil, pero nace una obligación natural, que impide repetir lo pagado indebidamente, aunque la sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada lo ordene estableciendo que las partes serán repuestas al estado en que se hallarían si no existiera el acto ó contrato nulo. No puede invocarse en este caso una confirmación tácita proveniente del cumplimiento voluntario de la obligación, porque las nulidades absolutas no son susceptibles de ser confirmadas. (1)

¿Cómo resolver el conflicto?—¿Qué disposiciones deben primar?—¿Las de los artículos del capítulo de las nulidades ó las de los artículos que se ocupan de las obligaciones naturales?—Si aplicamos éstas, no hay repetición de lo pagado; si aplicamos aquéllas, la hay. La contradicción de la ley es evidente. Aplicar las disposiciones del capítulo de las obligaciones

(1) *Código Civil*, artículo 1535.

naturales, no haciendo lugar á la repetición de lo pagado, daría nacimiento á una nueva contradicción. Las nulidades absolutas, es sabido que no son ratificables; ahora bien, como la ejecución voluntaria no es más que una ratificación tácita, y como un contrato viciado por no haberse cumplido las solemnidades de la ley es susceptible de ejecución voluntaria porque hay una obligación natural, resultará que tendremos una nulidad absoluta ratificable (!!) y ratificable tácitamente (!!!) contra lo dispuesto por el artículo 1535 del Código Civil.

181. Si la ley es contradictoria, se impone armonizarla, se dirá. Pero, ¿cómo, de qué manera? La armonización de Segovia, que hemos aceptado á medias en el caso anterior, no es posible aceptarla en éste.

Según Segovia, las disposiciones del capítulo de las obligaciones naturales se aplican en los casos en que la parte cumple su compromiso moral, pagando después de la sentencia declaratoria de la nulidad; y se aplican las disposiciones del capítulo de la nulidad cuando se trata de obligaciones viciosas, cuya nulidad no ha sido aún declarada. Mientras se trate de obligaciones anulables, puede tenerse en cuenta la opinión de Segovia, pero no sucede lo mismo con las obligaciones inexistentes. Sobre éstas nada influye la declaración judicial. Las reconoce simplemente. Con sentencia ó sin sentencia son siempre la misma nulidad absoluta y la misma obligación natural.

Pero, en fin; si se busca una componenda, es forzoso reconocer que es la única posible. Si se paga con posterioridad á la sentencia, no se podrá repetir lo que se pague; si se paga con anterioridad se podrá repetir. No hay que preguntar el por qué; no es posible encontrarlo.

Estas disposiciones de las obligaciones naturales obedecen á principios distintos de los que dominan en el resto de nuestra legislación. Constituyen un in-

jerto dentro del Código, un algo anormal, que difícilmente se pone de acuerdo con el espíritu y las tendencias de las otras disposiciones de la ley. Si hubiera necesidad de sacrificar alguna de las disposiciones dictadas por el legislador, vista la imposibilidad de armonizarlas, debe ser sacrificado lo irracional, lo ilógico, lo que constituye una anomalía en una legislación que obedece á principios científicos,—y no á la apremiante necesidad de mitigar el rigorismo del *jus civile*, poniéndolo de acuerdo con la justicia y con la equidad.

Hubiera sido preferible que el Código no hubiera establecido tampoco esta segunda categoría de pseudo obligaciones naturales. Hubiera evitado con eso graves contradicciones y estaría más de acuerdo con los dictados de la ciencia.

182. Indica el Código, como obligaciones naturales, la prescripción y la cosa juzgada. Son presunciones. Pero las presunciones deben ceder ante un hecho voluntario de las partes. Esto no quiere decir que haya obligación. Obligación no hay, y por lo tanto no hay tampoco posibilidad de confirmación.

183. El inciso 5.º no es más feliz que los anteriores cuando establece que son obligaciones naturales las que derivan de una convención que reúne las condiciones generales requeridas en materia de contratos, pero á las cuales la ley, por razones de utilidad general, les ha negado toda acción como las deudas de juego. Esta disposición no es contradictoria, pero es inútil.

Son nulos absolutamente los actos y contratos que tengan objeto ó causa ilícita. Por lo tanto, no pueden producir efectos civiles. Como obligaciones naturales, el único efecto que producen es el de impedir la repetición de lo pagado (1). Pero este efecto está ya

(1) Código Civil, artículo 1419.

establecido en el capítulo de las nulidades para las obligaciones nulas por objeto y causa ilícita (1). De modo que aún cuando no existiera la disposición del capítulo de las obligaciones naturales, las cosas pasarían de la misma manera.

184. ¿Pueden confirmarse las obligaciones naturales? — Después del brevisísimo estudio que hemos hecho de esta institución es evidente que no puede responderse de un modo general, ni afirmativa ni negativamente. A consecuencia de la enumeración heterogénea que ha hecho la ley de las obligaciones naturales, nos vemos obligados á responder que algunas pueden confirmarse y que otras no. Decimos mal. Algunos de los actos y contratos llamados por la ley, obligaciones naturales, adolecen de nulidad relativa, y esos sí pueden confirmarse (2); otros son inexistentes, adolecen de nulidad absoluta y no pueden ser confirmados. (3)

Velez Sarfield llega también á la conclusión de que hay obligaciones naturales que son susceptibles de confirmación, y que hay otras que no la admiten. «En cuanto á la cuestión, dice, de si las obligaciones naturales, pueden por medio de la ratificación, llegar á ser obligaciones civiles, creemos que la afirmativa es cierta, para aquellas que han llegado á ser naturales, después de haber sido primitivamente civiles, como las obligaciones civiles prescriptas (en esto no estamos enteramente de acuerdo con el doctor Velez Sarfield), ó que son naturales en razón de la inhabilidad del obligado. Mas, las obligaciones reprobadas por el derecho civil, como las de juego, no son susceptibles de confirmación. Nos inclinamos á creer que lo mismo sería á las obligaciones que,

(1) *Código Civil*, artículo 1539.

(2) » » » 1536.

(3) » » » 1535.

primitivamente civiles, han venido á ser naturales en virtud de las leyes políticas ó de orden público que han abrogado los contratos de donde ellas resultaban.»

Concluye su nota el doctor Velez Sarfield diciendo que, considerando justa la crítica de Durantón á los Códigos que no legislaban sobre obligaciones naturales, toma las disposiciones para el Código argentino del Código chileno, único que las tiene ⁽¹⁾. En esta parte, pensamos de un modo completamente opuesto al doctor Velez, pero no es este trabajo el sitio aparente para hacer su crítica.

Vera, comentando el artículo 1270 del Código chileno, idéntico á nuestros 1415 y 1416, sostiene la misma tesis de Velez, en términos idénticos. ⁽²⁾

185. La falta absoluta de consentimiento en una obligación no puede ser subsanada por la ratificación. Ya hemos dicho que la falta de consentimiento trae aparejada una nulidad absoluta y estas nulidades no pueden confirmarse. No se confirma la nada.

Como hace notar Laurent, las convenciones en que no interviene el consentimiento son raras. En nuestra opinión hay un caso que puede ocurrir, y que ha ocurrido. Es el de enajenación de bienes dotales raíces hechas por el marido sin el consentimiento de la mujer. Esa venta estaría viciada de nulidad absoluta, y no podría ser confirmada. Sería distinto el caso en que la mujer hubiera vendido los bienes dotales, sin consentimiento del marido, ó sin la intervención judicial. Disuelto el matrimonio, la mujer podría confirmar esa venta que es anulable en razón de su falta de capacidad cuando la realizó. El marido podría, por lo que á él se refiere, confirmarla también.

186. Sin objeto y sin causa no hay obligación, y, en

(1) VELEZ SARFIELD. — Nota al artículo 515 del Código Civil argentino.

(2) VERA. — *Comentarios al Código Civil chileno*, V, pág. 52.

consecuencia, no es posible la confirmación. Sin embargo, un autor famoso, Larombière, después de haber sostenido la imposibilidad de que se confirmen obligaciones cuyos objetos ó causas sean contrarios á las buenas costumbres ó al orden público, dice: «Se comprende que nosotros no entendamos hablar aquí de otros vicios, resultantes de la falsedad de la causa ó de su falta. Nada se opone, en efecto, en este caso, á que el acto sea válidamente confirmado ó ratificado. La acción de nulidad á la cual dan lugar estos vicios de causa, puede ser remediada como en los casos ordinarios. La causa misma de la confirmación ó de la ratificación suple la causa del acto á que se aplica, é importan de este modo una renuncia á prevalerse de los vicios inherentes á ese acto. Será lo mismo en caso de ejecución voluntaria con conocimiento, quedando cerrada toda vía de repetición de lo pagado. En consecuencia, solamente la causa ilícita constituye un obstáculo á los actos de confirmación expresa ó tácita.» (1)

Toullier, siguiendo la senda trazada por una doble división de las nulidades, sostiene que todas las nulidades relativas ó absolutas, que están establecidas, no en interés público, sino en interés privado, son confirmables (2). En consecuencia, la falta de causa es una nulidad absoluta, confirmable. Sin embargo, el mismo Toullier se apresura, á renglón seguido, á establecer que si bien las nulidades absolutas son confirmables, su confirmación tiene un valor que podríamos llamar creador. «El contrato ratificado, dice, no reconoce otro origen de su eficacia que el acto mismo de la ratificación. Es desde este día solamente que puede ser opuesto á los terceros, puesto que antes de ese día era considerado como no existente á los

(1) LAROMBIÈRE. — VI, sobre 1338, § 8.

(2) TOULLIER. — VIII, § 561, VI § 180.

ojos de la ley: esto resulta de la naturaleza misma de las nulidades absolutas.» (1)

Esta conclusión á que llega Toullier debió hacerle ver la falsedad de su doctrina. Si toda la eficacia de la obligación deriva de la confirmación, pues, antes en razón de la nulidad absoluta no existía, esa confirmación en vez de ser una fuerza concurrente que completa las energías ineficaces del acto primitivo, es un contrato nuevo, es una fuerza nueva que vive y subsiste por sí sola. La conclusión de Toullier demuestra la falsedad de sus premisas.

En cuanto al argumento hecho por Larombière de que la confirmación da una causa á la obligación, nos parece que, como hace notar Laurent, esto sería posible si la confirmación diera algo nuevo, lo que es contrario á la esencia de la confirmación, la cual es una simple renuncia á la acción de nulidad; ahora bien, la renuncia, por completa y terminante que sea, nunca podrá dar una causa á la obligación. (2)

Dentro de nuestra ley la cuestión no es dudosa. Hemos resuelto la cuestión más difícil dentro de la ley, estableciendo que son nulidades absolutas las que vician los contratos sin causa y sin objeto. Hecho lo más, que es clasificar la nulidad, fácil es hacer lo menos, que es deducir las consecuencias de esa clasificación con arreglo al artículo 1535. Y una de las consecuencias es precisamente la imposibilidad de la ratificación.

187. Los actos y contratos que tengan objeto ó causa ilícita no pueden ser ratificados. (3)

Sin embargo, Larombière, incurriendo nuevamente aquí en el error que hemos señalado más arriba, dice: «La ley prohíbe y anula todos los pactos que se hagan sobre sucesión futura. Sin embargo, como

(1) TOULLIER. — VIII, § 522.

(2) LAURENT. — XVIII, § 572.

(3) Véase *supra*, § 186.

el vicio del contrato no es más que temporario, y cesa á la apertura de la sucesión, se puede, á partir de este momento, confirmar válidamente el compromiso. Habiendo cesado la indisponibilidad el vicio del contrato puede ser remediado. Si se pretenden invocar bajo ciertas relaciones, consideraciones de moral y de decencia públicas, para sostener la nulidad de los contratos, hechos sobre sucesiones futuras, estas consideraciones cesan después de la apertura de la sucesión y el vicio del acto se hace susceptible de reparación».

La corte de casación de Bélgica ha decidido que la prescripción de diez años (en nuestra ley es de cuatro), es aplicable á la acción de nulidad que resulta del pacto sucesorio, lo que implica decidir que el pacto sucesorio es confirmable.

Creemos que esta doctrina es errónea y que la exacta es la que ha seguido el Código Civil. El error de Larombière proviene de lo siguiente: Ha dicho que cuando la sucesión está abierta, los herederos pueden hacer todas las convenciones que les plazcan, y si pueden hacerlo, ¿por qué no han de poder confirmar lo que hicieron anteriormente? La causa de nulidad ha cesado, y, por lo tanto, deben poder confirmar. — La consecuencia va más allá del principio. Fallecido el causante los herederos pueden hacer todo lo que quieran. Pueden reproducir el antiguo contrato, pero lo que no pueden es precisamente *ratificarlo*. En efecto, ratificarlo implica reconocerle existencia anterior al fallecimiento del causante, y esa existencia no puede tenerla. Los herederos pueden hacer todos los contratos que quieran después de fallecido el causante. Pero lo que no pueden es dar validez á un acto que para la ley era nulo, á un acto que no existía porque estaba repudiado por la ley obedeciendo á razones de moral y de decencia públicas, como diría el mismo Larombière. Los here-

deros pueden reproducir el contrato que hicieron, y que entonces era nulo, y pueden hacerlo válidamente. Pero es un nuevo contrato en que nada se pacta sobre sucesiones futuras, y sí sobre una sucesión abierta.

«Confirmar, dice Laurent, no es contratar, es renunciar al derecho que se tiene de pedir la nulidad. Los efectos de la confirmación difieren también de los efectos que produce una convención entre herederos. El efecto retroactivo es principio indubitado de la confirmación, es de su esencia; en efecto, no hay nueva convención en virtud de la confirmación, es la antigua obligación que subsiste, y que liga á las partes contratantes á partir del momento en que ha sido contratada; ella subsiste subsanado el vicio de que adolecía. La cuestión de saber si se puede confirmar un pacto sobre una sucesión futura, después de abierta esa sucesión, se reduce, por lo tanto, á esto: ¿el pacto sucesorio puede subsistir á partir del momento en que ha sido concluido, subsanado del vicio que lo anulaba? Nos parece que plantear la cuestión es resolverla. Qué esperanza! La ley reprueba ese pacto, porque es inmoral; declara que no puede tener ningún efecto. He aquí las partes que pretenden dárse-lo contra la prohibición de la ley! Si el pacto sucesorio puede ser confirmado, resultará que habrá habido una convención sobre una sucesión futura. Esto es imposible, porque esto no se concibe. (1)

(1) LAURENT. — XVIII, § 576.

SECCIÓN IV

DE LOS ELEMENTOS DE FORMA DE LA CONFIRMACIÓN

SUMARIO:—185. LA RATIFICACIÓN EXPRESA Y LA RATIFICACIÓN TÁCITA.—189. LA RATIFICACIÓN EXPRESA: Definición — No exige como requisito de su esencia ninguna solemnidad — Sigue las reglas de los contratos ratificados. — 190. Los tres requisitos esenciales de la ratificación, según la doctrina. — 191. Clasificación de los elementos de la confirmación en objetivos y subjetivos.—142. ELEMENTO OBJETIVO.—193. La ratificación, el acto y documento de ratificación. — 191. ELEMENTOS SUBJETIVOS: 1.º Mención en el documento del vicio de la obligación. — 195. Los vicios de derecho. — 196. Si los vicios del contrato son varios ¿deberán mencionarse todos? — 197. 2.º La intención de confirmar.— 198. La nulidad del acto no implica la nulidad de la confirmación. — 199. La ratificación expresa debe hacerse con las solemnidades á que por la ley está sujeto el acto ó contrato que se ratifique. — 200. Los medios de prueba — § 2 LA RATIFICACIÓN TÁCITA.—201 Definición.—202. Principios generales—Los actos de ejecución deben ser *unicos* no *equivocos*. — 203. Inconsecuencias. — 204. En qué consiste la *ejecución voluntaria*. 1.ª solución. — 205. 2.ª solución. — 206. 3.ª solución. — 207. Nuestra opinión. — 208. Criterio práctico. — 209. La ejecución parcial importa ratificación. — 210. La dilación de pago. — 211. Regla general.

188. Según el artículo 1544 del Código Civil «la ratificación necesaria para subsanar la nulidad, cuando el vicio del acto ó contrato es susceptible de ese remedio, puede ser expresa ó tácita. La expresa debe hacerse con las solemnidades á que por la ley está sujeto el acto ó contrato que se ratifica. La tácita consiste en la ejecución voluntaria de la obligación». Desde que la ratificación es una manifestación de voluntad, puede, como ésta, exteriorizarse no sólo por palabras sino también por actos, y claro está que, siempre que haya actos que inequívocamente impliquen renuncia á la acción de nulidad, habrá ratificación. Empezaremos por estudiar en la ratificación expresa los elementos formales del acto confirmativo y el tiempo en que éste debe verificarse, y, luego, estudiaremos la ratificación tácita, asimilándola en cuanto sea posible y la materia lo permita, á la expresa.

§ 1.º LA RATIFICACIÓN EXPRESA

189. La confirmación es expresa, dice Laurent, cuando la voluntad del que renuncia á la acción de nulidad resulta de una declaración formal, es decir, de una declaración hecha por medio de palabras. (1)

No existiendo términos sacramentales, no es indispensable que la confirmación se ajuste á tal ó cual forma determinada. Puede hacerse de cualquier manera, siempre que se reúnan inequívocamente sus elementos esenciales. La disposición del inciso 2.º del artículo 1544, no tiene otro alcance, que el de determinar cuál es la forma en que debe realizarse la confirmación de los actos ó contratos solemnes, pero no constituye una regla de carácter general aplicable á todas las especies de confirmación expresa. Las mismas palabras de la ley autorizan la afirmación que antecede. En efecto, dice el inciso 2.º del artículo citado que la confirmación expresa debe hacerse con las solemnidades á que por la ley está sujeto el acto ó contrato que se ratifica. Si éste no estaba sujeto á ninguna solemnidad, tampoco lo estará la confirmación. Es una regla especial para los contratos solemnes y no un principio de universal aplicación.

La confirmación no exige, pues, como requisito de su esencia ninguna solemnidad. No es, por lo tanto, necesario que se haga constar por escrito. Seguirá en esta materia las reglas particulares relativas á los actos ó contratos ratificados, y las reglas ó principios generales de la prueba. La confirmación puede ser verbal. Esto lo hace notar Solón, definiéndola como la renuncia *verbal* ó por escrito á la acción de nulidad. (2)

(1) LAURENT.—XVIII, § 613.

(2) SOLÓN.—Obra citada, II, § 388.

190. Cabe preguntar si de acuerdo con nuestra ley en el momento de la ratificación verbal, ó en el instrumento comprobatorio, si es escrita, se deben llenar ciertos requisitos para que no sea afectado en su validez, el acto de saneamiento que se practica. El artículo 1338 del Código francés dice que «el acto de confirmación ó ratificación no es válido, si en él no se encuentra la sustancia de la obligación, la mención del motivo de la acción de rescisión y la intención de reparar el vicio sobre el que esa acción está fundada».

De aquí que todos los intérpretes del Código Napoleón establezcan como requisitos indispensables de la ratificación los tres siguientes:

1.º Que se enuncie la sustancia de la obligación que se confirma:

2.º Que se mencione el motivo que la vicia, lo que implica el conocimiento por el que ratifica del defecto que invalida la obligación;

3.º Que se manifieste intención de confirmarlo.

191. Haciendo una clasificación de los elementos que, según la teoría y legislación francesa y también según la italiana, debe tener el acto de confirmación, los dividiremos en subjetivos y objetivos. Consideramos que, con ciertas salvedades que se expondrán, los elementos en nuestra legislación son los mismos que expresamente se establecen en aquellas.

El elemento objetivo del acto de ratificación es la enunciación del acto ó contrato que se quiere confirmar, ó lo que es lo mismo, la enunciación de la sustancia del acto de ratificación.

Los elementos subjetivos son dos: *a)* conocimiento por la persona que ratifica del vicio que invalida el acto; *b)* intención de confirmar.

El artículo 1309 del Código italiano concuerda exactamente con el 1338 del Código francés, de modo que los elementos apuntados son también regidos expresamente por el Código de Italia.

Corresponde estudiar separadamente cada uno de ellos, determinando hasta dónde son, en ausencia de disposición legal expresa, aplicables dentro de nuestra ley.

192. A) Elemento objetivo.—Según el artículo 1338 del Código francés no hay acto de confirmación válido, si éste no contiene la substancia de la obligación que se confirma, es decir, las disposiciones que la caracterizan ⁽¹⁾. Por ejemplo, si se trata de una venta, el acto confirmatorio debe especificar que se trata de un contrato de venta, la cosa vendida, el precio, la fecha y todas las condiciones especiales que sean indispensables para individualizarlo. De esta manera es que se llega á adquirir la certeza de cuál fué la obligación que las partes quisieron confirmar, y se conseguirá alejar toda posibilidad de duda al respecto. Larombière cree que basta con enunciar el contrato los contrayentes y la fecha ⁽²⁾. Demolombe piensa que la fecha es muy poca cosa, que no es suficiente para determinar con precisión el acto ó contrato que se quiere confirmar, y que debe determinarse á lo menos el objeto principal del contrato; esta opinión, es compartida por la mayoría de los autores ⁽³⁾. Nos permitimos disentir de las opiniones de la mayoría de los autores. En nuestra opinión no debe darse *à priori* una solución absoluta. Es necesario atender á las circunstancias especiales de cada caso. Si una persona manifiesta que ratifica el contrato de compraventa que realizó con otra en tal fecha, sino celebró ese día ningún otro, ni celebró tampoco con esa persona otro contrato con posterioridad ó en la misma época, claro está que la intención de ratificar no puede estar

(1) SOLÓN. — II, § 389.

(2) LAROMBIÈRE. — VI, sobre 1338, § 78.

(3) DEMOLOMBE, VI, § 763; TOULLIER, VIII, § 496; LAURENT, XVIII, § 614; SOLÓN, II, § 2389; GIORGI, VIII, § 192; DALLOZ, *Oblig.*, 4505; HUC, VIII, § 272; CANNADA, § 116.

más de manifiesto, y el contrato suficientemente determinado.

En cuanto á la aplicabilidad en nuestra legislación de este requisito, nos parece que es indispensable que lo contenga todo documento que se quiera hacer valer como plena prueba de la ratificación. Es cierto que carecemos de una disposición expresa que lo establezca, pero ello resulta del contexto de la ley y de la naturaleza de la institución. Si se desea perpetuar que *A* ratifica el contrato viciado de nulidad relativa que celebró con *B*, en un documento capaz de hacer por sí solo plena prueba, es necesario que en ese documento se diga qué contrato es el ratificado, especializándolo, pues de lo contrario, estando indeterminado en el documento el objeto de la ratificación sería necesario completarlo por otras pruebas supletorias á fin de demostrar que las partes, extendiéndolo, tuvieron por objeto ratificar tal contrato y no tal otro. Esta es la importancia que tiene en nuestra legislación el requisito que estudiamos.

193. Es necesario no olvidar que una cosa es la ratificación y otra el acto ó documento de la ratificación. Aquella para ser valida debe reunir todas las condiciones que son indispensables para ello y que ya hemos enunciado. El acto ó documento debe reunir ciertos requisitos para hacer por sí plena prueba, y en los casos en que se exigen *ad sólemnitem* debe reunirlos so pena de nulidad.

194. *B) Elementos subjetivos.—1.º Mención en el documento del motivo que vicia la obligación.* Tiene por objeto dos cosas.

En primer lugar, que exista en el documento escrito la constancia de que el vicio era conocido por la persona que ratifica. Es este un requisito indispensable, como hemos visto, de la ratificación. Nadie puede renunciar á un derecho si no sabe que lo tiene. La confirmación hecha en esas condiciones adolece-

ría de un vicio tan grave como el que impide producir sus efectos al contrato primitivo.

Para renunciar válidamente es necesario saber, qué cosa se renuncia. Las renunciaciones indeterminadas carecen de valor.

Se comprende, después de esto cuál es el objeto que se persigue cuando se incluye en el documento confirmatorio la constancia de que se conoce por quien ratifica, el vicio que infecta la obligación. Si no se hiciere así, no constituiría por sí sola plena prueba, y sería forzoso acudir á otros medios para demostrar que se había llenado el requisito apuntado.

En segundo lugar, tiene por objeto, como hace notar Solón, prevenir las sorpresas que una parte podría hacer á la otra, y evitar los errores que podrían resultar de una ratificación general. Podría suceder que una parte pidiendo una ratificación en general, y bajo un pretexto privado, hiciera renunciar á una nulidad desconocida y grave.

195. Si se tratara de vicios de derecho, deben también enunciarse según Laurent, y no hay que olvidar, que en este caso es cuando tiene la enunciación, precisamente, más importancia porque la persona que verifica la ratificación ignora los derechos que la asisten. ⁽¹⁾

Giorgi considera que si Laurent ha creído decir con las palabras anteriores que deben ser mencionadas las consecuencias jurídicas del error, del dolo, de la violencia etc., ha incurrido en error. Funda su opinión en que la ignorancia de la ley no se presume. Además dice que quien tiene la intención de corregir el vicio ¿puede ignorar por qué ese vicio tiene necesidad de ser confirmado, ó, mejor dicho, corregido. Giorgi tiene razón. Corroboran su opinión el artículo 2 de nuestro Código Civil, y el 1244, que dice que el error de de-

(1) LAURENT, XVIII, § 616; HUC, VIII, 272; LAROMBIÈRE, 1338, 28; CANNADA, § 169,

recho nunca impedirá los efectos jurídicos de los contratos.

196. Si los vicios del contrato son varios ¿deberán ser todos mencionados?—Es esencial que ellos sean conocidos para que exista la ratificación; y si se quiere poseer un documento que haga plena fe haciendo inatacable el acto ó contrato confirmado, deberán indudablemente mencionarse todos.

Para la validez de la confirmación, que yo haga, lo esencial es que si hay dos nulidades las conozca yo las dos en el momento de ratificar. Si conociéndolas ratifico el acto, pero en el documento que se extienda sólo enuncio *una*, la ratificación está perfectamente hecha porque yo conocía las *dos*. Habrá que probar por otros medios que conocía también la otra causa de nulidad. Eso es todo. Y no podría ser de otra manera, desde que puedo no enunciar ninguna de esas causas de nulidad y la *ratificación ser perfecta, siempre que yo las conociera en el momento de ratificar.*

197. 2.º *La intención de confirmar.* Los autores franceses é italianos consideran este elemento tan esencial como los dos anteriores, para la validez del acto confirmatorio. Esto se explica porque lo dice la ley. En nuestra ley, no estando expresamente establecida, no la conceptuamos indispensable. Por otra parte, ella resulta necesariamente de la confirmación que se hace con conocimiento de causa. Pero, basta y sobra, que se ratifique con conocimiento de causa. La intención es la consecuencia forzosa de este conocimiento: implícitamente se contiene en toda confirmación, pero no es necesaria. (1)

198. En Italia y en Francia, la nulidad del acto, que no reúne los requisitos indispensables, no implica la nulidad de la confirmación porque ésta puede haberlos reunido (2). Ésta podrá ser probada por

(1) Véase supra §.

(2) LAURENT, XVIII, § 691; LAROMBIÈRE, VI, 1338, § 32; GIORGI, VIII, § 139

todos los medios de prueba que sean admisibles en el caso.

En nuestra legislación, como ya lo hemos indicado, la nulidad del instrumento probatorio no implica tampoco la nulidad de la confirmación. Más aún. El instrumento probatorio no es nulo por no reunir todos los requisitos esenciales para constituir la plena prueba de la validez del acto. Es *incompleto* como prueba, y susceptible de ser completado por los demás medios que sean pertinentes en el caso.

199. «La ratificación expresa debe hacerse con las solemnidades á que por la ley está sujeto el acto ó contrato que se ratifica» (1). Es necesario evitar una falsa interpretación que podría darse á ciertas palabras de este inciso, que tomadas aisladamente podrían parecen equívocas, pero que dentro del conjunto de las disposiciones de la ley son bien claras y precisas. En efecto, pudiera parecer que la ratificación expresa hecha con las solemnidades que la ley impone al acto ó contrato que se confirma, fuera capaz de subsanar el defecto ó la falta de esas solemnidades en el acto ó contrato primitivo. Tal interpretación no es posible. Destruiría la unidad que debe existir entre todas las disposiciones de la ley, poniéndose en abierta contradicción con el artículo 1534, que establece que constituye nulidad absoluta el no cumplimiento de los requisitos esenciales para la validez de ciertos actos ó contratos en atención á su naturaleza, y el siguiente 1535, que declara dichas nulidades no subsanables por la ratificación de las partes. Admitir que las solemnidades de la ratificación suplen á las que acompañaron al acto ó contrato, es establecer que la nulidad que viciaba á éstos era relativa cuando la ley ha establecido que es absoluta.

El inciso que estudiamos se refiere á otras clases

(1) Código Civil, 1544, inciso 2.º.

de vicios. Puede un acto ó contrato para el que la ley exige que se cumplan ciertas solemnidades, haber sido celebrado ajustándose exactamente á éstas, y adolecer de otros vicios de los que producen nulidades relativas. Se quiere confirmar un contrato en estas condiciones. Como no está completo, lo lógico es que al completarlo se exijan, en el complemento, las mismas solemnidades que se exigieron en el acto ó contrato que se ratifica. La confirmación forma parte del contrato confirmado, y, en consecuencia, debe estar sometida á los mismos requisitos que éste. De lo contrario, se incurriría en la inconsecuencia de que para medio contrato se exigirían requisitos y solemnidades, que se consideraban completamente inútiles para el otro medio. Una de dos: ó se cumplen las solemnidades de la ley en el acto ó contrato, y en la confirmación, ó no se cumplen en ninguno. Si la ley ha conceptuado indispensables las solemnidades, ellas deben alcanzar también á la ratificación.

Nuestro Código se ha apartado del francés en esta parte que establece requisitos especiales para la confirmación. Creemos que nuestra disposición es más lógica, por cuanto hace seguir á la parte (la confirmación) la suerte del todo. No vemos las razones que obligarían á someterla á principios distintos.

290. Todos los medios de prueba admitidos para demostrar la existencia de un contrato, deben ser admitidos para demostrar la existencia de la confirmación de ese mismo contrato.

Son igualmente admisibles los principios de prueba por escrito, á condición de completarlos luego con pruebas complementarias.

§ 2.— LA RATIFICACIÓN TÁCITA

201. «La confirmación tácita, dice Solón, resulta de hechos ó actos que suponen necesariamente, de parte de quien emanan, la intención de renunciar á los medios que se tienen para anular la obligación, y que le hacen atribuir el deseo bien manifiesto de ejecutar en todo su contenido, ese mismo compromiso.» (1)

De dos maneras puede producirse la ratificación tácita: por el transcurso del término de cuatro años sin entablar la acción de nulidad, y por la ejecución voluntaria de la obligación. La primera es más bién una presunción de confirmación; de ella se ocupa el capítulo siguiente.

Es necesario hacer notar ante todo, que cualquier acto de ejecución no basta para constituir ratificación tácita. Si así fuera, el recurso de la acción de nulidad sería un recurso ilusorio, porque la ley precisamente anula, no sólo para impedir efectos futuros del acto, sino también, para neutralizar, destruyéndolos, los efectos que siendo inválido produjo. Si estos efectos implicaran confirmación no sería posible hacer progresar la acción de nulidad.

202. Importa establecer que los principios que rigen la confirmación tácita son los principios generales de toda confirmación, que ya hemos indicado. Una diferencia de forma en el modo de expresar el consentimiento no puede dar lugar á que varíen los principios de la institución. De aquí, que no habiendo ninguna diferencia de naturaleza, los principios que gobiernan la ratificación expresa se aplican tam-

(1) Solón.—II, § 405.

bién á la tácita, en cuanto lo permitan las circunstancias. La única diferencia que hay entre la ratificación expresa y la tácita es que en la expresa existe una declaración formal de voluntad, y en la tácita falta esa declaración formal, pero ella resulta de los hechos, se infiere de éstos con tanta seguridad que permite descubrir claramente la voluntad de confirmar. Es preciso que los hechos de ejecución, para que así ocurra no sean equívocos, sino *unívocos*.

203. Encontramos una inconveniencia en la ley. Dice nuestro Código que la ratificación tácita consiste en la ejecución voluntaria de la obligación. No hay, pues, necesidad de cumplir con requisito ó solemnidad alguna para su validez. Claro está, que si la ley exigía ciertas formalidades para la validez del acto en atención á su naturaleza, y esas formalidades no fueron llenadas, aquél estará viciado de nulidad absoluta, y, por lo tanto, no podrá ser confirmado, ni expresa ni tácitamente. Pero si en el acto ó contrato viciado se llenaron todos esos requisitos que se exigen por la ley como solemnidad y el contrato adolece de una nulidad relativa, puede confirmarse expresamente, con tal que esa confirmación se sujete á las mismas solemnidades del acto que se ratifica, pues de lo contrario carecería de valor. Pues bien, ese mismo acto ó contrato puede ser confirmado tácitamente, sin sujetarse á solemnidad de ninguna especie. Aquí hay una inconsecuencia de la ley. Comprendemos que ella, en parte, deriva de la naturaleza de la ratificación tácita que no puede someterse á solemnidades, y de las dificultades de la materia, pero el legislador, para ser lógico, si admite una confirmación tácita sin solemnidades, debió admitir con mayor razón una ratificación expresa, sin solemnidades también, sobre todo si se tiene en cuenta que hay en la confirmación expresa una mayor formalidad y una mayor seguridad en la manifestación de voluntad que se hace.

Lo lógico hubiera sido no admitir la ratificación tácita de los contratos solemnes, pero ya que se admitía, se debía admitir también la ratificación expresa de los mismos, sin someterlos á determinadas solemnidades. Esto no sería ni científico, ni jurídico, pero sería lógico, por lo menos.

204. ¿En qué sentido deben interpretarse las palabras *ejecución voluntaria*?—Pueden darse tres soluciones:

1.º Significan ejecución no forzada; 2.º Significan ejecución espontánea; 3.º Significan ejecución *consistente, con conocimiento de causa*.

1.ª solución.—Es la solución de Toullier. La obligación se ejecuta voluntariamente, cuando la ejecución no es consecuencia de una persecución judicial ó de violencias ó amenazas ejercidas sobre el individuo (1). Esta interpretación nos parece absurda. No se concibe que lógicamente se pueda renunciar á la acción de nulidad, aunque sea de un modo tácito, sin saber qué se renuncia. De modo que, por lo menos, sería indispensable el conocimiento del vicio, que infecta la obligación que se cumple voluntariamente. Sin conocimiento de la causa de nulidad no puede renunciarse á ella; y sin renuncia, no hay confirmación.

205. *2.ª solución.*—Es la opinión de Giorgi, discutiendo un artículo análogo concordante con nuestro 1419. Cree el ilustre autor italiano que para que no haya lugar á la repetición de lo pagado, cumpliendo una obligación natural, basta con que se haya pagado, espontáneamente. Pero en materia de ratificación la opinión del ilustre maestro cambia, porque la ley, á continuación de la palabra *voluntariamente*, ha agregado que tal ejecución debe ser hecha *por quien conozca el vicio de la obligación*. «Esto, dice, quiere significar que la espontaneidad no basta en el hecho,

(1) TOULLIER.—VIII, § 512.

sino que se quiere el conocimiento del derecho. Necesita no sólo haberse cumplido sin coacción, sino con conocimiento del vicio que da paso al remedio rescisorio. La palabra *voluntariamente*, si estuviera aislada no sería suficiente: prueba de ello las disputas de los autores franceses, sobre su artículo 1338, que no menciona el conocimiento del vicio.... Faltaría la espontaneidad si el deudor hubiese cumplido la obligación bajo amenazas ó violencias del acreedor. Faltaría la ciencia, si la hubiera cumplido, no sólo antes de conocer el error, la violencia ó el dolo de que fué víctima, sino también si se hubieran ignorado las consecuencias jurídicas de estos vicios ó de la incapacidad. Por esto, si bien es verdadero que el deudor, enajenando la cosa, ó, de un modo más general, transmitiendo á otros los derechos derivantes del contrato por la acción de garantía á que está sujeta no queda libre de la acción rescisoria, porque no se puede decir que haya un acto de confirmación, si no conocía el vicio de la obligación».

La solución á que llega Giorgi, es la que nos parece más ajustada á los principios de la ley y de la ciencia jurídica. Pero no podemos aceptar los fundamentos establecidos por el ilustre Presidente de Sección del Consejo de Estado, porque de ellos resulta que, dentro de la letra de nuestra ley, la palabra *voluntaria*, encontrándose aislada, no podría ser interpretada, sino en el sentido de espontánea. Sería, por lo tanto, ineficaz la confirmación tácita otorgada mediante violencia ó dolo, porque el consentimiento que implica una ejecución voluntaria en esas condiciones no sería espontáneo, pero sería válida la confirmación que se diera en la ignorancia del vicio que invalida la obligación, ó la que se diera persistiendo en los vicios que infectaron el acto ó contrato primitivo. Volvemos á repetirlo: Una confirmación en tales condiciones, no es tal confirmación. Es caer en la doctrina

de Toullier, aunque se la presente con distintas palabras. Si no se conoce el vicio, la confirmación carece de valor, porque siendo una renuncia no se concibe que pueda existir, sin que el renunciante conozca ó sepa qué cosa renuncia.

206. 3.^a solución. — Es la solución de Laurent. Las palabras *ejecución voluntaria* deben ser interpretadas, en el sentido de ejecución *consciente*, con *conocimiento de causa*. ¿Qué quiere decir la palabra *voluntariamente*? En el artículo 1135 (1419 nuestro) esto no es dudoso; la ley no entiende reprobar el pago que hubiera sido hecho bajo el imperio de la violencia; sería inútil decirlo desde que resulta de los principios generales. El deudor de una obligación natural paga la deuda voluntariamente, en este sentido: que sabe que la deuda es natural y la paga sabiendo que no puede ser obligado á pagarla. Creemos que en el caso del artículo 1338 (1544 nuestro) la palabra *voluntariamente* tiene un sentido análogo. Quien ejecuta una obligación nula ¿entiende confirmarla? Sí, si sabe que el acto es nulo, y á pesar de eso lo ejecuta; no se le podría forzar desde que hubiera podido oponer al acreedor una excepción perentoria. Cumple la obligación, por lo tanto, sabiendo que no está obligado á cumplirla, lo que indica la intención de renunciar á la acción de nulidad, tanto como á la excepción de nulidad. Ejecutar voluntariamente, es, luego, ejecutar con intención de confirmar. (1)

207. De todas las opiniones expuestas optamos por la última que ha sido defendida por muchos ilustres tratadistas franceses.

Debemos dejar de lado cuál es el sentido que debe darse á la palabra *voluntariamente* en el artículo 1419. En el artículo que comentamos la interpretación

(1) LAURENT. — XVIII, § 621.

del término legal debe estar de acuerdo con los principios que rigen la institución jurídica á que se aplica, y es evidente que no puede existir confirmación, sin que sea conocida la causa que invalida la obligación. Este es un principio de carácter general, aplicable, tanto á la confirmación expresa como á la tácita. (1)

En nuestra ley no tiene cabida argumento que puede hacerse en la francesa. En ésta el legislador ha dicho expresamente que el conocimiento del vicio es indispensable, para que haya confirmación expresa y ha callado al establecer sus disposiciones sobre la tácita. Pudiera parecer que esta omisión autorizara la conclusión de que no es necesario el conocimiento del vicio en la confirmación tácita. Pero en nuestra ley, todo se ha dejado á la doctrina, pues el legislador ha creído que los elementos esenciales y sus consecuencias deben inferirse claramente de la naturaleza de la institución. Los principios deben ser los mismos en ambas formas de ratificación. No hay motivo lógico ni jurídico para variarlos.

Establecer que no hay necesidad de que se conozca el vicio para confirmar tácitamente, sería lo mismo que decir que cualquiera ejecución no violenta, subsana la nulidad del contrato. No habría entonces, ni renuncia á la acción de nulidad, ni ratificación, sino simplemente *una disposición legal encargada de suprimir los efectos de las otras*, de tal manera que el acto declarado nulo en un artículo de la ley, sería declarado válido en los otros.

Esto no es posible. Nadie tiene derecho de ajustarse literalmente á las palabras del legislador, para hacerlo incurrir en evidentes contradicciones. *Voluntariamente* no puede significar sino *conscientemente*, con conocimiento de causa.

203. No es posible hacer una enumeración de los

(1) Véase *supra*, § 167.

casos de ejecución voluntaria que importan ratificación. Es un punto en que el magistrado debe obrar con mucha cordura aplicando las reglas de la lógica y del buen sentido, tan fáciles de establecer en teoría, como difíciles de aplicación práctica. La prudencia del magistrado es la encargada de resolver el número casi infinito de casos que pueden presentarse, lo que no impide que el intérprete se ocupe de aquellos más comunes ó que puedan presentar dificultades.

209. Una ejecución voluntaria parcial, ¿importa ratificación?—Poco importa que la ejecución sea total ó parcial; lo esencial es que se conozca el vicio y que conociéndolo se ejecute una parte de la obligación. Esta ejecución parcial es suficiente para poner de manifiesto la renuncia á la acción de nulidad, que tiene que ser total, pues esta acción no se puede dividir en pedazos.

210. La dilación de pago ¿importa ratificación?—Polignani sostiene la afirmativa, apoyándose en el principio romano *ad solutionem dilationem patentem adquevisse sententiæ manifeste probatur*.

No nos parece acertada esta solución. Como dice Laurent, puede pedirse una espera como medio de evitar ejecuciones, en tanto que se reúnen los elementos necesarios para hacer viable la acción de nulidad. Aubry y Rau se pronuncian en el mismo sentido de Laurent, porque «los actos parecen solamente anunciar la intención de ejecutar una obligación; no tienen, del punto de vista de la confirmación, una fuerza igual á los actos por los cuales esa ejecución se realiza.» ⁽¹⁾

Pedir una dilación es á lo sumo manifestar *intención de cumplir la obligación, pero no es EJECUTARLA*, como quiere la ley, y sin ejecución voluntaria, no hay confirmación tácita.

(1) AUBRY Y RAU, IV, § 337; LAURENT, XVIII, § 634.

Estas reglas no son absolutas. Tal vez atendiendo á las circunstancias particulares de cada caso, hubiera que llegar á distintas soluciones.

211. Hay ciertos actos que no pueden ser ejecutados sin que pongan de manifiesto de una manera indubitada que quien los ejecuta renuncia á entablar la acción de nulidad. Como regla general, diremos que esos actos deben ser considerados como ratificaciones tácitas siempre que sean *unívocos*, y que no debe tenérseles en cuenta si fueran *equivocos*.

SECCIÓN V

DE LOS EFECTOS DE LA RATIFICACIÓN

SUMARIO:—*Entre las partes*: — 212. La confirmación tiene efecto retroactivo — La confirmación condicional — *Con respecto á terceros*: — 213. La retroactividad no alcanza á los terceros.

212. El principio que rige es el siguiente: «*ratificatio retrotrahitur ad tempus initii*. La confirmación tiene efecto retroactivo. Se subsana el vicio que invalidaba el acto ó contrato tan eficazmente, que se le supone válido desde el primer momento, y, en consecuencia como si nunca hubiera adolecido de defectos. Este principio, dice Laurent, es universalmente admitido y, por lo tanto, es inútil insistir.

La confirmación puede ser condicional, y en este caso se aplican los principios que rigen la condición. (1)

213. Con respecto á los terceros no es tan unánime la doctrina. Windscheid sostiene que la limitación que se quiere establecer á la retroactividad no haciéndola extensiva á los terceros, es completamente injustificada. Barassi se manifiesta en idéntico sentido (2). Toullier y Troplong manifiestan que la ratificación no tiene efectos contra terceros cuando se trata de actos *inexistentes* (sic) y que lo tiene cuando se trata de actos simplemente anulables.

Pero la opinión predominante no da efecto retroactivo contra los terceros á la ratificación. La ratificación es una renuncia á la acción de nulidad, pero nosotros no podemos renunciar á lo que no nos pertenece y

(1) LAURENT. — XVIII, § 656.

(2) BARRASSI. — La ratifica, § 214, 212, 213 y 215.

esa acción ha dejado de pertenecernos respecto de los derechos que válidamente hemos conferido á terceros. Como dice Laurent, confirmar es renunciar, pero no podemos renunciar á los derechos de los terceros aunque podamos renunciar los nuestros. La venta que se hace al tercero hace presumir una renuncia á la confirmación. (1)

(1) LAURENT, — XVIII, § 657.

CAPÍTULO VI

DE LA PRESCRIPCIÓN DE LA ACCIÓN DE NULIDAD

SECCIÓN I

FUNDAMENTOS Y NATURALEZA

SUMARIO:— 214. El artículo 1542 del Código Civil es una verdadera prescripción. — 215. Opiniones de Baudry Lacantinerie, de Aubry y Rau, Larombière, Laurent, Hue, Planiol, Marcadé. — 216. Fundamentos. — 217. La prescripción no exige exactamente las mismas condiciones que la ratificación. — 218. Las nulidades absolutas. — 219. Los contratos y actos jurídicos. — 220. Los pactos sobre sucesiones futuras. — Opiniones de Toullier, Duvergier, etc... Crítica.— 221. Continúa. — 222. Conclusión.

214. El lapso de tiempo establecido en el artículo 1542 del Código Civil, es una verdadera prescripción. Es cierto que la ley no dice que la acción de nulidad se prescribe por cuatro años, sino que se limita á establecer que el plazo para pedir la anulación durará cuatro años, pero entendemos que no se trata de un plazo fatal é invariable, sino de un plazo sujeto á las mismas reglas, establecidas en el Código, gobernando los plazos que se exigen para la prescripción en general. La prueba de esta afirmación, la encontramos en la letra misma de la ley, la que por su artículo 1543 dispone que los herederos mayores de edad gozarán del cuadrienio íntegro como hubiese principiado á correr en vida de su antecesor, y del residuo en caso contrario; y que «los herederos menores empezarán á gozar del cuadrienio ó su *residuo*, desde que hubieran llegado á la mayoría de edad». Para gozar de un *residuo* que se contará sólo cuando el menor llegue á ser mayor, es

necesario que durante la minoría de edad, se suspenda el lapso de tiempo que ha empezado á correr. Y se suspende, según el artículo que acabamos de citar y lo que es más significativo, la suspensión se verifica bajo el imperio de los mismos principios y de las mismas reglas que suspenden la prescripción en general. En efecto, en los artículos 1217 y inciso 1.º 1218, se establece que se suspende el curso de tales ó cuales prescripciones á favor de los menores, de los dementes y de de los sordomudos, y de todos los que están bajo patria ó marital potestad, tutela ó curaduría, y que una vez que cese el estado de incapacidad, sigue corriendo la prescripción, debiéndose contar el tiempo anterior á la suspensión, si lo hubo, lo que es igual á decir que la prescripción sigue corriendo por el residuo.

«Pasados treinta años se tomarán en cuenta las suspensiones de la prescripción», dice el artículo 1218 y el 1543 dispone que no se podrá pedir la declaración de nulidad, pasados treinta años desde la celebración del acto ó contrato. ¿Dónde está la diferencia? En ninguna parte.

Desde el punto de vista de la interrupción de la prescripción, se descubren semejanzas importantísimas. Toda prescripción se interrumpe por el emplazamiento judicial notificado al poseedor ó deudor. De modo que aún cuando el plazo de la prescripción expire durante el juicio, las cosas permanecen como si no hubiera expirado, debido á que aquélla está interrumpida. De la misma manera, basta interponer la acción de anulación dentro de los cuatro años, y no importa mayormente el que la sentencia declaratoria no se dicte dentro del plazo de la referencia.

Pues bien, decir que una acción sólo puede intentarse dentro del plazo de cuatro años, decir que ese plazo se interrumpe y se suspende, ¿no es lo mismo, exactamente lo mismo, que decir que esa acción se

prescribe por cuatro años? En realidad, no hay diferencia, el término de cuatro años constituye una verdadera prescripción, por su naturaleza, como acabamos de verlo, y por sus fundamentos y consecuencias como lo veremos más adelante.

215. Los más reputados intérpretes del Código francés, llegan ó esta misma conclusión, á pesar de no ser la letra de la ley francesa, tan clara como la nuestra, pues no ha dictado ninguna norma especial sobre suspensión del plazo otorgado para entablar la acción de nulidad. Baudry Lacantinerie hace notar que la opinión que no ve en el plazo para entablar la acción de nulidad, nada más que un plazo fatal y perentorio, improrrogable, sin suspensión, sin interrupción está casi universalmente abandonada. Las dificultades que se le presentaban eran insuperables. ⁽¹⁾

Si esta es la tendencia en Francia, con mayor razón debe ser entre nosotros que tenemos algunas disposiciones que autorizan la suspensión y la interrupción.

Los autores italianos están tambien por considerarlo una prescripción. Es cierto, que dicho Código es más explícito que el nuestro, por cuanto dice que se aplicarán las reglas de la interrupción y suspensión de la prescripción, pero, en definitiva, eso mismo dice el nuestro como ya lo hemos visto más arriba.

216. La prescripción de la acción de nulidad reposa en sólidos fundamentos, tan sólidos que son los mismos fundamentos de la prescripción en general. Esto basta, para dar una idea de su solidez.

En primer lugar es la necesidad social que lo exige; los derechos no pueden permanecer inciertos siempre, ó por un lapso de tiempo de veinte ó treinta años, sin que se causen serios perjuicios al individuo y á la so-

(1) BAUDRY LACANTINÉRIE, obra citada, 3.º, 1.ª part., § 2024; AUBRY Y RAU, IV, § 447; LAROMRIÈRE, V, pág. 308; LAURENT, XIX, § 3 y 4; HUC, VIII, § 239; PLANIOL, II, § 1290; MARCADÉ, IV, 878.

ciudad. Al individuo, porque la transmisión de su derecho en esas condiciones, se hace difícil y complicada y porque la adquisición de derechos de otros, puede ser una aventura ruinosa. A la sociedad, porque estableciéndose esas dificultades á la transmisión de los derechos, se producirá inevitablemente una inmovilización de todos estos.

En segundo lugar, agregaremos con Jaubert, un lapso de tiempo sin reclamación, debe hacer presumir la ratificación. Quien ha celebrado un contrato anulable, y lo sabe, debe entablar la acción de nulidad que la ley le concede para protegerlo. ¿No lo hace y guarda silencio? Entonces se debe creer que aprueba el contrato, renunciando al derecho de pedir la nulidad.

Sin embargo, se notan algunos síntomas de desacuerdo en lo que al segundo argumento se refiere.

«El artículo 1115, dice Planiol, supone que dejando transcurrir el tiempo fijado por la ley para la rescisión, la parte ha podido tener la intención de confirmar el acto. Pero, esto no es necesariamente verdadero, como lo piensan ciertos autores, que ven siempre en la prescripción un caso de confirmación tácita. Han cometido la torpeza de erigir en regla general una simple *probabilidad*. No se debe considerar la simple expiración del plazo de la prescripción como constituyendo siempre una confirmación, como constituyendo siempre un caso de confirmación tácita. Es posible que la parte que se encuentra próximo al término de diez años, lo sienta llegar en una inacción intencional, á fin de procurar al acto una validez perfecta. Pero no puede suponerse esta intención por el sólo hecho de la abstención; es necesario aún, que la voluntad de confirmar el acto, que es la esencia de toda confirmación, pueda ser probada» (1).

(1) PLANIOL.—Obra citada, II, § 1298.

Baudry Lacantinérie, hace notar que, en la prescripción no existe confirmación tácita, ni expresa lo que por otra parte, sería contradictorio, pues si hay confirmación tácita ó expresa, ésta es, y no la prescripción, la causa que extingue la acción de nulidad.

No se trata, pues, de confirmación tácita, sino de una *presunción de confirmación*, que emana del prolongado silencio de aquella de las partes á quien beneficia la acción de nulidad. Jaubert lo dijo: *Un lapso de tiempo sin reclamación debe hacer presumir la ratificación.* (1)

217. De este segundo fundamento no se debe concluir que la prescripción exija las mismas condiciones que la ratificación. Las observaciones de Planiol y de Baudry Lacantinérie nos indican que no es de una confirmación tácita, sino de una presunción de confirmación, de lo que se trata. En consecuencia, en muchos casos, no será necesario el conocimiento del vicio, por la parte, contra quien se prescribe, para que la prescripción produzca sus efectos. En estricta justicia, la presunción de confirmación debería desvanecerse ante la realidad de que tal confirmación no ha existido. Pero la ley dice lo contrario. Parecería que incurre en cierta implicancia, pero si la hay es de la naturaleza de toda prescripción. El interés general la impone.

218. Sin nulidad relativa, no hay acción de nulidad; y sin acción de nulidad, no hay prescripción de cuatro años. Los actos y contratos que adolecen del vicio de nulidad absoluta no pueden confirmarse, ni subsanarse por un lapso de tiempo menor de treinta años. La prescripción de cuatro años es, pues, respecto de ellos, completamente inaplicable.

219. La prescripción de la acción de nulidad se opera

(1) BAUDRY LACANTINÉRIE, ob. cit., III, § 2025; *Pandectes*, § 6760; LOCRÉ, XII, § 60.

no sólo respecto de los contratos viciados sino también de los demás actos jurídicos que estén infectados por una nulidad relativa. Nuestro artículo 1542 dice que el término correrá, en el caso de error ó dolo desde el día de la celebración del *acto* ó contrato, lo que indica que las disposiciones legales se extienden también á los actos jurídicos en general. Hacemos esta aclaración, porque los comentaristas del Código francés han sostenido las opiniones opuestas, fundadas las unas en que el artículo 1307 de dicho Código habla solamente de las *convenciones*, y que siendo una disposición excepcional es de estricta interpretación; y los otros, basados en que no hay motivo, ni principio jurídico, ni científico que autorice á establecer, respecto de la prescripción de la acción de nulidad, diferencias entre los actos y los contratos. En nuestra legislación no hay lugar á dudas; la letra de la ley se encarga de disiparlas.

220. Toullier ⁽¹⁾, Duvergier, etc., sostienen que la convención que tiene por objeto una sucesión futura es nula, pero que la acción de nulidad á que da nacimiento, se prescribe por el plazo señalado para la prescripción de las acciones de nulidad. La doctrina es errónea y ya hemos tenido ocasión de examinarla ⁽²⁾. Un pacto sobre una sucesión futura, tiene un objeto ilícito, prohibido por la ley, y, en consecuencia, es inexistente. La prescripción del artículo 1542, ya hemos visto que no tiene lugar sino respecto de los contratos y actos nulos relativamente. No es, por lo tanto, semejante acto ó contrato subsanable por un lapso de tiempo menor de treinta años.

221. Se ha defendido la doctrina de Toullier, diciendo que el plazo del artículo 1542 sólo empezará á correr á la apertura de la sucesión. Desde que ha muerto

(1) TOULLIER. — VII, § 561.

(2) Véase *supra*, § , cap. V.

el causante el contrato puede confirmarse, porque ya no se trata de una sucesión futura, sino de una sucesión abierta, y, en consecuencia, el objeto ha dejado de ser ilícito. Ya hemos examinado el argumento, y á lo dicho nos remitimos (1).

222. Dos son las condiciones indispensables para que produzca sus efectos la acción de nulidad. La primera es que se trate de un acto ó contrato viciado de nulidad relativa; la segunda es que no haya, previamente, mediado confirmación, lo que haría inútil la prescripción. Es necesario también que no se haya deducido la acción de nulidad.

Terminaremos, no sin hacer á este respecto una salvedad. Entablar la acción de nulidad basta para interrumpir la prescripción, pero si sobreviene la perención de la instancia, ó un desistimiento ó deserción la prescripción correrá nuevamente, de acuerdo con lo que se determina en el Título respectivo del Código Civil.

(1) Véase *supra*, cap. V.

SECCIÓN II

DEL TÉRMINO DEL ARTÍCULO 1242

SUMARIO.—223. El término del artículo 1212—Derecho comparado—Opiniones de Pisanelli, Vaca, etc.—224. ¿Cuándo empieza á correr la prescripción de la acción de nulidad?—Reglas generales.—225. 1.ª excepción—La violencia en el consentimiento—Los demás vicios del consentimiento—*Contra non valentem agere non currit prescriptio*—Discusión general.—226. La segunda excepción—La incapacidad.—227. ¿Cuándo puede el marido impugnar las enagenaciones de bienes dotales hechas por la mujer, prescindiendo de la ley?—Diversas opiniones—Discusión general—Conclusión—Opinión de Bufnoir.—228. La acción de nulidad que pueda corresponder á la mujer.—229. Los menores.—230. Las personas jurídicas.—231. Las obligaciones á plazo.—232. Los herederos.—233. No se podrá pedir la declaración de nulidad pasados treinta años de la celebración del acto ó contrato—Diversas opiniones—Conclusión.

223. El plazo que la ley concede para pedir la anulación es de cuatro años. No existe uniformidad á este respecto en las legislaciones de los diversos países. El Código Napoleón fijó el plazo de diez años. El Código italiano estableció cinco, siguiéndole el japonés. El Código chileno fijó como el nuestro un término de cuatro años. Tiene cierto interés hacer notar que la tendencia es disminuir los términos de la prescripción.

Ya los autores del Código francés se dieron cuenta de que era imposible dejar sometida la prescripción de la acción de nulidad á la prescripción de treinta años. Como dice Marcadé, del fundamento mismo de la prescripción, que es una presunción de confirmación se infería que el plazo debía ser breve. Pero el plazo de diez años fué considerado con posterioridad demasiado largo, y se empezaron á sentir tendencias, más ó menos enérgicas, para disminuirlo, primero entre los autores, y luego, como acaba de verse, en las diversas legislaciones.

Pisanelli justificaba la disposición del Código ita-

liano, que reducía á cinco años el término para pedir la nulidad, con estas palabras: «Teniendo en cuenta la mayor facilidad de las comunicaciones y del movimiento cada vez más rápido en la trasmisión de los derechos, parece excesivo el término de diez años, para mantener un derecho de resolución que siempre trae consigo inconvenientes. Ni debe tomarse por norma el término establecido para la prescripción adquisitiva, porque en ésta el título que le sirve de base parte *á non domino* y es extraño al que intenta la reivindicación; tratándose al contrario de un acto anulable ó rescindible, el acto viene á impugnar un hecho suyo. Parece, por lo tanto, suficiente un quinquenio, desde el día en que ha cesado la violencia, descubierto el dolo, llegada la mayor edad, terminada la interdicción ó la inhabilitación. Queda así mejor garantida la estabilidad de los contratos, y el interés legítimo del comercio, el cual no permite que la propiedad, y demás derechos sobre las cosas permanezcan por largo tiempo inciertos.

Vacca, miembro informante de la comisión del Senado, reprodució las mismas razones: «El término fijado para el ejercicio de la acción de nulidad ó rescisión, que en las vigentes legislaciones se extiende al decenio, queda reducido á cinco años. Las razones que presiden esta innovación son graves y evidentes; si en todas las ordenes y en las variadas manifestaciones de la vida social, todo progreso señala una conquista sobre el espacio y sobre el tiempo ¿no sería absurda é inadmisible la inmovilidad en el solo hecho de la trasmisión de los derechos y en el movimiento de las acciones judiciales?

224. El principio general que todos los autores están de acuerdo en admitir, es que la prescripción de acción de nulidad empieza á correr desde el momento de la celebración del contrato, pero todos los autores están de acuerdo, también, en establecer numerosas

y variadas excepciones, al principio que en primer término sientan con carácter general. Siguiendo la opinión de los maestros de la ciencia, sentamos el principio general, que si bien por lógica tiene ese carácter, no lo tiene en la práctica porque la ley ha establecido excepciones tan numerosas que, dentro de su sistema, quedan muy pocos casos á los que sea aplicable la regla general. En vez de decir regla general sería preferible decir regla *supletoria*.

225. La primera excepción á tal regla, es la relativa á los vicios del consentimiento, ó mejor dicho, á uno de ellos: á la violencia. Es de lamentar que nuestro legislador no haya seguido en esta parte, el criterio científico uniforme que ha predominado en todo el capítulo, dando un principio de carácter general que se aplicara indistintamente á todos los casos de consentimiento vicioso, sin hacer distinciones entre las diversas causas que pueden producirlo. Á pesar de las ventajas que, del punto de vista de la ciencia, y del punto de vista de la sencillez, ofrecía tal sistema, nuestro Código se aparta de él, estableciendo que el plazo para pedir la anulación se contaría «*en caso de violencia desde el día en que hubiese cesado*», pero para los casos de error y de dolo se prefirió tomar como punto de partida «el día de la celebración del contrato».

Hubiera sido preferible adoptar para todos los vicios del consentimiento una norma única, de carácter general, y es indudable que siendo la prescripción de la acción de nulidad, una presunción de confirmación, tal presunción no puede lógicamente establecerse sino á partir del día en que el vicio que infectaba el consentimiento, ha cesado. El que ignora que ha sido víctima del dolo ó del error, ó el que sufre las violencias que determinan un consentimiento en tal ó cual sentido, no pueden confirmar un contrato, porque la confirmación tendría los mismos vicios del contrato. No es lógico tampoco, que en tales casos pueda *presumirse* la confirmación.

Por otra parte, el que permanece bajo la influencia del error ó del dolo, está imposibilitado para ejercer la acción de nulidad; más aún, es *incapaz* de ejercerla, mientras no se vea libre su voluntad de los motivos viciosos que la determinan. Sería el caso de aplicar un conocido principio en materia de prescripción: *contra non valentem agere non currit prescriptio*.

Pero, el hecho es, que nuestro legislador entendió las cosas de distinta manera. Tal vez lo hizo en el deseo de abreviar el término de la prescripción, que podría ser excesivamente alargado si las partes tuvieran el derecho de alegar que no habían salido de su error en veinte años.

Probablemente se tuvo también en cuenta la dificultad que, con respecto al dolo, se presentaba bajo el imperio de la disposición del Código Napoleón, donde se ha discutido cuándo debe considerarse que el dolo ha cesado. ¿Es en el momento, en que se descubre alguna de las maquinaciones insidiosas que lo caracterizan, ó es en el momento en que se obtiene la prueba evidente y completa de tales maquinaciones? Pero esto pudo resolverlo el legislador, mediante una pequeña aclaración y no obligaba de ninguna manera á un cambio radical de criterio.

La prueba de que la violencia ha existido con posterioridad al acto ó contrato, corresponde á quien la invoca en su favor, según las reglas generales.

226. La segunda excepción, ó mejor dicho, la segunda regla que da nuestro Código, es la referente á los casos de incapacidad en los cuales «la prescripción se contará desde el día en que haya terminado esta incapacidad». La prescripción empieza, pues, á correr cuando cesa la incapacidad legal. Es un principio de universal aceptación.

227. Una cuestión puede presentarse. Es sabido que el marido tiene el derecho de impugnar las ena-

jenaciones de los bienes dotales de la mujer, hechas sin llenar los requisitos y formalidades de la ley. Si se aplicara á su respecto la disposición del artículo 1542 resultaría que, cesando la incapacidad legal de la mujer con la disolución del matrimonio, el término de los cuatro años se contaría á partir de este momento.

No nos parece correcta esta interpretación. El artículo 1542 se refiere á los *incapaces*, y el marido no es incapaz. El artículo 1542 establece que el término empezará á correr en el momento en que termine la incapacidad, porque el incapaz, mientras lo es, no puede entablar acción de ninguna especie. El marido puede entablar la acción de nulidad desde la celebración del contrato, y debe entenderse que es á partir de ese momento que corre para él la prescripción.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que se trata de una nulidad relativa, y que, en consecuencia, el marido puede confirmar en cualquier tiempo el contrato viciado con arreglo á la ley. Siendo la prescripción una confirmación que la ley presume, es natural también que corra en cualquier tiempo aún antes de la disolución del matrimonio, con respecto al marido, se entiende. (1)

Es necesario saber si durante el matrimonio, dice Bufnoir, se puede oponer una prescripción cumplida durante su duración. En sentido negativo se opone la generalidad del artículo 1304, puesto que declara, sin reserva ni distinción, que la prescripción no comienza á correr en ese caso, sino desde el día de la disolución del matrimonio; y por otra parte, se podría tentar la justificación de esa disposición, diciendo que la ley ha querido tener en cuenta ciertas contemporizaciones que ha debido guardar el marido en interés de la buena armonía del hogar. Á pesar de estas

(1) GIORGI. — VIII, § 166; *Pandectes françaises* 6875 y 6876.

razones, me inclino, después de muchas vacilaciones, á pensar que los términos del artículo 1304 no se refieren más que á la acción ejercida por la mujer. Es necesario interpretar el texto por sus motivos; ahora bien, los motivos de esta especie de suspensión son, ante todo, la incapacidad de la mujer que dura hasta la disolución del matrimonio, y le impide confirmar el acto que ella ha ejecutado. Este motivo no existe para el marido; éste, ya lo he dicho, es absolutamente dueño de la acción; tiene libertad completa para ejercerla... Todo lo que se podría admitir como resultante del conjunto de los motivos de la ley, es que el punto de partida será el día en que el marido haya conocido el acto ejecutado por la mujer. (1)

228. Claro está que el silencio del marido, y la prescripción que se opera á su respecto, no influyen en nada sobre la acción de nulidad que puede corresponder á la mujer. De lo contrario, la prescripción correría contra ella durante el matrimonio, lo que es absurdo. Según los principios generales, la prescripción se suspende con respecto á los que están bajo potestad marital, y el artículo 1543 ha repetido el mismo principio.

229. En cuanto á los menores, la prescripción empieza á correr desde la mayoría de edad. Debe tratarse de actos verificados por un menor púber, pues si lo fueran por un impúber, en virtud de su incapacidad absoluta, el contrato sería inexistente, y no se podría subsanar por un período de tiempo menor de treinta años.

Una menor puede contraer matrimonio y llegar á la mayor edad siendo casada. La prescripción no puede correr, porque ella se suspende con respecto á las que están bajo potestad marital en virtud del inciso 2.º

(1) BUFNOIR. — *Propriété et contrat*, pág. 732.

del artículo 1217. De modo, pues, que la acción de nulidad que tiene esa menor contra los actos que ejecutó siendo soltera, sólo empezará á correr cuando cese la incapacidad, es decir, cuando se disuelva el matrimonio, si antes ya no se ha cumplido la prescripción de treinta años que tiene la virtud de no suspenderse.

230. Las personas jurídicas no gozan de ningún privilegio, ni de restitución, ni de anulación, en los actos y contratos celebrados con arreglo á los requisitos y formalidades que, para las mismas, se prescriben en las leyes y en sus estatutos. ⁽¹⁾

Pero, puede suceder que se haya hecho caso omiso de tales requisitos y formalidades, y era el caso de determinar cuánto tiempo tendrían esas personas jurídicas para entablar la acción de nulidad, que sería la pertinente, desde que se trata de requisitos establecidos en atención á la capacidad ó estado de la persona, y no á lo naturaleza de los actos y contratos que ella ejecuta. ⁽²⁾

No pudiendo la ley asimilar tales personas á las menores, estableció con respecto á ellas una prescripción especial de la acción de nulidad. Esta se prescribirá por ocho años contados desde la celebración del acto ó contrato. ⁽³⁾

Estará, probablemente, demás el decir que esta prescripción tiene lugar sólo en los casos en que haya una obligación viciada de nulidad relativa. Si se tratara de una nulidad absoluta, se aplicarían las reglas generales.

231. Poco importa que haya un término fijado para la ejecución del acto ó contrato, ó, en otras palabras, que se trate de una obligación á plazo. La prescripción corre, no desde el momento en que se ha hecho exigible, sino desde el momento de la celebración del

(1) *Código Civil*, artículo 1538.

(2) " " " 1534.

(3) " " " 1542. — *Contra Solón*, II, § 499.

acto ó contrato, ó desde el momento que se fija en la ley para ciertos casos. Lo que se prescribe, no es la obligación, sino la acción de nulidad, y, en consecuencia, desde que se está en condiciones de ejercer esta última, la prescripción corre. (1)

232. Los herederos continúan la personalidad del causante. De aquí, que siendo mayores, corra contra ellos la prescripción que debía correr contra este último. Gozarán del cuadrienio íntegro ó de su residuo, según que la prescripción no hubiera empezado á correr en vida del causante, ó que ya estuviera corriendo cuando éste vivía.

Siendo menores, la prescripción se suspende por el término entero ó por su residuo. Como se trata de una prescripción habrá que aplicar las reglas, que, sobre suspensión de la misma, se encuentran en el título respectivo del Código Civil.

233. « No se podrá pedir la declaración de nulidad, pasados treinta años desde la celebración del acto ó contrato » (2). Este precepto legal ha venido á resolver la controversia que se suscitaba, sobre si la prescripción de la acción de nulidad quedaba absorbida por la prescripción treintenál. A primera vista, parece imposible que pudiera suscitar cuestión el saber si una prescripción de treinta años puede extinguir lo que extingue una de cuatro. Pero el caso es perfectamente posible, si se tiene en cuenta que la prescripción de cuatro años puede verse suspendida varias veces, y no haber transcurrido aún los cuatro años útiles cuando ya han corrido los treinta para los cuales no rigen las reglas de la suspensión. (3)

¿Ha estado acertado el legislador al dar la solución subordinando la prescripción del artículo 1242 á la prescripción treintenál?

(1) LAROMBIÈRE. — Artículo 1304, § 19.

(2) LAROMBIÈRE, sobre 1304, § 10.

(3) *Código Civil*, artículo 1543, inciso 3.

En contra de la solución legal se invoca un argumento que emana del fundamento mismo de esta prescripción especial. Esta se basa en una presunción de confirmación, y se suspende siempre que esa presunción está en pugna con la realidad de las cosas, y desde que puede estarlo más de treinta años, debían extenderse las suspensiones más allá de este largo espacio de tiempo. De lo contrario, se incurriría en el absurdo de que sólo dentro de los treinta años las presunciones de la ley deben estar de acuerdo con la realidad.

Se dice también que la prescripción de cuatro años algunas veces quedará aniquilada por completo, y otras sólo durará útilmente algunos días, ó algunos meses. (1)

Como dice Giorgi, estos argumentos no son despreciables, pero persuaden poco. En el conflicto entre una prescripción de cuatro años y la de treinta no podría vacilarse. La tranquilidad social y el saneamiento de todos los derechos, reposan sobre la última; en consecuencia, ella es la que debe predominar.

Por otra parte, en muchos casos no tendría resultados prácticos el acordar la prioridad á la prescripción del artículo 1542. Obtendría la parte que la solicitaba una declaración de nulidad, pero si pretendía entablar una acción reivindicatoria, se estrellaría contra la resistencia que el vencido haría escudado en su derecho de posesión, y en la prescripción, no ya extintiva, de obligaciones, sino adquisitiva de la propiedad por la posesión treintenal.

El contrato se anula; no importa; el poseedor opone su posesión, sin título, y hasta sin buena fe, si se quiere, pero que ha durado más de treinta años. No tendría título que emane de un contrato, pero tendrá un título que emana de una larga posesión.

Sería absurdo que esta prescripción corra contra un contrato inexistente, y que no corra contra un contrato simplemente anulable.

(1) *Código Civil*, artículos 1217, 1128 y 1543.

SECCIÓN II

DE LA DEROGACIÓN DE LA REGLA: «*QUÆ TEMPORALIA SUNT AD AGENDUM PERPETUA SUNT AD EXCIPIENDUM*»

SUMARIO: — 234. La derogación de la regla — *Quæ temporalia sunt ad agendum perpetua sunt ad excipiendum*. — 235. Las cuatro hipótesis de Molitor. — 236. Diversas opiniones — Discusión. — 237. Opinón de Hue. — Opinión de Mattiolo. — 238. Crítica. — 239. La naturaleza misma de la acción de nulidad rechaza la máxima.

234. Nuestro Código Civil ha derogado en su artículo 1542 la regla famosa, *quæ temporalia sunt ad agendum perpetua sunt ad excipiendum*. El Código italiano, de un modo expreso también, la ha aceptado, incorporándola al conjunto de las disposiciones que rigen la nulidad de los contratos. He aquí las soluciones opuestas convertidas en preceptos legales. ¿Cuál es la más justa?

Dar á esta regla todo el alcance que tendría si su interpretación se ajustase por completo á sus palabras, es un absurdo que nadie en nuestro días se atreve á sostener. Pero la regla ha sido objeto de varias interpretaciones que conviene conocer para darse cuenta de su alcance, y de los motivos que puedan existir para mantenerla en el derecho moderno.

235. Según Molitor, en la interpretación de la famosa regla hay que considerar cuatro hipótesis. En las dos primeras, la excepción es imprescriptible; en la dos últimas se prescribe conjuntamente con la acción. No nos ocuparemos de estas últimas, y en cuanto á las primeras no seguiremos tampoco fielmente á Molitor porque sus reglas han sido parcialmente modificadas.

236. PRIMERA HIPÓTESIS.—Se trata de la prescripción de la excepción en un caso en que la persona que se sirve de ella no ha tenido más que este medio para defenderse. Mientras no ha sido demandada no ha po-

dido emplearlo, y en consecuencia, todos están de acuerdo en considerarla imprescriptible. De lo contrario, ocurriría que el demandante, esperando más de cuatro años para entablar su acción, conseguiría que se prescribiera la excepción del demandado, esto es, que se prescribiera el único medio de defensa de que este último podría echar mano, y de ese modo obtendría una sentencia favorable á sus intereses, prescribiendo contra quien carecía de acción. Una aplicación se presenta en el derecho romano en el caso de dolo cometido en un *negotium stricto juris*. En este caso, si la estipulación atacada de dolo no ha sido ejecutada, no es procedente la acción *doli*, que es sólo subsidia-ria, es decir, que sólo puede ser intentada en último extremo á falta de toda otra defensa, y el único medio que tiene el que ha sido víctima del dolo para su defensa, es oponer la excepción, que no puede prescribirse porque no ha podido ser opuesta mientras no se ha producido la demanda. El dolo sólo podría oponerse por medio de excepción; y no pudiendo dejarse el derecho al arbitrio del actor, que esperaría que se prescribiese la excepción, para entablar la acción, se declaraba la excepción imprescriptible.

«Esta hipótesis de Molitor está fuera de toda controversia.»

237. Creemos que esta hipótesis estaría fuera de toda controversia en el derecho romano, pero dentro de los principios que sirven de normas directrices á las legislaciones modernas, esta hipótesis no sólo no está fuera de toda controversia, sino que está fuera de lugar por cuanto no tiene razón ni motivo plausible que permita presentarla.

En las páginas anteriores hemos visto al hacer la exposición de tal hipótesis la causa que hacía imprescriptible la excepción: la imposibilidad de deducirla por vía de acción, lo que obligaba á la víctima del dolo á esperar la demanda de cumplimiento de la

obligación, para oponer entonces la excepción, que por otra vía no podía prosperar. Hubiera sido absurdo que un contrato vicioso se ejecutara, subsanando el vicio quien lo produjo, con sus maquinaciones insidiosas y fraudulentas. Siendo la excepción el único medio de defensa, no podía arrebatare sin cometer una enorme injusticia. De ahí la necesidad de la máxima que nos ocupa.

Pero en nuestros días todo ha cambiado. La víctima del dolo, como la del error, ó como la de la violencia, puede intentar la acción de nulidad directamente sin necesidad de esperar á que se presente la demanda. Si pasan cuatro años sin deducirla, se presume su renuncia á pedir la nulidad. Los principios han cambiado, y el famoso aforismo no tiene lugar dentro de los nuevos.

Como dice Baudry Lacantinerie, el silencio durante cuatro años hace presumir la confirmación. Admitir la máxima romana sería ir contra esa presunción. En Roma el arma defensiva debía durar tanto como la ofensiva. Pero en nuestro derecho han desaparecido esos motivos. (1)

238. SEGUNDA HIPÓTESIS.—Estas razones, dice Huc, han parecido á muchos autores suficientes para rechazar la máxima... pero en esto hay solamente una lógica aparente, porque la inacción no vale confirmación sino hay nada que turbe el *statu quo*. De aquí que se formulen nuevas hipótesis sobre aplicaciones posibles del famoso aforismo.

Según Mattiolo, la regla *quæ temporalia*, etc., debe solamente aplicarse «al caso de aquél que estando en la posesión de una cosa, ó en el goce pleno y libre de sus derechos no tiene ningún interés en impugnar por medio de la acción el título contrario á su posesión ó á sus derechos»; él se coloca bajo el escudo de

(1) BAUDRY LACANTINERIE. — III, § 2039.

una excepción para conservar la posesión de la cosa y el goce de sus derechos; y su excepción es y debe ser perpetua é imprescriptible, y debe durar tanto como dure la posibilidad del ataque por parte de un adversario. (1)

239. La doctrina del tratadista italiano ya había sido con anterioridad defendida por Toullier, Larombière, Troplong y otros notables autores. Así, Troplong cree que la regla *quæ tempotralia*, así limitada, es un homenaje rendido á la razón. Es la expresión de esta verdad constante y palpable: no se prescribe contra quien posee, y que si se goza de un estado ó de una posición cualquiera no se tiene necesidad sino de excepción para mantenerse en ella. (2)

Hay en todo esto una confusión de ideas. No se prescribe contra quien posee no significa que por el hecho de poseer una cosa no ha de correr la prescripción de acciones personales, que nada tienen que ver con la posesión necesaria para adquirir por prescripción la propiedad. Si se tratara de esto último, reconoceríamos la verdad que se nos presenta como constante y palpable, pero desde que no se trata de posesión para prescribir, sino de la influencia de la posesión sobre acciones que emanan de los vicios de los actos y contratos, no podemos reconocerla. Más aún: la desconocemos.

En vano dice Troplong que el que posee por no haberse puesto en ejecución el contrato, no puede ser obligado á embarcarse en una aventura de declaración de nulidad, asumiendo el papel de actor. «Es evidente que la prudencia más vulgar aconseja otro camino. El poseedor debe esperar el ataque y nunca provocarlo». La excepción debe, por lo tanto, durar «mientras exista la amenaza de una acción». Esto

(1) MATTIROLLO. — I, § 44.

(2) TROPLONG. — *Prescripción*, § 823.

no convence. La posesión determina en el juicio de reivindicación las respectivas posiciones de demandante y de demandado, pero eso no significa, que aún en los juicios en que se ejecuten acciones personales, deban conservarse esas mismas posiciones, aún cuando dichas acciones puedan tener una influencia más ó menos remota en futuros juicios reivindicatorios.

El contrato *anulable* es válido, mientras no se deduzca la acción de nulidad. Ese contrato válido tiene ciertos vicios que pueden subsanarse por la ratificación, ó por la presunción de ratificación, que se produce si las partes no deducen dentro del término legal la acción de nulidad. Pasado cierto tiempo, el contrato es válido, perfectamente válido, y es inútil que se intente impugnarlo. Si se pudiera evitar su cumplimiento por vía de excepción, la presunción legal sería ilusoria y la validez del contrato aparente. Esto no es posible. Los principios que rigen la nulidad relativa, suponen, pues, la prescriptibilidad de la excepción.

La posesión no da derechos para que se puedan oponer excepciones puramente personales, ni puede impedir que se prescriban las que derivan de los contratos viciosos.

Si el contrato fuera *inexistente*, el que conserva la posesión tiene sí, una excepción perpetua, como también tiene una acción perpetua, porque esta categoría de contratos, á diferencia de los anulables, no se *subsana* por un lapso de tiempo de cuatro años.

240. La naturaleza misma de la prescripción de la acción de nulidad rechaza la máxima que se atribuye á las instituciones imperiales. Decimos que se atribuye, porque no hay uniformidad entre los autores á este respecto; pero esto no nos importa. La prescripción del artículo 1242 es una confirmación que la ley presume; el que permanece cuatro años sin pedir la declaración de nulidad renuncia al derecho que tiene

de pedirla, confirmando la obligación viciosa, que desde entonces se considera como perfectamente válida.

Sería curioso que quien confirma el acto opusiera después de confirmarlo la acción de nulidad.

La obligación, dice Laurent, se hace plenamente válida, pasados los diez años, como si hubiera sido expresamente confirmada. ¿Se concibe en esta teoría que aquel que ha confirmado el acto, oponga la nulidad por vía de excepción? Es cierto que la palabra «excepción» no se encuentra en el artículo 1304. Pero ¿qué importa? ¿El que opone la excepción de nulidad, no es en realidad demandante de nulidad? Molitor lo niega, admitiendo una situación especialísima en la cual la excepción no sería más que una defensa imprescriptible; pero si por el contrario se marca en apoyo de una acción, ó es opuesta reconvencionalmente, forma una nueva acción separada y como tal prescriptible. No alcanzamos á comprender la naturaleza de esta distinción que tendría razón de ser en el derecho romano, pero que no la tiene en el derecho moderno. Como dice Laurent, hay un viejo adagio que dice: *Deus excipiendo fit actos*.

«Cuando después de diez años el demandante opone la excepción de nulidad, esa excepción tiende á hacer anular el acto; es una demanda de nulidad (1). No hay, pues, diferencia entre la acción y la excepción; ambas son igualmente prescriptibles, y la solución que ha dado nuestro legislador es la que mejor se armoniza con los principios de la ciencia jurídica moderna.

(1) LAURENT, — XIX, § 57.

EL PRAGMATISMO

El Pragmatismo

(Lecciones de clase)

EXPOSICIÓN

En las épocas en que una doctrina, filosófica ó de cualquier otro orden, predomina, existe una tendencia casi universal á aceptarla en block ó á rechazarla igualmente en block, sin hacer distinción entre los elementos buenos y asimilables y los que deben ser desechados. Más tarde, cuando, con respecto á ella, somos posteridad, nos impresiona y sorprende cómo se haya podido no comprender el valor diferente de las diversas partes de la doctrina; cómo no se haya intentado separar lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo claro de lo confuso, lo eficaz de lo inútil. Nos parece imposible que la teoría haya sido totalmente rechazada, tanto era lo que de bueno tenía; nos parece igualmente imposible que hayan podido admitirse con facilidad, al aceptarla en block, tantos errores, y quizá groseros sofismas, que, nos parece ahora, hubiera estado casi al alcance de un niño el observar. Sin embargo, hay que disculpar tanto á los fundadores de las doctrinas como á sus críticos; la perspectiva, el alejamiento, son necesarios para ver con claridad. Cuando la teoría aparece, durante la lucha de ideas, todo es oscuro y confuso.

Pero el hecho de que no sea justo condenar demasiado severamente á los que se equivocan en esa forma durante la época de boga ó predominio de una teoría, no debe ser un obstáculo, sino, al contrario, un esti-

mulo para una tarea que figura entre las más útiles de todas, y es la siguiente: cuando la doctrina nace, y se propaga; cuando influye; cuando no pertenece, diré, á la paleontología filosófica; cuando está viva, es entonces, precisamente, cuando hay mayor necesidad de criticarla, no con un criterio absoluto y estrecho, sino á fin de depurarla, de discernir cuanto haya en ella de bueno ó de malo. Es este el momento en que la critica es más útil, porque es el momento en que lo bueno de la teoría puede ser aprovechado y en que lo malo es realmente peligroso.

La tarea á que me refiero consiste en intentar, con un criterio imparcial y sincero, la critica de las teorías en acción, haciendo un esfuerzo para verlas como la posteridad las verá; y, en verdad, ninguna teoría está hoy tan indicada para este trabajo como la que seguramente todos ustedes han oído designar repetidamente con el nombre de «Pragmatismo». Se trata de la doctrina filosófica más en boga: quizá la más frecuentemente y también la más violentamente discutida.

Como es natural, en un trabajo de esta clase, nuestros errores serán mucho mayores que si hubiéramos de examinar una doctrina ya juzgada. Pero esta no es una objeción contra la utilidad de él.

La teoría designada con el nombre de *pragmatismo*, que voy á empezar por exponer para criticarla en seguida, tuvo por fundador al filósofo Charles Peirce, quien, en el año 1878, expuso sus fundamentos en un artículo titulado «Cómo volver claras nuestras ideas». Tiene hoy numerosos adeptos, algunos de ellos filósofos de nombre, como Schiller, Dewey, y muy especialmente William James. Si se toma la doctrina con un criterio muy amplio, podría abarcar también á otros pensadores, y James, por ejemplo, sostiene que con ese criterio podrían ser considerados como

más ó menos pragmatistas, escritores muy notables de la época actual, tales como Royce, Poincaré y el mismo Bergson. «Pragmatismo» no es el único nombre de la doctrina. Schiller, por ejemplo, la llama «humanismo» (después veremos en qué sentido); y el mismo fundador, más ó menos inquieto ante el giro que han tomado algunas ideas derivadas de las suyas, ha abandonado últimamente la palabra «pragmatismo», y ha adoptado, para su doctrina personal, una nueva: «pragmaticismo»; nombre, dice él, lo bastante feo para que nada tenga que temer de los ladrones de niños; pues al pragmatismo, que sería ya un hijo grande, cree deber, el autor, independizarlo y dejarlo correr su suerte.

Conviene que desde el principio se acostumbren ustedes á pensar que el pragmatismo no puede considerarse propiamente como una teoría, ó por lo menos, como una teoría cerrada, cual suele suceder con las palabras terminadas en *ismo*. No es nombre de un sistema siempre igual á sí mismo, que sea defendido por una escuela de discípulos fieles, en todo, á la palabra del maestro ó al dogma doctrinario; lo que habría, en realidad, serían pragmatismos: el de James no es igual al de Peirce, ni el de Royce es igual al de Schiller. Lo que hay, sí, es una orientación común, una semejanza entre las doctrinas, y, sobre todo, una semejanza entre los métodos, entre las ideas generales, entre las tendencias.

Yo voy á exponer muy preferentemente el pragmatismo de William James, eligiendo éste por ser el más conocido, y también porque James es evidentemente, ya que no el iniciador, el sostenedor más brillante y popular de la doctrina.

El *pragmatismo*, podría decirse, consta (aunque dando á esta división alguna vaguedad) de *dos partes fundamentales*: 1.º una *teoría de la verdad*; 2.º las *aplicaciones de esta teoría*.

Mi exposición, necesariamente incompleta y parcial, será hecha, sobre todo, á base de lecturas de los trozos originales; y esto, por varias razones: primera, porque, tratándose de espíritus como el de William James, ninguna explicación mía podría sustituir la acción benéfica y sugerente de la lectura directa; segundo, por el temor de no ser en mi exposición completamente fiel; y tercero, también, por otra razón, y es la de que, habiendo creído yo descubrir vaguedad ó inconsecuencia en ciertas partes de la teoría, me sería, naturalmente, muy difícil dar una explicación clara de lo que creo y siento confuso.

Teoría de la verdad

El concepto corriente de la verdad ó de la realidad —dicen los pragmatistas— es el concepto de algo inerte ó pasivo. La realidad existe, está, y nosotros la conocemos, ó no la conocemos. La realidad sería permanente y fija, sin perjuicio de que nuestro *conocimiento* de ella sea más ó menos perfecto.

En cambio, según el pragmatismo, la verdad *se va haciendo, ocurre, sobreviene*, y depende de nuestros hechos, de nuestras mismas creencias, en mayor ó menor grado. Nosotros contribuimos á *hacer* la verdad; y ésta es, en resumen, lo que sirve para relacionarse eficazmente con el mundo, lo que da éxito, lo que conduce á resultados, lo que «*trabaja*».—Aquí tenemos que entendernos.

No se trata de esa concepción corriente, que á todos ustedes es familiar, según la cual pueden existir hipótesis falsas que sean utilísimas. Este, como les digo, es un hecho vulgar. Todos sabemos que, en la historia de las ciencias, una gran cantidad de hipótesis cuya falsedad se ha demostrado después, han sido,

sin embargo, sumamente útiles, por los trabajos de comprobación ó de crítica que han suscitado; por las experiencias que han sugerido; porque han hecho, de una manera ú otra, la educación de los sabios; porque han dado lugar, quizá, á descubrimientos que sin la hipótesis falsa nunca hubieran sobrevenido. Los ejemplos son numerosos y harto conocidos. Pero no se trata de eso. Se trata de algo mucho más grave, y esencialmente diferente: se trata de *definir* la verdad. *La verdad* SERÍA — comprendan bien! — *la eficacia de la doctrina*. Una creencia es verdadera cuando conduce á resultados, tomando esto, naturalmente, de una manera muy amplia; y nuestro criterio para juzgar de la verdad ó falsedad de las doctrinas, debe consistir en *desenvolver sus consecuencias*. Si ese desenvolvimiento es armónico, fácil, en lo psicológico; y si, en lo exterior, en lo objetivo, nos lleva á ensanchar ó perfeccionar nuestras relaciones con el universo (nuevos descubrimientos, hallazgos, resultados), entonces, la teoría *es* verdadera. Y, por los efectos contrarios, se reconoce lo falso.

Ante una proposición dada, nuestra primera pregunta, según los pragmatistas, debe ser esta: «Si la doctrina fuera verdadera, ¿cuáles serían las consecuencias prácticas?». Y el resultado de esta cuestión nos suministra un criterio.

Esto es por el momento muy vago. Voy á ilustrar con citas la exposición:

De la obra «*Pragmatism*», de William James recientemente publicada:

«La gran suposición de los intelectualistas...»

(Él llama «racionalistas» ó «intelectualistas» á los filósofos que admiten la teoría corriente de la verdad; de modo que intelectualista ó racionalista es, indistintamente, el nombre de los enemigos de la doctrina pragmatista.)

«... es que la verdad significa esencialmente una relación inerte y estática. Cuando hemos alcanzado la idea verdadera de una cosa, todo está acabado. Estamos en posesión, *conocemos*; hemos llenado nuestro destino como seres pensantes; hemos hecho lo que debíamos hacer mentalmente, hemos obedecido á nuestro imperativo categórico, hemos cumplido nuestro destino racional. Epistemológicamente, estamos en equilibrio estable.

El pragmatismo, por su parte, hace su pregunta habitual. «Supongamos que una idea ó creencia es verdadera— dice. ¿Qué diferencia concreta resultará de que sea verdadera, en nuestra vida actual? ¿Cómo se realizará la verdad? ¿Qué experiencias serán diferentes de las que se obtendrían si la teoría fuera falsa? ¿Cuál es, en resumen, el valor contante de la verdad en cuestión, en términos experimentales?» Y en cuanto hace esta pregunta, ve la respuesta: *Las ideas verdaderas son las que podemos asimilar, validar, corroborar y verificar; las ideas falsas son aquellas con las cuales no podemos hacer esto.* Es la diferencia práctica la que hace que tengamos ideas verdaderas. Este, pues, es el significado de la verdad, porque eso es todo lo que conocemos de la verdad.»

«Esta es la tesis que yo voy á defender. La verdad de una idea no es una propiedad estancada, inherente á ella. La verdad acontece á una idea. Esta *se hace* verdadera, es *hecha* verdadera por los acontecimientos. Su verdad es, en realidad, un acontecimiento, un proceso; á saber: el proceso de su auto-verificación, su *verificación*. Su validez es el proceso de su validación.»

¿Qué es esta verificación? pueden preguntarse ustedes en este momento.

James la describe de dos modos; ó, mejor, tiene dos conceptos que podrían ser complementarios al respecto.

A veces, por «verificación» de una idea, James entiende una especie de *éxito interior*— diré yo— de ella; esto es: la idea ó la teoría entra en relaciones con nuestro espíritu, y lo mejora: establece una armonía, facilita el funcionamiento psicológico.

Otras veces se refiere á lo que podríamos llamar *éxito externo*: la teoría es útil, conduce á resultados; lleva, por ejemplo, á descubrimientos.....

Digo que estos dos conceptos podrían ser complementarios. Voy á leerles algunos pasajes en que Ja-

mes explica ó describe la verificación de las ideas, en el uno ó en el otro sentido.

El pasaje siguiente describe la verificación como *éxito interno*:

« Las conexiones y transiciones se nos presentan como progresivas, armoniosas, satisfactorias, de un extremo á otro. Esta función de conducirnos agradablemente es lo que entendemos por verificación de una idea. »

En otros casos se refiere también — y esto es lo común — á lo que podríamos llamar el *éxito exterior*. El siguiente párrafo es importante en tal sentido:

« ... que la verdad significa dentro de la explicación pragmatista. En todas partes, dicen estos maestros, la verdad, en nuestras ideas y creencias, significa lo mismo que en ciencia; significa, dicen, nada más que esto: *que las ideas (que no son, ellas mismas, sino partes de la experiencia) se hacen verdaderas justamente en la medida en que nos ayudan á alcanzar una relación satisfactoria con otras partes de nuestra experiencia...* Una idea sobre la cual podemos cabalgar, por decirlo así; una idea que nos conduce prósperamente de una parte de nuestra experiencia á otra cualquiera; que nos lleva por entre las cosas satisfactoriamente, enlazando las cosas satisfactoriamente, trabajando con seguridad, simplificando, ahorrando trabajo, es verdadera en esa medida, verdadera *instrumentalmente*. »

En el anterior párrafo, se refiere en parte á lo que llamé el *éxito interior* y en parte á lo que llamé el *éxito exterior*.

« La posesión de pensamientos verdaderos quiere decir, invariablemente, la posesión de inapreciables instrumentos de acción. »

En ese párrafo, se trata sólo del éxito externo.

William James insiste sobre la idea de que el pragmatismo es, en realidad, ó intenta ser, una *definición* de la verdad. El pragmatismo quiere decirnos lo que es la verdad. Se queja, el escritor, de la injusticia de

algunos adversarios de la doctrina, que pretenden que el pragmatismo niega la verdad; y dice que esa forma de injusticia es la misma que se cometió con Berkeley. Berkeley pretendió *explicar* la materia, enseñando que ella se reduce á nuestros estados de conciencia, que se explica integralmente por estados de conciencia; y entonces se le acusó de *negar* la materia, lo que era una incomprensión de la doctrina. Nosotros, dice James, no negamos la verdad: la definimos. Como ejemplos de definición de la verdad, podrían servir, además de algunos de los pasajes ya leídos, estas otras dos definiciones especiales:

Extracto de la definición de Schiller: « *La verdad es lo que trabaja* ».

Extracto de la definición de Dewey: « *La verdad es lo que da satisfacción.* »

La primera toma más bien como criterio lo que yo llamo el éxito externo; la segunda, el éxito interno. El pragmatismo ampliamente entendido, me parece que comprendería las ideas que resumen estas dos definiciones.

Dice James que el concepto corriente de la verdad, ha realizado una abstracción; y compara este caso con el caso, para él análogo, de la riqueza, de la salud, de la fuerza, ú otras nociones semejantes. La riqueza no es una cosa en sí, no existe por si misma; lo que hay en concreto es el dinero, las monedas reales é individuales que tiene cada hombre; la riqueza, es un termino abstracto. Lo mismo la salud: lo que hay de concreto, de real, de verdadero, son los fenómenos fisiológicos, normales ó mórbidos, que ocurren en cada organismo real; la salud, es una abstracción. La fuerza, se encuentra en el mismo caso. Estas abstracciones son útiles á condición de que las manejemos sabiendo que son abstracciones; pero es dañoso realizarlas y suponer que son existencias por sí; y los que en nombre de una verdad general,

abstracta, de una verdad en sí, de una verdad escrita con V mayúscula, de una verdad única, de una verdad augusta, se oponen á las verdades concretas, —continúa James— caen intelectualmente en un sofisma parecido á ese otro en que caen afectivamente ciertas personas que experimentan un entusiasmo profundo é intenso hacia lo bueno en abstracto, y que después, en la realidad concreta, no sienten la bondad en sus manifestaciones positivas, y consideran imperfectas ó indignas de atención estas manifestaciones, estas bondades reales, hipnotizados por el carácter augusto de la abstracción que ellos forjaran.

Con la lectura de algunos trozos de la misma obra de James, completaré más ó menos, en ustedes, la lección de estas ideas:

« Para los aficionados á la filosofía, é igualmente para los profesionales, el universo es representado como una singular especie de esfinge petrificada cuya actitud para los hombres consiste en un monótono desafío á sus facultades de adivinación... »

Y sigue explicando el efecto de las abstracciones realizadas:

« Los jueces de derecho consuetudinario á veces hablan de la ley, ó, los profesores, del idioma latino, en una forma que hace creer á sus oyentes que entienden hablar de entidades preexistentes á las sentencias ó á las palabras y sintaxis; pero el menor ejercicio de la reflexión nos hace ver que en lugar de ser principios de esta clase, tanto la ley como el latín son resultados ».

La verdad, para él, está en el mismo caso.

« Nuestros derechos, males, prohibiciones, penalidades, palabras, formas, idiomas, creencias, son otras tantas creaciones... Lejos de ser principios antecedentes que den vida al proceso, la ley, el idioma, la verdad, no son más que nombres abstractos para sus resultados ».

« El mundo, dice (Schiller), es..... lo que nosotros lo hacemos; es infructuoso definirlo por lo que originalmente fuera ó por lo que fuera aparte de nosotros; es lo que se hace de él. Por consecuencia el mundo *es plástico* ».

Esta noción, esta palabra que aparece ahora, nos lleva á una de las facetas más importantes de la teoría: al estudio del proceso por el cual, según los pragmatistas, se forma, *se hace* la verdad:

«El proceso observable, á que refieren especialmente Schiller y Dewey su generalización, es ese proceso familiar por el cual pasamos á opiniones nuevas. Este proceso es siempre el mismo: El individuo tiene ya un stock de antiguas opiniones, pero se encuentra con una nueva experiencia que las somete á una prueba: alguien lo contradice; ó, en un momento de reflexión, descubre que se contradicen unas á otras; ú oye hablar de hechos con los cuales son incompatibles; ó nacen en él deseos que ellas dejan de satisfacer. El resultado es un perturbación interior á la cual el espíritu ha sido antes extraño y de la cual trata de escapar modificando su previa masa de opiniones. Salva todo lo que puede de ellas, porque, en materia de creencias, todos somos extraordinariamente conservadores; y así trata de cambiar primero esta opinión, después aquélla (pues resisten al cambio en proporción muy diversa) hasta que al fin viene una nueva idea que él puede ingertar sobre el antiguo stock con un minimum de perturbación de éste; una idea que concilia el stock con la nueva experiencia y los funde de una manera más feliz y expedita.

Esta nueva creencia es entonces adoptada como la verdadera. Preserva el antiguo stock de verdades con un minimum de modificación, forzándolas nada más que lo estrictamente necesario para hacerlas admitir la novedad, pero concibiendo á ésta de un modo tan familiar como nos sea posible.»

«La verdad nueva es siempre un mediador (*a go-between*), un allanador (*a smoother-over*) de transiciones. Reune la vieja opinión con la nueva con un minimum de choque y un maximum de continuidad. Consideramos verdadera una teoría justamente en la proporción de su éxito para resolver este «problema de máxima y mínima». Pero el éxito en resolver este problema es especialmente una cuestión de aproximación..... Hasta un cierto grado, por consiguiente, hay algo aquí que es plástico.

Ahora, Dewey y Schiller proceden á generalizar esta observación y á aplicarla á las partes más antiguas de la verdad. También éstas fueron alguna vez plásticas. También ellas fueron llamadas verdaderas por razones humanas. También ellas mediaron entre verdades todavía más antiguas y las que en aquel entonces fueron observaciones nuevas. Una verdad puramente objetiva, una verdad en cuyo establecimiento no haya desempeñado ningún papel la función de dar satisfacción humana conciliando partes previas de la experiencia con partes más nuevas, no se encontrará nunca.

Las razones por los cuales llamamos verdaderas á las cosas son la razón por la cual *son* verdaderas, porque «ser verdadero» *significa* solamente desempeñar esa función conciliadora (*this marriage-function*).

El rastro de la serpiente humana está así marcado sobre todo. Una verdad independiente; una verdad que nosotros nos limitamos á *encontrar*; una verdad no ya maleable para las humanas necesidades....

(noten todos los términos *inquietantes* que pasan de cuando en cuando: la verdad, «plástica»; la verdad, «maleable»....)

... una verdad no corregible, en una palabra; una verdad semejante, existirá, ó se la supone existente por los pensadores de espíritu racionalista; pero significa solamente el corazón muerto del árbol vivo, y su existencia quiere decir solamente que también la verdad tiene su paleontología, y su «prescripción»; que puede ponerse rígida con los años de servicio y petrificarse, desde el punto de vista humano, por pura antigüedad.»

En un pasaje hay otra imagen muy interesante: nuestro pasado va entrando en el equilibrio de nuestra vida mental, «*cocinado*», dice James, ó «*guisado* en la salsa de lo viejo»: quiere decir que no es que las cosas sean de un modo, y las comprendamos como son ellas en sí, sino que, en el conocimiento, ponemos muchísimo de nuestra parte en lo que llamamos la verdad.

Sostiene que las verdades que llamamos de sentido común, esas verdades más capitales, más innegables, son sencillamente descubrimientos de nuestros más remotos antecesores, que ya no podemos negar, ni modificar, pero que hubieran podido tomar otras vías (es, siempre, la *plasticidad* de la verdad).

El antiguo modo de racionalizar las impresiones sensitivas, á base de sentido común — dice James, — ha creado ciertas categorías: las cosas, lo mismo, lo diferente, las clases, los espíritus, los cuerpos, el tiempo,

el espacio, los sujetos y los atributos, las influencias causales, lo imaginario, lo real. Estamos todos familiarizados con este orden de nociones. Pero —agrega— caemos en el error de suponer que ellas vengan de la realidad misma. En realidad, son los hombres quienes las han ido creando.

Trata, por ejemplo, de demostrar que en el espíritu del niño no están todas estas categorías fijas; que, por ejemplo, si un niño experimenta varias veces la percepción de esta mesa, él no la referirá á la mesa como á una cosa existente por sí misma, sino que en cada caso experimentará una percepción diferente, sin más (ausencia de la categoría de «la cosa»); y así con respecto á otras categorías que también podrían no existir. (Dicho sea de paso: en este problema de las categorías, tiende hoy á producirse una orientación nueva. El antiguo punto de vista, el de Kant, daba una importancia capital á la división de las categorías: Todas las cosas pertenecían á una «categoría»; estas categorías serían fijas, permanentes, existentes en sí mismas. Hoy día, la filosofía moderna tiende más bien á creer que había aquí una realización ilegítima de abstracciones; que se trataba, en realidad, de palabras cómodas para clasificar, de ideas cómodas para pensar, pero no de cosas fijas y permanentes. William James es uno de los tantos que sostienen esta creencia, la cual, por lo demás, es separable de su pragmatismo) (1).

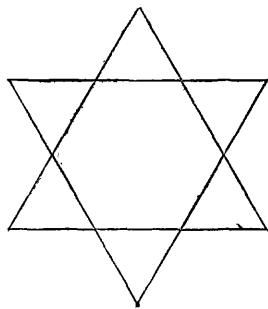
Naturalmente, en ese proceso por el cual el hombre va haciendo y modificando la verdad, hay — dicen James y Schiller— factores que resisten. Estos factores son, según una clasificación especial de Schiller, de tres clases. En primer término, las sensaciones: no po-

(1) Aquí se leyeron otros pasajes, que no transcribo por no dar demasiada extensión á esta parte expositiva. Por ejemplo: págs. 188, 190, 191, 192, 193, 197, 256, 257 de la misma obra de James (*Pragmatism*, LONGMANS, GREEN, AND. CO.—1907).

demos modificarlas; se nos imponen, no dependen de nosotros. En segundo lugar, ciertas relaciones mudables, como fechas y lugares, y otras fijas por depender de la naturaleza misma de sus términos, como ser las relaciones matemáticas, y las lógicas. Y en tercer lugar, la verdad previa. Este tercer factor resistente, es menos resistente que los anteriores. Las verdades previas pueden ser más ó menos modificadas por las verdades actuales. Pero, de todos modos, los factores de resistencia tienen mucho de plástico y pueden ser tratados por nuestro espíritu con una relativa libertad. Según la perspectiva que tomemos, según lo que incluyamos ú omitamos, según nuestra manera de considerar la realidad, ésta será, para nosotros, diferente. Les voy á leer algunos ejemplos, para terminar con estas citas.

«En muchos objetos familiares nosotros reconocemos el elemento humano. Concebimos una realidad dada, de esta manera ó de la otra, según nuestro propósito, y la realidad, pasivamente, se somete á esa concepción. Podremos tomar el número 27 como el cubo de 3, ó como el producto de 3 por 9, ó como 26 más 1, ó como 100 menos 73, ó de otra innumerable cantidad de maneras, de las cuales cada una será exactamente tan verdadera como cualquier otra. Podemos considerar un tablero de ajedrez como casillas negras sobre fondo blanco, ó como casillas blancas sobre fondo negro, y ni una ni otra concepción es falsa.

Podemos considerar la figura adjunta como una estrella, ó como dos triángulos grandes entrecruzados, ó como un exágono con prolongaciones, ó como seis triángulos iguales, pegados por sus puntas, etc. Todas estas maneras de considerar la figura son verdaderas: el *esto* sensible que hay en el papel, no resiste á ninguna de ellas. Podemos decir de una línea, que corre de Oeste á Este, y podemos decir que corre de Este á Oeste, y la línea *per se* acepta las dos descripciones sin rebelarse contra su inconsecuencia.



Separamos ó esculpimos: (*carve out*) grupos de estrellas en el cielo, y los llamamos «constelaciones», y las estrellas pacientemente lo sufren, aun cuando, si supieran lo que hacemos, algunas de ellas quedarían, tal vez, muy sorprendidas por las compañeras que les damos. Llamamos á la misma constelación de diferentes maneras, como «El Carro», «La Osa mayor» » El Cucharón» (*Dipper*). Ninguno de estos nombres será falso: cada uno de ellos es tan verdadero como los otros, pues todos son aplicables.

En todos estos casos hacemos humanamente una *adición* á alguna realidad sensible, y esta realidad tolera la adición. Todas las adiciones «concuerdan» con la realidad; la ajustan, construyéndola. Ninguna de ellas es falsa. Cuál deba ser considerada como la más verdadera, depende enteramente del uso humano que de ella hagamos. Si 27 es el número de pesos que encontramos en un cajón en el cual habíamos dejado 28, entonces 27 es 28 menos 1. Si es el número de pulgadas de una tabla que queremos insertar como estante en un aparador cuyo ancho es de 26 pulgadas, entonces es 26 más 1. Si queremos ennoblecer los cielos con las constelaciones, entonces «*Charles s' Wain*» será más verdad que «*Dipper*» . . .

«¿A qué llamaremos indiferentemente una cosa? Esto parece completamente arbitrario, porque esculpimos cada cosa exactamente como esculpimos en el cielo haciendo constelaciones para propósitos humanos.

Para mí, este auditorio, en conjunto, es una cosa: está ya distraído, ya atento. Ninguna aplicación tienen actualmente para mí sus unidades individuales, por lo cual no las considero. Lo mismo un «ejército» ó una «nación». Pero para ustedes, señoras y señores, llamarles auditorio, es una manera no esencial de considerarlos. Las cosas reales y permanentes, para ustedes, son sus personas individuales. Y para un anatomista, á su vez, esas personas no son más que organismos, y las cosas reales son los órganos. No los órganos, sino sus células constituyentes, dirá el histologista; no las células, sino sus moléculas, dirá á su turno el químico.

Rompemos el flujo de la realidad sensible en *cosas*, pues, á nuestra voluntad. Creamos los sujetos de nuestras proposiciones; tanto de las verdaderas como de las falsas.»

Consecuencias prácticas

La parte del pragmatismo á que corresponden las citas leídas, la parte que hemos resumido, es la teoría de la verdad. Vamos ahora á resumir las aplicaciones,

por lo menos de una manera provisional, puesto que más adelante, en la crítica de la doctrina, esa explicación se hará más completa.

No deja de ser difícil explicar con precisión cuáles son, ó pretenden ser, esas aplicaciones. La teoría es demasiado amplia, y tiené también mucho de vago. Pero, de una manera general, podría decirse (como cabe presumirlo conociendo la doctrina teórica) que las consecuencias prácticas del pragmatismo consisten en legitimar la consideración de las consecuencias de las doctrinas, para determinar nuestras creencias ó no creencias. Más claramente: el pragmatismo legitima esa tendencia habitual á dejarnos influir por las consecuencias ó resultados de las doctrinas, en nuestra actitud mental hacia ellas.

Es lo común que, cuando hacemos el examen de una doctrina cualquiera, procuremos justamente ponernos en guardia contra la acción que sobre nosotros pueda ejercer aquel factor; todos intentamos, lográndolo en mayor ó menor grado, libertarnos de tal clase de influencias. Cuando consideramos una cuestión, por ejemplo: la de si el hombre es libre ó no es libre, la de si Dios existe ó no existe, procuramos prescindir de las consecuencias; decimos que los argumentos que se basan en las consecuencias, no son argumentos. Cuando algún filósofo nos argumenta, por ejemplo, haciéndonos ver que el admitir la teoría determinista nos conducirá á tales ó cuales consecuencias funestas, nos creemos obligados á responder que eso será más ó menos triste, pero no altera la verdad de los hechos. Cuando un profesor de filosofía (V. Cousin) dice á los estudiantes franceses: « Si queréis salvar á nuestro país, abrazad nuestras bellas doctrinas », todos sus críticos están de acuerdo, siguiendo á Taine, en presentar esa clase de argumentación no sólo como falsa, sino como ridícula, y también hasta condenable moralmente.

Pues bien; hasta donde pueden concretarse y resumirse en una sola fórmula las consecuencias prácticas de la doctrina pragmatista, ellas vendrían á contradecir la opinión reputada mejor sobre este punto, y á legitimar esa actitud, por lo demás tan habitual, de dar un papel importante á las consecuencias de las doctrinas: y no ya de una manera secundaria y casi vergonzante, como se hace habitualmente, sino que, al contrario, según la nueva doctrina, esa consideración de las consecuencias sería legítima y de gran valor.

Tiende, pues, el pragmatismo, á *dar importancia á las consecuencias prácticas de las creencias*. De aquí que, como ya lo explicamos, el pragmatista considera que ante todo problema, ante toda explicación, debe plantearse la cuestión siguiente: ¿Qué modificaciones prácticas se seguirían de que la doctrina fuera verdadera ó falsa? Una vez planteada esta cuestión, puede llevar á dos consecuencias, y, en efecto, lleva á ellas en la práctica, como podemos convencernos examinando las obras de los escritores pragmatistas.

La primera: tendencia á abandonar, á dejar de lado ó á dar relativamente menos importancia á los problemas ó teorías que no tienen consecuencias prácticas.

La segunda: preferir sistemas, doctrinas, explicaciones, por la consideración de sus consecuencias.

No damos á esto mayor precisión, primero, porque en la crítica todo ello se irá aclarando; y segundo, porque los mismos pragmatistas no quieren que su doctrina sea muy precisa, más: hasta la defienden de ser una doctrina. Más bien, dice James, será simplemente una tendencia, y, si se quiere, un método. Hasta se defiende James contra la tendencia á argumentar demasiado. No es cuestión de argumentos, para él: el pragmatismo está en acción, en este momento; sería insensato pretender detenerlo. Recuerdo

el caso de un artículo sumamente curioso de William James en que, respondiendo á un filósofo que defendía, contra él, las doctrinas corrientes de la verdad, por medio de una argumentación metódica y sistemática, James, en vez de contestar á sus argumentos, lo invitaba á «tomar una actitud más concreta». No se trata de argumentar, decía: en los tiempos en que se argumentaba sobre las ideas generales, ó sobre el libre albedrío y la presciencia divina, todo aquello parecía muy convincente; después pasa el tiempo, y, sin que se hayan rebatido los argumentos, ellos se han como envejecido, como fosilificado; se ha desecado, todo eso. Pues bien, todas estas argumentaciones que hoy se hacen contra el pragmatismo, parecerán, dentro de algún tiempo, un trozo de escolástica.

Y escribía: pretender detener al pragmatismo con argumentos, es como pretender detener las aguas de un río clavando un bastón en la corriente; el agua sigue; y, si necesita dar una vuelta, da la vuelta.

Un representante italiano de la doctrina pragmatista, nos da esta otra imagen: el pragmatismo sería como un «corredor»: por él se puede ir á cualquier parte. Representémonos un corredor al cual dan muchas puertas; en una de ellas está un hombre que ora ante un crucifijo; en otra, un sabio que hace experimentos de laboratorio; en la tercera, un metafísico escribe un tratado en pro ó en contra de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma.... En una palabra: por el pragmatismo se podría ir á cualquier parte. Se trataría simplemente de un *método*.— Y, aunque no deseo abusar de las citas, les voy á dar idea de esta tendencia con algún ejemplo.

Véase el resumen de la doctrina de Peirce, como lo hace James, y con aplicaciones á la práctica :

«Las discusiones filosóficas, ¿no están condenadas á la frivolidad cuando no tienen ninguna consecuencia práctica? ¿Qué importaría entonces la verdad ó la falsedad de una proposición?»

(No estamos nosotros acostumbrados á considerar así las cosas. Nuestros hábitos mentales son muy diferentes, por no decir antitéticos. En nuestro respeto por el conocimiento, nos hemos acostumbrado á pensar y á sentir que la persecución de la verdad es estimable por sí misma, aún con independencia de los resultados; y hasta nos hemos acostumbrado á considerar como espíritus especialmente selectos y respetables á los que se entregan á esta clase de investigaciones absolutamente desinteresadas, en el sentido más amplio del término). — Continúa James:

«Un filósofo americano de gran valor, el señor Charles Sanders Peirce, tiene el mérito de haber desprendido el principio de este método y mostrado todo su alcance: lo llama *pragmatismo*, y lo expone más ó menos así:

El pensamiento en movimiento no podría tener otro objeto que la creencia, es decir, el pensamiento en reposo. Es solo cuando nuestro pensamiento ha encontrado su equilibrio, cuando nuestra acción puede ser firme y segura. Las creencias son reglas de acción: la función de la inteligencia es permitir al hombre la adquisición de hábitos activos. Si hay en un pensamiento cualquier elemento que no pueda cambiar nada en las consecuencias prácticas de ese pensamiento, es un elemento *négligeable*. Para desenvolver todo su sentido, basta, pues, determinar los actos que ese pensamiento es apto para hacer nacer: de sus efectos prácticos, saca él todo su valor. En la base de todas nuestras distinciones teóricas, por sutiles que sean, no se encontrarán nada más que diferencias de eficacia práctica. Para alcanzar á la perfecta claridad de una idea, no tenemos más que preguntarnos qué sensaciones podría darnos su objeto y cuál debería ser nuestra conducta si ella fuera una realidad. Todo el sentido que puede tener la concepción de un objeto se reduce á la representación de sus consecuencias prácticas.

Si aplicamos el principio de Peirce á las diversas perfecciones que los escolásticos atribuyen á Dios, veremos que hay algunas mucho más importante que otras. ¿Qué vienen á ser, desde el punto de vista del pragmatismo, los atributos metafísicos de Dios, distinguidos de sus atributos morales? Aún cuando se nos diera la demostración lógica más rigurosa de ellos, deberíamos confesarlos que no tienen sentido. La aseidad de Dios, su necesidad, su inmaterialidad, su simplicidad, su indivisibilidad, su indetermina-

ción lógica, su infinitud, su personalidad metafísica, su relación con el mal, que él permite sin crearlo, su suficiencia, su amor de sí mismo y su absoluta felicidad; francamente ¿qué importan todos esos atributos para la vida del hombre? si no pueden cambiar nada nuestra conducta ¿qué importa al pensamiento religioso que sean verdaderos ó falsos? No querría arriesgarme á rozar alguna convicción íntima, pero confieso que, por mi parte, no puedo encontrar en todos esos atributos ningún alcance religioso. ¿Qué acto particular podría inspirarme una idea como la de la simplicidad de Dios? ¿En qué su absoluta felicidad puede modificar mi conducta?»

Esta sola lectura puede sugerirles hasta qué punto se trata de una doctrina revolucionaria; quiero decir: de una doctrina que, no limitándose á explicaciones teóricas, procura modificar nuestras reglas de conducta en la práctica. Nuestros hábitos, en cuanto á lo que podemos llamar la lógica y la moral de la creencia, son profundamente perturbados. Y es por eso, sobre todo, por lo que el examen de esta doctrina es una tarea importante. Si aplicáramos al pragmatismo su misma regla, precisamente, ya hubiéramos descubierto que se trata de algo cuya verdad ó falsedad puede afectar seriamente nuestras reglas de acción.

En el pasaje anterior han visto ustedes la primera de las tendencias que les indiqué, esto es: la tendencia á despreciar, á dejar de lado los problemas cuya consideración no puede conducir á ningún resultado práctico. La otra tendencia, la de hacer pesar la consideración de las consecuencias prácticas en la elección de las doctrinas, la podrían ver en muchos otros pasajes; entre ellos, el examen que hace James de ciertos problemas filosóficos. En la cuestión, por ejemplo, del libre albedrío, nuestro autor empieza por reconocer que no hay argumentos decisivos, desde el punto de vista de la razón, en favor ó en contra de ninguna de las soluciones; pero tomando en consideración las consecuencias que él atribuye á las

dos doctrinas, tomando en consideración, sobre todo, esta consecuencia: que, dentro del determinismo, el Universo forma una especie de blok fijo, inmodificable, en que lo bueno es bueno por toda la eternidad y lo malo es malo por toda la eternidad,—en tanto que la doctrina indeterminista nos presenta un mundo modificable, plástico; que está, como dice él, corriendo sus aventuras; en el cual hay posibilidades de mal que no están determinadas de antemano,—teniendo en cuenta que la doctrina libre arbitrista deja algo abierto, James elije el libre albedrío, *vota*, diremos, por el libre albedrío: Determina su creencia, pues, no por razones intelectuales, sino por las consecuencias de la doctrina.

Comparando la doctrina materialista con la doctrina deísta, encuentra que, con respecto al pasado, las dos doctrinas nos dan una explicación equivalente. ¿Qué importa que, al principio del Universo, se le llame la materia ó se le llame Dios? ¿Qué importa eso con relación á lo que ya fué por toda la eternidad? Pero la diferencia, nos dice, es con respecto al futuro: La doctrina deísta es una doctrina que «promete»; no así la doctrina materialista. Y el pragmatista escoje la primera.

Podría continuar citando ejemplos de aplicaciones del pragmatismo: me voy á limitar á hacer un brevísimo resumen de las dos obras en que el mismo James ha desarrollado algunas de estas aplicaciones. Ambas son anteriores á la obra «El Pragmatismo», de la cual me he servido para explicar la doctrina. Una de ellas, *The will to believe* («La voluntad de creer»), muy anterior; la otra, «La experiencia religiosa», es de fecha bastante más reciente.

La obra, ó, mejor dicho, el artículo «La voluntad de creer», sostiene una tesis que, cuando fué presentada, hizo un efecto eminentemente paradójal. James, sin embargo, dispone de un talento casi incompara-

ble, no sólo para la exposición sino para la polémica, lo cual ha hecho que esa doctrina se haya impuesto á muchos espíritus y haya conquistado numerosos adeptos. Voy á resumirla sucintamente.

Empieza James por hacer notar el hecho de que los hombres, si bien han tenido siempre tendencia á dejarse influir en sus creencias por la consideración de los resultados, y, en general, por razones pasionales, ellos mismos se han avergonzado mas ó menos de esta tendencia, han tratado de disculparse de ella; y hasta mas ó menos nos inclinamos á considerar como inmoral la conducta del que adopta creencias prescindiendo de la pura razón. James se propone combatir esa manera de ver habitual, y justificar la intervención de los *elementos pasionales y voluntarios* en la formación de las creencias de los hombres. Los problemas, dice, que se presentan en la vida real, nos ponen en situación de elegir entre soluciones opuestas; nos plantean decisiones ú opciones: ¿Adoptaremos, ó no, tal opinión?

Ahora bien, dice James: las opiniones pueden ser vivas, ó muertas; forzosas, ó evitables; importantes, ó triviales.

«Vivas ó muertas»: quiere decir con esto que hay ciertas opiniones que son completamente frías é indiferentes para nuestra creencia; si á uno de nosotros se le hablara, por ejemplo, del mahometismo, no sentiría ninguna impresión viva, ni de aprobación, ni de negación tampoco: esa es la hipótesis muerta para nosotros. Pero otra opinión, como, por ejemplo, el cristianismo; esa, para nosotros, está viva; creemos ó no en ella, pero nos afecta, nos impresiona, despierta en nosotros sentimientos; es capaz de motivar acciones. ¿Por qué? Justamente porque cabe en los límites de lo posible, de lo psicológicamente posible, que nosotros seamos cristianos.

Hay también opciones evitables y opciones inevita-

bles. Si á mí se me plantea la cuestión de saber si Venus tiene ó no satélites, yo no estoy obligado á profesar ninguna creencia á ese respecto; puedo esperar. Pero puede presentárseme en la realidad de la vida algún caso en que yo tenga que optar: que opinar forzosamente en pro ó en contra de una doctrina. (Después veremos qué casos son estos.)

Además, hay opiniones de importancia, y otras opiniones completamente triviales y sin importancia real.

Pues bien: para cierta clase de opciones en las cuales se trata de opiniones vivas, forzosas é importantes, James sostiene la tesis de que no sólo es permitido dejar influir á nuestra naturaleza pasional y á nuestra voluntad en nuestras creencias, sino que hasta estamos en el deber de hacerlo. Efectivamente, dice: el suspender la creencia, como el dejar de creer, pueden tener, en cuanto á los efectos prácticos, un carácter tan positivo como el creer; y, si bien suspendiendo la creencia podemos librarnos del error, también podemos quedarnos sin la verdad. En otros términos: el peligro de perder la verdad es un peligro tan positivo como el peligro de caer en error.

Hay cuestiones en las cuales no podemos suspender el juicio y esperar á que sean suficientes las razones puramente lógicas para determinar nuestra convicción. Si yo me planteo, supongamos, una cuestión de orden moral, ó de orden religioso (los dos ejemplos en que los casos de James se dan de una manera más característica), no puedo tomar la misma actitud de un hombre de ciencia; de un astrónomo, de un químico, por ejemplo. El astrónomo *puede esperar* sin inconveniente hasta que observaciones repetidas, quizá remotas, le permitan formarse sobre bases racionales una opinión sobre la existencia ó no existencia de un satélite de Venus. Pero, ¿podemos nosotros, cuando se nos plantea un problema moral ó religioso, adoptar la misma

actitud? No; porque el creer ó el dejar de creer, el obrar ó el dejar de obrar, son, igualmente, *actos*, tan irrevocables los unos como los otros, tan importantes los unos como los otros, y que se traducen, los unos como los otros, en consecuencias prácticas.

Sea un problema de orden moral: por ejemplo (se me ocurre), la disidencia entre Guyau y Nietzsche sobre si la expansión de la vida debe entenderse en el sentido del aumento de la solidaridad ó en el de su disminución: ¿Debo creer con Guyau que la expansión de la vida tiende, por naturaleza, á favorecer á los demás hombres, á ayudarlos, á auxiliares; ó debo creer con Nietzsche que la expansión de la vida del individuo es fundamentalmente contraria la individualidad de los demás?—En un caso como éste, yo no puedo proceder como el astrónomo ante el caso del satélite de Venus, puesto que mi conducta va á ser determinada por mi creencia. Si yo digo: «voy á esperar; no me resuelvo hasta que no encuentre razones bastantes»,—entonces, dejo de obrar como obraría si adoptara, por ejemplo, la doctrina de Guyau. Porque *el no creer es un acto, como el creer*. En casos de esta naturaleza, no sólo es lícito, según el Pragmatismo, no sólo es legítimo, sino que es un deber hacer intervenir razones pasionales.

Aquello que me sea simpático, aquello que produzca en mí entusiasmo, aquello que yo crea útil; eso, elijo: *elijo* mi creencia.

Tratándose de problemas religiosos, ocurre lo mismo. Me pregunto, por ejemplo, si el alma es inmortal. De que el alma sea ó no inmortal, se desprenden consecuencias relativas á mi conducta práctica. No tengo, pues, el derecho de esperar á que las razones puramente lógicas determinen mi creencia. Teniendo en cuenta las consecuencias de las dos doctrinas; adónde llevan, á qué conducen,—yo escojo.

Los problemas morales y los problemas religiosos

son, para James, los dos casos típicos en que proceden estas reglas de conducta práctica.

En cuanto á la otra obra, «La experiencia religiosa», es uno de los libros más notables que se han escrito en los últimos años. Puede decirse que consta de dos partes: la primera es una psicología religiosa, quizá la más valiosa y rica que existe; la segunda sería una apología de las religiones, notable por su amplitud de criterio, pero, á mi juicio, como procuraré después probarlo, viciada por confusiones, algunas de ellas muy graves, y, creo, también por errores considerables.

Deseo, antes de hacer algunas lecturas, darles una muestra de la amplitud del criterio de James. Ellas les mostrarán de qué clase de pensador se trata; y les mostrarán mucho más, á saber: cómo el progreso del pensamiento humano tiende á hacernos diferentes y mejores, en el sentido de que cada vèz se disuelven más los dogmatismo y de que cada vez los escritores se hacen más capaces de considerar las cuestiones desde puntos de vista diversos y de considerar con amplitud, opiniones distintas de las propias (1).

En su obra, empieza James por condenar una tendencia que él llama «materialismo médico», á saber: la tendencia á ir á buscar los orígenes patológicos de ciertas creencias ó manifestaciones espirituales, y á creer que el descubrimiento de ese origen patológico les quita todo valor. Se trata, dice él, de una actitud que los médicos, sobre todo, al examinar desde su punto de vista ciertas cuestiones filosóficas ó religiosas, han introducido en el pensamiento moderno. Explicar el altruismo de tal personaje, las satisfacciones de tal otro, la fe religiosa de éste, por el his-

(1) Aquí se leyeron en la clase muchos pasajes de James; por ejemplo: en las páginas 27, 25, 34, 92, 278, 280, 285, 385 de «L'Expérience Religieuse» (Paris: Alcan y Kündig, 1906).

terismo, por alucinaciones, por un estado patológico de un orden cualquiera, es lo que caracteriza esta tendencia. Un médico, por ejemplo, descubre que Santa Teresa presentaba manifestaciones histéricas, é inmediatamente considera probado que cuánto Santa Teresa escribió ó hizo no tiene valor alguno, por tratarse de simples manifestaciones patológicas. Otro descubrirá, que Cristo era un alucinado, que padecía de manía ambulatoria ó de neurastenia; é inmediatamente creerá que el valor del cristianismo ha desaparecido. Esta, según nuestro escritor, es una tendencia absolutamente falsa. Los orígenes de un sentimiento ó de una acción, sus causas, no dicen nada sobre su valor. El árbol no se juzga por sus raíces, sino por sus frutos, nos dice James, tomando del Evangelio una metáfora que es realmente una metáfora pragmatista, y de la cual hace gran uso en su obra.

Después de haber procurado eliminar ese «materialismo médico», James nos da variadas y riquísimas descripciones del estado de espíritu religioso; y la interpretación que propone viene á ser, en resumen, la siguiente: el yo subliminal, de los psicólogos, lo sub-consciente, constituye, por decirlo así, nuestro *órgano religioso*. Las realidades supra-sensibles, lo divino, influyen sobre nosotros por medio de esa psicología sub-consciente. Hay hombres que están como cerrados á la influencia religiosa, porque su yo sub-consciente no está en comunicación con el yo consciente. En otros hombres, la comunicación existe, y la influencia de lo divino se hace sentir sobre el espíritu. En alguno en quien la comunicación no existía, puede formarse, tal vez, de golpe; siente, entonces, la influencia religiosa; y sería el caso de las conversiones bruscas.

Consecuente con esta explicación, da un gran valor á las experiencias místicas (los estados de conciencia místicos), y dice que los que somos refractarios á esos estados y á la influencia de lo divino, debemos

aceptar la descripción de esa clase de sentimientos en la misma situación de espíritu en que un ciego estudia la teoría de los colores.

Hay también en la obra un notabilísimo estudio sobre el optimismo y el pesimismo, que les recomienda de una manera especial. En él, después de un examen profundo y sentido de la cuestión, llega á la conclusión de que el pesimismo tiende á englobar mayores elementos de realidad que el optimismo,

Pero lo que nos interesa, sobre todo, en el libro, desde nuestro punto de vista especial, es el criterio que adopta para hacer la apología de las religiones: es, simplemente, la aplicación de la frase evangélica: «Juzgar el árbol por sus frutos».

Pasa en revista las *consecuencias* de la religión; lo que la religión ha hecho por el hombre. En este examen, él cree probar que los efectos buenos son mayores que los efectos malos; y que si bien las religiones han tendido en tal ó cual caso á fomentar la intolerancia ó la estrechez de espíritu, en cambio, la cantidad de placer, de paz, de consuelo, de entusiasmo, de iluminación espiritual que han producido, las justifica ampliamente. Tiende, en su apreciación, á relegar al segundo plano --á veces más, á veces menos completamente-- las consideraciones de orden puramente lógico. Admite, es cierto, el elemento racional; pero de una manera secundaria. Lo que esencialmente justifica las religiones, es la bondad de sus frutos, y este es, justamente, un punto de vista pragmatista; pero pragmatista en el sentido práctico: no se trata aquí, ya, simplemente, de una teoría de la verdad; se trata de una aplicación práctica de esa teoría, que lleva al autor á admitir creencias, partiendo, no, fundamentalmente, de su verdad ó falsedad, sino de la bondad de sus consecuencias.

Comparada con la ciencia, la Religión, dice James, no le sería opuesta; sería, simplemente, otra cosa:

da satisfacción á otra clase de aspiraciones y á otra clase de necesidades. Si nosotros tuviéramos dos llaves, de las cuales una abriera ciertas puertas y no otras, y la segunda abriera estas y no aquellas, no sería una razón para arrojar una de las dos, sino, al contrario, para guardarlas ambas. Tal es el caso de la Religión y la Ciencia. Hay necesidades espirituales que la ciencia satisface, y no la religión; hay otras necesidades que son satisfechas por la religión y no por la Ciencia: guardemos ambas. Tal es la posición especial de James, en cuanto á esta cuestión tan interesante y tan profunda de las relaciones de la religión con la ciencia.

James, por otra parte, explica que la suya no es un alma religiosa; pero que, si bien él es personalmente inaccesible á la influencia directa de lo divino, que los místicos afirman experimentar, adopta, sin embargo, con respecto á la religión, lo que él llama una «sobre-creencia». La sobre-creencia de James, sería lo que él llama el «supra-naturalismo grosero»: *supra-naturalismo*, esto es: que, además de lo natural, existe algo no natural (no natural, en el sentido que nosotros damos al término «Naturaleza»), algo sobrenatural, que influye sobre el mundo. Recuerdo una comparación de que se vale: el caso de la reflexión total. Supongamos, dice, peces que nadan en el agua; la luz cae sobre ésta y no penetra; los peces no pueden ver, pero pueden entrever; no pueden salir de su elemento: se acercarán, pero no pasarán de la superficie que separa el medio en que viven de otro medio en que no pueden vivir. Sin embargo, ese otro medio es el que les suministra el elemento de su vida, es el que les da el oxígeno que respiran... etc. Nosotros nos encontraríamos en una situación parecida con respecto al mundo de lo divino.

Pero, dice James, hay dos clases de supra-natura-

lismo: los que admiten la existencia de seres superiores, uno ó varios, pueden adoptar dos posiciones distintas. Para unos, esos seres superiores no influyen sobre el mundo; para otros, intervienen en él. El primero sería el supra-naturalismo refinado; el segundo, sería el supra-naturalismo grosero: el que James adopta. Lo cual es una nueva aplicación, del punto de vista pragmatista: ¿Qué interés tendría para un pragmatista la adopción de una creencia en seres superiores que no intervinieran eficazmente en la marcha del Universo? El supra-naturalismo que el mismo James llama «grosero», esto es, la creencia en la intervención de lo divino, de seres sobrenaturales, en la marcha efectiva y práctica del Universo, es la creencia que puede satisfacer á un pragmatista.

Al hacer en la lección próxima la crítica de este libro, yo lo trataré únicamente desde el punto de vista que nos interesa aquí, esto es, como aplicación del pragmatismo; pero no puedo dejar de recomendarles la lectura de una obra tan notable. Hay sobre la religión tres libros que nadie debería no haber leído. La primera, la obra, á mi juicio, capital; la más alta que se ha escrito sobre este punto: «La irreligión del porvenir», de Guyau. La segunda, esta obra de James, indicada, justamente, porque tiende á defender el punto de vista opuesto, si bien en la práctica los dos autores suelen estar mucho más cerca de lo que cree uno de ellos. Y, finalmente, esa otra obra, ya antigua, pero tan valiosa por suministrar-nos ejemplo de una actitud de espíritu abierta, amplia, en que las consideraciones intelectuales y las morales tienen igual cabida: me refiero al libro póstumo de Stuart Mill: «Ensayos sobre las religiones». Precisamente en esta obra encontró James las sugerencias que le llevaron á adoptar ciertas doctrinas; y, precisamente, al espíritu de Stuart Mill dedica James su obra sobre el pragmatismo, expresando que de Mill

ha aprendido la amplitud de espíritu, y que se complace en representárselo, si aún viviera, como el jefe de la nueva doctrina. Yo procuraré probar en mi crítica que, muy probablemente, en este punto, James se ha engañado.

Para los discípulos del pragmatismo, la nueva teoría está llamada á modificar profundamente el pensamiento moderno. Ella representaría, dice James, algo así como el advenimiento y el triunfo de los espíritus concretos, en la filosofía; ella vendría á desvanecer la tendencia intelectualista, la tendencia abstracta, sutil y refinada.

Algunos representantes de la extrema izquierda del sistema, van más lejos: preconizan las facilidades que — indudablemente — da, para pensar, una doctrina en que los elementos racionales pasan á segundo término. Uno de ellos, llama á esto el «*desarrugamiento*» de los problemas. ..

Finalmente, según James, el pragmatismo podrá reconciliar á dos clases de espíritus que hasta ahora han sido filosóficamente irreconciliables: los espíritus tiernos y los espíritus fuertes ó duros: («*The tender minded and the tough minded*»). Por un lado, han existido en la filosofía (y la división responde á modalidades de espíritu de los hombres en general, sean ó no filósofos) los *tough minded*, que tienden á determinarse principalmente por la observación de los hechos y á subordinarlo todo á los hechos. La razón es para ellos soberana; y su tendencia es destructiva de ilusiones y las esperanzas. Son, por ejemplo, ateos, materialistas, deterministas, pesimistas, escépticos, empiristas, etc. Por otro lado, encontramos otra clase de espíritus, *tender minded*, para los cuales la vida afectiva, la esperanza, el consuelo, son los factores que obran sobre la creencia y sobre la conducta; y estos son religiosos, idealistas, optimistas, libre-arbitristas, etc. Pero unos y otros

son incompletos. Los primeros, nos dan la experiencia y la ciencia, pero nos cierran toda esperanza; los segundos, nos dan lo que los primeros nos quitan, pero son incapaces de satisfacer las necesidades intelectuales ó racionales. El pragmatismo, dice James estaría destinado á dar satisfacción á aquellos que sintieran las dos necesidades.

En las lecciones siguientes voy á intentar, con las imperfecciones inevitables, la crítica de esta filosofía.

EXAMEN CRÍTICO

El pragmatismo, pues, tal como lo exponen sus adeptos, comprende fundamentalmente dos partes: una especulativa, y otra aplicada; una teoría de la verdad, y una teoría de la creencia práctica.

Una *teoría de la verdad*; á saber: que, si se analiza la noción de verdad, se encuentra que toda ella puede reducirse á un mismo elemento, de orden práctico; que la verdad de una proposición no es otra cosa que el conjunto de sus consecuencias prácticas y de sus aplicaciones; lo que ha de entenderse, naturalmente, con toda la amplitud posible: aplicaciones actuales y futuras, próximas y remotas, presentes ó posibles.

La segunda parte del pragmatismo, es una *teoría de la creencia práctica*. Ella sería, según los sostenedores del sistema, deducida de la primera; y consiste en una serie de reglas destinadas á regir nuestra creencia. Esta segunda parte del pragmatismo, no es ya especulativa ó teórica, como la otra, sino aplicada; y las aplicaciones serían fundamentalmente las siguientes:

Primera: el pragmatismo nos ofrece un *criterio de la verdad*: el de buscar las consecuencias de una creencia. Reconocemos la verdad de una proposición, buscando sus consecuencias. Esto se traduce, cuando la creencia es verdadera, en un *éxito*, que los pragmatistas describen á veces, preferentemente, como un éxito interno ó psicológico; otras, preferentemente, como un éxito objetivo ó exterior. En el primer caso, nos dicen que la proposición verdadera es la que nos ayuda á pensar más armónicamente, con mayor facilidad. Y en el segundo caso, nos dicen que la proposición verdadera es la que nos permite, por

ejemplo, hacer descubrimientos, nos ahorra trabajo, etc.

La segunda consecuencia práctica que se destaca dentro del pragmatismo aplicado, es el permiso, y hasta el consejo de abandonar, de dejar de lado, de considerar como secundarias, todas aquellas cuestiones ó investigaciones que no se traduzcan en consecuencias prácticas.

Y, finalmente, la tercera de las aplicaciones fundamentales, consiste en legitimar esa actitud que es corriente en los hombres, pero que nosotros estamos acostumbrados ó considerar como reproachable ó cuando menos evitable; esa actitud, decíamos, que consiste en tomar en cuenta, para admitir ó rechazar una creencia, las consecuencias de ésta.

Ahora bien: el pragmatismo en el primer sentido, lo que voy á llamar el pragmatismo teórico, el pragmatismo como teoría de la verdad, es una teoría seria, y merece la mayor atención. Es posible, tal vez, que sus adeptos la juzguen más diferente del relativismo de lo que realmente es. Hay, en el pragmatismo teórico, elementos que le son más ó menos comunes (hasta donde pueden ser comunes ideas expuestas por escritores distintos y dotados de personalidad) con el relativismo kantiano, con el relativismo spenceriano y con otras filosofías de análoga tendencia. Pero el pragmatismo tiene también elementos propios, y no puede negarse que haya aportado observaciones é interpretaciones sumamente importantes, ni que sea una contribución seria para la filosofía. Nuestro examen ulterior nos mostrará este hecho claramente.

Pero yo no voy á criticar de una manera expresa el pragmatismo teórico. Aplicando justamente una regla que los pragmatistas serían los primeros en aconsejar, voy á dedicarme, sobre todo, al estudio del pragmatismo práctico, esto es, el estudio del prag-

matismo en cuanto pretende modificar nuestras reglas de conducta relativas á la creencia práctica.

Para esto, me será indispensable empezar por estudiar la relación entre los dos pragmatismos; entre las dos tendencias ó doctrinas que, separadas ó mezcladas, se dan el nombre de pragmatismo; porque, *justamente en esta relación, se encuentra, á mi juicio, un sofisma grave, que ha falseado la filosofía de los pragmatistas en su parte práctica, y que precisamente en el examen de la filosofía de James vamos á ver, me parece, con una completa claridad.*

Voy á sostener, y á procurar demostrar, que *lo que he llamado el pragmatismo práctico*; esto es: las reglas de creencia que nos aconsejan Schiller, James y los demás pragmatistas, — *no es, como lo creen sus autores, una consecuencia del pragmatismo teórico, ó sea de la teoría de la verdad que esos mismos autores profesan. Y, para hacer esta demostración, empezaré por servirme de una comparación que se debe al mismo William James, y que yo voy á completar.*

Quejándose de haber sido, él y sus compañeros en filosofía, mal comprendidos por sus adversarios, y con el objeto de probar que los críticos del pragmatismo no han sabido entender el verdadero alcance de la doctrina, nos dice James que se ha cometido contra los pragmatistas la injusticia de suponer que pretenden negar la verdad, cuando lo que pretenden es explicarla. Y se refiere, entonces, al caso del idealismo de Berkeley. Cuando Berkeley expuso su doctrina, no pretendía precisamente *negar* la materia: lo que pretendía era *explicar* la materia. Decía: la materia se reduce á estados de conciencia, *no es* otra cosa que estados de conciencia. Con esto no negaba la materia; decía, simplemente: la palabra «materia» significa estados de conciencia, ciertos estados de conciencia, y no significa más que eso. No era, pues, justo, continúa James, decir que Berkeley negaba la

materia: la explicaba. Pues bien: lo mismo hacemos nosotros, los pragmatistas, con la verdad. No decimos que no haya verdad; decimos simplemente que, si analizamos la noción de verdad, no encontramos en ella otra cosa que las consecuencias de las doctrinas, sean éstas próximas ó remotas, exactamente como Berkeley, analizando la noción de materia, encontró ó creyó encontrar únicamente un elemento: estados de conciencia. No negamos, pues, la verdad: la explicamos.

Efectivamente: mientras los pragmatistas se han limitado á mantenerse en el terreno especulativo, y á dar una teoría de la verdad, no han hecho, es cierto, más que explicar la verdad. Pero, de esta explicación de la verdad, han pretendido sacar consecuencias prácticas, y, en este punto, llamo la atención de ustedes de la manera más especial sobre el gravísimo error cometido.

La confusión fundamental de James y de todos ó casi todos los pragmatistas, ha consistido en pretender sacar consecuencias prácticas de lo que no hubiera debido ser más que una definición ó explicación de la verdad. *Han cometido el mismo sofisma que hubiera cometido Berkeley si hubiera pretendido sacar consecuencias prácticas de su idealismo.*

Supongamos que los argumentos de Berkeley nos han convencido: que nos hemos hecho idealistas; lo cual quiere decir que hemos admitido que la materia no es otra cosa que estados de conciencia. Una vez que hemos admitido esta doctrina, ¿hay algo cambiado en la práctica? ¿Significará, la admisión del idealismo, que, desde ese momento, lo que era, por ejemplo, duro, pesado, suave, blando, sólido, líquido ó gaseoso, deje de ser lo que era antes? ¿Implicará, por ejemplo, que desde ese momento no deberemos ya tener miedo de que nos atropelle un vehículo ó de que nos caiga un andamio en la cabeza? ¿Que-

rrá decir que ya no deberemos, como antes, procurar evitar la ropa áspera, que nos incomodaba? Porque seamos idealistas ¿ya no deberemos, como antes, evitar el golpe de un arma filosa ó el de un objeto pesado? No, en manera alguna. Hemos *explicado* la materia por estados de conciencia; pero los estados de conciencia siguen siendo lo mismo que antes. Si Berkeley hubiera sacado de su idealismo consecuencias prácticas por el estilo de éstas, habría cometido precisamente el mismo sofisma que cometieron sus adversarios cuando oponían á la doctrina el célebre *argumentum baculinum*.

Pues bien: á mí me parece evidente que los pragmatistas, al pretender deducir consecuencias prácticas de sus teorías de la verdad, han caído *exactamente* en ese mismo sofisma.

¿La verdad se reduce á las consecuencias próximas y remotas, reales y posibles, de una proporción ó doctrina?

Perfectamente. Aun suponiendo que admitamos nosotros esa explicación de una manera plena y sin reserva alguna, aun en ese caso, lo que era verdad antes de admitirla, sigue siendo verdad después; lo que era error antes, sigue siendo error ahora; lo que era verdadero ó falso, dudoso ó probable, legítimo ó ilegítimo desde el punto de vista lógico, sigue siendo exactamente lo que era antes. Debemos seguir temiendo al error, después de ser pragmatistas teóricos, como debemos seguir temiendo á los trenes ó á los golpes, después de ser idealistas teóricos. No hay nada modificado.

El sofisma consiste, pues, en haber procurado sacar, de una *definición* de la verdad, consecuencias prácticas, relativas á nuestras relaciones con la verdad. Exactamente como el sofisma de un berkeleyano que no hubiera comprendido el sistema, hubiera podido consistir (como ocurrió de hecho) en sa-

car de una definición de la materia, consecuencias prácticas de orden mecánico, referentes á nuestras relaciones con la materia.

Voy á presentar otro aspecto del mismo sofisma.

Admitamos siempre la teoría pragmatista de la verdad. La verdad se reduce á consecuencias; la verdad *es* consecuencias.

¿De qué consecuencias se trata? ¿de *todas* las consecuencias, actuales y futuras, reales y posibles, conocidas y desconocidas, previsibles é imprevisibles (como á veces, en ciertos momentos, lo sostienen los pragmatistas)? ¿O bien se trata de *algunas* consecuencias; por ejemplo: de las consecuencias que pueden percibirse, que pueden preverse; de las consecuencias que ocurren en un momento dado ó en una época dada; de las que afectan á un individuo determinado ó á una sociedad determinada?

En el primer caso, como he procurado explicarlo, el pragmatismo teórico *no afecta absolutamente en nada las reglas de creencia*; en el segundo caso, sí, las afecta. Es entonces cuando el pragmatismo podría tener consecuencias prácticas; pero es entonces cuando el pragmatismo se vuelve una doctrina funesta.

La verdad de una doctrina, nos dicen los pragmatistas, se reconoce en su «éxito».... Palabra elástica, vaga y esencialmente peligrosa. ¿De qué éxito se trata? ¿De un éxito concreto, temporal, que ocurre en un momento dado para una persona, para varias personas, para una sociedad? Como dice Schiller, ¿reconocemos la verdad de una idea en que podemos cabalgar sobre ella? Muy bien: en ese caso, si yo sostengo que Dios es Dios y Mahoma su profeta, y si lo sostengo en Turquía, *cabalgo* sobre esa idea; si lo sostengo en la República del Uruguay, no cabalgo. ¿Eso quiere decir que la idea, en el primer caso, sea verdadera, y en el segundo caso sea falsa? — Inmediatamente responderían los pragmatistas:

«No! hay que tomar ampliamente las consecuencias: no se trata del éxito de una persona, ni siquiera, tal vez, del éxito de una sociedad; se trata, no solamente de consecuencias próximas, sino de consecuencias remotas, y aun de consecuencias posibles»; pero en ese caso, volvemos otra vez á la primera doctrina; y entonces el pragmatismo-- fíjense bien en esto -- queda encerrado en un dilema: *ó bien su definición de la verdad se refiere á todas las consecuencias tomadas con la mayor amplitud, y entonces no modifica la práctica; ó bien modifica la práctica, pero es prescindiendo de algunas consecuencias posibles*, por lo menos, de las creencias; y, en este caso, *modifica la práctica en mal sentido*, y el pragmatismo se vuelve una teoría funesta, porque nos conduce á tomar en muchísimos casos el error por verdad, buscando el criterio del éxito (error y verdad, aún en el sentido amplio de los mismos pragmatistas.)

El estado de espíritu de los pragmatistas es en este punto muy interesante; y, analizándolo, verán por qué es difícil la refutación del sistema.

EL ESTADO DE ESPÍRITU DE LOS PRAGMATISTAS ES UNA OSCILACIÓN ENTRE DOS SENTIDOS QUE DAN Á LA PALABRA «VERDAD». Es una oscilación entre los dos puntos de vista; entre el de tomar absolutamente todas las consecuencias reales y posibles, en el cual caso el pragmatismo teórico no modifica la práctica, ó el de tomar únicamente algunas consecuencias. Resulta, pues, un estado de espíritu confuso, *y de una confusión muy difícil de ver y de criticar*. Es un sofisma; pero, estoy por decir, un *sofisma dinámico*: un sofisma en movimiento; no un sofisma en reposo. Los sofismas, presentados en los tratados de lógica, son muy fáciles de estudiar, y parecen muy fáciles de refutar; y es porque la lógica no nos da, podríamos decir, más que una estática de los sofismas: nos presenta el sofisma como si se mantuviera inerte, en re-

posó. En tal estado, el sofisma se deja ver fácilmente, y se deja refutar fácilmente: se deja manejar con toda facilidad. Pero faltaría en los tratados de lógica — y es difícil poner eso en los tratados — una dinámica de los sofismas, un estudio de los errores vivos. Así, son tan difíciles de estudiar como lo serían las alternativas de luz y sombra en una penumbra fugaz y movable....

William James, como procuraré dentro de un momento mostrarlo con citas de sus obras, piensa y escribe en un estado de oscilación continua del uno al otro sentido de los términos. A veces toma el pragmatismo en un sentido; á veces, en otro; justifica, por ejemplo, el pragmatismo teórico, y después pasa á justificar el pragmatismo práctico como si fuera una consecuencia de él. Cuando encuentra alguna dificultad, y sin darse cuenta de ello, vuelve al primer sentido, y esto explica, entre otras cosas, la buena fe evidente con que se queja de haber sido mal comprendido.

Procuraremos ver claro esto con algunas citas. Sigán ustedes este párrafo:

«A la cabeza de este movimiento de lógica científica, aparecen los señores Schiller y Dewey con su explicación pragmatista de lo que la verdad en todos los casos significa».

Significa: noten que aquí se trata de lo que yo he llamado el pragmatismo teórico, esto es, de una *explicación* de la verdad.

Dicen estos maestros: La verdad, en todos los casos, según nuestras ideas y creencias, significa lo mismo que significa en ciencia. Significa, dicen, nada más que esto: que las ideas.... etc.»

De modo que continúa el autor tomando el pragmatismo en el sentido teórico: se trata de la *signifi-*

cación de la verdad. Y, después de unas pocas líneas, continúa así:

«Una idea sobre la cual podemos cabalgar, por decirlo así; una idea que nos conduce prósperamente de una parte de nuestra experiencia á otra parte de ella, que une satisfactoriamente sus partes, que trabaja con seguridad, que simplifica, que ahorra trabajo, es verdadera justamente en ese grado, verdadera *instrumentalmente*.»

Creo que, después de la explicación precedente, ustedes han podido notar con facilidad cómo el autor *se pasa, se corre*, del primer sentido al segundo. En las primeras líneas del pasaje, habla de lo que la verdad *significa*: hace lo que haría Berkeley al decirnos que la materia se compone de estados de conciencia, —lo cual no debe modificar en nada nuestras relaciones mecánicas con la materia; pero, en la parte final del pasaje, nos dice que una idea en la cual podemos cabalgar, es una idea verdadera. ¿Qué quiere decir cabalgar? Es evidente que aquí se refiere á un éxito personal; en todo caso, limitado; que aquí piensa únicamente en *algunas* de las consecuencias prácticas de la idea. Un mahometano, por ejemplo, cabalga sobre su mahometanismo, á condición de estar en Turquía. ¿Quiere decir eso que su mahometanismo sea verdadero? No, *aún dentro de la teoría de James*, aún dentro de la teoría que admitía *al principio de su pasaje*, porque allí no se trataba únicamente de algunas consecuencias, sino de todas, incluso todas las posibles; pero en la segunda mitad del pasaje, se refiere únicamente al éxito práctico, á ese éxito concreto que traduce únicamente algunas de las consecuencias de la doctrina. «Una idea que trabaja con seguridad, que simplifica, que ahorra trabajo...» ya es el pragmatismo práctico, que no se deduce del otro. Es posible que una idea, en un momento dado, para un individuo dado, para una sociedad de-

terminada, en cierto tiempo, ahorre trabajo, trabaje con seguridad y permita «cabalgar» á un hombre ó á un pueblo, y sea falsa aún dentro del sentido de James: del otro; esto es: aún dentro del sentido amplio de la palabra «pragmatismo».

Véase en la siguiente frase un ejemplo típico de la aplicación viciosa del pragmatismo:

«Si las ideas teológicas justifican tener un valor para la vida concreta, serán verdaderas, para el pragmatismo, en el sentido de ser buenas en el mismo grado. Porque el grado en que sean verdaderas dependerá enteramente de sus relaciones con otras verdades que también han sido reconocidas».

Una consecuencia de este orden *no se deduce*, en manera alguna, del pragmatismo teórico. El pragmatismo teórico consistía en sostener que la verdad, analizada, se reduce á las consecuencias de las doctrinas; pero á condición de que entren todas las consecuencias, no sólo reales sino posibles. Pero aquí no se trata de eso: el autor habla de «*la vida concreta*». Una persona determinada, ó una sociedad determinada, encuentra, en un momento dado, éxito, diremos; éxito de cualquier orden, sea material, sea espiritual, en las ideas teológicas. Aún dentro del pragmatismo teórico, eso no quiere decir que sea aplicable á dichas ideas teológicas la definición de la verdad: se ha prescindido de consecuencias remotas, de consecuencias posibles, y la prueba de que es así, es que, este criterio de verdad, podríamos nosotros aplicarlo á las antiguas ideas teológicas, que el mismo James reconocerá, como otro cualquiera, que son falsas (por ejemplo, el fetichismo, ó la adoración de los animales), y que, sin embargo, en su tiempo, han tenido, como diría James, un valor para la vida concreta....

Es, pues, siempre, el mismo error. Un berkeleyano que comprendiera inteligente y consecuentemente su

sistema, nos diría: «La materia se reduce á estados de conciencia. Pero todas nuestras reglas de conducta con relación á la materia, sean racionales, sean instintivas, lo mismo que nuestros sentimientos hacia la materia; todo eso, debe quedar». El idealismo de Berkeley no modifica, por ejemplo, desde el punto de vista intelectual, la ciencia arquitectónica: la resistencia de los materiales sigue siendo la misma, etc. Tampoco debe modificar nuestros instintos: una serie de adquisiciones delicadísimas que están ya en nuestro cuerpo; los movimientos subconscientes que hacemos para mantener el equilibrio en todo momento; todo eso queda; todo eso no debe ser alterado. Pues bien: exactamente del mismo modo, aún cuando se admita el pragmatismo teórico de James, ha de quedar subsistente, por una parte, toda la lógica, á condición, naturalmente, de que sea lógica buena: como queda subsistente el arte de edificar, dentro del idealismo de Berkeley, ha de quedar subsistente, dentro del pragmatismo teórico, el arte de pensar. É, igualmente, por otra parte, como quedan subsistentes, dentro del idealismo de Berkeley, nuestros instintos relativos á la materia, así también han de quedar subsistentes nuestros instintos y nuestros sentimientos relativos á la verdad, aun dentro del pragmatismo teórico de James. Por ejemplo: ese sentimiento que hace que nosotros distingamos lo verdadero de lo que tiene éxito, ese sentimiento que nos conduce á reprobar la conducta de los que adoptan creencias teniendo en cuenta su éxito, todos estos sentimientos son legítimos, y deben quedar, dentro de la teoría de James, y siempre que ésta sea debidamente comprendida.

«Permitaseme ahora decir solamente esto: que la verdad es *una especie de bien*, y no, como se supone habitualmente, una categoría distinta del bien y coordinada con él. *La verdad es el nombre de todo lo que prueba ser bueno en el orden de las creencias*».

Esta es una confusión de términos, que puede llevar á una confusión de ideas.

Supongamos que un hombre es mahometano en Turquía, y otro es mahometano en el Uruguay. En estos dos casos, hay *un elemento común y un elemento distinto*. El elemento común es el que nosotros estamos acostumbrados á llamar verdad ó falsedad de la doctrina, idéntico en un caso ó en otro; y el elemento distinto es un elemento de éxito, ó, si ustedes quieren, de bien.

William James, como cualquiera, es muy libre de designar estos dos elementos con el mismo nombre; pero en esto no encontramos ningún beneficio, y encontramos, al contrario, graves inconvenientes.

Sin duda, la cuestión de designación será una cuestión de palabras. Pero es indudable que, en el hecho, hay en esos dos casos un elemento común que no es de la misma clase que el otro elemento; y, por consiguiente, es razonable y práctico seguir llamando á uno «verdad» y al otro «éxito», como estamos acostumbrados á hacerlo.

Naturalmente que un pensador como James tenía que tropezar en esta dificultad, y había de procurar resolverla.

Véase este párrafo, que es característico:

«Acabo de decir que aquello que es mejor para nosotros creer, es verdad, *á menos que la creencia venga incidentalmente á chocar con algun otro beneficio vital*. Ahora, en la vida real, ¿con qué beneficios vitales está más propensa á chocar una creencia nuestra? ¿Con cuáles, en realidad, á no ser con los beneficios vitales producidos por otras creencias, cuando los unos se muestran incompatibles con los otros? En otros términos: el mayor enemigo de cada una de nuestras verdades puede ser el resto de nuestras verdades».

Si se comprende bien este párrafo, se ve en él la prueba más acabada de aquella oscilación de Wi-

William James. En sus ejemplos concretos (como, por ejemplo, en el de las ideas teológicas, que cité hace un momento), él se refiere únicamente á *algunas* consecuencias de las doctrinas; tropieza con la dificultad, y entonces se refugia, como ahora, en el pragmatismo amplio, puramente teórico, que admite *todas* las consecuencias de las doctrinas, sin darse cuenta de que, una vez que sea ese el pragmatismo que él admita, no tiene derecho á sacar de él ninguna consecuencia práctica.

Aunque nada hubiera que objetar al pasaje de James, sería cierto que la manera práctica de buscar la verdad debe ser la común.

Voy á procurar hacer ahora con el pragmatismo, lo que el pragmatismo hace con las demás doctrinas, esto es: voy á procurar «juzgarlo por sus frutos»; ver sus consecuencias. A este respecto, el pasaje que voy á citar será uno de los más oportunos:

«Así, si ningún detalle futuro de experiencia ó conducta ha de deducirse de nuestras hipótesis, el debate entre materialismo y deísmo se vuelve completamente estéril é insignificante, ... y el hombre juicioso es el que, en un caso como este, vuelve la espalda á semejantes discusiones no necesarias (*supererogatory*). Así, la mayor parte de los hombres, intuitivamente, y los positivistas y hombres de ciencia (*scientist*) deliberadamente, vuelven la espalda á las disputas filosóficas de que no se ve que pueda seguirse nada definido en cuanto á líneas de consecuencias futuras. El carácter verbal y vacío de la filosofía, es seguramente un reproche muy familiar para nosotros. Si el pragmatismo es verdad, es ese un reproche perfectamente sano, á menos que pueda mostrarse que las teorías en discusión tienen consecuencias prácticas entre las que haya que optar (*alternative practical outcomes*), por delicadas ó distantes que puedan ser ⁽¹⁾. La mayoría de los hombres y los hombres de ciencia dicen que ellos no descubren semejantes consecuencias, y si el metafísico tampoco puede encontrar ninguna, tienen ciertamente ra-

(1) Soy yo quien subrayo.

zón los otros contra él: su ciencia no es más que una pomposa insignificancia . . . »

Si tomando como base este pasaje (que no es más que un ejemplo de muchos análogos que yo podría escoger en estas obras), procuráramos aplicar al pragmatismo su misma regla, y juzgarlo por sus frutos — juzgar al pragmatismo pragmáticamente, — diríamos, que el pragmatismo sería una doctrina esencialmente funesta; y, para comprenderlo, ustedes no tienen más que realizar este simple esfuerzo de imaginación: suponer que en algún momento de la humanidad, cualquiera que él fuese, los hombres se hubieran hecho pragmatistas en este sentido; esto es: que, siguiendo una conducta que James califica de juiciosa ó sabia (*wise*), hubieran, como él dice, «vuelto la espalda» á todos aquellos problemas á los cuales no se podía ver ninguna consecuencia práctica. . . .

Si hay algún lugar común en la historia del pensamiento, es justamente la constatación de que casi todos, por no decir todos, los grandes descubrimientos prácticos, han tenido su principio en cuestiones tan teóricas, tan especulativas, al parecer, que no hubiera podido vérselos ninguna consecuencia práctica posible. En una época remota, nos dice Bagheot, un geómetra griego, un teórico, estudió laboriosamente las propiedades de las secciones cónicas; hubiera sido absolutamente imposible *en aquella época* encontrar á ese estudio una aplicación; y efectivamente, durante algunos siglos, esa aplicación ni se vislumbró siquiera. Resultó después que los astros se mueven en elipses, parábolas é hipérbolas; que, por consiguiente, el estudio de las secciones cónicas fué la base de la Astronomía; la Astronomía fué la base de la navegación, que es el auxiliar más poderoso del comercio; y, por consiguiente, de los estudios de aquel teórico de gabinete, han resultado más apli-

caciones prácticas que de la acción de millones de industriales ó de hombres prácticos, en el sentido corriente del término.

Otro teórico, en tiempos más modernos, percibió una vez, como lo recordaba Pasteur en un célebre discurso, un leve movimiento de la aguja imantada al aproximarse ésta á un hilo electrizado. A esta cuestión, como al estudio de la teoría de las secciones cónicas, como á todos los estudios de cuestiones análogas, hubiera «vuelto la espalda» un pragmatista en el sentido estrecho. Entre tanto, el descubrimiento de ese leve movimiento de la aguja contenía el germen, entre otras muchas aplicaciones prácticas, del telegrafo eléctrico....

La verdad es que las aplicaciones posibles de una doctrina, nunca pueden ser previstas, ni aún sospechadas de antemano; y, por consiguiente el sabio —*wise*, no en el sentido estrecho y desgraciado en que James emplea la expresión en aquel pasaje, sino en un sentido verdaderamente amplio,— el sabio es justamente aquel que no vuelve la espalda, jamás, á ninguna cuestión.

Pero yo no querría cometer con William James la injusticia de suponer que ésta es una consecuencia de su pragmatismo; lo que hay es, sencillamente, que ese *softisma de oscilación*, de que hemos hablado, le ha hecho sacar consecuencias falsas.

En cualquier momento de la historia del pensamiento en que la humanidad se hubiera convertido, pues, en pragmatista (en este sentido), el progreso se hubiera detenido. La condición fundamental del progreso reside, justamente, en que interesen á los hombres las cuestiones, los debates, las doctrinas, independientemente de sus consecuencias. Esto, nótese bien, *aun desde el punto de vista práctico*. Supongan ustedes un río que fecunda un país. Los habitantes de ese país podrían hacerse un día el siguiente razonamiento:

«Las únicas partes del río que fecundan la comarca, son el curso inferior y el curso medio; el curso superior del río, corriendo rápidamente, encajonado entre barrancas, sólo está rodeado de terrenos estériles: vamos á desecarlo; quedémonos únicamente con la parte fecundante del río.» Un error tan grosero y tan funesto como el que importaría este razonamiento, é igual torpeza, revelaría la tendencia á prescindir de las cuestiones puramente especulativas á las cuales no se les puede ver ninguna consecuencia práctica, pero que son á las cuestiones prácticas lo que la fuente del río es á su curso inferior.

Pragmatistas en ese sentido, ya los ha habido. Augusto Comte, por ejemplo, aconsejaba prescindir, aun en la especulación científica, de todo lo que no pueda traducirse en consecuencias para la sociedad, para la raza que habita nuestro planeta. Así, por ejemplo, dentro de la astronomía, prohibía hacer investigaciones sobre las estrellas. Es sabido que Comte hacía de las diversas ciencias solamente un pedestal para la Sociología: la Astronomía, como la Física, la Química, la Biología, se estudiaban con el sólo objeto de suministrar datos á las ciencias sociales. No es extraño, pues, que, dentro de este criterio, sistemáticamente proscribiera todo lo que aparentemente no pudiera tener ningun objeto para la ciencia social. Y hablando del sistema de Comte, dice con tanta profundidad como belleza, Anatole France, que solamente esa prohibición impuesta al hombre, solamente esa tendencia á cerrar la especulación sobre cuestiones inútiles, sería causa bastante para que á un alma bien organizada, repugnara dejarse encerrar en este sistema. Y tiene la más plena razón. Ese instinto que nos conduce á interesarnos por las cuestiones, con prescindencia absoluta de sus aplicaciones prácticas, lo que se llama el «desinterés científico» en el más amplio sentido del tér-

mino, es justamente uno de esos instintos que cualquier teoría de la verdad debe dejar subsistentes, como hay instintos de orden mecánico, importantísimos, que cualquier teoría de la materia debe dejar subsistentes también.

Es cierto que William James hace reservas, hace salvedades, y dice, como aquí: «... por delicadas y distantes que puedan ser» (las consecuencias de las doctrinas); pero es que ahí mismo está el sofisma! justamente es imposible conocer y prever esas consecuencias; justamente, en el momento en que la doctrina se plantea y se discute, esas consecuencias delicadas y distantes nos son desconocidas, y no hay inteligencia humana que pueda preverlas, ni siquiera, tal vez, entreverlas ni sospecharlas; y justamente por eso, aun desde el punto de vista de las consecuencias, es un instinto valioso, que no debe ser combatido sino estimulado, ese instinto de interesarnos por las cuestiones cuyas consecuencias prácticas no pueden percibirse.

Los ejemplos que he analizado á propósito de los efectos próximos y remotos, se refieren al orden intelectual. Me sería igualmente fácil tomarlos relativos al orden moral, y el siguiente párrafo de James sería muy apropiado. Hablando del debate entre el espiritualismo y el materialismo:

«Aquí, pues, en estas exigencias (*appeals*) emocionales y prácticas, en esos ajustamientos de nuestras actitudes concretas de esperanza y espectación, y en todas las delicadas consecuencias que de sus diferencias se derivan, reside el verdadero significado de materialismo y espiritualismo; no en las sutiles (*hair - splitting*) abstracciones sobre la esencia intrínseca de la materia ó sobre los atributos metafísicos de Dios. Materialismo quiere decir simplemente la negación de que el orden moral es eterno y el fin (*cutting off*) de las últimas esperanzas; espiritualismo significa la afirmación de un orden moral eterno y la conservación de la esperanza.»

Hermosamente expuesto. Pero igualmente hermosas é igualmente sentidas hubieran sido estas consideraciones en cualquier época de la historia. Imaginen ustedes, para el orden moral y afectivo, la suposición que hicimos antes para el orden intelectual: supónganse que, en una época antigua en que las doctrinas en debate eran doctrinas inferiores, poco elevadas, por ejemplo, religiones primitivas, absurdas ó crueles; supónganse, pues, que, en aquella época, consideraciones de este orden hubieran sido tomadas en cuenta y hubieran predominado en la solución de los problemas; imaginen que, en favor de cualquier religión inferior, los hombres hubieran invocado la esperanza y la espectación, la conservación del orden moral, el consuelo: ¿qué habría sucedido?... Que esa doctrina no hubiera podido ser atacada, y que, por consiguiente, el progreso se habría detenido. Si el progreso ha tenido lugar, tanto en lo intelectual como en lo moral, ha sido, justamente, gracias á los que han perseguido la verdad desinteresándose completamente de las consecuencias; porque en todas las épocas, las religiones entonces predominantes, ó también las teorías filosóficas predominantes, parecieron satisfacer, y ser las únicas en satisfacer, las necesidades morales de la humanidad. ¿Por qué se ha de suponer, entonces, que lo que hubiera sido en cualquier momento una actitud mala, sea, en este momento, una actitud buena? Ciertamente es que en el momento presente no podemos tal vez concebir (concedamos esto á James) doctrinas ó hipótesis que satisfagan mejor que las actuales nuestras esperanzas y nuestros sentimientos; pero en la misma situación de espíritu se encontraban los hombres de épocas antiguas; y debido á la actitud no pragmatista es como esa clase de hipótesis ó de sentimientos superiores han podido nacer. Tanto, pues, en el orden moral, como en el orden intelectual, juzgando al pragmatismo con su propia

fórmula, debemos condenarlo, por cuanto el adoptarlo en un momento dado, es parar el progreso.

Otro párrafo en que se nota bien la confusión de James, y la vacilación de uno á otro sentido, que hemos señalado:

«Pero, una vez que casi cualquier objeto puede algún día volverse temporariamente importante, la ventaja de tener un *stock* de verdades *extra*, de ideas que serán verdaderas, de situaciones simplemente posibles, es evidente.»

Aquí James ha visto el hecho que yo señalo, á saber, que no podemos en manera alguna atenernos únicamente á las consecuencias actuales de las doctrinas; que lo que en un momento dado no tiene consecuencias prácticas, puede tenerlas en un momento cualquiera futuro ó posible. Hace notar el hecho; lo recalca él mismo; pero no se da cuenta de que, si este es el verdadero significado de su doctrina, si las consecuencias simplemente posibles han de ser tenidas en cuenta, entonces, su pragmatismo no tiene consecuencias prácticas, como ya lo dejamos explicado. Es verdad, lo que dice James aquí, y está perfectamente expuesto dentro de su teoría de la verdad; pero justamente esta teoría de las extra-verdades es lo que destruye la parte aplicada del pragmatismo.

Un párrafo muy interesante para la crítica:

«Nuestra obligación de buscar la verdad es parte de nuestra obligación general de hacer lo que paga.»

(*Pagar*, es un término que los norteamericanos están acostumbrados á usar como sinónimo de aquello que da resultados.)

«El pago que dan las ideas verdaderas es la única razón de nuestro deber de adoptarlas. Idéntica razón existe en el caso de la riqueza ó de la salud. La verdad no nos reclama otra cosa,

ni nos impone otra clase de deber que lo que hacen la salud ó la riqueza. Todas estas imposiciones (*claims*) son condicionales; los beneficios concretos que ganamos son lo que queremos significar cuando llamamos un deber á la persecución de la verdad. En el caso de la verdad, las creencias falsas trabajan tan perniciosamente, á la larga, como las creencias verdaderas trabajan beneficiosamente.»

Esta imagen puede perfectamente servirnos para acabar de comprender, si aún fuera preciso, el sofisma capital del pragmatismo. Voy á servirme de la misma comparación: Lo que James no ha sabido ver, aunque sus expresiones literales indiquen otra cosa, es que, la verdad, paga, es cierto; pero paga á crédito. El sofisma del pragmatismo *práctico* ha sido no ver más que el pago al contado, ó, cuando más, en materia de crédito, no ver muy lejos. De manera que, si bien teóricamente los pragmatistas tienen en cuenta el crédito en toda su extensión (como en la letra de ese pasaje de James: «*in the long run*»), cuando pretenden sacar consecuencias prácticas de la doctrina, ó no ven el crédito, ó lo ven con una vista muy estrecha ó muy corta. (Naturalmente, hay una diferencia; la imagen es imperfecta desde un punto de vista, y es éste: que, el crédito de la verdad, podríamos decir que es ilimitado; en tanto que cualquier institución que se eligiera como ejemplo, por grande que fuera su crédito, tendría siempre uno limitado. El crédito de la verdad es infinito: quiero decir con esto que nunca puede limitarse de antemano el beneficio ó la cantidad de beneficio que una verdad pueda rendir. Salvo esta diferencia, la misma metáfora de James es adecuada para suministrar-nos un ejemplo de su paralogismo).

De manera que la conducta práctica, (teniendo en cuenta ese crédito ilimitado de la verdad), la conducta práctica verdaderamente razonable y útil, *aún pragmáticamente*, consiste en no pensar en el pago. Jus-

tamente porque nadie puede determinarlo de antemano; justamente porque nadie puede saber la cantidad de beneficio que una verdad puede darnos; justamente porque podemos considerar ese beneficio como prácticamente ilimitado, nuestra conducta práctica más razonable, aún desde el punto de vista pragmático, es la de buscar la verdad incondicionalmente y prescindiendo en absoluto de esos beneficios: dándolos por infalibles.

Repito que mis críticas se refieren únicamente á la parte aplicada del pragmatismo: no tengo intención de criticar el pragmatismo teórico. Podría ser, efectivamente, que James tuviera razón cuando afirma que nuestro respeto por la verdad no tiene otra base que los beneficios que la verdad produce. Lo que quiero decir, é insisto sobre ello, es que, aun cuando esta explicación fuera verdadera, la consecuencia práctica no es la que James preconiza.

«Dentro de los principios pragmáticos, no podemos rechazar una hipótesis si se siguen de ella consecuencias utilizables para la vida. Las concepciones universales, como cosas que hay que tener en cuenta, pueden ser tan reales para el pragmatismo como lo son las sensaciones particulares. No tienen en verdad ningún significado y ninguna realidad, si no tienen ningún uso. Pero si tienen algún uso, tienen, en esa misma proporción, significado (*that amount of meaning.*)»

Ustedes mismos notan ya que en algunos casos, como en éste, las aplicaciones de la doctrina se vuelven demasiado groseras; y precisamente ello ocurre á consecuencia siempre de la misma falacia: después de haber sentado una doctrina que se referiría á todas las consecuencias reales y posibles, presentes y futuras, las cuales nunca pueden preverse de antemano, James, en ciertos momentos, piensa sólo en las consecuencias inmediatas ó visibles, concretamente, en un momento dado, en una época dada, y nos dice, por ejemplo, que «no podemos rechazar una hipóte-

sis si se siguen de ella consecuencias utilizables». ¿En qué está pensando James en este momento?... *Consecuencias «utilizables»*: ¿cuándo? ¿para quiénes?... Al hablar así, evidentemente, James está pensando sólo en consecuencias utilizables en un momento dado, para un individuo, para una sociedad. Oscila, pues, *se corre* de una á otra concepción; y de una doctrina sin duda seria y profunda, como el pragmatismo teórico, puede llegar, en virtud de esa oscilación, á consecuencias tan groseras como las que se exponen en el pasaje leído.

El criterio de James hubiera podido aplicarse á cualquier doctrina falsa, en la época en que dominaba; y si esa doctrina falsa ha sido sobrepasada por la humanidad, ha sido justamente gracias á la acción de los que rechazaban las hipótesis no obstante sus consecuencias utilizables, y á pesar de la acción de los que se atenían inconscientemente á la estrecha y grosera regla pragmatista.

«Dentro de los principios pragmatistas, si la hipótesis de Dios trabaja (*works*) satisfactoriamente en el más amplio sentido del término, es verdadera.»

¿Qué quiere decir «en el más amplio sentido de término»?.... Si se toman las palabras literalmente; si se piensa, efectivamente, en *el más amplio* sentido del término, podrá tener razón James; pero en ese caso, tales principios no alteran absolutamente en nada las reglas de investigación que estábamos acostumbrados á seguir y á respetar antes del advenimiento del pragmatismo, consistentes sencillamente en investigar si la hipótesis *Dios* es ó no es *lo que nosotros llamamos una hipótesis «verdadera»*. Pero es evidente que, al escribirse esta frase, no se piensa en el más amplio sentido del término, sino que se piensa en el trabajo práctico de la idea de Dios, que se realiza en una época dada, en un momento dado, para ciertos hombres,

para ciertas sociedades; y, en este caso, la regla no es una consecuencia del pragmatismo teórico. En este sentido, no el más amplio, ha sido entendida de hecho la expresión, como lo veremos más adelante al discutir la aplicación práctica fundamental del pragmatismo, que es la aplicación á la religión; y, por más que James se queja de haber sido mal comprendido, hay que confesar que la parte principal de la culpa no es de los intérpretes, sino del autor mismo.

Sigamos nuestro análisis, recordando aquel párrafo citado en la parte expositiva, en que James, siguiendo á Peirce, resume los principios del pragmatismo. Hay, en dicho pasaje, dos partes: la primera es una exposición del pragmatismo teórico, perfectamente explicado, como es natural; pero en seguida, el autor se va *corriendo*, se va pasando insensiblemente de la primera teoría á la segunda; y el examen del pasaje es sumamente interesante desde este punto de vista: es un verdadero documento psicológico y lógico para mostrar cómo se incurre en una falacia:

«Un filósofo americano de gran valer, el Señor Carlos Sanders Peirce, tiene el mérito de haber desprendido el principio de este método....» etc.

Después de exponer el pragmatismo teórico, sigue así:

«Si hay en un pensamiento algún elemento que no pueda cambiar nada á las consecuencias prácticas de ese pensamiento, es un elemento que no hay que tener en cuenta (*négligeable*)»

Aquí, todavía podría James ser consecuente; si, al decir «que no pueda cambiar nada á las consecuencias prácticas», se refiriera á *todas* las consecuencias prácticas, reales y posibles; á esas que, como hemos explicado hasta el cansancio, no se pueden tomar en cuenta en un momento dado, ni prever en un momento dado, ni nunca; pero la expresión tiene ya

doble sentido: también puede hacer pensar en lo que son las consecuencias prácticas en un tiempo limitado, en una época limitada; y vean ustedes cómo, efectivamente, esta frase es la penumbra por medio de la cual se pasa de un sentido á otro. En el párrafo siguiente, llega James á la aplicación, y la hace así:

«Si aplicamos el principio de Peirce á las diversas perfecciones que los escolásticos atribuyen á Dios, veremos que hay algunas mucho más importante que otras. ¿Qué vienen á ser, del punto de vista pragmatista, los atributos metafísicos de Dios, distinguidos de sus atributos morales? Aún cuando se nos diera de ellos la demostración lógica más rigurosa, deberíamos confesar que no tienen sentido. La aseidad de Dios, su necesidad, su inmaterialidad, su simplicidad, su indivisibilidad, su indeterminación lógica, su infinitud, su personalidad metafísica, su relación con el mal, que permite sin crearlo: su suficiencia, su amor de sí mismo y su absoluta felicidad; francamente, ¿qué importan todos estos atributos para la vida del hombre?»

Noten bien cómo se ha producido el cambio: Primero toma el pragmatismo en el primer sentido; después, y por medio de una frase de doble ó ambigua significación, se va pasando al segundo. Y cuando llega á la aplicación, está completamente en el segundo sentido, que no es el mismo de antes. James cree estar sosteniendo la misma teoría, ó, cuando menos, cree estar sacando consecuencias de la teoría que ha sostenido. En realidad, se trata de una teoría diferente, que, lejos de derivarse lógicamente de la otra, es viciosamente derivada; más: es *inconciliable* con ella.

Y concluye así:

«No querría arriesgarme á herir ninguna convicción íntima; pero confieso que, por mi parte, no puedo encontrar á todos esos atributos ningún alcance religioso. ¿Qué acto particular podría inspirarme una idea como la de la simplicidad de Dios?»

Clarísimamente, ahora está en el segundo sentido, en el sentido estrecho del pragmatismo. «¿Qué acto particular podría inspirarme...» (inspirarme á mí, ser concreto)... «una idea como la de la simplicidad de Dios?»—Se refiere á sí mismo, á una persona en un momento dado. De modo que ha estrechado la doctrina; ya no es la misma de antes.

Ahora, esta oscilación, no siempre se ve tan clara. Aquí se la nota una misma página; pero otras veces es como difusa: es vaga; y, por eso mismo, la teoría, tal como la presenta James, es lógicamente muy peligrosa: el carácter sutil de la confusión, y el talento casi incomparable del autor, hacen que el que estudia esta filosofía sin estar prevenido, tenga noventa y nueve probabilidades en cien de ser víctima del paralogismo y de no percibirlo.

En el mismo estado de espíritu ha podido decir un pragmatista que si todos los hombres creyeran en la providencia, esto es, en la intervención de un ser superior en la marcha del mundo, sería absolutamente lo mismo que si la providencia existiera. En el mismo sentido todavía ha podido James hacer de su teoría esta aplicación completamente grosera:

«Pero ese mundo invisible no es solamente ideal: produce efectos en el mundo sensible. Por la comunión con lo invisible, el yo finito se transforma; nos convertimos en hombres nuevos, y nuestra regeneración, modificando nuestra conducta, tiene su repercusión en el mundo material. Pero, ¿cómo rehusar el nombre de realidad á lo que produce efectos en el seno de otra realidad? ¿Con qué derecho los filósofos dirían que el mundo invisible es irreal?».

Excuso la crítica de una afirmación semejante. Los hombres pueden obrar teniendo en cuenta una idea, á consecuencia de una idea, y esa idea ser falsa. Podríamos explicar esto á un niño. Sin embargo, un espíritu genial nos dice lo contrario. Y es que el exceso de talento suele ser un inconveniente para

pensar, cuando se parte de principios falsos ó confusos. Ante el exceso de talento, cede la *resistencia* de la realidad, á medida que se va haciendo fácil pensar... Esta es la única explicación posible de semejantes estados mentales....

Serán suficientes los anteriores ejemplos, aunque pudiera seguirlos citando en gran número.

Ahora, si yo hiciera estas objeciones á James, él respondería seguramente, y con la más perfecta buena fe, que interpreto mal su teoría. Y, nótenlo bien, nada le sería más fácil que mostrarme pasajes en que no autorizara mi interpretación, ó en que la desautorizara expresamente; pero eso se debe á lo que ya he explicado hasta la saciedad, esto es: á la oscilación de sentidos. Cuando se siente molestado ó desconcertado por las consecuencias de la doctrina, entonces se refugia en el pragmatismo teórico, y desautoriza las consecuencias; después, otra vez se deja correr hacia el segundo sentido. Va más ó menos lejos; ondea.... Por eso sería, quizá, imposible llevar la convicción á su espíritu; por eso, también, habla evidentemente de buena fe cuando se queja de haber sido mal interpretado. Y sin duda, tendrá una parte de razón: el pragmatismo á veces ha sido criticado ó con gran ignorancia ó con gran incomprensión, ó en un espíritu agresivo y estrecho; pero, en una parte considerable, esas críticas estaban autorizadas por las aplicaciones inconsecuentes de la doctrina.

Más adelante mostraré esto; pero antes, necesito hacer notar otra confusión, tan importante como la anterior.

En la misma obra, trae James un pasaje notable en sí mismo y notable también por lo que sugiere, así como porque constituye un ejemplo del

mal uso que puede hacerse de una excelente observación. Cuenta que, durante una partida de campo, habiéndose alejado un momento de sus compañeros, los encontró, al volver, empeñados en una discusión vehemente sobre el siguiente punto: Se suponía que, en un árbol, hay una ardilla, que gira alrededor del tronco; un hombre, colocado en la parte opuesta, procura verla, para lo cual da vueltas alrededor del tronco, y á cierta distancia de él; pero como la ardilla gira con la misma velocidad angular que el hombre, resulta que éste nunca la puede ver. Y la discusión era la siguiente: en esas condiciones, el hombre ¿rodea á la ardilla, ó no la rodea? Unos sostenían que el hombre rodea á la ardilla; otros, que no la rodea. Y cuenta James que él resolvió la cuestión haciéndoles notar que no era una cuestión de hechos, sino una cuestión de palabras. Si ustedes entienden, les dije, por «rodear», encontrarse primero el Norte, después al Oeste, después al Sur y después al Este de la ardilla, entonces el hombre la rodea; si entienden por «rodear», encontrarse primero al frente de la ardilla, después á su costado derecho, después á su espalda y después á su costado izquierdo, entonces no la rodea. De manera que ustedes no difieren, en realidad, sobre una cuestión de hechos, sino que difieren sobre una cuestión de palabras, á saber, sobre el significado de la palabra «rodear».

La solución de James era *perfecta*. Veamos ahora cómo utiliza su ejemplo:

«Cuento esta anécdota trivial porque es un ejemplo muy simple de aquello que deseo explicar como el método *pragmatista*. El método pragmatista es fundamentalmente un método de dar precisión á disputas metafísicas que, de otra manera, serían interminables. ¿Es el mundo uno, ó muchos? predestinado, ó libre? material, ó espiritual? las disputas sobre tales nociones son interminables. El método pragmatista, en tales casos, estratar de interpretar cada noción, trazando sus respectivas consecuencias prácticas. ¿Qué

diferencia hará prácticamente el que esta noción más bien que la otra sea verdadera? Si no puede trazarse ninguna diferencia práctica, entonces las alternativas significan prácticamente la misma cosa, y toda la disputa es vacía. Allí donde una disputa es seria, deberemos ser capaces de mostrar alguna diferencia práctica que deba seguirse de que una ú otra de las soluciones sea verdadera.»

Este es el comentario con que inicia James su examen del ejemplo anterior. Debemos examinarlo con la mayor atención, porque en él está integralmente contenida otra confusión tan grave como la que ya tan laboriosamente analizamos.

Voy á mostrarla, creo que con la claridad necesaria.

Tomemos el mismo ejemplo de la ardilla, y vamos á suponer que, á propósito de este animal, se plantean tres cuestiones.

La primera, la del cuento que narra James: si el hombre rodea ó no rodea á la ardilla.

La segunda sería ésta: esa ardilla ¿es comestible?

Y la tercera sería la siguiente: la ardilla ¿tiene más pelos en la parte superior del cuerpo que en la inferior?

Comparemos estas tres cuestiones.

La primera, James lo ha dicho perfectamente, es una *cuestión de palabras*. Los que discuten están de perfecto acuerdo sobre todo lo que sea *hecho*; esto es: todos admiten dónde está la ardilla, qué hace, cómo se mueve; dónde está el hombre, qué hace, cómo se mueve; y lo único que discuten, es si el hombre, haciendo eso que todos ellos admiten que hace, rodea ó no rodea á la ardilla; esto es, discuten lo que quiere decir la palabra «rodear»; si es caso de emplear esa palabra. *Esta es una cuestión de palabras: y no tiene ninguna consecuencia práctica.*

La segunda cuestión: «la ardilla ¿es comestible?», es una cuestión de hecho, claramente de hecho, y que tiene consecuencias prácticas, tanto inmediatas como

remotas; inmediatas, para nuestros excursionistas, que pueden estar hambrientos y pensar en comerse la ardilla en cuestión; y remotas, pues quizá á esos excursionistas americanos pudiera ocurrírseles, si descubrieran que la ardilla es comestible, fundar una sociedad para la explotación de carne de ardilla, ó algo análogo. La segunda es, pues, *cuestión de hecho, y tiene consecuencias prácticas*.

Veamos ahora la tercera: esa ardilla ¿tiene más pelos en la parte superior del cuerpo que en la inferior? Esta cuestión *no tiene consecuencias*, no se le ven consecuencias, ni inmediatas ni remotas. Naturalmente, cabe dentro de lo posible que las tenga; pero es imposible adivinarlas. Pero ¿creen ustedes, por esto, que es una *cuestión de palabras*? En manera alguna. Es una *cuestión de hechos*; tan de hecho como la cuestión de si la ardilla es comestible.

De manera que la primera es una cuestión de palabras, sin consecuencias prácticas; la segunda, cuestión de hecho, con consecuencias prácticas; la tercera, cuestión sin consecuencias prácticas, pero de hecho.

¿Cuál ha sido la confusión de James? Confundir *cuestiones de palabras* con *cuestiones sin consecuencias prácticas*, sin tener en cuenta que si bien las cuestiones de palabras son (1) cuestiones sin consecuencias prácticas, no son las únicas que se encuentran en esas condiciones; sin tener en cuenta que una de las dos nociones era más extensa que la otra. Pues bien: toda la argumentación de esta obra está viciada por esa confusión, por ese mal uso que hace James del ejemplo de la ardilla.

Naturalmente, podría James, en rigor, responder que la cuestión de los pelos de la ardilla podría tener alguna consecuencia, alguna consecuencia remo-

(1) Aquí habría ciertas restricciones, que no introduzco por no complicar.

ta, imposible de prever; pero en ese caso, ya volveríamos á la confusión anterior. Y no es ese el estado de espíritu de James: hay, aquí, una confusión nueva. James, que en este momento piensa en consecuencias reales de las cuestiones, comete una confusión nueva, y grave: confunde, repito, cuestiones de palabras con cuestiones sin consecuencias prácticas.

El uso que James debió hacer de su ejemplo, era, pues, distinto. *Él debió defender una doctrina—llamárala ó no «pragmatismo»—que tendiera á eliminar (1) las cuestiones de palabras; (pero solo éstas).* En ese caso, hubiera prestado á la lógica, á la filosofía y á la ciencia en general, el mayor de los servicios. Mejor dicho: James lo había prestado ya:

Nos hallamos en este momento presenciando una revolución de la cual somos casi inconscientes, como sucedió, entre paréntesis, á los contemporáneos de la mayor parte de las revoluciones: en aquel momento, no veían los espectadores, ni aún los mismos actores, todas las consecuencias futuras, ni toda la significación de los actos en que se hallaban empeñados.... Pues, en el momento actual, estamos asistiendo en el mundo del pensamiento á una revolución—no sé si decir revolución ó evolución—que es, quizá, la más trascendente que ha ocurrido en la historia mental del hombre. Me refiero realmente á una independización del espíritu humano: se está independizando de las palabras.

No ha habido ninguna revolución tan trascendente en la historia del pensamiento. Dice Juan el Evangelista que, al principio, el Verbo era Dios. El Verbo — la palabra — ha seguido siendo Dios hasta hace muy poco tiempo; y todavía.... Desde los tiempos de Aristóteles hasta el siglo pasado, la humanidad ha tomado la Gramática y la Lógica por Psicología. Por-

(1) O, mejor á reconocer.

que la gramática nos mostraba que una *proposición* se compone de sujeto, cópula y atributo, nos juzgábamos obligados á creer, y á explicar en nuestros libros de psicología, que *el juicio*, como estado de conciencia, se compone de tres elementos, de tres partes separadas é independientes, que son como átomos mentales, átomos de conciencia: la *idea* del sujeto, la idea del verbo y la idea del atributo. Porque la lógica nos presentaba en sus esquemas de razonamiento, en sus silogismos, términos que se suponen tener siempre la misma significación, nos creíamos autorizados para creer, y para enseñar, en su caso, que cuando razonamos, hay en nuestro espíritu tres términos simples que tienen siempre exactamente la misma significación.... No puedo extenderme sobre este punto; pero puede probarse que, durante siglos, la humanidad ha tendido á discutir las cuestiones de palabras como si fueran cuestiones de hechos.

Hace pocos días, y es curiosa coincidencia, fuí designado como árbitro en una cuestión que es, exactamente, del carácter de la de James. Dos personas, que habían discutido el punto largamente, acordaron someter á mi decisión si un grabador es, ó no, un *artista*. Uno de ellos decía: «Artistas, son solamente el poeta, el pintor, el escultor, el músico y el arquitecto; un grabador, es un simple trabajador manual, pero no es un artista». El otro decía que un grabador es un artista, que cultiva un arte indudablemente menos elevado que el de un pintor, pero que es siempre un artista; y procuraba probar su tesis. Se ve claramente que no discutían una cuestión de hechos, sino una cuestión de palabras. Uno y otro estaban de acuerdo en lo que es un grabador, á saber: qué es lo que hace, cómo lo hace, y la clase de facultades que necesita para hacerlo; pero discutían únicamente sobre si la palabra artista puede ó no aplicarse á la persona que hace eso: cuestión puramente verbal.

De nuestro curso anterior en la clase de Psicología, conservarán ustedes el recuerdo de aquellos ejercicios de análisis con que desvanecíamos ciertas cuestiones de palabras, ó reducíamos las cuestiones à su parte de hecho. Cuando se discutía, por ejemplo, sobre si hay fenómenos psicológicos inconscientes, recuerdan ustedes que, examinados todos los argumentos, dijimos: «Hay que ver qué significado se da á la palabra «psicología» y á la palabra «consciente». «Conciencia», por ejemplo, tiene dos significados: en un sentido más especial, quiere decir darnos cuenta de que percibimos un fenómeno; en un sentido más general, quiere decir sentir simplemente un fenómeno, aunque no nos demos cuenta de ello. Hay fenómenos que en el primer sentido deberán ser llamados «inconscientes» y que en el segundo sentido deberán ser llamados «conscientes». Además ¿qué quiere decir un fenómeno *psicológico*? Un fenómeno cerebral, una irritación cerebral, por ejemplo, que influye sobre nuestro pensamiento y sobre nuestras ideas, ¿es ó no un fenómeno psicológico, aunque sea inconsciente? ¿Se le puede, ó no, *llamar* psicológico?—Y procuramos demostrar en nuestro análisis que de esta diferencia del uso de uno y otro término, había dependido una parte de los debates que los psicólogos sostenían.

Como les decía, nos encontramos en uno de los momentos trascendentes de la historia del pensamiento humano: en el momento en que la humanidad está empezando á comprender esto. No puedo entrar sobre este punto en una explicación detallada: me limito á referirme á un estudio que he hecho en otra parte ⁽¹⁾; pero debo, realizando un acto de justicia, decirles que, de los dos pensadores que á mi juicio han hecho más por preparar la so-

(1) *Un paralismo de actualidad*, CARLOS VAZ FERREIRA, I, 1.

lución de estas cuestiones, uno de ellos es precisamente William James (el otro es Bergson, el gran filósofo francés, cuyo sistema filosófico, uno de los más profundos que haya construido el pensamiento humano, está basado precisamente sobre la noción de que el lenguaje ejerce sobre el pensamiento una especie de acción solidificante: tomando un momento de la vida del pensamiento, fluida y continua, lo petrifica, lo solidifica y lo deja fijo, lo cual da lugar á que nosotros nos formemos después un concepto falso de la vida psicológica). Importantes descubrimientos, y sugerencias, al respecto, se deben á James: es el que ha hecho más, quizá, por destruir lo que él mismo ha llamado la «psicología mitológica»: aquel «atomismo mental», que ustedes conocen, el cual supone que los estados de conciencia están compuestos por elementos fijos ó permanentes, creencia que proviene, precisamente, de que proyectamos sobre la realidad psicológica las divisiones y las relaciones del mundo de las palabras. Es James el que ha combatido con más profundidad las categorías de Kant, y, en general, todos los intentos de divisiones de ese orden, Y, sobre todo, es James el filósofo que nos ha suministrado un ejemplo personal más sugestivo de lo que puede en la filosofía la actitud concreta y realista; es James uno de los que mejor nos ha inspirado la antipatía ó el desprecio por las cuestiones verbalistas, por las sutilezas palabrescas. Pero con nuestro filósofo ha sucedido lo que con esos revolucionarios que, arrastrados en la acción, acaban por *dépasser le but* y por combatir no sólo lo que se habían propuesto combatir, sino algo más, ó mucho más: como esos revolucionarios, por ejemplo, que empiezan por combatir una forma de gobierno, y concluyen atacando al gobierno en general. James, que había iniciado el combate contra *cierta manera de utilizar la razón*,

en realidad ha venido á ser, sin quererlo y más ó menos á pesar suyo, un revolucionario *contra la razón misma*. Y es muy lamentable que esto haya sucedido, porque justamente en la época en que va á imponerse la nueva tendencia, la tendencia anti-palabresca, anti-verbalista, esa tendencia excelente ha sido confundida con esa otra tendencia que es malsana y peligrosa, á saber, la tendencia á tomar en cuenta únicamente las consecuencias prácticas de las creencias.

De modo que todo va á ser confundido; los efectos justos de las nuevas tendencias, van á ser retardados. Y por eso, sobre todo, me empeño tanto en mostrar, con la claridad que me es posible, lo que hay de bueno y lo que hay de malo en las doctrinas pragmatistas. Estas doctrinas, deben ser sometidas á un proceso de depuración; es el mismo caso de las revoluciones que sobrepasan su objeto razonable y legítimo.

Se han confundido, pues, por el pragmatismo, las cuestiones de palabras con las cuestiones de hecho que no tienen consecuencias prácticas, aparentemente al menos. Algunos pasajes de la obra de James nos van á servir para mostrar la existencia de esta confusión y sus inmensas proyecciones.

« Las dos teorías » (se refiere á dos teorías en debate) « han mostrado todas sus consecuencias, y estas, en nuestra hipótesis, son idénticas. El pragmatista debe, por consiguiente, decir que las dos teorías, á despecho de sus nombres que tienen un sonido distinto, significan exactamente la misma cosa, y que la disputa es puramente verbal ».

Aquí está la confusión, tan clara y tan evidente que yo no podría, aun puesto á inventar un ejemplo, haber hallado uno tan característico. Al principio habla de las consecuencias; las teorías tienen las mismas consecuencias; por consiguiente, el pragmatista,

nos dice James, está obligado á decir que el debate es puramente verbal (que las dos teorías significan la misma cosa). Es la confusión explicada: no tener en cuenta que las cuestiones de palabras no son todas las cuestiones sin consecuencias prácticas, sino simplemente algunas de ellas; que hay también cuestiones de hecho que pueden no presentar consecuencias prácticas, aparentemente al menos, y que, sin embargo, no son cuestiones del mismo orden.

Otro pasaje:

«El deísmo y el materialismo, por indiferentes que sean tomados retrospectivamente, conducen, cuando los tomamos prospectivamente, á líneas de experiencia completamente distintas....»

Explica, entonces, las consecuencias tristes del materialismo, que conduce fatalmente á la concepción de que en el mundo ha de redisolverse toda cosa que haya evolucionado. Aplica la regla pragmatista de tener en cuenta las consecuencias, de observar si éstas son diferentes ó no de las de una teoría opuesta; y no se da cuenta de que, por tristes que sean esas consecuencias, por sensibles ó desagradables ó dolorosas que puedan ser, la cuestión de si existe Dios ó no existe Dios, no es una cuestión comparable á la de si el hombre rodea á la ardilla, cuestión de palabras, sino comparable á las otras dos cuestiones de hecho. Continúa, pues, la misma confusión: en el pasaje transcripto, James procura justificar su pragmatismo tomando como ejemplos cuestiones de palabras; después que lo ha justificado, procura aplicar á las cuestiones de hecho ese pragmatismo práctico que ha justificado con el examen de las cuestiones de palabras. Es un sofisma de confusión. Y, naturalmente, el lector no prevenido, sigue al escritor, sin darse cuenta de que ha pasado de una clase de cuestiones á otras.

He aquí otro ejemplo más notable:

«El químico Ostwald pone este ejemplo . . . : Los químicos han disputado largo tiempo sobre la constitución interna de ciertos cuerpos llamados tautómeros. Sus propiedades parecían igualmente conciliables con la noción de un átomo inestable de hidrógeno que oscilaría en el interior de ellos, ó con la noción de que serían mezclas inestables de dos cuerpos. La controversia era ardua, pero nunca se decidió. Nunca hubiera debido empezar, dice Ostwald, si los combatientes se hubieran preguntado á sí mismos qué consecuencias experimentales prácticas hubieran sido diferentes por ser correcta la una ó la otra de las interpretaciones. Porque entonces se hubiera patentizado que no es posible que resultara ninguna diferencia de hecho; y la cuestión era tan vana (*unreal*) como si, teorizando en los primitivos tiempos sobre la acción de la levadura en la masa; un partido hubiera invocado un «duende» mientras el otro hubiera invocado la acción de un «elfo» como verdadera causa del fenómeno.»

James cita ese pasaje admitiendo como legítimo y bueno el estado de espíritu de su autor. Pues bien: existe aquí clarísimamente la confusión que hemos señalado; y vamos á ver cómo el mismo escritor, al comentar el párrafo, va pasando de un sentido á otro de los términos. Sigue, James, así:

«Es sorprendente ver cuántas disputas filosóficas degeneran en insignificantes desde el momento en que las sometemos á esta simple prueba de trazar sus consecuencias concretas. No puede haber una diferencia en alguna parte que no conduzca á una diferencia en alguna otra parte: ninguna diferencia en la verdad abstracta que no se exprese por una diferencia en un hecho concreto y en la conducta consiguiente sobre este, impuesta á alguien, de algún modo, en alguna parte, en algún momento. La función *total* de la filosofía debe ser descubrir cuáles diferencias determinadas se seguirán para ustedes y para mí, en instantes determinados de nuestra vida, de que tal fórmula del mundo ó tal otra sea la verdadera.»

Se procura, pues, reducir toda la filosofía á esta clase de investigaciones; suprimir, *como si fueran cuestiones de palabras*, las cuestiones de hecho á las cuales no *se les ve* ninguna consecuencia práctica; ó mejor dicho, para hablar con más precisión, las cuestiones á las cuales no se les ve ninguna consecuencia prác-

tica, las cuales pueden ser de hecho, como pueden también ser de palabras. He querido mostrar que no hay igualdad de extensión en estas dos nociones. Las cuestiones de palabras son cuestiones sin importancia práctica; pero no recíprocamente: hay cuestiones sin importancia práctica, que no son cuestiones de palabras. Además, *nunca puede afirmarse que una cuestión sea sin importancia práctica*. Basta que la cuestión sea de hecho, para que, si no la tiene al presente, pueda tenerla alguna vez (como podría tenerla la del átomo de hidrógeno ó la composición inestable: como podía tenerla hasta la del elfo ó el duende, si elfo y duende eran representados de una manera distinta). Por eso la actitud pragmatista es funesta.

Y sigue el comentario del ejemplo anterior:

«La metafísica ha seguido generalmente un modo de investigación verdaderamente primitivo. Bien sabéis cómo ha seducido á la humanidad la magia prohibida, y qué gran papel han desempeñado las *palabras* mágicas. Si poseéis su nombre, ó la fórmula de encantamiento que lo encadena, podéis dominar al espíritu, genio, ó lo que sea. Salomón sabía los nombres de todos los espíritus, y, teniendo sus nombres, los mantenía sujetos á su voluntad. Del mismo modo el universo ha aparecido siempre á los espíritus ingenuos como una especie de enigma cuya clave debe ser buscada en forma de alguna palabra capaz de ilustrar ó dar poder. Una palabra es el nombre del principio del universo, y poseerlo, es como poseer el universo mismo. «Dios», «Materia», «Razón», lo «Absoluto», «Energía» son otros tantos de estos nombres — soluciones. Habéis llegado al fin de vuestra investigación metafísica. Pero si seguís el método pragmatista, no podéis creer que con estas palabras se satisfacen vuestras investigaciones».

Ahora está terminado el proceso de la confusión: James partió del ejemplo de Ostwald, que era una cuestión claramente *de hecho*; á saber: si, en los cuerpos «tautómeros», hay ó no átomos de hidrógeno que oscilan en el interior de los cuerpos; si estos cuerpos son ó no mezclas ó combinaciones inestables; y des-

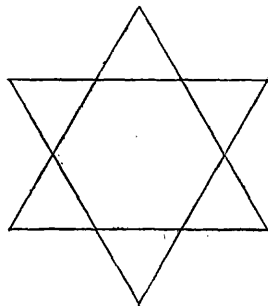
pués, en el comentario, se ha ido pasando poco á poco á tratar de las cuestiones de palabras. Las cuestiones que Ostwald tendía á rechazar, y enseñaba á sus discípulos á despreciar, eran *cuestiones de hecho cuya importancia practica no se veía*. Las cuestiones que ahora combate James, la clase de investigaciones, y de debates y de fórmulas que combate, son las *cuestiones verbales*, lo que es cosa completamente distinta. Pero como James tiene un gran talento, y escribe notablemente, la *impresión de evidencia* que produce sobre nosotros un pasaje como el último (que, además de estar hermosamente escrito, es completamente verdadero) se *traslada*, se *proyecta* sobre las otras (anteriores) demostraciones falsas. Y es así como, en el lector no preparado de un libro como éste, se produce fatalmente la confusión. Cada vez que James combate las cuestiones de palabras, tiene razón. Cuando lo hace escribiendo con tanto talento como en este pasaje, esa razón se nos impone más todavía. Pero, como James confunde las cuestiones de palabras con las cuestiones de hecho que no tienen importancia ó aplicaciones prácticas, hay un traslado ilegítimo, una *proyección ilegítima* de la evidencia de las demostraciones de James, de unos casos á los otros. Esta evidencia adhiere psicológicamente á las segundas cuestiones, y la confusión queda producida.

Continúa combatiendo la tendencia verbalista: El pragmatismo (dice) coincide con tales y cuales teorías, en «su desdén por las soluciones verbales, las cuestiones inútiles y las abstracciones metafísicas.» Aquí vuelve á verse claramente la confusión. Para James, el desdén *por las explicaciones verbales* y el desdén por las cuestiones sin aplicación (*useless questions*), es un mismo desdén: ambos desdenes tienen la misma importancia, la misma trascendencia, el mismo alcance, las mismas consecuencias, y deben ser apreciadas de la misma manera. Entre tanto, estas

dos actitudes mentales, que James engloba en la misma frase y en el mismo juicio, no sólo son absolutamente diferentes, sino que deben merecernos un juicio absolutamente diferente. El desdén por las cuestiones puramente verbales, constituye, seguramente, la mayor conquista del pensamiento moderno. Y, entre tanto, el desdén por las cuestiones sin aplicación, constituiría un tóxico del pensamiento: un veneno estupefactivo. Seguramente el progreso sería detenido desde el momento en que un sentimiento tan funesto se impusiera. Durante algún tiempo, se harían sentir, como una repercusión, las consecuencias de las antiguas investigaciones puramente teóricas del hombre. Una vez que hubieran cesado, el pensamiento humano se habría detenido y se habría vuelto estéril, no solamente en consecuencias teóricas ó especulativas, sino también en consecuencias prácticas. La especulación teórica, la especulación sobre los problemas que no tienen aplicación—*useless*, como dice James—es, aún desde el punto de vista práctico, el primer excitante del pensamiento. Aun desde el punto de vista pragmatista bien entendido, esa clase de cuestiones debe ser estimulada; pero, debido á la misma confusión que yo he señalado, James engloba las investigaciones sin aplicación con las soluciones verbales, como si fueran una misma cosa.

Supongo que esa confusión queda bien comprendida, y que ustedes quedarán habilitados para percibirla allí donde aparezca; sin embargo, como nunca está de más la profusión de crítica contra adversarios tan *glissants*, voy á mostrar la confusión bajo otra perspectiva.

Recuerdan ustedes los notabilísimos ejemplos que presenta James para mostrarnos lo que Schiller ha llamado la «*plasticidad*» del universo:



Esta figura puede ser interpretada, puede ser *aprehendida* por nuestro espíritu, de muy distintas maneras. Podemos verla ó percibirla como un exágono al cual están adheridos ángulos exteriores; también como dos triángulos entrecruzados; podríamos asimismo percibirla de muchas otras maneras, por ejemplo, en el mismo entrecruzamiento, podemos suponer que unas líneas pasan por arriba ó por abajo de las otras, etc.; y en todos estos casos, la figura no resiste á nuestra percepción: se deja percibir de todas esas maneras, es todas esas cosas. El número 27, podemos tomarlo, considerarlo, percibirlo, entenderlo, como 3×9 ; ó como 3 elevado al cubo; ó como $26 + 1$; ó como $28 - 1$; ó como $100 - 73$; y en todos los casos el número se presta á esta percepción. Podemos, pues, decir que el número es todo eso: será lo uno ó lo otro, según lo que, nosotros necesitemos; será lo que se quiera hacer de él. Del mismo modo, una constelación puede ser la Osa mayor ó un utensilio de cocina, según que se le dé su nombre europeo ó su nombre americano. Hay, pues, «*plasticidad*» en el universo. La realidad, nos dicen los pragmatistas, no es una cosa fija, inerte, estática, petrificada, inmutable: nosotros modificamos la realidad: nuestras mismas creencias tienen una acción sobre ella. Es esto lo que quiere significar el pragmatismo con su noción de plasticidad del universo.

Ahora bien: las consecuencias que se han sacado de estas bellas observaciones, están viciadas por una confusión tan importante como las que ya hemos señalado; y, sirviéndonos de los mismos ejemplos, vamos á comprenderla con claridad.

Supongamos otras cuestiones relativas siempre á esas mismas realidades, á saber: á la figura de la página anterior, al número 27, y á la constelación que llamamos la Osa Mayor.

Con respecto á la figura, puede plantearse la cuestión de James, á saber: ¿está hecha de dos triángulos entrelazados, ó es un exágono con ángulos adheridos? Y podría plantearse también esta otra cuestión: esa figura, ¿es ó no una figura rectilínea?

Con respecto al número 27, puede plantearse una cualquiera de las cuestiones de James: 27, ¿es $26 + 1$, ó $28 - 1$? Y podría plantearse también esta otra cuestión: 27, ¿es ó no un número primo?

Con respecto á la constelación que llamamos la Osa Mayor, podría plantearse la cuestión de James: esta constelación ¿es la Osa Mayor ó es el «*Dipper*»? Y podría plantearse esta otra: las estrellas que forman la Osa mayor ¿están todas á la misma distancia de la tierra?

Comparemos la primera á la segunda de las cuestiones, en cada caso.

Una cosa salta á la vista, y es que, *desde el punto de vista práctico, por lo menos*, esas cuestiones son diferentes. La diferencia consiste (podríamos decir, para emplear la misma expresión de los pragmatis-tas), en que las primeras son plásticas y las segundas no.

Si ustedes se preguntan si la figura es un exágono con ángulos adheridos, ó si son dos triángulos entrecruzados, notan que la cuestión es plástica; esto es, que nuestro espíritu puede hacer de la figura una ú otra cosa; que podemos tomar á la figura de una ú

otra manera; que, por consiguiente, la solución de esa cuestión depende de nuestra actitud mental.

La segunda cuestión, á saber, si esa figura es ó no una figura rectilínea, ¿estará en el mismo caso? No: Aquí no sentimos la plasticidad. Aquí, para seguir siempre con la misma terminología, sentimos la cuestión, como una cuestión dura, no plástica; sólida; completamente *resistente* á nuestra acción mental. No podemos hacer de la figura una figura curvilínea: *es* rectilínea! (Suponemos, naturalmente, que esté bien trazada).

Tómese la segunda pareja de cuestiones: 27, ¿es $26+1$? ¿es $28-1$?—Cuestión plástica: podemos hacer de 27 una ú otra cosa, como podemos hacerlo igualmente el cubo de 3, ó $100-73$, etc.

Tomemos la segunda cuestión: 27 ¿es un número primo? ¿Qué siente nuestro espíritu ante esa cuestión, siempre *en el terreno práctico*? Sentimos que no es una cuestión plástica. La solución de la nueva cuestión, no depende de nuestra actitud mental; no podemos, á voluntad, tomar á 27 como un número primo ó no primo. Entendámonos: puedo dar una ú otra significación á la palabra «primo»; pero no puedo hacer que 27 deje de ser divisible por 3; no puedo, por consiguiente, hacer que 27 sea un número divisible únicamente por sí mismo y por la unidad. Esta cuestión, por consiguiente, no es plástica; su solución no depende de nuestra actitud mental.

Sean las cuestiones que enuncié en tercer término para la comparación: tal grupo de estrellas, ¿es la Osa Mayor ó es el «Dipper»? Es lo que nosotros querramos hacer de ella. Podemos trazar sobre esas estrellas la figura de un animal ó la figura de un utensilio de cocina; y podemos llamar á la constelación de una manera ó de otra.

Segunda cuestión: las estrellas que constituyen esa constelación, llámesela como se la llame, ¿están

todas á la misma distancia de la tierra, ó están á distancias diferentes? Esta cuestión no es plástica: su solución no depende de nuestra actitud mental; no podemos hacer, modificando nuestra actitud mental, que las estrellas de esa constelación estén ó dejen de estar á la misma distancia de la tierra. De hecho, no lo están, y ese es un hecho que no podemos modificar.

Ahora, ¿en qué consiste la confusión de los pragmatistas?

Consiste en no haber distinguido, claramente al menos, las cuestiones de la primera clase de las cuestiones de la segunda clase, de las cuales son completamente diferentes.

Sería posible, quizá, en el terreno de la especulación, en teoría, por medio de distinciones ó de asimilaciones más ó menos sutiles, reducir unas cuestiones á otras; pero esta no es la tarea del pragmatismo, ni es su papel: Justamente, el pragmatismo pretende ponerse en el terreno práctico. Para eso lo hicieron!

Pues bien: es en el terreno práctico, donde se distinguen de una manera perfectamente clara é inter-giversable esas dos clases de cuestiones: las que llamaremos «plásticas», y las «no plásticas». Y la confusión de los pragmatistas ha consistido, como dentro de un momento vamos á verlo, en no distinguir esa clase de cuestiones prácticamente; en tratar las cuestiones cuya solución no depende de nuestra actitud mental, como si pertenecieran al grupo de las cuestiones cuya solución depende de nuestra actitud mental. Y esto es bien sensible, porque todas estas observaciones, limitadas á los ejemplos originarios, y á los casos como ellos, son absolutamente verdaderas, y, al mismo tiempo, de gran alcance.

Los pragmatistas han visto con justeza y con profundidad, y han descripto con un talento incomparable. Si no han descubierto, por lo menos han puesto

de relieve de una manera interesantísima y profundamente sugestiva la existencia de lo que podríamos llamar cuestiones plásticas; han visto que lo que llamamos realidad ó verdad *no es siempre* algo que se imponga al espíritu; han visto que hay *ciertas clases* de realidad, *ciertos casos* de realidad, mejor dicho, en cuya creación nuestro espíritu tiene un gran papel. Pero han generalizado demasiado su observación, y han extendido las consecuencias á casos á los cuales no eran aplicables.

El mejor y más trascendente ejemplo que puedo presentarles de esta confusión de inmenso alcance, es precisamente la aplicación más importante del pragmatismo: la aplicación que sus defensores (James, sobre todo,) han procurado hacer al problema de las religiones. Casi todo el pragmatismo práctico se ha traducido en esta aplicación transcendentalísima. El pragmatismo ha venido inconscientemente á desvanecer los escrúpulos de las innumerables personas que tienden á prescindir más ó menos de la razón, ó á dejarla en el segundo término, cuando se trata de creencias religiosas. Desde el advenimiento del pragmatismo, los hombres se han sentido libres para obrar así, y aun estimulados en esta actitud mental por los consejos y las doctrinas de los pragmatistas. James llega á decir claramente, en muchos pasajes de sus obras, que, al fin y al cabo, el que ciertos problemas religiosos pudieran resolverse en uno ú otro sentido, podría depender, en último término, de nuestra misma actitud mental, de nuestras propias creencias, que contribuirían á *crear su objeto*. Preguntándose, por ejemplo, si el Universo será ó no salvado totalmente, William James sostiene que nuestras propias creencias pueden hacer mucho en ese sentido. *Trata, pues, estas cuestiones religiosas, como si fueran cuestiones de las de orden plástico, esto es, cuestiones cuya solución pueda ser modificada por nuestra actitud mental.*

Examinemos los problemas fundamentales en debate cuando se discuten las cuestiones religiosas. Tomemos alguno de ellos; por ejemplo, el problema de la providencia, ó el de las recompensas futuras. ¿Hay Providencia? es decir: ¿algún ser superior, extra-natural, interviene en la marcha del Universo? ¿Existen recompensas futuras, castigos futuros? El alma, ¿es inmortal?— Son cuestiones religiosas típicas.

Ahora bien: pido la mayor atención sobre este punto: estas cuestiones ¿son de la primera ó de la segunda clase? Preguntarse si un ser sobrenatural interviene en la marcha de los acontecimientos del Universo; preguntarse si hay penas y recompensas futuras para los hombres malos y buenos, ¿es como preguntarse si la figura está hecha de dos triángulos ó de un exágono con ángulos, ó es como preguntarse si la figura es rectilínea ó curvilínea? ¿Se parecerán esas cuestiones religiosas á la de saber si 27 es $26 + 1$ ó $28 - 1$, ó se parecerán á la cuestión de saber si el 27 es ó no un número primo? ¿Se parecerán á la cuestión de saber si tal constelación es la Osa mayor ó el «Dipper», ó se parecerán á la cuestión de saber si las estrellas de esa constelación están á la misma distancia de la tierra ó están á distancias diferentes?— La respuesta, evidente, es esta: son cuestiones *de la segunda clase*: son cuestiones cuya solución no depende de nuestro estado mental. Que un ser superior intervenga ó no en el Universo; que el alma sea ó no inmortal; que haya ó no castigos ó recompensas, *no son cuestiones «plásticas»*. El sentido de la realidad, que el pragmatista es el primero en invocar, y que debería ser el primero en tener en cuenta, es el que nos dice esto, prescindiendo de toda clasificación ó distinción teórica. No necesito hacer filosofía ni lógica sobre esas cuestiones; es simplemente nuestro sentido común, nuestro sentido práctico, el que nos dice que estas cuestiones son de la segunda clase: no plásticas.

Entre tanto, *la aplicación fundamental del pragmatismo*, ha sido, de hecho, enseñar que, para admitir ó rechazar las hipótesis religiosas, debemos tratarlas como si fueran cuestiones de las que dependen de nuestro propio estado de espíritu.

También se observa exactamente la misma confusión en la generalidad que da James á su tesis en el estudio «*The Will to Believe*».

Recuerdan ustedes cuál era esta tesis: La intervención de elementos pasionales y voluntarios en las creencias, es, dice James, un hecho legítimo, en lugar de ser, como se lo considera habitualmente, un hecho ilegítimo.

Si James hubiera dicho «en *algunas* creencias» (esto es, en las que se relacionan con las cuestiones plásticas), entonces hubiera enseñado una verdad. Pero él dice «en *las* creencias»: no distingue las dos clases de creencias, porque no distingue las dos clases de cuestiones. Por consiguiente, extiende demasiado su tesis, y esa extensión ilegítima se debe á la confusión que acabo de analizar.

La confusión ha sido, pues, un sofisma de generalización. Schiller, James, han observado bien ciertos hechos; pero han extendido demasiado la interpretación. Han visto la plasticidad en *ciertos* casos, en *ciertas* cuestiones; y han admitido que *todas* las cuestiones son plásticas (todas, ó más de las que lo son en realidad). No digo que lo hayan admitido en teoría, ó conscientemente; pero inconscientemente, sin darse cuenta de ello, lo han admitido en la práctica, en las aplicaciones. Y precisamente las dos aplicaciones fundamentales y casi únicas del pragmatismo, han sido esas dos (actitud hacia las religiones, y reglas de conducta en cuanto á la creencia) que se derivan de la confusión.

James se ha hecho una especie de dilema: ha creado para el pragmatismo un adversario teórico, que

negara totalmente la plasticidad (y que podría corresponder á cierta psicología ó á cierta lógica tradicional: esto es cierto). Y, entonces, se ha dicho, sin darse cuenta de ello: «O nada es plástico, ó todo es plástico. Es falso que nada sea plástico, puesto que hay plasticidad: la que yo observo, la que yo demuestro; luego (ha concluido inconscientemente) todo es plástico» (ó, si no ha concluido que todo es plástico, por lo menos ha concluido que es plástico mucho más de lo que realmente lo es).

Con una última cita verán ustedes que esta mi explicación del estado de espíritu de James, que esta psicología que yo hago de la lógica de James, debe estar bien observada:

«El más forzoso (*fateful*) punto de discrepancia entre ser un racionalista y ser un pragmatista, está ahora claramente á la vista. La experiencia está en mutación, y nuestras relaciones psicológicas con la verdad están en mutación. Hasta aquí, el racionalismo concede; pero no concede que la realidad misma, que la verdad misma sean también mutables.»

Noten bien la generalidad de los términos: «La realidad es mutable», dice James; «la verdad es mutable»: no dice: «ciertas realidades» (las que dependen de nuestro espíritu), no dice «ciertas verdades» (las que dependen de nuestro espíritu); dice: «la realidad», «la verdad»; generaliza, y, por consiguiente, confunde.

«La realidad, insiste el racionalismo, se mantiene acabada y ya hecha (*ready-made*) desde toda la eternidad.»

Aquí sigue la confusión: Hace afirmar al adversario, de una manera absoluta, la inmutabilidad de la realidad. Esta afirmación es falsa; entonces (piensa James sin darse cuenta de ello) entonces la afirmación verdadera será la contraria, esto es: la realidad

(«la realidad», así, en general) no es inmutable; es mutable, variable, plástica: *toda* la realidad. Sigue la confusión, pues, engendrada y mantenida por el mismo proceso cuya psicología hemos analizado. Es el proceso del *fulso dilema*; el sofisma que produce, tal vez, la mayor parte de nuestros errores: plantear dos tesis absolutas, como si no admitieran un término medio; probar la falsedad de una en su absolutismo, y, entonces, creer demostrada la otra, cuando en realidad la verdad reside en una tesis intermedia que puede admitir una parte de lo que afirmaba la primera tesis extrema y una parte de lo que afirmaba la segunda. Planteando las cuestiones en forma de dilemas allí donde el dilema no corresponde, se cae muy frecuentemente en el error.

«... su verdad nada tiene que ver con nuestras experiencias».

Sigue criticando á una doctrina extrema, evidentemente falsa, puesto que hay casos en que la realidad depende de nuestra propia actitud mental. Continúa hablando de «la realidad ...» (por brevedad no cito todo el pasaje) siempre en general; y sigue el paralogismo.

«La realidad es superviniente, inerte, estática ...»

Continúa el paralogismo; otra vez *la* realidad, en general: no hace distinguir á «los racionalistas», ni distingue él tampoco, entre las dos clases de realidades, ó, con mayor justeza, entre los dos casos de realidades: las que dependen de la actitud mental y las que no dependen de la actitud mental del que las percibe; división, lo repito, que será más ó menos discutible teóricamente, pero que es clara y evidente desde el punto de vista de la experiencia y de la lógica práctica.

Resumen sobre esta parte:

La Filosofía y la Lógica deberán al pragmatismo servicios invalorable. La doctrina, ó, mejor dicho, los autores de la doctrina, serán dignos del mayor reconocimiento ya solamente por haber descubierto, ó, en todo caso, haber mostrado con profundidad y alcance práctico invalorable, lo que podemos efectivamente llamar la plasticidad de las cuestiones, ó sea el papel de nuestro estado de espíritu en la creación (en cierto sentido) de «realidades». Pero es lamentable que esos mismos filósofos, generalizando demasiado su observación, la hayan aplicado á casos de la realidad para los cuales no era cierta; y, sobre todo, que, precisamente las dos grandes aplicaciones prácticas que se han pretendido sacar de dicha observación, se refieran á dos de esos casos ilegítimos.

En una última lección trataré algunas cuestiones especiales, cuyo examen es necesario para la crítica completa de la doctrina.

El porvenir de la filosofía que él profesa, sugiere á James esta hermosa impertinencia: Las teorías, dice, pasan por tres fases: en la primera, se las reputa completamente absurdas; en la segunda, los adversarios confiesan que son exactas, pero que no tienen ninguna importancia ni originalidad; finalmente, en un tercer período, los antiguos adversarios de las doctrinas reconocen su importancia y su originalidad, y, entonces, procuran probar que son ellos mismos los autores.

Según James, el pragmatismo está pasando actualmente del primero al segundo período.

Este juicio sobre el porvenir de la doctrina, ¿será exacto?

Ante todo, mi pregunta está probablemente tan mal planteada, como mal formulado está el juicio de James.

Las doctrinas, generalmente no llegan enteras á la posteridad: sufren un proceso de disolución. La posteridad descompone esos conjuntos de ideas y tendencias que se llaman *ismos*, y es raro que uno de ellos quede entero, como es raro, también, que llegue á desaparecer en su totalidad. Las doctrinas viven, y se transforman; y generalmente se padece una gran ilusión cuando se supone que los distintos elementos que en un momento dado constituyen una de ellas hayan de quedar siempre reunidos y polarizados bajo el mismo plan del sistema.

Como lo anuncié, pues, al principio de estas conferencias, voy ahora, con los elementos de juicio que nuestro examen nos ha dado, á procurar prever, adivinar ó sospechar hasta donde sea posible, qué es lo que quedará de esta filosofía y qué es lo que está destinado á desaparecer.

Podríamos estudiarla con dos criterios, ó desde dos puntos de vista; ya desde un punto de vista puramente intelectualista ó doctrinario, considerándola propiamente como *sistema*, ya desde un punto de vista más concreto, considerándola como un *conjunto* de *tendencias* (que podrían ser separables).

Como sistema, ya hemos juzgado al pragmatismo: ya hemos dicho que, ideológicamente, se compone de dos partes: una teoría de la verdad, y una teoría de la creencia práctica. Que la primera es una teoría seria y digna de consideración; que es afín del relativismo; que muchos de sus elementos son comunes con el relativismo, pero que tiene también, el pragmatismo, elementos propios y autóctonos. Aun dentro de esta teoría de la verdad, sea cual sea la suerte que le esté reservada, seguramente se echará de menos, por la posteridad que haya de juzgarla, la ausencia de ciertas distinciones que habrían, por ejemplo, impedido la confusión entre las distintas clases de verdades: entre

las que dependen de la actitud del espíritu, y las que no están, actualmente por lo menos, bajo esa dependencia.

En cuanto á la segunda teoría, á la teoría de la creencia práctica, ha sido ante todo una teoría mal derivada: no sólo no se desprende del pragmatismo teórico, sino que en ciertos casos y hasta cierto punto está en contradicción con él; es inconsecuente con él, cuando menos.

Entre las aplicaciones de la doctrina, parecerá, naturalmente, la más importante, esa aplicación al problema de la legitimidad de las religiones; aplicación que, á mi juicio, ha sido falseada. No puedo, sin embargo, entrar a discutir aquí este punto especial; no sólo por ser muy extenso, sino por que lo he tratado en un estudio separado y prefiero referirme á él. Básteme, sin embargo, decir, resumiendo mucho: Primero, que James ha cometido el error de tratar los problemas religiosos como si fueran problemas de los que dependen de nuestra actitud mental. Segundo, que, al aplicar la gran máxima pragmatista, que es la máxima del Evangelio: «juzgar al árbol por sus frutos», esto es, al procurar intentar un juicio ó un proceso de las religiones, juzgándolas por sus efectos, William James se entrega en su obra á un trabajo ilegítimo, á mi juicio, de *triage*, de selección. Quiero decir lo siguiente: si la máxima evangélica ha de aplicarse fiel y consecuentemente; si el criterio que ha de servirnos para juzgar la mayor ó menor bondad de una doctrina, ha de basarse en sus resultados, es evidente que estos resultados han de ser tomados integralmente; que han de considerarse todos, los buenos y los malos; todo pesado, todo comparado, la resultante podrá después suministrarnos un elemento de juicio; pero aun sin entrar á juzgar esta actitud, de apreciar las doctrinas por sus consecuencias, aun suponiéndola legítima, sóstenigo que James ha caído, en

su obra sobre las religiones, en el evidente sofisma de dejar de lado los frutos malos, considerándolos como separables teóricamente de la religión; en tanto que, al pasar su revista, computa casi exclusivamente los que él reputa frutos buenos. Esta actitud es inconsecuente. La que se ha impuesto, debería llevarlo á tomar los frutos *realmente* producidos; de lo contrario, y para ser consecuente, debería tratar la religión desde un punto de vista teórico, que, entonces, ya no sería su punto de vista pragmatista. Cuando registra, por ejemplo, como frutos históricos de la religión, la intolerancia, la crueldad, las guerras religiosas, la opresión de los pueblos por los pueblos y de las personas por las personas; en este caso, dice que esos frutos son separables de la religión. En cambio, cuando estudia los frutos positivos, el consuelo, la esperanza, el entusiasmo, esos son para él los frutos legítimos y verdaderos. — Y, finalmente, además de este grave error de método, se resiente la obra de James, siempre á mi juicio, de una gran debilidad que no sólo es intelectual, sino que es también, un poco, una debilidad moral. Quiero decir que, si bien no omite los «frutos» condenables de las religiones, la impresión que producen sobre él no es todo lo intensa que debiera. Es posible que el método menos apropiado para hacer una defensa de las religiones, sea justamente el que James ha elegido. El que se impusiera la misión de hacer una defensa de las religiones, debería mirar más al porvenir que al pasado; los frutos que procuraría estudiar y preconizar, serían más bien frutos futuros. Donde es difícil encontrar una justificación de las religiones, es justamente en el pasado: cabe, sí, destarar esos malos frutos; eliminarlos; suponer que han sido frutos viciados, por una razón cualquiera, de un árbol nobilísimo destinado á darlos mejores una vez que sea mejor cultivado; este sería el mejor punto de vista. Pero el fenómeno moral

que ha ocurrido en James es un fenómeno que hasta cierto punto entristece. No siente bien los resultados desplorables y tristes de las religiones del pasado, y sólo siente los resultados nobles.

Dicho sea de paso: desde este punto de vista, no nos hallamos nosotros en situación, tal vez, de resolver el problema; podemos, sí, formular un juicio, intelectual: pero estamos casi inhabilitados para sentir. Esos frutos de la religión, que reputamos malos: la intolerancia, la opresión del pensamiento; todo eso, ya no lo sentimos. Como la libertad de pensamiento está ya adquirida, no podemos sentir en todo su espantoso horror lo que ha representado algunas vez el hecho de que los hombres fueran perseguidos ó martirizados por sus opiniones. Hablando conmigo uno de nuestros más ilustres escritores, me decía una vez que no podía perdonarme en nombre de la dignidad humana el que yo hubiera escrito en uno de mis estudios lo que estoy ahora exponiendo á ustedes. Yo había dicho, más ó menos: «Sólo en ciertos momentos, y por un azar psicológico, podemos *sentir* lo que era esto: quemar á un hombre porque no piensa de un modo»; y mi interlocutor me decía que he insultado la dignidad humana al escribir tal cosa; que ese sentimiento está al alcance de todo el mundo...

Y bien: *yo creo que no!* Podemos comprenderlo; en algunos momentos, lo sentiremos más ó menos; pero la libertad de pensamiento está ya demasiado adquirida para que, sin un esfuerzo especial, podamos sentir, *sentir....!* Abriendo el otro día un diccionario histórico, dí con la palabra *herejía*: varias páginas llenas con los solos nombres de todas las herejías que han existido; nombres por centenares. Pues bien: yo creo que sólo en ciertos momentos podemos nosotros representarnos todo lo que significa el que cada una de esas palabras que están allí en una página tan fría y tan apagada como todas las otras, el

que cada una de esas palabras haya alguna vez querido decir lo siguiente: «listas de gente que hay que quemar». Nosotros no *sentimos* bien eso, en nuestro estado habitual. Hay ciertos momentos en que el sentimiento se ilumina, y es el horror; pero, en general, no comprendemos. De modo que hoy, el que habla de la libertad de pensamiento, de la libertad de cultos, de todas las libertades, hasta nos parece un poco declamador.

Dice James, hablando del optimismo y el pesimismo, que Leibnitz, el gran optimista, no tuvo nunca seguramente la experiencia concreta de lo que sería un alma condenada, y sólo por esa causa pudo escribir alguna vez, como escribió, que los condenados del infierno, pudiendo apreciar toda la sabiduría de Dios y toda la belleza del mundo, deben ser completamente felices, en su castigo. Leibnitz no se representó seguramente, piensa con razón James, una experiencia concreta de lo que es un alma condenada. Pues bien: yo afirmo, á mi vez, que William James, á pesar de su genialidad y á pesar de la riqueza de observación que hay en su libro, no ha tenido, probablemente, una experiencia concreta, bien amplia y bien sentida, de las persecuciones religiosas, las guerras religiosas, la opresión del pensamiento, que fueron, históricamente, el fruto más característico y más copiosamente prodigado de la religión.

Esta aplicación del pragmatismo está, pues, á mi juicio, profundamente viciada; creo que, intelectualmente y moralmente, por cualquier otro método hubiera podido ensayarse la justificación de las religiones, menos por éste.

Ahora, si pretendiéramos juzgar al pragmatismo, no ya considerándolo como una doctrina, sino más bien, desde un punto de vista más concreto, como un conjunto de tendencias, podríamos decir que en este

movimiento filosófico se han marcado tendencias francamente buenas y tendencias francamente malas; además de algunas que pueden ser buenas ó malas según el grado, y según la forma de aplicación.

Entre las tendencias más francamente buenas que han caracterizado al movimiento filosófico pragmatista, yo enumeraría:

Primero, la tendencia anti-verbalista: el desprecio hacia las cuestiones puramente de palabras; la liberación de ese dominio verbal á que la lógica antigua, la gramática y la manera tradicional de pensar, nos habían sujetado.

En segundo término, la tendencia á ir á lo concreto, á lo real. Hay cierta filosofía (Nietzsche la llamó «vampírica») que produce en el espíritu la impresión de que los problemas verdaderamente importantes han de presentarse fatalmente de una manera abstracta: por distinciones, enumeraciones ó clasificaciones; y los que nos hemos educado así, hemos necesitado siempre más ó menos esfuerzo para libertarnos de esa impresión. Yo quisiera poder describir mi propio ejemplo. Durante algún tiempo, y á consecuencia de mi educación filosófica puramente abstracta, me había acostumbrado á considerar todo lo que era concreto, como *poco científico*. Un escritor que trataba problemas concretos, desde un punto de vista real y vital, y sin clasificaciones ideológicas, no era *científico*, para mí; no veía como científico sino aquello que me era presentado por medio de abstracciones.... Naturalmente, la tendencia á que me refiero es buena, bien entendida: no se trata de proscribir la abstracción: sólo de borrar esa impresión de que sólo las cuestiones abstractas sean importantes.

Una tercera tendencia, igualmente plausible, y estrechamente relacionada con la anterior, es la tendencia á discutir problemas importantes: mientras esta tendencia permanece puramente positiva, esto es, mien-

tras no tiende á dejar de lado los problemas que no tienen importancia vital, es francamente buena. Hay, efectivamente, ciertos problemas, los más vitales de todos, que la filosofía ha tenido, en ciertas épocas, tendencia á dejar de lado: el primero de todos, el problema de la inmortalidad del alma, de la vida futura. Parece que los filósofos tuvieran á menudo un cierto pudor de tratarlo: lo disimulan, sea por su inmensa dificultad, sea porque su examen pueda llevar á soluciones que no son las que el sentimiento desea, ó por otra causa cualquiera. El pragmatismo ha traído todos estos problemas vitales al primer plano.

La cuarta tendencia, altamente encomiable, quizá la más encomiable de todas, es la que se revela en la orientación teórica de los pragmatistas, y á veces también en su orientación práctica, de respetar las ideas y sentimientos que no coinciden con los del autor ó propagandista.

A riesgo de que pudiera decirse que figuro entre aquellos adversarios que, en el segundo período de los sistemas, les niegan toda importancia, debo decir que estas tendencias no son propias ni originales de los pensadores pragmatistas. Pero también debo decir, en homenaje á la justicia, que los pensadores pragmatistas han figurado de hecho entre los que más hicieron personalmente por el triunfo de ellas.

Otras tendencias del pragmatismo, son de más dudosa apreciación. Son buenas ó malas, según la aplicación que se haga de ellas, según el grado y según los casos en que se las aplique; tal, la tendencia á hacer intervenir el sentimiento en las cuestiones científicas y filosóficas (tendencia excelente ó pésima, según las aplicaciones y los casos); tal la tendencia á tener en cuenta las aplicaciones y resultados de las doctrinas (que es excelente mientras *se separe* con bastante claridad este punto de vista del punto de vista de la verdad ó falsedad; que es peligrosísima y

funesta, al contrario, si los dos puntos de vista no se distinguen bien.

De hecho, creo poder afirmar que estas dos tendencias han sido, dentro de la doctrina pragmatista, mal aplicadas.

Y, en cuanto á las tendencias francamente malas, son, sobre todo, dos:

La primera, la de relegar la razón á segundo término, la de darle un papel más ó menos vergonzante. No quiero decir que Schiller, James y los demás pragmatistas, prescindan de la razón; pero el papel que le dan, es secundario; y secundario, entendámonos bien, no sólo en los casos en que la razón es realmente impotente, sino en los casos en que es de aplicación.

Y la segunda tendencia francamente funesta, es la de despreciar las cuestiones, problemas y doctrinas que carecen de aplicación práctica. Ya la hemos juzgado.

Este juicio del pragmatismo, como conjunto de tendencias, debería terminar con una lista de las confusiones que existen en la doctrina; á este respecto, me remito á las explicaciones hechas, y también á tres estudios especiales míos que se relacionan con estos problemas: uno titulado: «Conocimiento y acción»; otro titulado. «En los márgenes de «La Experiencia Religiosa», de William James, y otro titulado «Un paralogismo de actualidad». Pero lo más importante que debemos decir, *juzgando al pragmatismo pragmáticamente*, esto es, por sus frutos, por sus aplicaciones, por sus resultados, es que *ha mezclado* todas esas tendencias, las buenas y las malas, dando á esta mezcla un aspecto inseparable.

De modo que el advenimiento de la doctrina ha producido un poderoso efecto *confusivo*, diré: ha *enturbiado*; y se necesitará un largo proceso de decantación.

Justamente en estos tiempos en que nuestra gran conquista consiste en una manera de pensar amplia,

abierta, sin dogmatismos, sin cerrar los problemas; justamente hoy, cuando empiezan á perder su autoridad las explicaciones dogmáticas, las fórmulas verbales simplistas y los absolutismos de todo género; justamente en este momento decisivo importantísimo de nuestra evolución mental, ha surgido una doctrina que tiende á presentarnos todas esas grandes conquistas del pensamiento moderno como inseparables de otras tendencias que, sean buenas ó malas, son perfectamente independientes de ellas.

De modo que el que sufra la acción del pragmatismo sin defenderse de él por su espíritu crítico, puede creer, dándose ó no cuenta de ello, que no se puede, por ejemplo, tener un respeto profundo por las opiniones opuestas; que no se puede huir de las fórmulas verbales, y buscar las cuestiones de hecho; que no se puede, en resumen, ser un espíritu amplio y abierto, sin tener, por ejemplo, desprecio por las cuestiones que no tienen aplicación práctica, sin estar obligado á juzgar las doctrinas por sus consecuencias ó frutos, ó sin profesar otras creencias ó prácticas que el «pragmatismo» preconiza.

Aumenta la confusión, el hecho de que William James se haya creado una especie de adversario cómodo para la polémica, poniéndose enfrente, para combatirlo, á un enemigo teórico: el «racionalista», como él lo llama, á quien hace profundamente dogmático y absolutista, de manera que el combatirlo le resulta muy fácil.

Tomemos un solo ejemplo:

Tratándose de la plasticidad de la verdad, William James presenta al «racionalista» como un hombre que niega la plasticidad de la verdad, en absoluto: que no la admite en ningún caso. Entonces, como James puede probar, con Schiller, que la verdad es plástica en ciertos casos, esto es, que depende de nuestro estado de espíritu, da por vencido al racionalista, y por probado que la verdad es siempre plástica.

Depende esto de la clase de adversario que James se ha creado. En lugar de discutir con un adversario de criterio amplio, que no llevara, por consiguiente, ningún nombre acabado en «ista», y que admitiera, por ejemplo, la plasticidad de la verdad en ciertos casos y no en otros, y que en todos los demás puntos juzgara con el mismo amplio criterio, nuestro escritor se forja un adversario absolutista; lo combate con éxito, y esto contribuye á la confusión, porque nos da la ilusión del triunfo de la doctrina, tan exagerada y falseada como la del adversario.

La posteridad filosófica pensará, pues, que el pragmatismo produjo resultados buenos y malos.

¿Más buenos que malos, ó al contrario? Aún después de todo lo que he dicho, el problema es complejo. Recuerdan ustedes nuestra comparación con las revoluciones. Muchas veces—casi todas—las revoluciones van más allá del fin justo, así como van también más allá del que se habían propuesto conscientemente en un principio. Los movimientos revolucionarios son, generalmente, más ó menos forzados, y siempre más ó menos exagerados. Indudablemente; el ideal habría sido la justeza de la acción; pero el problema difícil de resolver es este: esa justeza ¿habría sido posible sin detrimento del entusiasmo y de la originalidad de los promotores?

Esto hace singularmente complejo el problema. En nuestro caso, el ideal sería que Schiller y James no hubieran padecido las confusiones que yo he señalado. ¿Hubiera sido esto posible? Quiero decir: ¿hubieran hecho Schiller y James los descubrimientos y las observaciones originalísimas que han hecho, si se hubieran quedado en el límite justo? Es una cuestión, tal vez, de las que sólo pueden resolverse en cada caso particular. Por mi parte, creo que, todo pesado, el advenimiento del pragmatismo habrá sido más bien malo que bueno; porque precisamente en los mo-

mentos en que cierta evolución mental tendía á producirse, el pragmatismo ha venido, es cierto, á excitarla y á acelerarla, pero sacándola de sus vías; ha *desencauzado* ese movimiento mental, y se necesitará probablemente mucho tiempo para separar en esa corriente, muy rápida indudablemente, pero desatada y desencauzada, lo claro de lo turbio.

El examen del pragmatismo quedaría incompleto si no dijera dos palabras sobre una nueva confusión, importantísima, que voy á resumir brevemente, por cuanto la he tratado en uno de los estudios especiales á que me referí.

Cuando James preconiza esa actitud que consiste, diremos, en *forzar la creencia* por el sentimiento y por la voluntad, para poder obrar, admite (no expresamente, pero sí sin darse cuenta de ello) que esa actitud es necesaria, y que, si no forzamos la creencia, la acción, en sentido deseable, es imposible.

Procuremos explicar esto con algunos ejemplos del mismo James.

En muchos casos, dice este autor, nuestro sentimiento y nuestra voluntad deben hacer violencia á la creencia, y ello es necesario. Supongamos un hombre que se encuentra en una montaña y á quien sorprende la noche. En el descenso se encuentra con una solución de continuidad que le obliga á dar un salto. ¿A dónde lo conducirá ese salto? No lo sabe; quizá el fondo está á medio metro de distancia, y quizá es el abismo. No tiene ningún elemento propiamente intelectual para decidir; sin embargo, tiene que optar por dar el salto, puesto que, de lo contrario, perecerá de frío ó víctima de las fieras. Supongamos, continúa James, que ese hombre, después de haber procurado resolver intelectualmente el problema, después de haber dudado, después de haber empleado mucho tiempo, — ya sin fuerzas,

exhausto, lleno de desconfianza y de temor, se resuelve á dar el salto, y perece. Si en cambio ese hombre hubiera *creído* que su salto iba á ser eficaz, si se hubiera sentido capaz de darlo, y, por consiguiente, lo hubiera dado en un estado mental y corporal mucho más propicio, las probabilidades de salvarse habrían sido mucho mayores. He aquí, pues, un caso en que la fe, dice James, crea su propia verificación. Pues bien, concluye: hay en la vida problemas, — precisamente *vitales*; que no admiten dilación: importantes, decisivos,—que deben ser resueltos de esta manera: forzando nuestra creencia por el sentimiento y por la voluntad.

Yo he hecho notar, ante todo, que el ejemplo de James es malo; que, en este caso, la duda del sujeto se produce, en parte al menos, sobre su propia aptitud para saltar; que, en este caso, efectivamente la solución del problema depende, también en parte, de la misma actitud del sujeto; que los problemas religiosos no son de este orden; que la comparación sería aplicable á la cuestión, que puede plantearse una persona, sobre si tiene ó no el temperamento necesario para adoptar cierta religión; no al caso de si esa religión es verdadera. El verdadero ejemplo sería uno en que la duda fuese puramente objetiva, esto es, que el sujeto dudara sobre si el fondo está muy cerca ó muy lejos, dejando de lado la otra cuestión, esto es, de si él es capaz de dar el salto. En este caso, y aquí es donde reside la confusión fundamental, William James ha supuesto que no se puede dar el salto sin la creencia, siendo así que cabe una actitud diferente, y es la de dar el salto ó no darlo basándose en una probabilidad. Lo que James no ha tenido en cuenta, es que no sólo se obra por creencias absolutas, sino que se obra también por probabilidades; y esta manera de obrar, aun pragmáticamente, es más beneficiosa. De otro modo, el que se acostumbre á convencerse, para

obrar, de aquello de que no tiene pruebas, el que se acostumbre, por ejemplo, cada vez que debe dar un salto, á convencerse de que el fondo está muy cerca y de que dará el salto con todo éxito, es cierto que en algunos casos podrá obtener de esa fe un cierto refuerzo de energía; pero no es menos cierto también que perderá todas las nociones de posición y de distancia, y que podrá acabar perdiendo la vida en una de esas empresas arriesgadísimas y absurdas.

Lo que olvida James, pues, es que, en los casos en que la razón nos ofrece dudas, cabe siempre la acción; que ésta no necesita una creencia absoluta; que se puede obrar por probabilidades y aun por simples posibilidades, aunque sean muy remotas. Sea este ejemplo. Paso por una casa que se incendia, y sospecho que en el interior de esa casa hay una persona. ¿Acaso es necesario, para que yo penetre en la casa incendiada, que *me convenza*; que, forzando mi creencia por el sentimiento y la voluntad, yo produzca en mí, por la violencia, la convicción de que hay alguien en la casa? Ni esto es necesario, ni es conveniente siquiera: los males de esta clase de convicción serían mayores que los bienes. Yo sospecho, simplemente, que es posible que una persona esté allí, y por esa simple sospecha, por esa simple posibilidad, puedo arriesgar mi vida. Si debo ó no hacerlo, es cuestión que se resolverá en cada caso; pero es evidente la posibilidad y la legitimidad, en ciertos casos, de esa clase de actitud.

La verdadera actitud ante los problemas religiosos, como ante todos los problemas, debe ser la siguiente: Procurar analizarlos por la razón hasta donde sea posible. La razón podrá llevar más ó menos lejos en la solución; nos dará certezas en ciertos casos, posibilidades ó probabilidades en otros; y en otros, todavía, únicamente la duda ó únicamente la ignorancia. Además de la razón, existe el sentimiento y existe

la voluntad. Debemos dar al sentimiento y á la voluntad un papel legítimo, pero no combatiendo por medio de ellos á la razón. Es lícito obrar por sentimiento; pero —y aquí está toda la cuestión— á condición de *saber* que se obra por sentimiento; no forzando nunca la creencia. Tratándose, por ejemplo, de los problemas religiosos, podemos nosotros basar nuestra conducta sobre la tierra en una posibilidad, por más remota que pueda parecernos, si creemos que esa posibilidad merece determinar nuestra conducta en cierto sentido. Lo que es ilegítimo y lo que es funesto es forzar la creencia; es recurrir á procedimientos como los que preconiza James, ó como el que aconsejaba Pascal, por ejemplo, cuando indicaba, con el objeto de adquirir la fe, asistir á las iglesias, emplear el agua bendita: «*cela vous abêtira*», y la fe vendrá después.... Esto es lo funesto.

Pero lo que resulta particularmente grave, es que James (que no ve estas cuestiones con claridad), á esta otra actitud (la que yo acabo de recomendar, y que es distinta de la verdaderamente pragmatista) *la llama también pragmatismo*.

De este otro pragmatismo, así entendido —que no es tal pragmatismo (si la palabra ha de tener algún sentido original) sino la actitud sincera y legítima de todo ser dotado á la vez de inteligencia y sentimiento— es un ejemplo, ¡cosa curiosa!, la actitud personal del mismo James; porque James, si bien se presenta en su obra justificando la actitud de los que creen en las religiones antiguas y tradicionales, él, personalmente, no es un adepto de ellas. El presenta su actitud en esta forma :

«La *posibilidad* de la salvación basta al hombre, al menos para su vida práctica. Nada lo caracteriza mejor que esta facultad de fundar su vida sobre un «puede ser». La existencia de una tal posibilidad hace toda la diferencia, dice Edmundo Gurney, entre una vida de resignación y una vida de esperanza: — Este «pragmatismo» ha sido siempre la actitud natural al común de los hombres ».

Lo que aquí llama pragmatismo, es, pues, una actitud completamente diferente. No se trata ahora de forzar la creencia: se trata simplemente de tener en cuenta las posibilidades, para la creencia y para la acción: actitud profundamente legítima, que James confunde con la verdaderamente pragmatista, en el sentido en que este término pudiera tener alguna originalidad.

«Lo que son en sí mismas las realidades espirituales más altas, lo ignoro. Pero creo que existen, y por esa modesta *sobre-creencia* estoy pronto á arriesgar mi destino. El mundo real está constituido de una manera mucho más rica y más compleja que el de la ciencia. Tengo, pues, á la vez razones prácticas y razones especulativas para atenerme á esta creencia particular. Quien sabe si la fidelidad de cada hombre á sus humildes creencias personales, no puede ayudar al mismo Dios á trabajar más eficazmente en los destinos del Universo».

Esta última idea era una de las ideas capitales de Stuart Mill, á quien William James, al dedicarle su obra, se complace en representarse como el pensador que sería el *leader*, el jefe del movimiento pragmatista, si viviera.

También era de Mill—y la formuló de una manera absolutamente definitiva—la actitud mental que yo acabo de recomendar como la más legítima, y que James observa personalmente y preconiza á veces, pero confundiendo, lo hemos demostrado, con la actitud propiamente «pragmatista», que no es la misma, ni es tan legítima como ella. De la obra póstuma de Mill, «Estudios sobre la Religión», que nunca les recomendaré bastante:

«Creo que es conveniente sacar todo el partido posible de las probabilidades, aunque sean débiles, que nos presenta esta cuestión y que proporcionen á la imaginación un punto de apoyo. Estoy convencido de que el cultivo de esta tendencia de la imaginación,

con tal de que marche pari pasu con la de una razón severa ⁽¹⁾, no es un riesgo de perversión del juicio. Creo que se puede hacer una evaluación perfectamente exacta de las pruebas en pro ó en contra de una cuestión, dejando que la imaginación se incline de preferencia á las soluciones posibles, que sean á la vez las más adecuadas para consolarnos y hacernos mejores, *sin exagerar en nada por esto la fuerza de las razones* ⁽²⁾ que hagan esperar que estas soluciones posibles se realicen, efectivamente, mas bien que otras».

¡ABSOLUTAMENTE ADMIRABLE! Esta es la actitud justa: La razón *no es todo*: la razón, completada por el sentimiento y por la imaginación, pero nunca forzada ni deteriorada ni despreciada.

«Las pruebas de esta creencia ⁽³⁾, si se puede darles este nombre, son demasiado quiméricas, demasiado vagas, y las promesas que nos ofrece demasiado inciertas, para que pueda remplazar de una manera duradera á la religión de la humanidad. Pero sí se puede conservarlas juntas. Aquel para quien el bien ideal y el progreso con que hacia él se acerca el mundo, son ya una religión, aun cuando la otra creencia le parezca desprovista de pruebas, tiene la libertad de entregarse al pensamiento agradable y alentador de que es posible que sea verdadera. Prescindiendo de toda creencia dogmática, hay, para los que la necesitan, una vasta región en el dominio de la imaginación que se puede llenar de hipótesis posibles cuya falsedad no se podría discutir; y si llega á prestarle su apoyo algún acontecimiento en los espectáculos de la Naturaleza, ... el espíritu tiene el perfecto derecho de buscar en la contemplación de esas hipótesis legítimas una satisfacción que, con el concurso de otras influencias, contribuye por su parte á fomentar y estimular los sentimientos y las inclinaciones que le llevan hacia el bien».

Ni un solo momento olvida Stuart Mill que se trata de hipótesis; no olvida el grado justo y el alcance justo de sus bases racionales, ni olvida el recomendar que se tenga siempre el cuidado de no mezclar

(1) Yo subrayo.

(2) Yo subrayo.

(3) Se refiere á una creencia religiosa especial: la que él profesa.

esos elementos racionales con los elementos afectivos ó voluntarios.

Pasajes como estos, y la idea misma de Stuart Mill de consagrar un estudio especial al examen de la utilidad de las religiones con prescindencia de su verdad, sugirieron á James la idea de que Mill fué un precursor de su doctrina.

Acabo de releer detenidamente los «Estudios sobre la Religión»: James ha soñado. En ninguna parte como en el estudio de Mill, se mantiene constante y cuidadosamente separada la cuestión de la utilidad de las doctrinas, de la cuestión de su verdad.

Si Stuart Mill hubiera llegado á conocer el pragmatismo actual; si lo hubiera criticado — como él criticaba, con su inteligencia y con su sentimiento — hubiera hecho de esta doctrina una crítica que, estoy seguro, se hubiera parecido á la mía, como una obra maestra á un imperfecto aunque sincero esbozo.

REFERENCIAS

NOTA: — Muchas veces, revisando los apuntes que me han servido para la preparación de libros, conferencias ó lecciones, he sentido la impresión de que, al pasar del proyecto á la realización, el plan se ha vuelto menos preciso. Ignoro si, en ciertos casos, esta impresión podrá ser ilusoria, en mayor ó menor grado; pero con seguridad no lo es cuando, como en esta obra, se trata de lecciones orales, cuya versión taquigráfica sólo ha sufrido un minimum de depuración gramatical, y que ni siquiera se dieron *para* ser estenografiadas, sino *en psicología de enseñar* (lo que explica, por ejemplo, las excesivas repeticiones). De todos modos, se me ocurre que podrá contribuir á facilitar la comprensión del libro, ó de algunas partes de él, esta idea de utilizar, como índice, los apuntes que servían de memorandum para las lecciones, sin modificación alguna, porque, realmente, me parece que en esa clase de notas no hechas para exteriorizarse, hay algo que después se pierde.

Las ediciones de las obras de James con que se relacionan las referencias, son las siguientes:

THE WILL TO BELIEVE: New York, etc., Longmans, Green and Co., 1897.

L'EXPÉRIENCE RELIGIEUSE. Paris — Genève: Alcan — Künding, 1906. Trad. Abauzit.

PRAGMATISM: London, etc.: Longmans, Green and Co., 1907.

Cito los ESTUDIOS SOBRE LA RELIGIÓN, de Mill, por la traducción (Terán) de «*La España Moderna*».

Pragmatismo

RESUMEN	Referencias
EXPOSICIÓN	
ORIGEN: Charles S. Peirce, <i>How to make our ideas clear</i> , 1878.	
ADEPTOS: Schiller, Dewey, William James; algunos de adentro quieren englobar á Bergson, Royce, Poincaré.....	
NOMBRES: Schiller le llama «Humanismo». Peirce, ahora, «Pragmaticismo» (ladrones de niños).	
Que no se puede decir que sea <i>una teoría</i> (ni ésta, ni ningún ismo); en cada autor es lo que es. Yo voy á exponer, pues, casi sólo el de James (el más brillante y popular de los sostenedores).	
Consta de:	
1. <i>Una teoría de la verdad</i>	
2. <i>Aplicaciones de ella</i> (Mi exposición, incompleta, de retazos leídos. Deben ir á los libros; pero yo hago esta explicación para que los lean bien).	
TEORÍA DE LA VERDAD	
Concepto corriente (según ellos). La realidad está, y nosotros la conocemos. Realidad inerte, pasiva, fija.	
En cambio, según los pragmatistas, la verdad se va haciendo, ocurre, sobrevieneY depende de nosotros, de nuestras mismas creencias, en mayor ó menor grado.... Y es, en resumen, lo que sirve para relacionarse eficazmente con el mundo; lo que da éxito, lo que trabaja.... Entendámonos: no aquello corriente, de que	

RESUMEN	Referencias
una teoría falsa puede servir; sino que ese servir es la verdad (si se lo toma ampliamente....). Y el <i>criterio</i> es preguntarse qué consecuencias prácticas da el que sea verdad.	
<i>Voy á exponer á base de citas</i> , sobre: qué es la verdad; y sobre cómo se hace (ésta división, vaga).	
Leer pasajes	<i>Pragmatism</i> : págs. 200 y 201.
Pero ¿qué es una verificación? Yo adelanto que James á veces la describe como éxito externo; otras, como éxito interno: decir qué es eso, uno y otro.	
El éxito interno	<i>Pragmatism</i> : página 202.
El éxito externo	<i>Pragmatism</i> : págs. 58 y 202.
Que es <i>definición</i> de la verdad: alusión á lo de Berkeley.	
Leer las dos <i>definiciones</i>	<i>Pragmatism</i> : página 234.
<i>Verdad</i> , en concepto corriente: una especie de abstracción. Leer el pasaje. y la comparación que hace con las abstracciones «riqueza», «salud», «fuerza».	<i>Pragmatism</i> : página 218.
Los que combaten las verdades en nombre de La Verdad, son como los que aman mucho la bondad, y no sienten las cosas buenas particulares. Se puede leer, si se quiere, un pasaje; pero no es forzoso	<i>Pragmatism</i> : página 230.
Leer varios pasajes.	<i>Pragmatism</i> : págs. 239, 240, 241, 242, 243.
Esto de «plástico» nos lleva á una de las fases más interesantes de la teoría, para lo cual vamos á ver <i>cómo se hace</i> la verdad.	
Lecturas	<i>Pragmatism</i> : págs. 59, 60, 61—63, 64, 65—168, 169, 170, 171, 172.
Leer, también, explicando:	<i>Pragmatism</i> : página 173.
Que James explica lo no fijo de sus categorías; que no eran, sino que se han hecho.	
Digresión sobre las categorías en filosofía; lo que se tiende hoy á hacer de ellas; y que eso es <i>separable</i> de la filosofía de James.	

RESUMEN	Referencias
Otras lecturas	<i>Pragmatism</i> : págs. 188—190—192, 193 y 194—256 y 257.
Lo de los factores que resisten	<i>Pragmatism</i> : página 244.
Son, esos factores que resisten (Schiller):	
1.º <i>Sensaciones</i> .	
2.º <i>Ciertas relaciones</i> , mudables, como fechas y lugares, y otras fijas por la naturaleza de sus términos (ej.: matemáticas y lógicas).	
3.º <i>Verdades previas</i> (puede ser afectado).	
Ahora, cierta <i>libertad para tratar con ellos</i> .	
Perspectivas, inclusiones, omisiones, etc., etc.	
Leer:	<i>Pragmatism</i> : página 248.
Ejemplos:	
Leerlos.	<i>Pragmatism</i> : págs. 251 á 253 — 254 — 259.
APLICACIONES	
En general, tendencia (en general, y en vago) á que las consecuencias, resultados prácticos, etc., <i>influyan</i> en nuestras creencias.	
P. Ej. la <i>pregunta</i> que hay que hacerse: «en qué modifica la práctica, si verdadero».	
Y de aquí, dos tendencias:	
1.ª A abandonar lo que no modifica la práctica.	
2.ª A preferir ó inclinarse á las creencias por razones prácticas.	
Esto es lo general. No le doy más precisión:	
1.º porque después lo iremos viendo, y	
2.º porque no tiene mucha (ni ellos quieren que tenga mucha): lo de <i>método</i> y no doctrina; lo de teoría <i>corredor</i> ; lo del bastón, el río y pedazo de escolástica, etc.	
Me limito á algún ejemplo:	
De la pregunta que hay que hacerse, y de lo de desdeñar: leer:	<i>Exp. Religieuse</i> : págs. 374 y 375.

RESUMEN	Referencias
<p>De lo otro: aplicaciones á problemas especiales (ej: <i>libre albedrío, materialismo, etc.</i>) Y las que ha hecho James en dos obras especiales: <i>The Will to believe</i>, y <i>Expérience Religieuse</i>.</p>	
<p>«<i>The will to believe</i>»</p> <p>Los que creen que siempre hay que creer por razones. Va á combatir:</p>	
<p><i>Papel de lo voluntario y lo pasional</i></p> <p>De hecho, influye ¿Debe influir? Hipótesis vivas y muertas, etc., y opciones genuinas</p>	<p><i>The Will to Believe:</i> págs. 2, 3, 4,</p>
<p><i>Debe influir lo voluntario y pasional; leer .</i></p>	<p><i>The Will to Believe:</i> pág. 11.</p>
<p>Lo de perder la verdad Cuestiones en que no se puede esperar <i>Cuestiones morales</i> <i>Cuestiones religiosas</i></p>	
<p>«<i>Expérience religieuse</i>»</p>	
<p>Lo que es el libro: 1.º Psicología Religiosa (notabilísima, muy buena). 2.º Apología de religiones (mezcla de cosas muy buenas, como amplitud de criterio, y de bastante malas</p>	
<p><i>Ejemplos de superioridad de criterio . . .</i></p>	<p><i>Exp. Religieuse:</i> págs. 24, 25, 34,</p>
<p>Materialismo médico</p>	<p>92, 278, 280, 286, 385.</p>
<p>Subliminal, órgano religioso</p>	
<p>Pesimismo y optimismo</p>	
<p>Misticismo: hechos, valor, etc.; ciegos y colores. <i>Experiencia religiosa</i>.</p>	
<p>Lo de las esferas distintas</p>	<p><i>Exp. Religieuse:</i> págs. 104 y 105.</p>
<p>Las sobrecreencias.</p>	
<p><i>Posición final de James. — El supra-naturalismo grosero. — Lo de la salvación parcial.</i></p>	

RESUMEN	Referencias
<p>Yo, de este libro, sólo trataré lo que tenga que ver con pragmatismo (indicar en qué consiste, en general); pero les hablé de todo; y léanlo, junto con Guyau (!!) y Stuart Mill (!!)</p> <p>Precisamente de Mill se quiere derivar el Pragmatismo.</p> <p>Papel (final) que dan ellos á su teoría: Más concreto. Anti-verbal, anti-sutil («desarrugamiento» ?)</p> <p>Reconciliación de los <i>tender-minded</i> y los otros.</p>	

CRÍTICA

El pragmatismo es dos: teórico y aplicado:

1. *Teoría de la verdad* (define explica).
2. *Teoría de la creencia práctica* (de la anterior, saca reglas para gobierno de la creencia).

Ligero resumen de lo primero

Verdad, traducible en sus consecuencias.

Ligero resumen de lo segundo

1. *Criterio de verdad*: \ éxito interno
consecuencias . . . } éxito externo
2. Dejar de lado lo sin consecuencias prácticas.
3. Legitimidad de creer por consecuencias, etc.

Ahora bien: *lo primero, es una teoría muy seria.*

Quizá lo creen (al pragmatismo teórico) más diferente del *relativismo* de lo que en realidad es. *Tiene elementos comunes* (Kant, Spencer, etc.)

Pero tiene elementos propios, y ha agregado cosas serias y efectivas.

No voy á criticarlo en sí; me limito á lo anterior.

Pero sí al práctico.

RESUMEN	Referencias
<p>Para lo cual hay que empezar por la CRÍTICA DE LAS RELACIONES, porque ahí, en esa relación, está la <i>confusión y debilidad</i> fundamental.</p> <p><i>Yo sostengo que el pragmatismo práctico NO SE DERIVA del teórico.</i></p> <p>Resumen inicial de lo mío: ejemplo de BERKELEY:</p> <p><i>Lo que dice James.</i></p> <p><i>Lo que digo yo (del mismo ejemplo).</i></p> <p>Y resumo: <i>lo que era verdad, lo sigue siendo</i>, como lo que era materia; <i>lo verdadero, lo dudoso, lo absurdo, etc., persisten</i>, como lo duro, lo blando, lo peligroso, etc. <i>Lo del error y los vehículos, etc.</i></p> <p>Voy á <i>presentar lo mismo de otro modo</i>:</p> <p>Supongamos que la verdad es <i>consecuencias</i>:</p> <p><i>O son todas</i>: presentes y posibles, previsibles é imprevisibles etc.</p> <p>Entonces, <i>la práctica, IGUAL.</i></p> <p><i>O tomo algunas, y escándalo mental!</i></p> <p>Describirlo</p> <p>El que, en Turquía, cabalga en Mahoma. El que, en época de prejuicios, cabalga en ellos, etc.</p> <p>Pero se dirá: no: no es eso; <i>hay que tomar ampliamente</i> (cosa que James dice á veces).</p> <p><i>Pero entonces se vuelve á lo primero, que no modifica.</i></p> <p>Y el gran sofisma es, en J., DE OSCILACIÓN, aquí</p> <p>Describirlo bien.</p> <p>Ejemplos:</p> <p>Una mala aplicación. Mostrarla.</p> <p>Leer y resumir</p> <p>James tropieza con la dificultad, y procura salvarla. Mal</p> <p>Leer.</p>	<p><i>Pragmatism</i>: página 58.</p> <p><i>Pragmatism</i>: página 73.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 78, 76.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 77, 78.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 99, 100.</p>

RESUMEN	Referencias
<p>Y comentario.</p> <p><i>Lo de lo remoto, posible é imprevisible.</i></p> <p>Aquello de las secciones cónicas, etc.</p> <p>Telégrafo (Pasteur), etc.</p> <p><i>Lo que hubiera sucedido si, en épocas anteriores:</i></p> <p><i>En lo intelectual</i></p> <p>Como no tratar las secciones cónicas.</p> <p>Horror de eso.</p> <p>(Comte y Anatole France).</p> <p><i>En lo moral</i></p> <p>Leer y criticar</p> <p><i>Pero se dirá (como en ese libro) «However delicate ...»</i></p> <p><i>Pero entonces, se vuelve, y no hay consecuencia práctica, etc.</i></p> <p><i>Luego, lo que dije.</i></p> <p>Lectura y crítica</p> <p>Y mi imagen del «pago» á crédito; por lo cual no se modifican las creencias prácticas.</p> <p>Ejemplo de mala aplicación</p> <p>La confusión</p> <p>Gran ejemplo.</p> <p>Mostrar cómo pasa viciosamente del principio á la aplicación.</p> <p>Que creer en la Providencia, es como si la hubiera.</p> <p>Muy mal:</p> <p>Lo del Dieu des armées.</p> <p>Suficientes ejemplos. Ahora:</p> <p><i>Si yo hiciera mis objeciones á James, respondería que interpreto mal su teoría, y me diría que él, etc.</i></p> <p><i>Y nada más fácil que mostrarme pasajes en que no autorice ó en que desautorice estas consecuencias. Pero precisamente esto depende de que oscila, como dije.</i></p>	<p><i>Pragmatism: página 107.</i></p> <p><i>Pragmatism: página 100.</i></p> <p><i>Pragmatism: págs. 203 á 204—230.</i></p> <p><i>Pragmatism: página 273.</i></p> <p><i>Pragmatism: página 299.</i></p> <p><i>Exp. Religieuse: págs. 374, 375.</i></p> <p><i>Exp. Religieuse: pág. 429.</i></p>

RESUMEN	Referencias
<p>Por eso mismo sería difícil convencerlo. Y por eso mismo es de buena fe cuando se queja de haber sido mal comprendido. Tiene razón en parte, sin duda; pero en parte, y considerable, no tiene. Más adelante mostraré eso; pero, antes, necesito hacer notar otra confusión, tan fundamental como la anterior.</p> <p>Lo de la ardilla:</p> <p><i>Contar el ejemplo.</i></p> <p>Y cómo lo utiliza: leer:</p> <p>Le sigue, entre paréntesis, otro párrafo en que se hace la confusión anterior. Se habla, si hay tiempo. Pero lo que quiero hacer notar no es eso, sino otra confusión; y para eso: Supongamos tres cuestiones sobre la ardilla:</p> <p>1.^a <i>La de James.</i> 2.^a <i>Si es comestible.</i> 3.^a <i>Si tiene más células que pelos.</i> La 1.^a, es de palabras, y no tiene importancia práctica. La 2.^a, es de importancia práctica. La 3.^a, no tiene importancia práctica, pero ¿es como la primera?</p> <p>No!</p> <p>Explicar, entonces, cuál es la confusión de James:</p> <p><i>Confunde cuestiones de palabras con cuestiones que no tienen importancia práctica, aunque sean de hecho.</i> (Cierto que el pragmatismo teórico reduciría las últimas a las prácticas; pero, entonces, la consecuencia práctica no es la que saca James).</p> <p>Luego, lo que debió decir James, el buen uso de su ejemplo, era.... (decirlo: lo antipalabresco).</p> <p>Y, aquí, ciertas consideraciones: La revolución actual: (No la sentimos, pero enorme) Liberación del dominio de las palabras. Hablar algo: la Gramática, la Lógica formal y los términos unívocos, etc. Ejemplos de problemas verbales: El de si grabador es artista.</p>	<p><i>Pragmatism:</i> página 13. <i>Pragmatism:</i> página 45.</p>

RESUMEN	Referencias
<p>El de los fenómenos psicológicos inconscientes.</p> <p><i>Y algo de mi artículo, al cual me refiero (contradicción, etc.)</i></p> <p>Dos de los que más han hecho son <i>Bergson</i> y <i>James</i>: (entre otros)</p> <p><i>El primero:</i> solidificación, etc.</p> <p><i>El segundo:</i> Lo ha hecho con sus teorías (destruir lo de los mitos, etc.) combatiendo categorías, <i>Y con su ejemplo:</i> <i>actitud concreta</i>; PERO con su pragmatismo, ha confundido, como dije: <i>lo antipalabresco con lo de las consecuencias;</i> Y ha hecho como esos revolucionarios que <i>depassent le but</i>, y mezclan, y toman por enemigo al que no era. Y es lamentable, porque <i>desnaturaliza, confunde, y retarda efectos justos.</i> más ejemplos de la confusión:</p> <p>Leer y comentar.</p> <p>Vuelve contra lo de palabras, y utiliza eso contra las cuestiones sin importancia práctica visible</p> <p>Sigue eso</p> <p>Id.;</p> <p>Así pues: se resume lo que es esta nueva confusión. Supongo que la han entendido bien. Pero, como nunca es demás contra adversarios tan <i>glissants</i>, voy á mostrarla (la confusión) bajo otra perspectiva.</p> <p>Como verá la POSTERIDAD: Ejemplos: 1. La figura. 2. $27 = 3^3 = 3 \times 9 = 26 + 1 = 28 - 1 = 100 - 73$, etc. 3. Constelaciones. Ahora, otros problemas sobre esos mismos casos: 1. Si la figura es rectilínea. 2. Si 27 es primo. 3. Si las estrellas del Dipper, ó lo que</p>	<p><i>Pragmatism</i>: págs. 97—103, 104—48, 49, 50.</p> <p><i>Pragmatism</i>: página 52.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 53, 54.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 54, 55.</p>

RESUMEN	Referencias
<p>sea, están á la misma distancia de la tierra.</p> <p>Esas cuestiones <i>se distinguen de las otras prácticamente</i> (lo que importa pragmáticamente). No importa si alguna teoría podría reducirlas: el caso es que, en la práctica....</p> <p>Ahora bien:</p> <p><i>La confusión es tratar lo no plástico como si fuera plástico.</i> Tratar cuestiones de la clase de las segundas, como si fueran de las primeras.</p> <p>Y es lástima, porque todo eso de lo plástico es notabilísimo y absolutamente verdad; el error ha sido aplicar mal. (Elogio á aquéllo).</p> <p>Ejemplos de mala aplicación.</p> <p><i>El ejemplo colosal:</i></p> <p>LA APLICACIÓN Á RELIGIONES.</p> <p><i>Desarróllase ampliamente.</i></p> <p>Por ejemplo:</p> <p>Si hay providencia.</p> <p>Si hay recompensas futuras, etc.</p> <p>Otro ejemplo: la generalidad excesiva que se da á la doctrina de <i>The Will to Believe</i>; su aplicación falsa, por no distinguir, á las cuestiones de la segunda clase.</p> <p>La confusión de James viene por haber <i>generalizado y dilemizado</i>.</p> <p>Un buen ejemplo</p> <p>Conclusión:</p> <p>Buenos servicios del pragmatismo, mostrando la plasticidad.</p> <p>Encarecerlos.</p> <p>Mal de haber generalizado y aplicado á casos á que no era aplicable.</p> <p>James, esta hermosa <i>impertinencia</i>: (decirla)</p> <p>¿Cuál será la suerte de la doctrina? El lo siente (<i>al Pragmatismo</i>) como á una teoría sola.</p> <p><i>La posteridad descompone los conjuntos de ideas y tendencias</i> que se llaman con un ismo.</p> <p>¿Qué hará con éste?</p> <p>Voy á tratar de adivinarlo:</p> <p>A: como sistema.</p> <p>B: como conjunto de tendencias.</p>	<p><i>Pragmatism</i>: página 226.</p> <p><i>Pragmatism</i>: págs. 197 á 198.</p>

RESUMEN

Referencias

Como sistema:

Se dirá:

Eran dos:

Una teoría de la verdad, y una teoría de la creencia práctica.

La primera, fué muy seria; afín del relativismo, pero con elementos propios.

Aún dentro de ella, no distinguieron bien lo plástico de lo otro, prácticamente.

La segunda, no se derivaba de la primera.

Fué, pues, mal derivada y mal aplicada. en general.

Caso principal: lo que hizo con las religiones. Pero, aquí, mi estudio.

A él me refiero. Aquí, sólo ligero resumen sobre la cuestión de los «frutos»:

1. sofisma del *triage*.

2. ver mal los frutos. No sentir bastante los malos. Mi discusión con Rodó.

(La lista de Benot: herejes).

Experiencia concreta: Leibnitz. Alma condenada. Y él, de malas religiones?

Ahora, como tendencias:

Tendencias francamente buenas:

1. La antiverbalista.

2. La concretante.

Mi estado en filosofía, antes: sólo lo abstracto.

3. La á discutir problemas capitales; empezando por religión.

(*Digresión sobre aquello de la inmortalidad del alma*). (Tolstoy, etc.) Problema primordial; tendencia á dejarlo.

4. La á respetar otros sentimientos é ideas que los propios, etc.

A riesgo de la impertinencia, digo que esto no es propio del Pragmatismo; pero agregando que J. y los otros, hicieron *personalmente* mucho.

Tendencias que no se puede decir sin distinciones que sean malas; pero que fueron mal tomadas:

1. Papel al sentimiento, en filosofía (y en creencias, en general)

2. Juzgar árbol por frutos.

Tendencias malas:

1. Cierta desprecio á la razón

RESUMEN	Referencias
<p>(Papel algo vergonzante de ésta. Describir).</p> <p>2. Desprecio á lo que no tiene aplicaciones.</p> <p>Esto tendria que acabar con la enumeración de confusiones; pero, al respecto, me remito;</p> <p>1.º á lo que dije Y 2.º á mis estudios pertinentes.</p> <p>«Carlos Vaz Ferreira»: I, 1, 1909.</p> <p>1. Conocimiento y acción.</p> <p>2. En los márgenes de <i>L' Exp. Religieuse</i></p> <p>3. Un parallogismo de actualidad.</p> <p>Pero—<i> juzgando al pragmatismo por sus frutos</i>—lo malo, dirá la posteridad, habrá sido <i>mezclar</i> esas cosas <i>separables</i>, y confundir todo, produciendo la sensación de que eso es correlativo é inseparable; que lo bueno viene con la teoría, etc.</p> <p>Acrecienta esa confusión el <i>adversario cómodo</i> que se crea James, y los efectos dilemáticos de eso: describir.</p> <p>Y cabrá preguntarse <i>si ha sido bueno ó malo, somme toute</i>, que haya venido esta teoría:</p> <p>Problema complejo: <i>comparar</i> con ciertas <i>revoluciones</i>:</p> <p>Claro que el <i>ideal</i> seria la <i>justeza</i>; pero ¿habría habido el <i>entusiasmo</i> y la originalidad?</p> <p>Es cuestión de grado y de casos. Yo creo que, en éste, más mal que bien: <i>Desencauza el movimiento naciente</i>.</p> <p>Podría hablarse de la diferencia con Bergson, en cuanto al papel del sentimiento, instinto, etc.</p> <p>Diferencia entre forzar la creencia, y obrar por probabilidades, posibilidades ó simples sentimientos.</p> <p>Ejemplo de la casa quemada.</p> <p>Y del salto.</p> <p>Cuál es, entonces: <i>la buena actitud</i>. <i>Describirla</i>.</p> <p>Importante:</p> <p>James la observa, á veces, esa buena actitud.</p>	<p><i>Pragmatism</i>: págs. 68, 199, 218, 222, 257.</p>

RESUMEN	Referencias
<p>Y TAMBIÉN LA LLAMA PRAGMATISMO (lo cual confunde inmensamente). Ejemplo: Su actitud <i>personal</i> hacia las religiones (no la que preconiza)</p> <p>Esta última idea era de Mill. <i>También era de Mill la actitud superior,</i> que James hubiera debido conservar pura. Leer, de Mill:</p> <p>Justo y noble! Estas cosas hicieron creer á James que Mill lo apoyaría. Esto, y el que Mill exami- nara la utilidad de las religiones, en un notable estudio sobre eso; pero no: lo hace con el verdadero criterio.</p> <p>Acabo de leer esos estudios: James ha soñado. Si Mill hubiera vivido lo bastante para juzgar esta doctrina, después de ha- berla tratado por su inteligencia y por sus sentimientos, estoy seguro: «hubiera hecho de ella una crítica que se hubiera parecido á la mía como una obra maestra á un imperfecto aun- que sincero esbozo».</p>	<p><i>Exp. Peligieuse:</i> págs. 436 — 436 á 437.</p> <p><i>Estudios sobre la Religión:</i> págs. 207 —101 á 102.</p>

ERRATAS NOTABLES

Página 389, renglón 33 — Donde dice *artículo 1242*; debe decir *artículo 1542*.

Página 396, renglón 23 — Donde dice *Deus excipiendo fit actos*; debe decir *Reus excipiendo fit actor*.
